

ALBUM SALON

A

VELAZQUEZ

Album Salón

Revista quincenal Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

DIRECTOR-PROPIETARIO:

MIGUEL SEGUÍ

REDACTOR - JEFE:

SALVADOR CARRERA

CRÓNICA

EL gran acontecimiento de actualidad, no es otro que la celebración del centenario de Velázquez, á quien están descubriendo estos días, algunos simpáticos críticos de bellas artes.

No trataré yo de personalidad artística de tal magnitud, entre otras razones, porque plumas mejor cortadas que la mía lo hacen en el presente número, con la idoneidad necesaria. Además, parecíame grave ofensa á la realza artística del coloso de la pintura, dedicarle, siquiera fuese con la mayor buena fe, una serie de alabanzas huera en las tapas de esta ilustración. El tributo merecido se lo rinde ALBUM SALÓN, en todo su número, y á mí, por ende, sólo me toca hablar de lo incidental, de lo que ocurre, de lo que se quiere hacer para honrar la memoria del gran artista.

Y á fe de Dios, que, por parquedad ajena, pronto puedo dar por terminada mi tarea. Algunos periódicos avisaron la proximidad de la fecha del centenario, los artistas se apercibieron para honrar la memoria de Velázquez, y la *Gaceta* publicó un decreto para la organización del acontecimiento.

A partir de aquí, dudas, cavildeos, entorpecimientos. Se pretendió retardar la fiesta solemne, por no estar fundida aún la estatua que en Madrid va á elevarse; por fin, gracias á mi querido amigo y paisano *Marianito Benlliure*, la fiesta podrá celebrarse, sino con la fundida por Masriera, con otra de dicho eminente escultor.

Artista hasta la médula, fébril en el concebir, y rápido y grande al ejecutar, Mariano Benlliure, ha hecho la nueva estatua de Velázquez, para que sea colocada en el Salón de Bellas Artes, donde figurarán los cuadros del inmortal pintor.

En esta última obra del escultor valenciano, aparece Velázquez en pie, descansando el cuerpo en la pierna derecha, la capa terciada bajo el brazo del mismo lado y sujetando con el izquierdo los embozos, cuyas irreprochables pliegues dejan al descubierto la pierna izquier-

da, desde poco más abajo de la rodilla. De la pierna derecha sólo se ve el zapato, pues queda oculta bajo la capa. Con ambas manos sostiene el chambergo á la altura del talle, y su cabeza artística, majestuosa, enhiesta y destacada, luce la enmarañada y espesa melena, acariciada en *Las Meninas* por el ambiente más real que se pueda crear con los colores.

El pedestal que ha de sustentar esta notable obra de Benlliure, es de mármol y de forma cúbica. En él se ven, tenuemente esbozados en relieve, grupos de *Los Borrachos*, *Las Meninas*, *Las Fraguas* y *Las Hilanderas*.

Por todo esto, se ve que más hace un artista de buena voluntad y talento indiscutible, que todos los ministros del ramo con sus decretos inútiles, conducentes sólo á estirar y encartonar la fiesta, convirtiéndola, de manifestación sincera y artística, en acto oficial, cargante y antiestética.

ALBUM SALÓN, después de rendir homenaje al coloso de la escuela sevillana, se complace en felicitar á los artistas de la Corte que coadyuvan á dar lucimiento al acto, y en especial al señor Benlliure, que tan honrosamente ha sabido rendir tributo al inmortal Velázquez.

Sin salir del terreno del arte, pasemos á ocuparnos de la exposición actual de Bellas Artes, que se celebra en Madrid.

Asegura la crítica que es superior á las de años anteriores, y esto ya es algo, porque la últimamente celebrada, ofrecía en verdad pocas obras de consistencia artística.

Sorolla, Pinazo y Moreno Carbonero, parece ser que descuellan en la actual; y en cuanto á provecho, tampoco pueden quejarse. Algunos cuadros han sido vendidos, apenas expuestos.

La señora Marquesa de Villamejor ha comprado en 30.000 pesetas, esto es, seis mil duros, el magnífico lienzo «*Comiendo en la barca*» expuesto por el señor Sorolla.

Felicito á la señora marquesa y al señor Sorolla. A la primera, porque tiene gusto artístico y... seis mil duros, suma fabulosa para un modesto cronista, y al segundo... porque sabe pintar tan hermosos cuadros y tiene la suerte de venderlos en seguida.

Zazá ha estado en el palacio real; es decir, ha estado la eminente actriz señora Mariani, encarnación vívida de la desenvuelta y desdichada *Zazá*, que, mal mirada y peor oída, asustó á los timoratos; pero que apreciada con calma, alcanza hasta hoy 16 representaciones.

Todo el Madrid aristócrata, la reina inclusive, la ha visto, admirado y aplaudido. Así me gusta.

Hay que empezar á distinguir, entre lo falsamente inmoral y lo inmoral de verdad.

Pues, como decía, la Mariani ha sido llamada á palacio por S. M., y con ella ha tenido el gusto de hablar en italiano, lo propio que con su Alteza, quien posee ese idioma con tanta perfección como el suyo.

No puede estar quejosa la Mariani de la acogida que se le ha dispensado en la Corte de España.

La Princesa de Wrede, la suplicó trabajase en su teatro particular del elegante hôtel de la calle de Villanueva, y á ello accedió la eminente actriz; recibiendo al otro día, como obsequio de la Princesa, una preciosa sortija de lanzadera, con una turquesa rodeada de brillantes.

Acá en Barcelona, la quincena ha ofrecido dos novedades teatrales: el estreno en el *Lirico* de la compañía dramática Cobeña-Thuiller, y la exhibición en el de la plaza de Cataluña, de la *troupe* de señoritas austriacas, que ejecutan con asombroso éxito europeo *Le ballet volant*. Labor fina la de aquella, que atraerá á todas las familias barcelonesas de buen gusto, durante los primeros meses del verano; espectáculo el otro, de un efecto sorprendente, fantástico, que proporcionará muchos entradones á *Eldorado*. De ambos acontecimientos nos ocuparemos con mayor detención en la crónica próxima.



La de Dionisio Baixeras.

Más sobre el centenario de Velázquez:

También Sevilla se dispone á celebrar dicho aniversario de manera solemne.

Entre los acuerdos adoptados ya, figura la colocación de una lápida conmemorativa en la iglesia de San Pedro, donde fué bautizado Velázquez.

Dicha lápida llevará un medallón de bronce, con el retrato del inolvidable artista, rodeado de laurel, y varias alegorías artísticas.

En el día 6 de Junio, se celebrarán solemnes exequias, y, terminadas éstas, las autoridades locales descubrirán la lápida. Se proponen, además, acuñar una medalla conmemorativa, y enviar representantes á las fiestas que se celebren en Madrid.

Dichos representantes serán: Gómez Imaz, Anselmo Rivas, Jiménez Aranda, Gonzalo Bilbao y Geitano.

Como se ve, la representación no puede ser más lucida, pues la componen excelentes personalidades.

Poco espacio queda ya para ocuparme en esta crónica de otros asuntos de actualidad; pero, fuera de los enumerados en mis notas anteriores, poco es también lo acaecido digno de mención.

Entre ese *poco*, figura la polvareda levantada por *Vida Nueva*, con la publicación de algunos artículos acerca de la leyenda negra de Montjuich. Todos los periódicos de la Corte y provincias han pedido con enérgicos acentos á los poderes públicos, que se haga la revisión de aquel oscuro proceso; y mucho me equivoco ó este asunto va á concluir por ser en España lo que el proceso Dreyfus en Francia.

Polavieja pide el castigo de los que resulten inquisidores; Silvela huye de la revisión.

He ahí dos tendencias que, si se ponen frente á frente, formarán partido y motivarán algo más que acoloradas polémicas en el Congreso.

Mientras ello dé por resultado que brille la justicia y se castigue á los verdaderos culpables, todo esfuerzo y toda iniciativa resultará hermosa y humanitaria. Mas, si el asunto ha de acabar por ser cuestión de ideas ó de partidos, como ocurre en Francia, entonces... *peor es meneallo*.

Pondré fin á esta crónica, con un suceso acaecido este año, en la Corte y en la propia pradera de San Isidro, en el día de su fiesta.

Muy cogiditos del brazo, paseaban por la feria una



La de Ramón Casas.



DIEGO VELÁZQUEZ DE SILVA



EGURAMENTE más admirado en el extranjero que en la tierra en que nació, disputadas sus obras, aun las medianas, donde apenas apunta aquella magistral factura que debía robar sus secretos á la luz, su fuerza y expresión á las pasiones, para inmortalizarlas por medio de la plástica; grande entre los grandes, el primero por la fidelidad y sentimiento del natural, VELÁZQUEZ, que hoy revive oficialmente, con motivo de su tercer centenario, no puede morir, en tanto que el tiempo respete sus telas y no borre las líneas que trazó su mano. Su genio no ha sufrido eclipses; no es de los que brillan hoy para desaparecer mañana, sino de los que se imponen y quedan y se perpetúan; porque ha sabido ser natural y humano, porque no pinta una ficción de aquellas que pasan como las generaciones, sino el hombre tal cual es, con sus defectos y sus altas cualidades, con su pereza y su energía, borracho de vino ó borracho de gloria, arrastrándose por el fango del vicio ó iluminado por el resplandor de gloria que irradia el poder noblemente ejercido y en provecho de sus semejantes empleado.

El ALBUM SALÓN, deseoso de contribuir, aunque sea en proporción humilde, al homenaje con que España, sacudiendo su apática indiferencia, va á honrar la memoria del gran artista cuyas admirables creaciones tanto la enaltecieron; le dedica el presente número, ilustrado con las obras que más contribuyeron á cimentar la fama que justamente le adjudicó su siglo: encabezándolo con su retrato y la siguiente biografía, de irrecusable autoridad, por ser traslado fiel de la que en 1800 publicó la Academia de Bellas Artes de San Fernando, sin otra variante que la adaptación de su ortografía á las reglas modernas.

Júzguese por ella de la importancia que tuvo en el universo todo la colosal figura de

DIEGO VELÁZQUEZ DE SILVA

Nació en Sevilla, en el año de 1599, y fué bautizado en la parroquia de S. Pedro el día 6 de junio, como consta de la partida de bautismo. Vinieron de Portugal sus abuelos paternos á establecerse en aquella ciudad, y sus padres le dedicaron al estudio de la latinidad y de la filosofía; pero, notando una inclinación decidida en el muchacho á la pintura, porque siempre estaba dibujando en los libros y cartapacios, tuvieron por más acertado ponerle en la escuela de Francisco Herrera, el viejo, tan conocido por su facilidad en pintar, como por la aspereza de su genio. Aunque aquella era adaptable á la viveza del discípulo, ésta era insoportable á su amabilidad y dulzura, por lo que tuvo que sacrificar el estilo del maestro, que llenaba sus ideas, á la tranquilidad de su espíritu; prefiriendo la blandura de Francisco Pacheco, á cuya dirección pasó después.

Aunque éste procuró instruirle con esmero en todas las reglas y preceptos del arte, el joven Velázquez, que era dotado de un talento extraordinario, conoció desde el principio que su principal maestro debía ser la naturaleza, y desde entonces le hizo voto, digámoslo así, de no dibujar ni pintar cosa alguna que no fuese á su presencia, esto es, por ella misma. A este fin dice Pacheco en su libro del *Arte de la Pintura*: «Tenía (Velázquez) cochado un aldeanillo aprendiz que le servía de modelo en diversas acciones y posturas, ya llorando, ya riendo, sin perdonar dificultad alguna, y por él hizo muchas cabezas de carbón y realce en papel azul y de otros muchos naturales con que granjeó la certeza en el retratar.» Así llegó á ser tan excelente en las cabezas, que pocos italianos le igualaron, y hasta sus mismos émulos lo confesaban, diciendo que en esto sólo consistía su mérito; á lo que respondía: «mucho me favorecen, pues yo no sé quien sepa pintar bien una cabeza.»

Para vencer la aspereza de los colores y conseguir el dominio sobre los pinceles, escollo insuperable muchas veces para los más diestros dibujantes, se dedicó á pintar frutas, aves, peces y cosas inanimadas, por el natural, cuya simetría no tiene la difícil correspondencia que hay en el cuerpo humano de las partes con el todo, ni hay que superar las filosóficas pasiones del ánimo, en los principios, ni que vencer otras obscuras dificultades que encierra en sí tan prodigiosa máquina. Siguiendo este sistema, dió pruebas de su gran talento, pues prescindiendo del riguroso de su maestro, buscó el camino más corto para llegar á la perfecta imitación de la naturaleza, sin que por esto dejase de aprender en adelante cuanto contiene el desnudo del hombre, como se nota en la fragua de Vulcano, en el cuadro de la túnica de José, en el crucifijo de las monjas de S. Plácido y en otras obras que no aciertan á imitar los partidarios del sistema opuesto; y en fin, dejó á los jóvenes principiantes un camino abierto, que tal vez convendría mucho trillar.

Pasó después á pintar figuras vestidas en asuntos domésticos y vulgares, á manera de David Teniers y de otros pintores flamencos y holandeses, que llaman *bambochadas*, y las hacía con suma propiedad, aunque por sujetarse demasiado á la naturaleza, que todavía no sabía observar bien, cayó en alguna dureza. A este su primer estilo pertenecen el Aguador de Sevilla, que está en el palacio de Madrid, un nacimiento que

posee el conde del Águila y algunos otros cuadros que ya no existen en aquella ciudad.

Como concuriesen á casa de su maestro los más ilustrados ingenios sevillanos, que en aquel tiempo eran muchos y sobresalientes, oía tratar y discurrir sobre mil asuntos curiosos y conducentes á la instrucción y buen gusto que debe tener un pintor. Se aprovechaba de estas sesiones y sacaba partido del fuego y entusiasmo de los poetas, que no eran los que menos la frecuentaban, pues que Pacheco se preciaba con justicia de serlo, é ilustraba su gran genio y talento en todo lo necesario á su arte con la lectura de los escogidos libros que tenía su maestro.

«Al cabo de cinco años que estuvo en ésta (que se podía llamar academia del buen gusto) dice Pacheco, le casé con mi hija (doña Juana), movido de su virtud y de las esperanzas de su natural y grande ingenio.» Llegaban entonces á Sevilla pinturas de Italia, Flandes y Madrid, que excitaban á Velázquez á quererlas imitar; pero las que más le llevaron su atención fueron unas de Luis Tristán, por la analogía que tenían las tintas con su gusto, y por la viveza de los conceptos; y habiéndolas copiado, se declaró su sectario y procuró dejar la manera seca que le había pegado su maestro. No fué éste el solo bien que causaron, porque deseoso de ver otras, emprendió un viaje á Madrid.

Saló de Sevilla en la primavera de 1622, y fué muy obsequiado en la Corte de sus paisanos don Luis y don Melchor de Alcázar, y mucho más del sumiller de cortina don Juan de Fonseca y Figueroa, maestrescuela y canónigo de la santa iglesia de Sevilla. Le proporcionó ver y estudiar cuanto quiso en las reales colecciones de Madrid, el Pardo y el Escorial; y aunque hizo todas las diligencias que pudo para que retratase á los reyes, no lo consiguió. Después de haber retratado al poeta don Luis de Góngora, por encargo que le había hecho su suegro, se volvió á Sevilla en el mismo año, quedando en Madrid de protector y agente suyo el maestrescuela, que no dejaba piedra por mover para que volviese. Volvió al año siguiente de 1623, en virtud de una carta del conde duque de Olivares, ministro de Estado y privado de Felipe IV, que le mandaba se pusiese en camino, señalándole una ayuda de costa de 50 ducados. Su suegro quiso acompañarle en este viaje para ser testigo de la gloria que presentaba en su corazón.

Hospedólos en su casa Fonseca, y á pocos días de haber llegado Velázquez, le pintó su retrato, que llevado á palacio, le vieron en una hora el rey, las demás personas reales y los grandes que estaban de servidumbre, con aprobación y elogios de todos y particularmente de Su Majestad, quien mandó expedir esta cédula: «A Diego Velázquez, pintor,

» he mandado recibáis en
» mi servicio para que se
» ocupe en lo que se le
» ordene de su profesión,
» y le he señalado
» 20 ducados de salario
» al mes, librados en el
» pagador de las obras de
» estos alcázares, Casa de
» Campo y del Pardo.»

Mandó también el rey que retratase al infante cardenal, y aunque se tuvo por más acertado hacer antes el de S. M., se suspendió por graves ocupaciones, mas le concluyó el día 30 de agosto del mismo año á satisfacción de toda la corte y mayor del conde duque, que aseguró públicamente que ningún

*Un V. M. Sr. D. Diego de Velázquez que por querencia de lo que
de ver por el conde de Salceda a su casa para que le
de ocho meses de la cocina y los galopines ordinarios que
fueron viviendo a S. M. quince meses, y diez y ocho Rs que importan
los camos que se les dan aragon de m. Rs. y el día de
daño y ponga los V. M. por mi querencia que con brevedad
van bien de los 015 de Julio de 1626. Diego de Velázquez*

UN AUTÓGRAFO DE VELÁZQUEZ



Museo Nacional de Pinturas (Madrid).

RETRATO ECUESTRE DEL CONDE DUQUE DE OLIVARES

Copia de E. ALVAREZ DUMONT.

pintor había retratado bien al rey hasta entonces, aunque lo habían emprendido Bartolomé y Vincencio Carducho, Eugenio Caxés y Angelo Nardi. Manifestóle también el contento que tenía Su Majestad con el buen desempeño de aquella obra y le ofreció que se mandaría recoger los demás retratos del rey, y que en adelante sería él el único que los pintase.

S. M. ordenó que Velázquez trasladase su casa y familia á Madrid, dándole una ayuda de costa de 300 ducados, y le nombró su pintor de cámara en 31 de octubre de 1623, con el mismo sueldo de los 20 ducados mensuales que se le habían señalado en abril, pagadas además sus obras y con las adehalas de médico, cirujano y botica.

Era el retrato del rey del tamaño del natural, estaba armado y á caballo, muy arrogante y brioso: y con su real licencia se puso en la calle Mayor, frente á S. Felipe el real, en día de gran concurrencia, donde fué admirado de todo el pueblo, y causó no poca envidia á los demás pintores.

Hallábase entonces en la Corte el príncipe de Gales, quien celebró mucho el retrato del rey: pidió á Velázquez que le hiciese el suyo, y aunque lo principió, no pudo concluirlo por la precipitación con que salió el príncipe de Madrid, el día 9 de septiembre de aquel año. No fueron estos los únicos favores que don Diego recibió entonces de la benéfica mano del monarca; le señaló también una pensión de 300 ducados, que no pudo disfrutar hasta el año de 1626, en que para ello hubo de dispensar el papa Urbano VIII.

Tratóse en palacio de levantar un monumento, con el motivo de la inesperada expulsión de los moriscos por el piadoso Felipe III, y el rey vino en mandar que cada pintor de cámara pintase un cuadro de este asunto con todo cuidado y esmero. Trabajaron á porfía Caxés, Nardi, Carducho y Velázquez. Concluidos los cuadros, en 1627, se llevaron á palacio, y S. M. nombró jueces de este certamen á fray Juan Bautista Maino, dominico, y á don Juan Bautista Crescenci, ambos pintores; y de común acuerdo prefirieron el de Velázquez, que se colocó en el salón grande del alcázar. El premio fué la plaza de ujier de cámara con sus gajes, que aunque sea, como lo es, oficio muy honroso y lo mismo el de ayuda de cámara del rey y el de aposentador mayor, que después se confirieron á don Diego, defraudan el tiempo á los artistas que debieran ocupar con más utilidad en el ejercicio de su profesión, como dice el prudente don Antonio Palomino. En 1628 le añadió el rey la merced de la ración de cámara y 90 ducados anuales para un vestido, concediendo á su padre tres oficios de escribano en Sevilla, que según afirma Pacheco, le valía cada uno 1,000 ducados al año.

Llegó á Madrid Pablo Rubens, el día 9 de Agosto del mismo año, con quien Velázquez seguía de antemano correspondencia artística, y en los nueve meses que estuvo en la Corte no trató con ningún otro profesor: celebró mucho sus obras y fueron juntos al Escorial, á ver y observar las que hay en aquel monasterio. Con la instructiva explicación que Rubens hacía del mérito de cada una y de sus autores, se renovaron en don Diego los antiguos deseos que tenía de pasar á Italia á estudiar, y volvió á instar al rey para que le concediese la licencia que S. M. le había ofrecido, y que no llegaba á tener efecto por no privarse de su servicio. Túvola al fin en 1629, mandando el rey darle 400 ducados de plata, con el sueldo de dos años, y el conde duque 200 ducados de oro, una medalla con el retrato de S. M. y cartas de favor para los embajadores, ministros y otros señores; con lo que se embarcó en Barcelona el día 10 de agosto de aquel año.

Aportó á Venecia y fué hospedado en la casa del embajador de España, quien le honró y distinguió como correspondía á las recomendaciones que llevaba. Agradaron mucho á Velázquez las pinturas de Ticiano, Tintoreto, Veronés y de otros profesores de aquella escuela; por lo que no dejó de dibujar y copiar todo el tiempo que permaneció en aquella Corte, particularmente la famosa crucifixión del Tintoreto, é hizo una copia de otro cuadro de este profesor, que representa á Cristo comul-

gando á los discípulos, que presentó al rey á la vuelta. Hubiera estado más tiempo en esta ciudad si no fuese por la guerra. Partió á Roma, pasando por Ferrara, donde fué muy obsequiado del cardenal Sachetti, que había sido nuncio en España, y mandó que sus criados le acompañasen hasta Cento. Visitó al paso la casa santa de Loreto, y sin detenerse en Bolonia llegó felizmente á Roma.



RETRATO DE D.ª JUANA PACHECO DE VELÁZQUEZ.

Museo Nacional de Pinturas (Madrid).

Fot. de Hauser y Menet.

Mandó el papa Urbano VIII alojarle en el Vaticano, y le entregaron las llaves de algunas piezas, para que pudiese trabajar con más libertad; pero, por hallarse solo y fuera de mano, no las admitió, contentándose con que le permitiesen entrada franca cuando le acomodase. Copió entonces con lápiz y con pinceles mucha parte del Juicio universal y de los profetas y Sibilas que pintó Miguel Angel en la capilla Sixtina, y diferentes grupos y figuras de las celeberrimas historias de la teología, escuela de Atenas, monte Parnaso, incendio del Borgo y de otras de Rafael de Urbino.

Pero, como le hubiese agrado el palacio de Médicis para pasar el verano y poder estudiar el antiguo por estar más ventilado y contener gran porción de excelentes estatuas, el conde de Monterrey, que estaba de embajador, le facilitó habitación cómoda en él. Al cabo de dos meses, unas tercianas le obligaron á mudarse á una casa inmediata á la del conde, para estar más bien asistido en su enfermedad, en la que el embajador le manifestó el afecto y consideración que le tenía, con su obsequio y cuidado, que contribuyó á su pronto restablecimiento.

Un año entero estuvo don Diego en Roma, ocupado en útiles estudios, sin haber pintado más que su retrato, que envió á su suegro, el cuadro de la túnica de José y el de la fragua de Vulcano; y á pesar del deseo que tenía de seguir, tuvo que sacrificarle para venir al servicio del rey. Pasó antes á Nápoles, donde abrazó á José de Ribera, y después de haber retratado á la reina de Hungría, se restituyó á Madrid, á principios de 1631. Celebró mucho el conde duque su pronto regreso, y le mandó que besase la mano al rey y le diese las gracias por no haberse dejado retratar de otro pintor, en su ausencia. También se holgó S. M. con su venida, y ordenó que se le pusiese el obrador en la galería del cierzo, y que se hiciese otra llave, para cuando gustase de ir á verle pintar; como lo hacía en adelante los más de los días.

Lo primero que pintó fué el retrato del príncipe Don Baltasar Carlos, y después se trató entre el rey, el conde duque y Velázquez, de hacer una estatua en bronce de S. M. para colocarla en uno de los jardines del Buen Retiro, que el rey había mandado construir. Acordaron que fuese á caballo y mayor que el tamaño del natural; y no habiendo entonces en España artista capaz de desempeñarla con perfección en esta materia, escribió el ministro á Florencia, para que la gran duquesa la encargase al escultor Pedro Tacca, discípulo de Juan Bologna, autor de la de Felipe III, que está en la Casa de campo. Tomóse el encargo con calor, y el gran duque previno al artista que el rey gustaría de que la postura del caballo fuese en corbета, ó en galope, y en esta alternativa se tuvo por más acertado que S. A. le escribiese, pidiendo un ejemplar pintado, según la idea que deseaba. Con este motivo pintó Velázquez un cuadro, representando al rey á caballo en la actitud que se eligió, y en otro más pequeño el retrato de S. M. de medio cuerpo, muy parecido. Se cree que no



RETRATO DE ANTONIO ALONSO PIMENTEL.

Museo Nacional de Pinturas (Madrid).

Fot. de Hauser y Menet.

se tuvo esto por bastante, pues fué llamado á Madrid, para trabajar una estatua ecuestre del rey, la que también se remitió á Florencia.

Pintó Velázquez otros muchos retratos, entre los que se distinguió el del duque de Módena, que se hallaba en Madrid, el año de 1638, quien le gratificó con una rica cadena, que don Diego se ponía los días de gala. En 1639 pintó el crucifijo de S. Plácido y el retrato de Adrián Pulido Pareja, general de armada, con tal propiedad, que viéndole el rey, le preguntó por qué no se había ido á su destino, respecto de que ya se le había despachado; pero reparando en que no respondía, volvióse á Velázquez y le dijo: *¡Me has engañado!* Pero se esmeró mucho más en el que hizo á caballo de su protector don Gaspar de Guzmán, conde duque de Olivares y marqués de Heliche, que por tan conocido no describimos.

En 1642 fué don Diego sirviendo al rey en la jornada que hizo á Aragón, para pacificar los catalanes, y en el siguiente de 1643 sufrió con prudencia y resignación el golpe fatal de la caída y destierro del conde duque, y las maquinaciones de sus émulo, que intentaban la suya; pero S. M. le continuó su gracia sin la menor alteración, y le nombró, para la segunda jornada que hizo á Zaragoza en 1644. Pintó entonces un airoso

retrato del rey, ataviado con toda la gala con que entró en Lérida, en medio de las aclamaciones del pueblo, el día 8 de agosto de aquel año.

Restituído el rey con su comitiva á Madrid, siguió Velázquez pintando muchas obras, á pesar de los estorbos de sus empleos, pues servía la plaza de ayuda de cámara desde el año de 1643. Volvió á retratar á S. M. en traje de caza con escopeta y perros de trahilla, y del mismo modo á su hermano el infante cardenal Don Fernando, que son la admiración de cuantos los miran, pues parecen vivos. Retrató también á la reina Doña Isabel de Borbón, sobre un hermoso caballo blanco, que sirve de compañero al que pintó del rey á caballo, recién venido de Sevilla. Hizo el del príncipe Don Baltasar Carlos, corriendo á galope en una haca, y otros que existen en el palacio nuevo de Madrid.

Pero no omitiremos aquí los que también pintó, con extremada semejanza, del poeta don Francisco de Quevedo y Villegas, su amigo; del cardenal Borja, arzobispo de Sevilla; de don Nicolás de Córdoba Lusigniano; de Pereira el maestro de cámara; del marqués de la Lapilla, de una dama de singular hermosura, ni el del beato Simón de Rojas. Volvió á retratar al rey armado y á caballo, y habiéndose presentado el retrato en público,



Museo Nacional de Pinturas (Madrid).

LA FRAGUA DE VULCANO

Fot. de Hauser y Menet.

fué censurado el caballo de estar contra las reglas del arte de la jineta, pero celebrado de otros. Se enfadó mucho con esta diversidad de pareceres, y borrando la mayor parte del cuadro, puso en él *Didacus Velazquius, pinter regis expinxit*. Pintó también en aquel tiempo la toma de una plaza por don Ambrosio de Spínola, para el salón de las comedias en el Buen Retiro y una coronación de Nuestra Señora, para el oratorio de la reina.

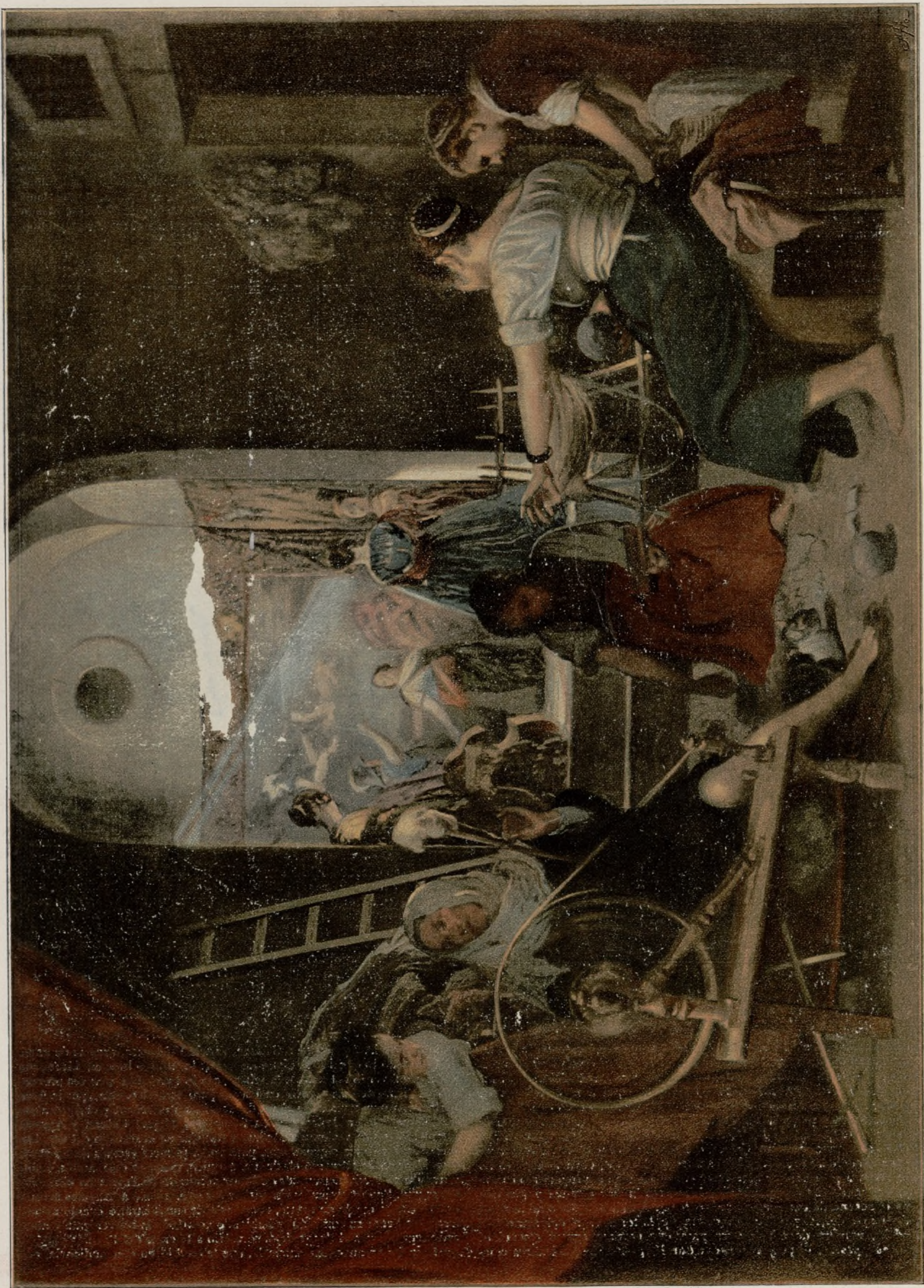
Se había tratado en las Cortes, con interés, sobre el establecimiento de una academia pública de bellas artes en Madrid, cuya resolución estaba todavía pendiente; y hora fuese con el objeto de proporcionar principios y modelos para su estudio, hora para buscar estatuas y pinturas para el adorno de una pieza ochavada que se había mandado fabricar en 7 de mayo de 1647 sobre la escalera de la torre vieja del alcázar de Madrid, nombrando á Velázquez para que corriese con su ejecución, cuentas y gastos; dispuso el rey que don Diego volviese á Italia á comprar todo lo que hallase relativo á las artes; siendo de su gusto y aprobación.

Salio de Madrid en noviembre de 1648 y se embarcó en Málaga, con el duque de Nájera, que iba á Trento á esperar á la reina Doña María

Ana de Austria. Aportaron á Génova, donde Velázquez, aunque de paso, observó todo lo que había digno de verse: lo mismo hizo en Milán, sin detenerse á ver la entrada de la reina, para lo que había grandes prevenciones. Tampoco se detuvo en Padua; pero sí en Venecia, por la gran inclinación que tenía á las obras de aquellos profesores, y compró algunas. Catequizó en Bolonia á los fresquistas Miguel Colona y Agustín Metelli, para que viniesen á Madrid á trabajar en el servicio del rey. Detúvose en Florencia algunos días, para ver la primera escuela de las artes, y en Módena le obsequió el duque, á quien, como se dijo arriba, había retratado en Madrid. Después de haber admirado en Parma las obras del Correggio, llegó á Roma, y sin visitar á nadie, siguió á Nápoles á verse con el virrey conde de Oñate, encargado de suministrarle cuanto necesitase para llenar su comisión; y habiendo acordado lo conveniente y abrazado segunda vez al Spagnoletto, se volvió á la corte del Papa.

Reinaba entonces Inocencio X, que le recibió en una audiencia, con gran benignidad, cuyo nepote el cardenal Astali Pamfilio le hizo muchas honras y también el cardenal Barberino y otros personajes. Fué muy aplaudido y obsequiado de los famosos artistas que había en aquella capital, cuales eran Pedro de Cortona y el caballero Matías Preti, pintores,

VELÁZQUEZ



Museo Nacional de Pinturas (Madrid).

LAS HILANDERAS

Copia de LUIS GRANER.



LOS BORRACHOS

Museo Nacional de Pinturas (Madrid);

Copia de GUILLERMO ROCA.



RETRATO DEL PRÍNCIPE DON BALTASAR CARLOS.
Museo Nacional de Pinturas (Madrid).

Fot. de Hauser y Menet.

bito: que habiéndose presentado con su genealogía en el consejo de las Ordenes, se le hicieron en seguida las informaciones, de las que hubo de resultar haber necesidad de dispensa: que el rey la impetró del papa Alejandro VII, quien la concedió por breve expedido en 7 de octubre de 1659: que el consejo consultó á S. M. en 28 de noviembre del mismo año para que se dignase despachar cédula de hidalguía á Velázquez, la que se firmó en el mismo día; y que con ella aprobó el consejo inmediatamente las pruebas, y se vistió el hábito en la iglesia de las monjas de la Carbonera.

En 1658 había dirigido las obras que pintaron al fresco en palacio Miguel Colona, Agustín Metelli, Francisco Rizi y don Juan Carreño, y en 1659 pintó los retratos del príncipe de Asturias, Don Felipe Próspero, de ocho años de edad, de la infanta Doña Margarita, para remitir al emperador de Alemania, y de la reina, en un óvalo pequeño, muy parecido y muy concluido.

Salió de Madrid en Marzo de 1660 á disponer los alojamientos para el rey, en el viaje que pocos días después emprendió á Irún, á entregar la infanta Doña María Teresa á Luis XIV, rey de Francia, con quien se había de casar. Fué esta jornada muy molesta y de graves cuidados para Velázquez, pues además de tener que preparar las habitaciones en todo el camino hasta la raya de Francia, aderezó ostentosamente en la isla de los Faisanes la casa en que se tuvo la conferencia entre ambas majestades. Celebróse la entrega el día 7 de junio, y no fué don Diego el que menos lució en aquellas fiestas, con su airosa y gallarda persona, por el delicado gusto que tenía en vestirse y por el arte con que colocaba sus diamantes; y á la vuelta acompañó al rey, habiendo enviado por delante el ayuda de aposentador.

A pocos días de haber llegado Velázquez á Madrid, cayó enfermo, en el de 31 de julio, y después de haber recibido los sacramentos y otorgado poder para testar á su mujer doña Juana Pacheco y á su amigo don Gaspar de Fuensalida, falleció el 7 de agosto del mismo año de 1660. Fué enterrado en la parroquia de S. Juan con gran acompañamiento de títulos, caballeros de las órdenes militares, criados del rey y de artistas; y lo que es muy extraño, siete días después en el 14 del mismo mes murió su viuda, que fué sepultada junto al cadáver de su marido.

EL ARTE DE VELAZQUEZ

DESPUÉS que Rafael resucitó el clasicismo, con toda su soberana corrección de líneas; después que Miguel Angel engrandeció la figura humana, creando Titanes más bien que hombres; después que Ticiano acertó á encontrar en su paleta los tonos suaves y transparentes de la carne y Tintoretto supo trasladar á sus lienzos el ambiente y la plácida luz de la costa del Adriático; en suma, cuando podía creerse que agotada la vena fecunda de la Pintura, había de cesar su dominio, para que se alzase con el cetro del Arte acaso la Arquitectura, como en la Edad Media, acaso la Escultura, como en el mundo antiguo ó en la Italia del siglo xv; apareció VELAZQUEZ, genio portentoso, que heredando de aquellos sus antecesores lo mejor, lo más sólido é imperecedero de sus excelencias, el sentimiento justo de la línea y del colorido, y apartándose de las fórmulas del clasicismo ya caduco y convencional, pintó la verdad, entrándose de lleno y con el fogoso entusiasmo del triunfador, por una nueva senda, la del realismo, con lo que abrió la era del Arte moderno. Necio sería,

el Algardi y el caballero Bernini, escultores, á quienes envió el retrato de su esclavo Juan de Pareja, que acababa de pintar por modo de ensayo para el que iba á emprender del Papa. Que-daron asombrados al verle tan parecido al mismo Pareja que le llevaba, y le colocaron en la Rotunda un día de gran festividad, por el que Velázquez quedó recibido académico romano.

Retrató al Papa con valentía de pincel, con exactitud de dibujo y con extremada semejanza. S. B. le regaló una medalla de oro con su busto y una cadena del mismo metal. Retrató después al cardenal nepote, á dos camareros, al mayordomo de S. S. y á otros sujetos de palacio, amigos suyos, cuyas cabezas son todavía celebradas con entusiasmo de los inteligentes, en aquella capital.

Dice don Francisco Preciado, en su *Arcadia pictórica*, que cuando Velázquez estuvo en Roma encargó doce cuadros á Guido Renni, José de Arpinas, Lanfranco, el Dominiquino, Güercino, Pedro de Cortona, Valentino Colombo, Andrea Sachi, Pousin, el caballero Máximo, Horacio Gentileschi y Joaquín Sandrat, á cada uno el suyo, que eran los mejores que había entonces en Italia, y que finalizados los trajo á España, para el rey su amo; pero como los cuatro primeros, y algún otro de los referidos pintores hubiesen fallecido antes de los años de 1650 y 51 en que Velázquez estuvo la segunda vez en Roma, no puede ser cierta la noticia, á menos que los hubiese encargado en el primer viaje de 1630.

Iba andado un año entero que nuestro don Diego había salido de España, sin que pensase en volver, y el rey sentía mucho tan dilatada ausencia. Se lo avisó su gran amigo don Fernando Ruiz de Contreras, y entonces dispuso su venida. Pensó hacerla por tierra por el deseo de ver á París, mas la guerra de Francia le obligó á embarcarse en Génova, y llegó á Barcelona en junio de 1651. Vino inmediatamente á Madrid, y el rey le recibió con gran placer. Se dispuso vaciar las estatuas y bustos, que lo hizo Jerónimo Ferrer, para lo cual le traía Velázquez de Roma, y el escultor Domingo de Rioja. Desvanecido el proyecto de academia pública, se adornaron con los vaciados la sala ochavada y otras de palacio.

El premio de este viaje fué la plaza de aposentador mayor, que sin embargo de sus ocupaciones, no le estorbó para pintar en 1656, aquel célebre cuadro llamado de la Familia y conocido más bien con el título, que le puso Jordán, de la *Teología de la pintura*. Representa al mismo Velázquez en pie, retratando á la infanta Doña Margarita, de corta edad, á quien subministra un búcaro de agua doña María Agustina, menina de la reina é hija de don Diego Sarmiento: está al otro lado doña Isabel de Velasco, hija del conde de Fuensalida, en acción de hablar á S. A. Aparece en primer término Nicolasito Pertusano y Mari Barbola, enanos, con un perro grande: algo más lejos se ve á doña Marcela de Ulloa, señora de honor, y un guardadamas, y en último término hay una puerta abierta que sale á una escalera, en la que está José Nieto, aposentador de la reina. Todo está pintado por el natural, hasta la sala que representa la escena, con los cuadros que contenía. La composición, el contraste de las figuras, la degradación de las tintas y luces y el modo mágico con que está pintado, elevan este cuadro á ser uno de los mejores de este profesor.

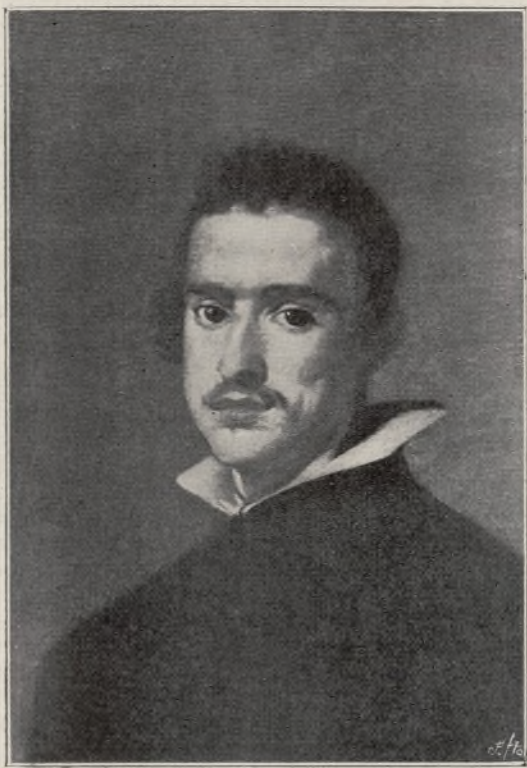
No podemos afirmar con certeza lo que se cuenta de haber sucedido en palacio luego que Velázquez concluyó este cuadro. Aseguran que habiéndole visto el rey finalizado dijo, que le faltaba una cosa esencial, y que tomando S. M. la tablilla y pinceles pintó sobre el pecho del retrato de don Diego la cruz de Santiago; pero sí podemos justificar que el mismo Felipe IV, por real cédula, fecha en el Buen Retiro á 12 de junio de 1658 le hizo merced del propio hábito.



FRAGMENTO DEL RETRATO ECUESTRE DEL REY
DON FELIPE III.

Museo Nacional de Pinturas (Madrid).

Fot. de Hauser y Menet.



RETRATO.

Museo Nacional de Pinturas (Madrid).

Fot. de Hauser y Menet.

Con efecto, pinta *Los Borrachos* y trueca la gravedad tradicional por franco regocijo, y coloca sus peregrinos modelos en un campo, lleno de luz, que le permite dar á cada desnudo un tono, á cada cabeza un matiz. ¡Con qué amor de la vida está pintado ese lienzo!

Grandemente debieron excitar la curiosidad del artista, los cuadros que Rubens, el exuberante Rubens, pintó á lo que parece en su mismo estudio. El pintor flamenco, más distante aún que Velázquez del misticismo español, no buscaba su ideal en el cielo ni en la tierra; buscábalo en el inmenso espacio de la fantasía, que le dió mágicos poderes para embellecer los aspectos más sensuales de la Naturaleza. A los ojos de nuestra sociedad timorata, debieron parecer atrevimientos hartos libres, los cuadros de Rubens. Velázquez, en cambio, debió sentir purísimos goces, ante tales alardes de color y de luz.

Por sugerencias del mismo Rubens, pasa á Italia Velázquez, y al encontrarse allí con un arte que busca su ideal en las perfecciones clásicas, con las que embellece sobre todo el desnudo humano, pinta él también desnudos hermosos, en el *Cristo atado á la columna* (de la Galería de Londres) y en *La fragua de Vulcano* (del Museo de Madrid). Con ser muy hermosas ambas composiciones, no representan sin embargo, el mayor beneficio que las obras de arte atesoradas por Italia reportaron á Velázquez, cuyo espíritu abierto como pocos á la emoción estética, lo observaba todo con vivo interés. Dicho beneficio, consistió en facilitar y acelerar el completo desarrollo de las naturales aptitudes del artista, el cual, desde que aprovechando su estancia en Roma, pinta los paisajes de la *Villa Medici*, da muestra de una soltura de ejecución, y á su regreso de una sencillez tan sintética en los retratos, que sólo á un artista de primer orden, le es dable poseer. Unese á esto, que las pinturas de los venecianos avivaron extraordinariamente su sentimiento del color. Y casi nos atreveríamos á afirmar, que esta renovación del artista se mantuvo latente, hasta que vinieron á provocarla en España las obras del Greco, cuya pintura procede directamente de los venecianos. Diez años después de su regreso de Italia, pinta el famoso lienzo de *Las lanzas*, que es donde esa influencia aparece más patente. ¿Cómo negarlo al examinar aquellos tintes azulados, finos y transparentes del paisaje, aquellas carnes delicadas y blanquecinas? Y sin embargo, es uno de los cuadros mejores y más admirables de Velázquez, que se muestra en él consumado maestro, seguro de sí mismo, completísimo, inimitable.

Antes y después de la ejecución de este cuadro, ¿qué es lo que pinta Velázquez? Retratos; retratos en los que, no siempre destaca la figura sobre el obscuro fondo; en alegres pai-

pretender que en la esfera del Arte, esos grandes luminaires que se llaman Miguel Angel, Rafael, Ticiano, Durero, Velázquez, han aparecido y comenzado á difundir su luz esplendorosa, de una manera inopinada y fortuita; más necio aun pensar que el lógico encadenamiento de las ideas estéticas en la Historia, por el cual no comprendemos á Rafael sin Fra Bartolomeo y sin Perugino, no comprendemos á Miguel Angel sin Lucas Signorelli, no comprendemos á Velázquez sin Zurbarán y sin el Greco, quita en algún modo mérito excepcional y gloria imperecedera á estos grandes maestros, ante quienes esos otros que por ley humana les sirvieron de antecedente y de germen, son estrellas de segundo orden. Así es la Historia; así es la vida siempre.

Por esta razón, en todas las personalidades del arte, hasta en las más altas, hay dos aspectos que considerar, lo asimilado de los antecesores y la producción propia. En ésta, es donde debe buscarse la originalidad, el carácter distintivo, ó sea la bandera de triunfo; la bandera de todo un sistema, de un nuevo credo estético, de un arte. Cada uno de esos grandes genios, que de cuando en cuando han aparecido en la Historia, tuvo el suyo. Veamos cual es el Arte de Velázquez.

Sus antecesores pintaron cuadros religiosos, en los que el ascetismo seco y taciturno de la España, todavía apegada al espíritu medio-eval, nos ofrece los Cristos demacrados, proto-tipos de la maceración y la penitencia, los Cristos de Morales; pintaron retratos, tan secos y graves como las imágenes sagradas; unas y otras figuras destacan sobre fondo negro, y nos dejan en el ánimo una impresión honda, de indefinible tristeza. Imbuído de ellos, pintó Velázquez sus primeros cuadros, también con fondo negro ú oscuro, también con figuras un tanto secas, pero que os atraen desde luego, inspirándoos irresistible simpatía; sus asuntos están tomados de la realidad, de la vida corriente, como los pasajes de Cervantes; son la *Vieja friyendo huevos* y *El Aguador de Sevilla* (de la galería de Londres), dijérase que lo primero que vió el joven artista, ávido de pintar á su gusto; son cuadros de género, cuyo atractivo no está precisamente en los asuntos, triviales por cierto, sino porque de ellos tomó pretexto para reproducir la verdad, con toda la fuerza y la expresión intensa con que el artista la veía, la sentía y la sabía representar.

Pinta por exigencias de su tiempo asuntos religiosos, y coloca como detalle que se ve por una ventana, la escena de Cristo con Marta, dejando como principal figura la de María, á la que representa ocupada en los menesteres de la cocina. Pinta el nacimiento, la conocida *Adoración de los Reyes Magos* del Museo del Prado, y trátalo también como asunto de género, sin buscar idealismos en los cuales desmayan las alas de su genio, que se sentía irresistiblemente atraído por la realidad, gozaba con el espectáculo de la vida, érale grato el mundo, y querría representarle sin otro fin, que el sano y generoso de cultivar el Arte por el Arte. En el último cuadro citado, en el fondo, se ve un trozo de paisaje, una rompiente de luz, tímidamente colocada en tan reducido espacio, anunciando una saludable afición del autor á la plena luz, al aire libre, donde el sol espléndido de este país meridional, derrama sus galas alegrando á la tierra y á los hombres.



LAS MENINAS.

Museo Nacional de Pinturas (Madrid).

Fot. de Hauser y Menet.



EL INFANTE DON FERNANDO DE AUSTRIA, EN TRAJE DE CAZA.

Museo Nacional de Pinturas (Madrid).

Copia de JOSÉ TRIADÓ.

clame: — ¿Y el gran Rembrandt? — Rembrandt, en efecto, es un contemporáneo de Velázquez, que independientemente de él pinta la verdad; pinta la verdad, porque en el proceso del arte, había sonado la hora en que no bastaba á mantener al gusto estético el clasicismo, ni solamente las grandezas de la línea, ni las solas armonías del color, ni las fantásticas creaciones de Rubens; todo eso pertenecía á un mundo superior, que había creado el arte; pero el mundo real no había entrado todavía en el arte. Consiguieronlo á un tiempo Velázquez y Rembrandt, en países de condición estética

sajes, el paisaje de Madrid, el paisaje de que sólo nos queda la *Casa de Campo*, trotan los hermosos corceles de Felipe IV, del Conde Duque y del lindo Príncipe don Baltasar, que en la campiña de *El Pardo* se nos muestra en tren de caza, como el Infante don Fernando y el mismo rey. — ¡Cuánta luz, cuánta alegría en estos lienzos! — Un retrato, es la obra magistral de Velázquez, el retrato de Inocencio X, acaso el mejor retrato que se ha pintado nunca, el asombro de los visitantes de la Galería Doria en Roma, donde lo pintó Velázquez en su segundo viaje á Italia. ¡Retratos, siempre retratos! para terminar con ese lienzo portentoso, «La Teología de la Pintura», como le llamó Lucas Jordán, el cuadro de *Las Meninas*, conjunto feliz de retratos, en el fondo más castellano y en el ambiente mejor pintado en que es posible recrear el ánimo.

Si examináis en serie cronológica los retratos que pintó Velázquez, descubriréis el progreso técnico, la ejecución, cada vez más sumaria, más concienzuda y hábil, los tonos plateados con que desde la somera influencia del Greco, os sorprende la delicadeza de su pincel, y los toques mágicos con que expresa y acentúa una facción, un rasgo típico, un detalle. ¡Arte supremo, el arte de Velázquez, que consistió ante todo en pintar no el armazón exterior de la persona, su traje y sus adornos, sin perdonar nimio detalle, como se complacieron en hacerlo todos aquellos retratadores, que por zaherir á Velázquez, recién llegado éste á la corte, dijeron de él que *sólo sabía pintar cabezas*! Su arte, consistió en pintar al hombre interno, en sacar á la fisonomía el carácter de la persona, al rostro toda el alma. Por eso viven los personajes de Velázquez, y pensáis que salvada la distancia del tiempo, es el retratado un sujeto con quien váis á conversar.

Se ha repetido mucho, que Felipe IV empleó mal el talento de Velázquez, haciéndole pintar los *enanos*, los *bufones*, de que por mal gusto de la época, había llenado el rey su palacio. Pero, no debió Velázquez de llevar á mal, el peregrino deseo de perpetuar tan desdichadas imágenes, pues que ellas le ofrecían libre campo, para estudiar al natural é interpretarla sin trabas de la cortesía ni de la etiqueta. No hay más que examinar tales retratos, para comprender el amor con que los pintó. Es que Velázquez debió pensar y pensó bien, que la Religión, la Historia y la Fábula, habían sido ya suficientemente sublimadas con los pinceles; pero, nadie se había cuidado de sublimar é inmortalizar la vida real, sin fantasearla, tomándola cual es, sin olvidar sus deformidades, ni suprimir sus extravagancias, tales como los terribles guardainfantes y los peinados á modo de racimos. Ingenuo, vigoroso, inflexible, Velázquez, nada corrige al natural, nada perdona; busca en todo el aspecto pintoresco, y eso es lo que interpreta con una brillantez y una fuerza, que subyuga. ¡La verdad, el carácter! He aquí todo el dogma del arte moderno, cuyo punto de partida es Velázquez.

No faltará quien al leer esto ex-

apropiada al realismo, como Italia apropiada al clasicismo. Uno y otro, de esos dos grandes apóstoles de la nueva doctrina, difundenla separadamente y ambos con el mismo credo. Nada se deben el uno al otro. Pobre crítica la que suele hacerse del Arte, cuando para ensalzar á un genio, hay que deprimir á otro. Peligroso y expuesto á error es por otra parte, el establecer categorías en el Arte. Pero sin pasión hay que reconocer, — críticos extranjeros lo han reconocido, — la superioridad de Velázquez sobre Rembrandt. Da miedo escribir estas afirmaciones tratándose de genios. Esa superioridad sólo consiste en que Rembrandt pinta la sombra, — eso sí, como nadie—y Velázquez, ama la luz y la variedad de matices, que ella nos permite descubrir.

Tan gigantesco y tan anticipado era el paso de esos realistas, que su doctrina no tuvo por el momento, la larga vida que podía presumirse; por

el contrario, vino la pintura barroca á extraviar los sentidos, pretendiendo hacer revivir con exuberancias de línea y color, el clasicismo italiano. Todavía vino el purismo primero y el romanticismo más tarde, á desviar el Arte de la pista de lo real; y en España tuvimos como anticipada protesta de esos estilos convencionales un Goya, que no sólo se complació en pintar la verdad, sino en hacerlo con una ligereza de factura, hija de aquellas primeras impresiones, con que el natural hería su genio vivísimo, que por ello reclama el primer puesto entre los modernistas.

Véase por donde los españoles tenemos dentro de casa, el primer realista y el primer modernista. Justo es que los imitemos y que, puesto que ha sonado la hora del triunfo, los ensalzemos.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

De la Real Academia de Bellas Artes.



LA RENDICION DE BREDA

Museo Nacional de Pinturas (Madrid).

Fot. de Hauser y Menet.

¡LOOR AL GENIO!

¡Cuál será tu dolor, si es que ver puedes
con qué crueldad la suerte, harto mudable,
á la que fué tu patria hundir pretende
y en su lenta agonía se complace!
Tú la dejaste floreciente y rica,
dominando en la tierra y en los mares,
orlada de laurel la altiva frente,
desplegado á los vientos su estandarte
que hoy miran unos con desdén profundo...
y arría de otros la traición cobarde.
Rápida es la pendiente y está cerca
el hondo precipicio;... mas, no le hace:
antes que caiga en él, gérmenes nuevos
reaccionarán su empobrecida sangre,

y, sacudiendo el estupor presente,
sobre sus ruinas se alzaré gigante.
Y si no fuera así; si en los designios
del que gobierna el universo entrase
que tantos siglos de gloriosa historia
se hundieran en las sombras impalpables;
entonces, tú y los tuyos, con fiereza
romperíais las losas sepulcrales,
para pedir, desde la tumba fría,
vuestra parte de gloria á las edades.
España inerme, desangrada, pobre,
será siempre famosa, siempre grande,
pues basta á su grandeza indiscutible
haber sido la cuna de VELÁZQUEZ.

ALBUM SALON

A VELAZQUEZ

SONETO

Si evoco tu memoria ¡oh, fuerte atleta
del arte universal! mi fantasía
ve el flamígero sol de Andalucía
rindiéndose á tu mágica paleta.

Y aparece ante mí la turba inquieta
de tus héroes que dora la poesía:
Baco y sus amadores en la orgía;
el bufón y el helénico poeta;

los príncipes en ágiles corceles;
los magnates con bandas de brocado
y en el sombrero plumas y joyeles;

las meninas de rostro delicado,
y á la sombra del bosque de laureles
¡el español homérico soldado!

MANUEL REINA



Museo Nacional de Pinturas (Madrid).

ESOPO

Copia de M. FELIU DE LEMUS.

VELÁZQUEZ

Sevilla le vió nacer,
la Corte le vió morir,
y los siglos al correr
ven su gloria revivir,
y nuestro asombro crecer.
De la luz y el aire dueño,
cifró en copiarlos su empeño,
pero con tal propiedad,
que en él tienen realidad
las vaguedades del sueño.
Su fecunda inspiración
todo lo vence y lo abarca,
y gala en sus lienzos son
las preseas del Monarca,
y el harapo del bufón.
Cobra en su pincel nobleza
cuanto su mente concibe,
pues le dió naturaleza
lo que en ella eterno vive,
la verdad y la belleza.
Por eso la propia mano
que en arranque soberano
las Meninas retrató,
el *Cristo en la cruz* pintó
y la *Fragua de Vulcano*.
Años tras años vendrán
y nuevos genios traerán,
locos varios, cuerdo alguno;
cien artistas nacerán...
¡como Velázquez, ninguno!
MANUEL DEL PALACIO

LA PALETA

En medio de la paleta,
y en semicírculo puestos,
alfabeto de colores,
están los tonos diversos.
Como habla con unas notas
el músico al sentimiento,
y con signos el poeta
al corazón y al cerebro,
el pincel, lengua del mundo,
deja su huella en el lienzo,
y con letras de matices
habla á todo el Universo.
¡Oh, paleta! ¡oh, diccionario
que entienden todos los pueblos!
¿seductor? ¿quién te iguala?
¿quién te aventaja en ser bello?
Eres de origen tan alto,
que el que entienda tus secretos
y hablarte sepa á los hombres,
es por la gracia del genio.
Según quien supo tu idioma,
fuiste vario en tus aspectos:
en Murillo, has sido místico;
en Velázquez, noble y regio;
franco y sublime, en Rosales;
enigmático, en El Greco;
en Miguel Angel, grandioso;
y en el gran Fortuny, espléndido.
¡Oh paleta! ¡oh breve mundo!
¿génesis de seres lleno!
en ti de la vida humana
está el gigante proceso.
Cuando el pincel te provoca,
rompes el hilo del tiempo,
retrocedes á la vida
de lo inmortal y lo eterno,
y surgen de tus colores,
reyes, damas, caballeros,
épocas, fiestas y trajes,
dramas, costumbres y pueblos.
Los semblantes que han vivido,
en ti los retienes presos,
y al conjuro del artista
vuelven á ser lo que fueron.
Todo lo que es y que ha sido,
está en tus matices frescos;
si quieres, César revive;
si quieres, revive Homero.
De tus rojos belicosos
sale el combate sangriento,
de tus verdes brota el campo,
de tu azul surgen los cielos.
Nadie hay que pueda enseñarte
ni transmitir tus secretos,
que es tu ciencia poesía
y tu color sentimiento.
El don de saber sentirte,
es divino, nó terreno;
Dios baja hasta ti fundido
en un iris de misterios.
Como en El, en ti está todo,
cuando vibrar te hace el genio;
¡paléta, idioma divino,
eres un mundo en pequeño!
SALVADOR RUEDA

Castelar

No aguarda la muerte ocasión para herir. Cuando menos puede esperarse, descarga la segur y corta una vida. Así ha pasado con Castelar. Cuando aún podían sus amigos prometerse largos años de su preciosa compañía, la muerte le arrebató de repente, sin aviso previo, sin preparación.

Golpe rudo es para la democracia, para el republicanismo, para las letras, la muerte de Castelar. Pero más duro, más certero, más irreparable aún para la oratoria. Lloró España esa muerte, y al lamento de España, se unen los lamentos de Europa entera. Hablan de Castelar, á la hora esta todos los diarios nacionales y extranjeros, como político, como historiador, como orador, como artista. Y como artista, como orador, como político, deploran su pérdida. Parece, no que ha muerto un español, sino que ha muerto un genio universal. Es que la fraternidad que había sido alma de sus ideas, le paga, en la hora suprema de su muerte, el tributo que él le rindiera durante su gloriosa vida.

El ALBUM SALÓN no ha encontrado mejor ni más pronta manera de honrar la memoria del que fué su eximio colaborador, que ofreciendo á los señores suscriptores un suplemento al presente número, una doble página destinada á perpetuar aquellas facciones que tantas veces resplandecieron con el fuego interno que las animaba, y que en lo sucesivo resplandecerán eternamente, iluminadas por luz de gloria.

Le dedica también estas sentidas líneas. No puede en un breve espacio abarcar el cuadro de existencia tan fecunda y tan preclara. Apenas si hay marco digno y capaz de contenerlo.

Como orador demócrata, se igualó Castelar á Mirabeau y Dantón; como patriota, los acentos de O'Connell no fueron más vibrantes y apasionados; como orador enamorado de su arte, no le sobrepusieron los que en el Parlamento español hicieron su esclava á la palabra. Fulminante en los apóstrofes, razonador en la peroración, conciso en las conclusiones, no hubo quien contendiera con él, sin estar convencido por adelantado de su derrota. ¿Quién no recuerda aquellas oraciones ciceronianas, en que la palabra, al pasar por sus labios y al ser subrayada por su gesto, parecía iluminar las conciencias, disipar las tinieblas de los prejuicios, y mostrar lo que puede una convicción arraigada, servida por una conciencia sin tacha? Como político y durante los últimos tiempos, no fué Castelar el ídolo del pueblo que fuera en su juventud. Es que la experiencia, gran maestra, le había mostrado lo que va de la teoría á la práctica, de lo ideal á lo real. Tampoco Luis XI, Fernando V, Somodevilla, Richelieu, con ser grandes políticos, fueron populares. Pero todos son grandes á través de los siglos.

Por dolorosa coincidencia, conmemora hoy el ALBUM SALÓN la memoria de dos hombres igualmente gloriosos: la de Velázquez, el gran pintor, ya consagrado por la universal admiración, y la de Castelar, el gran orador, el escritor fogoso, cuyas improvisaciones se disputaban Europa y América, cuya palabra lo mismo se aplaudía en Oxford que en París, cuyos artículos se leían con igual avidez en España, que en el más apartado rincón de la virgen América.

REVISTA A LOS SUBSCRIPTORES DEL ALBUM SALON



Ayuntamiento de Madrid



HOMENAJE A VELAZQUEZ

HIMNO

C. MARTINEZ IMBERT. POR

Moderatto pomposo.

Piano.

Musical notation for the hymn, consisting of four systems of staves. The notation includes treble and bass clefs, key signatures, and various musical symbols such as notes, rests, and dynamic markings (f, Piano.).

Passor

The musical score is written for piano and consists of five systems of staves. Each system has a treble staff and a bass staff. The key signature is one sharp (F#). The score includes various musical notations such as notes, rests, and slurs. Dynamic markings include *f* (forte), *cres.* (crescendo), and *ff* (fortissimo). There are also markings for *Red.* (Reduction) and asterisks (*). The piece concludes with a section marked 'B'.

ff *ff* *dim.* *a tempo.* *meno.* *rit. cantabile.* *mf* *pp* *cres.*

pp *mf* *cres.* *m. d.* *f* *f* *cres.*

cres. *cres.* *mf* *marcato.*

f *cres.*

f *ff*

grandioso. *cres.* *poco*

f

Red. ***

animando sempre.

tempo I?

desde la A
á la B y si-
gue:

f *marcato il basso.* *cres hasta el fin*

alargando. *Largo.*

Red. *ff* *a baja.* ***

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.

joven muy guapa y un señorito muy juncal, cuando se presenta un caballerete, exclamando:

—¡Alto, el mal marido!

A esta intimación, respondió el aludido:

—Váyase usted de ahí y déjenos en paz, so tipo.

Entonces el interpelante la emprende á bôfetadas con la pareja, ruedan los tres por el suelo, llegan los guardias y... ¡tableau! El agresor, el valiente mocito... ¡era la esposa del caballerete juncal, vestida de hombre!

Y luego, tilden ustedes de inverosímiles ciertas mecenas de los Perrín, Palacios, etc., etc.

A. B. JORRO

Y al alma le llevó, la duda artera,
Que todo lo corroe lentamente.

Me sorprende la nieve de los años,
Con mi carga de viejos ideales,
Y otra carga de viejos desengaños.

Y al llegar, al final de la partida,
Me abrazará la muerte en los umbrales...
¡Sin alcanzar la tierra prometida!

S. RIVAS



La de Luis Graner.

Sonetos

ULTIMO AMOR

Dame á beber, enamorada, loca,
El néctar que las penas desvanece:
Aquél que la razón nos oscurece
Y la fiera del valor provoca.

Dame, con el perfume de tu boca,
El veneno sutil que me enardece,
Y el dormido volcán, que se estremece,
Vuelva otra vez á conmovér la roca.

De la edad juvenil y sus engaños,
Haz que de nuevo se despierte el brío;
Renacerá también, de aquellos años,

La ardiente sangre que apagó el hastío;
Si me dejan, ¡con tantos desengaños,
Entre la nieve, moriré de frío!

LUCHA INTERIOR

Aun conservo, velada dulcemente,
La imagen que soñé en mi edad primera;
La fe; el amor; el ansia del que espera,
Sin que la triste realidad le aliente.

Esta angustia mortal, fija, latente,
De plata matizó mi cabellera

CURIOSIDADES

LA HISTORIA DE UN DIAMANTE

Entre los grandes diamantes conocidos en el mundo, hay uno, el llamado de Sancy, cuya historia es por demás accidentada y novelesca. Su primer poseedor fué Carlos el Intrépido de Borgoña; á la muerte de éste en 1495, lo compró el rey Manuel de Portugal. Cien años después, pasó á manos del Señor de Sancy, cuya familia lo retuvo hasta que uno de sus descendientes lo entregó á un usurero, como garantía de un préstamo. Este individuo fué atacado por una cuadrilla de ladrones, y viéndole en peligro, hubo de tragárselo y esperar á que la naturaleza obrase.

Luego pasó al poder de Jaime II de Inglaterra, quien lo llevó en su huida á Francia en 1688, y lo vendió á Luis XIV por 25,000 libras esterlinas. Cuando la Revolución francesa, fué puesto á la venta con otras joyas de la corona, viniendo á parar casualmente á manos de Napoleón. En 1825, fué vendido al príncipe Pablo Demidoff por 80,000 libras esterlinas. En 1830, fué objeto de un litigio ruidoso; en 1865, lo compró un banquero llamado Jejeebhoy en 20,000 libras. Dos años más tarde, volvió á Inglaterra y en 1873, formó parte del «Collar regio» que llevó María Sachsen-Altenburg en su boda con Alberto de Prusia. El diamante, que mide 53 carats y medio, lo llevó el Príncipe de Gales por última vez en 1876, en una fiesta oficial celebrada en Calcuta.

¿POR QUÉ NO SE COMEN LOS MONOS?

Indudablemente Bismarck era un grande hombre, ya se le considere como estadista ó como gourmet, pues en ambas cosas se distinguía, sin contar su condición de excelente bebedor; á más de esto se le ocurrían interesantes observaciones sobre los manjares, contándose entre ellas la siguiente: «Es cosa curiosa, decía, que no se coma carne de caballo, sin verse acosado por la necesidad, y la razón de esto es, evidentemente, que el caballo es más allegado á nosotros que otros muchos animales; con el perro sucede lo mismo; en una palabra, creo que cuanto más se nos asemejen los animales, nos es más difícil comerlos. Por eso nos sería muy costoso comer carne de mono, porque sus manos se parecen á las humanas y es notable el parecido de su rostro, y al comer un cuadrumano, nos parecería que devorábamos un semejante.»

Como se ve, es muy lógico el razonamiento, por lo que se refiere al mono, pero no nos parece lo mismo en cuanto al caballo y al perro, pues el primero se come en gran cantidad en un país tan civilizado como Francia, y al segundo, no debe de ser muy malo, cuando refiere un viajero recién llegado de la China, que en Cantón hay varias casas de comida, en cuya puerta se lee el siguiente anuncio: «Se sirve á todas horas carne de perro y de gato, de la mejor calidad.»

UNA ESTATUA DE VALOR

Los que vayan á la próxima Exposición de París de 1900 y visiten la sección americana, seguramente se quedarán maravillados ante una obra de arte que se piensa exponer.

Trátase de una escultura retrato de la actriz Miss Adams, de gran renombre en Inglaterra y en los Estados Unidos; pero no de una escultura hecha en mármol

ni en bronce, porque estos materiales ya van pasando de moda, sino ¡maravillense mis lectores!... ¡de oro!

Los admiradores de la eminente cómica, queriendo darla una prueba de su entusiasmo, han decidido abrir una suscripción y con su producto hacer la estatua de tamaño natural, fundida en oro, y exponerla en París. Con este objeto se han reunido ya más de 400.000 francos, y la comisión ejecutiva que al efecto se ha nombrado, anda de un lado para otro buscando como Diógenes un hombre, un hombre que sea buen escultor y que goce de fama de honrado, en atención á el material que tiene que manejar, pues sería muy doloroso que se comiese en un día de necesidad, un pedazo de la efígie de Miss Adams.

Esta señorita debe de estar orgullosísima por la distinción con que la van á honrar, pero la dicha humana dura poco, y los mismos que ahora la van á levantar una estatua, piensan dividirla en muchas piezas dentro de algún tiempo. Quiero decir, que una vez cerrada la Exposición, fundirán la estatua y harán con el oro una porción de piezas ó medallas conmemorativas, que se repartirán entre los que han aportado dinero para tan excéntrica empresa.

MIGUEL

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Cumpleaños.—Así se titula un lindo monólogo en verso, obrita con que comienza, con gran fortuna por cierto, sus trabajos teatrales, nuestro amigo é ilustrado colaborador don Fernando Franco Fernández. Este monólogo, que hemos leído con verdadero gusto, fué estrenado hace poco con excelente éxito en el Teatro-Circo de Albacete, por la notable tiple Tomasa del Río. Nuestra enhorabuena al joven y aplaudido autor.

SOLUCIONES Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

Jeroglífico. — No mires no tan alto
luz de mi vida,
porque á todos los astros
causas envidia.

Charada en acción. — Carrasco.

Frase hecha. — En alas del destino.



La de Adriano Gual.

(Continuará).

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

PÁGINAS EN COLOR:

La última mano. Cuadro de Manuel Cusí.

Los Marqueses de Campo Hermoso. Retratos encuadrados por J. Ribera, y artículo biográfico, de M. Escalante Gómez.

Página decorativa. de Fernando Xumetra.

Por meterse á torero. Cuadro de B. Gili Roig.

Página alegórica. por J. Ribera.

Nota del Corpus. Acuarela de Tomás Moragas.

PÁGINAS EN NEGRO:

La Eucaristía y el Arte. Artículo de Pedro Gascón de Gotor.

Dr. don José María Múnera. Retrato, vista interior fotográfica de su establecimiento, y artículo alusivo.

Esposas modelo, en España. Artículo de la señorita Josefa Gutiérrez; ilustrado por Sol Mendoza.

La pandereta. Poesía de Salvador Rueda.

Bebé. Continuación de la novela de Luis de Val; ilustrada por J. Cuchy.

Corpus. Artículo de A. Riera.

Entierro del Condestable don Alvaro de Luna. Reproducción del cuadro de E. Cano, existente en el Museo Nacional de Pinturas.

Efemérides ilustradas. Don Alvaro de Luna. Artículo de F. Rodríguez-Solís.

REGALO: *El Jasmín.* Schotisch para piano, original del Mtro. Buenav.ª Bayona.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

Impreso por Fidel Giró. — Papel de Torres Hermanos, Sucesores. — Litografía Labielle.



• • • LICOR BREA MUNERA • • •

22 AÑOS DE ÉXITO

Gran premio Exposición de París. * Miembro del Jurado en Londres. * Diploma de honor en Bruselas.

El **LICOR BREA MÚNERA** es el que mejor combate los catarros crónicos, toses rebeldes, espectoraciones abundantes, asma, bronquitis y demás afecciones del tubo respiratorio. Preserva del tífus, es útil en los catarros de la vejiga, purifica la sangre de sus malos humores y tiene una acción tónica sobre el organismo, de tal suerte, que con su uso se abre el apetito.

Enfermos cansados de tomar otras medicinas, han recurrido al **LICOR BREA MÚNERA** y con su benéfico influjo han recuperado el don más precioso de la vida, que es la salud.

No debe confundirse el **LICOR BREA MÚNERA** con otros que llevan nombres parecidos.

Farmacia del Autor: **PASEO DE GRACIA, N.º 24**



MECHERO

Universal

M. GRISAU

Sociedad en Cta.

♦♦ Luz triple. ♦♦
Economía 50 por 100

Despacho: 11, Balmes.

BARCELONA

ESTÓMAGO ARTIFICIAL

Los **PÓLVOS** del **DR KUNTZ** es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del estómago e intestinos, por antiguas que sean. Los vómitos, acedías, ardores, pesades, flatos, dolores de estómago, cintura, etc., etc., así que diarreas o estreñimientos, desaparecen a la primera dosis. Éxito seguro. Caja 7'50; media caja, 4 pesetas, en farmacias y Madrid, Arenal, 2; Barcelona, Rambla Flores, 4. Pídanse FOLLETOS.

HISTORIA

del General PRIM

A 1 REAL CUADERNO

Miguel Seguí. — Editor.
BARCELONA

JUAN FRANQUESA

ALMACEN DE MUEBLES

VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

SAN PABLO, 28 (Esquina Arco de San Agustín).

BARCELONA

APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas y comprometen a menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

SUCESORES DE V. HAAS

Rambla de Estudios, 11, BARCELONA

Pianos, armonios y órganos de las mejores marcas del País y Extranjero. Representantes con exclusivas para España y Ultramar, de los magníficos pianos

VONDERSOCH a precios sin competencia.

Agentes de las mayores fábricas de instrumentos para banda y orquesta.

Música y accesorios de todas clases. ♦ Especialidad en guitarras de concierto.

Precios los más económicos. — CASA FUNDADA EN 1860.



PIANOS

FORTUNY 3 BARCELONA
PIANOS DE COLA VERTICALES
A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE MIERO
ESTILO NORTE AMERICANO
Se remiten Catálogos

El ingenioso hidalgo DON QUIJOTE DE LA MANCHA

por Miguel de Cervantes Saavedra.

EDICION ESPECIAL PARA LOS CERVANTISTAS

♦♦ DE 100 UNICOS EJEMPLARES NUMERADOS AL PRECIO DE 75 PESETAS ♦♦

Centro Editorial Artístico de **MIGUEL SEGUÍ** ♦♦ ♦♦

♦♦♦♦ 151, Rambla de Cataluña, 151 * BARCELONA ♦♦♦♦



J. FURNELLS

ZINCÓGRAFÍAS, FOTOGRAFADOS, AUTOTÍPIAS, ETC. PARA LA ILUSTRACIÓN DE PERIÓDICOS, OBRAS, REVISTAS, ANUNCIOS, ETC., ETC.

Clichés Tipográficos

APLICACIÓN DE TODOS LOS PROCEDIMIENTOS FOTOGRÁFICOS A LA IMPRESIÓN TIPOGRÁFICA

Talleres: Diputación, 174 y 176; BARCELONA

TIP. A. C. DE FIDEL GIRO
Casa especial para ilustraciones. — Premiada en la Exposición Universal de 1888. — 311, Calle de Valencia, 311.

MOSAICOS HIDRÁULICOS

SOLAY & CIA



PLAZA UNIVERSIDAD, 2 BARCELONA



LA ÚLTIMA MANO

Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9)

LA EUCARISTÍA Y EL ARTE

El más augusto de los Sacramentos — dado á conocer por los Santos Padres y expositores católicos bajo los símbolos y nombres admirables de *Hostia*, en memoria del cruento sacrificio; *Comunión*, *Congregación*, significando la unidad de fieles cristianos entre sí y con Cristo su cabeza; *Viático*, en recuerdo de la patria celestial y del gozo de la visión de Dios, según se expresa Santo Tomás; *Pan de los ángeles*, por la materia, especies y forma de la consagración; *Cuerpo y Sangre del Señor*, por lo que en él se encierra y se contiene; *Mesa*, *Manjar divino*, *Banquete sagrado*, *Cena del Señor* y *Sacramento del Altar*, por razón del modo, tiempo y lugar en que se confecciona y recibe—ha sido representado de distintas maneras, por las artes de imitación.

Las figuras de la Eucaristía de la antigua y nueva Ley, las divide en cuatro clases el Angélico Doctor: 1.^a, por razón de la materia y las especies, el pan y el vino en el sacrificio de Melquisedech, los panes de las primicias y de la proposición, y en la nueva Ley, la conversión del agua en vino en las bodas de Caná; 2.^a, por razón del *Cuerpo y Sangre de Cristo*, todos los sacrificios antiguos, en especial los de Abraham y de la expiación, y la sangre del testamento; 3.^a, por razón de la gracia, el árbol de la vida, el pan subcinericio que comió Elías y el maná; 4.^a, por razón de las propiedades, el cordero Pascual.

El Arte nos suministra curiosos documentos, con pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, representativos de la Eucaristía.

Pasajes del Antiguo Testamento.

El sacrificio de Melquisedech (Gen. XIV), en un mosaico de S. Vital de Rávena del siglo VI. Está Abel en la parte superior del cuadro, ofreciendo á Dios—simbolizado por una mano—un corderillo, representación la más remota del verdadero Cordero, que un día se había de sacrificar por la redención del género humano. Al lado derecho, Melquisedech con *pénula* ó planeta que recubre una túnica ceñida de tal modo que, así por la actitud como por el vestido, parece un sacerdote cristiano, del rito griego, celebrando la Santa Misa; ofrece, como en el sacrificio eucarístico, el pan y el vino. El artista, deseoso de buscar la mayor analogía en el sacrificio figurado y el real de la Nueva Ley, ha colocado al gran sacerdote delante de un altar, donde hay dos panecillos y un vaso (ó cáliz con asas) que contiene vino, con los brazos levantados hacia la divina *mano*, ofreciendo un pan mayor.

Un fresco del siglo IV, descubierto en 1863 en el cementerio de Ciriaco, cerca de San Lorenzo *in agro Verano* (De Rossi), nos da gallarda é indiscutible significación del maná del desierto, emblema de la Eucaristía: ocupa todo un lado de la cripta; lo corona una nube que arroja el maná en copos azulados, que van recogiendo en sus péculas levantadas cuatro israelitas, dos hombres y dos mujeres.

El profeta Abacuc, presentando el pan y el pez místico á Daniel en la cueva de los leones, según un sarcófago de Brescia, es igualmente símbolo del Augusto Sacramento.

Pasajes del Nuevo Testamento.

Era muy general, y sobre todo en las esculturas de los sarcófagos, el poner junto al milagro de la conversión del agua en vino en las bodas de Caná, el de la multiplicación de los panes, símbolos de los dos elementos eucarísticos, como se observa en las pinturas de una catacumba cristiana de Alejandría, en Egipto, descrita por el sabio M. Wecher y explicada por D' Rossi.

Se ven las bodas de Caná, la multiplicación de los panes y de los peces, y un tercer grupo de varias personas sentadas á la sombra que producen algunos árboles, sobre los cuales aparece una inscripción que vertida al español dice así: «los que comen los eulogios de Cristo». Con el nombre de *eulogio*, designaron la Eucaristía los más antiguos escritores eclesiásticos; la Iglesia de Alejandría y San Cirilo, especialmente, hace de dicho nombre un uso vulgar para indicar el pan y el vino consagrados. San Agustín, enseña que el esposo de Caná era la figura del Salvador; conforme á esto, las bodas pudieron simbolizar el alimento espiritual, que Cristo sirve á sus amigos: una especie de vinajera historiada de plata, *anula*, *urceolus*, de rara elegancia, y que Blanchini estima ser del siglo IV, parece corroborar la opinión del gran Doctor de la Iglesia.

Si bien en algunos monumentos se observa la primera multiplicación de los panes, es muy esencial de notar la segunda, en la que siempre se ven siete cestas (Bou-narr). Y en la anterior doce. He dicho ser muy esencial; por cuanto que la primera se hizo en panes de cebada, y la segunda multiplicación, en panes de trigo candeal, que es materia del sacramento.

En las catacumbas de Roma, se encuentran dos clases de «representaciones de comidas»: unas—imágenes del banquete celestial,—admiten á hombres y mujeres indistintamente, y otras, por el contrario, presentan siempre siete hombres sentados ante una mesa en la que hay panes y peces fritos, emblema del festín eucarístico. A esta segunda clase de representaciones, pertenece el notable díptico de la catedral de Milán, del siglo V (Bugati): la mesa se halla dispuesta en *signa*, viéndose en ella un pez en un plato, en medio de seis panes cortados en cruz, (Decussati); el Salvador coge con la mano derecha un pan, para darlo á sus convidados (el abate Martigny).

Esta pintura se atiene con rigurosa exactitud al Evangelio, cuando nos refiere la comida que el Señor preparó, después de su resurrección, á orillas del mar de Tiberiades, á siete de sus discípulos, en la que les sirvió (Joann. XXI, 9) panes y peces asados al fuego; pasaje que, según todos sus comentaristas, es figura directa del Augusto Sacramento; de este asunto exclusivamente trae el pez su significación eucarística, como se confirma con un anónimo africano del siglo V, en cuya obra *De promissionibus et prae-dictisnibus Dei*, su autor llama á Cristo «el gran PEZ que, en la orilla, alimenta por sí mismo á sus discípulos, y se ofrece PEZ al mundo entero», y con el siguiente texto de San Agustín: «el Señor hizo á sus siete discípulos, una comida compuesta del pez que habían visto colocado sobre los carbones encendidos,

y de pan. El pez frito, es Cristo; él es también el pan que ha bajado del cielo ».

En las paredes de una de las cámaras fúnebres, vecinas de la cripta de San Cornelio, está dos veces trazada la figura de un pez nadando en las olas, y que lleva sobre el lomo una cesta con panes, en la parte superior y dentro un objeto rojo y prolongado, como un vasito de cristal lleno de vino, en memoria, sin duda, de la costumbre que tenían los primeros cristianos de llevar consigo el cuerpo del Señor en una cesta, y su preciosa sangre en un vaso (San Jerónimo). En otras pinturas del mismo cementerio, la mesa afecta la forma de elegante tripode, sustenta tres panes y un pez, y rodéanla siete cestitas llenas de panes. Dada la costumbre en la antigua cristiandad, de llamar por antonomasia *mesa del Señor* á la Eucaristía, y la circunstancia de estar pintados los panes y el pez, no puede ofrecer duda su verdadero simbolismo. Mas, por si esto no fuera prueba concluyente, en otra cámara aparece en primer término, un festín cuyos platos contienen el pan y peces fritos; á un lado de este altar, un personaje de pie, con el *pallium* ó *colobium* que deja descubierto el brazo y costado derecho, coloca las manos sobre las ofrendas; al otro lado una mujer (sin duda, la Iglesia) también de pie, eleva los ojos al cielo: en presencia de esta joya arqueológica, el eminente Rossi dice que el que no encuentre en ella la consagración eucarística debe estar completamente ciego.

Fuera de Roma descubrense los mismos signos: en la famosa inscripción de Autún se lee: «toma el dulce alimento del Salvador de los Santos, come y bebe, teniendo el pez en tus manos». La Iglesia de Africa, por su órgano San Agustín, se expresa de este modo: «el sacramento por el cual este pez divino, que ha sido pescado en medio del mar, sirve de alimento á toda alma piadosa».

La idea de emplear la viña como símbolo eucarístico, quizá estuviese en el espíritu de la Iglesia primitiva, pero su uso es más moderno.

Generalmente, los monumentos figurados con la viña no se remontan más allá del siglo IX, de cuya época es un sarcófago de Arlés, en el que se ven geniecillos alados, ocupados unos en la vendimia y otros en la recolección; y una amatista de la Biblioteca Real de Turín, exornada con un tronco de vid cargado de uvas, entre dos espigas.

Generalmente, he dicho, porque una iglesia del siglo V ó VI descubierta en Rímini en 1863, tiene un altar decorado con un bajo relieve, que representa un vaso con asas coronado por una cruz, de donde salen dos cepas de vid cargadas de uvas, que pican seis pájaros colocados simétricamente.

En Oriente y en Africa, los pámpanos de la vid se emplearon ordinariamente en este mismo sentido eucarístico. En la obra «Siria central», del conde Melchor de Vogué, se reproduce un cordero estauróforo, acompañado de racimos de uvas y de panes cortados en cruz.

La basílica de Tebessa y el cementerio francés, ofrecen buenas pruebas del uso de la vid, bajo la misma significación.

Existen algunos monumentos más antiguamente conocidos, en los que puede hallarse alusiones más ó menos directas al augusto misterio; como la representación de un festín que no reúne las condiciones ordinarias, descubierto por Bosio en el cementerio de los Santos Marcelino y Pedro; la composición, según el abate Polidori, calcada en el capítulo IX del libro de los *Proverbios* y por consecuencia, relativa á la Eucaristía; y la pintura de un fondo de vaso encontrado por Marangoni, teñido de sangre y fijado en la tumba de un cristiano. La leche, y aun el vaso pastoral llamado *multra* ó *multrale*, son también símbolos eucarísticos: San Ambrosio aplica al augusto Sacramento estas palabras del *Cantar*: «Yo he bebido mi vino con mi leche», y San Zenón de Verona dirigiéndose á los neófitos, les dice: «El Cordero... ha derramado con amor, su dulce leche en vuestros labios entreabiertos y llorosos.»

El cordero con ó sin cruz, saliendo de un monte ó llevando los atributos del Buen Pastor, esto es, el vaso de leche pendiente de la extremidad del cayado, con cruz y el monograma de Cristo, rodeando la cabeza ó con asta crucífera, reposando sobre un libro ó sobre un altar, al pie de una cruz gemada ó con el costado y pies abiertos, corriendo sangre por sus heridas que se divide en cinco arroyos y se unen en un solo río, es la representación más remota del carácter esencial del Redentor, ó sea el de víctima, que se halla indicada en los libros santos.

Terminaré estos apuntes, con una breve descripción de la forma y confección de los «panes eucarísticos».

Desde el siglo IV, los panes eran de figura redonda, así lo asegura San Epifanio. Severo de Alejandría los llama *árculos*, San Gregorio *coronados*, y Suño refiere que en la tumba de San Otmar (siglo VIII), se encontraron pequeños panes en forma de *ruedas*; así aparecen en una miniatura de un antiquísimo manuscrito de la Biblioteca de San Germán de los Prados.

En las Iglesias orientales, los panes son también redondos y están marcados con la cruz. Entre los griegos, es una cruz única, entre cuyos brazos hay inscritas las iniciales IC-XC-NK,—*Jesus Christus vincit*: en los Sirios y Egipcios, las cruces son numerosas, sembradas en el campo y alternativamente griegas y latinas; las hostias de esta última Iglesia, llevan en el centro cruces monogramáticas como la X, y en una parte de su circunferencia, la leyenda *sanc-tus panis* (Martigny). En las catacumbas se encontró un sello que publicó D' Rossi, destinado probablemente á marcar las formas.

Si bien estos panes ázimos, serían pequeños desde que se introdujo su uso, no lo eran tanto y tan finos como los de nuestros días, sino de bastante espesor, á fin de poderlos fraccionar para la comunión de los fieles, hasta el siglo XII. A los enfermos no se les daba una forma entera, sino que se rompía, y de ella se tomaba una porción. Los panes de altar eran redondos en todas partes, y sólo se diferenciaban por sus formas accesorias.

Según dom Martíne, de la confección de las hostias estaban encargados los mc-

nasterios; había dos épocas principales destinadas para este trabajo: un poco antes de la Natividad del Señor y antes de Pascuas.

«Los novicios escogían el trigo sobre una mesa, grano por grano; se lavaban en seguida y se extendían en un mantel blanco para secarlos al sol. El que los llevaba al molino lavaba las piedras, se revestía de un alba, y ponía un amito sobre su cabeza. Llegado el día de hacer los panes, tres sacerdotes ó tres diáconos, con un hermano lego, después del oficio de la noche se calzaban, se lavaban las manos y la cara, se peinaban y recitaban particularmente en una capilla el oficio de laudes, los siete salmos y las letanías. Los sacerdotes y los diáconos, revestidos de albas, iban á la habitación donde debían fabricarse los panes; el hermano lego, había ya prepara-

do la leña más seca y más propia para encender un fuego brillante. Todos cuatro guardaban un silencio absoluto; uno extendía la harina sobre una tabla pulimentada, limpia y reservada exclusivamente para este uso, y cuyos bordes estaban levantados á fin de contener el agua que él echaba sobre la harina para desleir la masa. El agua era fría, con objeto de que las hostias fuesen más blancas. El lego, con guantes, tenía el hierro y hacía cocer las hostias, seis á la vez. Los otros dos, cortaban estas mismas hostias con un cuchillo hecho *ad hoc*, y á medida que eran cortadas, caían en un plato cubierto con un lienzo blanco. Este trabajo duraba mucho tiempo en las grandes comunidades, y se hacía en ayunas. Esta costumbre de confeccionar las hostias, duró hasta el siglo XV».

PEDRO GASCON DE GOTOR

LOS MARQUESSES DE CAMPO - HERMOSO



ENTRE la nobleza andaluza, ocupan un lugar preeminente estos próceres, cuyas cualidades sociales son tan perfectas y simpáticas, que no sólo en las regiones almeriense y granadina, donde habitualmente residen y el título radica, sino en toda la nación se les considera y estima.

Es la marquesita de Campo - Hermoso, una jovencita ideal, en quien la pródiga Natura, derrochó sus dones infinitos.

Al hablar de su belleza, se me ocurre decir con el poeta:

« Los trozos puros de la estatua griega, — ostentan su figura encantadora... »

puesto que en ella se compendian maravillosamente los ideales helénicos.

Dotada de una esmerada educación y de un criterio clarísimo, subyuga por su palabra fluida, brillante y fácil, de tonos resplandecientes y nerviosidades tentadoras, tanto ó más que con su hermosura.

Andaluza en todo y por todo, con el mismo *chic* se coloca el sombrero sobre su artística cabeza, que se recoge con derroches de gracia la falda de crugiente seda, ó

se prende con donaire encantador la clásica mantilla; apareciendo siempre á los ojos de sus infinitos admiradores, como el prototipo de nuestras tradiciones gloriosas.

Su padre, don Manuel de Castro Portillo, marqués de Campo - Hermoso, noble á la antigua usanza, soldado y caballero, con la misma facilidad esgrime la espada, que dirige un cotillón. Demócrata por instinto y convencimiento, goza de gran influencia entre las clases populares, que ven en él un decidido protector de cuanto redunde en beneficio de su país, y de todas aquellas iniciativas basadas en el trabajo, único sistema posible y regenerador. Se batió á las órdenes del insigne general Serrano, en Alcolea, demostrando el temple de su corazón. Es caballero de la orden militar de Alcántara y Maestrante de Caballería de la Real de Granada; se ha sentido en muchas ocasiones en los escaños de la Diputación de Almería, á cuyo Ayuntamiento ha pertenecido también, siendo su presencia en ambas Corporaciones altamente beneficiosa al País. Entre las muchas distinciones civiles y militares de que ha sido objeto, merece especial mención el cargo que en la actualidad ocupa de delegado, en la región almeriense, de la Asamblea Suprema de la Cruz Roja.

M. ESCALANTE GÓMEZ

DR. D. JOSÉ MARÍA MÚNERA

EL que nuestra Revista sea genuinamente artístico-literaria, no impide que, de vez en cuando, consagre una página á otras manifestaciones del saber; pues al mérito debe buscársele donde está, y sacarle á la luz pública, para rendirle el merecido homenaje.

Tiempo hace que deseábamos dedicar unos párrafos laudatorios al distinguido farmacéutico cuyo nombre encabeza estas líneas; lo considerábamos como un deber de conciencia, desde el punto y hora en que la necesidad de restablecer nuestra quebrantada salud nos llevó á su acreditado establecimiento; y hoy nos cabe, al fin, la satisfacción de cumplirlo.



DR. D. JOSÉ MARÍA MÚNERA.

Para ello, nos basta reproducir algunos párrafos de un artículo inserto recientemente en la *Revue Moderne*, importante publicación industrial y científica, concebidos en estos ó análogos términos: « El Dr. Múnera, de Barcelona, además de ser un químico verdaderamente notable, cualidad que en mayor escala recomienda á un buen farmacéutico, es persona de gran inteligencia y sumo gusto artístico, como lo prueba la soberbia instalación de su farmacia, situada en el Paseo de Gracia n.º 24, que supera á todas las demás de España en elegancia, y compite con las mejores del extranjero.

Muestra irrecusable de la altura en que se halla el arte decorativo español, en la instalación á que nos referimos, no omitió su inteligente propietario detalle alguno ni sacrificio pecuniario, para que resultara un conjunto acabado de perfección en su género. El mostrador está hecho con enlaces fantásticos y con madera esculpida, bronce, cristal y mármol de varios colores; conteniendo el florón del techo una lámpara eléctrica en cada flor, que juntas reparten una luz viva, dulce y constante. Todo, desde el más pequeño frasco y la minúscula etiqueta, hasta los espléndidos jarrones con flores artificiales, está estudiado y pensado; todo conspira á un mismo fin: al de ser á la vez útil y bello.

En el laboratorio, montado con arreglo á los últimos adelantos, y donde se revela plenamente la inteligencia y práctica del Dr. Múnera, se preparan con esmero, bajo su experta dirección, más de cien especialidades, cuyo mejor elogio consta escrito en los infinitos certificados con que las eminencias médicas las recomiendan á sus clientes y al público en general.

Pero la verdadera especialidad de la casa, la que ha consolidado su fama y constituye una merecida fortuna, es el *Licor Brea Múnera*, que lleva el nombre de su inventor; quien justamente puede vanagloriarse de haber prestado con su precioso invento un inmenso beneficio á la humanidad. Perfectamente dosificado y preparado este específico, de inapreciable valor, combate con eficacia suma las congestiones pulmonares, los catarrhos crónicos y las toses rebeldes; siendo el más perfeccionado que se conoce en el día: tanto que, aparte de otra multitud de distinciones, durante los 23 años que lleva de existencia, fué premiado en la Exposición Universal de París, figuró *fuera de concurso* en la de Londres, obtuvo *Diploma de honor* en la de Bruselas, otro *Diploma de honor* en la del Cairo, y últimamente *Gran Premio* en la de Jerusalén.

Pasan de cuatrocientos los correspondientes directos con que cuenta ade-

más esta casa; la cual exporta sus productos á todas las provincias y colonias de España, así como á las principales repúblicas sudamericanas; puntos todos en donde el nombre del Dr. Múnera es altamente conocido, respetado... y bendecido por los muchos que le deben el don inapreciable de la salud. »

Adhiriéndonos completamente á la opinión de nuestro ilustrado colega, cúmplenos añadir algo por cuenta propia; algo que en los actuales tiempos no carece de importancia.

Con lo expuesto formarán nuestros lectores cabal juicio de lo que vale el Dr. Múnera como hombre de ciencia; réstanos presentárselo como industrial, para que acaben de conocerle.

Tampoco en este concepto ha habido quien le aventaje. A su claro talento y perspicacia no pudo escaparse que ya pasaron aquellos tiempos en que *el buen paño en el arca se vendía*; que hoy, por mucha que sea la bondad del género, hay que atender muy especialmente á su propaganda; y partiendo de este objetivo, ha sido el primero en saber combinar el reclamo, de una manera útil, delicada y artística. Importa una cantidad muy respetable lo que anualmente gasta en regalos de exquisito gusto, para obsequiar á sus parroquianos y lanzar al viento de la publicidad, por todos los medios legales y finos, las excelencias y ventajas de su establecimiento. Dignos de mención especial son, entre ellos, unos lindos abanicos, en los que se reproducen exactos tipos y costumbres españolas, artísticos cromos de superior calidad, lujosos almanques, tanto de bolsillo como de pared, y otra porción de objetos caprichosísimos y de utilidad pública.

Nuestra enhorabuena por todo ello á Dr. Múnera, ya en el terreno científico ya en el industrial; pues en ambos, honra por su talento y actividad, al país en que vió la luz primera.

De fijo cuando lea estos renglones—si por acaso los lee,—se devanará



FARMACIA DEL DR. D. JOSÉ MARÍA MÚNERA.

los sesos, tratando de indagar qué amigo oculto ha tenido la desinteresada idea de añadir á su continua propaganda, esta no menos eficaz. Para evitarle esa molestia, le diremos desde ahora que no nos conoce personalmente, ni hacía falta, para el caso. El autor de este desaliñado artículo es... uno de sus varios admiradores: un amante de la justicia y del progreso nacional.

ESPOSAS MODELO EN ESPAÑA

DOÑA MARIA DE MOLINA

En medio del sinnúmero de discordias y turbulencias que en aquella época agitaban el espíritu castellano, sobresale, como faro de espléndida luz, la noble é ideal figura de la sin par mujer Doña María de Molina. Sus relevantes dotes y heroicas virtudes, conquistáronle justamente el título de *Grande*, con que la distingue la Historia.

Hija legítima de don Alfonso de Molina, contrajo matrimonio en el mes de Julio de 1281, con el Infante Don Sancho, hijo de Alfonso X, y apellidado el *Bravo*, por sus memorables hazañas contra los sarracenos.

En Abril de 1284, se trasladaron ambos consortes á Toledo, donde fueron coronados por cuatro obispos; y aquí comienzan las grandes contrariedades que pusieron á prueba el espíritu fuerte de la joven soberana.

Unidos por los estrechos é indisolubles lazos del amor, y arrullados en su sueño de ventura, olvidaron los dos esposos, antes de efectuar su enlace, el parentesco que les unía, pues los abuelos de doña María eran bisabuelos de Don Sancho; por lo que, queriendo éste reparar su falta, pidió la necesaria dispensa al Papa.

Fuera por los muchos abusos que se cometían sobre el particular, ó bien por las instigaciones del rey de Francia, que deseaba que se anulara

yor desconsuelo el corazón de su amante esposa. Sin embargo, sólo un momento logró el dolor abatir aquel espíritu gigantesco; pues, comprendiendo que como reina y gobernadora, se debía toda al bien de sus pueblos, trituro su corazón para dedicarse por completo al gobierno del Estado, y á la educación de su hijo primogénito Fernando, niño á la sazón de nueve años de edad, y de quien había sido nombrada tutora por el Rey, en su testamento.

Tan luego ocupó el trono, levantó el tributo de la sisa, que era muy gravoso á sus vasallos; devolvió á los magnates algunos de sus anhelados fueros, y tanto bien prodigó, que pueblo y señores, llenos de admiración y entusiasmo, proclamáronla sucesora de Sancho IV. Empero, pronto la ambición de los mismos magnates impidió la tan deseada paz, y al impulso de opuestos elementos, conmovióse de nuevo la tierra castellana, salvada solamente, merced á la moderada prudencia y á la inteligencia sobrenatural con que el Todopoderoso enriqueciera á la ilustre soberana.

Bella es su figura en todos los actos de su vida: bella, cuando permanece hora tras hora en su despacho, sin atender á las fatigas propias del trabajo, ocupándose sólo en los negocios del Estado, con tal celo y constancia, que logra causar la admiración del pueblo castellano.

Hermosa se nos presenta en las Cortes, escuchando con la mayor atención á todos los diputados, y hablando con ellos tan afable y bondadosa, que su acento cautiva á cuantos la oyen.

No menos arrogante aparece ante los muros de Segovia, alborotada por el ingrato Infante Don Juan, constante perturbador del reino. Allí está con su hijo la heroica madre: las murallas se hallan guardadas por 2.000 hombres y mayor muchedumbre; las puertas, permanecen cerradas para ella; su valor no desfallece, por el contrario cobra bríos ante el peligro, y sólo por la elocuencia de su palabra, Segovia le abre sus puertas, pero ciérralas inmediatamente para el hijo de su alma. Tampoco logra abatirla este nuevo contratiempo. Impasible contempla el cuadro que tiene ante su vista: se halla rodeada de armas por todas partes; ni jefes ni soldados obedecen sus mandatos. Entonces, siente que su espíritu álzase erguido, imponente, dando extraordinario vigor á todos sus miembros y los más vibrantes acentos á su voz, siempre dulce y suave. Su palabra resuena imponente entre la inmensa muchedumbre, y habla con tal energía, con tal imperio y tanta grandeza, que conmovidos los segovianos, ábrele de par en par las puertas al joven monarca, concediéndole los recursos necesarios para la guerra, que se presentaba con motivo de la terrible liga formada por Jaime II, los reyes de Sicilia, Portugal y Granada, y Don Alfonso y Don Fernando; así como para combatir al Infante Don Juan, que levantó de nuevo su rebelde bandera, titulándose rey de León.

Y tan bello como su figura, aparece siempre su hermoso corazón, cuya generosidad brilla en todas sus acciones, como los luminosos rayos del más pulido diamante. Y prueba sublime de sus generosos rasgos, dióla cuando la victoria conseguida en el sitio de Mayorga, concediendo libre y seguro paso por Valladolid, á los sitiadores encargados de conducir á sus tierras los cadáveres de los más distinguidos campeones de una causa mala, que Dios castigó mandándoles su completa derrota por medio de una terrible epidemia. Cuatro meses duró el sitio de Mayorga, cuyos muros fueron heroicamente defendidos por los leales á la ilustre princesa. En esta derrota, perdieron los sitiadores lo más escogido de sus caballeros y ricos hombres, y mostróse tan noble Doña María, que no satisfecha su generosidad, al concederles libre paso, regalóles también unos paños mortuorios, para cubrir con decorosas apariencias, los carros que conducían á tierras de Aragón los restos de los que en vida habían sido sus más encarnizados enemigos.

Constante fué la lucha que sufrió Doña María, durante los años de su reinado, pero su preclara inteligencia halló siempre el medio de combatir las aspiraciones de los ambiciosos, buscando en el apoyo de los pueblos el verdadero sostén para el trono de su hijo; y cuando éste ocupó la regencia, tuvo en muchas ocasiones que recurrir á ella, para solventar por medio de su grande influencia y sabios consejos, importantes y graves conflictos. Hijo ingrato, sin embargo, con la que tantos sacrificios hiciera por él, halagado por sus propios enemigos, atendió las calumniosas suposiciones que hicieran de aquel modelo de reinas, llegando á pedirle cuentas de su administración durante los años de su reinado. Avergonzado quedó Don Fernando de su acción, al comprobar por sí mismo, que su madre había vendido todas sus alhajas, para atender á los gastos de la guerra, reservándose solamente un vaso de plata para beber, y colocándose en la modesta condición de comer en escudillas de barro.

Al fin, obtuvo Doña María el triunfo moral que tanto tiempo anhelara, viendo legitimado su matrimonio con Don Sancho, de quien era viuda, y por lo tanto, todos los hijos en él habidos.

Don Fernando, llamado el IV de este nombre, contrajo enlace en 1302 con la Infanta Doña Constanza hija de los reyes de Portugal, y falleció en Septiembre de 1312, dejando un hijo de poco más de un año de edad, llamado Alfonso XI, y cuya tutoría fué también confiada á la inteligente Doña María, la cual demostró una vez más toda la grandeza y superioridad de su preclaro talento. Tan continuados trabajos y fatigas gastaron su ya quebrantada salud, cayendo gravemente enferma en Valladolid, cuando se dirigía á Palencia á presidir las Cortes por ella convocadas, y falleciendo á los pocos días de esta dolencia, ó sea en el mes de Julio de 1321, después de dictar su testamento y recibir los auxilios espirituales.

Según dejó dispuesto, vistiéronla con el hábito de religiosa dominica, y por igual disposición, fué enterrada en Santa María la Real, monasterio de las monjas del Cister, llamado de las Huelgas en Valladolid, y el cual, como otros muchos, era fundación de la piadosa Reina.

JOSEFA GUTIERREZ



este matrimonio, para colocar en el trono á una de sus hijas, es lo cierto, que el Pontifice no accedió á sus pretensiones, intimándoles á la disolución de su enlace. Sin embargo, Don Sancho que amaba tiernamente á su esposa, negóse con firme entereza á separarse de ella, afirmando que su matrimonio era legal, y mandando al propio tiempo fuertes sumas á Roma, para obtener la tan deseada dispensa.

Fué Doña María el ángel tutelar de Don Sancho, durante su borrascoso reinado: con su carácter afable y bondadoso, lograba apaciguar en muchas ocasiones los impulsos del genio arrebatado y violento de su esposo, hasta el punto de conseguir que perdonara la vida al Infante Don Juan, cuando fué preso en Alfaro.

Conocía las infidelidades de Don Sancho, debidas sin duda alguna, más á su carácter impresionable y vehemente que á su corazón; pero ella, esposa modelo y cristiana verdadera, perdonábale siempre y seguía amándole con igual ternura; aumentando su generoso proceder la veneración y el respeto del monarca, que sabía apreciar como nadie las virtudes que enriquecían á su incomparable compañera.

Digna de elogio se nos presenta Doña María de Molina durante los años de su matrimonio; pero cuando se mostró verdaderamente sublime y mereció al epíteto de *Grande*, fué al fallecimiento del monarca, en que supo sola, gobernar con el mayor acierto, aquel pueblo inconstante y díscolo, y amante siempre de tumultos y revueltas.

Falleció Don Sancho el año 1295, á causa de una enfermedad contraída en el glorioso sitio de Tarifa, y su muerte dejó huérfano y en el ma-



LA PANDERETA

—Me tocó Felethusa la gaditana;
que es mi abolengo ilustre, nadie lo niega;
soy de la castañeta rival galana,
y amiga de la agreste siriga griega.

—Agitando en el aire mi peso exiguo,
acompañé la danza de las bacantes;
y en las fiestas, los sistros del mundo antiguo
a mis ecos mezclaron sonos brillantes.

Del errante bohemio puesta á la espalda,
ante mí ha desfilado todo el Oriente,
y fui modelo airoso de la guirnalda
que Baco, el dios del vino, luce en la frente.

Pasando de unas manos en otras manos,
yo he cruzado el Egipto regio y grandioso,
rodando en los tropeles de los gitanos,
bajo el sol del desierto caliginoso.

Despertando en los pechos dulces placeres,
entre guzlas moriscas, soné en la alhambra,
y he visto á los *Kalifas* y á sus mujeres
danzar en la ruidosa y alegre zambra.

En las *juergas* regadas con manzanilla,
entre palmas, punteos, delirio y gresca,
acompañé tronando, la seguidilla
que cantaba y bailaba muchacha fresca.

Del estudiante alegre, pero sin blanca,
aliviando la triste mala fortuna,
salí miles de veces de Salamanca
para, regocijada, correr la tuna.

Enmedio de flautines y de timbales
en el teatro, á veces, me miro puesta,
y doy sonos alegres y sensuales
cuando ritmos bohemios lanza la orquesta.

Triunfante de costumbres, seres y modas,
nací al venir al mundo la especie humana,
y como he recorrido las razas todas,
soy egipcia, judía, mora y cristiana...

Yo figuro en los muros de los salones,
y en mi parche redondo, de luz bañado,
me deja la pintura sus concepciones
y su nûmen con tintas idealizado.

Desde hace diez y nueve siglos de historia,
en noche de Diciembre, sublime y santa,
mi voz, como un repique de eterna gloria,
de Dios el nacimiento pregonó y canta.

Yo soy mudable y loca, como un poeta,
como una mariposa, voluble vago,
y un temblor de alegría derramo inquieta,
como un temblor de luces esparce un lago.

Soy la musa del pueblo: si Andalucía
de una mujer tomase la forma grata,
mi círculo en sus bellas sienes sería
la brillante corona de hojas de plata!

SALVADOR RUEDA

B. GILI ROIG



POR METERSE A TORERO

Ayuntamiento de Madrid

BEBÉ

(Continuación.)

¡Ah! no tienen razón, Fausta; no tienen razón. Bien lo sabes, bien lo debes de comprender tú; tú, que conoces con todos sus detalles, cómo aquella madre y cómo aquel hombre, embrutecido al fin y sin sentido moral, quisieron matar, poco á poco, mi querida juventud, aquella juventud que yo creí muerta últimamente... Pero no era así. « La juventud no vuelve », te decía yo, si mal no recuerdo, en una de mis últimas cartas. Pues ha vuelto, ha renacido en mí y, como savia vivificante, me fortalece y me devuelve la sensibilidad. Mi alma despierta, mis ojos sienten la caricia de la luz y se entornan sonrientes y con arrobo; el rubor, convertido en palidez por la lascivia, torna á colorear mis mejillas, y mi sér entero, parece sumergido en olas de luz y de perfume, que mecen mis nuevas ilusiones y mis nuevos sentimientos. ¡Ya no soy una cosa! ¡ya soy un sér!... ¡Ah, mi juventud querida, cuán hermosa eres!... ¡Y quisieron matarte en mí!... ¡Necios! No se les alcanzó que tu fuerza es tanta y tus raíces tan potentes, que cuando te oprimen para ahogarte, tú tuerces tu curso, y retoñas floreciente por otra parte, en busca de luz, de espacio, de vida. Somos iguales. Eso mismo he hecho yo. *Naturaleza* fué mi madre y de ella aprendí... No tienen derecho á quejarse. Hemos faltado todos. Mi esposo y su madre, antes; yo, después. Estamos iguales... Ahora, tú, júzgales á ellos y júzgame á mí; dime si me desprecias, ó si aun puede contar con tu cariño, esta desgraciada que tanto te quiere.

CARLOTA.

Madrid, 30 Agosto, 90.

CARTA NOVENA.

Fausta: ¡Cuán buena eres! ¡Qué corazón el tuyo, tan hermoso! Tu carta me ha llenado de alegría... ¡Dios te pague con creces, el consuelo que tus palabras han derramado en mi corazón!... Encuentras mal mi falta; pero me disculpas y me compadesces. Esto esperaba de ti. Lo que está mal, nunca puede estar bien; pero, á veces, nuestras culpas, son hijas de las ajenas... En fin, no razonemos más sobre lo que ya no tiene remedio.



Me pides detalles acerca de lo ocurrido, de la situación en que me hallo, del género

de vida que llevo; un proceso, en fin, de mi falta, que te explique cómo pudo quebrarse mi virtud, cómo pude salir de aquel atonismo, de aquella inercia moral y material, tan semejante á la resignación; inercia en que me habí sumido el sufrimiento.

Duro es para mí, querida Fausta, tener que desnudar mi alma ante

tus ojos. Mi falta, es de esas más fáciles y menos vergonzosas de cometer que de razonar, tal vez porque, al cometerlas, no razonamos. Pero, no importa. ¿Quieres mi confesión? Será completa. Hacértela frente á frente, sosteniendo tu mirada... no sé si podría; escribirtela, es distinto... Seré franca, hasta el punto de parecerte osada en algunos momentos. A las almas puras, como la tuya, siempre las hiere el erótico grito de una naturaleza sedienta de vida, que se arroja á beberla en inmunda charca. Para el que no goza dicha alguna, cualquiera es buena, creo haberte dicho alguna vez. Dije bien. Hoy añado que, el infeliz, llega á encogerse de hombros y á sonreírse estoicamente, ante su propia vergüenza, sacrificada en la afrentosa cruz de sus deslices... ¡Vivir! ¡vivir la vida de los sentimientos, no únicamente la despreciable vida animal! No ser materia víctima de una inercia odiosa; ser algo que responda libremente á los impulsos del corazón y el cerebro. Esto es lo que importa; de lo contrario, tanto me hubiese valido nacer imbécil. Ser mártir de un deber que nos otras mismas nos imponemos, es muy grande, muy hermoso, muy santo, mientras lo respetan aquellos por quienes nos lo impusimos; pero ser mártir para satisfacción del egoísmo ajeno, sacrificarme por un deber que sólo sirve para que se rían de mí aquellos que me lo exigen, no sólo lo considero ridículo, sino estúpido. Nuestros deberes, deben estar en relación con los derechos de los demás. ¿Tenían derecho á mi sacrificio, los que se refán al verme sacrificada? No... Podrás objetarme á esto, que el deber no se cumple para ser recompensado, sino para satisfacción de nuestra conciencia. Así lo creo. A mí, la conciencia, me dice que he faltado; pero nó que he faltado á mis deberes de esposa, sino á los deberes que, para consigo, tiene toda mujer digna y honrada. A estos he faltado, sí, he faltado; pero á los otros no, no lo admito, porque de ellos me rendí su risa.

Mas, noto que hablo de todo, menos de lo que tú quieres saber... ¡Me es tan violento...! Mira, Fausta, dejémoslo para mañana... Román, debe llegar de un momento á otro, y tendría que interrumpir mi relato. Te prometo escribirlo esta noche, mientras él esté en la redacción... Serán unas notas sinceras, más que una carta.

Adiós, Fausta querida; te abraza con toda el alma, tu agradecida y constante

CARLOTA.

Madrid, 10 Septiembre, 90.

CARTA DÉCIMA.

Fausta: ¡Tres noches trazando palabras y palabras, líneas y líneas, en el blanco papel, y las tres noches rompiendo los plieguecillos apenas mediados!... No, no encuentro modo de expresarte razonadamente, todos mis pensamientos al dudar, al caer y al sentir en mi rostro el frío de la vergüenza... No cabrían en cien pliegos todas mis impresiones y todos mis razonamientos. ¡Imposible! Prefiero que tú razones por mí, que tú deduzcas de lo poco que digo, lo mucho que yo no sé expresar, y que atenúes con tu buen juicio, el avieso alcance que pudiera dárselos á mis gritos de rebelión, contra lo que mi conciencia me dice que era injusto... Sí, Fausta; prefiero esto... Ahí van algunos de los pliegos que escribí febrilmente y que dejé intactos, con sus incoherencias y sus giros torpes... Hay cosas que no pueden decirse bien, si, al decirlos, se sienten.

Quedás complacida... Adiós. Román, me espera para ir al Vivero á almorzar. ¡Ahora sí que mi dicha ve solita la luz del soll... Perdona; es un atrevimiento, tal vez impúdico, mi exclamación; pero ¡qué quieres! habla en mí la felicidad y la juventud. ¿También la dicha ha de ser hipócrita? ¡Oh! Que lo sea, si así le place al mundo; pero, yo, contigo, no lo quiero ser... Conóceme tal como soy. Cuando te repugne, calla y olvídamme.

Te abraza fuerte ¡muy fuerte! tu amiga

CARLOTA.

Coda. — He sentido tentaciones de firmar *Bebé*... ¡Está el cielo tan azul... y yo tan contenta!... Voy al campo á correr, á saltar... ¡já vivir!

Madrid, 14 Septiembre, 1890.

TEXTO DE LAS HOJAS QUE ACOMPAÑABAN Á LA CARTA ANTERIOR.

« Pero ¿qué decir? Román tenía en sus manos mi libro de oraciones, y contemplaba, sonriendo, aquellas hojas de flor, que yo guardara allí como recuerdo de unos instantes de felicidad... Su pregunta había sido demasiado indiscreta y tan inesperada, que no acerté á responder... ¡De quién eran las flores á que pertenecieron tales hojas!... Me puse tan colorada y me aturdí tanto, que por eso sonrió el muy pillastrón. Debí de adivinar la verdad; es decir, la verdad no, porque, de haberla adivinado, su sonrisa hubiese sido compasiva en vez de picaresca... Por esto me aturdí, porque pensé: « Román cree que esas hojas de flor, son de aquellas flores que me regalara un día, y cree que las conservo porque le amo »... ¿Qué decir? ¿qué hacer? Mi silencio, fué mi primer mal paso. Debí hablar con franqueza, desengañarle, decirle el verdadero sentimiento que me indujo á guardar aquellas hojas; pero... »

« Una noche, estando de sobremesa, llegó Román, y sentóse á mi lado para jugar al tresillo... Yo, retiré el pie y, aturrida, hice una mala jugada que fué causa de que Román, diese *codillo* á Pepe... Por cierto que, el incidente, me hizo recordar que mi esposo, el día de nuestra boda, se tomó igual libertad, mientras

comíamos... y sus botas de becerro mal lustradas, ensuciaron de lodo y betún, mis blancos zapatitos... Mis zapatillas, blancas también, no fueron ensuciadas por los charolados zapatos de Román... »

« Un día, mi esposo, se marchó de casa, dejándome el *honroso* encargo de que, si venía Román, le pidiera cinco duros de parte suya... Y Román,

vino, pero yo no le pedí nada... Tuve vergüenza de formular tal petición... y esto me valió una repulsa y hasta algunos empujones de mi esposo. Más tarde, Román, se enteró por Pepe, de mi *ridícula* cortedad, y me dijo al oído con la mayor ternura: « — ¡Pobre Carlota! Es usted digna de mejor suerte. » Nada más... Esto bastó para que yo comprendiese que me compadecía desde el fondo de su corazón. Pero ¡ay Fausta! Yo sabía ya

que Román me amaba, y su compasión, dábame miedo. Sin embargo, es tan consolador verse compadecida cuando se sufre, que agradecí sus frases con una cariñosa mirada de gratitud. »

« Era preciso contestar... Mi esposo ¡quién sabe dónde! seguramente entre mujercuelas, cuyas gracias le hacían encontrarme siempre sosa; mi



suegra en misa, tal vez pidiendo a Dios; resignación para sufrirme; yo... rendida por el insomnio, despeinada, con los ojos enrojecidos de tanto llorar y la cara paliducha, con los pómulos asomando por entre la flácida carne... ¡Sola! sola con Román, que insistía... insistía en sus razonamientos, musitados a mi oído, con ese acento apasionado y comprimido del amor... ¿Qué responder?... No recuerdo... no sé lo que le dije; creo que le hablé llorando, que le pedí que no aumentase mi desesperación con su insistencia y que no acabase de enloquecerme; le dije que sí... que tenía razón, que eran verdad todas las infamias que suponía se estaban cometiendo contra mí... pero que no era posible... que mi honradez antes que todo. ¿Esperanza? Ninguna... ¡imposible! Amarle... ¡qué sé yo! ¿Hay quien pueda definir, cuando la gratitud acaba y el amor empieza? « ¡Por Dios Román!... Yo se lo ruego... Usted es bueno... No insista... ¡Dios mío, Dios mío!... ¡Tenga usted valor para sufrir como sufro yo! »

» Quedé muda, fría, anonadada, al ver entrar a mi esposo en la estancia, seguido de su madre... Habían oído mis últimas frases y las tradujeron a su gusto; es decir, a Pepe, que volvía beodo como de costumbre, se las tradujo su madre, con toda la buena intención que puedes suponer, y entonces, él, se abalanzó sobre mí y descargó en mi rostro sus pesados puños de borracho, mientras su madre me escupía, despidiéndome y llamándome lo que aun no era. Román me cogió de un brazo, tiró de mí sin que nadie le estorbara y, poco después, no sé cómo, me vi en un coche sola con él... y con él sigo... Esto fué todo, Fausta... Como ves, mi confesión es franca, aunque no muy extensa. Creo que tú, lograrás suponer con acierto, lo que no te digo en estos pliegos, llenos de tachones... y de lágrimas. »

CARTA UNDÉCIMA.

Querida Fausta: ¡Un año sin escribirte!... No lo extrañes. ¡Cosas del destino!...

Recibí tu última carta, a raíz de un grave disgusto, motivado por la muerte de aquellas mis nuevas ilusiones... Estuve enferma y no pude escribirte. Luego, francamente, Fausta, no pensé en escribir porque apenas tenía tiempo para llorar. Figúrate que, a Román, le metieron preso por

cosas del periódico... Mi dolor no tuvo límites... Fui a verle a la cárcel y noté, por primera vez, que pensaba más en sus ideales que en mí. Todas las mañanas, iba a llevarle la comida... La empresa del periódico, me daba el exiguo sueldo de Román, para atender a nuestras necesidades... Te juro que, algunos días, no comí para no mermar la ración de aquel hombre, por quien hubiese dado la vida... ¡Oh! ¡El hombre... el hombre! No quiero decirte todo lo que pienso acerca del hombre. En el fondo del más bueno, duerme pronta a despertarse, la bestia humana y egoísta.

Así pasaron algunos meses... Luego, le trasladaron a un penal; la empresa periodística dejó de darme dinero y Román ni tan sólo me escribió una carta, a pesar de saber que mi situación era muy terrible: estaba en cinta... Tal vez a causa de los disgustos, di a luz, antes de tiempo, asistida por piadosas vecinas. Después... lo natural: venga buscar trabajo inútilmente, venga pasar privaciones infinitas... Hasta he pretendido servir de camarera; pero mis antecedentes, han hecho que no me tomaran... ¡Mis antecedentes!... ¡Cómo ha de ser! Ya no protesto, me voy convenciendo de que la libertad de conciencia y los derechos individuales, son enormes pecados en esta sociedad para la que sólo existe un patrón de honradez... ¡Mis antecedentes! Sí, sí; he sido muy mala ¡mucho! De todo lo que me hicieron sufrir; de todas mis lágrimas; de todas mis angustias, yo y solo yo, soy responsable... ¿Qué cosa será justicia social?

En fin, como de todo dudo ya, no sé si esta carta la leerás con gusto... Una lamentación eterna, es lógico que acabe por fastidiar, y mis cartas siempre son eso: una lamentación pesada, aunque muy dolorosa.

LUIS DE VAL

(Continuará.)

CORPUS

PRÓXIMO á morir, terminada su misión sobre la Tierra, esparcida la buena semilla á los cuatro vientos, seguro de que esa semilla fructificaría, seguro de que su voz supranatural llevaría el temor al ánimo de los poderosos, la esperanza al ánimo de los afligidos, quiso el Hombre-Dios reunir una última vez á sus discípulos. Y después de purificarlos, ejecutando con sus manos el lavatorio, los sentó á su mesa. Cuando estuvieron hartos de manjares los cuerpos, Cristo tomó pan sin levadura y lo partió en trozos, tomó vino en el amplio cráter, y á cada uno de los apóstoles dió el pan é hizo beber un sorbo de vino, diciéndoles: «Tomad y comed, que este es mi Cuerpo; tomad y bebed, que esta es mi Sangre.»

En el pan ázimo, simbolizaba Cristo lo mejor de los alimentos que los hombres ingieren, y en la pura harina del trigo, encarnaba los principios vitales que al hombre sostienen.

En celebración del Santo misterio, se ha instituído la fiesta del Corpus. Y se celebra cuando los campos han madurado su fruto, cuando la tierra, llegada á la plenitud periódica de su vida, rinde al hombre centuplicado el fruto de sus esfuerzos, cuando la semilla que entre la obscuridad y el secreto germinó poderosa, ha crecido en tallo, ha brotado en forma de espiga, ha madurado al beso del sol, ha vuelto á su primitiva potencia, pero mucho más fecunda, mucho más poderosa. El Hombre-Dios entrega su Cuerpo á los mortales, para que de El se nutran, para que comprendan que en El se encierran la fuerza y la fecundidad inagotables.

Cuando se celebra la fiesta del Corpus, la más augusta de todas, la más solemne, porque simboliza el pacto de amor entre la naturaleza y los hombres, pacto que no puede romperse, fecundidad que durará en tanto que dure la raza de los hombres, todo es gloria y vida sobre la tierra. En los campos ondea, á impulsos del viento, la dorada mies; sobre su áurea superficie, las manchas rojas de las amapolas, parecen simbolizar la sangre nueva que aquellas espigas, entre cuyos tallos nacen, infundirán en las venas de los hombres. Todos los árboles están cubiertos de botones, que estallarán en frutos sabrosos; en los prados y jardines brotan las rosas y los claveles, que embalsaman el aire. Lo que sustenta la vida y lo que la embellece, lo que habla al cuerpo y lo que habla al espíritu, crecen á la par y á un tiempo llegan á su plenitud, infundiendo esperanza y energía. Miran los labradores las riquezas que el suelo les otorga, preparan las aceradas hojas que, cortando los tallos, han de perpetuar vidas más complicadas, arreglan la troj que recibirá el grano, dan ración doble á los caballos que, pisoteando las espigas, separan el grano de la paja, lo que nutre al hombre de lo que alimenta á las bestias de labor. El artista se extasía ante la belleza incomparable de las flores que se yerguen espléndidas, perfumando la atmósfera; pájaros é insectos vuelan y alegran la mirada; y si unos cantan el himno de la existencia, los otros lo esculpen con trazos indelebles en el alma del que sabe comprender lo que significan aquellos giros de las libélulas blancas, de las rojas y negras mariposas, de las tornasoladas moscas y arañas, de los escarabajos de oro, errátiles apariciones que no puede copiar ningún pincel, que no reproducirán jamás los colores de una paleta. Y por sobre esos panoramas inimitables, capaces de suspender el ánimo del que sabe comprender su grandeza, destella el sol su luz cuasi eterna, madre de todo lo creado, luz que envía oleadas de calor, calor que es movimiento y vida, y fuerza y principio, y elemento esencial de cuanto se mueve y vive, y respira y muere.

¡Cómo se siente la grandeza del Corpus sobre la cúspide de una montaña! El sol, llegado á su máximo grado de esplendor, inunda el valle, requema los flancos del monte, cae á plomo sobre su granítico espinazo, se refleja en las aguas del lejano río que centellean de alegría á su contacto, penetra en las profundidades de las gargantas, ilumina con tonos de obscura esmeralda el follaje de los apretados árboles, que forman la mancha negra de la selva y del bosque, hace aparecer más blanca la casería rodeada del oro de los trigos, fulgura sobre las campanas de la torre, convirtiendo en oro el bronce, centellea contra el cristal del mar desmedido, que cierra los últimos confines del horizonte, y envía por doquiera su calor fecundante que despierta el movimiento de las moléculas, las cuales unas sobre otras se precipitan, produciendo acciones y reacciones químicas, que son la síntesis de la existencial.

Por todas partes la fecundidad y la fuerza aparecen. Los árboles se cargan de frutos, los tallos de hierba de espigas, busca el macho á la hembra, los pequeñuelos de la primera cría hallan alimento abundante sobre el pródigo suelo, las hormigas cargan con los cadáveres de los insectos que han perecido bajo los golpes de sus rivales, la larva devora hojas y hojas para dar luego á las alas del insecto el verde esmeraldino que las hojas tenían, lo rojo del sol que las iluminaba, lo blanco de la savia que las nutrió.

Y en el valle, en las casitas de los labradores; en la ciudad, en las moradas de los ricos; en el mar, en el buque del nauta; sobre la montaña, en la hermita que habita el asceta, parece que el aire lleve la buena nueva; parece que en la atmósfera palpite; que sobre todo y todos se cierna. La comunión eterna se renueva; la fecundación se cumple; el Corpus alienta á la Humanidad fatigada de la lucha.

Y en la ciudad; más limpia que el oro, profusa, olorosa, la retama cae sobre el palio que cubre el Cuerpo, en tanto que las frentes se inclinan y se rinden las armas, y se humillan las banderas. La comunión de la Cena se renueva, Cristo resucita y alimenta á sus hijos, y les predica la paz que turban estúpidos, el amor que desconocen ingratos.

Bendito el Corpus, en que la retama alfombra las calles y el trigo alfombra las eras.

A. RIERA



D. ALVARO DE LUNA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

QUIZÁ la historia de ningún país, presente el ejemplo de un hombre llegado á tan alto puesto, y despeñado por la loca fortuna á tan bajo lugar.

Nacido don Alvaro de Luna en un lujoso palacio, viene á morir en un afrentoso cadalso.

Sus amigos fueron tan grandes, como sus enemigos poderosos.

Afortunado en amores, ¡quién sabe si un amor fué la causa principal de su muerte!

Poseedor de inmensas riquezas, tuvo que ser enterrado de limosna.

Conozcamos su vida y sus hechos.

Hijo don Alvaro del copero mayor del rey Don Enrique III, debió nacer por los años de 1390.

Ignórase el nombre verdadero de su madre, pues mientras que sus rivales le supusieron hijo de una mujer de vida airada, llamada *la Cañeta*, sus amigos le dieron por madre á la noble doña María de Arasandi.

Tan gallardo como ingenioso; tan diestro en las armas como en los juegos; tan hábil en el canto como en la poesía; tan valeroso soldado como galante amador; si enloquecía á las mujeres, si los hombres le respetaban y temían, el rey niño,—luego Don Juan II,—á quien entró á servir, no podía pasar sin él, su compañero y amigo, su consejero y apoyo, su protector y hermano.

Durante la minoría de Don Juan, fué desterrado por la reina doña Catalina, su madre, lo que formó un nuevo lazo de cariño entre el príncipe y su paje.



ENTIERRO DEL CONDESTABLE D. ALVARO DE LUNA

Cuadro de E. CANO, existente en el Museo Nacional de Pinturas.

Fot. Laurant y C.^a

Para desagraciarlo, al empuñar Don Juan las riendas del gobierno, le hizo conde de Santisteban de Gormaz, Condestable de Castilla, ministro y favorito.

Mas ¡ay! diríase que el favor del monarca aumentaba la ambición del Condestable, que bien pronto llegó á contar con cinco condados, el ducado de Trujillo, dos ciudades, setenta villas y castillos, y el Maestrazgo de Santiago; logrando reunir hasta 20.000 vasallos y 100.000 doblas de renta.

Cierto que don Alvaro pagó al rey su cariño y finezas, librándole de la esclavitud en que los nobles pretendían tenerle, luchando bravamente contra ellos por el engrandecimiento del monarca, triunfando de los moros en Figuera y Guadix, y ganando á los infantes y á los grandes sublevados la batalla de Olmedo, en la que, mal herido en un muslo, mantúvose á caballo toda la jornada.

En aquella lucha, en aquel terrible duelo á muerte que duró más de treinta años, el Condestable tuvo sus días de luz y sus noches de negrura.

Los conjurados contra él, obtuvieron de Don Juan II una orden de destierro, que hubo de cumplir.

Audaces los nobles y débil el monarca, temió éste al encontrarse solo, y volvió á llamarle á su lado, colmándole de nuevos favores.

Don Alvaro, al tornar á la corte, procuró apartar del lado del rey á todos sus enemigos, llegando á dominar hasta en el interior del palacio.

Entonces apareció como el verdadero rey de Castilla.

Sus enemigos, aprovecharon la ocasión é hicieron ver á Don Juan II que el Condestable era el Supremo Señor, y el monarca el último de sus vasallos.

Herido Don Juan en su orgullo, pensó otra vez en desterrarle; pero un suceso, en cierto modo imprevisto, vino á perder al favorito.

Alfonso Pérez de Vivero, á quien don Alvaro había sacado de la nada, se unió á sus contrarios, y el Condestable, ardiendo en ira, le hizo matar en su propia casa.

Aquel acto fué el último de su poderío y precursor de su ruína.

La reina en la que, según algunas Memorias de aquel tiempo, el favorito había fijado sus ojos puesta á la cabeza de los conjurados contra don Alvaro, logró del monarca una sentencia de muerte.

Preso en su castillo, abandonado de los muchos á quienes había colmado de beneficios, acusado de robos, cohechos y tiranía, no tardó en ser condenado, apoderándose el rey de sus inmensas riquezas.

Don Alvaro, dice un notable escritor, mostróse tan valeroso, tan noble y grande en el cadalso, que su muerte absuelve su vida.

Según el gran Quitana, en su famosa obra *Españoles célebres*, tendría al morir— 2 de Junio de 1453 — sobre sesenta y tres años, y aun se conservaba ágil y robusto, con grandes dones de cuerpo y alma.

Fué don Alvaro hombre de mediana estatura, con los ojos vivos y penetrantes, y el habla algo balbuciente. Gran amante de la poesía. Muy amigo del insigne Juan de Mena. Galán y atento con las damas, y discretísimo en sus amores.

En luchas de guerra, pocos de su tiempo se le pudieron comparar.

En sagacidad y penetración política, en tesón y atrevimiento, ninguno le compitió.

En cambio, su ambición, su orgullo, su avaricia y la crueldad de que revistió sus postreros tiempos, le enajenaron las voluntades.

Pasemos á reseñar sus últimos momentos.

Antes de ir al suplicio, oyó misa y comulgó devotamente.

Sobre una mula, llegó á la plaza Mayor de Valladolid, donde se levantaba el cadalso, cuyas escaleras subió con resolución y presteza; adoró una cruz, y al ver entre la multitud á uno de los pajes que le habían acompañado en su prisión, llamado Morales, le dió la sortija de sellar que llevaba en el dedo, diciéndole: — «Toma, es el postrero don que de mí recibes». — El paje se echó á llorar, como todos los circunstantes.

Mirando á Barrasa, caballerizo del príncipe, exclamó: — «Dile al príncipe mi señor, que mejor galardone á los que lealmente le sirven, que el rey mi señor me ha galardonado á mí».

Pidió al verdugo le atase las manos con una cintilla que le dió, y que mirase si tenía bien afilado el puñal. Como preguntase, para qué era un garabato que había en un madero, y el verdugo le contestase que era para exponer su cabeza, dijo: — «Hagan de ella lo que quieran; después de yo muerto, el cuerpo y la cabeza nada son».

Tendióse en el estrado, que estaba hecho en un tapete negro, el verdugo *pasóle prestamente el cuchillo por la garganta...* y todo acabó.

Para que nada faltase de lo que se hacía con los ajusticiados, en una palancana de plata se echaba la limosna para enterrarle, y el entierro se hizo en la iglesia de San Andrés, donde se sepultaba á los malhechores y ajusticiados.

Tal es la escena en que el laureado artista E. Cano se inspiró para pintar el cuadro que hoy ofrece ALBUM SALÓN á sus lectores, y que figura en el Museo Nacional.

Una superstición.

Don Alvaro, según la tradición, nunca quiso entrar en el pueblo de Cadahalso de los Vidrios, por haberle predicho un astrólogo que en *Cadahalso* moriría.

Caído el rey en una profunda melancolía, débil para imponerse á su favorito, débil para impedir su muerte, y más débil aún para triunfar sin la espada del Condestable, de los nobles rebelados contra él apenas le vieron solo, no tardó en seguir á don Alvaro, pues falleció al año siguiente.

Con razón dijo el poeta:

«La privanza de los reyes
es á veces como el fuego,
que al que está muy cerca abrasa
y alumbra al que está muy lejos.»

E. RODRIGUEZ SOLIS

PENSAMIENTOS

PARA BARTOLOMÉ LOZADA.

ESTA maravillosa fructificación de ciencias, de industrias y de progresos de toda especie, es la resultante categórica de las fuerzas de un trabajo titánico y sin intermitencias. Es una de las notas características, más honrosas de nuestro gran siglo. Un cuadro que contuviese un paisaje animado en que se viese, como al través de un cinematógrafo, á la humanidad moderna bailando la danza sagrada del trabajo, como en un festín alegórico de la vida universal, sería la glorificación gráfica más hermosa que podría hacer de sí mismo *el sacerdote de la creación*.

Vivir más intensamente, ver más, vencer más: esa es la síntesis del programa del hombre moderno, en su ruta de luchas, de emulaciones gloriosas y de triunfos redentores.

El hombre cifra, hoy más que nunca, el proceso de su perfectibilidad en el trabajo; y esto implica que cada día adquiere una convicción más luminosa de su destino, puesto que el trabajo es ley divina.

La lucha por la existencia siempre ha sido y siempre será. No hay más que esta diferencia esencial, entre el hombre de ayer y el hombre de hoy: que el último dispone de más perfeccionadas armas para la lid, y ésta es, por ende, más rápida, más ruidosa y más decisiva.

Del fondo de esta gran lucha de los espíritus fuertes contra las rutinas, los obstáculos materiales y los ideales anacrónicos, surge algo, á guisa de indefinible clamoreo, que infunde miedo á las almas pusilánimes y desconcierta á las retrógradas. Diríase que estos pobres rezagados de las batallas nuevas, pretenden puerilmente oponer el reto de sus lágrimas y de sus sollozos, á los decretos de la Asamblea del Progreso, porque en su seno sienten la nostalgia del *far niente*...

Creo (y no pienso que mi creencia sea sólo un delirio optimista) que no estamos en el caso de lanzar ayes, sino hurras. Me parece un absurdo, celebrar el paso de una procesión civilizadora tan imponente, con una marcha fúnebre.

Cuando nos encontramos casi en vísperas de realizar la ansiada «unidad del género humano», por obra y gracia de la Ciencia y del Trabajo, cada día más propicios á la armonía cosmopolita, ¿no es vergonzoso que la aurora de tan bello día nos sorprenda con los ojos llorosos, en vez de esperarla preparados con el presente ideal del más divino hosanna?

Procediendo de acuerdo con los espíritus adormecidos en la tiniebla de «la tristeza contemporánea», se llegaría á la consecuencia inaceptable de antemano, por ridícula, de que la radiación de la Ciencia y la del Arte no pueden coincidir. Y esto es una blasfemia estética. En definitiva, el Arte no es más que un mágico reflejo de lo Eterno verdadero, que forma el miraje de lo bello ideal.

La obra inmensa y sólida de nuestra cultura ha requerido indefinidamente la colaboración de paladines mártires y de apóstoles triunfadores.

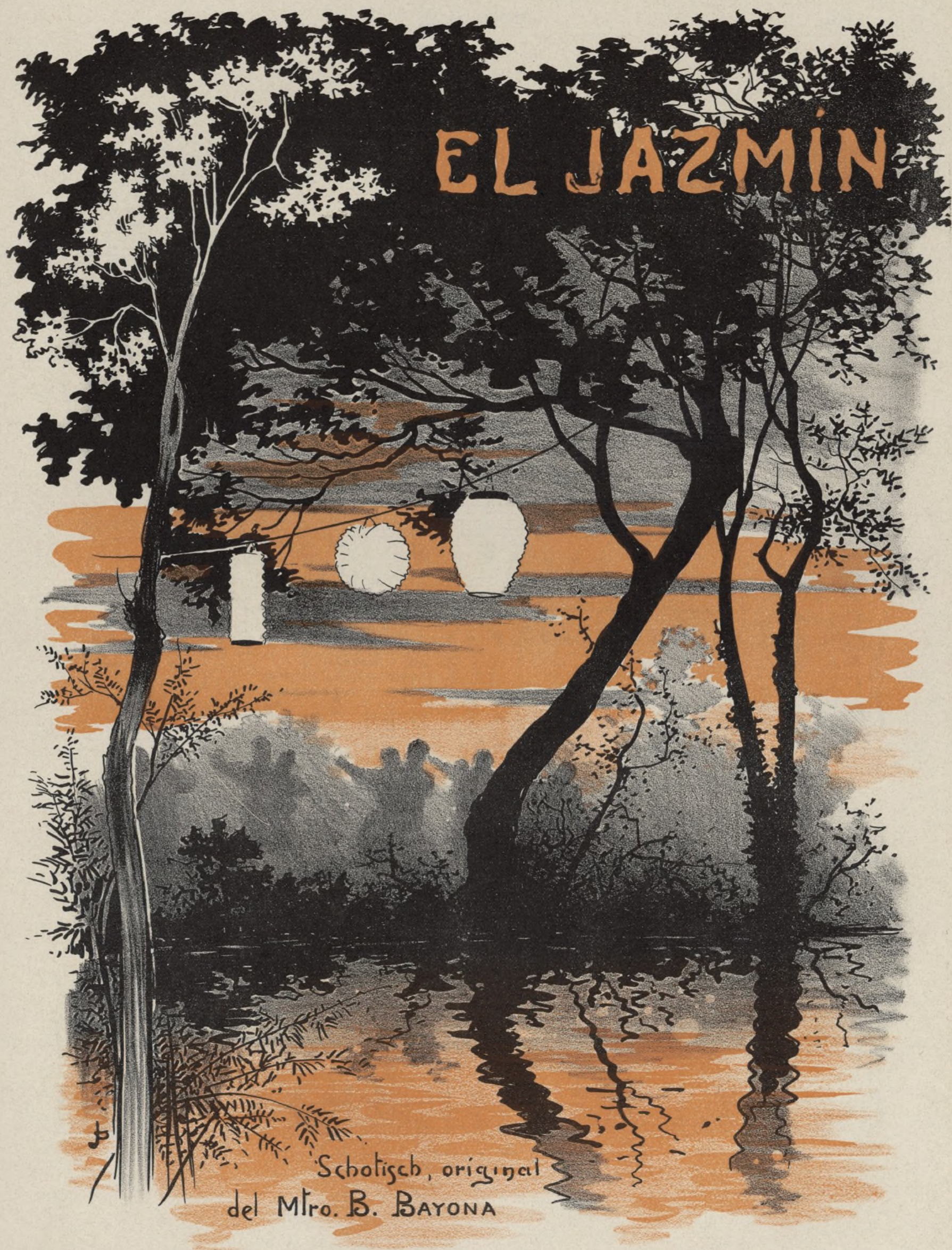
A veces, la decepción es el corolario de las tentativas generosas. No importa. Esos sacrificios jamás son estériles. «El camino de Jerusalén estuvo sembrado de huesos humanos... Siempre han servido á los vencedores las huellas de los fracasados.»

La Naturaleza es una virgen ubérrima, pero cuyos dones no se obtienen sino en amores transformados en obras. La gloria es una amazona que es menester conquistar en fuerte é hidalga liza. El progreso es el *substratum* sociológico de todos los grandes triunfos humanos... Todo lo más excelso de los tesoros de nuestra civilización es el premio del esfuerzo del hombre frente á la Naturaleza, en la conquista de la Gloria y en la lucha indefinida por el Progreso...

ANTONIO S. BRICEÑO



NOTA DEL CORPUS



Schotisch, original
del Mtro. B. BAYONA

LIT. LABRILE - BARCELONA

A mi distinguida discipula Srta. Mercedes Llibre.

EL JAZMIN

SCHOTISCH.

BUENAVENTURA BAYONA.

PIANO.

f

8 vas.

8 legato.

p

dolce.

8.....

p *legato.*

8.....

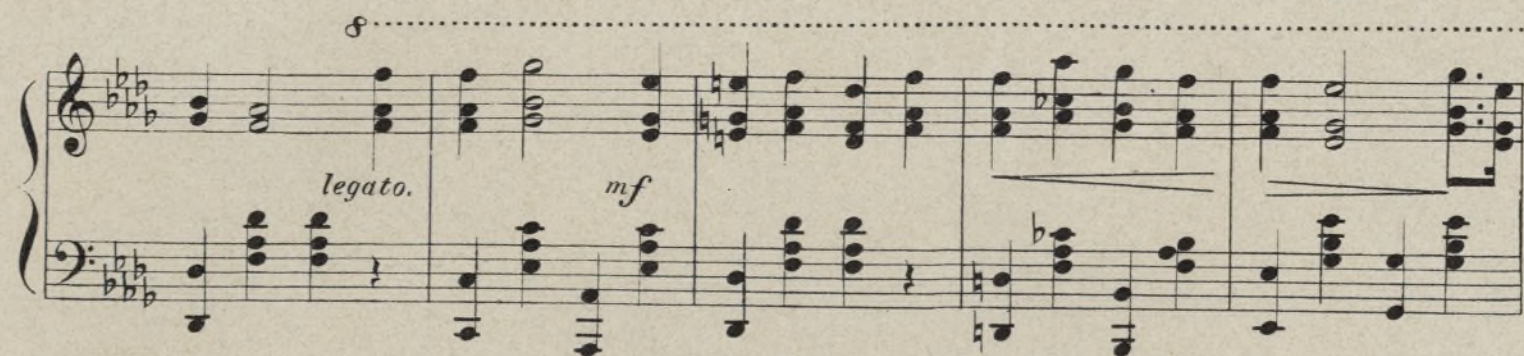
f

8.....

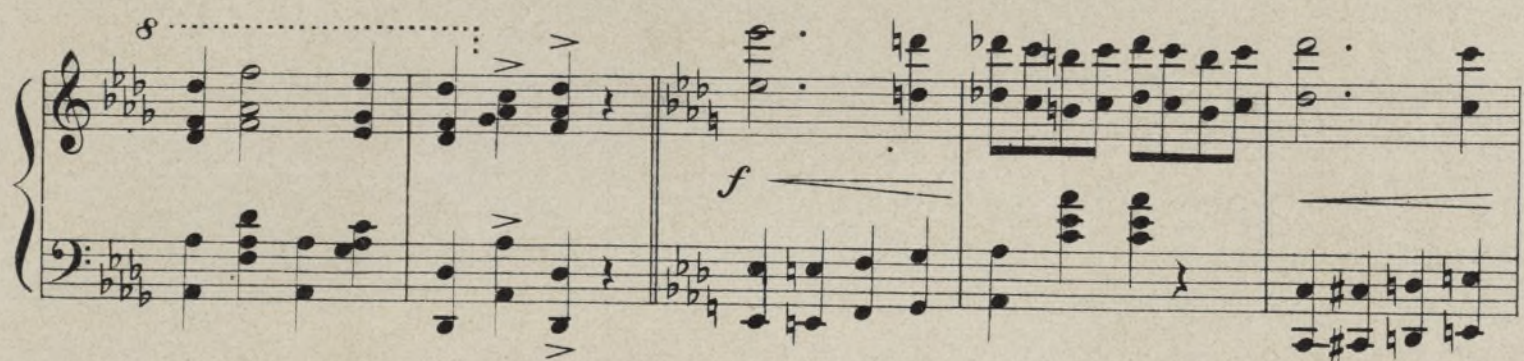
f *p* *legato* *mf*

8.....

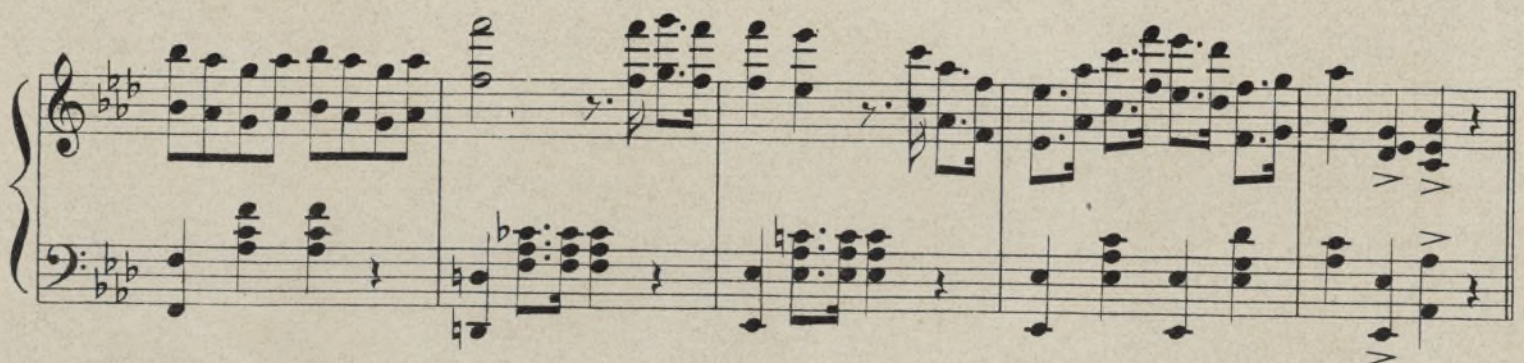
p *legato, mf* *f* *p*



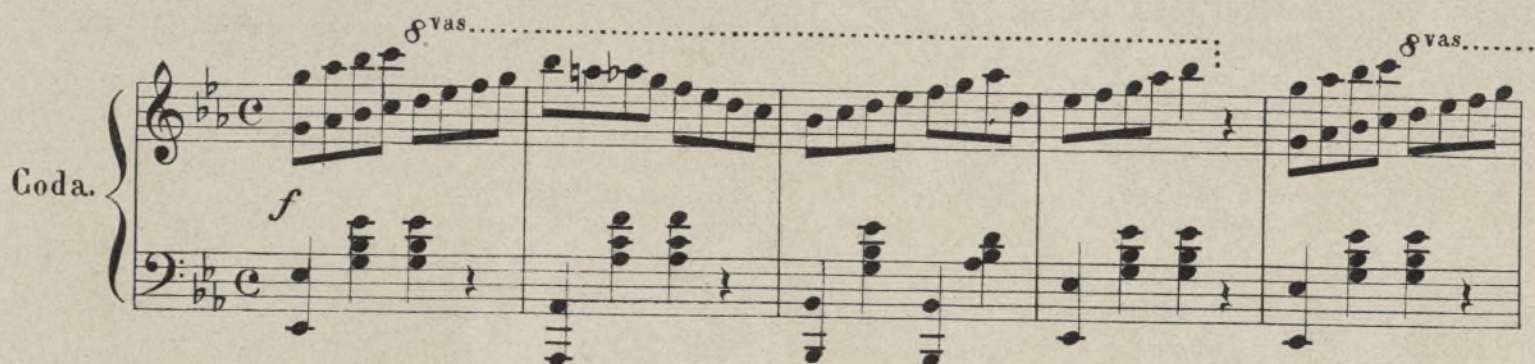
First system of musical notation, featuring a treble and bass staff. The key signature is three flats (B-flat, E-flat, A-flat). The time signature is 8/8. The music is marked *legato.* and *mf*. A dotted line with a fermata is placed above the first measure.



Second system of musical notation, featuring a treble and bass staff. The key signature is three flats. The music is marked *f*. A dotted line with a fermata is placed above the first measure.



Third system of musical notation, featuring a treble and bass staff. The key signature is three flats. The music is marked *f*. A dotted line with a fermata is placed above the first measure.



Fourth system of musical notation, featuring a treble and bass staff. The key signature is three flats. The music is marked *f*. A dotted line with a fermata is placed above the first measure. The word "Coda." is written to the left of the first measure.



Fifth system of musical notation, featuring a treble and bass staff. The key signature is three flats. The music is marked *p*, *f*, and *ff*. A dotted line with a fermata is placed above the first measure.

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.



Cuadro de RICARDO MARTÍ.

Ayuntamiento de Madrid

LA BELLA ESTACIÓN

Es la hermosa y agradable estación del año en que la Naturaleza, vistiéndose sus más espléndidas galas, sembrando flores, llenando de perfume el ambiente y dando nuevos y más brillantes fulgores al sol, lleva á todas partes la vida, la animación y la alegría.

El verano es la estación en que todos los individuos, sea cual fuere su edad, su estado social y su fortuna, gozan, más ó menos, de los placeres que proporciona el oro, ó suministra la satisfacción de las pocas necesidades que en esta época del año tiene que cubrir la mísera humanidad. Excepto los poderosos, que siempre tienen necesidades imperiosas á que atender, necesidades creadas por ellos mismos; deseos insaciables que satisfacer, — aunque seguidos por lo común del hastío, — y exigencias que cumplimentar, los demás individuos, casi todos, hasta los que carecen de fortuna, viven contentos y en algunos instantes casi felices, porque viven con menos y precisan menor número de elementos para mantener la existencia, que en las estaciones crudas, en que al pobre le hacen falta ropas con que cubrirse, techo bajo el cual cobijarse, y fuego que disipe la rigidez que el frío imprime á sus miembros ateridos.

En el verano, todos, ricos y pobres, disfrutan del placer de aspirar gratuitamente, y con la escasa molestia de circular por los paseos públicos, un fresco y aromatizado ambiente que tan necesario es á cuantos en grandes centros de población habitan.

El pobre mendigo, pobre por necesidad, por hábito y por abandono, suele ser en esta temporada completamente feliz. Los pedazos de pan que recoge, algunos céntimos que le dan y que representan un par de cuartillos de vino, y las hortalizas y frutas de las huertas cercanas, constituyen su alimentación.

El jornalero ó menestral que tiene la fortuna de trabajar toda la semana, cuando llega el domingo de la bella estación, se dirige con su mujer y sus pequeñuelos á alguno de los ventorrillos de las afueras de la población deseosos de pasar un buen día de descanso. Una frugal comida, preparada al aire libre por la esposa, comida rociada con varios tragos del indispensable *peleón*, llena de contento á todos, que comen, beben, rien, respiran el aire puro de los campos, corren, saltan, juegan y, cuando llega la noche, regresan tranquilos y satisfechos á su pequeño hogar, dispuestos á empezar otra semana de reclusión en la obra ó en el taller.

¡Y la juventud! ¡cuánto goza en este tiempo de serenidad, en que los fríos no arredran, ni las nieves ó el lodo estorban las citas y los paseos de amor!

Pero el risueño cuadro de la estación veraniega tiene también sus sombras negras y sus tristes colores, cuando de gentes pobres se trata.

Hay familias, bien ó medianamente acomodadas, que tienen precisión de hacer costosos viajes estivales por motivos de salud, procurando sobre todo la de sus hijos; esos desgraciados seres de la nueva generación, que lleva en sí el germen de una existencia trabajosa y de una muerte prematura producida por el escrofulismo, la tuberculosis y demás calamidades á que dieron origen los vicios ó excesos de sus progenitores.

En medio de la desgracia, es una fortuna contar con elementos para atender al cuidado y restablecimiento de la salud propia ó la de los seres queridos. Pero, ¡qué pena produce el ver debilitarse y desfallecer, por falta de recursos, á la amada esposa ó á los inocentes hijos, que con una mínima parte de lo que cada rico gasta innecesariamente en cosas superfluas y caprichos superficiales, durante la estación veraniega, pudieran hallar el alivio de sus males y acaso una radical curación!

Sugiérenos éstas dolorosas reflexiones, la vista de esa multitud de niños pobres que vemos circular por las calles, raquíticos, anémicos y escrofulosos que, tristes y desalentados, llevan impreso en su pálido semblante el sello del sufrimiento y el anuncio de su próximo fin, y que carecen de la viveza, la animación y la alegría de la primera edad.

Esos desgraciados seres que al nacer traen ya al mundo la enfermedad original, llamémosla así, heredada de sus padres; esos pobres niños, cuyo estado valetudinario se agrava y llega á hacerse crónico é incurable, por la escasa y también viciada leche que sus débiles madres les suministran, falta de principios nutritivos, por la mala alimentación y el aire viciado y corrompido de los estrechos calabozos, mal llamados habitaciones, que ocupan, necesitan el auxilio de todos.

El cambio de residencia, siquiera temporal; el uso de los baños de mar ó de las aguas minerales indicadas; la alimentación sana si no delicada; el mayor aseo y la estancia en las habitaciones, donde, al menos, haya luz y ventilación, arrancarían muchas víctimas á las garras de la muerte.

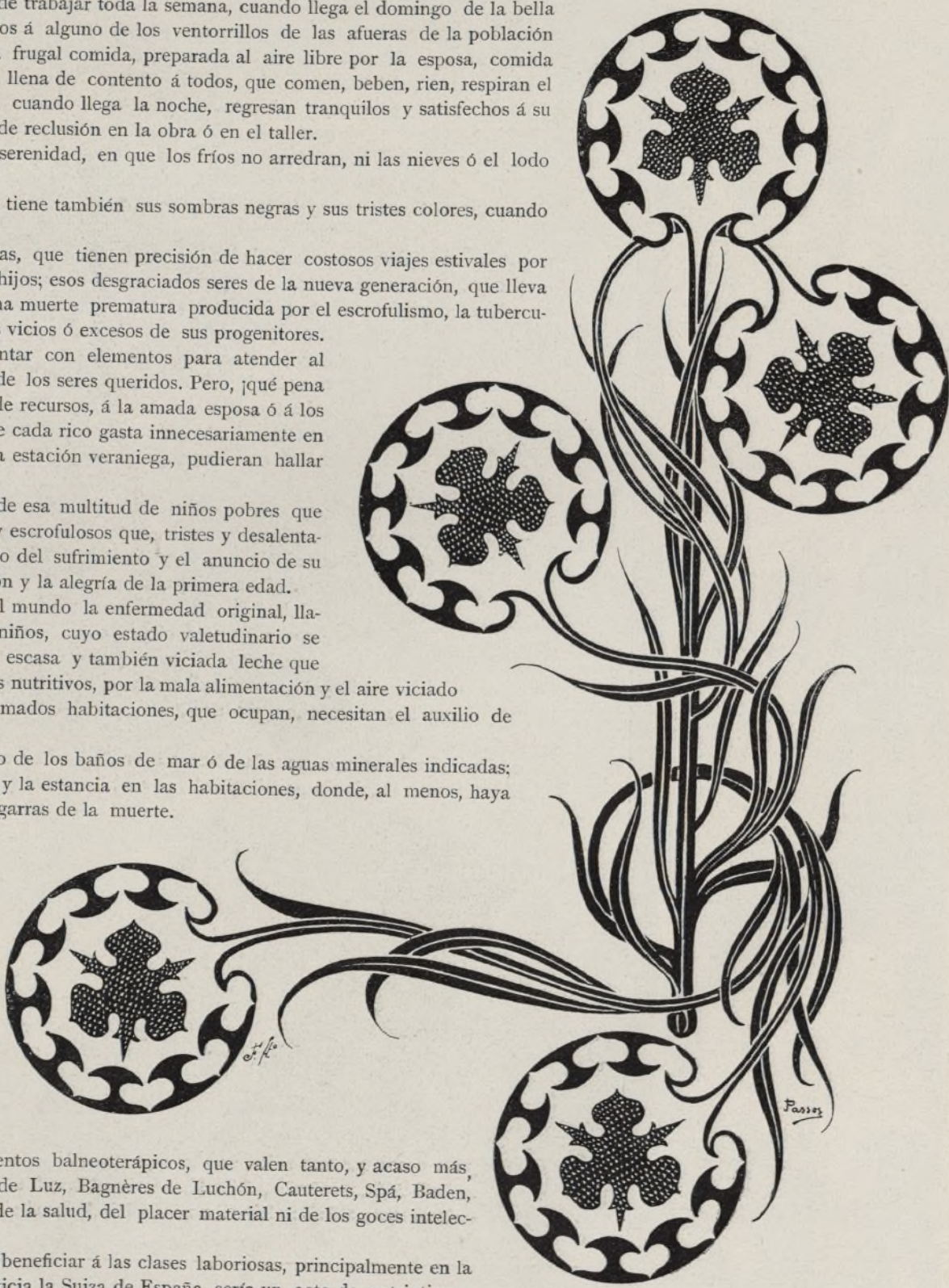
¿Y esto es imposible ó al menos muy costoso?
Creemos que no.

Ya que los Gobiernos, por razones que no hemos de exponer en este lugar, no pueden consagrar á este importante asunto la atención que merece, los particulares pueden hacer mucho. Y mucho más los favorecidos por la fortuna, con sólo limitar en una pequeñísima parte sus gastos, sin privarse de los goces que acostumbran disfrutar en la plácida estación. En vez de ir á derramar su oro entre los especuladores extranjeros, que hacen su negocio en la presente temporada, vayan los aristócratas y personas pudientes á veranear en las hermosas playas del litoral cantábrico y á nuestros establecimientos balneoterápicos, que valen tanto, y acaso más, terapéuticamente hablando, que Biarritz, San Juan de Luz, Bagnères de Luchón, Cauterets, Spá, Baden, etc., obteniendo grandes economías, sin menoscabo de la salud, del placer material ni de los goces intelectuales.

Esto, además de favorecer los intereses patrios y beneficiar á las clases laboriosas, principalmente en la bella y olvidada región de Galicia, llamada con justicia la Suiza de España, sería un acto de patriotismo, una justa revancha de los insultos, desprecios y perjuicios que recibimos de los extranjeros.

Las economías que resultasen, por la reducción de gastos en los viajes de la opulenta aristocracia y de la rica ó bien acomodada clase media, podrían destinarse á asilos y sanatorios para los niños pobres, débiles y raquíticos, anémicos y escrofulosos, á los que no alcanzan los auxilios, no siempre oportunos, de la Beneficencia oficial.

La creación, dirección y administración de aquellos benéficos asilos de verdadera caridad cristiana, podían estar á cargo del bello sexo, en el que siempre han sido y son innatas las cualidades de la dulzura, la compasión y el cariño. Las amantes madres de familia, en nombre de sus queridos





LAS CUATRO ESTACIONES. — Composición y dibujo de J. TRIADÓ.

hijos, sanos, robustos, alegres y felices, experimentarían de seguro gratas sensaciones de inefable placer, dedicándose al cuidado, alivio y acaso completa curación de los que hoy perecen por falta de una regular asistencia.

Las piadosas y caritativas señoras que propagan y sostienen con ardiente celo escuelas católicas, conferencias y sociedades de San Vicente de Paul y otras fundaciones análogas, para el auxilio material y espiritual de los pobres, debían hacer algún ensayo para aclimatar entre nosotros los sanatorios que proponemos, y que ya existen y funcionan con satisfactorio resultado en otros países, debiendo mencionar en el nuestro, el de Santa Clara Chipiona (Cádiz), fundado y sostenido por el excelente amigo de los niños, Tolosa-Latour, al que desde éste lugar felicitamos muy cordialmente por su buena obra, en la cual le deseamos muchos imitadores.

Y esta obra de misericordia, á más de proporcionar á las almas sensibles la grata satisfacción que se siente al ejecutar un acto benéfico, y á más de la esperanza de lograr algún día el premio que tiene ofrecido el

Todopoderoso á los que se compadecen de los desvalidos y les auxilian; pudiera ser un acto de alta política y de conveniencia social, que dejo á la clara perspicacia de mis lectores, y no determino, por no invadir terreno que está prohibido hollar en estas bellas páginas.

Los actos de caridad y desprendimiento de los ricos, pueden ser una de las causas que resuelvan el tremendo problema social, que en todas las naciones se presenta obscuro y pavoroso. Acortando las distancias que separan á los pobres que nada tienen de los que todo lo poseen; haciendo ver á los primeros que si la nivelación de la fortuna no es posible, en el actual estado de las sociedades, al menos no son los otros verdugos ni explotadores, sino que les tienden una mano benéfica para remediar sus necesidades; se habrá dado un paso gigantesco en la resolución de ese problema, tan temido, y se habrá librado de una vida llena de horrores fisiológicos y de una temprana muerte, á millares de niños que quizás sin ese triste y prematuro fin, hubiesen sido consuelo de sus familias y gloria de la patria.

LUIS VEGA-REY

¡REGENERACIÓN!

No había en Lagarejos mejores bodegas ni mejores paneras que las del tío Terrones.

Encerraba en ellas, todos los años, más de cinco mil cántaros de vino, y no cogía menos de tres mil fanegas de pan llevar.

Y para un solo hijo que Dios le había dado, ésto constituía una buena herencia.

Por eso, la *señá* Lorenza quería á todo trance que su hijo fuera un hombre. Ya que lo tenía, que lo luciera.

— *El mi Terrones*—decía ella,—no sabe *tan siquiera* echar su firma, pero tiene muchos miles; y por eso es necesario que el chico aprenda mucho, para que llegue á ser un hombre de rango. Dios le ha dado buena cabeza y buen pico, y porque su madre no gaste no habrá de quedar. ¡Bendito sea Dios! Si sabe *el mi Juanito* más que Merlín. Cuando á mí me *echa* un relato de la *historia de antaño*, de esas que ahora ha aprendido en Madrid, es cosa de comérselo á besos, por el saber y el desparpajo que tiene para decirlo.

Y sin embargo de todo esto, don Gabriel, el venerable párroco de Lagarejos, seguía en sus trece de que aquel *parla-ambuestras* de Juanito, no tenía más que humo en la mollera, y de que nunca podría sacarse de él cosa derecha, en materia de estudios.

Por eso, cuando su ama de llaves le decía que el hijo del tío Terrones había vuelto de Madrid, hecho todo un marqués, y que ella lo acababa de ver en el Pórtico, hablando de política con el Secretario y con el Maestro; don Gabriel, sonriendo irónicamente y mirándola por encima de sus gafas, contestaba:

— Sí, señora doña Gorgonia; vendrá forrado de marqués, ó de ministro, ó de lo que quiera; pero el hábito no hace el monje. Con todos esos lujosos atavíos y con toda su charla, ese mozo será eternamente una calabaza parlante. Ya me han dicho á mí que ahora *echa* á cada paso por la boca una serie de barbarismos como DERNIER, LUNCH, SOIRÉE, INTERVIEW, *et sic de ceteris*; todos ellos muy de moda, según él dice. Sin embargo de lo cual, ese *doctor Barullo* no ha olvidado aún su *antigua moda* de llamarme á mí don *Grabiel* y á mis gafas las *vridieras*. ¡Pedazo de.....! Si nunca pude meterle en la testa el *quis vel quid*..... ¡Y su madre erre que erre en hacerlo un sabio! *Quod natura non dat PECUNIA non prestat*.

Más le valdría á esa bachillera de Lorenza, cuidarse de que su hijo se perfeccionara en el cultivo y administración de sus fincas, dejándole en paz de libros de caballería, imposibles para ser digeridos por ese hueco magín. Pero el afán de figurar y de lucir los cuartos, va á terminar porque Juanito le dé luz hasta el último céntimo del bueno de Terrones.

Y sino el tiempo lo dirá.

II

El Eco de la Provincia, anunciaba aquel día entre sus gacetas:

« Ha sido nombrado Administrador de Propiedades y Rentas del Estado, en la provincia de..., nuestro estimado amigo y correligionario don Juan de Terrones y de Secano.

» El señor de Terrones, que en nuestra Diputación ha ocupado varios años el cargo de Vicepresidente de la Comisión provincial, con generales y merecidos elogios por parte de amigos y adversarios, y que en la política militante de la región fué siempre figura de prestigio; hoy se aleja de nuestro lado por un deber de disciplina, que le obliga á desempeñar el alto puesto que el Gobierno le ha conferido.

» Deploramos muchísimo la ausencia de tan querido amigo. »

Don Juan de Terrones y de Secano, no era otro que Juanito el de Lagarejos, quien, después de cansado de no acabar su carrera en Madrid, *ahorcó los libros* y volvió á su tierra, para dedicarse por completo á la política, con gran contentamiento de su madre.

Las rentas del tío Terrones proporcionáronle varias veces nutridas votaciones electorales, que lo llevaron á la Diputación Provincial.

Y ya hecho todo un hombre de pro en la política, creyó indispensable salir de Lagarejos, para instalar sus reales en la capital, con objeto de al-

ternar con los demás *notables* y vivir según su rango exigía: casa lujosa, coches, visitas á la partida del Casino, viajes frecuentes á Madrid, para celebrar *entrevistas* con el Jefe, etc., etc.

Su madre le siguió al poco tiempo, después de haber sufrido el inmenso dolor de ver bajar al sepulcro á su marido.

¡Pobre tío Terrones! Siempre lo decía él:

— Yo poca guerra he de dar ya en este mundo.



NOTAS ARTISTICAS. — Dibujo á la pluma; por A. COLL.

Una tarde, apenas se había apeado de su borrica torda, de regreso de la arada, le dió un mal y no volvió más en su ser. ¡Estaba tan gordo...!

Juanito, vino al pueblo para asistir á los funerales, y algunos meses más tarde, arrendadas sus haciendas, cerró la casa y partió para la capital con su madre.

La *señal* Lorenza, abandonó llorosa aquel terruño en que pasaron sus mejores días, pero su hijo lo deseaba...

¡Qué casa más bien puesta tenía Juanito en la capital! ¡Y cuántos amigos! Ni un momento le dejaban en paz. Que el Diputado por...; que el señor Gobernador; que el señor Secretario; que este; que el otro... Y todos los días lo mismo... Se relacionaba con lo más principal, y no era que la *señal* Lorenza lo dijera.

Ella, tampoco tardó mucho tiempo en tener varias señoras amigas.

Doña Lorenza, la madre del Diputado por Lagarejos era una buena mujer, y tan dispuesta siempre á hacer un favor á cualquiera, ¡y tan espléndida!

Los domingos, doña Lorenza iba á misa mayor á la Catedral. ¡Bendito sea Dios, qué bien tocaban allí el órgano! ¡Y cómo cantaban aquellos *muchachicos coloraicos*! Daba gloria oídos. Buena comparación entre aquellas funciones y las que don Gabriel celebraba en su parroquia...

Los demás días de la semana, doña Lorenza tenía también sus ocupaciones: visitas de las Conferencias; al Culto Continuo; al rosario de las Dominicas; á la mesa petitoria de San José... No le quedaba tiempo para nada.

Verdad es que ella en nada más que en servir á Dios y á su hijo tenía que pensar.

De las cosas de este mundo, allá para el chico. Ya le dió poder para que hiciera y deshiciera en las haciendas y en todo. Para él habría de ser. Por cierto, que Juanito iba vendiendo tierras y viñas, porque no producían casi nada; tenía otros negocios mucho mejores en que emplear el capital.

III

Sólo se veían en el Café Nacional algunos que otros jugadores de dominó, discutiendo la última partida, y allá en la mesa cercana al mostrador, en aquel rincón de los espejos, allí estaban los de la *Peña de última hora*: el señor de Sanz, delegado de Hacienda; don Juan de Terrones, Administrador de Propiedades; el capitán Herrero, retirado de caballería y Carrascales, el secretario de la Diputación.

Todos ellos, como de costumbre, hasta las dos y media ó las tres de la madrugada, eran seguros en sus asientos.

Al dar las doce, Manuel, el camarero de guardia, bajó las correderas metálicas de las puertas, apagó la mitad de las luces y, esperando á que los de la *Peña* llamaran, se sentó en un apartado rincón á leer un periódico; renegando contra todos aquellos trasnochadores, que le privaban del necesario descanso, por el gusto de charlar hasta las mil y quinientas.

Allí se hablaba y discutía todo: desde los más arduos problemas internacionales, hasta las minucias de la vida privada del más insignificante mortal. El caso era *matar el tiempo*.

El dueño del café fomentaba la asistencia á la tertulia, porque en ella le consumían diariamente alguna cena y muchas copas, y en una capital de tercer orden, no abundan mucho tales parroquianos.

Aquella noche *se puso sobre el tapete* la cuestión política internacional. Se discutió y voceó de firme, y se sopló más de firme aun.

El capitán Herrero, entre copa y copa de Jamaica, arreglaba la nación á mandobles.

— Acabemos con la chusma política y arriba la dictadura militar. ¡Sablazo y caiga el que caiga!

El camarero, hablando con el ayudante de la cocina, decía:

— Como reparte esta noche sablazos, el capitán.

— Ten cuidado no te de á ti alguno.

— No será el primero. Donde no quiso ir á darlos fué á Cuba; por eso tomó el retiro en cuanto le destinaron.

— Ese es el capitán Araña.

La discusión en la tertulia no decaía. El Secretario opinaba que para salvar el país, bastaba la descentralización: diputaciones autónomas, municipios autónomos, familias autónomas y...

— ... Secretarios autónomos — interrumpió Terrones.

Carcajada general.

— ¡Orden, señores! — gritaba el Delegado, comiéndose la última patata de un *beefsteak*. — Yo creo que con un *empréstito grande*, el Gobierno se redondeaba y nos redondeaba á todos.

— Está visto que el señor de Sanz, está por el *redondeo*; — se oyó decir á Juanito.

— ¿Y usted qué opina señor de Terrones? — Interrogó el amo del café.

— Yo, amigo mío, creo que la regeneración está en retirar los *moldes viejos* y fomentar las *fuerzas vivas del país*, protegiendo el trabajo nacional, sobre todo la agricultura, porque...

El capitán: — Como va á caer el ministerio, don Juan prepara otro cambio de casaca.

Terrones protestó, armándose nueva algarabía que duró hasta las tres y media de la madrugada.

Al retirarse los de la Peña, se oía á Juanito insistir en que la agricultura era la fuerza regeneradora más potente de la nación.

Manuel, el camarero, camino de su casa, decía al ayudante de cocina:

— Ese Terrones, después de malgastar todas sus haciendas, ahora pide que se proteja á la agricultura: los bagos de real orden, predicando amor al trabajo... Y así anda todo.

ANDRÉS P. CARDENAL

MADRID ELEGANTE

MUCHAS fiestas se han celebrado durante el largo paréntesis abierto en estas crónicas; todo el mes de Mayo y una buena parte del de Junio, han transcurrido para la sociedad aristocrática de la Corte en medio de una grande animación; las reuniones y los bailes y los banquetes, sucedíanse rápidamente, como si la gente distinguida quisiera desquitarse del triste período de inmovilidad y aburrimiento á que les condenó las desdichas de la patria.

A más de esto, ha ya bastantes años que se nota en nuestra sociedad la tendencia, análoga á las de Londres y París, de dejar para la Primavera las grandes fiestas; y como en esta época del año celébranse también las corridas de toros, las carreras de caballos, las partidas de Polo y las reuniones del Tiro de pichón, todos estos elementos contribuyen á la animación general, y alternan con los grandes banquetes diplomáticos, con la apertura de las Exposiciones, con los Beneficios teatrales y con los bailes aristocráticos.

De todo ha habido, pues, en los dos meses que abarca esta crónica, y de todo hemos de dar á nuestros lectores cuenta sucinta, descorriendo el velo de algunas reuniones que han escapado á la descripción de los cronistas de la prensa diaria.

★ ★

Nadie ha descrito, por ejemplo, la fiesta celebrada en el magnífico palacio de los Duques de Alba, en los últimos días del pasado Mayo; acaso porque en el antiguo Palacio de Liria ocurre lo que no sucede en las demás casas de Madrid: cuando se celebra una fiesta, parece que la casa está de diario, y en cambio, todos los días parece que la casa está de fiesta. Esto merece una explicación. La servidumbre de los Duques de Alba viste diariamente de gran librea, con calzón corto y pelo empolvado; los salones están continuamente iluminados y adornados con flores, de tal manera, que cuando la ilustre Duquesa quiere dar una fiesta, no tiene por todo preparativo, más que dirigir sus invitaciones; todo lo demás está hecho; y ni aun las damas que acuden á la amable y codiciada invitación, constituyen tampoco una nota nueva y saliente en aquella casa, puesto que con la misma riqueza y elegancia van á las tertulias diarias que preside la gentil Duquesa de Alba.

La fiesta á que nos referimos, fué precedida de un banquete celebrado en honor de la Duquesa de Tamames y sus hijas, que, procedentes de Sevilla y de paso para Biarritz, han residido una corta temporada entre nosotros.

★ ★

En todas las Embajadas y en algunas Legaciones, se han venido celebrando espléndidos banquetes en honor del Jefe del Gobierno, señor Silvela, á los que ha concurrido éste solo; pues su distinguida señora, no abandonó momentáneamente su luto, sino para asistir al Regio Alcázar el día del Santo de S. M.

Las únicas Embajadas en donde se ha bailado, han sido las de Alemania y Austria-Hungría; en la primera, para celebrar el cumpleaños de la encantadora Nadine Radowitz, y como despedida de su hermana Mari-lise que ha partido ya con dirección á su patria.

El Ministro argentino, señor Quesada, que, como la mayor parte de los

diplomáticos americanos, reúne la representación de su Gobierno en varias Cortes; habiendo sido nombrado recientemente para la de Lisboa, antes de partir, celebró también una serie de banquetes, terminando con uno, muy lucido, dedicado á los artistas españoles, al que asistieron, entre otros, Moreno Carbonero, Muñoz Degrain, Querol y Benlliure.

Se espera que el nuevo Ministro de Méjico en esta Corte, que es el opulento mejicano señor Iturbe, casado con una hermana de la Marquesa de Ivanrey, se instalará aquí suntuosamente; habiendo alquilado al efecto



UN BATURRO, por A. GASCÓN DE GOTOR.

el magnífico palacio de Xifré, verdadera maravilla árabe, copia exactísima de algunas habitaciones de la Alhambra.

★ ★

Esto nos trae como por la mano, á hablar del nuevo destino que se ha dado ó va á darse á algunos palacios de Madrid.

Se ha dicho, y creemos que con algún fundamento, que el antiguo y suntuoso palacio de Guadalcázar, iba á ser adquirido por S. A. R. la Infanta Doña Isabel; quien desea tener un alojamiento digno de ella, para dentro de algunos años.



Cuadro de A. GIL DE PALACIO.

El joven Marqués de Larios, está ya instalado en el hermoso palacio de Anglada, de la Castellana, en el que hace grandes obras de embellecimiento.

La piqueta demoladora ha comenzado ya á derribar el hermoso Hotel de Indo, adquirido recientemente por los Duques de Montellano, quienes se proponen levantar allí otro de nueva planta; pero, que en vez de ocupar el centro del jardín, tenga su principal fachada al paseo del Cisne,

Los Príncipes Pío de Saboya, Marqueses de Castel-Rodrigo, se ocupan también en proporcionarse lo que llaman los franceses un *piéd à terre*, para pasar en Madrid las primaveras.

Por último, los Condes de Casa-Valencia han alquilado su precioso hotel de la Castellana, por diez años, á los Marqueses de Castrillo.

★ ★

Entre las fiestas más notables celebradas en esta última temporada, merecen señalarse las de los Príncipes de Wreda, que en el corto tiempo de estancia entre nosotros, se han granjeado las simpatías de la sociedad aristocrática; el *cotillon* dado en los salones de la Marquesa de Squilache, que como todas las fiestas que se celebran en la morada de la ilustre dama, ha sido de una suntuosidad sorprendente; y el baile, honrado con la presencia de S. A. la Infanta Doña Isabel, con que la Embajada inglesa, ha solemnizado el 80 aniversario del natalicio de su augusta soberana.

★ ★

En el mes de Junio, se celebró la boda del joven Marqués de Ráfols,

Grande de España, hijo de los Condes de Vía-Manuel, con la bella señorita doña Ignacia de Egaña, hija de la Condesa viuda de Egaña, en la capilla de la casa-palacio que en la calle de Génova posee dicha opulenta dama.

La ceremonia fué solemne, y á ella acudió brillante y numerosa representación de la antigua nobleza española.

★ ★

Hay que agregar á las mencionadas, tres importantísimas solemnidades oficiales, que (aun siendo triste una de ellas), han contribuido á dar vida y calor á los dos pasados meses. Aludo al entierro suntuoso del malogrado cuanto ilustre Castelar; á la apertura espléndida, como en ningún otro país, de las Cortes; y á los festejos celebrados en conmemoración del tercer centenario del nacimiento de Velázquez; á todos los cuales ha prestado su brillantez el Madrid aristócrata y elegante.

★ ★

En las *Carreras* y en el *Polo*, las damas han lucido las elegancias de Primavera. Sin exageraciones de mal gusto, domina hoy en telas, trajes y sombreros, el estilo Luis XVI, viéndose algunas damas, cuyos atavíos parecen exacta reproducción de los retratos de María Antonieta y de la Princesa de Lamballe. Esto es lo dominante; pero nunca como ahora ha habido tanta libertad en la *toilette* femenina, que permite á cada señora, escoger el estilo que mejor siente á su género de belleza.

MONTE-CRISTO



Cuadro de R. JULIÁ.



DOBLE DEFENSA

HERMOSURA SECULAR

El Museo del Louvre no se parece al del Prado: no puede formarse idea del uno viendo el otro. — Es el Museo del Prado, como esas casas solariegas antiguas, en las cuales, miradas con indiferencia por sus poseedores, á quienes ha embotado el sentido la costumbre, se hacían obras maestras. Es el del Louvre, como esas casas modernas donde la inteligencia y el dinero del dueño, y su constancia en revolver y escudriñar por todas partes, van reuniendo poco á poco preciosidades en cada género y estilo, hasta formar selecta colección. En su afán de atesorar, cabe que á veces los coleccionistas se equivoquen, tomando gato por libre; por eso los grandes museos de las naciones más adelantadas y cultas, registran en su historia lamentables equivocaciones, que demuestran como sólo es infalible Dios, y el Papa, (en cuestiones de dogma y doctrina).

Nuestro Museo no puede equivocarse, en esto de adquisiciones, porque nada yerra quien nada intenta; se conserva mejor ó peor lo que ya existe, se colocan de otro modo los cuadros, zarandeándolos y trasegándolos de sala en sala, se admiten legados (no todos admisibles), y se da cabida, al lado de tablas reconocidamente hermosas y auténticas, á otras muy mediocres; pero no se envían comisionados á recorrer los confines del planeta, y desenterrar maravillas, con propósito de agregarlas á las que ya forman nuestro tesoro. Los Museos de Londres, París, el Haya, Amberes, están siempre á la husma de lo que pueda aparecer. Sus directores conocen los nidos, y están familiarizados con los rincones y recovecos, en que se esperan hallazgos. No hay escavación que no visiten, á ver qué sale de las negras entrañas de la tierra; qué suelta Cibeles, cuando la martirizan y despedazan. Versados en geografía arqueológica, tienen en la cabeza el mapa del mundo histórico, ya desvanecido y disuelto; los lugares en que se desarrolló la vida antigua, con su decoración fastuosa y bárbara, ó con su elegante clasicismo. — Así, ha sucedido que, apenas la azada recorrió el terruño de Elche y sacó á luz el famoso «Busto de mujer», allí estuvo el encargado del Museo del Louvre, para adquirirlo y llevárselo á toda prisa; no fuera que nos arrepintiésemos y nos retractásemos, queriendo conservar para España tal joya que, probablemente, á vivir don Antonio Cánovas del Castillo, no traspasara la frontera. Recuérdese el empeño que puso aquel hombre ilustre, en retener los notables bronce de Osuna.

El busto, he tenido ocasión de verle ahora, en el Museo de la capital francesa, donde ocupa puesto de honor. Poco faltó para que me viniese sin saludar á la exhumada beldad ibero-fenicia (una beldad es en toda regla), porque no tuve horas disponibles, en ninguno de los días en que está el Louvre abierto al público, y sólo me quedó un rato el lunes, día en que el Museo se cierra, para proceder al aseo y arreglo de las salas. La amabilidad de los franceses, en general, y en particular de Mr. André Michel, conservador del museo y persona doctísima, me abrió las puertas en ese día vedado; y el propio Mr. Michel se complació en acompañarme por los salones donde se guardan los tesoros del arte oriental, persa, egipcio, asirio, arte no prehistórico, pero de los tiempos heroicos y míticos; y allí, descollando en primera línea, aparte como cosa preciosa, dividiendo el trono con una encantadora reina de Egipto, Kalamait, guardada cuidadosamente en una urna de cristal, honor no concedido á la hija de los Faraones, vi el renombrado Busto.

El busto de mujer de Elche, produce una impresión singular; parece,

salvo el tocado y el adorno, una cabeza de ahora, un semblante contemporáneo. Alma moderna, vive cautiva en aquella escultura de ignota fecha, de ignorado autor. La materia del busto es una piedra caliza, más bien blanda, grano poco compacto: piedra así se encuentra muy amenudo en España. El tono moreno amarillento de esta piedra, contribuye á prestar á la figura apariencias de vida, y acrecen la ilusión los labios, pintados de rojo. Las facciones son correctas y tersas; la nariz, delicadamente modelada; la boca, severa y de intachable diseño. Una seriedad, una tristeza religiosa y romántica domina en el rostro, que parece el de una mujer como de veinticinco años, de tipo marcadamente español. Quitadle el extraño tocado al busto, envolvedle en la mantilla del siglo XVIII ó el negro rebocillo del siglo XVII, y difícilmente encontraréis cara que mejor exprese ciertos ideales de nuestro espíritu peninsular. Como que el rostro más semejante al tipo fisionómico del renombrado busto de Elche, es la sentimental y preciosa efigie de la Virgen de los Dolores, que se venera en la Coruña. Al través de los siglos, reproduce la raza ese rostro, como expresión de lo divino en la belleza.

Y del mismo tocado, en rigor, podrían encontrarse vestigios y huellas en el día, en la Península española. El manto del busto, con su puntiagudo plegado, recuerda que las españolas, desde antes que el espíritu del cristianismo infiltrase en las costumbres esta regla, debían ya, en un país de sol ardiente, estar habituadas á cubrirse la cabeza con telas y paños, que tapaban los hombros. Las dos grandes ruedas ó discos que aparecen á uno y otro lado de las mejillas, y prestan tan singular aspecto al busto, se asemejan muchísimo á los rodeles claveteados de agujones de las hueritanas de Valencia. Es realmente un peinado oriental, de sabor bizantino: Sara Bernhardt, al encarnar el personaje de la duquesa de Atenas, se arregló la cabeza así.

Lo curioso es que el tocado del busto ha trascendido á la moda, y las anchísimas cabezas actuales, adornadas simétricamente, á uno y otro lado, con flores y joyas, proceden acaso de las coqueterías de una dama ibero-fenicia, que vivía algunos miles de años antes de Jesucristo. Sobre este punto, — quién fué y cuando vivió la dama, — nadie tiene opinión formada y apoyada en pruebas. Mr. André Michel, por lo menos, así lo cree. Se ignora á qué civilización misteriosa y perdida, á qué tiempos imposibles de estudiar pertenece el busto de Elche, probable compañero de las discutidas antigüedades del «Cerro de los Santos». Ibero-fenicia... son dos palabras que reunen los arqueólogos para expresar algo hipotético, enigma antes y enigma después. Mirando el busto de Elche, sólo sentimos de un modo confuso, pero íntimo, que la mujer que el busto representa, —fuese reina ó sacerdotisa, esclava ó pastora, — era española, española hasta la médula; y esta comunidad de patria es lo único que dice claro el misterioso busto.

Sobre todo lo demás. Mr. Michel, cauto y receloso — quizás por la memoria de algún chasco reciente, — no se atreve á emitir ideas, ni á calcular probabilidades. El busto es pieza única, enriquece el Museo, y con esto basta. En materia de antigüedades tan antiguas, el acaso, el quién sabe, el quizás y el tal vez, son los recursos á que se agarra el sabio. — Y más cuanto más sabio sea; que será aumento de prudencia el de sabiduría. Y la hermosa faz de la Dolorosa de Elche, grave, pálida, romántica en grado sumo, allí está, como desafiándonos á que adivinemos quién fué.

EMILIA PARDO BAZAN



Fot. Natar.

MTRO. FRANCISCO DE P. SÁNCHEZ GAVAGNAC.

Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

DOS TIPOS

I

¿Ves aquel impertinente?
¿Aquel tipo intransigente
que en la fonda está que trina
y habla mal de la cocina
con todo bicho viviente?

¿Aquel hombre tan grosero
que, faltando á lo debido,
come y cena con sombrero
y le riñe al camarero
por el más simple descuido?

¿Aquel que, sin atender
lo que debe respetar,
rebusca á más no poder
á las horas de comer
y á las horas de cenar?...

Pues bien, ese solapado
que blasona de entendido
y de bien acostumbrado,
come en su casa... ¡un cocido!
mal servido y peor guisado.

II

¿Ves aquel niño gomoso
que, con cara de fanteche
y con gesto desdefioso,
anda siempre haciendo el oso
desde el pescante de un coche?

¿Aquel que apenas contesta
cuando recibe un saludo;
y se levanta y se acuesta
pensando en alguna fiesta
ó en las armas de «su escudo»?

¿Aquel que en mil ocasiones
demuestra su tontería,
y son sus ocupaciones
ir á la peluquería
y arreglarse los «plastrones»?...

Pues bien, ese petulante
que presume de elegante
y de pañales tan finos,
es hijo de un importante...
¡tendero de ultramarinos!

RAMÓN L. MONTENEGRO



BEBÉ

(Conclusión.)

El objeto de esta carta, es saber de ti, y decirte al mismo tiempo, que vivo en la mayor miseria, en una buhardilla de la plazuela del Rastro, de la que pronto me echarán por faltas de pago.

¿Te has acordado de la pobre Bebé, durante el año transcurrido sin escribirte? ¿Me quieres igual?... Yo, sí; yo te quiero lo mismo... Ya ves; no te hablo ahora de cosas tristes, y lloro... Es que te quiero, y quisiera tenerte aquí, para besarte y que me besaras, como cuando éramos compañeras de colegio.

Escribeme: Plaza del Rastro número... buhardilla n.º 3... ¡Dios te lo pagará, Fausta!

Te abraza y envía miles de besos, tu infeliz

CARLOTA.

Madrid, 5 Septiembre, 91.

CARTA DUODÉCIMA.

Querida Fausta: Hace cuatro meses recibí tu carta y los veinte duros que me enviaste. Supiste comprender que, si nada te pedía, era por vergüenza... ¡Oh! Entonces aún la tenía; hoy...

Te escribo estas cuatro letras, tal vez las últimas, porque no quiero crear jamás, que soy ingrata y que te he olvidado. Tu recuerdo y el afecto que me inspiras, son lo único puro que se alberga en mí... Rompe... rompe esta carta apenas leída... ¡Todo lo que parte de mí, mancha y deshonra!... Ya no estoy en la buhardilla... Me echaron al fin... Pasé hambre... Luego... No, no me atrevo a decírtelo... ¡Dios mío, Dios mío a dónde he venido a parar!... Si el dolor y la anemia no me matan, tal vez vuelvas a saber de mí... No te digo las señas de esta casa. ¿Para qué? Lee y rompe este papel... El hambre me trajo aquí... ¡También aquí me llaman el Bebé!...

Olvidame... No me desprecies, Fausta; al menos, tú, no me desprecies.

Adiós.

CARLOTA.

Madrid, 2 Enero, 92.

Señora doña Fausta Suárez.

Muy señora mía y de

mi más distinguida consideración: Pocos momentos antes de morir en este Santo Hospital, la enferma llamada Carlota Solís, me suplicó que escribiese en un papel, lo que ella me dictara... El ruego de un moribundo debe ser atendido siempre. Complací a la pobre enferma, escribiendo lo que me dictó con llanto en los ojos, y suplicándome una y cien veces que no dejase de enviárselo a usted... Media hora más tarde, murió como una buena cristiana, y sonriendo con la dulzura del que ve en la muerte, el comienzo de otra vida mejor... Las últimas palabras de la infeliz, fueron estas: «—Fausta... Fausta... ¡Piedad... Señor!»

Siento, señora, la mala noticia de que es portadora mi carta; pero no escribirla, fuera faltar a mi deber.

Adjunto, lo que la señora Solís (e. p. d.) me dictó.

Aprovecha esta triste ocasión para ofrecerse a usted, como atento y s.s.

q. s. p. b.

JAIME FORTÉS.

(Practicante del Hospital General.)

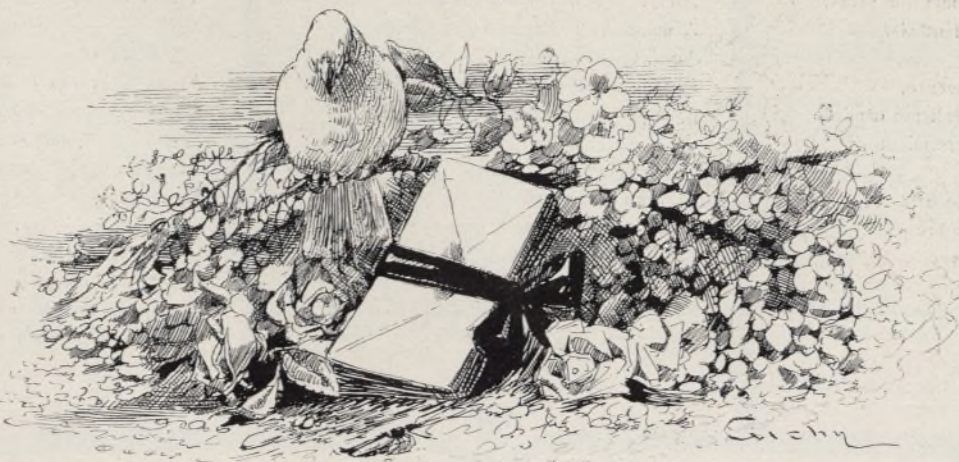
Madrid, 12 Octubre, 92.

CARTA ÚLTIMA, DICTADA POR CARLOTA.

«Fausta mía, estoy en el Hospital... Creo que moriré pronto... Un practicante, me hace el favor de escribir esto por mí... Ya ves que no

te olvido... Fuiste el único ser que me compadeció y eres el único recuerdo grato en mi agonía... Reza mucho por mí, Fausta de mi alma, reza mucho... por si tienen razón los demás, y fui más mala que desgraciada... Adiós; sólo siento que me enterrarán confundida con otros cadáveres... de cualquier modo, sin una flor, ni una lágrima, y sin más oraciones, que la del bondadoso sacerdote que me asiste... Adiós... ¡Reza por Bebé!... »Pepe ha muerto.»

LUIS DE VAL





AMOR

¡Llorad, ojos, llorad! que... cuando, misero,
El corazón rebosa de amargura,
En llanto rompe ó á pedazos salta.
Desde su cárcel tenebrosa, oscura,
Busca el cuitado natural salida
Para el caudal de lágrimas que esconde;
Y á un mismo tiempo, en su incesante duelo,
Tiene en vosotros ríos caudalosos
Y fuentes de consuelo.
¡Llorad, ojos, llorad! de mis pesares
Sed torrentes copiosos;
Corred sin tregua; ¡ni que fuerais mares,
Vuestro insondable abismo agotaría
todo el dolor que encierra el alma mía!
¡Llorad!... mas nó, ¡qué dije!; el llanto apaga
De las pupilas los destellos fúlgidos;
Y antes que el mío, al agolparse á ellas,
Os condene á cegar..., la abierta llaga
Quiero mostraros de mis penas hondas,
El fuego intenso que en mis venas arde:
Mirad primero ¡lloraréis más tarde!

Mirad en torno: del amor dulcísimo
Que el limbo humano en gloria convirtiera,
Marchita yace la gentil guirnalda.
Ráfaga impura de pasión grosera,
Secó las frescas flores
Con que benigna coronó su frente
La Madre Virginal de los amores,...
Y al verse, sin belleza y sin perfume,
Lanzado á la corriente
De un comercio venal, la pura esencia
Al cielo devolvió que de él recibe,
Y huyó del alma, si en el cuerpo vive.
¿Cómo pudieran hoy los trovadores
Arrancar á su lira melodiosa
Tiernos suspiros y sentidas cántigas,
Si del amor la célica poesía
Convierte el mundo en fermentida prosa?
¿Qué imágenes creará su fantasía?
¿Qué musa cariñosa
Inspirará su enamorado acento,
Si cuando busca en su idealismo cándido
El fuego abrasador del sentimiento,
Únicamente encuentra
Mezquina realidad, cálculo frío!
¿Con qué llenará el hombre
Del corazón el sepulcral vacío,
Si, ingrato, de esta suerte
A quien dióle la vida da la muerte?

PATRIA

ELEGÍA

Ved cual la patria su cerviz altiva
Hunde en el polvo, y de sus hijos pérfidos
Lamenta avergonzada el extravío.
Aquella que del orbe fué señora;
La invencible y audaz conquistadora
En cuyo imperio el sol no tuvo ocaso;
La que de Grecia en las llanuras áridas
Tremoló sus pendones victoriosos;
La que, á través de mares tempestuosos,
De la América ardiente al virgen suelo
Llevó su ilustración y sabias leyes;
Hoy, sumida en amargo desconsuelo,
Contempla el hondo abismo
En que ha de hundirse y que á tragar empieza
Su legítima gloria y su riqueza.
El férvido entusiasmo
Que, enardeciendo los hidalgos pechos,
Impulsó sus empresas temerarias,
Del universo admiración y pavor;
El que, más tarde, cual volcán hirviente,
Calcinó muros y fundió cadenas,...
No pudo resistir del egoísmo
El sople helado, la viciada atmósfera,
Y, falto de calor, alienta apenas;
A fuerza de oscilar, tiende á apagarse.
Con el noble antifaz del patriotismo,
Hipócritas se ocultan las pasiones,
Prontas á desbordarse;
Y el eterno luchar de la codicia,
La sed de honores, el deseo impúdico
De escalar un poder harto menguado,
¡Casi siempre funesto!,
Destrozan sin piedad el estandarte
Que un día respetaron las naciones,
Hasta hundirle en el fango, hecho girones.
¡Pobre Patria, cuán triste es tu presente!
La inercia en unos, la ambición en otros,
Labran tu ruina y tu grandeza abaten.
Allá, á lo lejos, infernal ralea
A mansalva te humilla y te saquea;
Aquí, la tea de civil discordia,...
El pensarlo tan sólo me acobarda:
¡Qué porvenir tan lúgubre te aguarda!

¿Podéis ver más? pues, ojos, ved del templo
En los altares sacros,
Esplendentes de luz, la imagen pura
De Aquel que dió su sangre preciosísima
Por redimir á la infeliz criatura.
Fuente de gracia, de humildad ejemplo;
De la excelsa mansión descender quiso,

FE

Para ofrecer en vida á los mortales,
Sujetos á miserias terrenales,
Las llaves de un Paraíso
Que su clemencia suma les reserva.
¡Cuán grande es su bondad! ¡cuánta justicia
Revelan sus decretos soberanos!
¡Con qué inefable celestial delicia,
Ante su trono augusto
Debieran prosternarse los cristianos!
Y sin embargo, al pie del ara santa
Donde la imagen del Señor se adora,
Retuércese el reptil de la soberbia,
Medra el error, su huella destructora
Imprime la impiedad, y... poco á poco,
Acaso á impulsos de un poder satánico,
Con infernal cinismo,
Va desplegando sus sombrías alas
El espectro feroz del ateísmo.
No está lejos el día en que la duda,
Triunfante de la fe, sus garras hincue
Del hombre en la conciencia;
En que la loca humanidad sacuda,
De escéptico desdén haciendo alarde,
Su sér espiritual, y con profundo
Desprecio de sí propia,
Del barrio vuelva el lodazal inmundo.
¿A quién entonces llamará en su ayuda,
Cuando en el mar airado de la vida
El cuerpo ceda, su valor naufrague?
¿Qué nombre invocarán sus labios trémulos,
Cuando la fuerza del dolor los mueva?
¿En qué tendrá esperanza
Al sonar la fatal hora de prueba?
¿Dónde hallará la paz? ¿dónde la dicha?...
¡Oh! ¡no es posible que alcanzarla intente
El pigmeo mortal que niega iluso,
Al recorrer su senda transitoria,
La existencia de un Dios Omnipotente
Y un más allá de perdurable gloria!

¡Llorad, ojos, llorad! rendid tributo
A cuanto grande el sentimiento crea,
A la verdad que inmaculada brilla;
¡Llorad!... y ¡ojalá sea
Vuestro fecundo llanto que bendigo,
De mi amargura inseparable amigo!
¡No dejéis de llorar! de mis pesares
Sed torrentes copiosos;
Corred sin tregua; ¡ni que fuerais mares,
Vuestro insondable abismo agotaría
Todo el dolor que encierra el alma mía!

SALVADOR CARRERA

† D. FRANCISCO MIQUEL Y BADÍA

El Arte acaba de perder uno de sus ilustres críticos, historiadores y maestros teóricos, en la simpática persona de don Francisco Miquel y Badía. Nació en Barcelona, el año de 1840, obteniendo en esta Universidad el título de Licenciado en Derecho civil y canónico. Sin embargo, prefirió el cultivo de la literatura, que practicó temprano desde algunos periódicos, pasando después a la Redacción del *Diario de Barcelona*, en la cual ha permanecido hasta su muerte; en ella significó mucho por sus luminosas críticas de obras literarias y dramáticas, pero de manera muy especial por sus juicios sobre las Bellas Artes plásticas, puras ó decorativas. En esta materia, que dominaba y exponía con imparcialidad, tino é ilustración, prestó verdaderos servicios al artista y al público, acercándolos con el elogio del primero, siempre que existía realmente la producción afortunada, ó, por el contrario, combatiendo prejuicios y rectificando defectos con la mayor independencia, cuando aquéllos podían ser esterilizadores del verdadero adelanto. Sin cesar, traducía en las columnas del *Diario*, el movimiento general del trabajo estético que arranca del dibujo, dedicando preferente atención á cuanto en España se hacía ó hecho fué en las épocas de su esplendor fenecido, que quería renovar con nuevas y fecundas enseñanzas, según dejó bien demostrado en Marzo del 1892, ante la Real Academia de Ciencias y Artes, de cuya Sección quinta ocupaba ahora el cargo de secretario.

Coleccionista infatigable, pródigo y erudito, su casa estaba convertida en un inestimable Museo, donde sobresalía una colección de muestras de antiguos tejidos, tapices y bordados, que sería muy lamentable corriera el riesgo de dejar el suelo español, como no hace mucho ocurrió con la *Armería Estruch*.

Débele Barcelona un gran contingente de ideas y de actividad para mejorar su gusto y para organizar sus Museos, así como la fructífera Colección arqueológica de la Exposición Universal, de la que fué instalador y vicepresidente. Igual cargo tuvo en una de las Secciones del Palacio de la Industria, si mal no recuerdo en la relacionada con la textilería de seda. Fué también muy provechoso su concurso como miembro de la Comisión de Exposiciones, y como jurado de algunas de aquí y de otras capitales (entre ellas, la última de carteles anunciadores de Madrid).

Además de su colaboración en el decano de la prensa barcelonesa, prestó á muy serias publicaciones, como son *La Ilustración Española y Americana*, el *Mundo Ilustrado* é *Hispania*. El ALBUM SALÓN ha sido también honrado varias veces con su firma, y yo á mi vez colaborando á su lado cuando juzgábamos el último certamen de Bellas Artes y de artes útiles y bellas, del Excmo. Ayuntamiento.

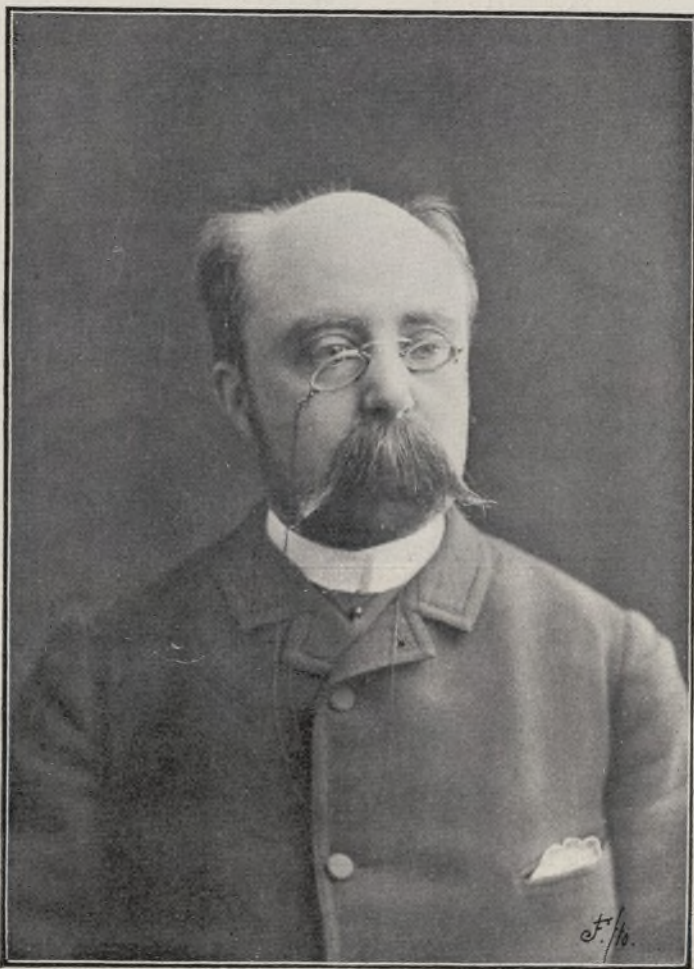
Son populares sus *Cartas á una señorita*, elegante pretexto para despertar el gusto por las lecturas de la historia de la Arquitectura y de las artes industriales, que define y reseña con amenidad. Más tarde tributó con la notable *Historia del mueble, del tejido, del bordado y de la tapicería*, á la gran edición de la *Historia general del Arte*, de la casa Montaner y Simón. En su obra monumental *El Arte en España* (Pintura y Escultura modernas), prueba la madurez de su inteligencia, lo nutrido de su erudición y lo refinado de su gusto. Muchos han sido los alumnos que completaron sus conocimientos en la *Cátedra de Teoría é Historia de las Bellas Artes industriales*, creada por nuestra Excmo. Diputación en la Escuela oficial que ocupa parte del histórico edificio de la Lonja, y que Miquel desempeñó con lucimiento.

Fué secretario de la Comisión de monumentos, académico de la de la Historia y numerario de la de Buenas Letras, desde la cual, al ingresar, leyó una discreta biografía de su colega y predecesor don José de Manjarrés, al que llama « ilustradísimo guía de mis aficiones artísticas ».

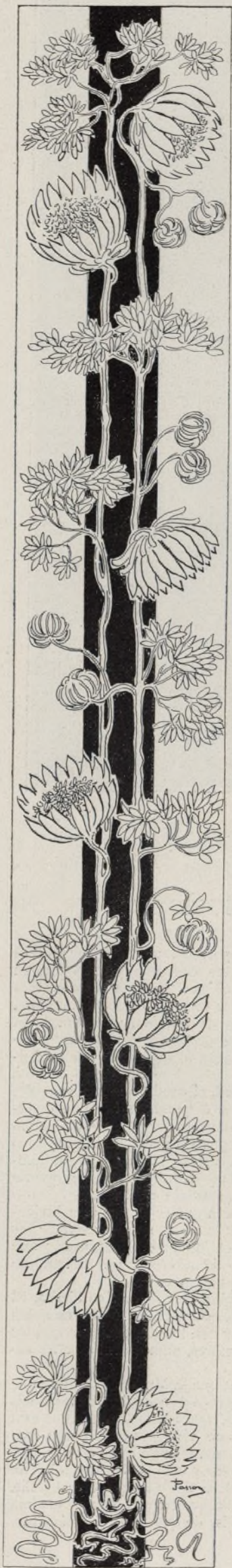
Tomó parte en otras manifestaciones de la vida corporativa, de fines instructivos; siendo uno de sus trabajos que mejores recuerdos han dejado, un discurso leído en el Ateneo, el año 1881, en el que analiza los caracteres y tendencias del renacimiento artístico de Cataluña.

Fué acentuadamente laborioso, dotado de penetrante espíritu investigador; formó el núcleo de sus conocimientos con largas lecturas, examen de obras, frecuentes viajes y cambios afectuosos de ideas con los hombres más eminentes en cada materia ó especialidad. Manejó la fecunda tijera del que poda, no la hoz implacable del que siega en flor las más halagüeñas esperanzas; si algún defecto tuvo, fué el de su extremada benevolencia, aunque fundió siempre el elogio en el crisol de la sinceridad. No creo que tuviese otros desafectos (al igual que quien estas líneas escribe), que aquellos de quienes no pudo ocuparse con optimismo. De su alteza de miras, bien conocidas de muchos, dióme á mí un ejemplo que siempre recordaré con gratitud, al favorecerme con su predilección en la reciente votación académica. ¡Ojalá pudiese disponer de más espacio material, para poder perfilar mejor la figura moral é intelectual de uno de los catalanes ilustres de nuestro siglo! Con este merecido título le ha honrado el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona, asociándose al dolor general, sentido por su muerte; no otra cosa deja presumir el lamento de la prensa al dar cuenta de la misma, así como lo selecto y numeroso del concurso al verificarse el sepelio. Un reverente saludo ante la tumba del maestro, del compañero y del amigo.

F. TOMÁS Y ESTRUCH



Fot. Audouard.





UNA GRACIA DEL NIETO. — Acuarela de J. ALFONSETTI.

FACETAS

NE QUID NIMIS

UN antecesor de Candanle, rey de Lydia, deseoso de perfeccionar la raza de sus súbditos, ordenó quitar la vida á cuantos de éstos no llegaran con la frente á los bordes de un carro de guerra.

No eran los lydios una raza gigantea, y muchos perecieron por aquel acto de estupidez real.

Aun cuando sólo quedaban buenos mozos en su reino, las mujeres continuaron pariendo muchachos que, andando el tiempo, no alcanzaron la talla requerida, y que fueron por lo mismo ejecutados. Otheón se daba á todos los diablos, viendo que era preciso repetir las matanzas de un modo periódico.

Ganoso de saber sino había otro sistema para conseguir su deseo, llamó á capítulo á todos los augures, sabios y sacerdotes de Lydia y les pidió su parecer. Es inútil relatar los dislates que se dijeron en aquel empecatado cónclave.

Únicamente un hombre dió en el clavo.

Se llamaba Mikleión de Ecbatana, y habló así:

— Nada puede el deseo del hombre contra los designios del hado. Si éste quiere que haya enanos y gigantes, es inútil que esfuerces tu voluntad para lograr lo contrario. Desprecias por débiles á los hombres que no llegan á determinada altura, sin advertir que un hombre ha de medirse por su cabeza y no por su cuerpo. Tan útil es lo pequeño como lo grande, porque todo es necesario para realizar la gran obra de la armonía universal.

Calló unos instantes Mikleión, y, antes que el Rey hubiera podido contestarle, siguió así:

— Esa avispa que acaba de posarse sobre tu venerable calva, y que has espantado con la mano, porque te molestaba, ¡oh gran Rey! corrobora mis palabras. Prepárate Otheón, pues tus horas están contadas. Esa avispa sale del carnero, y ha picado allí el cadáver de un mulo que murió de granos de fuego. Al morder tu piel, te ha envenenado. Ese insecto pequeño, acaba con tu grandeza y venga á los enanos. Ahora verás que no hay nada pequeño.

Dijo Mikleión, y el abuelo del papanatas Candanle, sintió los primeros mordiscos del mal y murió dos días después, murmurando en latín, pues era muy instruído: *¡Ne quid nimis!*

Y en lo sucesivo, no se mató en Lydia á los hombres cortos de talla.

LA MOSCA Y EL GUERRERO

UNA mosca, una mosca humilde é inoportuna, una de esas moscas que se nutren con lo que los hombres desechan, y que molestan á los hombres cuando comen, para que el asco les haga desecher más manjares; una mosca que jamás ha sentido la mordedura de la ambición, una pobre mosca, se ha dormido á punto de terminar un festín. Allah (¡bendito sea su nombrel) Allah, únicamente podría decirnos porque se durmió la mosca. Pero lo cierto, lo indubitable, lo seguro, es que la mosca se durmió.

En igual punto y hora, Alí ben Mahomed, el caudillo nunca vencido, El Mansur, el apuesto guerrero cuyo amor se disputan las hembras de los rumís alanceados por su potente brazo, el doncel más valiente de los valientes, el dueño de la yegua Albaida, la yegua sin par, que deja atrás los torbellinos del simún y alcanza al sol en su carrera; fatigado por su marcha á través del desierto, se ha dormido bajo la sombra de un grupo de palmeras, que crecen pomposas junto al manantial del oasis.

La mosca duerme. Duerme y sueña. Sueña que es el guerrero invicto que proclama la fe del Islam, y acuchilla á cuantos no quieren abrir los ojos á la luz verdadera. Sueña que es Alí ben Mahomed El Mansur, y que por donde quiera que pasa, fija las miradas de las cristianas. La humilde mosca, está convertida en el doncel más apuesto de Arabia.

Bajo el toldo de verdura, sobre la alfombra de esmeraldina hierba, El Mansur duerme. Duerme y sueña. Sueña que es una pobre mosca, de quien nadie se cuida sino para ahuyentarla. Sueña que ha de comer lo que los hombres desechan, y que molesta á los hombres, para que el asco les haga desecher más comida.

¡Cuánto dura aquel sueño! Tan largo es, que la Muerte, la Muerte que no muere nunca ni nunca descansa, se equivoca y se apodera de las almas de aquellos dos seres dormidos. La Muerte, que no muere pero que está muy vieja y muy cansada, y que apenas tiene vista — razón por la cual comete tantas barrabasadas, — queda perpleja, cuando tiene en su poder aquellas dos almas. ¿Cuál es la del guerrero y cuál la del insecto? ¡Tan sólo Allah lo sabe! Y en la duda, carga con las dos y las presenta á Eblis. Y he aquí como, en castigo de haber soñado que era un creyente, el alma de una mosca fué á parar á manos de Eblis, de que Allah, el Clemente, el Misericordioso, nos guarde.

RIMA XV

DE

G. A. BECQUER

F. de P. Sanchez Gavagnach.

Moderato.

Cen-dal flo - tan - te de le - ve bru - ma, Ri - za - da ein - ta de blan - ea es -

pu - ma, Rumor so - no - ro de ar - pa deo - ro, Be - so del au - ra on - da de

luz ————— E - so e - res tu E - so e - res

m.d. *f*

tu. Tu sombra aé - re - a que cuantas ve - ces voy a - to - ear - te, te des va -

8

ne - ces co - mo la lla - ma, co - mo el so - ni - do co - mo la nie - bla, co - mo el ge -

allarg.
mi - do del lago a - zul, del la - go a - zul.

allarg.

En marsin pla - yas on - da so -

nan - te - en el va - ci - o co me - ta e - rran - te Lar - go la -

rall. molto.

men - to Lar - go la - men - to del ron - co vien - to an - sia per - pe - tua de al - go me -

a tempo.

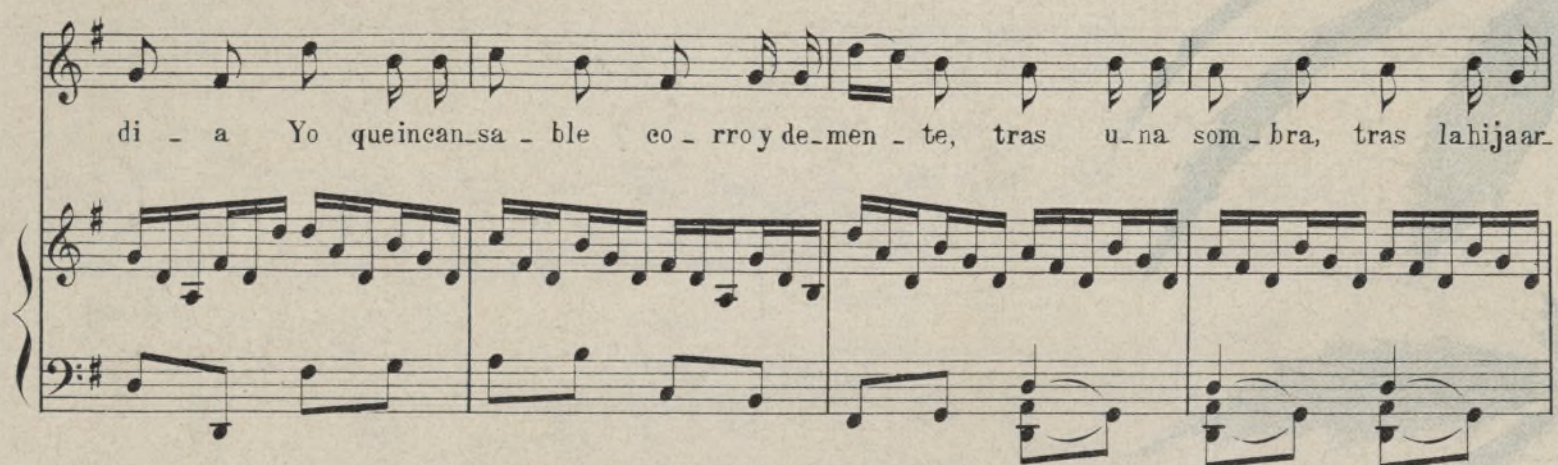
jor E - so soy yo E - so soy

allarg.

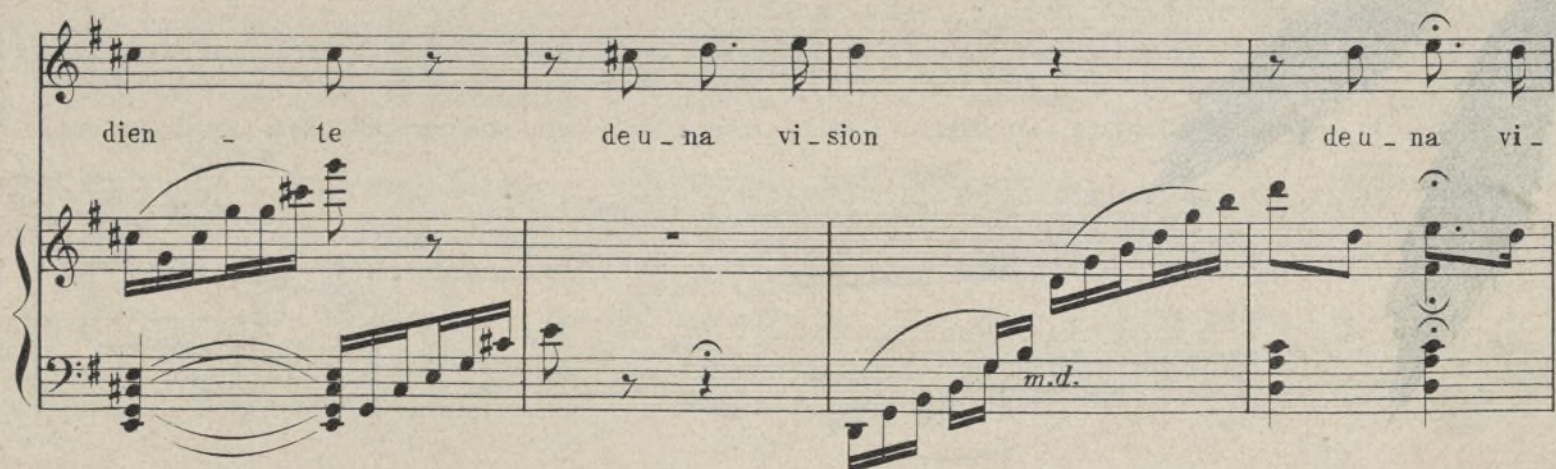
yo Yo, que á tus o - jos en mi ago - ni - a Los o - jos vuel - vo de no - che y



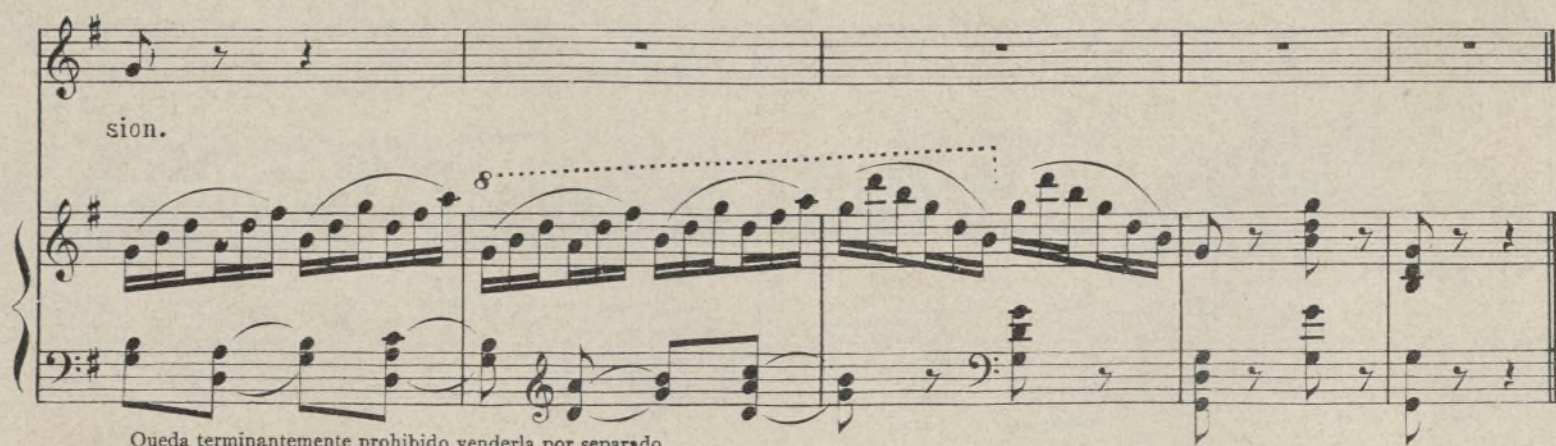
di - a Yo que in can - sa - ble co - rro y de men - te, tras u - na som - bra, tras la hi ja ar -



dien - te de u - na vi - sion de u - na vi -



sion.



Queda terminantemente prohibido venderla por separado.

CECILIO PLÁ



LA VERBENA DEL CARMEN

Ayuntamiento de Madrid

EL LOTO AZUL

« Para don Luis Foxá, mi excelente y respetable amigo. »

Por mis estudios, por mis aficiones y, principalmente, por mis simpatías, por esas simpatías, tan inexplicables como vehementes, que nos impulsan á desear el trato de una persona que desconocemos, ó á visitar, con preferencia á otros, algún lugar igualmente desconocido, he experimentado siempre una decidida predilección por Egipto; por el verdadero Egipto, no por el de los ingleses y los postes telegráficos, sino por el de las Pirámides y los Faraones.

Hubiera querido vivir en tiempos del gran Sesostri, haber habitado en uno de aquellos palacios, únicos dignos de tal nombre en la historia de la arquitectura; haber cruzado el Nilo, en una de aquellas naves blancas, con adornos multicolores, de orlada vela y plateados remos; haberme embriagado, con exquisitas esencias aspiradas bajo la infinita grandiosidad del templo de Karnac; haber sido amado por una de aquellas mujeres, hijas del ardor del sol y de la delicadeza de la flor del loto; y haber, por último, cerrado los ojos para el sueño eterno, defendido de la destrucción de los siglos, por las indestructibles tumbas que á los siglos desafían...

Pero como he nacido algunos miles de años después de aquellas épocas, he tenido que limitarme á recorrer el Egipto de ahora, profanado sin piedad por los modernos bárbaros, que, en nombre de la civilización, no respetan ni aun en sus tumbas, á los que probablemente se reirían de nuestro decatando progreso.

Sin embargo, yo he visto... yo he oído... yo he sentido... ¡Me estremezo al evocar tan inefable recuerdo!

En mi última excursión, después de visitar y admirar cuanto los guías indican que se visite y se admire, resolví ver y sentir por cuenta propia, y, acompañado por un *fellah*, me aparté decididamente de los consabidos derroteros.

Una noche, tras un día de larga exploración, y mientras mi acompañante reposaba, hallábame yo verdaderamente fascinado, por el espectáculo que ante mis ojos se ofrecía.

La noche, noche egipcia, era más clara y transparente, que muchos días del Norte; los objetos se dibujaban con admirable pureza, ¡y qué objetos!

Hallábame entre un laberinto de rocas que, por una maravillosa combinación de la Naturaleza, ofrecía el aspecto de una ciudad fantástica, ornada de grandiosos monumentos: veíanse allí pirámides, obeliscos, esfinges, trofeos, leones, panteras y estatuas de dioses y héroes; al final de la única calle recta que en la ciudad se encontraba, se descubría el Nilo, azul turquí con reflejos de plata.

No pude menos de pensar en lo que ya se ha dicho, de que los monumentos egipcios están todos ellos inspirados en la Naturaleza, con el modelo á la vista.

Después de dar varios paseos por aquella ciudad sin rival, me senté en una de las rocas que, como rústicos bancos, se alineaban en la calle recta que al Nilo conducía.

Fatigado por la emoción y el ejercicio, sentí que mis párpados se cerraban; pero la súbita aparición de una figura, hasta entonces oculta en la penumbra, y que iluminó en aquel momento un rayo de la luna, hizo que sacudiese bruscamente mi sopor y me levantase en el acto.

A pocos pasos de mí, aparecía una estatua de mujer ó, por mejor decir, una figura en cera,—tal la creí,—y era una reproducción tan pasmosa de la realidad, que no era posible que lo fuese.

Me adelanté hacia aquella maravillosa figura; pero, cuando llegué á su lado, retrocedí impulsivamente unos pasos, y después permanecí inmóvil, paralizado por el asombro.

Aquella figura no era una reproducción de la realidad, no podía serlo; era la realidad misma: allí, erguida, con la vista fija en la mía, se hallaba una mujer de soberano aspecto y excepcional hermosura.

Muy extraña era la presencia de una mujer joven, hermosa y ricamente ataviada, en unos lugares lejanos de todo punto habitado y desconocidos, según me constaba, hasta por los mismos hijos del país, pero lo que me asombraba prodigiosamente, era ver que la mujer que tenía delante, ofrecía en su aspecto y sus vestiduras, todos los rasgos y

todos los distintivos que ostentaran las contemporáneas de los Faraones.

Aquel ser bellísimo y extraordinario representaba, en toda su pureza, el clásico tipo egipcio. En su rostro pálido, con reflejos de oro, fulguraban rasgados ojos negros, agrandados por el antimonio, conforme á la moda de aquella época; sus labios, de color de sangre, eran gruesos pero graciosamente dibujados; las delicadas y purísimas formas de su cuerpo, estaban apenas ocultas por una túnica fina, casi transparente, de rayas transversales y franjas de varios colores, sujeta exclusivamente por debajo y cerca de los pechos, por un cinturón adornado con ricas joyas; en sus desnudos brazos, admirablemente modelados, resplandecían varios brazaletes de caprichosas formas y ricas monturas, tan valiosos como los anillos que cubrían sus elegantes dedos y como el grueso collar, del que pendían innumerables dijes y atributos simbólicos; su negra y abundante cabellera, estaba medio cubierta por una especie de casco en forma de ave, cuyo vistoso plumaje, se hallaba simulado por una combinación de brillantes esmaltes.

Todo esto lo ví en un instante y, como impresión, nada más, lo recuerdo y lo describo; pues toda mi atención se concentró en seguida en aquella mirada, con que parecía querer fascinarme.

Hice un esfuerzo para tranquilizarme, cerré los ojos, los tuve unos instantes cerrados y, después me aventuré á interpelar en árabe á aquella extraña mujer, escogiendo las frases más dulces y corteses.

Nada me respondió, y siguió mirándome.

Acudí entonces á mis medianos conocimientos de la lengua copta, ese idioma que si no fué exactamente el que se habló en la época de los jeroglíficos, ha servido, sin embargo, para desentrañarlos, y dije:

—¿Puedo saber, hermosísima señora, á quien tengo la dicha de rendir mis homenajes?

La estatua viva no respondió en el acto; pero, pasados unos instantes, se entreabieron sus voluptuosos labios, dejando ver una nítida dentadura, y con acento altivo me preguntó á su vez:

—¿Por qué te has atrevido á profanar con tu extranjera planta, estos sagrados lugares?

Me produjeron tanta confusión estas palabras, que no acerté á replicar.

—No satisfechos tú y los tuyos, miserables tiranos—prosiguió la egipcia, con airada entonación—con haber esclavizado y escarnecido al país que fué padre del mundo, pretendéis que no quede en él ni vestigios de nuestra raza, ni seres que, huyendo de vuestro poder inicuo, se sepulten en vida para morir maldiciéndoos y pidiendo venganza á los dioses ofendidos; pero, como sois tan ignorantes como vanidosos, no sabéis que el alma de Egipto no ha muerto, y que esa alma, difundida en animosos seres, palpita, vive y se mostrará algún día tan grande y tan potente, como en aquel tiempo en que los cetros y las coronas de los reyes servían de juguetes á los hijos de nuestras esclavas... Aquí, en este mismo lugar, que te atreviste á hollar con tu soberbia, habitan seres que desafían vuestras pesquisas, y que á una señal mía concluirían contigo y con cuantos aquí os encontraseis; pero no quiero... ¡Vete, extranjero!... Enorgullecete con aquellos que aceptaron tu dominio... ¡No pretendas buscar á los que ocultaron, en donde jamás has de penetrar, el alma del Egipto!

No sé á que sentimiento obedecí; pero, cayendo de rodillas, exclamé con vehemente sinceridad:

—¡Señoral... No me juzgues como los demás... pido justicia... yo piso este suelo inmortal, con piadosa unción... yo admiro tu raza, y me prosterno humilde ante vuestra secular grandeza... yo tiemblo de emoción ante vuestros sublimes misterios... yo... ¡te adoro, hermosa y peregrina personificación de una belleza infinita...!

Continué hablando, con frases que nacían en el corazón y se precipitaban á los labios; pero no recuerdo cuanto dije; solamente recuerdo, que la egipcia creyó en mi sinceridad y en mi entusiasmo, pues la dura mirada de sus ojos, se transformó en expresión de amor, sus labios rojos, se entreabieron en celestial sonrisa, y murmuraron, con acento que parecía una melodía inefable:

—Eres digno de ser mi amante. Yo soy el alma del Egipto.

Y diciendo esto, se aproximó, sus manos se posaron sobre mis párpados, en mis labios se imprimió un beso, un beso que no es de este mundo, y sentí que me desvanecía...

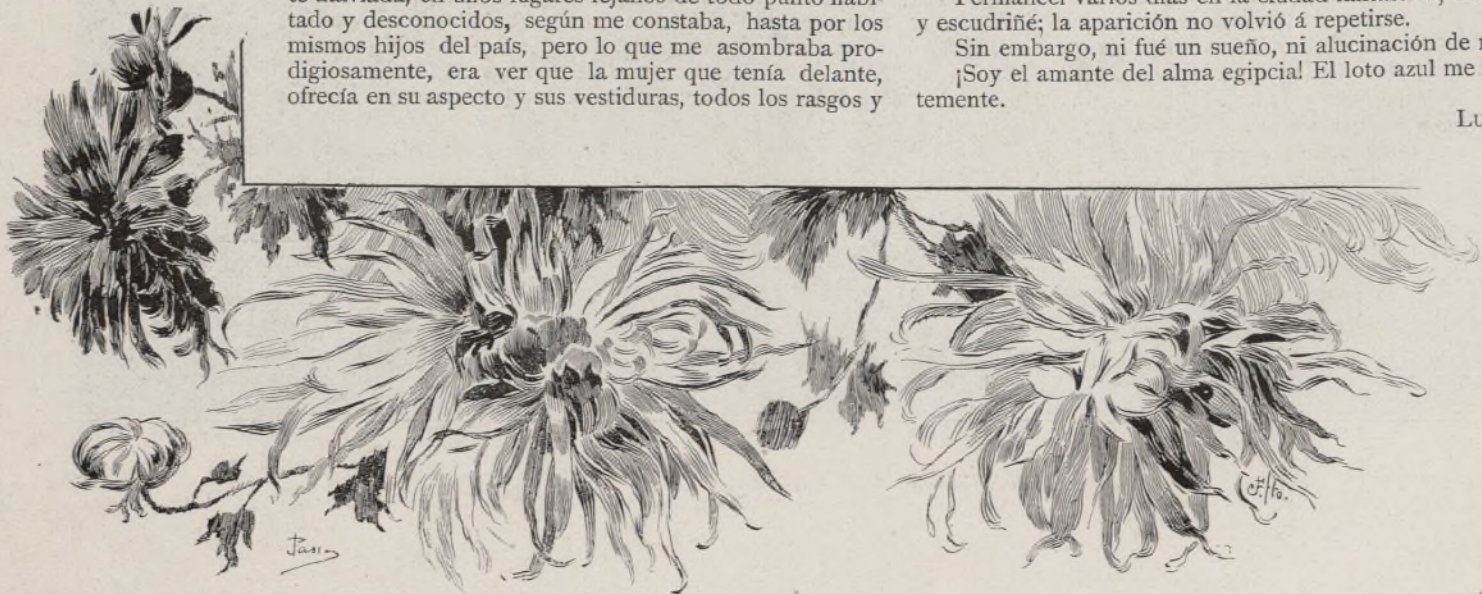
Al reponerme de aquella sensación divina, me encontré solo; pero mis manos oprimían junto á mi pecho, un delicado loto azul.

Permanecí varios días en la ciudad fantástica; mas en vano la recorrí y escudriñé; la aparición no volvió á repetirse.

Sin embargo, ni fué un sueño, ni alucinación de mis sentidos.

¡Soy el amante del alma egipcia! El loto azul me lo recuerda constantemente.

LUIS DE TERAN





D. JUAN LINDOLFO CUESTAS

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

HISTORIA ejemplar es la que hasta la fecha presenta este primer Magistrado de la República Oriental del Uruguay; no podían faltar pues en estas páginas su retrato y algunos rasgos biográficos complementarios. La República que le elevó á su más alto puesto, tuvo un feliz presentimiento de sus imperiosas necesidades y de las cualidades personales del hombre que podía proveerlas. El Presidente señor Cuestas es todo un carácter, una inteligencia clara, estrechamente unida á una firme voluntad y á una honradez acrisolada, que han hecho el milagro de devolver la paz y el progreso á un pueblo, hace poco conturbado por pasiones políticas y dilapidaciones escandalosas. Casi desde su adolescencia hasta sus 62 años que hoy cuenta de edad, su vida y su actividad las ha dedicado á materias económicas, y es ante todo un hacendista que, teórica y prácticamente, tiene conciencia de lo que necesita el Uruguay para su regeneración.

Sus honrados padres dotáronle de exquisita cultura, que el joven Cuestas empleó preferentemente para el desarrollo del Comercio, de la Banca y de la Administración pública y privada. Antes de contar veinte y seis años era ya contador y cajero, con

poder general de sus jefes, de casas particulares; á la citada edad, veíase honrado con el puesto de Tenedor de libros del primer Banco local de Paysandú; pasó después al cargo de más confianza, pues estando el Banco regido por un Directorio, la Gerencia estaba representada por un Contador-Tesorero, y éste lo era el señor Cuestas. Miembro de la Junta Económica Administrativa en 1865, llevó á ella provechosas iniciativas para la Instrucción pública y progreso general de la localidad.

En una refundición del antes citado Banco de Paysandú con otro de Montevideo, nuestro biografiado continuó en un puesto (en relaciones con sus aptitudes) que luego cangeó por una sucursal en Cerro-Largo. Ya aquí se le saludó como una esperanza del país, pues en una crisis abrumadora que originara la liquidación de muchos Bancos (1869), sólo la Sucursal de Cerro-Largo se salvó del desastre, gracias á la Gerencia del señor Cuestas.

Con tales antecedentes, fué solicitado y adscrito á la administración oficial de la República.

Fué, sucesivamente, Receptor de la Aduana del Salto, Jefe de Visturía de Adua-

na y Contador-Tesorero de la Junta de Crédito Público, oficina ésta fundada en 1870, y por él desempeñada diez años. En ella acrecentó su personalidad, hoy sancionada por la opinión general del país; dió gran regularidad á aquella importante repartición del Estado; fomentó el crédito y el alza de los valores, y dejó en todos sus actos el sello de una proba escrupulosidad.

Más tarde, se le confirieron otros cargos no menos honrosos, ni menos difíciles, por el Gobierno provisional del coronel Latorre. En la organización de los Impuestos directos, multiplicó su tiempo, superándose á sí mismo por su actividad y estudio, asegurando los ingresos y eliminando sin contemplaciones á los empleados infieles, no sin antes obligarles á la restitución de las sumas distraídas. Sinónimo de honradez su nombre, fomentaba la confianza y el trabajo donde ejercía su influencia y dispersaba á los detentadores del honrado provecho particular ó público.

Colector de Aduanas en 1879 (con retención de los cargos antedichos), no abandonó sus planes ni procederes; el orden y la honradez respondieron á su mandato.

En 1880, el Dr. don Francisco A. Vidal, le llamó al Ministerio de Hacienda. Su obra fué laboriosa; el Tesoro estaba exhausto, faltaba confianza en la estabilidad política, las fianzas se resentían de lo mismo. El nuevo ministro reorganizó los impuestos y el presupuesto general de gastos; dió regularidad á los pagos y publicó mensualmente los balances. No pudo realizar por completo su ideal, á causa de entorpecimientos que se le oponían con gastos extraordinarios, por los presidentes Vidal y Santos. A mediados de 1882, se retiró de su departamento, porque habiendo iniciado la unificación de la Deuda pública con agentes financieros en Londres sobre la base de la amortización á la puja, fracasó la operación ante la exigencia de la amortización al sorteo que exigían los ingleses, y que el señor Cuestas consideraba sumamente perjudicial al Estado.

Año y medio pasó alejado de la política activa, pero volvió á ella en 1884, para ocupar el cargo de Ministro de Justicia, Culto é Instrucción pública, en cuyo ejercicio hizo cosas notables. Dotó á la Universidad de local y de material conforme á sus recientes necesidades, separando la Facultad de Medicina y Cirujía de la de Derecho y Ciencias sociales. Este establecimiento, fundado en 1849, cuenta según la estadística de 1897, 89 profesores y 681 estudiantes.

En 1885, presentó su Proyecto de Ley de Matrimonio Civil obligatorio, que con modificaciones sabias hechas por la Asamblea, obtuvo la sanción de la misma. Un delicado conflicto que originó el clamor público, alarmado por sucesos desgraciados acaecidos durante el noviciado de algunas señoritas dedicadas al claustro, movió la pluma del señor Cuestas, quien propuso que no se debía admitir en aquél á las mujeres menores de treinta años; la Asamblea fué más lejos, dictando una Ley radical de extinción de los conventos en tiempo dado, no permitiendo la entrada de novicias ó novicios, en lo futuro.

Fué en 1886 Ministro de Hacienda con el Dr. Vidal, insiguendo su obra reorganizadora de la administración pública; y cuando por imposiciones del general Santos hubo de dimitir, los comentarios de la prensa y de la opinión le fueron muy favorables.

Sobrevino la Revolución que fué vencida en el *Quebracho*; quedaban tirantes las

relaciones entre el Uruguay y la Argentina, y el señor Cuestas fué á normalizarlas desde el puesto de Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario en Buenos Aires. De regreso de esta misión, entró en el Senado, donde prodigó su colaboración ilustrada á reformas y proyectos de trascendencia; tras varios triunfos electorales, en 1897, fué elevado á la Presidencia del Senado. No estaba lejos un drama sangriento, que suprimiendo al titular de la Presidencia de la República, haría de Cuesta, el primer Magistrado de la Nación. Era el 25 de Agosto, día de la fiesta nacional; el Presidente Idiarte Borda fué asesinado por un fanático, á las tres de la tarde, en medio del Ejército, del Cuerpo Diplomático y del distinguido cortejo que le acompañaba desde el templo, encontrándose á su lado el señor Arzobispo. Por tan triste motivo, el señor Cuestas hubo de asumir el mando, y su serenidad é inteligencia restituyeron la esperanza (y más tarde la seguridad) del orden, á quienes presentían luctuosos acontecimientos. El país, que estaba sumido en la guerra civil y con la miseria en la campaña, fué llevado á la paz por la política de concordia de su Gobernante provisional. El estado financiero no tardó en sonreír; la energía desplegada por aquél para separar á los hombres indignos de sus puestos públicos, entusiasmo á la opinión. Según el biógrafo que seguimos, el señor Cuestas, viendo divorciada la Asamblea de la voluntad del país, y en previsión de una guerra civil, disolvió aquélla y en su substitución creó un Consejo de Estado, compuesto de igual número de miembros que la Asamblea extinguida. Las oposiciones llegaron hasta la revolución, pero las sublevaciones ó movimientos fueron reprimidos, y casi puede decirse, que contribuyeron indirectamente al triunfo del futuro Presidente. El cargo que hoy tan dignamente desempeña en propiedad, fué al fin conferido, por votación unánime de setenta y cinco miembros de la Asamblea. El júbilo de la población de Montevideo parecía no tener límites, según fueron entusiastas las manifestaciones que se improvisaron á continuación. Cuando el señor Cuestas salió de su domicilio para prestar juramento, la ciudad estaba empavesada con banderas nacionales y de todas las naciones, sonaban las campanas y sobre su frente venerable descendían las flores de infinidad de damas y señoritas. Por la noche, la ciudad y sus alrededores estaban profusamente iluminados. Estas fiestas se prolongaron hasta el confin de la República.

El Presidente es popular en grado sumo: inspirador de la confianza y del amor á sus gobernados. El comercio, los Bancos, el crédito en el exterior, se han asociado al contento general, demostrándolo con la actividad en las transacciones y con el alza en los valores del Estado.

El primer paso dado por el Presidente, ha sido la elección del Ministerio, que ha sido del agrado de la opinión, y el país espera con justicia grandes beneficios. Por lo pronto, ya se sabe que el Gobierno del señor Cuesta se inspira en la honradez acrisolada, pues el Jefe de Estado ha dado pruebas incontestables de su rectitud y pureza en el manejo de los dineros públicos, « cuestión que hasta hace poco parecía un problema difícil de resolver ».

El Ministerio está compuesto de hombres experimentados, rectos, inteligentes y patriotas, y éstos son los colaboradores dignos de una administración de la que tanto espera el país.

D. ANTONIO SAENZ DE ZUMARÁN

CÓNSUL DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY EN BARCELONA.

DIGNÍSIMO representante en Barcelona tiene la República Oriental del Uruguay, y á la vez nuestra capital distingue y considera entre su ilustrado Cuerpo consular al señor don Antonio Saenz de Zumarán, por la doble razón de sus prendas personales y de su ascendencia española.



Fot. Esplugas.

Nació en Montevideo el 7 de Mayo de 1858, hijo de don Pedro Saenz de Zumarán, español emparentado con las familias de Heredia y Loring de Málaga, nombrado por Doña Isabel II cónsul honorario de España en la citada capital del Uruguay, y además premiado con otras distinciones honoríficas, por servicios prestados á la escuadra española en la guerra del Pacífico. La casa paterna de don Antonio, muy frecuentada por la gente ilustre de aquellos tiempos, fué á la vez escuela de costumbres y de prácticas profesionales para él. En 1888 empezó á aprovecharlas, pues se le confió el consulado de Marsella, donde á la vez demostró singulares cualidades para la carrera, dejando entre conciudadanos y franceses, gratos recuerdos de su celo é inteligencia. El año 1890, pasó á representar su país en Barcelona, donde pronto ganóse generales simpatías y pudo desplegar su actividad en favor del Uruguay y aun de España, que tan querida es para él, sin detrimento del amor entusiasta que siente por su patria. Diónos inolvidable prueba de aquel cariño, con elocuente escrito, hecho público por la prensa, cuando se avecinaba la guerra con los Estados Unidos. Nuestro Gobierno, que ya le había nombrado caballero de la Real y distinguida orden de Carlos III, elevólo á Comendador ordinario, y por reciente propuesta, ha sido también honrado con la encomienda de número de Isabel la Católica.

Además del desempeño de su oficina, ha publicado varios folletos y ha colaborado en distintos periódicos de Francia, de España y del Uruguay, para prestigiar á éste, para rectificar errores con el mismo relacionados y para fomentar las relaciones comerciales. Su Gobierno le nombró, hace poco, Agente General de propaganda de emigración en España é Italia.

Sus hermosos sentimientos humanitarios, le han llevado con frecuencia á sacrificios que, por no ofender su modestia, nos vemos obligados á no determinar, y de los que han beneficiado por igual sus compatriotas ó extranjeros.

El señor Zumarán y su familia, ocupan un puesto envidiable en nuestra sociedad, que reconoce en el representante de la República Oriental al cumplido caballero, al hombre ilustrado, hábil y correctísimo de formas para el desempeño de sus delicadas funciones. Hombres de esta naturaleza son los que, sin ostensivos propósitos transcendentales, labran sólidamente la obra de la aproximación de pueblos hermanos, obra que para todos, ha de dar en lo porvenir (promesa de ello es el presente) incalculables beneficios morales y materiales.

LAS ALMAS PARTIDAS

TODO cansa en este pícaro mundo ¡hasta lo más bueno! y parece que lo mismo sucede en el otro. Sólo así se comprende que en el Cielo, en aquella mansión incomparable, hubiese un grupo de almas algo aburridas.

Durante su permanencia en este planeta, se habían divertido de lo lindo, estando en constante movimiento, organizando bailes, corridas de toros, conciertos, bazares é infinidad de diversiones con objetos piadosos, y como el fin justifica los medios, habían logrado alcanzar la gloria eterna, por más que aquel modo *sui generis* de ejercer la caridad, produjera rencillas, envidias y un sin fin de disgustos.

Aposentadas ya en la celestial mansión, extasiábanse, admirando la paz, el sosiego, la bienaventuranza allí reinantes, á que las pobres no estaban acostumbradas.

Algunas veces, sentadas con indolencia sobre una nube, vagaban horas y horas contemplando absortas la obra maravillosa de la creación.

Miríadas de astros giraban por el espacio infinito, en donde el globo terráqueo era sólo como imperceptible grano de arena. Aquel grandioso espectáculo, las entretuvo por algún tiempo; pero como siempre era igual llegaron á aburrirse, y ya encontraban mayor placer en cualquiera tontaría, como sucede á los niños que tienen magníficos juguetes y no les hacen caso, prefiriendo jugar con barro.

Aquellas bulliciosas almas, necesitaban distracciones variadas, alborotar, enredar, algo parecido á lo que hacían en la tierra, y cada día inventaban una nueva travesura que desesperaba á los santos graves y formalotes, divirtiéndose en cambio, á las santas y á los angelitos. Desafinaban los instrumentos, y cuando los serafines alados iban á tocar algún himno, era cosa de echar á correr, pues más que coro angelico, semejaba mala murga de algún villorrio.

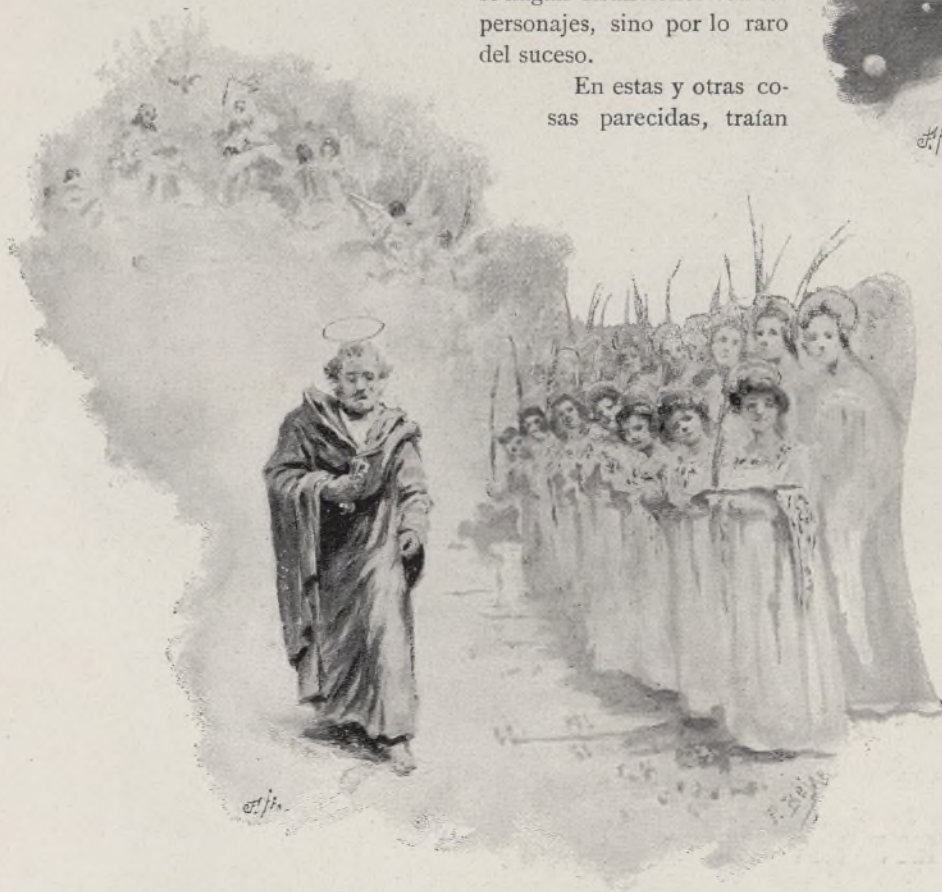
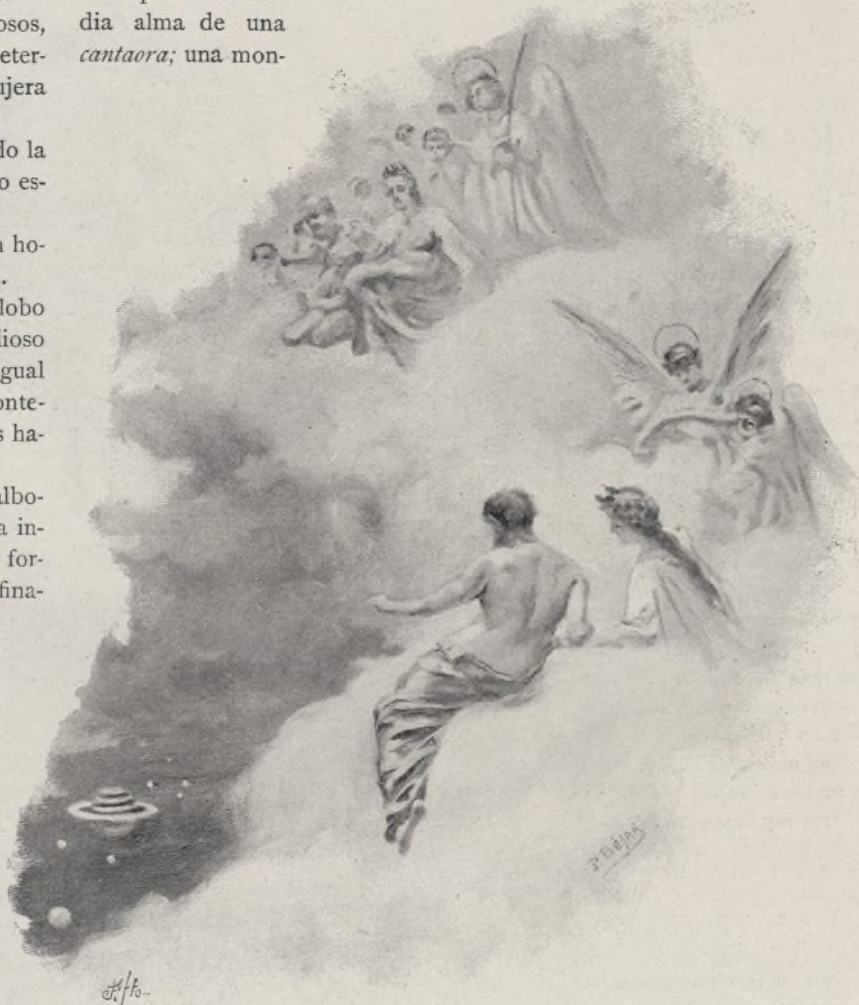
Otras veces, escondían á San Pedro las llaves del cielo y cuando llegaba algún encumbrado personaje, no podía abrirsele la puerta; y eso que en larga fila esperaban santas y santos y toda la corte celestial, para celebrar una gran fiesta: nó porque en el cielo se hagan distinciones con los personajes, sino por lo raro del suceso.

En estas y otras cosas parecidas, traían

cia en seguida; llevaban impreso en su semblante un sello de tristeza tal, que les hacía distinguirse del resto de los mortales.

Rara vez se encontraban los que completaban un alma, y por lo común, en muy desfavorables circunstancias.

Ya era un sacerdote que tenía media alma de una cantora; una mon-



ja con media alma de un torero; el abuelo con el nieto, y así, lo más extravagante del mundo.

Cuando, por rara casualidad, se encontraban las dos mitades en personas de distinto sexo y podían unirse, se producía un amor tan vehemente, tan intenso, tan lleno de dulzuras, que las almas que desde el cielo contemplaban tanta dicha, hubieran cambiado la celestial mansión, por tal de disfrutar de aquellos inefables placeres.

En cambio, cuando dos que tenían la misma alma se amaban, se comprendían, y algún obstáculo invencible, impedía fuesen el uno del otro; sufrían tanto, era tan grande su desconsuelo, al perder la felicidad en el preciso momento de tropezar con ella, que á las traviesas y revoltosas almas ya les pesaba lo que habían hecho, viendo la desesperación en que sumían á los pobres mortales.

Al cabo de algún tiempo, se cansaron también de observar á los seres que tenían media alma; pero habían partido tantas, que ya las habrá así hasta el fin del mundo.

PILAR FONTANILLES DE BÉJAR



siempre en jaque á todos, y ya algún santo de los más influyentes iba á tratar de ponerlas un correctivo, cuando de pronto cesaron en sus travesuras, observándose no más que todas las tardes, con grandes anteojos, dirigían sus miradas hacia la tierra.

Unas se reían, otras lloraban, y así se pasaban horas y más horas.

¿A quién miraban? ¿Qué era lo que observaban con tanto interés? A fuerza de ruegos confesaron su nueva y trascendental travesura.

De las almas destinadas á la tierra, habían dividido muchísimas, mezclándolas con las enteras. A los seres que tenían media alma, se les cono-

RIMAS

I

Yo soy una chispa
que prende en el alma,
gentil mariposa
que agita sus alas
y besa las flores
do el néctar escancia;
soy copo de espuma
que, trémulo, viaja
sobre onda turgente
que expira en la playa;
soy queja de cisne
que sueña bonanzas,
y lumbre de estrella
que brilla lejana;
mi cuna fué el cielo;
nací de una lágrima;
si muero, de súbito
mi muerte se cambia
y vuelvo á la vida:
¡yo soy la esperanza!

II

Mar de espejismo profundo
que se extiende en lontananza,
es del hombre la esperanza
entre las sombras del mundo.

En él inquieta bogando,
por raudo soplo impelida,
va la nave de la vida
las ilusiones llevando.

Y cuando, tras suerte vaga,
á puerto feliz asciende,
la tempestad la sorprende;
el mar la azota... y naufraga!

LEOPOLDO TORRES
ABANDERO (Caracas.)



ACUARELA DE J. CUCHY.

COMO EN LA VIDA

Un inmenso peñasco se miraba
del mar en el espejo cristalino,
y la dormida espuma humedecía
de su planta el terreno movedizo.

El peñasco, volviendo en favor suyo
la constancia servil de aquel cariño,
cansado de sus besos, una tarde,
con su maciza voz así le dijo:

—Me adulas, porque sabes que si quiero
me desplomo y convierto tus suspiros
en un lamento eterno, al aplastarte
con mi mole imponente de granito.

Sonrióse la espuma, como siempre,
y respondió: — Me duele, caro amigo,

ver que nada consigue mi modestia
y mi benevolencia de hace siglos.

Porque beso tu negra superficie
y entre murmullos á tus pies expiro,
has llegado á pensar que te respeto
y elevo incienso al promontorio altivo.

Imaginas, tal vez, desde tu altura
que mis ondas azules son de vidrio,
y me amenazas con quedar dispersa
en mil pedazos, al menor chasquido.

¡Infeliz! en las ráfagas del aire
me extendo, me reduzco, duermo y giro,
con el hervor de gigantesca tromba
ó cual medroso y espantable abismo.

La tierra es mía, y si tu mole noto,
entre mis olas oscilar te miro,
como se pierde el átomo impalpable
en la grandiosidad del infinito.

Va ves que si tu cuerpo se desprende,
rompiendo un punto mi cristal dormido,
cuando mis ondas sobre ti se cierran,
ni de tu paso quedará vestigio.

Y allá en el fondo, el que gigante airado
por mi suprema voluntad ha sido,
será un guijarro más, que la resaca
continuamente hará cambiar de sitio. —

Y con efecto, duplicó el embate,
cayó el peñasco, se escuchó un quejido;

después, la luna, desde el negro cielo,
se contemplaba en el cristal tranquilo.

Así también, en las resueltas olas
que impelen el humano torbellino,
mil veces la bondad del poderoso
ensoberbece al átomo perdido.

Y cuando todo, en progresiva escala,
vuelve tarde ó temprano al rumbo fijo,
á las duras lecciones del orgullo,
se las llama ¡vaivenes del destino!

FLORENCIO VILASECA

M. OBIOLS DELGADO



UNA FERIA DE GANADO EN ANDALUCIA

CONCIENCIA FIN DE SIGLO

I

La situación habíase hecho imposible para la familia. Para dar frente al horroroso conflicto que se venía encima, con su negro cortejo de embargos y actuaciones judiciales, habíase vendido cuanto de valor existía en la casa.

Pero su producto era un pobre grano de arena, comparado con una catedral.

El descubierto hecho en letras falsas, mal endosadas, ascendía á algunos miles de pesetas, y Ramírez veía con horror llegar el funesto día en que no sólo perdería todos sus bienes, si que también su honra immaculada, y su buen nombre, é iría á la cárcel, á confundirse con criminales de baja estofa, mientras que su pobre esposa é infelices hijos, quizá padecerían hambre, miseria, desnudez.

Pidió á los amigos, suplicó, vendió hasta su modesto reloj, el anillo nupcial, todo, y haciendo un recuento de existencias vió que aun le faltaban dos mil pesetas; es decir, ocho mil reales, cantidad insuperable ya, y con la cual únicamente podrían ser felices.

No habrá remedio, la cárcel ó el suicidio, la hecatombe, un fin horrible de toda la familia, asomaba su descolorida faz por aquella casa.

Y el tiempo mientras tanto corría con rapidez vertiginosa, y el plazo fatal se acercaba, y muy pronto llegaría irremisiblemente.

La esposa de Ramírez tuvo una inspiración.

Acercóse á su marido y díjole muy quedo:

—Escribe á González; él está rico,... es amigo tuyo,... y tal vez...

Ramírez encogióse de hombros, y como hombre que ya no espera nada de este mundo, escribió nerviosamente la epístola y mandóla á su destino.

Toda la familia aguarda ansiosa la contestación, presa de mortal ansiedad.

Al fin llega la portadora con un sobre cerrado.

—Será una negativa más, indudablemente, dicen todos á coro.

Ramírez abre la carta, dentro de ella vense los billetes del banco,... son cuatro... cuatro de mil pesetas, es decir, doble de lo que necesitaba. Aquel papel moneda, representaba la honra ya casi perdida, la vida, el poder otra vez gustar de la felicidad; y, esto lo hacía el generoso González de un modo espontáneo, sin condiciones, sin réditos, sin exigir recibo siquiera.

—¡De rodillas, hijos míos, de rodillas,— gritó Ramírez,— jurad todos gratitud eterna á González, el amigo generoso que nos salvó de la ruina, de la desolación y de la miseria!

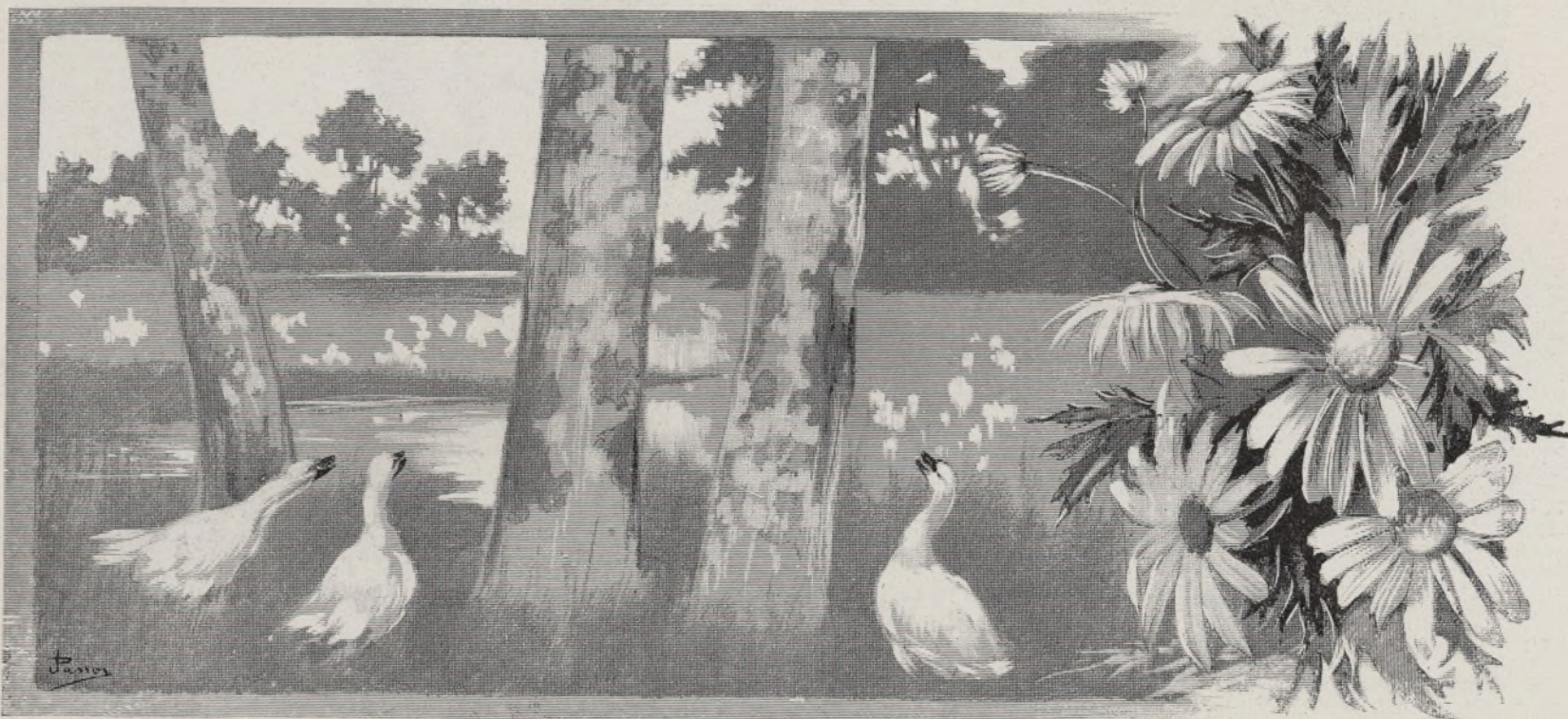
¡Bendito sea González!

II

Han transcurrido dos años.

Ramírez ha prosperado.

Gracias al oportuno socorro de González, ha hecho frente á sus compromisos, y la veleidosa fortuna le prodiga ahora sus más delicadas sonrisas y sus preciados favores.



COMPOSICION Y DIBUJO DE J. PASSOS.

—Papá ¿devolviste á González sus cuatro mil pesetas? — pregunta curiosamente un día la hija mayor.

—Aun no, hija mía, aun no he pagado esa deuda sagrada; por cierto que tal vez le haga falta, pues aseguran que sus negocios no van bien. De un momento á otro me pasaré por su casa, y después de abonarle su dinero, le expresaré nuestro más profundo agradecimiento. ¡Oh, González querido, nuestro protector, nuestro salvador! ¡Loor eterno á González!

III

Celebróse la fiesta onomástica de Ramírez, que coincidía con su elección de diputado á Cortes.

La suerte seguía halagándole, y su fortuna crecía, crecía á ojos vistos.

Escogida y numerosa concurrencia llenaba los salones del endiosado Ramírez.

El severo frac, las brillantes condecoraciones y los encajes iluminados por torrentes de luz, se mezclaban y entremezclaban en armoniosa confusión.

Los cortinajes, el dorado de los espejos, y las plantas exóticas ostentábanse por doquiera; la animación, el regocijo y la alegría, se desbordaban en chispeantes conversaciones, en las que se hacía gala del más sutil ingenio y de la más exquisita cordialidad.

Ramírez recibe, en lujosa bandeja de plata, una sencilla carta de luto; léela, y después de arrugarla despreciativamente; entrega al criado un billete de banco de veinticinco pesetas.

—¿Qué te decían en esa carta, amigo mío? — preguntóle al oído su esposa.

—Nada, casi nada; es de González, ya sabes, nuestro amigo de otro tiempo: me anuncia la muerte de su pobre hijo mayor, y añade que se encuentra en la miseria. Siempre he dicho que González acabaría mal, ha sido muy derrochador, y bastante poco inteligente en los negocios...

IV

Ramírez ha obtenido un título de Castilla, y está muy próximo á ser nombrado Ministro.

Ocupase en su despacho de asuntos políticos, y de preparar las elecciones futuras.

Varios caciques, sentados en cómodas butacas y fumando riquísimos habanos, combinan con Ramírez los trabajos que habrá necesidad de practicar, para sacar triunfante á los recomendados y adictos á sus ideas.

Uno de sus contertulios lee la prensa, y, como caso curioso, lo hace en voz alta de una gacetilla en que se da cuenta de la muerte de González, acaecida en el Hospital, á donde fué conducido, al hallarle exámine en medio del arroyo y desfallecido por falta de alimentos.

—¿No conocisteis en otro tiempo á este González, querido conde? — preguntale unos de sus flamantes amigos.

—Sí,... creo que sí... — contestó distraídamente Ramírez, — ese pobre González,... tengo idea de haber tratado hace años á un González, á quien hice inmensos favores, y al que protegí abiertamente:... por cierto que ni siquiera me dió las gracias...

¡Oh!... ¡el hombre!...

MIGUEL ALDERETE GONZALEZ

ALEJANDRO RIBÓ

DISTINGUIDO CONCERTISTA DE PIANO



Fot. Esplugas.

HA llegado á ser un instrumento tan vulgar el piano, es tan crecido el número de los que con más ó menos maestría lo tocan, que, para alcanzar en él la reputación de eminente, se necesita un talento muy superior y una ejecución privilegiada: cualidades que en grado sumo po-

see el joven concertista cuyo nombre encabeza estas líneas y cuyo retrato acompañamos.

Hace dos años que, en la «Sala Estela», recibió el bautismo artístico del inteligente público barcelonés, quien aplaudió con entusiasmo, asegurándole un brillante porvenir; y muy recientemente, el no menos autorizado público madrileño, acaba de confirmar su valía en una audición particular, íntima, verificada en el «Salón Zozaya» y otra, solemne, pública, en el «Teatro de la Comedia».

De ambos conciertos habló con justo encomio la prensa; estando toda ella conforme en que Ribó es uno de los pianistas más eminentes que se ha oído en Madrid. Destácase en él, como nota característica de su primorosa labor, la brillantez, el vigor, la valentía con que acomete y ejecuta los pasajes más difíciles de las obras que interpreta. Al lado de esta cualidad, que delata al artista meridional apasionado y de grandes alientos, adviértese lo exquisito y delicado de su organización artística, á la par que el influjo de una excelente educación musical y de un estudio constante.

Aunque el arte no tiene patria, y gustosos le prodigamos nuestros aplausos, doquiera que se manifieste, se comprende que los elogios han de sernos doblemente satisfactorios cuando recaen en un paisano, ya que entonces participamos de su gloria. Por supuesto que, en semejante caso, prescindimos de nuestra opinión, limitándonos, como en el presente, á propagar la que formulan nuestros compañeros en los periódicos donde el artista se ha exhibido: merced á lo cual, los juicios del ALBUM SALÓN ostentan siempre el sello de la imparcialidad.

Alejandro Ribó es catalán, hijo de Tarragona: allí nació, en Octubre de 1878; habiendo demostrado desde niño felices disposiciones para el cultivo de la música. A ellas, lo propio que á su vocación decidida y á su constancia, se deben los progresos que ha realizado en su espinosa carrera, y de que pocos pueden vanagloriarse; pues muy contados son los que á los veinte años de edad figuran, como él, entre las eminencias del mundo artístico.

Abriga, según noticias fidedignas, el propósito de partir en breve para el extranjero, donde le esperan seguramente triunfos análogos á los que ha conquistado en España. Le aconsejamos que no lo demore: quien vale lo que él, no debe encerrarse en los estrechos límites de una nación, sino tender el vuelo en busca del renombre universal á que le hace acreedor su indiscutible y privilegiado talento.

FACETAS

VIDA BREVE

SE pone el sol. La corriente del río atraviesa el valle. En un cristal se refleja el resplandor de las incendiadas nubes. Diríase que las aguas son sangre. De la tierra, húmeda aún por el chubasco que ha caído, sube un olor acre. De las hojas de los árboles y de los matorrales, de las flores y de las plantas se desprenden vigorosos perfumes. Ocúltanse lagartos y salamanquesas, revolotean aun por el aire las mariposas. Pífan ó gorjean los pájaros. El viento ha plegado las alas, y un silencio augusto reina sobre aquel rincón de la tierra.

Cerca de la gran corriente, á unos dos metros del suelo, se cierne un enjambre enorme de mosquitos. Tan densa es su masa, que llega á formar una mancha oscura. Vista de lejos, parece inmóvil. Y, sin embargo, cada uno de los mosquitos mueve sus alas con velocidad vertiginosa, va de los bordes del círculo al centro, sube ó baja unos milímetros, aletea durante una centésima de segundo sobre un mismo sitio, y luego, rayo con voluntad, cohete consciente, se dispara á través de la bulliciosa muchedumbre, evita choques, esquivo contactos, se desliza, resbala, pasa como una saeta y vuelve al borde de aquel círculo, para tornar luego al centro.

Más altas que los árboles, más rápidas é inciertas en su vuelo que el incierto viento, describen curvas, fingen caídas, se remontan, se precipitan, rasan el suelo ó se elevan describiendo espirales las pardas golondrinas. Son las señoras del valle que dominan por el poder de sus alas.

El vuelo de mosquitos persiste inmóvil. Diríase que cada uno de los animalejos ha llegado al límite de su fuerza ascensional y que le duele, por otra parte, bajar de nuevo al suelo antes que el sol haya desaparecido por completo. ¡Cuán glorioso debe parecer el astro-rev á los mosquitos!

Una golondrina, veloz como la flecha despedida del arco, abate el vuelo. Atraviesa como un rayo el enjambre de los mosquitos y se remonta otra vez. Por muy rápidas que sean sus alas, su pico lo ha sido más aun. Y al pasar entre los cínifes, abiéndolo y cerrándolo, ha atrapado uno.

El enjambre cierra la brecha abierta por la golondrina y continúa su ronda. El pájaro pasa de nuevo. También ha hecho presa. La maniobra se repite tres, cuatro, cien veces, y cien mosquitos pasan al estómago del ave. ¿Qué importa? Los que sobreviven no se acuerdan de los que han muerto, continúan aleteando, y bulliciosos, incansables, inmóviles en apariencia, vibrantes en realidad, forman sobre el suelo una mancha oscura. Mancha de vida que, de cuando en cuando, atraviesa la muerte.

Admiro yo la belleza del callado valle, sigo el vuelo de las golondrinas, me fijo en el enjambre de mosquitos, y, sin querer, me acuerdo de los hombres, de sus agitaciones y luchas, de sus ascensiones y caídas, de un bullir continuo y sin objeto. Y en el espacio infinito de la gran bóveda, amplio como el arco iris, creo advertir un vuelo que abre brecha en el enjambre humano. La brecha se cierra. Es que la Muerte ha pasado.

A. RIERA



Mtro. JULIO PÉREZ AGUIRRE.

Fot. Napoleón.

Distinguido concertista de violín, y autor de la pieza de música que acompaña á este número.



LA PATRIA DEL AMOR

No llores más, mi bien, seca esos ojos
que marchitó tu llanto;
luzcan frescos de hoy más tus labios rojos
que yo he besado tanto.
¿Por qué llorar? ¿Qué importa que la suerte
nos combata enemiga?
¿Sucumbirás como ante el soplo fuerte
del viento cae la espiga?
No pienses más que en mí. Los ojos cierra
al exterior aliño,
y verás que al hallarte en nueva tierra,
igual es mi cariño...
Contempla el cielo, el campo, la montaña,
el ave que retoza
en el árbol, el mar que humilde baña
nuestra mísera choza.
Mira, todo es igual; naturaleza
viste iguales colores
en una y otra tierra; igual belleza
lucen aves y flores.
Todo es igual; el bosque, el mar profundo;
¿ves? la materia es una.
De igual materia está formado el Mundo
que el Sol y que la Luna.
Son hermanos los hombres; las naciones
tan sólo nombres vanos.
Es nuestra Patria el Mundo. No hay regiones
entre buenos hermanos.
¿Qué más te da una tierra que otra tierra?
El mismo mar te baña,
el mismo Sol te alumbra, igual encierra
amor la tierra extraña.
Todo es igual, mi bien. Ese quebranto
cese, cese tu lloro.
¿Por qué te aflige tu destierro tanto,
si estoy yo aquí... y te adoro?

MANUEL DEL ALISAL

LA RENDICIÓN DE BAILÉN

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

El orgullo era la cualidad distintiva de los generales de Napoleón, pero muy especialmente de Dupont, que al venir á España, creyó conquistar en nuestra patria el bastón de mariscal.

Siguiendo las órdenes recibidas del generalísimo Murat, partió Dupont el 24 de Mayo de 1808, de Toledo para Andalucía, con 6.500 infantes, 3.000 caballos, 2 regimientos de suizos y 24 piezas de artillería, ofreciendo al gran duque de Berg, que entraría en Cádiz el día 21 de Junio.

Atravesó la Mancha, que halló tranquila, al parecer, sin comprender la gravedad de aquella aparente calma; y el 2 de Junio penetró por las estrechuras de Sierra Morena, llegando sin tropiezo hasta la Carolina, población que encontró desierta.

Algo logró inquietar á Dupont la soledad de los caminos y de los pueblos.

Prosiguió su marcha, y la columna comenzó á recibir certeros tiros que salían de entre los árboles, de los picos de las rocas y de los espesos bosques, disparados por seres invisibles.

Eran los guerrilleros del valeroso cura don Ramón de Argote, que habían salido al campo, resueltos á diezmar á los imperiales, y que cumplían á maravilla su patriótico ofrecimiento.

La entrada de Dupont en Córdoba, es una de las páginas más vergonzosas del ejército bonapartista. Mr. Baste, testigo presencial de los sucesos, dice en sus *Memorias*:

«Al asesinato y al pillaje, se unieron bien pronto la violación de las mujeres, incluso las monjas, y el robo de los vasos sagrados en las iglesias; sacrilegio acompañado de las circunstancias más atroces...»

Dupont, á quien el cielo parecía cegar para mejor perderlo, agregó á la espantosa jornada de Córdoba, la toma de Jaen, que entró á saco el día 20.

Andalucía entera se puso en armas, resuelta á vengar á sus hermanos.

Apenas supo la rendición de la escuadra francesa en Cádiz, los grandes armamentos decretados por la Junta de Sevilla, la actitud resuelta del país, y el retardo de los refuerzos que con tanta insistencia había pedido á Murat retrocedió Dupont, encerrándose en Andújar, convencido, sin duda, que ni el 21 de Junio de aquel año, ni de otro alguno, pisaría él las calles de la invicta Cádiz.

Encargado el general Castaños del ejército de Andalucía, en muy pocos días le organizó y disciplinó. Componíase de tres divisiones; mandaba la primera, don Teodoro Reding, suizo al servicio de España, sereno, valiente, organizador; la segunda, el antiguo oficial de walongas, marqués de Compigni; la tercera, el anciano brigadier don Felix Torres; y la reserva, el teniente general don Manuel de la Peña.

Acompañaban al ejército las guerrillas del cura don Ramón de Argote, de don Pedro Valdecañas, y de don José Cruz; los *Lanceros Jerezanos*, de don Nicolás Cherif; y los *Voluntarios de caballería de Utrera*, de don José Sanabria.

El 26 de Junio, pasó revista don Francisco Castaños á su ejército en los campos de Utrera, y habiéndose acordado tomar la ofensiva, salió el 1.º de Julio para Porcuna, á fin de organizar el plan de ataque contra los imperiales.

Dupont ocupaba Andújar con 10.000 hombres; Vedel, con 9.000, á Bailén y Puerto del Rey; y Liger-Belair, con 1.500 á Mengibar.

Justo es consignar que los generales franceses mostrábanse abatidos, y los soldados temerosos, al contemplar los pueblos abandonados, y los caminos llenos de cadáveres de jefes y soldados imperiales.

Resolvióse en Porcuna, que Castaños con la tercera división y la reserva, atacase á Dupont en Andújar, y que Reding y Compigni, forzasen el paso de Mengibar y Villanueva, marchando sobre Bailén.

El 15, comenzó el general Castaños á cañonear el puente de Marmolejo; y Reding se presentó ante Liger-Belair, batiéndole y obligándole á retirarse hacia Bailén, que al fin abandonaron los franceses, retirándose á Carolina.

Dupont ordenó á Vedel recuperar Bailén y reunírsele en Andújar, pero este general, no hallando en Bailén ni españoles ni franceses, y temeroso de que los nuestros hubiesen obligado á Liger-Belair y Dupont á correrse á la derecha, se dirigió en su socorro.

Dupont, empeñado en sostener la posición de Andújar, encontré con que Vedel se alejaba de él y los españoles se le acercaban, y decidió salir el 18 por la noche, destruyendo el puente, para retardar la marcha de Castaños, ordenando á Vedel que atacase á Reding por la espalda, mientras él lo hacía de frente.

Reding, disponíase á caer sobre Andújar, ansioso de coger á Dupont, entre sus divisiones y las que habían quedado en los Visos, cuando, impensadamente, le vió avanzar con tanta prisa como silencio.

Ni españoles ni franceses pensaban hallarse tan próximos.

Nuestros generales, que estaban reunidos en una almazara ó molino de aceite, á la izquierda del camino de Andújar, cerca de Bailén, se vieron sorprendidos por disparos de fusil primero, y luego, por una granada que casi cayó á sus pies.

El general Venegas que capitaneaba nuestra vanguardia, entretuvo al enemigo, mientras las tropas españolas ocupaban su puesto.

Avanzaron los franceses, más allá del puente que hay á media legua de Bailén.



LA RENDICIÓN DE BAILÉN. — Cuadro de J. CASADO DEL ALISAL.

Fot. Laurent y C.^ª, Madrid.

Existente en el Museo Nacional de Pintura.



LA TUMBA DE LOS MONCADAS, EN EL MONASTERIO DE POBLET (CATALUÑA).

Y empezó la batalla, á las cuatro de la mañana del 19 de Julio.

Atacaron los franceses á la división Compigni, y sus soldados, — guardias walonas, suizos, regimientos de Bujalance, Ciudad Real, Trujillo, Cuenca, zapadores y el de caballería de España,—los desalojaron de las alturas que ocupaban.

Reconcentró Dupont sus fuerzas volviendo á apoderarse del terreno perdido, pero otra vez el general Venegas le arrojó y le puso en retirada.

Nuevamente repitieron los imperiales su ataque en toda la línea, que fué bravamente repelido.

Nuestra artillería, mandada por los coroneles Júcar y Cruz, logró desmontar la mayoría de las piezas enemigas.

El calor era asfixiante; los rayos del sol parecían plomo derretido, y la sed llegó á ser tanta, que españoles y franceses se disputaron con encarnizamiento al agua de una pequeña noria.

A las doce y media de la mañana Dupont, lleno de rabia, se puso con todos sus generales al frente de las columnas, intentando romper el centro del ejército español, donde se hallaban los generales Reding y Abadía, y llegando casi á tocar nuestros cañones los marinos de la guardia imperial.

¡Vano empeño!

Los soldados españoles, tan bravos como serenos, rechazaron aquel rudo ataque.

Los imperiales ejecutaron una terrible carga á la bayoneta; pero su esfuerzo de nada les sirvió. Los *Lanceros de Jerez* y los *Voluntarios de Utrera*, deshicieron el ala izquierda francesa; el centro vaciló, y la derecha empezó á desbandarse.

Después de ocho horas de combate, Dupont, que había perdido más de 2.000 hombres, pidió una tregua que aceptaron Reding y Compigni, sin perjuicio de lo que resolviera el general Castaños, á quien enviaron aviso de cuanto ocurría.

Al ver que muchos soldados bonapartistas se ahogaban de calor, los nuestros, tan bravos como generosos, les dieron algunos cántaros de agua para mitigar la sed que los abrasaba.

Al aparecer Vedel con sus tropas en el campo de batalla, Reding le envió un parlamentario noticiándole la suspensión de hostilidades.

Vedel, quizá para sincerarse con Dupont de sus torpezas, atacó de improviso nuestro batallón de Irlanda, que se hallaba descuidado, tomó dos cañones y quiso apoderarse de la ermita de San Cristóbal; pero Dupont, comprendiendo lo peligroso de su situación, le ordenó cesar en un combate tan injustificado como traidor. Entabláronse las negociaciones sobre el armisticio. Pedía Dupont la suspensión de hostilidades, y el permiso de retirarse libremente á Madrid. Dudaba Castaños; pero el conde de Tilly que acompañaba al ejército en representación de la Junta de Sevilla, se opuso á tales pretensiones.

Aunque al principio mostráronse los franceses dispuestos á romper las negociaciones, se apresuraron á renovarlas al observar su crítica situación,

cercados por un ejército de soldados y por otro de paisanos, que afluían de todos los pueblos.

Aunque Vedel trató de retirarse con sus tropas, por suponerse fuera de la capitulación, tuvo que detenerse ante la amenaza de que serían pasados á cuchillo Dupont y los suyos, si persistía en su deslealtad.

Cuéntase que al reunirse el caudillo vencido y el vencedor, cambiaron estas frases: —Os entrego,—dijo Dupont,— una espada vencedora en cien batallas.

—Por mi parte,—respondió Castaños con maliciosa modestia,— puedo asegurar que esta es la primera batalla que gano.

Este es el momento que representa el famoso cuadro de don José Casado, que hoy figura en el Museo Nacional, y que en este número ofrecemos á los ilustrados lectores del ALBUM SALÓN.

La batalla de Bailén produjo la rendición de 21.000 hombres.

En memoria de esta gloriosa victoria, dos regimientos del ejército español, uno de infantería y otro de caballería, llevan el nombre de Bailén.

Según el historiador francés general Foy, *Napoleón, cuando supo el desastre de Bailén, lloró lágrimas de sangre sobre sus águilas humilladas...*

¿Qué más podríamos decir nosotros?

E. RODRIGUEZ SOLIS

A LA CRIOLLA

RECITADO
MÚSICA DE
JULIO PEREZ AGUIRRE



LETRA DE
FRANCISCO CAMERODON

A LA CRIOLLA

RECITADO

Ondinas perfumadas por hálitos fragantes,
Do música y suspiros os mecen á compás,
Divinas mariposas que revoláis errantes
En busca de una esencia que no encontráis jamás.

Yo sé el misterio oculto que agita vuestras almas,
Yo sé la luz recóndita que alumbra vuestra fe:
Conozco vuestros sueños debajo de las palmas,
Y sé que lloráis solas y no sabéis por qué.

El alma dice á voces á la mujer que siente,
Que debe existir algo que sacie el corazón,
Y como sabéis todas que el alma nunca miente,
Soñáis quien os inspire raudales de pasión.

Por eso, acobardadas, de amor en las palestras,
Os hielan los que tibios no saben dominar:
Sus almas son pequeñas para absorber las vuestras,
Como la tierra es chica para absorber el mar.

Por eso os da fatiga la libertad inquieta,
Y esclavas del cariño obedecéis mejor,
Como obedece el petro al puño del atleta,
Así que le domina más genio y más valor.

Por eso eternamente os bulle en la memoria
El canto y la tizona del trovador gentil,
Y os alucina el sueño de libertad y gloria
Que acrece los quilates del alma varonil.

Por eso os halla frías la prosa que os rodea,
Buscando al caballero que no encontráis jamás;
Por eso vuestro espíritu hidrópico desea
Otra alma y otro espíritu que valgan mucho más.

Por eso vuestras horas discurren una á una,
Sin empujar su curso un huracán de amor;
Por eso, al triste rayo de la argentada luna,
Os sobra el sentimiento y os falta el trovador.

Si en vuestros negros ojos, en que el amor incuba,
Algún corazón joven acaso se inflamó,
Bebiendo en sus pupilas la libertad de Cuba,
No puedo tener odio al ciego que cayó.

Yo sé que ante vosotras la resistencia es vana;
El joven sigue dócil al adorado bien:
¿Qué corazón de temple resiste á la manzana,
Si amante se la brinda la Eva del Edén?

Mas al dictar tus leyes al que á tu amor se inmola,
Y al empujarle ciega á la sangrienta lid,
Cuando negar intentas tu sangre de española
Eres aún Jimena que sueñas en el Cid.

Cuando tu encanto encierras, en soledad temprana,
Oyendo allá á lo lejos la tempestad zumar,
También eres entonces la altiva castellana
Que está guardando austera la honra de su hogar.

Y cuando un potentado excita tus enojos,
Creyendo que por oro le venderás un sí,
Entonces más que nunca ostentas, á mis ojos,
La rica sangre goda que se subleva en ti.

Te encuentro en la indolencia de vuestra tierra cálida,
Más fresca que las blancas espumas de la mar,
Dormida en una concha como gentil crisálida,
Las alas esperando para poder volar.

En ella, avara escondes tesoros de cariño,
Y en el cristal del agua conservas seductor
Tu cutis nacarado, tu mano y pie de niño,
Que son, en vez de miembros, juguetes del amor.

Por eso me fascina tu espléndida belleza;
Porque la gracia humana en ti se refugió:
Mas tu hermosura angélica, tu natural nobleza,
No te las dió la América, mi España te las dió.

FRANCISCO CAMPRODÓN.

NOTA. Corresponden á cada verso dos compases, empezando siempre en la segunda sílaba.

A la Sta. Pilar Trias y Rumeu.

Á LA CRIOLLA

RECITADO

Poesia de Francisco Camprodon.

Música de J. Pérez Aguirre.

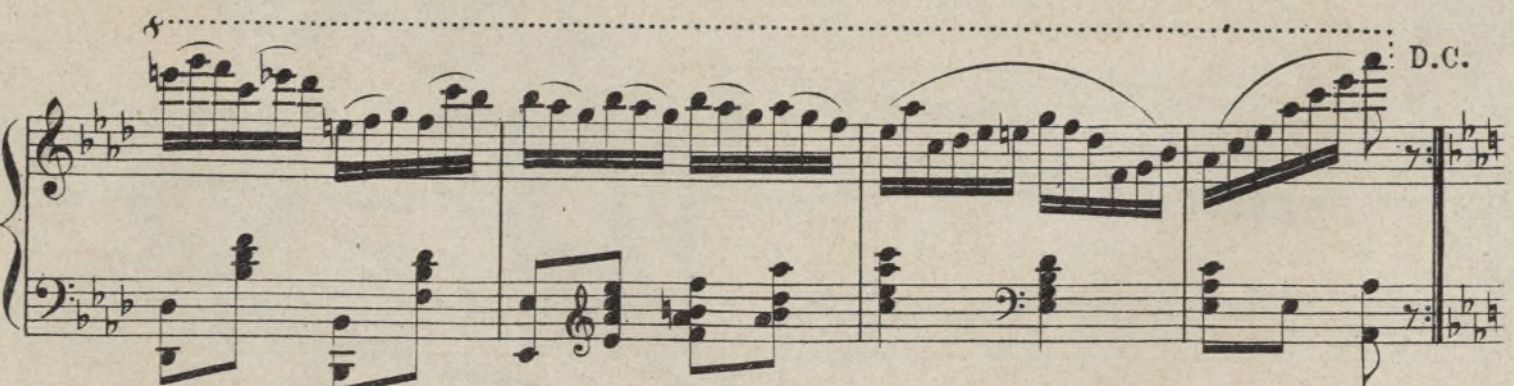
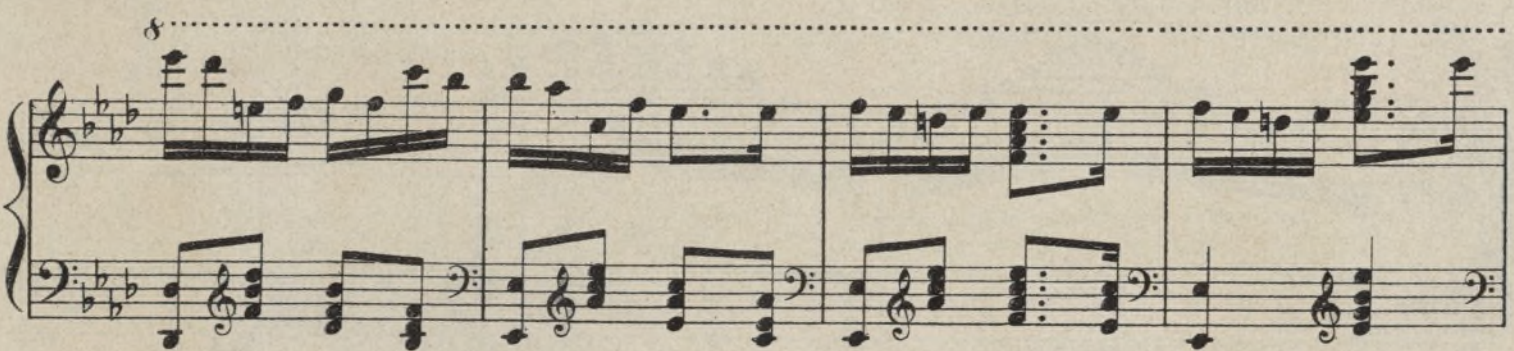
Moderato.

pp.

2.ª Ed.

RECITADO.

pp Tempo Giusto.



Para recitar la poesia al compas de la música digase 2 veces cada parte despues D.C. 1ª parte una vez 2ª y 3ª con replica y para fin 4ª parte.
Queda terminantemente prohibido venderla por separado.



CUADRO DE M. DE LA VISITACIÓN UBACH.

¡TAMBIÉN ERAN PERSONAS!

(EPISODIO DEL AÑO 1809.)

I

No sé si con el mismo resultado, pero con la propia insistencia, parecía querer repetir el implacable Jehová con el mísero pueblo, la prueba aquella de que, en días remotos, hizo blanco al pacientísimo Job.

Tan sin interrupción se sucedían las calamidades, que ya llegaba el caso de que los mermados vecinos de Fuencenceña, diesen por buena la desdicha de hoy, pensando en que tal vez podría ser mayor la de mañana.

Sin brazos las labores del campo, por haber salido del pueblo toda la gente útil, una parte á la fuerza, por mor de las levas decretadas por la Junta Central; otra, y no la menor, voluntariamente para incorporarse á las partidas, que en toda la provincia hostilizaban al francés; consumidos hasta los últimos recursos, por el trasiego de tropas que acudían á racionarse tan despótica é inconsideradamente cuando lo hacían á nombre del intruso José, como cuando lo realizaban invocando la legítima majestad de Fernando VII; era tal la miseria y aprieto de los desdichados serranos, que parecía increíble que se pudiera bajar ya peldaño alguno en la escala de los infortunios ó en la resbaladiza escalera de las penalidades.

Y sin embargo, después de haber sufrido el más espantoso esquilmo, de « nuestros queridos aliados » los ingleses, abandonado el pueblo, había sufrido el peor de los males en aquellos días; esto es, el francés había quedado dueño absoluto de él, mientras la naturaleza, pareciendo colaborar en la obra de destrucción, mandaba sobre Fuencenceña el invierno más rudo que los nacidos conocieron.

II

En honor de la verdad, fuerza es que se confiese, que no era tan bravo el león como las gentes le pintaban.

Quiero decir, que los « perros gabachos », distaban mucho de ser aquellos ogros insaciables de que todos hablaban; fuera por irse ganando poco á poco las voluntades, fuera porque su natural les inclinara á ello, lejos de ensañarse dándose á conocer como tiránicos y desconsiderados opresores, hasta trataban de socorrer, en lo que sus fuerzas lo permitían, las miserias con que á cada paso topaban.

Pero, que si quieres, Catalina. El patriótico odio de los españoles no se amansaba y si es verdad que el hambre hacía aceptar á veces el bocado de pan, que los soldados franceses se quitaban de la boca, los más afeaban aquella conducta con los más duros calificativos, y sólo se regocijaban, cuando sabían que alguna partida había zurrado las liendres á un destacamento enemigo.

Es más, como les fuera dado ocasionar molestia alguna á sus huéspedes, no perdían medio de mostrar á las claras un aborrecimiento que hacía á veces pasar las de Caín, no ya á los simples soldados, sino hasta á los jefes y oficiales del batallón de línea que guarnecía á Fuencenceña.

III

La que mayores alardes hacía de aquella implacable malquerencia, era la tía Pugitos, pobre mujer á quien aquella maldecida guerra había trocado, de mansa como una oveja que hasta allí fuera, en más áspera y desabrida que cardo borriquero.

Verdad es que había razón para ello. Sumida en la miseria por la tala de sus predios, sola por la pérdida de su marido, muerto de un balazo en los primeros encuentros de la guerrilla en que había tomado puesto, la que había sido envidiada de todos en diez leguas á la redonda, sin casa ni hogar, se veía ahora reducida á la triste condición de ir de puerta en puerta mendigando un pedazo de pan, más que para ella, para el chicuelo de cinco años que llevaba siempre pegado á la saya, y que era el único bien de que no la había privado su implacable destino.

Eso sí. Ella sí que podía alabarse de no deber nada al francés. Como que la única vez que había

puesto la mano encima de su hijo, fué un día en que el chiquillo, que hacía muchas horas que no probaba bocado, había tendido la mano, para tomar un pedazo de pan de munición que le ofrecía un sargento de granaderos, que probablemente pensaría en aquel momento en otro rapazuelo de aquella edad, que el Emperador le había hecho dejar sabe Dios por cuanto tiempo, en una aldehuela de Francia.

¡Poco que gozó la tía Pugitos en otra ocasión, en que después de un encuentro que en las cercanías habían tenido los franceses con los nuestros, empezaron á entrar en el pueblo heridos y más heridos, que no encontraban ni agua que templara la sed devoradora de la fiebre!

Tanta saña mostró entonces, que hasta los mismos vecinos la reprochaban unos sentimientos que nada de humanos tenían.

Pero lo que ella decía, cuando escondía debajo de tierra hasta el último harapo de que pudiera hacerse una hila, con que templar los dolores de los pacientes:

—¡Que revienten! ¡Los franceses no son personas!

IV

Todavía peores que el invierno, fueron los primeros asomos de la primavera.

El deshielo de las nieves acumuladas en las cumbres vecinas, hizo crecer de tal modo el menguado arroyo que baja hasta la llanada en que Fuencenceña está colocada, que una noche, cuando más descuidados estaban los pobres serranos, las aguas, subiendo con la furia asoladora de una tormenta, comenzaron á barrer las débiles casuchas que les servían de albergue, pudiendo darse por contentos los que, ya que no su mísero ajuar, pudieron salvar no sin trabajo sus vidas.

Y la que entre tantas miserias partía el alma más que todo, era la desesperación de la desgraciada tía Pugitos.

Dormido había dejado á su hijuelo en un caramanchón de una de las barracas más cercanas al arroyo, para ir á buscar unos mendrugos con que acallar su hambre, cuando al llegar vió obstruida la entrada por las aguas.

Estas subían y subían, no había medio de contrarrestar su furia, y de un momento á otro, desplomado el frágil edificio, iba á sepultar entre sus escombros aquel pedazo de sus entrañas, aquel sér, única cosa que la ligaba á la vida.

Y tan inútil era que ella misma quisiera salvar aquella líquida barrera, como que apelara á la caridad de los otros. Los más fuertes comprendían que intentar salvar al niño, era correr á una muerte segura.

Sus lamentos partían el alma; pero nadie osaba hacer cosa que no fuese impedirla que se lanzara á un peligro tan esteril como horroroso.

De pronto, sin embargo, un mocetón robusto como un trinquete y ágil como un corzo, se despojó del pesado capote que le envolvía, y se precipitó denodado en busca de la puerta de la barraca, que las espumas de la corriente ocultaban por completo.

Al verle desaparecer, un grito de horror salió de todas las gargantas. No hubo una sola persona que no le creyera perdido.

No obstante, á los pocos segundos, una de las ventanas se abrió con estrépito y el desconocido salvador se lanzó á la corriente con un envoltorio en los brazos.

¡Ya era tiempo! En aquel momento la casucha, falta de cimiento, se vino al suelo hundiéndose en las aguas, como un castillo de naipes.

V

Sólo cuando la tía Pugitos apretó contra su seno á su hijo, pudieron todos reconocer al desconocido salvador, que no era otro que aquel sargento que en una ocasión quiso compartir su pan con aquel chicuelo, que ahora le debía la vida.

La pobre madre, por toda muestra de agradecimiento, sólo pronunció estas palabras, que parecían querer llegar al fondo de todos los corazones:

—¡Son personas! ¡Son personas!

ANGEL R. CHAVES



JOSEFINA HUGUET

LA hermosa diva cuyo retrato embellece esta página, tenía sólo quince años cuando debutó en nuestro Gran Teatro del Liceo, con el papel de Micaela, en la ópera *Carmen*; conquistando desde luego todo el favor y aplauso del público, por su hermosa voz, excelente escuela y agradada figura.

Nueve años han pasado desde entonces, y su vida artística, en este intervalo, ha sido, tal como sus admiradores habían profetizado, una serie no interrumpida, creciente, de triunfos.

En la actualidad cuenta, pues, veinticuatro años, y se halla en la plenitud de sus facultades y en el apogeo de su belleza.

Consecuentes en nuestro sistema de no prodigar, por cuenta propia, elogios que podrían tacharse de apasionados, á los artistas de la tierra, nos concretaremos á reproducir en estas líneas, los juicios que, referentes á nuestra insigne compatriota, han emitido autorizados críticos de periódicos extranjeros. Ellos son los que hablan.

En todo tiempo ha habido excelentes cantantes; pero es raro ver reunidas en una sola todas las cualidades necesarias para constituir una verdadera estrella del arte. Una de esas privilegiadas criaturas dió España al mundo musical, en la persona de Josefina Huguet. Voz de oro, ejecución perfecta, pureza de estilo, potencia dramática, espléndida belleza; todas estas prendas posee en armonioso conjunto la artista española; merced á las cuales, figura entre las celebridades internacionales que en más alto grado despiertan el entusiasmo de los filarmónicos.

Con ser tan joven, ha pisado los mejores escenarios de ambos continentes. Todo el mundo sabe que el ruiseñor español — dice el crítico de quien tomamos la frase, — ha hecho en varias temporadas las delicias de Rusia. En Milán creó la ópera *Lakmé*, con un éxito colosal. En Roma, Turín, Barcelona, Valencia, Madrid, Cádiz, Málaga, Granada, Sevilla, Zaragoza, Bilbao, Santander y Oporto, públicos tan distinguidos como inteligentes, la han prodigado entusiastas ovaciones, lo propio que en Varsovia y Odessa, donde el entusiasmo rayó en delirio.

Josefina Huguet fué una de las primeras estrellas que brillaron en las tres Américas: Buenos Aires, Chile y Caracas la colmaron de flores y joyas; en Nueva York, Boston y Filadelfia, consiguió que los auditorios, abjurando en determinados momentos de su comercial frialdad, se extasiaran ante la grandeza del divino arte.

Su repertorio es vastísimo y escogido, mereciendo especial mención entre las obras en que sobresale: *Dinorah*, *Fuñeta* y *Romeo*, *Faust*, *Carmen*, *Manon*, *Bohémé*, *Traviata*, *Rigoletto*, *Sonámbula*, *Luccia*, *Don Giovanni*, *Fra Diávolo*, *Barbero de Sevilla*, *Hamleto*, *Linda de Chamounix*, *Falstaf*, *Lakmé* y *Mignon*.

Con respecto á esta última, bien conocida es la frase del célebre Ambrosio Thomas: «Las otras cantan *Mignon*; pero la Huguet es *Mignon*», que por sí sola basta para labrar la reputación de una artista.

Prueba irrecusable del aprecio en que la han tenido todos los públicos, son los regalos cosechados por la simpática y notable diva, en sus *seratas d'honore*; tantos en cantidad y tales en calidad, que con ellos podría formarse un precioso museo.



Rindiendo justicia al mérito, único móvil que guía nuestra pluma, y como remate á estos pequeños apuntes, copiamos á continuación la bellísima poesía que los *Revisteros teatrales de Santander* dedicaron á Josefina Huguet, la noche de su beneficio en el teatro de aquella capital.

Vibración pura, argentina,
que el espíritu levanta
hacia la mansión divina;
ritmo de un ave que trina;
eco de un ángel que canta.

De la tristeza el acento;
de la alegría el encanto;
suspiro del sentimiento,
cuando ahogan al pensamiento
las oleadas del llanto.

Latido del corazón;
beso de amor virginal;
aleteo de ilusión;
roce de ósculo ideal;
plegaria de adoración.

Nota que, en poético vuelo,
sorprende la santa calma
que da bendito consuelo,
y une las ansias del alma
con las dulzuras del cielo.

Eso es tu voz, Josefina;
eso es el rico tesoro
de su emisión peregrina;
una música divina
en un pentágono de oro!

Por eso, grata memoria
dejas en los que admiraron
tu aparición transitoria,
y con su aplauso aumentaron
la grandeza de tu gloria.



I

CONFIEO que se me avivaba la curiosidad cada vez que nos venía aquel pícaro con historias de su muñeca. Hoy un apunte, mañana otro, perfilándola siempre, iba adivinando y componiendo la figura: dulce, débil, nerviosilla. A la postre tuve una muñeca diferente, tal vez, de la de Francesco: porque en la ficción, los héroes no están hechos de barro como los personajes de la vida real, y pueden ser muy finos y sutiles, exageradamente hermosos y nobles, según quiera la fantasía que los forja. Ideado el tipo, no me costó mucho trabajo familiarizarme con él: le veía en la imaginación como si le tuviera delante de los ojos, y en cuanto Francesco me hablaba de su Muñeca destacábase la mía de su escondrijo, como radiación de luz, agitándose, moviéndose, casi siempre apenada y triste, pues aquel tuno no solía tratarla con muchas consideraciones. Si, por inverosímil que parezca, mi *Muñequita* se enfadaba y ponía hosca en oyendo una burla irreverente de su enamorado, ó si él no respetaba aquellos dulces secretillos de amor, pueriles y vanos en suma, pero de inestimable riqueza para la mujer. Descubríalo yo todo tal como lo digo, pero revelaré en secreto que la *Muñeca* no hacía sino reflejar mis propias sensaciones: ¡y mal haya quién lo tome á superchería ó invención, que el hecho no puede ser más natural y sencillito! A fuerza de ir pensando en la Muñeca de carne y hueso, á quien no conocía *materialmente*, simpatiqué con su persona, y la simpatía determinaba mi enojo contra lo que se hiciera ó pensara en su daño. Pregúntese á los psicólogos. No hay misterio alguno aquí.

La Muñeca quería mucho á Francesco; sabía lo que él me contaba de sus acciones y de su carácter, y mi amigo solía martirizarla y hacerla sufrir. Lo peor, que ella confiaba en su buen corazón, y la verdad ante todo, Francesco no era malo, pero tampoco era bueno para la Muñeca. No merecía que le amase tan firmemente, digo por qué? porque, aun complaciéndole en sus ilusiones, él no podía hacerla feliz. Su espíritu tosco, tornadizo y ligero no sabía comprender y apreciar aquel virgen tesoro de gracia y delicadeza; y en el matrimonio, no tardaría en verse el alma de la loca mujer sola, viuda, caída en los abismos de la desilusión. Si he de ser franco, no creía yo que Francesco la arrastrara á la catástrofe, que le diera definitivamente el feudo de su hogar. Mi amigo no pasaba de ser ave de paso, á semejanza de esos traidores que ven la hembra en la copa de un arbusto, abaten el vuelo, cantan su endecha de amor y abren las alas y se pierden en la lejanía azul. Más valía así.

Llegó por fin la crisis, y en ese período la *Muñeca* ideal sufrió recios sinsabores, angustias mortales, que acrecían mi sorda irritación contra el alevé. Francesco experimentó cansancio y desgana á lo pronto; después se inició el hastío, y era de prever que no tardase el rompimiento. El me lo explicaba todo, sin sospechar que si su cándida Muñeca no conocía el peligro, la mía estaba al cabo de la calle. ¡Hubiérase visto aquella figurilla ilusa, la imaginada por mí, revolverse ora soberbia de rabia, como si sufriese un crispamiento de nervios horrible, ora caída en espasmos de estupor! Repito que yo la veía fantásticamente, como si la tuviera delante de los ojos. La acariciaba y le decía: «esto pasará luego, la agonía será breve», porque claro está que como mi *Muñeca* no vivía ni alentaba sino por sentimientos y actos reflejos, en cuanto mi amigo rompiese con la Muñeca real y faltasen el calor de las confidencias y el medio ambiente que le era propio, la ficción se iría apagando con lentitud en el claro oscuro de los recuerdos.

Pero me equivoqué: la agonía fué muy larga. Francesco no sabía como dejar á su Muñeca, porque... porque temía hacerle daño. ¡Pobre niña! Provocaba el conflictos, ideaba pretextos, y cuanto más la atormentaba é insultaba, tanto más sumisa, humilde, apasionada, reverente, mostrábase ella. ¡Qué lucha de todas las noches, en cada cual decidido Francesco á

que fuese la postrera, y siempre derrotado por aquella mujer que prodigaba á manos llenas, sin proponérselo, instintivamente quizás, gracias con qué rendirle! Salta él hosco, mohino, febricitante de cólera, porque en la misma humillación á que la sujetaba descubría riquísimos veneros de ternura, deleitosas y no sospechadas grandezas de un espíritu sutil y de un corazón magnánimo y sin mácula, y la frase brutal (cien veces revuelta y arrojada á los labios para que la modulasen) deshacíase en la boca aheleándola... no salía. Lo que pasaba entonces era que, enternecido y ablandado á su pesar Francesco, entregábase con loca inconsciencia á transportes de cariño, que caían en el corazón de la virgen como fuego, avivándole el impulso de querer. ¡Cuando Francesco creía llegar á la fin del idilio dejábala más enamorada que nunca. Y es que la Muñeca se imaginaba inferior á su amante, no como dueña y señora de su albedrío, sino como esclava que es feliz cuando el amo se digna mirarla compasivamente. En los enfados que fingía Francesco no recelaba ella el artificio, sino que le declaraba siempre con razón para creerla culpable.

— Le tengo lástima — me decía Francesco, — porque si le pidiera la sangre, se abriría las venas. No sé cómo acabar, y sin embargo es preciso. Apretando los puños añadió rabiosamente:

— ¡Si no le tuviera lástima!

Yo vi agitarse á mi *Muñeca* en la penumbra con airado estremecimiento, y repliqué:

— Acaba pronto; es infame que la hagas sufrir así. No la mereces.

Acres y duras debieron parecerle estas palabras, porque frunció el ceño. Había yo abierto brecha en su vanidad, y la pícara no le dejaba descubrir cuán justo era mi reproche. No se me escapó el aire de reto conque me dijo:

— ¿Que nó?... Tú lo has de ver. Súbete mañana, entre siete y ocho, al Rondín Alto.

II

Los dos amantes paseaban todas las noches por los jardines del Rondín, aprovechando aquel sitio silencioso, cuasi oscuro, en que tenían enredaderas olorosas, jazmines que perfumaban el ambiente y bancos rústicos donde charlar con más sosiego: conocía yo aquel escondite, pero nunca fuí á visitarlo para que no pareciera que sorprendía á mi amigo. El banco señalado para esperar estaba en un recodo de los andenes, y á través de las hojas de los árboles filtrábase tímidamente la luna produciendo un claro oscuro tentador; el lugar resultaba apetecible, pero mi amigo era demasiado grueso para ser romántico.

De allí á poco llegó la pareja y se acomodó cerca de mí: habíamos pactado no reconocernos para que yo pudiese atisbar con más holgura. Haciéndome el distraído examinaba de reojo á la Muñeca: guardaba no sé qué aire de la mía, pero era menos esbelta y graciosa; tenían, sin embargo, las dos la propia palidez de muerte y el mismo tinte mate en los cabellos; los ojos tan azules, pero los de la Muñeca real más vivos, más ardientes y apasionados, y al recoger las pupilas — lo cual hacía con desusada frecuencia — creíanse dos puntas de alfiler que se clavaban en la carne. Estaba siempre seria, y me pareció dolorida y triste; pero escuchaba á su amado atentamente, como si él hablara cosas peregrinas y profundas que le iluminasen el espíritu.

A decir verdad, también á mí me tenía pasmado Francesco con su charla; nervioso, exaltado, tocaba todos los registros de la ternura y parecía aquella noche loco de amor. Hablaba de su cariño con tal apasionamiento, que me hizo dudar, y de cuando en cuando, la frase era balbuciente, el período obscuro y la voz fatigosa: comprendí que trasteaba en su cerebro una idea que él no sabía como traducir y que le producía escalofríos.

La luna estaba más alta y caía ya de lleno en el ambiente, bañándonos de luz tibia y suave; me puse á mirarla de hito en hito, entornando los ojos. Oí que Francesco decía:

— «Duerme.»

Apagó la voz como si no quisiera despertarme, pero en realidad á él no le importaba mi sueño: era la idea vergonzosa que le abrasaba el cerebro y se le helaba en los labios: lo comprendí, porque la Muñeca repetía asustada:

— Más bajo, no grites...

Y eso que maldito si podía yo entenderle. Volví los ojos disimuladamente: Francesco estaba cuasi pegado al rostro de la niña, y tenía la cara como ascua de fuego por lo encendida y roja; la Muñeca, no menos ruboriza-



da, había doblado la cabeza sobre el pecho como si no pudiese con la honda pesadumbre de las ideas que se atropellaban en su imaginación; agitábasele todo el cuerpo y golpeaba con los pies nerviosa é

impaciente la arena. — «¿Qué estará diciendo ese bárbaro?» — me pregunté. A la postre le irritó el silencio de su amada y levantó con imperio la voz:

— Pero contesta... ¡pareces tonta!

La Muñeca hizo un esfuerzo, se irguió, moduló no sé qué cosa apagada y dobló otra vez la cabeza sobre su seno de virgen. Esto se repitió una porción de veces. El la increpó con rabia:

— ¡Contesta, digo!

Y ella sin deshacer la postura:

— No grites... más bajo.

— ¿Pero vas á estar burlándote toda la vida de mí?

Juntó las manos, y retorciéndolas como si sufriese un espasmo doloroso, replicó:

— No sé... no sé...

¡Ah, el pérfido! Fingió quejarse; su acento tenía todas las inflexiones, todas las tristezas del dolor desengañado: «Ya sé que no me quieres, lo sospechaba...»

La Muñeca se incorporó radiante de frenesí; le miró cara á cara, con la boca húmeda, empañados los ojos:

— Pero eso es horrible, — dijo.

— Mejor será que todo concluya.

— Te amo.

— Sí, sí, decirlo cuesta poco... pero ya ves... ¿te figuras que soy tan tonto que me fíe de palabras? Tú te habrás dicho: «casémonos.» ¡Si se pudiera deshacer el matrimonio tan fácilmente como se hace! Pero yo no me entregaré sino bien seguro de la felicidad... y contigo, contigo ya sé que es imposible.

Y se levantó el malvado, diciendo secamente:

— ¡Adiós!

La Muñeca extendió el brazo, hizo presa en la americana, le atrajo ra-

biosamente, se levantó también, vaciló un momento y murmuró casi desfallecida:

— Bueno... haz lo que quieras de mí.

Y echó á andar, recogiendo con graciosa coquetería las faldas, y volviendo la cabeza recelosa y tímida para ver si yo dormía aún. Pude oír á Francesco que le decía:

— Mañana á estas horas... tenlo todo preparado, ¿sabes?

III

Al día siguiente dije á mi amigo: «eres un infame»; él se echó á reír y me invitó á que volviese por la noche á los jardines. Fuí: ya estaban ellos en el banco: me pareció la Muñeca más pálida y ojerosa; diríase que había llorado mucho ó que tuvo fiebre: iba vestida de negro con mantilla y pañolón, como dispuesta á un viaje, y manejaba un hatillo.

— ¡Holá!... se la lleva, pensé.

Al sentarme yo hizo un mohín de disgusto. Estaba desconocida; debían saltarle los nervios, porque hablaba mucho y locamente, como si quisiera embriagarse en fuerza de hablar. La noche anterior no me había acordado de mi *Muñeca*, pero ahora la veía claramente... y confieso que ya no se parecían: la de Francesco había humanizado más; la mía era más ideal que nunca; era ya como sombra vaporosa, impalpable, muy lívida y muy triste, que está á punto de desvanecerse. Y explicaré el caso á los que crean que me gusta jugar á los fantasmas: no había en aquella visioncilla más que el reflejo de mis tristezas y de mi desilusión. ¡La Muñeca de Francesco era ya mujer como todas, que caía en el prosaísmo del amor por el lado más vil y estúpido, enamorada locamente de un manco forzado como un gañán, bajo y rechoncho, cara limpia de pelo por lo afeitado, gruesas las facciones y los ojos apagados! ¿Qué había visto en él la Muñeca para enamorarse? Precisamente, por lo vulgarote del tipo, habíame yo encariñado con la idea de una mujer fina, dulce, más nervio que fibra, más espíritu que nervio, ¡y ahora sólo veía carne apasionada de la carne soez! No había en Francesco, figura de Sancho vestida de señor, el más ligero tinte de belleza física ni moral que justificase y poetizara el sacrificio ó la abnegación de la mujer. Faltaba, pues, el medio ambiente y mi *Muñeca* se borraba, se perdía como ensueño ó como una nube de humo en lo azul...

De estas abstracciones me distrajo la voz aflautada y alegre de Francesco:

— Te traigo un regalo, — dijo.

— ¿Un regalo? — preguntó la Muñeca. — Y casi al mismo tiempo, pensé yo:

— ¡Un regalo! Ah, tuno... ¡La escuela de todos los seductores!

«Sí, le traía un regalo de inestimable valía; lo más delicado y más rico que podía ofrecerle en semejantes circunstancias...»

— No grites... más bajo, — repitió ella.

Pero él, que no estaba coloradote como la víspera, y que además tenía empeño en que yo le oyese, haciendo un gesto teatral y diciéndolo muy grave, exclamó:

— ¡Te devuelvo... tu palabra! No quiero que padezca tu decoro.

No sé lo que pasaría por la Muñeca; fué acción rápida como el pensamiento. La vi levantarse y hacer primero un mohín de desdén indecible, encogiéndose de hombros; la vi en seguida ponerse roja de vergüenza, y á poco cuasi verde de rabia; su mirada, aquella mirada que llegaba á la carne como punta de alfiler, aparecía radiante por el fuego de la indignación; revolvía nerviosamente el hatillo entre sus manos. Y todo fué breve como relámpago de luz. Sin decir palabra, muda, pero con aquel gracioso encogimiento de hombros; con aquel fruncir de cejas contrariado; con aquel repliegue de labios que era mueca divina de desprecio; con aquella soberbia figura del orgullo herido, echó á andar despa-ciosa, tranquila, sin desmayos en aquel gentil despego intraducible, sin volver un punto la mirada atrás ni dar un traspiés que acusara vacilación en aquella voluntad formidable que era puro nervio.

Vi con asombro como se alejaba: no había imaginado jamás una muñeca así, y aunque me exponga á las muecas irónicas de los lectores, confesaré (y juro que es verdad) que en aquel punto mi *Muñequita* volvió á salir de su escondrijo (mi mente), otra vez como radiación de luz, y observé que se alejaba en pos de la realidad, hasta confundirse con aquella mujer que desaparecía detrás de los árboles, evaporándose como un perfume más.

— Esto es hecho — dije á Francesco, — nos quedamos sin Muñecas.

J. F. LUJAN



GARCIA Y RODRIGUEZ



Exposición Robira (Escudillers, 3, 7 y 9).

PAISAJE

Ayuntamiento de Madrid

DIONISIO BAIXERAS



RECORDANDO EL TIEMPO VIEJO

Exposición Rótna (Escudellers, S. 7 y 9).



LA VUELTA DE LOS HERMANOS ⁽¹⁾

TRADICIÓN DE LA PALMA (CANARIAS).

os que visiten la isla de la Palma, situada en el archipiélago canario, forzosamente han de ir á la Caldera; si no fueran, si arredrados por las molestias del viaje hasta los rigores del camino, que de ambas cosas hay, salieran de la isla sin recorrer el hermoso reino que el gran rey guanche Tanausú ilustró con sus hechos, eternizando en ellos su memoria, no es mucho decir, usando de una frase popular, que no tendrá perdón de Dios; pues no es posible que el Sumo Hacedor deje sin castigo al que se muestre indiferente á las manifestaciones eternas de su grandeza infinita. En Canarias no hay cosa que se iguale á la Caldera; en el mundo no habrá tal vez quien la supere. Y estas no son exageraciones de viajero ni fantasías de soñador; esto es lo que todo el que allí va dice; lo que los sabios han escrito sobre aquel vastísimo recinto, cráter que llameando, humeante, desbordándose en torrentes de inflamada lava que se precipitaba al mar en ancha catarata, surgió del fondo del Océano, cual si éste fuera incapaz de sostenerlo en sus entrañas en fusión. El sabio Humboldt llegó atraído por la inmensa fama del coloso, y allí se quedó tres días asombrado y absorto, leyendo en los agrietados flancos de las montañas que coronan la Caldera, las páginas primeras de la creación del mundo allí escritas por la mano misma de Dios, con caracteres que el tiempo petrificó más tarde; otro sabio también célebre, Berthelot, llegó ya preparado su ánimo á ver una maravilla, y al avistar el abierto abismo, se postró de hinojos y adoró á Dios en aquella obra suprema de la naturaleza; porque la realidad le daba una maravilla más grande aún que la que imaginó su fantasía. Y otro viajero ilustre, á quien se le ponía en parangón el Teide de Tenerife con la Caldera de la Palma, decía rechazando el paralelo: «No hablemos del Teide. Montes altos he visto muchos en mis viajes; pero Caldera no hay más que una.»

Hay, pues, que ir á la Caldera de la Palma; hay que ir para admirar á un tiempo la pequeñez del hombre, lo grande de la Naturaleza, la inmensidad del Dios Creador que tales cosas ha formado. Y los que vayan, cuando lleguen allí después de muchas horas de subir á seis mil pies de altura, con unas cuatro leguas de desarrollo para luego bajar esa misma distancia, y volver á subir otra no mucho menos importante, tened por seguro que dan por bien empleadas las fatigas de esos descensos y esas ascensiones, lo arriesgado de un viaje en que un mal paso ó un tropezón del mulo lanzarían el cuerpo del turista á precipicios insondables en que antes de llegar al fondo se asfixiaría por falta de aire, si para ello le dieran tiempo las puntiagudas rocas que le harían pedazos en su caída. Si; todo lo darán por bien empleado al ver el magnífico espectáculo, el panorama sorprendente, y cuya descripción no pueden hacerla ni la palabra porque es torpe, ni la pintura porque es limitada, ni el hombre de ciencia con sus secas descripciones, ni el poeta con sus descoloridas imágenes. Porque figuráos lo más grande que podáis concebir, lo más heimoso, lo más severo: pues bien, la Caldera es más, pero mucho más que todo cuanto os hayáis imaginado.

¿Qué vale, ni qué es, ni qué significa, ni qué idea puede dar de ese gran accidente de la naturaleza, decir que es un antiguo cráter de elevación, que está situado á doscientos metros sobre el nivel del mar, y cercado por montañas que tienen de 2.500 á 2.600 metros de altura? ¿Qué es, ni qué significa, ni qué vale decir que su circunferencia mide seis leguas, dos su diámetro, y cerca de media su profundidad? ¿Cómo pintar, cómo representar, el espectáculo que ofrece aquel círculo formado por montañas de basalto, inmensas masas que por sí solas bastarían á dar nombre á una comarca, y que allí se agrupan para ser parte integrante del coloso? ¿Ni cómo dar idea del silencio religioso que allí reina, y que desde luego os persuade de que estáis en un templo más severo, más digno del Eterno que todas las catedrales del mundo, porque en éstas se adora á Dios en las imágenes convencionales, conquese el hombre se le representa, mientras en la Caldera parece que se le adora en espíritu, en su casa; no en el ara que los hombres fabricaron, sino en la que él mismo se fabricó para su gloria? ¿Cómo representarse el panorama delicioso que ofrece á la vez, ver allí representadas las flores de todas las zonas del mundo, el pino que habla del Norte y el naranjo que necesita de los rayos de un sol de fuego para vivir, el nogal de los países fríos, la chumbera de las temperaturas cálidas? ¡Nó! La Caldera no se explica, no se pinta, no se describe. Se la ve, se postra uno ante ella como Berthelot, y la sensación que se experimenta al mirarla desde la boca del barranco de las Angustias, ó desde el desfiladero de Adamacansís, es el más rendido tributo de adoración que se le puede prestar. Las impresiones que produce se experimentan, no se comunican. Cuando el alma siente en demasía, la lengua calla, sólo el corazón habla... pero habla con latidos, y éstos no se trasladan con la pluma al papel, ni se fijan con los pinceles en el lienzo.

II

Largo y penoso es, yendo hacia la Caldera, el camino de la Cumbre; pero la agreste hermosura de la subida, el panorama que desde allí se contempla, el paisaje que en todo él se desarrolla, compensan con exceso las fatigas de la ascensión. Desde media ladera, el viajero ve á sus pies las nubes algodónadas que parecen seguirle, y por sus rotos jirones le dejan entrever la ciudad dormida á orillas del vasto mar que la acaricia con sus olas, festoneando de blanca espuma sus costas áridas y abruptas;

ve el cielo sobre su cabeza y el sol que brilla con imponente majestad. A derecha é izquierda, hondos precipicios: de un lado, el barranco de los Pájaros, de otro, el barranco de Aguasensí; y bordeando la estrecha vereda pedregosa que suben trabajosamente los mulos, afirmando el duro casco en las grietas más delgadas ó en las salientes más imperceptibles de las peñas, fayas, brezos, higueras, castaños, pitas y nopales, por entre los cuales vuelan los mirlos y los capirotos, dejando oír un melodioso canto que vienen á turbar los graznidos de los cuervos y los cernícalos; de trecho en trecho, por entre un claro de los árboles, se ve la cima de las montañas que forman juntas la cumbre; y sobre el horizonte azul, destacan su silueta sombría los verdes pinos que, vistos de lejos, simulan interminable procesión de frailes que marchan en rogativa á algún cercano monasterio.

Abundan en este camino los sitios poéticos en que el alma se complace en soñar; pero hay uno que, siempre que por él paso, llama particularmente mi atención; y es que á él va unida una lúgubre historia que me refirió el guía, la vez primera que recorrí aquellos lugares.

A la derecha del camino en un recodo que hace la vereda ya próximo á la cumbre, como que está situado en la penúltima vuelta y son muchas las que da, se abre en las piedras que forman como un muro de pocos metros de extensión una piadosa hornacina, y en ella se ve una cruz de madera rodeada de flores y protegida por un cristal, lo mismo de las irreverencias de los chicos que de la curiosidad de los que pasen.

El guía Antonio, uno de los más prácticos de la Cumbre y que cumpliendo su oficio iba nombrando todos los lugares que recorriáramos, alzó la voz al llegar á aquel sitio y dijo:

— La Vuelta de los Hermanos.

Y al mismo tiempo se santiguó devotamente.

— ¿Qué hermanos son esos? — le pregunté.

— Es largo de contar, — me dijo.

— Pues empieza, que camino hay más que suficiente para que tengas tiempo de decir la historia, si lo es.

— ¡Vaya si lo es, señorito, vaya si lo es! Una historia muy triste, sobre todo, y muy verdadera.

— Pues habla, que ya te escucho.

Y acomodándose en el mulo que, abandonado á su instinto seguía á su capricho las vueltas todas del camino, me preparé á oír lo que el guía iba á contarme.

Dijo así.

— Hubo un tiempo, señorito, hace ya muchos años de esto, que ahí, en la Banda vivían dos hermanos. Hasta entonces se habían llevado bien, sin que dieran á decir ni lo más mínimo; se querían entrañablemente, y como eran huérfanos de padre y madre y se habían criado juntos, parecía que en toda su vida se habían de desunir.

Pero ¿quién puede responder de lo que ha de pasar en este mundo? Sucedió que un día, uno de los dos se enamoró perdidamente de una de las muchachas más hermosas de los Llanos, que cuando se hablaba de ella, en toda la isla pasaba por ser la mejor. Pero lo malo de todo fué, que el otro hermano también se enamoró perdidamente de la misma mujer, hasta el punto que comprendía que aquel amor iba á ser la desgracia de su vida, y sin embargo, la amaba porque no podía dejar de amarla.

Por mucho que los dos hermanos se empeñaran en ocultar sus sentimientos no era posible, tratándose de pueblo chico y cosa que en tan alto grado llegaba á interesarles á los dos. Uno y otro hicieron esfuerzos para apartarse de aquella mujer que los desunía sin querer, que rompía los dulces lazos que había puesto al cuello cadena de amistad fraternal y pura; pero el empeño era superior á sus fuerzas, y sólo atestiguaba lo mucho que se habían querido los dos hermanos. Como los dos eran buenos, juntáronse un día y decidieron presentarse á la moza objeto de sus ansias á confesarla su cariño para que ésta eligiera entre uno y otro. No hay que decir, que antes de esta reunión se comprometieron á que el desdichado se iría de la Banda primero, y de la isla después, dejando al otro que gozase libremente su felicidad. ¡Qué dudas! ¡Qué vacilaciones para resolver aquella cuestión!...

Lo hicieron como lo pensaron. La doncella, requerida, eligió á aquel que había hecho latir primero su corazón de niña enamorada. El otro hermano se resignó: aquella misma tarde salió de la Banda, y no volvió á hablarse más de él.

Pasó el tiempo y adelantaron los preparativos de la boda. Ya estaba todo dispuesto, fijado el día, y el hermano favorecido tuvo que ir á la Ciudad, como por aquí llaman á la capital de la isla. Alegre y satisfecho bajaba la Cumbre pensando en que á la mañana siguiente estaría ya de vuelta, cuando al pasar por ese sitio donde ha visto usted la cruz, al dar el recodo, vió que se enderezaba ante él una sombra. Era valiente, y no retrocedió; conoció á su hermano, y algo siniestro y horrible debió leer en su semblante, porque en vez de correr á su encuentro y abrazarle, dió un paso atrás y preguntó:

— ¿Qué quieres?

— Matarte o que me mates, lo mismo es, y aun sería mejor que yo fuera el muerto, ya que soy el aborrecido.

— ¿Estás loco?



(1) Del libro en preparación: *Tradiciones Canarias*, de don Eugenio de Olaverria y Huarte, con dibujos de don Ubaldo Bordanova.

— Sí, loco de amor por esa mujer que me desprecia á mí sin causa, y que á ti te prefiere sin motivo. Yo no quiero que sea tuya ni de nadie; ha de ser mía, y para eso sobramos uno de los dos. He tratado de olvidarla y no lo he podido conseguir. La odio, te odio á ti también. Ya te lo he dicho: ó me matas ó te mato.

— Déjame pasar, hermano.

— No pasarás. Tenemos que reñir hasta que uno de los dos muera. Para el que viva será el amor de esa mujer.

— Ese amor es mío, y no puede ser de nadie.

— Por eso quiero que me mates ó matarte.

— Lo que dices es imposible. ¡Matarnos tú y yo!...

— Sí; uno de los dos está de más.

— Ella me ha preferido libremente.

— Nada tengo que ver con eso. Me han dicho que te vas á casar, y no, no ha de ser, y á impedirlo vengo yo. Vamos, saca tu cuchillo, que yo aquí tengo el mío.

Y blandía con desesperación el ancho cuchillo canario, que llevan todos los aldeanos para picar el tabaco, y limpiar de cuando en cuando la *cachimba*.

Su hermano quería disuadirle, pero no lo pudo lograr.

— Te he dicho que

no. Sólo hay un medio, véte; déjame con ella, y que sean para mí sus caricias y sus besos.

Un rugido le respondió:



— ¡Calla! ¡Calla! Esa mujer es sólo mía.

— Pues riñe.

— Reñiré.

— ¡Por fin!...

Entonces pasó una cosa horrible. Los dos hermanos habían sacado sus cuchillos, y se asestaban golpes que unas veces paraban y otras no, porque la noche había cerrado y era muy oscura y tenebrosa. Como si la naturaleza hubiera querido manifestar su indignación contra aquella lucha fratricida, veló sus estrellas, y desencadenó una tempestad furiosa, que retumbaba con espantoso estrépido en los barrancos de las inmediaciones. La lucha siguió ruda, tenaz; de cuando en cuando, la hoja acerada del cuchillo encontraba la carne, pero ni un ¡ay! ni un grito, salía de aquellas bocas contraídas por la rabia... Y el viento silbando furioso, como por estos sitios silba entre las ramas de los árboles, el eco ensordecedor de los torrentes que se desbordaban por los barrancos, la lluvia que caía copiosa, y el estampido de los truenos, que parecían la voz irritada de Dios amenazando á los Caínes, acompañaban aquella pelea sacrilega en que la voz de la sangre permanecía muda...

Al día siguiente amaneció un día hermosísimo. La tempestad había limpiado de nubes el horizonte, de nieblas importunas las montañas; brillaba el sol, y los primeros aldeanos que vinieron de la Banda á la ciudad retrocedieron con espanto. En mitad del camino, tendidos uno enfrente de otro cual si en la misma muerte fueran enemigos, en un charco de sangre que la tierra empapada parecía rechazar, y que manaba de las cien y cien heridas de su cuerpo, yacían los dos hermanos que muchas horas antes habían dado su alma á Dios.

III

— Desde entonces, — siguió diciendo el guía — los aldeanos de la Banda á quienes la noche sorprende cerca de este sitio, lo cual es raro porque pocos pasan la Cumbre de noche, al llegar á la Vuelta de los Hermanos sienten como impulsos irresistibles de correr, no obstante lo peligroso del camino, y apresuran el paso por lo menos, persignándose al pasar por delante de esa cruz, que recuerda el crimen horrendo que aquí cometió la locura de dos hombres. Dicese que en las noches oscuras y tempestuosas vuelven las almas de los dos hermanos, y á la luz de los relámpagos renuevan su espantoso desafío; y aun se cuenta de uno de Taracorte, que sorprendido aquí una noche asistió al hecho oculto tras una peña del camino, y tal fué su horror y tal el susto, que en cuanto rompió el alba volvió á su casa, se acostó, y murió tres días después, de una enfermedad que el médico no acertaba á definir.

Calló Antonio, y callamos también nosotros. Habíamos seguido subiendo entre tanto, y llegábamos ya al último palo del teléfono que se ve desde la ciudad.

— ¡La Cumbre! — exclamó el guía.

Y olvidando la lúgubre historia que acabábamos de oír, nos inclinamos para tender nuestra mirada por el magnífico panorama que se desarrollaba ante nosotros, bañado en luces diamantinas por el sol.

EUGENIO DE OLAVARRIA Y HUARTE

LA MODA EN LO LITERARIO

Es usted impresionista?

— ¿Es usted naturalista?

— ¿Es usted decadente?

Y la persona á quien, dentro de la conversación literaria, se dirijan semejantes preguntas, inspirada, como es de suponer, por sano criterio, no podrá menos de contestar:

— ¡Hombre! Yo entiendo que en las manifestaciones del arte, á nada conducen semejantes clasificaciones: me gusta lo bueno, ó lo que yo entiendo y conceptúo por tal; y, ajeno á esas luchas de escuela que todo lo empujefiecen, prefiero lo que me haga sentir á lo que me deje impasible, aunque frailes descalzos me prediquen que debo entusiasmarme con unas cosas y odiar otras.

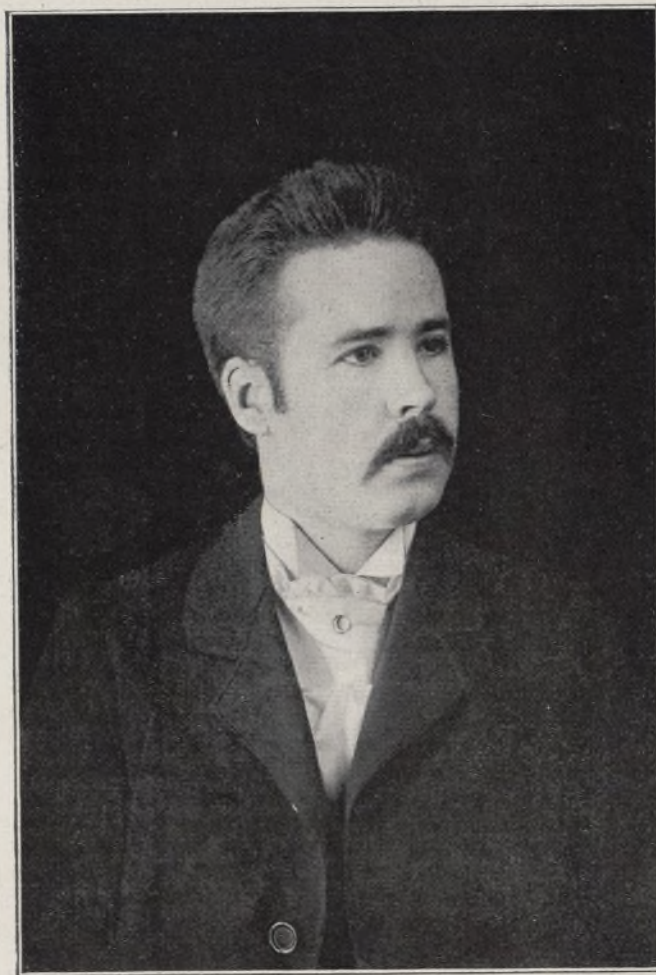
Y acaso consista esta opinión del consultado, como la mía, en nuestra escasa afición á seguir las Modas.

— ¿Las modas?

— Sí, lector amigo. La moda, que á todo alcanza y en todo domina, no podía menos de llevar su avasallador influjo al mundo de las letras, y de tal suerte lo ha hecho, sobre todo en España, que en la inmensa mayoría de la producción literaria suele verse siempre el patrón cortado y el figurín. Los escritores que se consideran más independientes y originales, no tienen inconveniente en vestir sus obras con arreglo al modelo, extranjero ó nacional, más en boga.

Y esto hoy, como ayer y como anteayer.

Presentes están aún en la memoria de los viejos, las luchas de clásicos y románticos; aquel romper moldes antiguos, sistema que se trajeron los imitadores de Víctor Hugo, quienes, no limitándose al terreno literario, dieron origen y vida á las melenas desgrefiadas, las barbas incultas, los rostros demacrados y cadavéricos, y la descuidada indumentaria de los cultivadores del género. El tósigo, el dogal, el cementerio, la iniciada lucha de clases, el conflicto de pobres y ricos, de hijos y padres, el puñal blandido, la espada desnuda, el veneno como recurso supremo en numerosos desenlaces; lacayos que merecen ser ministros, bandidos que merecen ser emperadores, meretrices que casi, casi, reclaman altares y oraciones... allí estaba el éxito único, el triunfo evidente y claveteado; y, para lograrlo, ningún respeto merecía la historia, ningún estudio el corazón humano. El teatro, la novela, la poesía lírica, — ésta sobre todo! — las múltiples manifestaciones de la producción literaria, no seguían otros cami-



MTRO. ARTURO ALARCÓN.

Fot. Mondet y C^a

Autor de la pieza de música que acompaña á este número.



EN GUARDIA

nos que los abiertos por García Gutiérrez en *El Trovador*, por Gil y Zárate en *Carlos II el hechizado*, por Ceferino Suarez Brabo en *Verdugo y sepulturero*.

Era un vértigo que sufría todo escritor, y del que escasamente podían librarse algunos espíritus burlones, como Mesonero Romanos, Bretón de los Herreros ó Martínez Villergas, mientras la mayoría de los no escritores aplaudía con frenesí semejantes excesos, y los hombres se batían por el prestigio de la escuela romántica, y las mujeres reducían su alimentación y se entregaban al vinagre, para poner sus rostros de modo que armonizasen con la escuela literaria.

Una empresa editorial, la de Boix, tuvo la gloria de encauzar el gusto por nuevos derroteros, publicando el libro titulado: *Los españoles pintados por sí mismos*. Estudios sueltos de tipos, muy bien hechos algunos, caracteriza dicha obra una evolución en el gusto, como por el mismo tiempo lo habían caracterizado las «Escenas matritenses» de *El Curioso parlante*, y antes aún algunos de los inolvidables escritos de *Figaro*.

Y el género se puso de moda, y abundaron los estudios de costumbres, siguiendo con varia fortuna los modelos primitivos, más que las lecciones que encierra y ofrece pródigamente la naturaleza.

Surgieron más tarde las fabulillas, reñidas por punto general con la moral, en que fueron maestros Florentino Sanz, Miguel de los Santos Alvarez y algunos otros poetas; y tan copiosa fué la producción á la moda, que podrían llenarse con ella algunos abultados volúmenes. Es sensible deber abstenerse de citar modelos del género, porque semejantes trabajos tenían que correr forzosamente, como aun siguen corriendo, manuscritos. Pero de su caracter y tendencias puede dar idea la siguiente de Narciso Serra, una de las pocas que han logrado multiplicarse por la imprenta:

« A un Santo le tocó la lotería,
y á Dios le daba gracias noche y día;
pero un ladrón, que halló la puerta franca,
le robó con auxilio de una tranca.
Dios premia al bueno; pero viene el malo,
le quita el premio y le sacude un palo. »

Privó después lo que pudiera calificarse de « camelos literarios », en cuyo renacimiento tuvo gran parte, ó mucho me equivoco, Manuel del Palacio; y lo denomino renacimiento, pues su origen pudiera buscarse tal vez en un célebre soneto de Lope de Vega, en que después de minuciosa y poética descripción de un agreste lugar, termina:

« ... y en este monte y líquida laguna,
para decir verdad, como hombre honrado,
jamás me sucedió cosa ninguna. »

Tan de moda estuvieron hace treinta años semejantes composiciones, que, con ser muy buenas algunas, llegó el lector sensato á lamentar hubiera lucido el día en que Lope dió la pauta y aquel en que se produjo su renacimiento; repitiéndose una vez más el eterno caso del daño que produce todo innovador. Porque en literatura, como en el célebre anuncio comercial, ¡hay viles falsificadores!

Becquer, por ejemplo, con sus felices é inspiradas imitaciones de los grandes poetas alemanes, constituye una personalidad saliente y genial en nuestra literatura; pero inmediatamente después surgieron los imitadores del poeta sevillano, y nos hicieron sospechar si habría sido preferible que no existiera el maestro, con tal de no tener que sufrir á los discípulos.

Campoamor ha cometido igualmente el pecado de haber dado nacimiento á dos órdenes de composiciones que, generalizados por la moda y por el espíritu de imitación, nos han producido muy malos ratos. Las *Doloras* y los *Pequeños poemas* han sido el modelo en que se han inspirado y el patrón por que se han vestido algunas generaciones literarias. Hoy, infinitas colecciones de *Doloras* y de *Pequeños poemas* ocupan por derecho propio el cesto de los libreros ambulantes y los altos montones de la feria.

Los imitadores de Núñez de Arce, los imitadores de Barlar, los poetas coloristas, los impresionistas, los naturalistas, los decadentes, todos ellos no pasan de ser variaciones de imitadores que se acomodan al tiempo, á las circunstancias y hasta al gusto del público, siquiera no esté bien probado que el público entiende mucho de semejantes escuelas, convencido como se halla, siguiendo la máxima de Boileau, de que

tous les genres sont bons
hors le genre ennuyeux.

Esto es; que no puede proscribirse género alguno, ni carácter de composición, como no sean los que llevan el aburrimiento al ánimo.

Lo bueno en literatura, como en arte y en todo; eso es lo que no puede morir: eso es lo que no puede « pasar de moda ».

M. OSSORIO Y BERNARD

TOLEDO

(APUNTES DE MI CARTERA)

I

IGNORO por qué, al penetrar en la Ciudad primada, mi ánimo se sintió aguijoneado por la curiosidad, y se dispuso á admirar la población morisca; verdad es, que ante la *Puerta del Sol*, detiene el paso el más indiferente, y la estudia y la reverenciaria, si fuera posible y admitido reverenciar las obras de Arte.

Yo, que nunca aplaudo lo esencialmente cristiano, por sólo el hecho

dos vestigios de la Judería, del suntuoso S. Juan de los Reyes (2), destaca y se agiganta aun en medio de tanta preciosidad, la Catedral, construída en tiempos de Fernando III, el Santo, que puso la primera piedra en 1227; aunque se concluyó en 1492, en el siglo pasado se le añadieron algunos adornos (?). Pertenece, en total, al siglo XIII. De los artífices, sólo se conoce el nombre de uno, Pedro Pérez, maestro de la iglesia toledana, que falleció en 1285.

Diría, si de chiflado no me tildaran, que ante la filigrana que atesora, es imposible, al menos inteligente sentir la devoción que requiere y debe inspirar la Casa del Señor. Las setenta y dos bóvedas ojivales que forman la techumbre, son otros tantos caminos que parecen transportar al creyente, del mundo terrenal al celeste, donde la fantasía y la fe ve rendir tributo fiel de admiración y temor santo á las labradas y gallardas agujas y pináculos que coronan el templo.

El retablo de la capilla mayor es un excelente ejemplar del estilo ojival, labrado y estofado, en madera de alerce, á expensas del cardenal Cisneros, que de su munificencia, gusto artístico y amor á la Ciudad imperial, dejó recuerdos valiosos en tan sagrado recinto.

La soberbia sillería del coro es de nogal; fué tallada según el estilo *plateresco*, por Borja y Berruguete, que trabajaron en competencia: también tomó parte hacia 1494, maese Rodrigo, de quien es la sillería baja. Consta de más de 70 asientos, profusamente labrados; las columnas de los arcos que sirven de dosel al cuerpo principal, son de jaspe.

El trascoro es también notable; pertenece su primer cuerpo al ojival, y lo mismo el cuerpo superior, excepto el centro, que es

(2) Los reyes Católicos, Fernando é Isabel, en su contienda con los portugueses, terminada con la victoria de Toro, cumplieron su solemne voto ofrecido antes de la guerra, de construir el templo, llamado de S. Juan de los Reyes, principiando la obra, según proyecto del maestro Juan Guas, en 1477, y terminándola en 1610. En 1808, los franceses lo mutilaron bárbaramente, en particular el claustro ojival.

El interior es de una nave. Como característico, citaré el friso compuesto del escudo de España, en tiempo de los fundadores del edificio, repetido y combinado con estatuas; bajo dosel éstas.



SAN JUAN DE LOS REYES (TOLEDO).

Fot. de Hauser y Menet, Madrid.

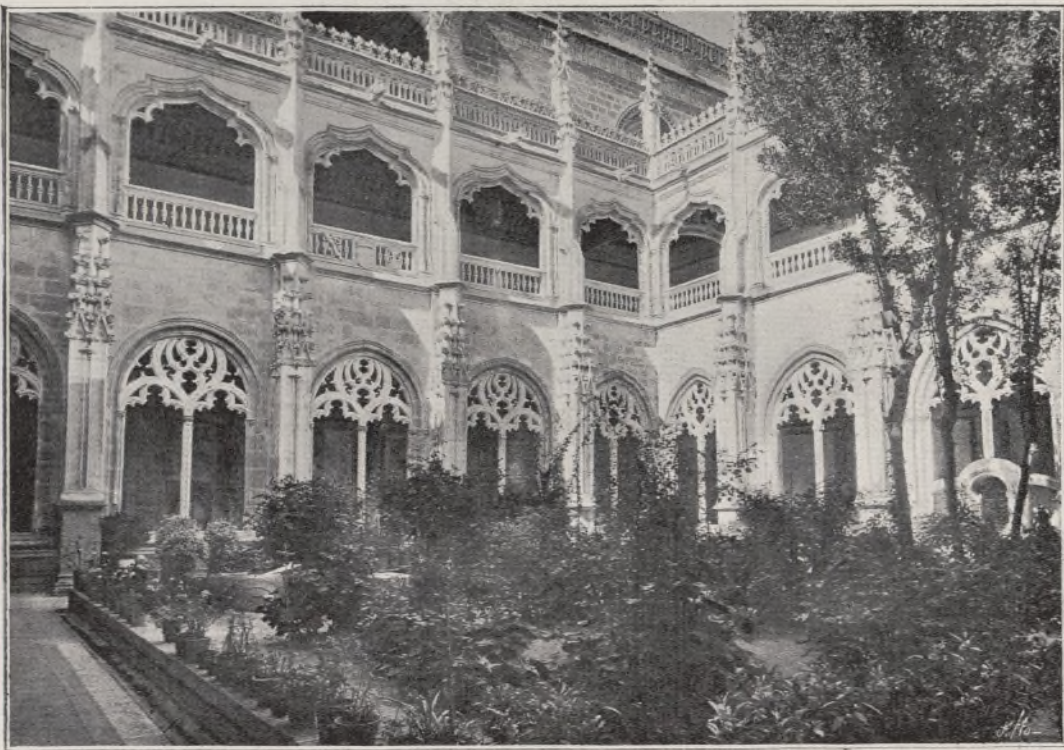
de serlo — artísticamente hablando, — ni censuro ó desprecio por sistema, lo emanado de religiones distintas de la Católica, — cuando es bueno, — me quedé extasiado ante el principal, entre los ocho ingresos de la amurallada Toledo, llamado del Sol, no solamente porque este astro baña espléndidamente tan grandioso monumento, sí que también — permítaseme la frase, — porque de sus delicadas lacerías, cuando Febo se oculta por la densidad de las nubes, parten reflejos vivísimos de luz que ofuscan al inteligente y le obligan á retirarse á conveniente distancia, desde donde puede juzgarse la obra, construída indudablemente en las postrimerías de la dominación musulmana.

Tal puerta, no es único monumento que sirva como de sutil pretexto á los toledanos para atraer al turista. Por ella se ingresa al museo de bellezas artísticas, Toledo, en el que no hay calle que no conserve su disposición árabe, angosta, lóbrega, empinada, y afectando en sus rompimientos de la línea, plazuelas reducidísimas; ni hay calle que no muestre arcos y artísticas portadas árabes, ojivales y platerescas; ni fachada que no conserve herrajes, y aleros de exquisitas labores, y ornacinas cobijando devotas imágenes, iluminadas en las noches por tenue lucecilla, tal como la edad media lo dispusiera.

Aparte estas notas artísticas, y de la sinagoga Sta. María la Blanca (1), de los precia-

(1) Aunque fué sinagoga, no es construcción judía; pertenece al segundo periodo de la arquitectura árabe. Debíó emplearse para sinagoga después de la reconquista de la ciudad por Alfonso VI, hasta 1405 que se consagró, según la inscripción de la puerta occidental del edificio.

Desde 1550 á 1600 fué refugio de mujeres arrepentidas; ahora pertenece á la Comisión de monumentos.



PATIO DE SAN JUAN DE LOS REYES (TOLEDO).

Fot. de Hauser y Menet, Madrid.

plateresco. El bellissimo medallón, con el Padre Eterno y las estatuas de la Inocencia y de la Culpa, obras ambas de Berruguete y de Vergara, superan al resto de la obra.

La capilla mozárabe es de irreprochable valor histórico-artístico; la de la Epifanía; la de la Concepción, con tablas pintadas y sepulcros tan característicos en los estilos ojival y plateresco; la de S. Martín, del Renacimiento; la de Sta. Lucía, con lienzos atribuidos á Rivera y á Maella; la de Reyes viejos, con pinturas de Juan Alfon; las de Sta. Ana, S. Juan y S. Gil, en cuyos muros se descubren recuerdos del siglo XIII; la de Santiago, costeada por el condestable don Alvaro de Luna, para guardar sus cenizas, etc., etc., hasta el número de veintitrés, en su mayoría con verjas de plata, son otras tantas obras de arte, así como las vidrieras pintadas,

que enriquecen este magno monumento del Arte cristiano español, reputado por algunos como el mejor de nuestra patria.

Entre las alhajas, que son muchas, especialmente copones, viriles de oro, plata y pedrería, artísticamente repujados, citaré el vestido, manto y corona de la Virgen del Sagrario, tan querida por los toledanos; la monumental custodia de Arfe; la cruz de Arfe; la cruz de la manga y el estandarte de argentado metal, del cardenal Mendoza.

II

Los concilios nacionales que se conocen del tiempo de la España goda, son diecinueve; uno, celebrado en el siglo V; dos, en el VI; y die-

F. BRUNET Y FITA



LA PUERTA DEL SOL (TOLEDO).

ciséis, en el VII. El primero se celebró, según unos, en Braga, ó en Caldas de Galicia, según dicen otros; el décimo sexto, constituido en Zaragoza, y los restantes en Toledo.

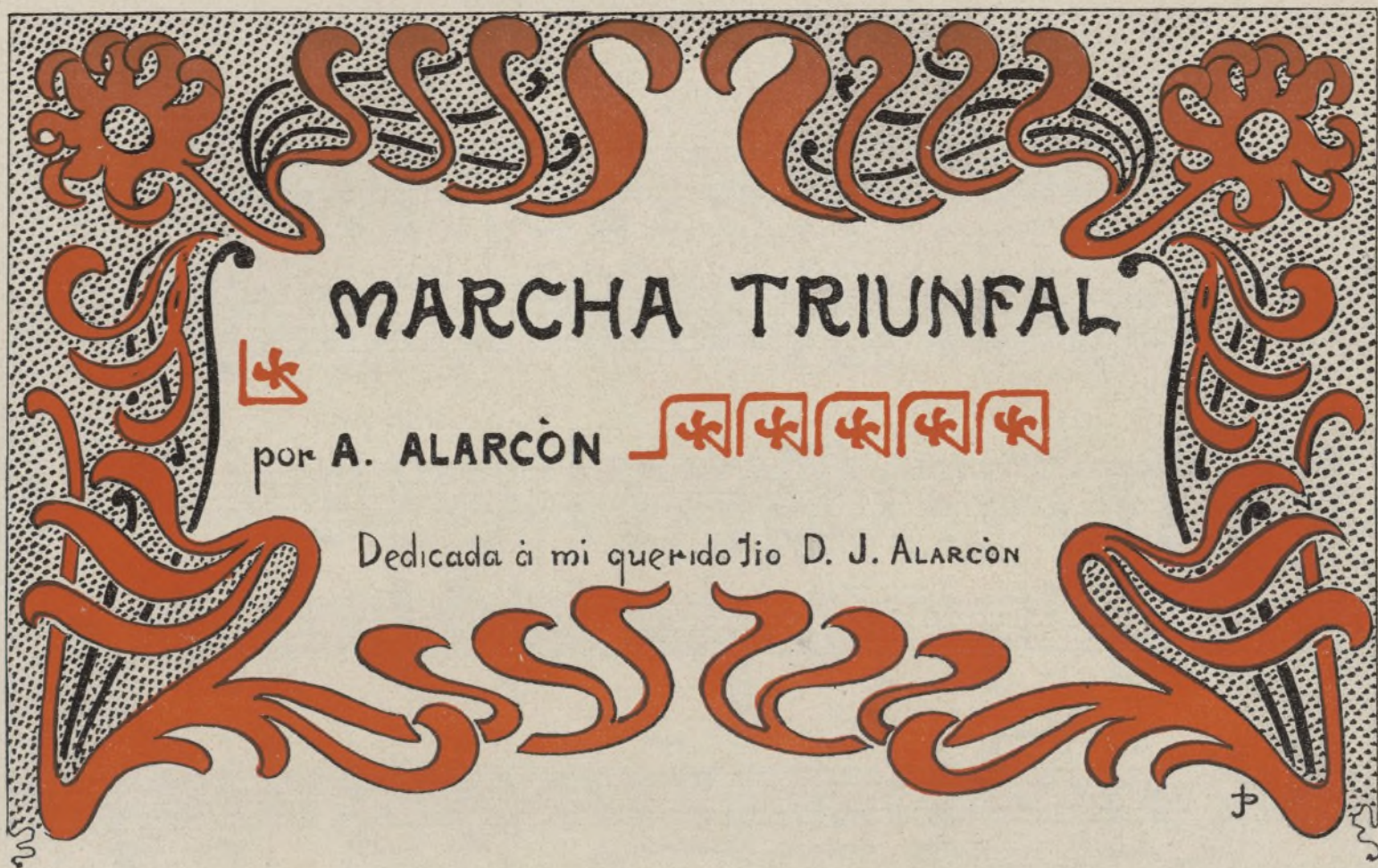
El primer concilio nacional se reunió en el año 447, por el Papa San León, con motivo de los priscilianistas; el segundo, que llaman Toledano III, el año 589, con asistencia de 67 obispos; el tercero, en 597, reinando todavía Recaredo; el cuarto, en 610, en el que se decretó que el obispo de Toledo fuese respetado por Metropolitano, según edicto real de Gundemaro; el quinto, en 633, con asistencia del rey Sisenando; el sexto, en 636; el séptimo, en 638; el octavo fué convocado por Chindasvinto, en el año 646; el noveno, en 653; el décimo, en 655; el undécimo, llamado el décimo Toledano, en 656; y los siguientes, en 681, por orden del rey Ervigio; en 688, para anular varias leyes de Wamba, á instancias del nuevo monarca Ervigio; otros en 684-688; 691 (éste en Zaragoza); 693; 694; y en

701, convocó el rey Witiza el último concilio nacional, que llaman Toledano XVIII.

III

Toledo tiene, para el arqueólogo, encantos irresistibles; para el poeta y el músico la clave de sentidas composiciones cristianas y moriscas; para el escritor la base de tradiciones y leyendas y de asuntos históricos; para el pintor paisajes y fondos de tan seductora belleza, como cuando la noche envuelve en su tupido manto á la amada ciudad reconquistada por don Alonso, y la luna, brillando en la bóveda celeste, describe siluetas gigantescas y traza la sombra de encrucijadas callejuelas, mudos testigos de nobles hazañas, de desafíos librados á los pies de florida reja y del triunfo glorioso de la Cruz salvadora sobre la media luna.

PEDRO GASCÓN DE GOTÓR



Marciale.

Piano.

f

p

cantabile con espres.

p

The musical score is written for piano and consists of three systems of staves. The first system is marked "Marciale." and "Piano." with a forte dynamic *f*. The second system continues the march tempo. The third system is marked "cantabile con espres." and begins with a piano dynamic *p*. The key signature is three flats (B-flat, E-flat, A-flat) and the time signature is common time (C).

The musical score is written for piano and consists of six systems of staves. Each system contains a treble staff and a bass staff, both with a key signature of three flats (B-flat, E-flat, A-flat). The music is written in a style typical of early 20th-century salon music, featuring a mix of chords, arpeggios, and melodic lines. Dynamic markings include *f* (forte), *p* (piano), and *cres* (crescendo). The score concludes with a double bar line and a final chord.

cres *cen* *do.*

Con moto.

f *p*

f *cres* *cen*

do

The musical score is written for piano and voice. It consists of six systems of staves. The piano part is written in a grand staff (treble and bass clefs). The vocal part is written in a single staff. The key signature is B-flat major (two flats). The time signature is 4/4. The score includes various musical notations such as notes, rests, accidentals, and dynamic markings. The vocal part includes lyrics in Spanish. The score is divided into sections by double bar lines. The first system has a key signature change to B-flat major. The second system has a key signature change to B-flat major. The third system has a key signature change to B-flat major. The fourth system has a key signature change to B-flat major. The fifth system has a key signature change to B-flat major. The sixth system has a key signature change to B-flat major. The score ends with a double bar line.

Ala S hasta
la S y sigue

poco menos.

tempo.

f

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.

ANTONIO TORRES FUSTER



DESDEÑOSA
185

Exposición Robra (Escudillers, 5, 7 y 9)

Ayuntamiento de Madrid

EL TELEGRAFO SOÑADO

Tiempo era ya, oh ciencia de rugosa frente, de pergaminoso pellejo, de ojos deslustrados y marchitos por la vigilia; tiempo era ya, severa institutriz de los hombres, enemiga del ensueño, de que pensaras en satisfacer una necesidad del orden puramente ideal; razón sería que al lado de las exigencias apremiantes y continuas del comercio, de la industria, del bienestar material, de la rapidez en los transportes,—y de la destrucción y aniquilamiento en forma de guerras—atendieses también al hondo impulso, á la magnética fuerza en virtud de la cual vive y se conserva, no sólo la raza humana, sino el universo, por la ley de atracción regido!

Y como no quiero hablar en enigma, apresúrome á declarar que esta jaculatoria á la ciencia se funda en las ideas que al pronto suscitó el descubrimiento de Marconi,—hoy perfeccionado por Nicolás Tesla,—á saber: el telégrafo sin hilos.

Aunque ya va gastándose nuestra facultad de admirar las maravillas de la susodicha ciencia, que nos brinda una sorpresa diaria, cuando se difundió la nueva del telégrafo sin hilos, tributamos al inventor el homenaje involuntario más cumplido y reverente: el de la *incredulidad*. No sólo no lo creímos, sino que la mayoría,—y no eran profanos, sino entendidos en la materia, ingenieros, electricistas,—lo negaron á machamartillo. Era esto de comunicarse al través del espacio, sin conductor, cosa que tenía algo de brujería, y á más, de brujería romántica y poética; género de cuento bonito para divertir á la infancia de la humanidad. Por otra parte, causaba una especie de inquietud vaga é indefinible, eso de suponerse en relación y comunicación, sin saberlo ni quererlo, con todos nuestros prójimos y semejantes; para decirlo de una vez, con el *alma general*, que sutil y difusa en el ambiente, á manera de luz que nos envolviese é iluminase sin que lo percibiéramos, pudiese á cada momento llamarnos, cuchichearnos revelaciones inesperadas, y nos sintiésemos rodeados de espíritus, cuyas pupilas invisibles nos estuviesen mirando fijamente, cuyas voces sin cesar nos susurrasen al oído.

Ello parecía magia, resurrección de los asombros medioevales de Alberto Magno; algo análogo á los jardines floridos que brotan sobre la nieve, á las selvas que en una noche visten el erial.

Hubo, sin embargo, quien dió crédito al anuncio de la telegrafía sin hilos, y forjó en su imaginación el descubrimiento, de manera graciosa y peregrina. Supusieron estos tales,—los enamorados—que hallándose muy descuidado y tranquilo en casa, en el paseo, en el teatro, de pronto, extraña sacudida nerviosa, repentino golpeteo del corazón, os advertía que *alguien* quería deciros *algo*: que una corriente eléctrica se establecía inmediatamente, y un mensaje dulce, afanoso, vehemente, se escuchaba, ó más bien se *sentía*: no era necesario que la voz formulase las frases que, en derecho y sin obstáculos, se transmitían de espíritu á espíritu; y así, por medio de este telégrafo pasional, se realizaba el dicho del poeta; repercutía en Cádiz un beso dado en Canton. El telegrama iba al corazón, porque del corazón venía; Psiquis se dirigía á Psiquis, dialogando. Preguntaba el amor; el deseo respondía; la voluntad se expresaba elocuentemente; y al diablo alambres, timbres, telegrafistas, sellos,—al diablo todo lo que no fuese el tierno latidito, el sabroso estremecimiento, la llamada que se recibe allá muy hondo...

Así, ¿no es cierto? así comprendíais el telégrafo sin hilos, vosotras, las madres que teníais el hijo en la guerra; vosotras, las esposas de esposo

ausente, anhelosas de saber si os recordaba y os añoraba, como le añorabais y recordabais á él; vosotras, las prometidas, siempre en espera del correo; y también, y acaso más aún, vosotras, las culpables, las que ocultáis el sentimiento, como se oculta el crimen, porque á crimen os lo imputaría el mundo, y que en la comunicación ideal cifrabais esa dicha breve é intensa, ese aliento que necesita la esperanza, para sostener la existencia torturada por la pasión...

No de otra suerte se figuraban *ellas* el invento de Marconi, pues no está la mujer obligada ni casi autorizada para entender de ciencia, y su derecho á soñar lo sanciona su misma inferioridad científica.

Y es el caso que la realidad, la escueta realidad, no admira menos que el sueño... pero se diferencia mucho de él.—La realidad la explicaré en breves palabras, sin tecnicismo. Si fué Marconi quien primero enunció este descubrimiento, Nicolás Tesla, el que lo perfeccionó y va á ponerlo en planta, merece el nombre del nuevo brujo, eclipsando á Edison con los prodigios que empieza á realizar. No bastaban los trabajos de Marconi para establecer la comunicación sin hilos, más que en forma difícil y cara; con los de Tesla, las ondas eléctricas que llevan en sus vibraciones las palabras, no reconocen límite ni obstáculo: pasan al través del aire, atraviesan el metal, cruzan de parte á parte la tierra,—con la misma velocidad vertiginosa conque camina la luz; sólo que la luz común y corriente, no se abre camino por los cuerpos opacos, y las ondas eléctricas, base de la telegrafía sin hilos, tienen, repito, la propiedad de los rayos X: no les detiene nada ni nadie. Así, se transmite una comunicación, calando una montaña ó el Océano, cual si volase por el éter.

La idea se la han sugerido á Tesla esas torres ópticas ó sistemas de señales, rudimento de la telegrafía, que aquí, en España, instalábamos á gran coste, cuando ya el telégrafo eléctrico funcionaba en el resto de Europa. Tesla, por medio de un instrumento muy poderoso, llamado *oscilador* eléctrico, proyecta signos como despediría relámpagos, y los círculos ú ondulaciones de esta extraña luz que no se ve, no reconocen límite de distancia,—lo mismo van á California, que al planeta Júpiter. Los aparatos pueden enviar por minuto de dos mil á tres mil palabras. La transmisión costará poquísimo, una futesa.

Pero, ¡ay, de los soñadores! Esto, con ser tan asombroso, no es lo que habían fantaseado. Se necesitan aparatos, se necesitan avisos y formulismos; el intermediario existe, aunque sea menos molesto que en el teléfono, verbigracia... No es el divino lenguaje del amor, esencialmente secreto.

El comercio y los periódicos noticieros son los que sacarán partido de la despampanante invención. Se acabaron los telegramas y cablegramas costosísimos, que han arruinado á más de una empresa,—y los grandes cables transatlánticos pasarán á adornar, á título de curiosidad, las salas de algún Museo de Artes y Oficios. Por el precio del franqueo de una carta, nos comunicaremos directa y personalmente con Méjico... Y esto vá á ser pronto, porque Tesla, el austriaco, es vivo de genio, y anuncia la primer aplicación en grande de su sistema, la primer estación *terminus*, para antes de fines de este año, entre Londres y Nueva York. Y mientras no cuaje y no se facilite, y no entre en las costumbres la telegrafía sin hilos, los enamorados seguirán esperando al cartero, y viéndole en figura de blanca paloma mensajera, el correo natural del amor, aunque la guerra se haya incautado de él...

EMILIA PARDO BAZAN



SALA DE ARTES DECORATIVAS EN LA ÚLTIMA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES.

Fot. Franzen y Asenjo.



RECuerdo DE LA ÚLTIMA
CORRIDA DE BENEFICENCIA

Fot. Laureano.

PRESIDENCIA OFICIAL.

AL PROGRESO

Ley eterna grabada en caracteres
de luz sobre la bóveda infinita;
ley que los tiempos y los mundos riges,
y que, cual otro Atlante,
sobre tus hombros llevas de gigante
el peso soberano
de la ciencia absoluta y de su arcano.

Tú eres hija de Dios: antes que el tiempo
concebida ya estabas en su mente;
y poderosa, grande, omnipotente
te muestras, apesar del infelice
que, miserable ó loco,
en tu poder no cree ó te maldice.

A ti la ciencia que descubre un mundo
que gira en los espacios insondables;
á ti la que adivina,
en las piedras de histórica ruina,
las huellas de los seres que ya fueron
y en el mar del olvido se perdieron;
á ti la que con números y letras
á calcular se atreve el infinito;
á ti la que analiza la conciencia
cual si fuera un escrito;
á ti las ciencias y las artes todas
la luz te deben que de tí reciben,
y son tus hijas, pues sin tí no viven.

No temas, nó, los fúnebres presagios
de Casandras fatídicas que auguran
ya próximo tu fin: necias quimeras
sus almas ciegan y su mente obturan;
y comprender no pueden,
que, cual Dios, que es tu origen y tu fuente
el mundo regirás eternamente.

Lento, pero seguro es tu camino
cuando luchando avanzas,
en pugna contra el necio desatino
ó del clásico error gastado y viejo;
á la par que tu fúlgido reflejo
mil verdades alumbra,
envueltas de la duda en la penumbra.

Ni son tus timbres fúlgidas coronas,
ni escudos ricos en cuarteles varios,
ni son las armas de que tú blasonas
las que dejan en pos estrago y muerte:
que es la ciencia tu fuerte,
tu lema la constancia infatigable;
y de laurel eterno y refulgente
la diadema que luces en tu frente.

Y por eso eres grande, y yo te admiro;
y por eso los siglos y aun el hombre
y la vieja creencia

dominados sucumben á tu nombre
y al mágico poder de tu influencia.

Dime si no: ¿qué fué de aquellas leyes
que un día Roma poderosa y grande
al mundo impuso? ¿Dime qué se hicieron
los Césares, que el peso sostenían
de la corona que á su sien ceñían?

¡Ah! que cruzaron por la edad aquella,
tal como cruza voladora estrella
la atmósfera terrestre; y tras su paso
ni aun la señal quedó de aquel imperio
que se extendía desde Oriente á Ocaso.

Y fué, porque cumplido su destino,
á tu tenaz influjo sucumbieron;
y Césares y leyes
cayeron entre el raudal torbellino
de nuevos pueblos y de nuevos reyes.

Sigue tu marcha, pues: bajo la sombra
de tu augusta bandera,
el hombre avanzará constantemente;
y al terminar la Tierra su carrera,
¡oh Progreso! tu nombre bendecido,
del Universo sobre la ancha esfera
en nuevos mundos se verá esculpido.

SANTOS LANDA

REVISTA DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

LA opinión señaló este certamen bienal, como superior al que se celebró en 1897, si bien el número de las obras presentadas, fué bastante menor. Pero no se ha precisado si está en esto la superioridad, ó en la abundancia de obras maestras. Sin duda, todo contribuyó, y más que nada, el triunfo cada vez más patente del realismo, el gusto moderno, que nos ofrece asuntos tomados del mundo actual y de la vida corriente, y aspectos de la naturaleza que seducen, por la viveza de la luz y por las delicadezas del color. Es verdad que la libertad imperante, de que se hace gala, produce extravíos tales como pintar asuntos propios de la Literatura, hasta el punto de necesitar bajo el lienzo la explicación escrita, y otras veces, cuando se pinta no más alguno de dichos aspectos, sin ulterior finalidad, suelen caer por ese lado los pintores en lo vulgar, en lo trivial y en lo frívolo. En una palabra, se pinta todo, como si todo fuera pintoresco, y no se tiene en cuenta, que esta es la condición indispensable, para que un motivo sea digno de ser elegido por el artista.

Sin pensar, hemos comenzado por hablar de Pintura, lo cual se explica, porque el crecido número de cuadros absorbe la mayor parte del interés que el público dedicó al certamen. En la sección de Pintura, se señalaron como las obras más sobresalientes los cuadros, especialmente dos, de Sorolla, otro cuadro de Moreno Carbonero y la colección de dibujos del *Quijote*, de don José Jiménez Aranda.

Los citados cuadros de Sorolla se titulan *Cosiendo la vela* y *Comiendo en la bar-*

ma por la delicadeza tan estética con que está expresado el encanto de la infancia, un busto de mármol, retrato de una linda niña.

Los dibujos de los alumnos del señor Pascó son de notar, porque nos dan á conocer que en España, el país en que la enseñanza es, en general, más rutinaria, hay un profesor de bastante iniciativa para implantar un sistema tan racional y eficaz, que permite al dibujante elevarse desde el conocimiento del modelo, en todos sus accidentes, hasta la interpretación decorativa del mismo, conforme á ellos. Es un sistema que enseña á ejecutar y á pensar, y de resultados incalculables para nuestras artes decorativas.

Cinco artistas hemos citado, por ser á nuestro juicio los que más se distinguieron con obras de verdadera novedad, ó por el mérito, ó por el género, ó por la tendencia que muestran. Además de ellos, se distinguieron otros muchos, algunos por su condición de maestros consagrados de antiguo, otros, porque revelan aciertos muy dignos de aplauso.

Los pintores españoles pueden hoy estudiarse en cuatro grupos que, en rigor, persisten y se diferencian desde los comienzos de la historia de la pintura en España, sin que valga por esto reconocer en ellos elementos tradicionales de escuela, pero sí de temperamento local. Dichos grupos son: el de los pintores catala-

nes, el de los valencianos, el de los andaluces y el de los castellanos, comprendiendo en éstos, los pocos cultivadores del arte en las provincias del N. y NO. de la Península. Pues no hay que olvidar, que en cada grupo se encuentran todas las tendencias, desde lo arcáico hasta lo modernista. En el grupo catalán, predomina una tendencia influida del modernismo francés. Se distinguió entre todos los pintores catalanes Santiago Rusiñol, con sus sobrias figuras de frailes, con un retrato en grupo de dos gemelas, feliz contraste de siluetas negras y fondo de notas claras, y con un retrato de hombre, una cabeza, que es sin disputa, el trozo de pintura más notable que hubo en la Exposición. Brull, en su composición *Las ninfas del ocaso*, dió una nota reposada del sentimiento de la Naturaleza en el desnudo, y en el misterio del crepúsculo. Este inspiró también á Eliseo Meifrén su hermoso cuadro *Natura*, y á Villalonga, una preciosa vista de París. El señor Triadó en *El Gólgota*, sorprendió por la elevada sencillez con que expresa el asunto. El señor Mir presentó tres cuadros bien distintos, variedad que le honra tanto como la valentía de la ejecución: uno es de figuras, *La catedral de los pobres*, efecto de sol, contraste de rojos y verdes; otro es *El huerto de la ermita*, estudio de lozano paisaje; y otro, *El estanque*, alarde impresionista, el más atrevido del Certamen. El paisaje de Raurich, costas de Pineda, es una hermosa pintura, sólida, valiente, de poderoso efecto, y más felices aun son los estudios que el mismo autor presentó reunidos en un cuadro. El señor Junyent, en su composición *El voto*, dió un precioso efecto de luz artificial.

El grupo valenciano, es eminentemente colorista. En él, aparte de Sorolla, tenemos el maestro Sala, que ha reunido ante el público obras pintadas hace tiempo, como los retratos de Campoamor y de Echegaray, el de éste muy elegante de factura, y otros, hechos recientemente, entre los que es de notar uno de niña, muy fino; don Ignacio Pinazo, otro maestro, que presentó varios retratos, uno de señora anciana, pintado con gran soltura y acierto, y dos composiciones, dos figuras la una, *Sancho leyendo el Quijote*, expresiva pero poco agradable; y la otra, titulada *La lección de memoria*, muy bien de expresión. Cecilio Plá, en su composición *Amor vencido*, lució su ejecución fácil y la fidelidad con que sabe pintar telas. Don Fernando Cabrera Cantó, en su cuadro *Mors in vita*, uno de los pocos asuntos que hay en el Certamen, nos ofreció junto á las tristes penumbras de una sala de disección, un risueño y luminoso paisaje. Díaz Panades, ejecuta con mucha espontaneidad. El joven artista señor Legua, demostró con su cuadro *Prófugo* que sabe componer y sabe dibujar.

Los pintores andaluces muestran casi todos una cualidad común; la entonación caliente, que parece una consecuencia de la viva luz de su tierra. Sin hacer más que repetir aquí los nombres de Jiménez Aranda y Moreno Carbonero, hay que hablar primeramente de otro artista insigne, Gonzalo Bilbao, que en sus cuadros *La madre-cita* y *Mar de levante*, sobre todo en el primero, lució una ejecución franca y unos atrevimientos de color, admirables. Seguidamente, hay que hablar de los cuadros de don Federico Godoy, quien se reveló artista de grandes vuelos, sobre todo en la composición que titula *La toilette*, una de las mejores del Certamen, dibujada como se ven pocas y pintada con sumo acierto y valentía. También estuvo muy acertado don Felipe Abarzuza, en el cuadro *Velatorio, Ilusiones y Realidades*, que nos ofrece la luz y la sombra, pintadas con mucha fidelidad. Se distinguieron, el señor Muñoz de Lucena con sus composiciones *Idilio* y *Dar de beber al sediento*, pintadas con brillantez; el señor Bertodano por su cuadro *En la huerta*, de saliente entonación; y el señor Par-lade en *El descanso* y *¡Un buen amigo!*, de factura vigorosa y elegante.



Cuadro de JOAQUÍN SOROLLA.

COMIENDO EN LA BARCA

Fot. Franzen Asenjo.

ca; el primero, es un admirable efecto de luz, de la luz del sol en la costa valenciana. Pocas veces se habrá pintado con mayor valentía y riqueza de color un tema luminoso. La luz, es en él el punto principal; la enorme masa de la vela en el suelo, las figuras, los arbustos y flores son, por decirlo así, los accidentes de la composición; pintada ésta á luz difusa, sería siempre un conjunto pintoresco; pero no heriría nuestros ojos con tan poderoso efecto, ni nos asombraría por el acierto conque el artista ha sabido pintar la luz, venciendo numerosas dificultades. Este cuadro, obtuvo ya señalado éxito en el *Salón de París* del pasado año. *Comiendo en la barca*, es por el contrario, un tema de medias tintas muy feliz; gustó muchísimo y vendióse á alto precio. El cuadro de Moreno Carbonero, representa la singular batalla de Don Quijote con el vizcaíno, y es la composición de mayor tamaño y más estudiada que de esta clase de asuntos ha pintado el autor. El mérito de su nueva composición está, sobre todo, en la elegancia de la factura y en el conjunto pintoresco. Los dibujos que en número de 130 ha presentado el ilustre artista don José Jiménez Aranda, son, no ya las ilustraciones, sino la reproducción gráfica de los seis primeros capítulos del *Quijote*; los expuso bajo el título de *Primera salida del Ingenioso Hidalgo*. Una parte de esta obra colosal, á la que desde hace tiempo viene dedicando en Sevilla el señor Jiménez Aranda su talento y su actividad, fué conocida en Barcelona en la Exposición del pasado año, y también son conocidos otros trozos de ella en el extranjero; pero no se había visto hasta ahora el conjunto, que asombra por la cantidad de trabajo, por la maestría conque está ejecutado y por la inagotable vena del artista.

Para señalar de una vez todo lo extraordinario que en la Exposición se vió, debemos citar dos bustos escultóricos de Miguel Blay, y en la sección de Arte decorativo, la colección de dibujos de los alumnos del señor Pascó, en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona. De los bustos de Blay, uno en yeso, *Mujeres y flores*, es de una corrección tan moderna, de un conjunto tan sobrio, que ya bastaría para representar la distinguida personalidad del autor; pero aun excede en aquellas cualidades y pas-

Los pintores castellanos, son los que ofrecen más variedad. Por una parte, obtuvo completo éxito don Luis Menéndez Pidal con su cuadro *Salus Infirmorum*, cuadro de sabor arcáico, pues su entonación recuerda la de los cuadros de los maestros del siglo XVII; y por otra parte, encontramos la composición del modernista don Anselmo Guinea, titulada *Pascua florida*, procesión en la campiña vascongada, pintada con una frescura y unas delicadezas de color que le dan valor grandísimo y le colocan muy por encima de muchas obras presentadas. Moderno pintan también y bien lo demuestran, el señor Parada Fustel con *Los satélites*, obra de colorista; el señor Hernández Nájera con *La feria de Santiponce*, composición graciosa; Sánchez Solá con *El destete*, bonito cuadro; don Carlos Vázquez, con su gran lienzo *Velázquez pintando la fragua* y con otro mucho mejor de género, titulado *Mes de María*; don José Angoloti con *El tesoro del pobre*, excelente muestra de buenas facultades; el señor Chicharro con *Las uveras*, página andaluza de carácter; el señor Alcalá Galiano con la composición novelesca *¡Rico quién te quiere á tí!* y *Vendimiadoras*, de entonación caliente; y el señor Francés Mexiá, con el expresivo cuadro de soldados *¡Mil ochocientos noventa y ocho!* acertado efecto de medias tintas. Más moderno todavía que todos estos, moderno hasta la excentricidad, se manifestó como siempre el puntillista don Darío Regoyos, con lienzos estimables, sobre todo el de una iglesia en Bruselas.

Por otro lado y en sentido clásico, estaba don Marcelliano Santa María, con su interesante cuadro *El premio de una madre*, muy estudiado y correcto. También lo estaba en sus cuadritos, don José Aguado; pero es lástima que sólo pinte presos y civiles.

Don Ricardo Madrazo se distinguió por la elegancia, en los retratos de su señora y de su niño. Preciosa composición es la del señor Varela Sartorio, de dos religiosas en oración, y lindo cuadro de costumbres es *Plaza de Noya*, de Domínguez Mennier, que bien revela ser hijo de don Manuel Domínguez.

Nuestros pintores son pudorosos. No pintan desnudos, lo que sería tan útil para mejorar el dibujo. Nueve cuadros no más hubo de este género en la Exposición.

Las citadas ninfas de Brull; *La verdad*, delicada figura de don Alejo Vera; *Leda*, graciosa, del señor Oliva; una mujer de espaldas, muy bien pintada por el señor Mesures; *Inocencia*, del señor Saenz; *Suspiciosa*, del señor Cersa; una figura decorativa del señor Varela Sartorio y un proyecto de techo del señor Jiménez Martín.

En la pintura de interiores se distinguieron notablemente el señor Comba, con una vista del estudio del inolvidable Rosales, el señor Romero y Mateo, con un fondo de iglesia y el señor Oliver Aznar, con la *Capilla del Cristo de la Seo* de Zaragoza.

De asunto histórico, género que está ya en demasía olvidado, citaremos la *Voca-*

muy elegante en sus trozos de la campiña de Toledo y de Madrid; Arredondo, muy agradable en su paisaje también toledano; y como paisaje de consideración el idilio que presenta don Matías Moreno. Asimismo, presentaron bonitos paisajes los señores Ramírez, Alba, Serrano, Monero, que pintó con bastante vigor la campiña burgalesa, Ferriz, Suay y Ramos Artal.—Morera no presentó como paisajista más que una parra, pintada con bastante libertad; pero ofreció en cambio doce marinas del Cantá-



MIL OCHOCIENTOS NOVENTA Y OCHO

Cuadro de J. FRANCÉS.

Fot. Franzen y Asenjo.

brico, muy delicadas. Marinas notables son, *En alta mar* de J. Solís; *La Bahía de San Sebastián* de Gordón; *En la Concha de San Sebastián* de Ugarte; *Nuestras playas* de Abril, *Rompientes* de Puyano y unos estudios, de Martínez Abades.

No faltó en esta Exposición el delicado pintor de flores, Gesa ni sus discípulas; doña Julia Alcayde en *El puesto de mi calle*, lució una solidez de ejecución de que carecen algunos hombres.

Solidez y poderoso realismo avaloran los bodegones de don Felipe Checa.

Entre los dibujos, sobresalieron los hechos al pastel por Vaamonde; entre las acuarelas, las de flores de doña Josefa Texidor y *Una gitana* del señor La Rocha; entre los grabados, el retrato de Gamazo, por Maura; los grabados en dulce por Ríos, y los grabados en madera por Sampietro.

En cuanto á la escultura, prescindiendo de agrupaciones regionales, mencionaremos en el género modernista á Inurria, que en un relieve con figuras exentas ha modelado notables desnudos; á Parera, que en su sentido grupo *Consuelo* revela felices inclinaciones á lo grandioso; á Montserrat, cuyo grupo *Amor y Trabajo* está puesto con gracia; á Marín que en un delicado busto y un grupo demuestra sus adelantos; á Mani Roig, impresionista del modelado, y á Martí Solanes, que siente el desnudo. Mención especial debe hacerse del soberbio bulto sobre despojos de la guerra, puesto y modelado con gran brío por doña Adela Ginés.

Mariano Benlliure sólo concurrió con un bronce pequeño, una especie de ondina dormida y acariciada por el agua y un busto en mármol y bronce de la señora Marquesa de Luque, todo ello modelado con la gracia que le es peculiar. Aniceto Marinas expuso otro busto de mármol y bronce precioso y el modelo de la estatua de Velázquez que, con motivo del centenario del grande artista, ha sido colocada delante del Museo de Pintura.

En otro género, más cercano á lo clásico, que en la escultura es un dogma, estaba el señor Alcoverro, con un relieve que nos descubre la puerta del cielo y su excelso Portero, y el modelo de la hermosa estatua de Balmes, que ha hecho para el Ministerio de Fomento; estaba el joven don Eugenio Martín, cuya obra *Un israelita* es lo más clásico que hay en el certamen; estaban don Aurelio Cabrera, con su vigorosa figura desnuda *Fecial*, don Julio Echeandía con otro desnudo, un gladiador, y don José Campeny con el grupo *A muerte*.



¡AHORA SERÁ ELLA!

Cuadro de L. C. IBORRA.

Fot. Franzen Asenjo.

ción de San Francisco, del señor Ros, muy bien de detalles arqueológicos, y el *Asalto de la escalera de Palacio en 1841*, del señor Morelli.

Los paisajistas castellanos, fieles en su mayor parte á la escuela de Haes, se mantuvieron á buena altura. Espina expuso dos hermosos cuadros, *Después de la lluvia* y *La flor de Casoria*; Avendaño, recreó el ánimo con *Una fuente en Galicia*; Beruete,

N. HUGUET



CARRETERA REAL.

Salón Parés.

ROMÁN RIBERA



EL RINCÓN FAVORITO

Exposición Ribera (Escudillers, 5, 7 y 9).

Ayuntamiento de Madrid

En el género decorativo, son de alabar los delicados bronce de don José Arijá, *Santa Mónica y Los Dolores gloriosos*; el relieve del señor Alsina *El Imperio romano*, bien compuesto y detallado con carácter, y unos grupos pequeños, preciosos, de don R. la Torre.

En la sección de arquitectura, lo mejor fué un proyecto de restauración de la catedral de Burgos, hecho por el señor Lampérez Romea.

La sección de arte decorativo, que debiera ser una Exposición especial, celebrada por separado, fué poco numerosa. Sin duda, la causa del retraimiento de muchos artistas que debían presentarse en ella, es el convencimiento de que el grande arte se lleva toda la atención del público y de la crítica. Muebles de Santa Bárbara, bronce de Masrriera, hierros repujados de Málaga y de Asins, esmaltes de Trabado, imitaciones de marfiles y metales de Oliva, pinturas decorativas de Lumbreras y La Torre; un boceto de decoración de teatro, vista del Ebro y de Zaragoza, por Luis Muriel; dibujos para ilustraciones, de Arja y de Triadó; todo esto y algo más, en conjunto

poco, pero bueno, representa una corriente de trabajo que, bien dirigida y generosa, mente estimulada, puede ayudar grandemente á la regeneración del país.

En una sala del palacio de Bellas Artes se instaló de una manera digna y acabada la exposición de las obras del insigne paisajista don Carlos de Haes, fallecido el verano último, y á quien sus discípulos Morera y Beruete han rendido este tributo. La componen cerca de doscientas obras: algunos cuadros de particulares, otros del Gobierno y un crecido número de bocetos, muy acabados por cierto, de gran valor, por ser notas de color tomadas directamente del natural, que los testamentarios del artista regalan al Museo de Arte Moderno; más una porción de dibujos y de aguas-fuertes. Disfrutábase en esta sala de casi toda la obra de Haes, el iniciador del estudio directo del natural en España, que produjo una revolución, cuyos frutos es el arte moderno, de que dió buena muestra este Certamen.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

(De la Real Academia de Bellas Artes.)

MADRID ELEGANTE

VERANEO ARISTOCRÁTICO

Por esta vez, hemos de buscar fuera de la Corte el asunto de estas crónicas; el *Madrid elegante* está fuera de Madrid.

La prensa diaria anuncia, oportunamente, la salida para las playas y balnearios de todos los que tienen unos cuantos miles de pesetas para gastárselos alegremente, y aun de muchos que no los tienen.

La moda se impone, y ya no hay persona que se estime, que permanezca en Madrid el mes de Agosto. Los que tal hacemos, somos unos temerarios que desafiamos la opinión pública.

Y esta nos condenará irremisiblemente.

La sociedad más elegante, la más *smart* del gran mundo madrileño, ha excogido este año para su veraneo á Saint Maurice, en Suiza; allí, en aquel delicioso sitio, se encontrarán reunidas á estas fechas, la Duquesa de Alba con su encantadora hija doña Sol, los Marqueses de Castrillo con sus hijas; la Condesa de Villagonzalo y sus hermanas la de Torre-Arias y Duquesa de Santo Mauro y otras muchas damas de nuestra primera aristocracia.

Por aquel hermoso país viajan también, en la actualidad, los Condes de Urbasa y su hermana la gentil Gloria Laguna, Condesa de Requena.

Dando un salto de gigante, de esos que solo puede salvar la pluma del periodista, transportémonos desde la ideal Suiza, punto predilecto de los novios elegantes, á la que pudiéramos llamar la Suiza española, á Asturias, donde tantos próceres ilustres conservan sus casas solariegas.

En Asturias el veraneo es muy agradable; los alrededores de Gijón están poblados de preciosos hoteles, donde con frecuencia se celebran fiestas, bailes y banquetes.

Los Duques de Riansares con sus hijas solteras, ocupan todo el año su hermosa posesión de Montealegre, que se anima durante el estío con las visitas de los deudos y amigos de los hijos de doña Cristina de Borbón; los Condes de Revillagigedo, unas veces habitan en el suntuoso palacio de Gijón, que sirvió de alojamiento á los Reyes de España, y otras en su soberbia posesión de Deva, donde obsequian á los amigos con fiestas espléndidas; los Marqueses de Canillejas están reclusos en su finca de Valdesoto, cercana á Oviedo; pero como aquella casa tiene honores de palacio, y el jardín es extenso como un parque real, y los dueños son hospitalarios como los antiguos castellanos, se ven siempre acompañados por parientes y amigos.

En Mieres, entre el estruendo de la fábrica, cuya capilla conserva aun los recuerdos de las magníficas bodas de la que fué señorita de Guilhou con el Marqués de Villaviciosa de Asturias, se levanta el hotel de los padres de la Marquesa, que reparten el verano entre Francia y España; mientras que los padres del Marqués de Villaviciosa, don Alejandro Pidal y su señora, tienen su morada en Somió, que es la Meca de los conservadores asturianos; pero el ilustre Presidente del Congreso y su virtuosa esposa, son ahora atraídos con fuerza superior hacia Francia, en cuyo Monasterio de La Prouille han profesado dos de sus hijas.

A las familias citadas, que son las que prestan mayor animación á la vida social veraniega de Asturias, hay que añadir otras muchas, como las de Campo-Sagrado, Longoria, Agüero y sus hijos, los actuales Duques de Tarancón, y muchos otros, que contribuyen hacer sumamente agradable la vida en aquellas playas.

Algo parecido á lo dicho anteriormente, pudiera aplicarse á la florida Galicia; allí la ilustre escritora doña Emilia Pardo Bazán, descansa en su Granja de Meirás, mientras los obreros levantan un nuevo y suntuoso palacio que estará terminado dentro de pocos años; pero, de los descansos de la notable autora de *La Vida de San Francisco* sale siempre ganando la patria literatura.

Los Duques de Terranova tienen allí un magnífico palacio; el Marqués de la Vega de Armijo, con su hermana política, la señora de Vinyals y los hijos de ésta, Marqueses de Ayerbe, ocupan el Castillo de Mos, donde nunca faltan huéspedes que lo animan; cerrado permanece el de Monterey, desde la muerte del Marqués del Pazo de la Merced; su viuda reside en Vigo; muy linda es la posesión de los señores de Bermúdez de Castro; la Torre de Quiroga (el esposo de la señora Pardo Bazán), ocupa una posición admirable; en la de Figueroa, descansa el Marqués de este nombre de sus brillantes tareas parlamentarias, al lado de su distinguida familia; y en fin, no es posible hablar del veraneo en Galicia, sin citar á Lourizán, la residencia del señor Montero Ríos, que, á semejanza de Somió, en Asturias, es la meca del fusionismo.

En Santander, conservan algunos señores antiguas casas solariegas, donde pasan el verano; en Santillana, los Marqueses de Berremejós de Sistol y de Casa-Mena, cuyo antiguo palacio posee una de las mejores Bibliotecas de la montaña; en la Vega de Hoz, el Barón de este nombre, hoy Gobernador de Sevilla; en San Pantaleón, el Marqués de Viluma y su hermana; en Comillas, los Marqueses de este título y los Duques de Almodóvar del Río; en Las Fraguas, el antiguo palacio de los Condes de Moriana; y en Polanco, la posesión donde el ilustre Pereda ha escrito tan hermosas obras, mientras en el propio Santander, Menéndez Pelayo, afectado hoy por la muerte de su padre, busca lenitivo á su dolor entre los volúmenes de su grandiosa biblioteca.

Gamazo y Maura tienen también su casa cercana á Santander; y al Sardinero acude, durante el mes de Agosto, una numerosa y distinguida colonia.

Zarauz es la playa aristocrática, numerosas familias de lo que pudiéramos llamar nuestro *Faubourg*, poseen allí casas de campo y palacios magníficos, y otros se instalan en el *Grand-Hotel* y en el de la *Terrasse*; allí todo el mundo se conoce, casi todos se *tutean*.

La gente se reúne por las mañanas en la playa y acuerda las excursiones de la tarde y la casa en donde han de reunirse por la noche; otros prefieren el *proker* y el *tresillo*, y juegan mientras los excursionistas emprenden sus paseos á Orio, Cestona, Loyola ó San Sebastián.

En la actualidad, están construyendo casas en Zarauz los Marqueses de Monteagudo y los de Santillana.

San Sebastián tiene, como siempre, mucha gente; la presencia de la Corte, en Miramar, le da además una animación que en vano intentan igualar las otras playas.

El mismo Biarritz, tan elegante y distinguido, no cobra vida y se pone en tren de verdadera fiesta, hasta que se aproxima el mes de Septiembre; pero entonces sí que no hay nada comparable á la hermosa villa que puso en moda la Emperatriz Eugenia, y hacia la que también muestra singular preferencia otra hermosa soberana, la Reina Natalia de Servia.

Para cerrar esta crónica veraniega, consagraremos algunas líneas á *La Granja*, cuyo Real sitio, tuvo también sus tiempos de gran esplendor, y hoy vive solamente por la vida que le presta la presencia de S. A. la Infanta Doña Isabel.

Veranean allí, los Duques de Ahumada y Santa Lucía, Marqueses de Valdeza, Morella, Ivanrey, Haro, Valdeiglesias, Condes de Coello, Rumanes, Navas, Villaverde la Alta; Barones de Ruaya y de Shey; señores de Urbina, Santos Guzmán, Vazquez, O'Lea, Olivares, Chulvi, Bäuer, Avial, Llorens, Drumen, Corral, Chavarri, Dumont, Lewenfeld, Maturana, Marín, Groizard, Boockman, Manzano, Estefani, Alós, San Gil, Arcimis, Aguirre, Oñate, Prida, Robledo, Perojo, Villanueva y Magariños.

MONTE-CRISTO



EL Castillo del Diablo

LEYENDA DEL RHIN



QUIERES que te cuente una leyenda; pues ahí va una que, en las noches de invierno interminables y al amor de la lumbre, se cuentan unos á otros los sencillos aldeanos de las campiñas del Rhin. Es de los tiempos del Rhingrave Hugo, y explica el origen sobrenatural de un famoso castillo, cuyo nombre no pronuncian sin cierto temor las mujeres y los niños de la comarca.

Hoy todavía, en la cúspide de la escarpada Rheinstein, que se levanta atrevida como ciclópea bayoneta de pórfido en la orilla del río, pueden verse las ruinas de una vieja fortaleza, *El Castillo del Diablo*, donde tuvieron su nido de águilas unos antiguos condes del Rhin y hallaban refugio inexpugnable después de sus rapiñas y correrías. Pero aquellas escarpas, torres y bastiones que perduraron incólumes contra la acción del tiempo y de las ballestas y pedreros de la gente de guerra, y mucho más contra las impotentes maldiciones del vejado campesino, comenzaron después á derruirse, ante la artillería de Gustavo Adolfo y los generales de Luis XIV. A fines del siglo anterior, los revolucionarios franceses, en su paseo triunfal por los dominios de los reyes sus vecinos, se encontraron con el castillo roquero y le dieron el golpe de gracia, haciendo con él lo que con la Bastilla.

El conde Hugo era un fornido mocetón de recia y prominente mandíbula, que con la misma facilidad hendía un roble con su lanza, que se cenaba medio jabalí y diez botellas del célebre vino de la tierra, cuando á la noche volvía de sus expediciones de caza ó de pillaje. Llegó un tiempo en que este fiero Rhingrave se aburría: ya no le quedaban fortalezas que asaltar, ricas abadías que allanar, ni pueblos que saquear, porque todos sus vecinos se habían apresurado á rendirle pleito homenaje; así es que cuando sordos rumores le advirtieron que podía ser atacado, sonrió vanidosamente, á la vez que miraba las anchas murallas de su castillo — cuyo emplazamiento no se conoce hoy con

«Si yo tuviera en esas cimas inaccesibles un fuerte castillo,—exclamó de pronto el Rhingrave,—ni el propio Elector me inquietaría; pero sólo Dios sería capaz de construir una fortaleza en esa roca.»

«Conde,—dijo una voz que vibraba metálicamente:—de ti depende que se haga; di una sola palabra y mañana el Rheinstein se coronará con un castillo inexpugnable.» Y Hugo vió ante sí, envuelto en roja capa, al mismo caballero, de nariz aguileña y ojos fosforescentes que siglos después tanto había de horrorizar á Margarita.

El castellano del Rhin echó de menos en este momento á su capellán, pero llevó el puño á las guardas de su espada. Una carcajada estridente, le hizo comprender que contra el Diablo era inútil mostrar bríos.—«Conde,—añadió la misma voz,—á cambio del castillo que he de fabricarte, sólo tomaré el alma del primero que se asome á una de sus ventanas. Así no serás tú el que pague mis bondades hacia ti.»—El conde Hugo se calló, pero ya le parecía ver entre las nubes la diabólica fortaleza.—«Mañana,—dijo al fin,—te responderé; déjame unas horas para pensarlo.»

Cuando, muy avanzada la noche, el Rhingrave entraba en su castillo, hizo llamar á su mujer y al capellán, y les contó la aventura. Ambos prorrumpieron en gritos de horror, al escuchar que el diablo se llevaría el alma del primer cristiano que mirara por una ventana de la fortaleza. Pero la guerra amenazaba con tan inminente peligro, que la condesa dió en pensar una solución que á todos satisficiera.

Amaneció, y la castellana la tenía sin duda, puesto que le dijo al conde, que por lo visto sólo sabía dar botes de lanza.—«Ve y firma el pacto que el Diablo te propone. Ten confianza en mí y todo irá bien.»—Hugo partió.

A la misma hora que la noche anterior, llegó el Rhingrave al mismo sitio desde donde se divisaba el Rheinstein. El caballero de la capa roja también se apareció.—«Acepto tu proposición»,—le dijo el conde.—«Firmemos nuestro pacto»,—respondió el Diablo. La noche era tan oscura que Hugo no veía; su compañero se sopló en los dedos, que alumbraron como diez cirios, y apenas el conde trazó su signo, cuando se encontró solo y en la obscuridad más completa.

A la mañana siguiente, á medida que se disipaba la niebla, se esfumaban sobre el Rheinstein las murallas, las almenas, las torrecillas y los puentes levadizos de una fortaleza hermosa y formidable, de la que á los pocos días el Rhingrave con su familia y sus mesnaderos tomó solemne posesión.

El Diablo había cumplido fielmente su promesa, y el conde Hugo temblaba, pensando en quien iría á pagar con su salud eterna la posesión del castillo roquero. De pronto, se oyó un grito terrible, espantoso. El Rhingrave se precipitó hacia una aspillera, y vió una masa negra remontarse en los aires con una rapidez vertiginosa. Era el Diablo que se llevaba su presa. La víctima lanzaba gritos desgarradores, y el castellano, estremecido de terror y con los ojos desencajados y fijos en el espacio, veía al infeliz retorcerse entre las garras del demonio.

Este espectáculo constituía su castigo.

¿Quién era el que se iba así á los dominios infernales? ¿Sería su mujer, su capellán ó quizás algún buen servidor?

El conde del Rhin sufría horriblemente, viendo que el grupo no era ya más que un puntillo negro que se desvanecía en el azur, cuando de pronto un cuerpo enorme vino á caer al pie del castillo. Horrorizado se echó Hugo sobre el muro, para ver á quién había causado la muerte... En este momento la castellana entraba en la estancia con aire triunfal, satisfecha de haber engañado al mismo demonio.

Era que, cuando terminó la ceremonia de la recepción señorial y habían desfilado todos los vasallos y la servidumbre, la condesa, que había mandado por el asno viejo del jardineiro, lo había revestido con unos hábitos de fraile, hundiéndolo el amplio capuchón sobre las orejas y la cara del pobre animal.

Así convertido en un capuchino, habíanlo asomado por una ventana en actitud de admirar el paisaje, y el Diablo, engañado por la indumentaria, que no le era desconocida, se lanzó con avidez sobre su presa y se la llevó por los aires. Convencido de su error por los gritos especiales de la víctima y furioso por el engaño, arrojó colérico la bestia contra la roca, á la vez que prorrumpía en espantosas maldiciones.

Su ira satánica le hizo querer derruir su propia obra, pero ¡era tarde! La sagaz castellana y el precavido capellán habían hecho clavar una cruz en lo más alto del castillo!

SALVADOR V. DE CASTRO



precisión—y los relucientes atavíos de sus hombres de armas. Pero supo que el poderoso Elector de Maguncia se encontraba entre sus enemigos y comprendió la importancia del peligro.

Todos los días salía de descubierta y recorría las riberas del Saja, las vegas, los bosques, las cañadas, los desfiladeros, haciendo preparativos necesarios para la defensa. Una noche, regresaba al castillo, embebido en cavilaciones sobre el futuro combate, y se había adelantado gran trecho á las fuerzas de su escolta. Era invierno: la nieve, apagaba el ruido de las pisadas de su caballo y cubría la llanura y las desnudas ramas de los árboles; el cielo, estrellado, tamizaba en el espacio una luz plateada; ante él se levantaban los altos picos del Rheinstein, ligeramente teñidos de rosa.





RECUERDO DE LA ÚLTIMA
CORRIDA DE BENEFICENCIA

Fot. Laureano.
PRESIDENCIA DE LA
CORPORACIÓN ORGANIZADORA.

LA MODISTA

Mientras la flor y nata
de los poetas
á ignoradas regiones
tiende su vuelo,
haciendo eterno blanco
de sus cuartetas
á los astros brillantes,
al mar y al cielo;

Yo voy á hablar, señores,
de la modista,
la alegría y la gloria
de los talleres,
la mujer hechicera
cuya conquista
brinda un mundo de goces
y de placeres.

Cuando va por la calle,
sin más preaseas
que esa gracia que á muchos
ha dislocado,
no hay hombre que no grite:
«¡Bendita seas,
y bendita esa gracia

que Dios te ha dado!»

Cuando una modistilla
sale á paseo,
la persiguen los hombres
á centenares,
porque los enloquece
su contoneo,
su garbo, sus hechuras
y sus andares.

Ella canta y trabaja
de noche y día,
hiere con su gracejo
los corazones;
disipa nuestras penas
con su alegría,
ahuyenta los pesares
con sus canciones.

Gracias á sus afanes
y á su destreza,
hay talles que enamoran
por su arrogancia.
¡Cuántas damas le deben

su gentileza,
sus gallardos perfiles
y su elegancia!

Por ella solamente,
muchas señoras
largas y puntiagudas
como rosales,
aparecen esbeltas
y seductoras,
luciendo unos contornos
esculturales.

Ser amado por una
modista hermosa,
cuyos ojos brillantes
llegan al alma,
de labios encendidos
como una rosa,
y de talle flexible
como una palma;

Juro por la memoria
de mis mayores,
que eso ha de ser el colmo

de la ventura;
porque sin duda tienen
esos amores
parentesco cercano
con la locura.

Modistas hechiceras
y seductoras,
revoltosas, locuaces
y campechanas,
bellas é infatigables
trabajadoras,
del jardín de Cupido
rosas tempranas.

¡Ay! Yo también en otros
tiempos mejores,
de una que era mi encanto
seguí la pista.
¡Quién será el que en la historia
de sus amores,
no conserva el recuerdo
de una modista!

MANUEL SORIANO

ESPOSAS MODELO EN ESPAÑA

PLOTINA POMPEYA

MUJER de espíritu levantado y esclarecido talento, alma noble y generosa, corazón de oro, tal era la española Plotina Pompeya, virtuosa esposa de Trajano, considerada con merecida justicia por los historiadores como el genio del bien que inspiraba las acciones del Emperador. Fué éste uno de los hombres más notables de la edad antigua, cuyas gloriosas hazañas esmaltaron las páginas de nuestra Historia; y á su lado, palpitando todavía de orgullo, sobresale el nombre de su amante compañera, como modelo de virtud y sabiduría y como única consejera de aquel renombrado Capitán, gloria de España, considerado por los poetas como el rayo de la guerra, ante quien se postró humilde y sumisa la tierra entera. Héroe desde los primeros años de su juventud, adquirió celebridad en la milicia, combatiendo valientemente á los Parthos, y más tarde á los Armenios y á los Asirios, y mostrándose siempre tan grande y óptimo en todos los actos de su vida, que el pueblo, en su entusiasmo, proclamólo Padre de la Patria; distinción y honor que rechazó Trajano, cuya conocida modestia se resistía á todo aparato de gala y ostentación.

No menos célebre mostróse Plotina Pompeya, al lado de tan esclarecido Príncipe; siendo su fecunda y privilegiada inteligencia la admiración del Senado entero, al leer los reglamentos que redactaba por sí misma y que denotaban los rayos de luz que iluminaban su portentoso cerebro.

Buena y generosa hasta lo sublime, supo conquistarse á tal punto el cariño de los romanos, que, al poco tiempo de compartir con Trajano el trono de los Césares, era tan querida y respetada como éste, lo mismo por los orgullosos patricios que por la altiva plebe.

No era Plotina Pompeya un dechado de hermosura, pero tenía un alma tan pura y bella, que el Emperador no sintió jamás á su lado el menor hastío, amándola con sin igual ternura, y siendo la confianza la magnífica base en que descansaba su verdadero cariño y el lazo de unión que había engarzado sus dos almas, para labrar por medio del amor su felicidad y ventura. Ella fué su inseparable compañera en los momentos más solemnes de su vida, y su constante consuelo en todas las tribulaciones, siendo el espíritu del bien que le impulsaba á las empresas más notables que glorificaron su existencia.

Durante la guerra de los Dacios encargóla Trajano del gobierno del Imperio, y supo con admirable unión de clemencia y energía, mantener el orden en aquel pueblo que, como es sabido, hallábase siempre dispuesto á trastornos y revueltas.

Ella fué la que, cual madre pródiga, socorrió á sus súbditos, abriéndoles al propio tiempo que los escasos tesoros de su palacio, los inagotables de su magnánimo corazón, cuando, después del triunfo de Trajano, asoló á Roma el triste periodo de hambres, terremotos y peste: ella, la que por su propia mano favorecía al indigente, cuidaba á los enfermos y desvalidos, multiplicábase por acudir solicita allí donde había un dolor que compartir, una miseria que atender ó una lágrima que enjugar; así que, reconocido el pueblo á tantos beneficios, á pesar de su tenaz resistencia proclamóla Emperatriz Augusta, y si ella no lo hubiera prohibido enérgicamente, le hubieran erigido magníficas estatuas.

Sólo faltaba para complemento de la felicidad de tan célebres consortes, que el cielo les hubiera otorgado fruto de bendición; pero la falta de este heredero del trono, que hubiera ocasionado grandes disturbios en Roma á la muerte del Emperador, evitóla la previsora Emperatriz, aconsejando á Trajano que casara á su próxima parienta Sabina con Elio Adriano, el único que ella consideraba digno de sucederle y al que hizo nombrar Cónsul, abriéndole así anticipadamente el camino del trono. Y como si este acontecimiento hubiera sido inspirado por tristes presentimientos de su corazón, al poco tiempo bajó al sepulcro Trajano, aquel

hombre notable, que había sido tan insigne guerrero como amante esposo.

La renombrada Itálica le sirvió de cuna y exhaló su último suspiro en Selicente, punto de Cecilia, á donde se retiraba tranquilamente con su esposa, siempre que se lo permitían los altos deberes de su cargo. La hidropesta, enfermedad que sufría hacía algunos años, cortó rápidamente el hilo de su vida, dejando en la mayor orfandad el corazón de su fiel compañera. Sin embargo, comprendiendo ésta que peligraba la prosperidad del Imperio y la felicidad de Roma, por no estar asegurado todavía el nombramiento de Adriano, trituro hasta entonces su inmenso dolor en lo más profundo de su alma, ocultando su muerte con un valor y entereza admirables.

Cuando vióse ya libre de estos temores, hizo pública ostentación de la pena que la afligía, mandando encerrar las cenizas de su esposo en una urna de oro, y llevándolas así á Roma,

donde las recibieron con pompa fúnebre, colocándolas, por raro privilegio, bajo la columnata que recordaba los gloriosos triunfos del Emperador, asociándose el pueblo con visibles demostraciones de pesar al que sentía la inconsolable viuda, llorando ambos la pérdida de aquel hombre que ocupó el trono por la fama de sus hazañas y virtudes, y que, generoso y probo, permaneció sin conspirar, siendo esto una rara excepción en aquellos tiempos. Sus gloriosos hechos dejaron de él eterna memoria, que se encargaron de perpetuar las artes en sus arcos y columnas, figurando entre ellos, además de la célebre columna trajana que se le erigió en Roma, otros no menos notables en España, como son: la columnata de Zalamea de la Serena; la Torredembarra, en Cataluña; el Monte Furado y la torre de Hércules, en Galicia; el circo de Itálica, el memorable puente de Alcántara sobre el Tajo, digno competidor del que colocó sobre el Danubio para llevar sus ejércitos contra los Dacios.

Durante los años que sobrevivió Plotina á su amante esposo, conservóle Adriano los mismos honores y autoridad, guiándose siempre por sus atinados consejos, como había hecho Trajano, y demostrándole su gratitud hasta el punto de hacer grabar su busto en las monedas, de las cuales todavía existen algunas de oro, plata y bronce, así como otras, aunque muy escasas, en que se ve el busto de Plotina y la leyenda que conserva su nombre por un lado y el de Adriano por el otro.

La viuda de Trajano continuó, pues, siendo la mujer buena

y caritativa con los que se consideraron siempre sus súbditos, prodigándoles los raudales de ternura de su hermoso corazón; pero como no logró cicatrizar la herida ocasionada por la muerte de su esposo, apagáronse los vuelos de aquella imaginación ardiente, á causa del marasmo que iba aniquilando lentamente sus fuerzas, y el nuevo Emperador y el pueblo experimentaron la fatal desgracia de verla descender al sepulcro en el año 882 de Roma (129 de Jesucristo).

Era tan grande el cariño y admiración que sentían los romanos por su difunta soberana, que la colocaron en el Olimpo, llegando hasta elevarla á la categoría de las divinidades. Y prueba de la veneración que á á todos merecía esta gran mujer, fueron las palabras de Plinio, que al hacer en el Senado el panegirico del Emperador, dijo: «Escogiste una mujer que te honra: ¿quién más grande? ¿quién más noble? Si el pontífice Máximo hubiera de elegir esposa, la elegiría parecida á ella. Pero ¿dónde encontrarla?...»

Fué pues, Plotina Pompeya, considerada con relación al mundo pagano en que vivía, uno de los ejemplos más dignos para la mujer destinada á labrar por su alta alcurnia la felicidad de sus pueblos, así como para todas las que, unidas al hombre por el indisoluble lazo del matrimonio, están llamadas á ser su eterna compañera y su ángel tutelar.

JOSEFA GUTIÉRREZ





MÉNDEZ NÚÑEZ HERIDO Á BORDO DE LA FRAGATA « NUMANCIA »
Cuadro de A. MUÑOZ DEGRAIN, existente en el Ministerio de Marina.

Fot. Laurent y C.^{ia}

CASTO MÉNDEZ NÚÑEZ

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

DON Casto Méndez Núñez nació en la ciudad de Vigo, el día 1.º de Julio de 1824.

En él se unen en estrecho maridaje la ciencia y el valor, el talento y el patriotismo. ¿Se quiere al hombre de ciencia? El realizará en 1842 un viaje á Fernando Póo, distinguiéndose tan notablemente, que se le rebaje un año para ascender á alférez de navío; y en 1846, ocho años escasos de su ingreso en la armada, será nombrado profesor de nuestros guardias marinas en el *Volador*.

¿Se busca al experto marino? El conducirá en la pequeña goleta *Crus*, destinada al servicio de guarda-costas, la correspondencia á la Habana, á pesar del deshecho temporal, regresando á España milagrosamente (1853).

¿Se necesita al erudito? El traducirá la célebre obra escrita en inglés por Sir Howard Douglas, sobre la *Artillería naval*, obteniendo el honor de que por ella se le den las gracias de real orden.

¿Se trata del patriota? El, tirando de la espada y haciéndoles frente, detendrá en Buenos Aires á los esbirros del tirano Rosas, perseguidores de los españoles.

Nieto de héroes, ya que sus abuelos habían perdido la vida combatiendo por la independencia en 1808, y por la libertad en 1823, Méndez Núñez es un vivo testimonio de lo que vale y significa en las familias la memoria y el ejemplo.

En 1864, y después de haber estado al frente del vapor *Isabel II*, con el que hizo un viaje á la Habana, y de la fragata *Princesa de Asturias*, así como de haber mandado el vapor *Narvaez* en Filipinas, realizando contra los piratas mahometanos una brillantísima acción que le valió el ascenso á capitán de navío, fué nombrado comandante de la fragata *Numancia*, primer barco blindado que debía atravesar el estrecho de Magallanes, obteniendo el nombramiento de brigadier de la armada.

Antiguas diferencias con el Perú obligaron á España á exigir una satisfacción que el general Pareja, comandante de nuestra escuadra en el Pacífico, no se atrevió á formalizar disparándose un tiro de revólver que le causó la muerte, en virtud de la cual substituyóle Méndez Núñez en el mando de la escuadra.

Componiase ésta de la fragata *Numancia*, mandada por don Juan Bautista Antequera, llevando á su bordo al comandante general Méndez Núñez; la *Blanca*, comandada por don Juan Bautista Topete; la *Resolución*, por don Carlos Valcárcel; la *Villa de Madrid*, por don Claudio Alvarogonzalez; la *Berenguela*, por don Manuel de la Pezuela; la *Almansa*, por don Victoriano Sánchez Barcáiztegui; y la *Vencedora*, por don Francisco Patero.

Las tripulaciones se hallaban diezgadas por la fiebre y el escorbuto, á causa de llevar sufriendo infinidad de meses las constantes humedades de aquellos mares, sin otra comida que habichuelas y carne salada; trabajando por el día, y en continua vigilancia y sobresalto por la noche. Esto por lo que toca á los hombres, que en cuanto á los barcos, apenas tenían municiones para la artillería, ni carbón para el consumo, ni aceite para las máquinas. El gobierno de Madrid que no lo ignoraba, que no debía ignorarlo, nada envió en nueve meses á aquella escuadra, que á tan larga distancia y con tanto valor, defendía la bandera de España!

Llegó el 27 de Abril de 1866.

Méndez Núñez envió un Manifiesto al gobierno peruano, concediéndole cuatro días de plazo para dar las debidas satisfacciones al pabellón español, y amenazando, en caso contrario, con atacar las baterías de la ciudad del Callao. Expirado el plazo sin respuesta satisfactoria, la escuadra tomó posiciones frente á la plaza.

En aquel día, recibió Méndez Núñez la visita del comodoro inglés Rodgers, quien, tratando de impedir el bombardeo, se atrevió á exclamar:

— Hoy amigos, mañana enemigos.

— Si usted se coloca entre la ciudad y mis barcos, mi deber será echarlo á pie que. No necesito estorbos. — Le contestó el almirante español, con la mayor tranquilidad.

Esta respuesta de Méndez Núñez al comodoro inglés completaba la que anteriormente había dado al gobierno chileno rechazando sus proposiciones: — Mi nación quiere más bien tener honra sin barcos, que barcos sin honra.

La proclama que hizo leer en cada barco antes de comenzar el combate, produjo un efecto indescriptible.

Amaneció el 2 de Mayo, triste y lluvioso. Los pálidos rayos del sol iluminaron la ciudad del Callao, y sus imponentes fortificaciones, el puerto, y los buques de guerra ingleses, americanos y franceses dispuestos á presenciar la lucha.

Ordenado el zafarrancho de combate, avanzó la escuadra española sobre el Callao.

Al frente la primera división, formada, según el plan de Méndez Núñez, por la *Numancia*, la *Blanca* y la *Resolución*, encargadas de atacar las baterías del Sur.

La segunda división, compuesta de la *Berenguela* y la *Villa de Madrid*, y la tercera, que formaban la *Almansa* y la *Vencedora*, tenían la misión de batir á los barcos enemigos *Loa*, *Victoria* y *Tumbes*, fondeados en los muelles.

Esta escuadra, compuesta de buques de madera, á excepción de la *Numancia*, y con piezas de pequeño calibre, iba á batir fortificaciones formidables, defendidas por grandes cañones del mayor alcance.

Rompió la *Numancia* el fuego, siguiéndola todos los cañones de la escuadra.

Un proyectil enemigo voló la bitácora, y parte de la baranda del puente de la *Numancia* saltó hecha astillas.

Méndez Núñez, pálido y manchado de sangre el uniforme, se mantenía sobre él en pie. A su lado el comandante Antequera pugnaba, en vano, por arrancarle del puente sobre el cual dirigían sus tiros los enemigos con preferencia.

— No es nada. Dejádme, — dijo Méndez Núñez, — procurando contener la sangre que brotaba de sus heridas.

Conducido silenciosamente al hospital de sangre, fué curado por los médicos señores Censio Romero y Santurce de ocho heridas, dos de ellas graves.

Recobrado el conocimiento llamó al mayor general de la escuadra, don Miguel Lobo, y le dijo fatigosamente por la pérdida de sangre, pero con acento sereno:

— Amigo Lobo, que no se sepa que estoy herido. Póngase usted de acuerdo con Antequera y que continúe el combate.

Después de este esfuerzo, volvió á caer perdido el conocimiento.

Este es el momento, momento supremo para la escuadra y para España, elegido por el laureado artista señor Muñoz Degrain para pintar el cuadro que hoy copia ALBUM SALÓN, y que se encuentra, cual preciada joya, en el Ministerio de Marina (Museo Naval).

El combate y el triunfo del Callao han sido reseñados tantas veces, que nos creemos relevados de volver á hacerlo.

Al noticiarle el resultado á Méndez Núñez, preguntó éste al oficial comisionado:

— ¿Están contentos los muchachos?

— Contentísimos, mi general.

— Ahora sólo falta que en España queden satisfechos de que hemos cumplido con nuestro deber.

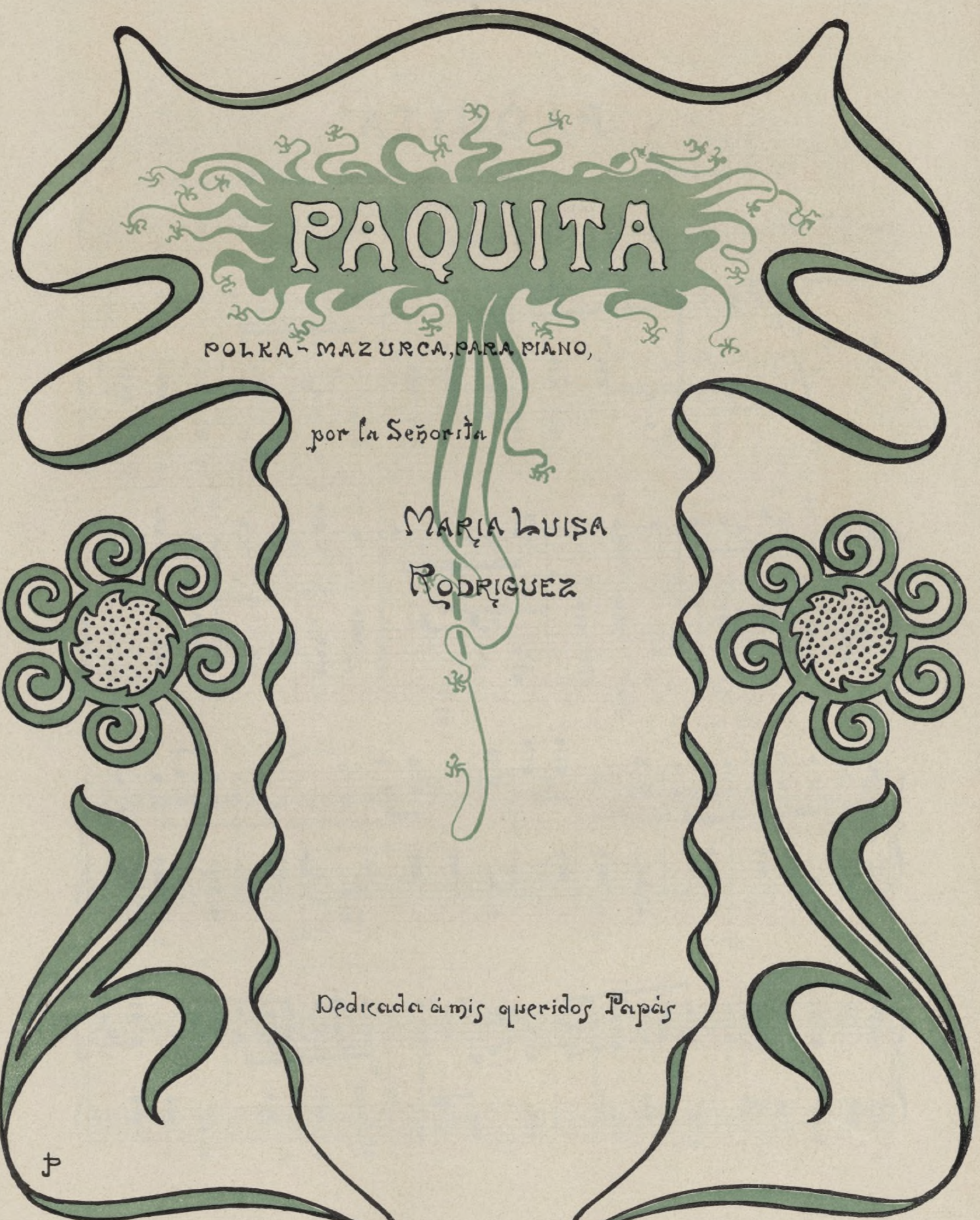
Por la gloriosa jornada del Callao, vióse promovido Méndez Núñez á jefe de escuadra, condecorado con la Gran Cruz de Carlos III, y nombrado hijo adoptivo de muchas poblaciones.

Minado por una cruel enfermedad y molestado por sus graves heridas, creyóse que los aires de la patria le harían recobrar la salud perdida.

Desgraciadamente no fué así, y el heroico marino falleció en Madrid, el 21 de Agosto de 1869.

En recompensa á sus méritos, se dispuso que fuese enterrado en el Panteón de marinos ilustres, y que el uniforme que llevaba en el Callao se colocase en el Museo Naval, junto al que vestía Gravina en Trafalgar.

E. RODRIGUEZ SOLIS



PAQUITA

POLKA - MAZURCA, PARA PIANO,

por la Señorita

MARIA LUISA
RODRIGUEZ

Dedicada a mis queridos Papás

J

PAQUITA

POLKA - MAZURCA

Por la Srta. María Luisa Rodríguez.

(DEDICADA Á MIS QUERIDOS PAPÁS)

PIANO. *p*

1. *seco.* 2.

f *p*

The musical score is written for piano in 3/4 time, featuring a key signature of two flats (B-flat and E-flat). It consists of four systems of music. The first system begins with a piano (*p*) dynamic. The second system includes first and second endings, with the first ending marked *seco.* (dry). The third system starts with a forte (*f*) dynamic. The fourth system concludes with a piano (*p*) dynamic. The notation includes various musical symbols such as treble and bass clefs, time signatures, key signatures, and dynamic markings.

The musical score is written for piano and consists of five systems of staves. The key signature is B-flat major (two flats). The notation includes various musical symbols such as notes, rests, and dynamic markings.

System 1: The first system begins with a treble and bass staff. The treble staff has a melodic line with a forte (*f*) dynamic marking. The bass staff provides harmonic support with chords and moving lines.

System 2: The second system continues the piece. It features a piano (*p*) dynamic marking. The treble staff has a melodic line with a crescendo hairpin. The bass staff has a more active line with many chords.

System 3: The third system includes a section marked "seco. Fin." (dry. End) and a piano-piano (*pp*) dynamic marking. It ends with a double bar line and a repeat sign. Below the staff, there is a marking "2 Red." and an asterisk (*).

System 4: The fourth system is a continuation of the previous system. It features a series of chords in the bass staff and a melodic line in the treble staff. There are markings "Red." and "*" below the staff.

System 5: The fifth system is the final system on the page. It includes a first ending (1.) and a second ending (2.) marked with a dotted line. The piece concludes with a forte (*f*) dynamic marking. There are markings "*" below the staff.

8

Red.

* Red.

8

* Red.

* Red.

Red.

* Red.

* Red.

* Red.

8

rit.

pp

* Red.

2 Red.

* Red.

* Red.

D. C.

* Red.

* Red.

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.



NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT

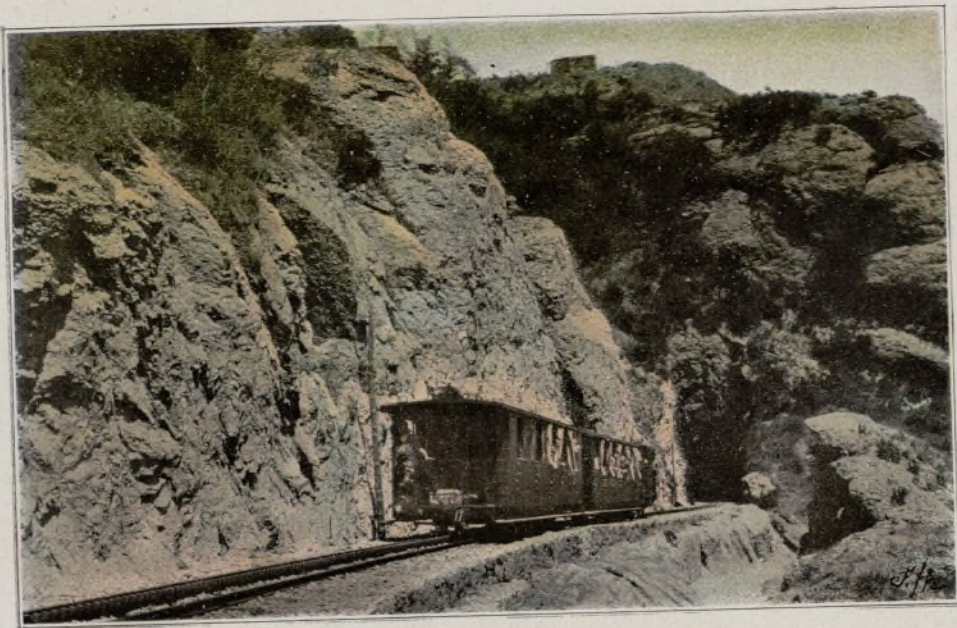
Ayuntamiento de Madrid

MONTSERRAT

DE tantas maravillas como ofrece la naturaleza, ninguna supera, ni iguala acaso, á la de esta célebre montaña, por su estructura especial que la distingue de todas las demás del mundo. Es la reina de las montañas españolas, la nota característica de la tierra catalana; y en ella tiene terrenal morada la excelsa Virgen, su patrona. No cabe imaginar aspecto más imponente, grandioso y poético que el que presenta á la vista, mirado por la parte Norte, aquel vastísimo conjunto de rocas enormes, altísimas y multicolores que, afectando formas caprichosas y fantásticas, escalan por arriba las nubes y se pierden abajo en abismos sin fondo. Todo en ella despierta poderosamente la atención, y en particular, el que en medio de tales

fragosidades y asperezas crezcan variadas flores, silvestres clavellinas, violetas y narcisos, odoríferas y saludables yerbas, copudos árboles, frondosas yedras;... una vegetación, en fin, cuya exuberancia la convierte en grandioso jardín ó encantadora floresta.

Varias son las hipótesis formuladas por los geólogos



EL TREN DE CREMALLERA SALIENDO DEL TÚNEL, PRÓXIMO Á LA ESTACIÓN DE LLEGADA.

acerca de la especial formación de este monte; atribuyéndola á efectos diluvianos ó á erupciones volcánicas; mientras autores de nota, impulsados por la fe, pretenden solucionar el problema, diciendo que las elevadas cumbres del monte *Estorcil* (así se le llamaba en la antigüedad), se dividieron en señal de luto, y abrieron en su seno insondables abismos, el día cruento en que el Hombre-Dios murió afrentosamente en el Gólgota, para redimir á la humanidad: versión que halaga en alto grado el sentimiento cristiano.

Respecto al nombre, los historiadores en general, lo hacen derivar de las dos palabras catalanas *Mont* (monte) *Serrat* (aserrado), á causa de afectar las cumbres la figura de unos dientes de sierra. Una montaña cortada por una sierra constituye las armas del monasterio; lo cual prueba evidentemente que sus primitivos fundadores, aceptaron ya como buena, en aquellas remotas edades, tal etimología.

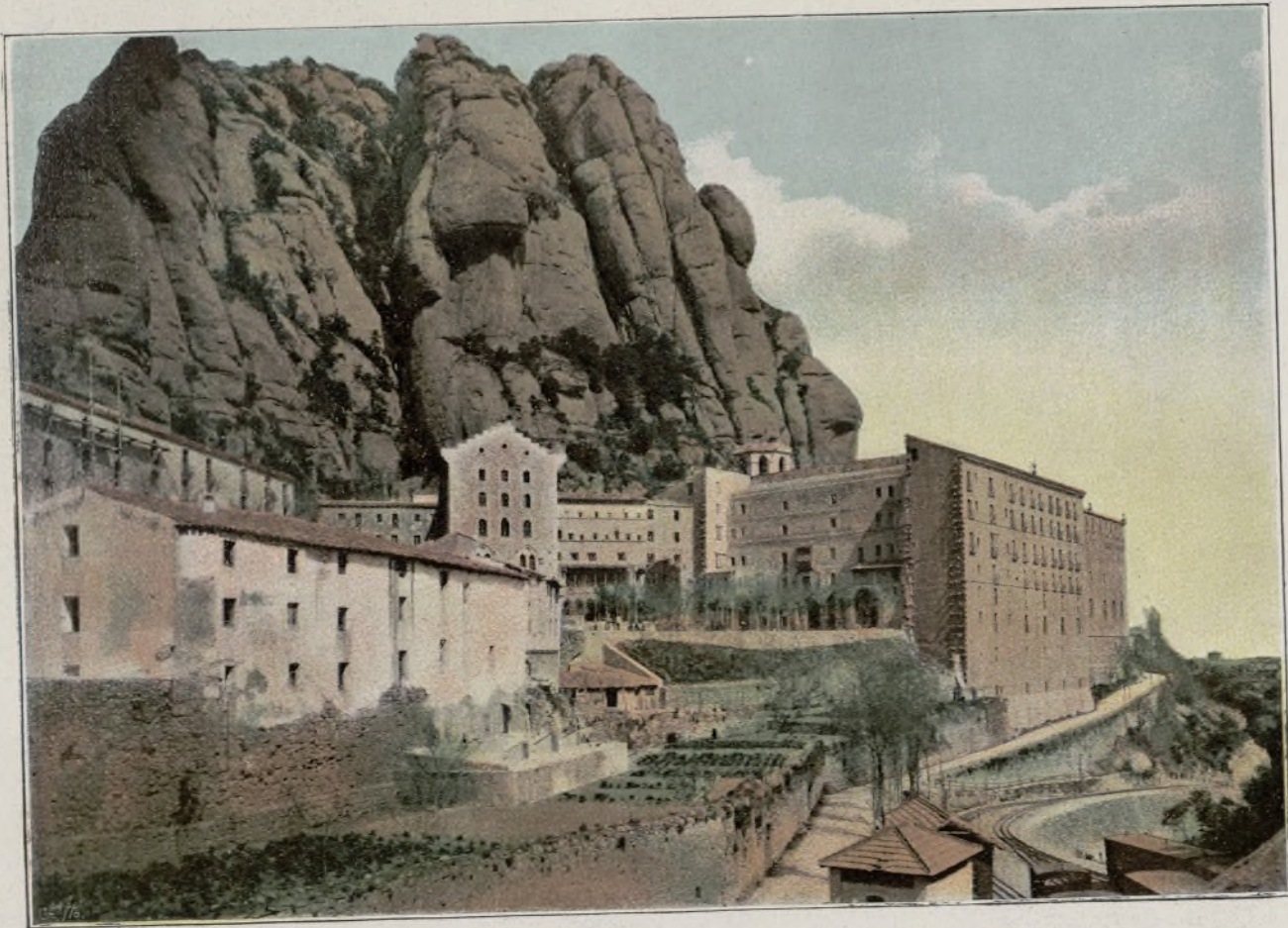
Las vistas generales y parciales, que forman la parte integrante de este número, describen con elocuencia negada á nuestra pluma, la incomparable grandeza de ese monumento natural, eterno, ante el cual, según la feliz frase del difunto Cornet y Mas, se postra al cristiano, canta el poeta y estudia el filósofo.

Nos limitaremos á referir el origen del monasterio en el existente, al través de los pasados siglos, valiéndonos al efecto de lo que dejó impreso en su curioso libro *Tres días en Montserrat*, el veterano periodista antes citado, conocedor profundo de la materia. Por su boca hablan la Historia y la Tradición.

Señores los Romanos de la España Tarraconense, ocupaban, entre otras poblaciones, las de Barcelona, Manresa y Ausona (Vich), á cuyos habitantes, al imponerles sus leyes, usos y costumbres, comunicaron también su religión; así es que en medio de estas ciudades descollaban



LA CRUZ DEL MILAGRO.



VISTA GENERAL DEL MONASTERIO.

los templos que á las falsas divinidades había levantado la idolatría. Un día, los habitantes de la provincia Laetana observaron con horror y asombro que el *Montserrat* cambiaba de aspecto, y creyeron que sus dioses debían aplacarse; pues opinaban que se había verificado aquel portentoso como un aviso dado á los mortales; y á fin de que no aconteciese á sus ciudades fatalidad semejante, determinaron levantar en él un templo dedicado á Venus.

No tardó mucho tiempo el clarín del Evangelio en publicar la nueva religión que acababa de sellarse en la Judea al mismo momento que en *Montserrat* se verificaba el prodigio, lo que indujo á conocer la causa de aquel extraño suceso; por cuyo motivo, flaqueando la idolatría, iba muy lenta la construcción del templo de Venus, tanto, que se necesitaron 160 años para concluirla. Con la predicación del Cristianismo aumentábase el número de los adoradores del Hombre-Dios, que desertaban de las banderas del paganismo. Ya la adoración á los abominables ídolos no era tan pública, y las lascivas fiestas de su culto se verificaban en los montes; á fin de que los bosques, espesuras y cuevas, como muy apartadas de testigos, sirviesen de velo á sus viles disoluciones. En aquel tiempo, el monte *Estorcil* se vió también manchado con las repugnantes degradaciones de los idólatras.

Una existencia de poco más de 56 años contaba el templo de Venus en *Montserrat*, cuando, moribundo ya el paganismo, derribados los templos de las fingidas deidades y hechas éstas pedazos, todavía la montaña que en la muerte de Jesús había rasgado de dolor sus entrañas, se veía obligada á prestar sus ecos para que repitiesen los voluptuosos cantos de las meretrices romanas, y á escuchar los báquicos acentos de las sacerdotistas de la diosa del amor liviano, que, vistiendo ligeras túnicas, danzaban en torno de su ara, guarnecida de flores.

Pero la destrucción estaba decretada. Aunque los hijos de Roma abrigaban la creencia de que sería protegido por las murallas de granito que lo circunían, no bastó el magnífico pedestal de *Montserrat* para sostener las columnas de aquel templo de delicias y de amores levantado á la impúdica diosa. Un horroroso estrépito resonó en aquellas agrestes soledades. Las columnas que sostenían el templo cayeron desquiciadas, desplomándose tras ellas la bóveda.

Extendióse en seguida sobre los escombros una blanca nube, semejante á la niebla que todos los días, en forma de incienso, envía el laborioso Llobregat á la morada de la Madre del hermoso Amor, y en esta nube la sencillez de las almas inocentes pudo descubrir al ejecutor de los castigos de Dios, al jefe de la milicia celeste, al arcángel San Miguel, que con ardiente espada cumplía los justísimos designios del Eterno. Contábase entonces el año 233 de la era cristiana; y desde aquella época quedó declarado, el Santo Arcángel, patrón de *Montserrat*.

Cerca de tres siglos habían pasado ya, sin que ningún suceso notable se hubiese verificado en el Monte *Estorcil* ó *Montserrat*, perdiéndose hasta la memoria del paraje donde estuvo edificado el mencionado templo de Venus. Tal olvido fué más tarde causa de divergencias entre los autores, colocándolo unos en la cima de la montaña ó en el lugar que hoy ocupa el monasterio, mientras otros, y esta es la opinión más razonable, lo colocan en el paraje donde estuvo edificada la capilla de San Miguel, en atención á no hallarse en el monte lugar más apropiado para la fábrica de un templo, cual se cree lo edificarían los romanos, dada su característica suntuosidad.

A mediados del siglo vi, un hijo de las cercanías de Nursia, el gran Benito, fundaba en el monte Casino un célebre monasterio; y deseando extender su monástica orden, puso los ojos en España, donde envió á sus discípulos. Uno de estos, llamado Quirico, íntimo amigo del Santo fundador, supo que en el centro de Cataluña existía una fragosa montaña, muy propia para el objeto á que le enviara su maestro. Quiso visitarla y emprendió el viaje. Al descubrirla, representósele la soledad del monte Casino; por lo cual, volviéndose á sus compañeros, les dijo: «En este monte debemos levantar un templo á la Madre del hermoso y casto Amor.» Y lo erigieron. Vacilan los autores en asegurar el verdadero sitio donde estuvo edificado ese monasterio; mas todas las probabilidades parecen indicar que fué el inmediato pueblo de Monistrol, situado al pie mismo de la montaña; y apoyan este aserto en la etimología del nombre, haciéndolo derivar de *Monasteriolum* (monasterio pequeño) — *Monasteriol* — *Monistrol*. Por espacio de dos siglos, los virtuosos hijos de San Benito

hallaron la paz en aquel para ellos nuevo Casino; después, fué turbado su sosiego por el estruendo de la guerra.

El clarín del infiel apagó la voz del sacerdote, é inundada la España de sarracenas falanges, llevaron por doquier la desolación y la muerte. El salvaje alarido bélico sorprendió á los virtuosos cenobitas, que huyeron á lo más áspero del monte, donde fueron perseguidos y alcanzados, sirviendo de mofa y escarnio á los fanáticos sectarios del koran.

La mayor parte de los conventos desaparecieron, y, por espacio de cuarenta años, los árabes fueron dueños de la España Tarraconense. Mientras Barcelona defendíase aguerrida, los ministros del Evangelio escondían las imágenes en los antros de las montañas; pues los templos que no servían á los moros ni para mezquita, ni para cuadra de caballos, eran arrasados hasta en su base ó entregados á las llamas. Tal fué la suerte de *Montserrat*.



UNA EXCURSIÓN A SAN JERÓNIMO; por SOL MENDOZA.

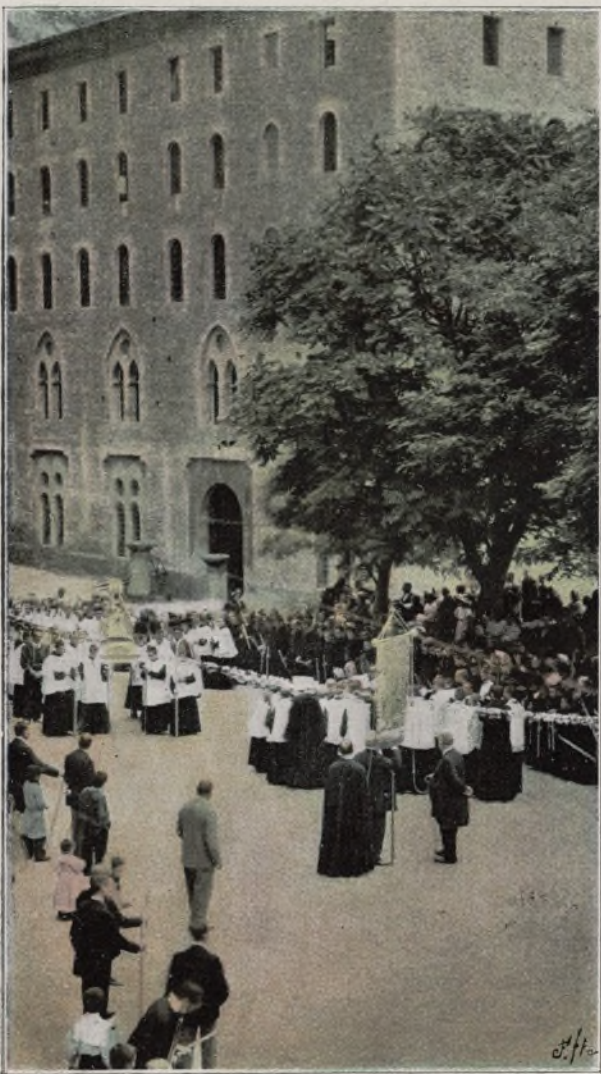
Viendo los catalanes perdida su rica joya, juraron vengarla, y con este objeto se dirigieron á la batalla de Tours, desde donde regresaron victoriosos á Cataluña, después de dejar en el campo sesenta y cinco mil agarenos. Cuatro veces fué perdida y recobrada Barcelona; en una de las primeras, apoderáronse los catalanes de *Montserrat*, en cuya montaña elevaron en poco tiempo cinco castillos, de los cuales no queda vestigio en el día.

Vino en pos de Wifredo de Arria, el conde gobernador de Barcelona que echó á los moros de *Montserrat*, Wifredo el primer soberano, y con él vino otra vez el monasterio; pues acaeció en su tiempo, ateniéndonos á la leyenda que, perpetuada en el territorio de padres á hijos, conserva aún todo su interés y belleza, y acrecienta la gloria de la excelsa patrona tan querida de los catalanes, la feliz cuanto inesperada

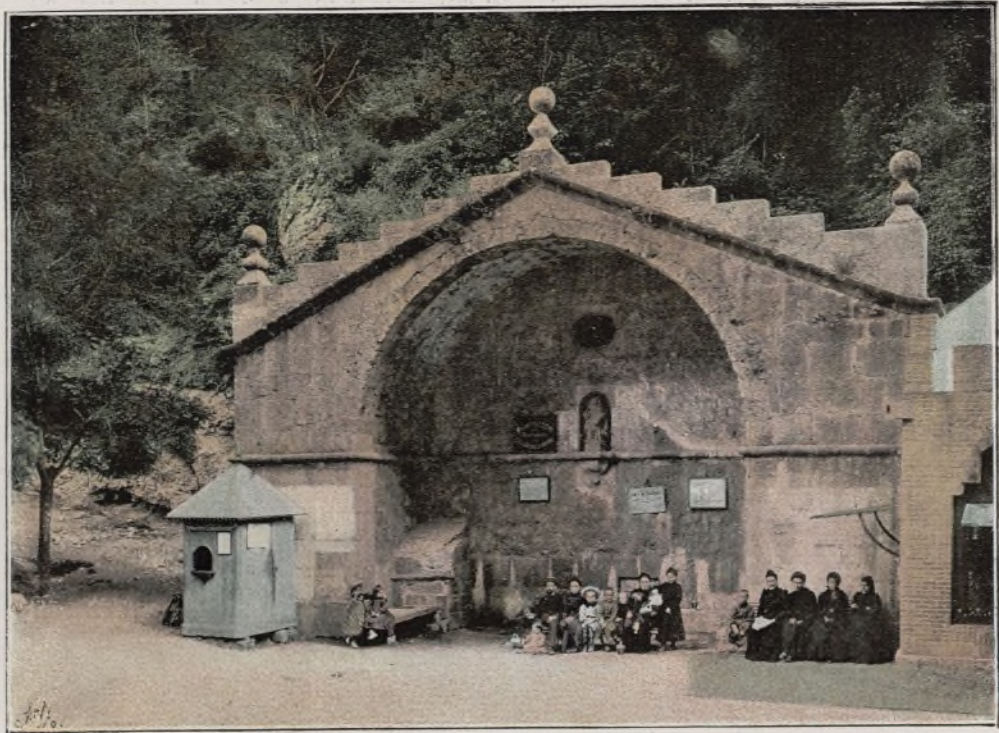
INVENCION DE LA SAGRADA IMAGEN

Ocupados unos jóvenes pastores en guardar su ganado, que al pie de la montaña pacía, observaron, al extender la noche su negro manto de terciopelo bordado de doradas estrellas sobre la cabeza de los vivientes, que una purpúrea claridad iluminaba repentinamente la atmósfera, y en un punto fijo del monte brillaban millones de luces que del empíreo descendían. Solo los sábados se verificaba el portento.

Divulgóse pronto el suceso, hasta llegar á oídos del párroco del lugar, gran siervo de Dios, que determinó ir un sábado á presenciar por sí mismo el maravilloso fenómeno, que se realizó tal y conforme habíanselo



UNA PROCESIÓN EN MONTSERRAT.



FUENTE DEL PORTAL.

explicado. Lo milagroso del caso impresionó extraordinariamente al buen sacerdote, quien, no atreviéndose á tomar determinación alguna, pasó á consultarlo con el Obispo de Manresa y de Vich, que estaba de asiento en la primera de dichas ciudades pues la última se hallaba en poder de los moros.

A su vez, quiso el virtuoso piado apreciar personalmente el hecho, trasladándose también en la ocasión oportuna al sitio en que aquél se verificaba. Presto se hubo convencido el santo varón, por sus propios ojos, de que no se trataba de habillitas ni alucinaciones cuanto se le refiriera era verdad, verdad que descendía de lo alto y entrañaba un misterio vedado á su pobre inteligencia. Impulsado, no obstante, por la



PLAZA, Y APOSENTOS DE SAN JOSÉ.

fe, encargó al citado cura que con la mayor devoción se escudriñase el lugar donde aparecían las luces. Hízose así, confiándose el escrutinio á los más robustos mancebos de la comarca; los cuales emprendieron inmediatamente la marcha, cual ligeros cabritos, volando más bien que andando, ya por las agudas puntas de los peñascos, como por los bordes de horrendos precipicios. A costa de no poca fatiga, dieron con la boca de la cueva, oculta entre la más salvaje aspereza del monte, penetraron en ella, y en la concavidad de una roca encontraron la sagrada imagen de la Santísima Virgen Madre de Dios, que, cual aménísimo vergel, despedía la más deliciosa fragancia.

Tomóla en brazos el obispo, después de haber ordenado convenientemente la comitiva, para llevarla acto continuo en solemne procesión á la Catedral de Manresa. Venciendo insuperables obstáculos, y abriéndose paso por entre las escabrosas peñas, se dirigieron al sitio donde hoy se levanta el actual monasterio, para tomar el camino de la capital de la diócesis. Apenas llegada á él la venerable Imagen, cuando los pies de los que la conducían no pudieron desprenderse del suelo, como si éste fuese de imán y aquellos de acero. La Virgen manifestaba su voluntad. Había escogido aquel monte para su morada, y no quería abandonarlo. Pasados los primeros momentos de sorpresa, conoció el obispo, con tan patente y manifiesto milagro, la voluntad de la Soberana Señora; determinó edificar en aquel sitio una ca-



ANTIGUO CLAUSTRO GÓTICO, HABILITADO PARA LA VENTA DE OBJETOS PIADOSOS.

pilla en honor de Nuestro Señor Jesucristo, bajo el título é invocación de su Santísima Madre. En efecto, se levantó una pobre y tosca capilla, que S. I. puso al cuidado del mencionado cura; y este fué el primer templo que la gratitud de los fieles erigió á la Virgen hallada en la montaña.

En esta capilla permaneció por algún tiempo la sagrada Imagen, hasta que, según una rara y original tradición, se fundó el monasterio, por desenlace de una trágica historia conocida de todos los catalanes, y que ha popularizado recientemente en España, con su inspirada música, el maestro Bretón.

JUAN GARÍN

En tiempo de Wifredo, vivía penitente en *Montserrat* un hombre flaco, de poblada barba, que con tostada mano empuñaba un tosco cayado, y á quien la campana del Milagro, que colgaba de los dos pilares de la capilla de San Acisclo y Santa Victoria, tocaba por sí sola, saludándole al pasar. Este hombre habíase labrado una vivienda de águila, en una roca casi inaccesible, para desde allí mantener mejor sus coloquios con Dios. Impóníase cada año una santa romería á la capital del orbe cristiano, Roma, y las campanas de la ciudad santa saludaban al ermitaño de Cataluña, de la misma manera que lo hacía la de *Montserrat*.

Así olvidado del mundo, parecía que nadie envidiaba su bienestar: pero no era así. El hombre tiene enemigos que intentan perderle, y el penitente Juan Garín, también los tenía. El espíritu del mal, astuto y sagaz enemigo del género humano, había jurado su

perdición, y puso en juego, para conseguirlo, toda su táctica infernal; tomó al efecto la forma de humilde ermitaño, é instalóse en otra cueva próxima á la que aquel ocupaba, grangeándose en breve, con falaces apariencias de humildad su amistosa confianza; mientras procuraba que Wifredo, conde soberano de Barcelona, llevase su hija Riquilda á *Montserrat*. En hora aciaga el mal aconsejado conde, sugestio-



PUERTA DE LA IGLESIA.

nado por el eterno enemigo de Dios, concibió tal pensamiento! Acompañado de la lujosa comitiva que su posición requería y de su bella hija, la joven Riquilda, llegó, después de haber vencido no pocos obstáculos, á la cueva de Garín; quien admirado y curioso, al oír en aquellas fragosidades resonar voces humanas y relinchos de caballos, salió de su gruta, cubierto el cuerpo de un áspero sayal. Saludóle Wifredo y díjole: que sabedor de la reputación y fama de su santidad, deseaba confiarle por algún tiempo su hija, á fin de que la guiase con sus santos consejos por el camino de la virtud y del servicio de Dios. Asombrado el austero anacoreta, no tanto de la extraña visita como de su inexplicable motivo, no sabía qué decir á Wifredo; mas, una vez repuesto de la sorpresa que le causara, excusóse prudentemente, teniendo que renovar éste sus ruegos, para que el solitario varón consintiese en guardar á su lado á la joven Riquilda. A tantas súplicas, y de tal personaje, que casi podían interpretarse como mandato, accedió por último Juan Garín, quedándose en su compañía la hija del conde.

De la estancia de la doncella en la cueva de Garín se valió el fingido ermitaño para lograr sus infernales proyectos; tentándole, hacíale distraer de su cotidiano rezo y poner los ojos en una beldad que no debiera haber admitido, por más que el conde se lo rogara. Conociendo Garín que la presencia de la joven era lo que debilitaba su fervor, fué en busca de su vecino colega, y manifestóle su situación y el deseo de abandonar aquel sitio. El hipócrita anacoreta, con fingido misticismo, contestóle que tal vez era aquella una dura prueba á que el Señor le sometía, para que brillase más su



EXTERIOR DEL CAMARÍN DE LA VIRGEN.



CAMARÍN DE LA VIRGEN.

MONASTERIO DE MONTSERRAT



INTERIOR DE LA IGLESIA

Ayuntamiento de Madrid



CAPILLA DE SAN ACISCLO Y SANTA VICTORIA.

santidad, con la victoria que sobre sí mismo consiguiese, después de vencida la tentación. Respuesta digna del que la daba; pues, por más que hiciese todos los esfuerzos posibles para luchar, el rezo de Garín era cada día más frío, y más ardientes las llamas criminales de su pasión.

Un día, rugió en el corazón del pobre ermitaño, ruda, horrorosa tempestad: cual dos electrizadas nubes que chocan en el aire, batallaban dos encontrados afectos en su agitado corazón. Venció por fin el cuerpo, y desplomóse aquel cedro del Líbano.

Las intenciones del infierno se habían cumplido; Garín, siguiendo los estímulos de la carne, había faltado á sus votos, á la ley de Dios, y al respeto debido á la hija del conde Wifredo. Llegado á la cueva del fingido ermitaño, le dijo:— ¡Hermano! soy un criminal, un monstruo: en mi cueva hay una doncella ultrajada, y vengo á pedirlos consejo. ¿Qué haré? ¿Me quitaré la vida, despeñándome por estos derrumbaderos? — Nó, le contestó el hipócrita penitente; ignoráis acaso que el suicidio es el crimen de los crímenes? Lo que más urge es evitar el escándalo; y alargándole un cuchillo, continuó:— abrid un profundo hoyo, y cuando el sol de mañana bese las cumbres del monte, debe quedar sepultada vuestra víctima. Degolladla, pues, y todo queda ignorado.— Empuñó Garín el cuchillo y precipitóse por las rocas, en dirección á su cueva.

Poco tiempo se empleó en preparar el hoyo, asesinar á la joven, y enterrarla al pie de un árbol, en el paraje donde hoy se levanta el monasterio, desaparecer el disfrazado anacoreta, dando una infernal carcajada, y caer desmayado el doble criminal sobre la improvisada sepultura.

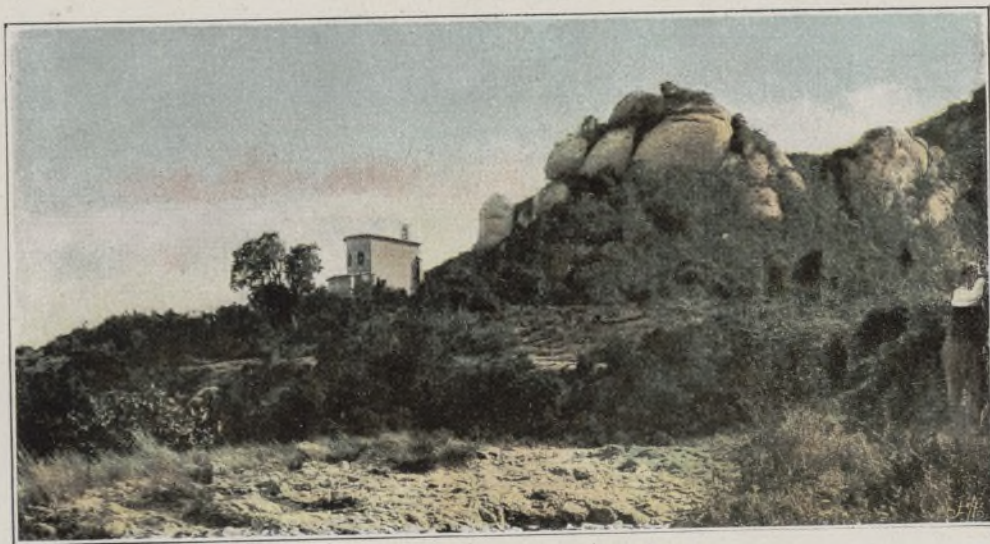
Ya el sol doraba las cimas del monte, cuando Garín recobró sus sentidos. Conociendo la deformidad de su delito, resolvió ir á Roma, echarse á los pies del Santo Padre y confesárselo todo; como en efecto lo hizo. Oída la confesión de Garín, díjole el Sumo Pontífice: que hombre que tales crímenes había cometido no merecía mirar al cielo. Y le impuso la penitencia de volver á su cueva andando á gatas, como los brutos, guardar eterno silencio y alimentarse sólo de yerbas; debiendo vivir así hasta que un niño de pocos meses le anunciase que Dios le había ya perdonado.

Sumiso obedeció Garín el mandato del Papa, y andando como los brutos, salióse de la ciudad santa, dirigiéndose á *Montserrat*. Mientras tanto, se descubrió, como hemos visto, la sagrada imagen, y construyóse la mencionada capilla.

Con el tiempo, camino y tropezar con matas, zarzales, garrigales y abrojos, rasgados los vestidos, descubiertas las carnes, le puso el rigor del frío en invierno y el calor del sol en estío como un etiope; las húmedas influencias de la luna, inevitable sereno y los menuditos rocíos de la mañana, con la poca comida y peor bebida, le disecaron las carnes é hicieronle crecer el vello en tan largas guedejas, que llegó á parecer un salvaje.

Más que de hombre tenía el aspecto de un monstruo, cuando fué descubierto por unos cazadores que acompañaban al conde Wifredo, quienes le tomaron por un animal desconocido y extraño, y, viéndole tan manso, atáronle una cuerda al cuello, y lo trajeron al palacio condal de Barcelona, donde estuvo expuesto debajo de una escalera, para que fuese la admiración y asombro de todo el pueblo.

Cierto día que el monarca catalán



CAPILLA DE SAN MIGUEL.



LOS DEGOTALLS.

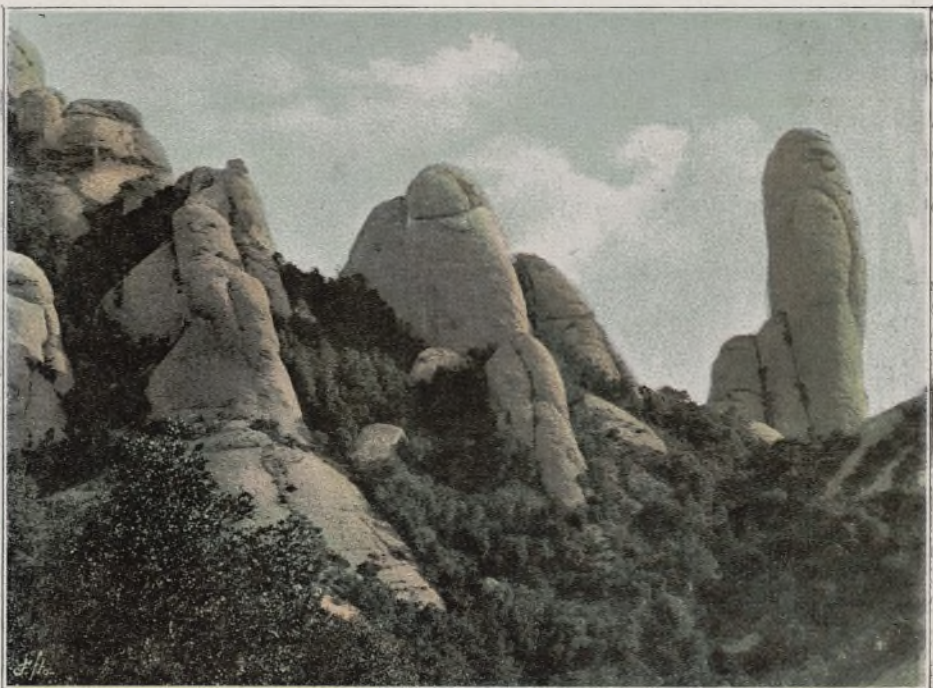
celebraba en espléndido banquete el feliz natalicio de un hijo suyo, uno de los convidados pidió al conde le mostrara la fiera que había cazado en *Montserrat*. Accedió Wifredo á la súplica, y Juan Garín fué conducido al salón. Al verle un niño de cinco meses, rompiendo el silencio, exclamó, con asombro de los circunstantes: *Levántate Juan Garín, que Dios ya te ha perdonado*. A estas palabras, levantóse la fiera, y el mónstruo volvió á su primitivo estado, pidiendo un perdón que Wifredo no podía negarle, pues lo había concedido Dios. Ansioso el conde de saber do yacía su adorada hija, para trasladar sus restos á la Corte, pidió á Garín le mostrara su tumba; y al día siguiente, con numeroso séquito de nobles y caballeros, se dirigió á *Montserrat*.

Llegados al paraje donde se había levantado la capilla de la Virgen recién hallada, enseñóles Garín el lugar de la sepultura de Riquilda; en él mandó el conde cavar, y, con sorpresa de los asistentes, ésta apareció viva á los ojos de todos, conservando sólo en su cuello, como un hilo de encarnada seda, la señal del cuchillo de Garín.

En memoria de tan milagroso suceso, mandó fabricar Wifredo el magnífico monasterio de *Montserrat*, al que trasladó las monjas benitas del de San Pedro de las Puellas, dándoles por abadesa á su hija, que se había consagrado á la Santísima Virgen, su protectora.

Juan Garín, luego de la fundación del monasterio, á cuya construcción, según dice la crónica, contribuyó con sus propias manos, escondióse en una apartada cueva de la montaña, donde penitentemente acabó sus días. Todavía se enseñan al viajero la *cueva de Fray Juan Garín* y la *cueva del diablo*.

Durante más de ochenta años fué *Montserrat* monasterio de monjas; hasta que en 976, Borrell, conde de Barcelona, temeroso del ejército sarraceno, que amenazaba invadir de nuevo el Principado, previa la autorización pontificia, substituyó á las citadas religiosas, reintegrándolas á su antiguo monasterio, por doce monjes benedictinos y un prior, á quien, andando los tiempos se concedió la categoría de abad.



EL CABALL BERNAT.



SAN JERÓNIMO.

Esta comunidad, tan modesta al principio, no tardó en engrosar considerablemente, para el mejor servicio del culto católico en aquellas regiones que, perteneciendo á la tierra, parecen una dependencia del cielo.

EL MONASTERIO

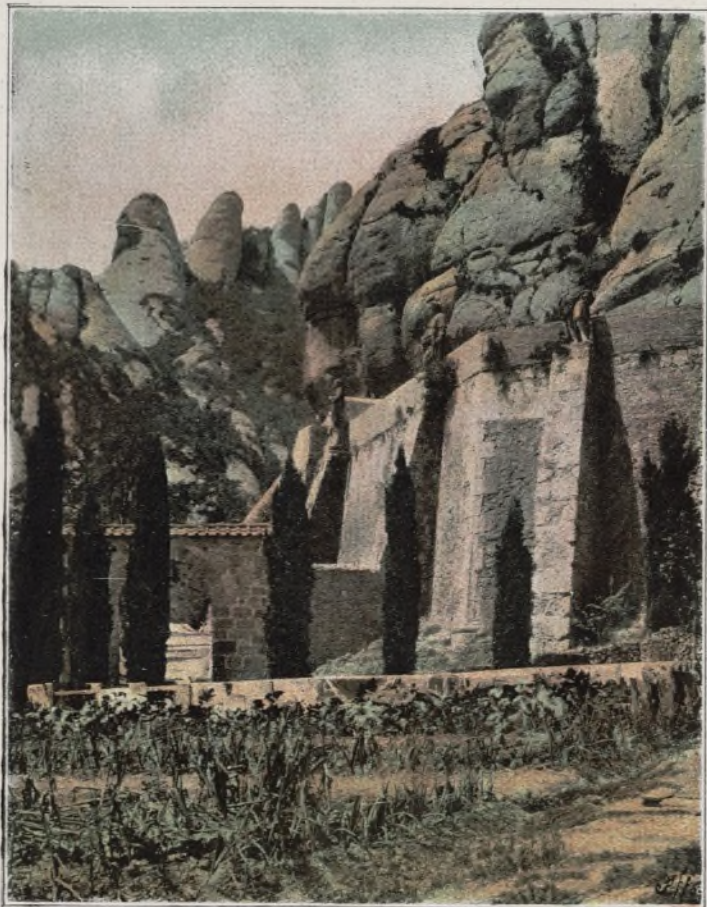
No es para un espacio reducido como el de que disponemos, la relación de las vicisitudes porque ha pasado, desde que se instalaron en él los monjes benedictinos, hasta mediados del siglo actual, y de las transformaciones que ha sufrido en ese tiempo; pero sí debemos consignar que

ha tenido épocas de gran esplendor, merced al constante afán con que sus religiosos moradores velaban por su prestigio, y á las valiosas dádivas que recibían de continuo, como obsequio á la Santísima Virgen, allí albergada.

Casi todos los monarcas de España, — antes y después de la unión ibérica — lo han visitado, alguno de ellos repetidas veces, deseosos de admirar ese portento de la naturaleza y de postrarse ante la augusta Reina de la Montaña, objeto de general veneración; príncipes y magnates de todos los países la han adorado de rodillas, dejando unos y otros riquísimos presentes, en memoria de su transitoria estancia en aquellos agrestes lugares y del singular aprecio que profesaban á su Soberana; de suerte que el monasterio llegó á reunir un museo de incalculable riqueza material, histórica y artística.

Pero ¡ay! que las humanas pasiones nada respetan, cuando se desbordan, y á su furioso empuje, convirtiéndose un día en montones de escombros la obra gigantesca de tantos siglos. En la heroica lucha que nuestros padres sostuvieron contra las invasoras huestes de Napoleón, después de varias tentativas infructuosas, que costaron raudales de sangre, el monasterio de *Montserrat* fué tomado por asalto, incendiado sin el menor miramiento y últimamente saqueado; llevándose los franceses cuantos objetos de valor encerraba su recinto, incluso el manto y las alhajas de la Virgen.

Terminada la guerra de la Independencia, los monjes consagraron todos sus esfuerzos á restablecer las cosas, si no á su primitivo estado, al estado más decente posible, habilitando, á fuerza de trabajo y numerosos dispendios, el derruido monasterio y la iglesia, para poder trasladar á ella la Sagrada Imagen. No bien empezaba á renacer de sus ruínas, le azotó una nueva calamidad. No fueron ya extranjeros los que acabaron de perder las riquezas y la gloria de *Montserrat*: algunos mal aconsejados españoles se dirigieron allí hostilmente, cuando las tristes escenas de 1820 á 1823, y lo saquearon todo; logrando con sus vejaciones que la comunidad abandonase su sagrado asilo. La Imagen de María tuvo que dejar aquella mansión querida, siendo trasladada á Barcelona, que la recibió con gran pompa y aparato. Llevada al templo de San Miguel Arcangel, estuvo en él, venerada por los fieles, hasta 1834, en que, reconstruido el monasterio, se la condujo con magnífica pompa y en solemnísimá procesión á su antiguo trono de *Montserrat*. Desde entonces, la *Perla de Cataluña* vuelve á ocupar su regio asiento en el templo para ella levantado, donde es visitada de continuo por millares de penitentes, romeros y turistas. El monasterio en su totalidad no ha recobrado todavía ni cómo era posible! el esplendor que le robaron impíamente la guerra y la revolución; pero en el transcurso de pocos años ha sido objeto de importantísimas mejoras, y hay



EL ALGIBE (SAFREITX).

otras muchas en proyecto, que, gracias al eficazísimo celo del actual abad, el Reverendo Padre don José Deás, serán bien pronto una hermosa realidad, y le devolverán parte de lo perdido.

Merece consignarse la feliz idea de engalanar el camino que conduce á la Cueva de la Virgen con un Rosario monumental artístico, representando los sagrados misterios de gozo, de dolor y de gloria; cinco de los cuales — reproducidos en esta página y la siguiente — ocupan ya el sitio que les corresponde.



PRIMER MISTERIO DE GOZO EN EL CAMINO DE LA CUEVA.
Escultura de *Francisco Pagés Serratos*.



SEGUNDO MISTERIO DE DOLOR EN EL CAMINO DE LA CUEVA.
Escultura de *Agapito Vallmitjana*.

La época de un nuevo apogeo no tardará en llegar, si á los esfuerzos de la Comunidad se une, como debe ser, la protección oficial; y las contiendas civiles que amenazan á la desdichada España, saben respetar... lo que tan digno es de respeto y veneración.

LAS CUEVAS

Ni remotamente, el que no ha penetrado en esas hondas y laberínticas concavidades, puede formarse idea de las maravillas que el *Montserrat* esconde en las entrañas. Prescindiendo de su origen, sobre el cual los sabios geólogos no han dicho aún la última palabra, no cabe en mente humana imaginar tales rarezas, mayores portentos ni más hermosas monstruosidades. El visitante las admira atónito sin comprenderlas y no las olvida jamás, una vez admiradas.

Son en número de once, las principales, comunicándose entre sí por boquetes, infranqueables algunos de ellos. Tiene cada una su denominación particular, necesitándose de dos á tres horas para recorrerlas cómodamente, con ayuda de antorchas y bengalas de que van provistos los guías. Aunque subterráneo el viaje, resulta en extremo agradable y poético, tanto por lo variado del espectáculo, como por las gratas é intensas emociones que experimenta el ánimo. El hombre, en aquellos antros de la tierra, ve las pequeñez de sus obras, comparándolas con la grandeza infinita de las del Creador; y si al penetrar en el templo de la Madre del Amor Hermoso siente que cambian los efectos de su corazón y que se engrandece y eleva, al escudriñar estos misteriosos palacios subterráneos, raciocina... y cree. Es que en el primer caso, habla Dios al corazón, como Padre, y en el segundo, se dirige á la inteligencia como Omnipotente; haciendo visible su poder, ante el cual la criatura rinde entendimiento y voluntad.

SAN JERÓNIMO

Ese poder se admira y reconoce en toda su grandiosidad infinita, cuando se llega al pico más elevado del monte, á pocos metros de la ermita que lleva este nombre. El vasto panorama, único quizá en el mundo, que desde allí se descubre, es uno de los cuadros más sublimes que puede soñar la fantasía. Si el cielo está diáfano, lo que sucede con frecuencia, se distingue desde él la cordillera pirenaica, el Montseny, las montañas de la provincia de Tarragona, las tierras de Aragón y Valencia, y las brumosas cumbres de las Baleares. Nada más pintoresco que mirar desde esta elevación como las tempestades se forman á nuestros pies, repitiendo mil



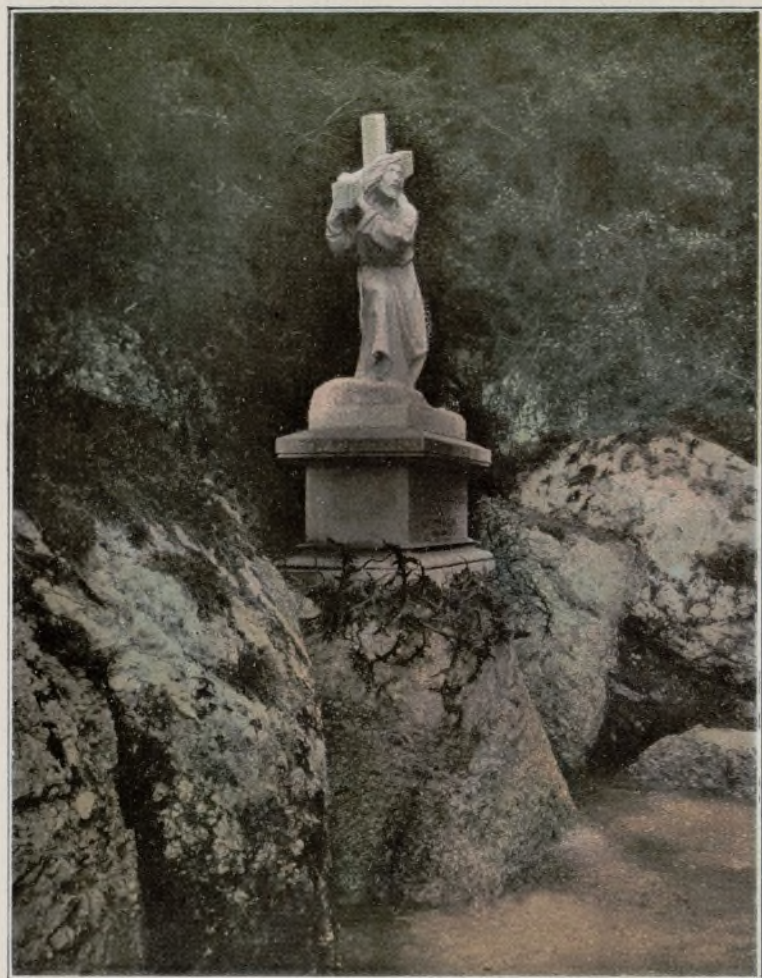
PRIMER MISTERIO DE DOLOR EN EL CAMINO DE LA CUEVA. — Escultura de *José Campeny*.

ecos el retumbo del trueno, al hacer estremecer aquellas gigantescas moles, envueltas en cenicientas capas de nubes, serpenteadas de amarillos relámpagos, que van extendiéndose como un mar en la llanura, inundándola con torrentes de agua, mientras brilla en el cielo la pura luz del sol

EL FERROCARRIL DE CREMALLERA

La excursión á *Montserrat* ofrece en el día un atractivo más; pues aparte del objeto primordial que guía al excursionista, pone ante sus ojos una de las modernas conquistas del progreso; progreso que nunca ha estado ni estará reñido con la religión.

Si se hubiese dicho á nuestros abuelos que por entre aquellos áridos y colosales peñascos se abriría camino una locomotora; que al humo del incienso, quemado en honor de la egregia *morenita*, se mezclaría el de una máquina á vapor, hubiéranse reído con la mejor buena fe del mundo. Y, sin embargo, la evidencia ha demostrado que era posible: hace próximamente siete años que el ferrocarril llega á las puertas del alto santuario, sin accidente ni percance alguno; lo cual prueba la pericia que presidió á su construcción.



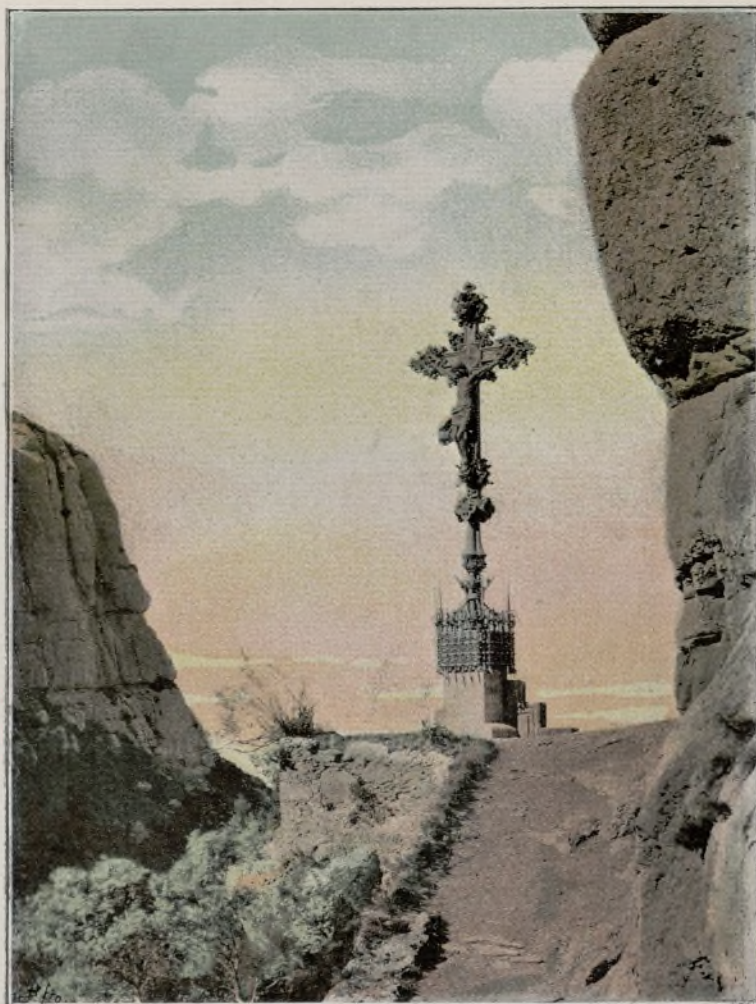
CUARTO MISTERIO DE DOLOR EN EL CAMINO DE LA CUEVA.
Escultura de *Venancio Vallmitjana*.

Del mismo modo que Cataluña tuvo la gloria, en 1848, de dotar á la nación española de la primera línea á simple adherencia, conquistó en 1892 la de haber resuelto el difícil problema de la locomoción de montaña. A un barcelonés se deben la iniciativa y el proyecto: á don Joaquín Carrera, fallecido en edad relativamente temprana, año y medio antes de la terminación de esta atrevida obra que fué su constante ilusión mientras tuvo un soplo de vida. Consignamos un recuerdo á su nombre y valía, no por halagar los sentimientos filiales de nuestro Jefe de Redacción, sino porque, inspirados en los de justicia, creeríamos incurrir en una ingratitud imperdonable si hiciéramos caso omiso de ellos en un número consagrado exclusivamente á *Montserrat*.

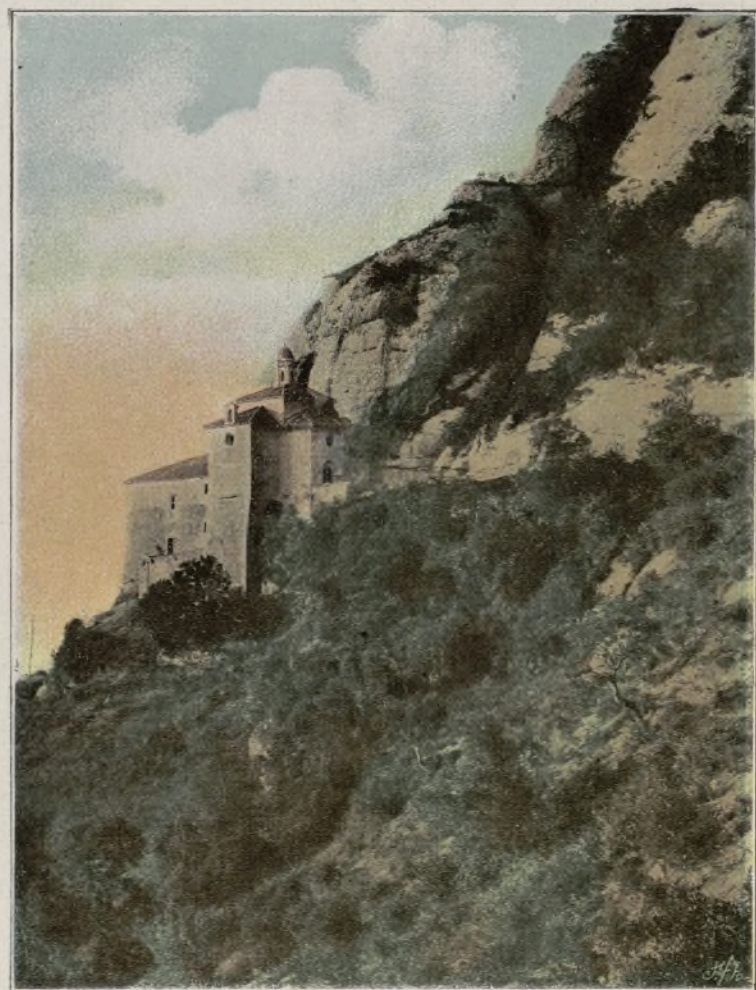
Gracias á la aplicación de este moderno invento, llamado á gran desarrollo en un país montañoso como el nuestro, el acceso al monasterio, que resultaba hartamente molesto, largo y expuesto á desgraciados accidentes, se ha convertido en un corto viaje de recreo, cómodo, seguro, y lleno de encantos de tal suerte, que, bien al revés de lo que ayer sucedía, el viajero, deliciosamente impresionado, lamenta hoy de todo corazón que se acabe tan pronto.

Conforme se había previsto, la afluencia, siempre numerosa, de visitantes ha aumentado extraordinariamente desde que el silbido de la locomotora suena y repercute en aquellos gigantescos peñascos; habiéndose visto obligada la comunidad á levantar de continuo nuevos edificios para ofrecerles digno hospedaje, lo propio que á elevar y ensanchar el restaurant; en donde, pese á las dificultades conque forzosamente ha de tropezar el servicio, halla en la actualidad el público todas las condiciones exigibles á los de las capitales de primer orden.

En suma, para que *Montserrat* sea la gran atracción del orbe, solo falta que, siguiendo la corriente natural de los siglos, se abra un poco la mano, y se dé entrada en su recinto á ciertos elementos de confortabilidad y amenidad, admitidos lícitamente en el mundo profano: y ese día llegará muy pronto, porque, como dejamos dicho, la religión no está reñida con el progreso.



QUINTO MISTERIO DE DOLOR EN EL CAMINO DE LA CUEVA.
Escultura de *José Llimona*.



CUEVA DE LA VIRGEN.

MONTSERRAT



LAS CUEVAS

CÉLEBRE SALVE MONTSERRATINA

del P. ATMETLLER



Ayuntamiento de Madrid

Celebre Salve Montserratina

DEL

P. ATMETLLER. (1)

Canto.

Sal - ve Re - gi - na ma - ter

Organo.

mi - se - ri - cor - di - æ.

2º

vi - ta dul - ce - do et spes nos - tra sal - ve.

3º

Ad - te cla - ma - mus e - xu - les fi - li - i E - væ.

(1) Revisada por el P. Rafael Palau, M^{ro}. monje que fué del Monasterio de Montserrat.

ALBUM SALÓN

4.^o

Ad — te sus — pi — ra — mus ge — men — tes

et — flen — tes in — hac la — cry — ma — rum val — le.

5.^o

E — ja er — go ad — vo — ca — ta nos — tra il — los — tu — os

mi — se — ri — cor — des o — cu — los ad — nos con — ver — te.

ALBUM SALÓN

6º

Et Je - su be - ne dic - tum fruc - tum ven - tris tu - i no - bis po - sho ce - xi - li - um os - ten - de

7º

O ele - mens

8º

O pi - a

9º

O dul - cis vir - go Ma - ri - a.

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.



ANTES DE LA CORRIDA. — CUADRO DE FRANCISCO MASIERA.

(Salón Robira, Fernando VII, 59.)

Ayuntamiento de Madrid

LOS TRES JUANES

NACIERON en una aldehuela de mala muerte. Sus padres, porque así lo disponía la ley, que no por mandato de su voluntad, les enviaron á la escuela en cuanto supieron limpiarse con más ó menos destreza, y en detrimento de la ropa que cubría sus bracitos, las narices y la cara, que, revolcándose por el suelo, ensuciaban á más y mejor, sin importarles un ardite de la compostura que deben guardar los ciudadanos de un lugar que forma parte de una nación civilizada.

No se sometieron sin protesta los chicos; pero, como que la fuerza bruta se acata aun en los países más libres del universo mundo, allá fueron donde sus padres les mandaron, no sin hacer la reserva mental de practicar el derecho de insurrección cuando lo creyeran oportuno; que fué siempre que juzgaron propicias las circunstancias para hacer rabona.

El maestro se vió negro para que en aquellos cerebros penetraran las primeras nociones de esas ciencias rudimentarias que, á juicio de los legisladores, mejoran á los hombres y para dominar los caracteres cerriles de ambos Juanes, quienes decididamente no habían nacido para sabios, á pesar de su natural despejo, ni para discípulos modelo, á pesar de su bondad nativa, pero poco á propósito para someterse á reglas fijas, á una línea de conducta invariable, porque estaba de antemano trazada.

Los dos Juanes, mediante grandes fatigas, resultaron los mejores discípulos del domine, el cual, á pesar de las monstruosas trastadas que le jugaban sus educandos, siempre que podían, les tomó paternal cariño, al advertir que sus inteligencias infantiles aprovechaban sin grande esfuerzo

sus lecciones y se desarrollaban *ad libitum*. De ahí resultó que, aun cuando los chicos llegaban tarde y con daño al colegio, pues no pasaba día sin que aparecieran más ó menos deterioradas sus manos y cabezas por alguna piedra enemiga, disparada por manos pecadoras y que había hecho blanco en aquellas partes delicadas, aprovechaban las lecciones del buen profesor, y poco á poco se convertían en un pozo de ciencia y en una esperanza para la patria común, dotada de una porción de zarandajas políticas que, si no producían grandes beneficios, tenían por lo menos el mérito de prometerlos á todos los buenos ciudadanos.

Llegó un día en que el maestro declaró á los padres de ambos chicos, con grande alborozo y emoción por una y otra parte, que los dos puntales futuros del organismo nacional, eran poco menos que doctores en todas las ciencias que un maestro de primeras letras almacena en su cacumen desde que pisa los umbrales de la Escuela Normal. Y como consecuencia de declaración tan espontánea y trascendente, los dos Juanes abandonaron el aula, y convertidos, por gracia del pobre domine, en unos prodigios de saber, se lanzaron á la lucha por la existencia, sintiendo en sus pechos, aun no del todo desarrollados, las energías de los vividores más impávidos que pisaron el haz de la tierra.

Juan Fuerte dijo á Juan Trabaja:

—Siempre nos hemos querido como hermanos, y aun cuando mi deseo fuera no separarme de ti, ya sabes que no me queda otro recurso que



CAMPESINA DE LOS PIRINEOS ORIENTALES

CUADRO DE R. ALSINA.

Propiedad de D. Macario Furriol.

correr mundo para ver si conquisto fama y dinero, ya que carezco de éste y que aquélla ejerce sobre mí ascendiente irresistible. De todos modos, donde quiera que esté, tienes un buen amigo, y de mis brazos y de mi bolsa puedes disponer, como de cosa propia.

—Adiós, Juan, — contestó Trabaja, — yo quedo aquí al cuidado de mis padres y de mi hacienda. ¡Que cuando vuelvas podamos abrazarnos con tanta salud y entusiasmo como ahora! Si hasta aquí llega el ruido de tus hazañas, de ellas me alegraré, como si fueran mías.

Y viendo que, á pesar de la fortaleza de ánimo de los dos esforzados campeones, ambos se conmovían; para no dar un espectáculo indigno de hombres que gozan de todas sus facultades intelectuales y físicas, Juan Trabaja apretó contra su pecho á Juan Fuerte, añadiendo:

—¡Eal! ¡Salud y buena suerte!

El mundo es muy ancho y la memoria no siempre fiel. Pero así como jamás las aguas de un río remontan su corriente, muchas veces las fuerzas vivas de un hombre sienten la nostalgia del rincón de tierra en que nacieron.

Veinte años después de la despedida de los dos Juanes, ambos se encontraron de nuevo en la única plaza del pueblo que les vió nacer, y ambos hablaron de esta suerte, luego de deshacer el apretado abrazo que les reuniera al verse.

—Por tu facha, — dijo Trabaja, — adivino que maldito lo que te han servido el empuje, la plétora de vida, la inteligencia y el esfuerzo

que debían servirte para allanar el camino de tus triunfos en el mundo. ¡Vuelves alicaído y marchaste entusiasmado! ¡Pobre Juan! ¿No has comprendido aún que la fortaleza consiste únicamente en saber doblegar oportunamente el espinazo?

Juan Fuerte sonrió, y replicó así:

—A pesar de tu claridad de juicio, advierto que tú tampoco has hecho gran carrera. Labrador te dejé y acomodado, y si he de creer á mis ojos, labrador continuas siendo, aun cuando menos rico. Tu trabajo ¡pobre Juan! te ha producido lo propio que mi fortaleza. Démonos las manos y lloremos ambos la juventud perdida, las fuerzas malgastadas, el amor sin premio, la amistad vendida, las creencias borradas y la fe, santa fe, que si un día sirvió para sostenernos, no basta hoy para levantarnos.

El viejo domine, que pasaba en aquel momento cerca de los dos amigos, les saludó con cariño y, advirtiéndole la dolorosa contracción de sus facciones, les consoló de esta manera:

—¿Recordáis, muchachos, que tuvisteis un compañero, llamado Juan como vosotros, y á quien apodabais, por su cobardía y por su tontería invencible, *Juan Nada*? Pues ese ha llegado á la meta. Es rico, es alcalde del vecino pueblo, influye en las elecciones y puede prestaros apoyo. Estoy seguro que, si se lo pedís, no ha de negároslo.

Juan Trabaja hizo una mueca indefinible, Juan Fuerte otra de desprecio; ambos se despidieron del buen domine, y... apoyados marcharon, en conjunción estéril, el trabajo y la fortaleza.

F. TOMÁS Y ANDREU



MARINA, de BALDOMERO GALOFRE.

¡CARIDAD!

La palabra caridad es una voz admirable, basada pura y exclusivamente en el amor al prójimo, en cuyo amor se condensa casi toda la perfección del hombre. No hay consuelo más dulce, para el desgraciado que carece de pan, que el de verse tratado con afabilidad: el corazón se le llena de gratitud, y entonces comprende por qué el rico es rico, y le perdona su prosperidad, no juzgándole indigno de ella.

Acudir en auxilio de la desgracia ajena es propio de almas nobles y generosas, fundidas en el crisol de la religión cristiana.

Sostener que, á la sombra de la limosna que se hace al verdadero necesitado, medran muchos por industria, no es razón que justifique en modo alguno el retraimiento ó abstención de socorrer al infeliz que, tendiendo una mano hacia nosotros y con semblante compungido, nos pide una limosna por amor de Dios.

Es preferible que nos engañen mil veces, al pedirnos una gracia de caridad, que dejarla de hacer por temor á ser engañados.

Que la mendicidad se ha convertido por algunos en una profesión para vivir sin trabajar, que tiene sus perfeccionamientos, sus competencias, sus reglas, sus privilegios, sus puntos de mira especiales, como pueda tenerlos cualquiera manifestación de la actividad humana, es indudable; pero, por la misma razón, tendría mayores probabilidades de quedarse sin comer el verdadero pobre, si las almas piadosas, al retraerse de hacer limosna, se abstuvieran de acudir en su ayuda.

Entre los muchos sucedidos que podrían citarse de personas que tomaron la mendicidad por industria, merece por lo curioso, mencionarse el siguiente:

Cuando tenía dieciocho años,—decía el académico francés, señor Arnault, á quien ocurrió el caso —íbame á pasar los domingos á Versalles, en donde vivía mi madre. Para ir, encaminábame desde mi casa á pie

hasta el parador de coches que hacían aquella carrera. Al salir de las murallas de París, sorprendíame siempre ver á un pobre hombre que decía con voz lastimera: *La charité, s'il vous plait, mon bon monsieur*. El pobre parecía estar convencido de oír resonar en su sombrero la moneda con que yo le socorriera.

Un día en que pagué mi tributo á Antoine, que así se llamaba el mendigo, pasó por allí un caballero á quien Antoine dirigió su consabido *La charité, s'il vous plait, mon bon monsieur*.

El caballero se detuvo, y después de haberse fijado por algunos momentos en el pobre, díjole: «Me parece usted inteligente y á propósito para trabajar. ¿Por qué se dedica usted á un oficio tan bajo? Quiero sacarle de esta situación y darle diez mil francos de renta.» Al oír esto, el pobre y yo nos echamos á reír. «Ríanse cuanto quieran, dijo el caballero, pero siga usted mis consejos, y logrará tener lo que acabo de prometerle. Por lo demás, añadió, le predico con el ejemplo. Yo era pobre como usted, pero en vez de mendigar, me hice con un saco y me fuí por los pueblecitos y capitales de provincias en busca de trapos viejos que me daban gratis y vendía en seguida, á buen precio, á los fabricantes de papel. Al año, ya no pedía los trapos, sino que los compraba, y me había comprado también un carrito y un burro, para hacer mi pequeño comercio.

Cinco años después, era dueño de treinta mil francos y me casé con la hija de un fabricante de papel, cuyo señor me asoció á su casa, poco acaudalada por lo demás. Pero yo era joven todavía, activo, sabía trabajar é imponerme privaciones... Ahora poseo dos casas en París y he cedido mi fábrica de papel á mi hijo, á quien desde muy niño incliné á tomar gusto al trabajo y comprender lo necesario de la perseverancia. Imíteme usted, amigo mío, y se hará tan rico como yo soy.»

Dicho esto, el caballero se alejó, dejando al mendigo tan sumamente



MARINA, de BALDOMERO GALOFRE.

preocupado, que pasaron dos señoras sin oírle el estribillo: *La charité, s'il vous plait.*

En 1815, durante mi destierro en Bruselas, entré en una librería para comprar algunas obras.

Un señor gordo y guapo paseábase por el almacén, dando órdenes á los cinco ó seis dependientes que había en el mismo. Nos miramos uno á otro, como aquellas personas que, sin poderse reconocer, tienen idea de haberse visto en otra ocasión.

—Caballero, — me dijo al fin el librero, — ¿hace veinticinco años iba usted con frecuencia á Versalles?

—¿Cómo, Antoine, es usted! — exclamé yo.

—En cuerpo y alma, — contestó él; — el caballero aquél tenía razón; sus consejos me han hecho adquirir los diez mil francos de renta que me ofreció.

De donde se infiere que si puede haber algunos que se dedican á pedir limosna por el placer del *dolce far niente*, habrá muchos también que

se verán obligados á solicitar un auxilio por carencia de trabajo, para dar de comer á sus hijos, ó porque se hallen imposibilitados por falta de salud. Y en estos casos, resultaría cruel é inhumano dejar de ser caritativo.

El Rey, — según los libros sagrados — dirá á los que están á su derecha: venid, benditos de mi padre, y poseed el reino que os tengo preparado desde la creación del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber; porque siendo peregrino me hospedásteis, hallándome desnudo me vestísteis, estando enfermo me visitásteis y encontrándome en la cárcel vinísteis á consolarme. Entonces le responderán los justos: « ¿Cuándo, Señor, te vimos hambriento y te alimentamos? ¿Sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te hospedamos? ¿Cuándo te vimos enfermo ó encarcelado y fuimos á visitarte? » A estas preguntas, responderá el Rey:

—En verdad os digo, que siempre que lo hicísteis con alguno de mis hermanos, aun con el más pequeño, conmigo lo hicísteis.

¡Y es tan hermoso esto!...

M. MOLINÉ ROCA

LAS ESCUELAS DE D. ANDRÉS MANJÓN

CUANDO el viajero visita el recinto interior de la bella Granada, puede explayar la vista y recrear su ánimo contemplando los numerosos monumentos árabes que nos recuerdan la grandeza de un pueblo hoy decadente, y que durante ocho siglos dominó, en todo ó en parte, nuestra península, desarrollando en ella una civilización rica en ciencia y en arte, cuyas huellas son todavía la admiración de propios y extraños.

El historiador y el literato encuentran, en sus monumentos y en sus archivos, preciosos testimonios para completar el estudio moral de aquel pueblo, y el artista puede admirar además en sus museos los bellísimos lienzos animados, después del Renacimiento, por la fecunda paleta de los pintores de la escuela granadina.

Al bordear las orillas del Darro, en dirección á las alturas del Sacro Monte, se ofrece á la vista del caminante un soberbio paisaje, exuberante de vegetación, salpicado de pintorescos cármenes, cuyas casitas, medio escondidas entre los árboles frutales, regocijan el ánimo y nos dan una idea del Paraíso terrenal.

Pero, en medio de tanta belleza, ofrecen un contraste desconsolador las ahumadas bocas de numerosas cuevas, donde tienen su habitación centenares de infelices gitanos, que, á pesar de la naturaleza espléndida que les rodea, y de hallarse en contacto con la ciudad del arte y de la poesía, se muestran refractarios á toda civilización y á todo progreso.

Pocos años atrás, interceptaban á cada momento el paso del caminante turbas asquerosas de gitanos, que pedían limosna con formas poco corteses y hasta amenazadoras, demostrando que la seguridad individual se hallaba poco garantida en aquellos deliciosos lugares.

Hoy, el viajero, sin verse importunado por la molesta caterva de gitanillos, puede dar expansión al ánimo, contemplando á sus anchas los pintorescos cármenes, y, mientras medita sobre el origen y el porvenir de la raza gitana, al contemplar sus antros miserables, interrumpen con agradable frecuencia sus meditaciones los ecos lejanos de mil voces infantiles que entonan, desde la enramada, cantos patrióticos y religiosos. Y es que allí el venerable sacerdote don Andrés Manjón, catedrático de la Universidad de Granada y canónigo del Sacro Monte, ha establecido una *colonia escolar*, taller admirable de cultura, para educar y mantener de balde á los hijos de los pobres y de los gitanos, con el fin laudable de convertirlos en ciudadanos honrados y laboriosos, y regenerar pueblos caducos y razas decaídas. La monótona cantinela de las molestas turbas de muchachos postulantes, se ha convertido en pocos años, por medio de la educación, en melodioso coro de ángeles.

Con muy escasos medios, empezó don Andrés Manjón la obra grandiosa de regenerar á ese pueblo gitano que hace vida poco menos que salvaje á las puertas de Granada.

Sin arredrarle las dificultades conque había de tropezar en su empresa, empezó su benéfica institución fundando una modesta escuela en el camino del Sacro Monte; atrayendo á ella, con su bondadoso carácter y con dádivas, á los niños más necesitados de amparo.

Su sueldo íntegro y las limosnas de algunas personas caritativas bastaron al principio para educar, mantener y vestir de balde á los pocos

niños que asistían á la *colonia escolar*, y que permanecían en ella desde las primeras horas de la mañana hasta cerrada la noche, en que regresaban á sus míseros hogares, contentos y satisfechos, pregando á los cuatro vientos la filantropía de su bienhechor.

La concurrencia á la *colonia* iba en aumento, y los medios materiales para sostenerla se hacían insuficientes. Manjón llamó en auxilio de los niños desvalidos á las personas generosas; éstas respondieron al llamamiento; á mayores necesidades iban llegando mayores socorros; de tal manera que, en 1895, el entusiasta protector de los niños pobres albergaba y educaba ya 932 niños de ambos sexos, en tres hermosos cármenes, que el propio señor Manjón describe de esta manera:

« Allí, todo es amplio alegre y sano: hay ancho campo para juegos y labores; hermosos jardines, para recreo de la vista y del olfato; abundantes y cristalinas fuentes, para riego, bebida y limpieza; embovedados de parras, madreselvas, rosales y pasionarias, para quebrar los rayos del sol, y copudos árboles que dan sombra y fruto á la vez: allí, se respira un aire puro y embalsamado; las flores se suceden sin interrupción, las aves cantan á porfía, los niños juegan á sus anchas, sin que á na-

die molesten, y todo es allí salud, alegría, movimiento y vida. »

He aquí el pintoresco lugar que ha elegido don Andrés Manjón para la educación y el asilo de los niños pobres, dispuesto, con la mayor abnegación y con el mayor entusiasmo, á convertirlos en ciudadanos honrados y laboriosos.

Desde 1895, los tres deliciosos cármenes antes descritos se han aumentado en otros tres, de modo que la *colonia escolar* de don Andrés Manjón cuenta ya hoy con seis preciosas fincas, en las cuales, á más de las escuelas de párvulos, elementales y superiores, se levanta un hermoso templo, una Escuela de Artes y Oficios, y talleres destinados á lavado, planchado, cosido, bordado y marcado; cuyos talleres proporcionan algunos rendimientos, para ayudar á sostener tan civilizadora institución.

Hoy se educan allí de balde más de un millar de niños, se les da de balde todo el material de enseñanza, y de balde se les mantiene y se les viste, hasta donde lo permiten los recursos de la colonia, el sueldo de su generoso bienhechor y los donativos de los protectores de tan grandiosa institución.

La Escuela de Artes y Oficios y los talleres recientemente montados, permiten al señor Manjón mantener á su lado algunos años más á la juventud que sale de sus escuelas; pudiendo, no sólo completar su cultura, sino guiarla con sus consejos, precisamente en esa edad de la vida en

Le fué preciso montar un pensionado, partiendo siempre de la base de que las pensionistas eran pobres. La enseñanza y todo el material se da gratis á todas las educandas, y las de fuera de la población tienen establecido un internado asequible á todas las fortunas. He aquí como expone el señor Manjón el mecanismo de su pensionado de Sargentés:



SITUACIÓN QUE OCUPAN LAS ESCUELAS DE D. ANDRÉS MANJÓN.

que el hervor de las pasiones necesita un freno, para evitar que se malogre la obra de la educación de la infancia.

* *

Además de los *cármenes escolares* de Granada, ha montado don Andrés Manjón otra colonia benéfico-educativa, en Sargentés su pueblo natal, pequeña aldea de sesenta vecinos, con título de villa, situada en la provincia de Burgos y en una elevada meseta de los montes de Cantabria.

Sin medios para fundar como pretendía dos escuelas, una de cada sexo, fundó primeramente una de niñas; teniendo en cuenta que la mujer forma al hombre, y que importaba ante todo dar á las mujeres de su pueblo una sólida educación, á fin de disponerlas á ser buenas madres de hombres robustos é ilustrados.

Y como quiera que algunas de las alumnas mayores de la Escuela de Sargentés mostraran vocación para el Magisterio, estableció el señor Manjón, junto á la escuela de niñas mayores, otra de párvulos, ya para que las aspirantes á maestras se ensayaran enseñando á los parvulitos, ya para que se educaran atendiéndolos y cuidándolos con la solicitud que requiere la infancia. De modo, que la Escuela de niñas de Sargentés vino á convertirse en una normal de maestras, con el carácter práctico de que carecen las que sostiene el Estado.

Convencido el señor Manjón de la educación defectuosa que se da á la mujer que aspira al Magisterio, y sobre todo á las que han de ejercerlo en las aldeas, ha procurado á todo trance desterrar de su Escuela Normal la rutina de las del Estado, y aligerar de los programas oficiales el bagaje de teorías inútiles, para dar á la enseñanza un carácter marcadamente útil y práctico.

Proponiéndose, como fin principal, formar maestras para las aldeas, no sólo atrajo á su Escuela de Sargentés muchachas de las cercanías, sino que acudieron en gran número, de comarcas muy distantes.

tada para educar pobres á lo pobre, y no para fabricar haraganes con moños y tirillas. ¿Qué ganaría la humanidad con que hubiese un centro más, donde se fomentara la raza de los seres caros é inservibles? ¡Hartos hay, por desgracia!

Terminaremos haciendo constar, que el señor Manjón tiene hecho un trato con sus paisanos, los habitantes de Sargentés, mediante el cual, éstos se comprometen á mantener un rebaño de carneros, propio del señor Manjón, y éste en cambio, se compromete á mantener y educar de balde á todos los niños de Sargentés, varones y hembras.



GRUPO DE ALUMNOS Y PROFESORES DE LAS ESCUELAS DE D. ANDRÉS MANJÓN.

Si España contara con algunos patricios como don Andrés Manjón, nuestra regeneración sería un hecho en breve tiempo.

PEDRO GARRIGA Y PUIG

JOSE MASRIERA



DE MI CARTERA

(Exposición Robira, Escudellers, 5, 7 y 9.)



CAPRICHOS

Los soñadores, desde el mismo borde de la cuna, levantan castillos de oro, con el talco de las partículas de sol que deslumbran sus retinas sensibles y asombradas de niño pequeño. Tendido á la larga sobre la mies recién cortada, paseando su vista por el azul del firmamento, entreteniéndose en querer soberbiamente contar una por una las estrellas del cielo, supremo problema matemático de un poeta adolescente que busca por encerrado el infinito, y escribe en él con la luz de los mundos que ruedan por el espacio su impasible suma, en las soledades agrestes de la campiña andaluza, sintió Ricardo ya sus primeras ansias de algo que entonces no era idea clara que se esfumaba en su propio pensamiento, pero que á la vez que le hacía querer reunir en una cifra todo el rítmico movimiento de los astros, le incitaba á encerrar en una estrofa toda la armonía que sentía despertarse en su espíritu. Midiendo los espacios y las sílabas, buscando siempre la igualdad, la simetría y la música en la creación y en el pensamiento, aquel pobre muchacho, tendido sobre la mies recién cortada, resumía su concepto filosófico de la creación en un número... *X*, en aquella suma de luz que no lograba jamás, y en un endecasílabo sonoro que siempre le resultaba cojo.

Con la vista fija en lo alto, en la serenidad de la bóveda celeste y muda, con el oído atento siempre al rumor de la naturaleza, esperando descubrir un día la melódica canción á cuyo compás la creación gira, cuando cansados sus ojos un día de mirar al cielo, púsolos en cosa más baja y terrena, el espectáculo de arriba hízole percibir más claramente lo feo y monótono del de abajo. Generalmente, toda idea engendra otra afín. En Ricardo, por extraño fenómeno psicológico, la idea, el espectáculo de la serenidad de los cielos, sugirióle su contraria, la de la lucha, la acción, el movimiento enérgico, continuado, sostenido. Viendo el cielo clavado, con clavos de brillantes, ocurriósele á él *desclavarse* del terruño á que le sujetaban los negros claros de la miseria. Tender el vuelo y partir. Lejos, lejos, tras de las altísimas montañas que cerraban el horizonte había otro mundo, otros pueblos, otras gentes, que podrían ayudarle á desentrañar aquella sinfonía no oída, aquel número ignorado, á terminar aquel endecasílabo cojo, las tres cosas en que compendia el todo lo creado.

Estaba seguro. Rayando con un inmenso pentágrama el infinito, los puntos de luz serían las notas y se podría leer la música divina. Alineando en renglones cortos los astros esplendorosos, darían la suprema estrofa. Contando las estrellas, llegando á poseer la *X* rebelde de sus sumas, la cifra final, tan anhelada, tendría el compendio y resumen de todo.

Llegó y luchó. Y en aquella obscura capital provinciana vióse más so-

lo, más abandonado que en su pobre lugar, tendido sobre la mies recién cortada, y oyendo el susurro del viento entre las espigas que doblan su cerviz al suelo, en espera de la hoz. Las gentes, indiferentes, no paraban la atención en él. La ayuda no venía. Aquel marco era también estrecho para su gran idea, para aquella gran idea del número, la nota y el endecasílabo...

Y siguió, siguió su camino á través de los pueblos y de las ciudades, buscando una gran multitud, como si en la multitud estuviera la inteligencia, como si aquella fórmula suprema, ese número que buscaba, pudieran dársele por un formidable plebiscito.

Al vislumbrar á lo lejos la gran ciudad, quedóse extático, en contemplación de místico ante la visión celeste. Su pensamiento, su oración dió un gran paso hacia el ideal, hacia el ideal perseguido á campo traviesa, como un asesino, por su tenacidad dura de labriego. Era de noche, y la gran ciudad denunciábase á sus ojos por el tachonado inúmero de luces de gas, dejando escapar un vaho luminoso, que semejava la mortecina lumbre de una hoguera medio apagada. Fijándose más, parecióle que la ciudad era un enorme brasero, cuyas brasas un titán, de un formidable puntapié, hubiera desparramado por el suelo, volcándolo... Un rumor sordo llegaba hasta él... la música, la gran música del Universo... Según se fué acercando, la música fué deshaciéndose, haciéndose más distintos sus ruidos componentes... la ilusión pasaba... la música se iba... el ideal se fugaba de nuevo. Así como el rumor desvanecía en muchos, aquella masa tremenda, aquella multitud terrible fraccionóse, y en medio de la gran ciudad, hallóse más solo que en la capital provinciana, que en la desierta era... Tronzado y rendido, con la esperanza muerta y el corazón rebosando amarguras, con su ideal á la espalda, como fardo inútil, Ricardo emprendió de nuevo su larga caminata. La esperanza le había fingido el logro de su ideal en las grandes ciudades bulliciosas, y el desengaño le empujaba á la soledad tranquila de su aldea. El ideal, el ideal no se alcanzaba luchando en los grandes centros de población. El número que suponía Ricardo sería la unión de esfuerzos, significaba la concurrencia, la brutalidad de las grandes masas despeñadas, aplastando los pequeños obstáculos que encuentra en su camino... Y vuelto á su lugar humilde, tendido sobre la dorada mies recién cortada, pensó que el logro del ideal no estaba en las grandes ciudades con que soñara un tiempo, ni acaso en parte alguna... ó estaba allí donde era imposible rayar el pentágrama, encontrar la cifra y terminar el endecasílabo cojo...

JOSÉ DE CUÉLLAR

LA CRUZ DEL ROBLEDAL

EN tarde otoñal, mediado crepúsculo, y lugar agreste y solitario, se ve en una eminencia un apiñado grupo compuesto de tres seres. Una mujer, un anciano y un joven, casi un niño. El anciano se muestra sombrío y huraño, la mujer acongojada y el joven resuelto. A sus pies se extiende ancho camino, á la derecha se alza una tosca cruz que sombrea la entrada de un espeso robledal: quédase á la espalda, en profundo valle, pequeño caserío; corre á la izquierda bullicioso río, que va á verter sus aguas en el más bravío de los mares; cerrando aquel cuadro, abruptas montañas coronadas de castaños, robles y avellanos. Aquellas montañas cobijan en sus quebradas, pueblo vasco: el caserío es San Vitores, el río el Deva, y el camino, el que dirige al no lejano puerto.

Mientras hemos descrito el paisaje, el anciano y el joven están para perderse en la revuelta de la carretera.

La mujer se apoya en los brazos de la cruz para no caer... ¡Ya apenas se divisan! ¡Ya van á desaparecer! En aquel supremo instante, lanzó la que se quedaba un grito intenso, amargo, desgarrador, grito de madre que se separa del hijo de sus entrañas, quizá para siempre. «¡Aquí, á esta hora, al pie de esta cruz te esperaré. Que la Virgen te acompañe, hijo de mi alma!» Estas palabras vertieron sus labios, en un grito de dolor, á la par que asomaban á sus ojos lágrimas amargas, oreadas por las vespertinas brisas de aquella tarde de otoño.

El joven que se alejaba, acompañado de su padre, no tenía veinte años, y se dirigía al puerto á unirse á su regimiento, para embarcar con rumbo á Filipinas.

La mujer que en la eminencia quedaba, cayó desfallecida al pie de la cruz...

Después... después, un lugar frío y solitario, flores con maleza en el patrimonial terruño, cenizas sin fuego en el ancho fogón, un sitio vacío en la rústica mesa, el otoñal abrego gimiendo en una pobre estancia sin morador, una noche inacabable, triste el monte, triste el valle, tristes los ecos de la esquila de la ermita, tristes las murmurantes aguas del Deva, y triste la profunda y tenaz mirada de una mujer que, á la caída de la tarde, al pie de la Cruz del Robledal, abisma su



alma en la oración, al par que su viva y penetrante mirada no se aparta de las compactas nubes que ruedan por los horizontes en que nace la luz. Allí está Filipinas, y en su rumbo navega veloz vapor, sobre cuya cubierta otro sér también reza, tornando sus ojos á Occidente, viendo morir el último rayo del sol, en el que manda á su triste hogar sus más íntimos pensamientos...



Después..... después, desconocidas tierras, en que el grito de guerra y el ronco tañido del *tambulig* tagalo substituyen á tres siglos de himnos de amor. El ara santa de las más puras ofrendas al rey del cielo y al soberano de Castilla, rota en mil pedazos. La fe discutida, la vieja patria odiada, y el más hermoso de los suelos sembrado de cadáveres, y el más poético de los cielos alumbrando larga y fraticida lucha.

Una noche, tras rudo pelear, rendido el cuerpo por todo género de fatigas, cayó el mísero soldado al pie de las trincheras; el insomnio y la falta de alimento le sumieron en ese pesado sopor, no sueño, en que ni el cerebro coordina, ni los ojos ven. Horas sin medida, en que el corazón ejerce sólo funciones automáticas.

Aquella noche fué la precursora de la rendición de Manila; el crepúsculo había sido muy breve. La garúa intertropical fué replegada en los últimos celajes, apareciendo en plena noche las bellísimas tintas del arco iris, cuyos colores combinaban en los cielos los pálidos rayos de la luna. ¡Hermosa era la que aquella memorable noche alumbraba el campamento!, y el soldado, bien olvidando sus terribles efectos, ó bien subyugado por su belleza, concluyó por quedarse dormido, sin apartar de ella los ojos. Al toque de diana se levantó, mas las sombras le rodeaban. ¡Estaba ciego! La luna de los trópicos tiene encantos, pero también perfidias. El que se adormece ante sus pálidos destellos, suele despertar en la noche sin fin.

¿Qué pasaba entretanto en el solitario hogar del pobre ciego? El era el sostén de sus padres: el pequeño prado de que eran dueños, poco á poco, perdió su cultivo. La savia del terruño desaparecía, al par que las mermadas fuerzas del viejo. Vinieron las privaciones, el helado cierzo, y por último, la muerte. Al padre lo mató la enfermedad, á la madre la pena. El primero necesitó medicinas, la segunda nó. El remedio estaba muy lejos y no venía. La luna de los trópicos quema los ojos, lo mismo que los quema la cal de las lágrimas. ¡Si se juntaran todas las verdidas

por las madres españolas, en estos últimos tres años, qué lago tan amargo formarían!

La madre del ciego, hasta la víspera de su muerte, cumplió la oferta que hiciera al partir aquél. Todas las tardes, al declinar el día, iba á esperar á su hijo al pie de la cruz.

Pasaron meses, y los vigías anunciaron vapor á la vista. Entró silencioso en el puerto, y al rodar al abismo las cadenas de sus anclas, produjeron ese ruido siniestro que se alza de la tumba, al recibir la primera paletada de tierra. ¡Aquel barco traía nuestra muerta soberanía de las Indias, envuelta en el desgarrado sudario de la bandera española!

Apoyado en piadoso compañero, ténrosa la tez y tardo el paso, pisó tierra hospitalaria el pobre ciego...

Cual el día en que salió, mediaba el crepúsculo de la tarde cuando sus pasos reconocieron la eminencia que le separaba de la cruz. ¡Había recorrido tantas veces aquel camino, que no necesitaba la luz de sus ojos! Con paso resuelto llegó hasta ella, abrazóla y lanzó un angustioso grito. ¡Su madre no le esperaba!

La esquila de la vecina aldea llevó á sus oídos el melancólico tañer del Angelus. Rezó la oración y, volviéndose al Oriente, profirió unas ininteligibles palabras. ¿Serían una plegaria ó serían una maldición?

Trabajosamente llegó el infeliz repatriado á la aldea. Al palpar con mano temblorosa los restos de su hogar, exclamó en el paroxismo del dolor. «¡Bien haya la luna de Oriente que cegó mis ojos: allá *abajo*, muy lejos, no vi



caer del alto mástil, cual amputado miembro, el alma de España; aquí jamás veré estos despojos que son pedazos de la mía! ¡Mi madre no me esperó en la cruz del Robledal; ante su ara santa, sobre su dura piedra, mis lágrimas mantendrán frescas las suyas!»

Allí la esperaré.

J. ALVAREZ GUERRA



A CUBA

PROFECÍA

Cuba que en un tiempo vi
alegre, siendo española;
¡qué triste estás y qué sola
hoy que el *yankee* manda en tí!
¡Quién te conoce, ay de mí,
más esclava que antes fuiste!
las cadenas que rompiste,
te ató otra nación extraña;
ya no eres hija de España,
la madre á quien ofendiste.

Ahora, Cuba ¡oh paraíso!
no eres la virgen del mar,
donde España fué á engarzar
los besos con que te quiso.
A tu lecho fué preciso
que te fuera á descubrir;
y al mirarte sonreír,
plegó las tendidas velas,
y en sus grandes carabelas
cuneó tu porvenir.

España te dió su pecho,
cual lo da la madre al hijo,
y á la vez que te bendijo
te dió justicia y derecho.
Como nunca satisfecho
se sintió su amor fecundo;
y desde ese mar profundo

que hoy te mece, hecha pedazos,
te alzó, orgullosa, en sus brazos,
y se admiró al verte el mundo.

No hubo locura mayor,
ni hubo mayor frenesí
que el de España para tí,
Cuba, gloria de su amor.
Arrostró todo rigor
por darte progreso y vida;
mil veces fué escarnecida,
mil veces fué desgarrada,
mil veces vilipendiada
y mil veces combatida.

Pero, enérgica y valiente,
con altivez de matrona,
te sostuvo en su corona
como un diamante esplendente.
Fuiste la perla luciente
de sus islas á millares;
por tí sufrió con pesares,
por tí gastó fuerza y bríos,
y por tí su sangre á ríos
corrió á empurpurar los mares.

Cuba bella, Cuba ingrata,
Cuba pérfida y traidora;
en poder del *yankee* llora,
del *yankee* que te maltrata.

Ya tu lengua dulce y grata
vas con otra á profanar;
ya no vibra en el cantar
que triste á tu labio asoma:
¡qué has hecho, di, del idioma
en que aprendiste á rezar?

Fiero relincho de guerra
ahora finge tu lenguaje,
y hablas, en jerga salvaje,
voces de bárbara tierra.
De tu llano y de tu sierra
¡quién pudo el canto apagar?
borrado el color sin par
de tus costumbres y ambiente,
ya no eres, Cuba indolente,
la Andalucía del mar.

De la brisa entre los giros
que va meciendo las cañas,
no viene de las cabañas
el canto de los guajiros.
Ya, empapadas en suspiros
y en perezas tropicales,
no reaniman los zagales,
de la guitarra á los sones,
con habaneras canciones,
ingenios y cafetales.

Ya, soltando su machete,

en el alegre potrero
no baila el mozo ligero
el tango en que se entromete;
ni ondula, cual gallardete,
desplegando sus hechizos,
moza de labios pajizos,
de encrespada cabellera,
de dedos como la cera
y dientes como granizos.

Ahora chupa el *yankee* vil
el jugo de tus entrañas,
roba el precio de tus cañas
de tu tabaco y tu añil;
quita á tu palmar gentil
el fruto que adorno fué,
bebe tu rico café,
y ansioso carga en la nao
las pipas de tu cacao
y las hojas de tu té.

Tú, Cuba, dejas saciar
su eterna sed de vampiro,
sin exhalar un suspiro,
sin maldecir ni llorar.
Al sentirte ya expirar,
buscarás noble sostén;
y cuando inclines la sien
hacia la tierra española,

la verás desierta y sola,
como otra Jerusalén.

Jerusalén ya rendida
de dar al mundo ideales,
continentes inmortales,
islas, glorias, luz y vida.
En su trágica caída,
rodará asida á la cruz,
y hacia el ámbito andaluz
se alzarán en montón gigante,
¡como una Troya triunfante
hecha cenizas de luz!

SALVADOR RUEDA

PROBLEMA

¡Ay del que, de amor sediento,
El bien que anhela no alcanza,
Y, mártir del sentimiento,
Siente el torcedor tormento
De un amor sin esperanza!

¡Ay, del que en su corazón
Quiere en vano sofocar
El fuego de una pasión,
Sabido no ha de lograr
La anhelada posesión!

Que la vida sin amor
Es cual árido desierto,
Es como planta sin flor,
Es como un corazón muerto
Para el placer y el dolor.

Porque vivir sin amar
Es igual que no vivir,
Porque el amor es gozar,
Porque el amor es sentir,
Porque el amor es penar.
Sentir, gozar y querer
Es de la dicha la meta,
Que emociona de placer,
Al corazón del poeta
Y al alma de la mujer.

Interna pasión sentir
Es contraste singular,
Difícil de definir,
Porque sufrir es amar
Y porque amar es sufrir.
Ser amado con pasión
Por el sér de nuestro sér,
Sin esperar obtener
La anhelada posesión,
Es gozar y padecer.

Por lo que he de preguntar:
¿Qué cosa será mejor,
Si, por no pensar, no amar,
O si amar para gozar
Con las penas del amor?

J. F. SANMARTÍN
Y AGUIRRE

LA SILLA DE FELIPE II

EFEMERIDES ILUSTRADAS

I

FELIPE II

No es un rey, no es un hombre; es un problema todavía no resuelto. Y es un problema sin solución, porque la obscuridad de su vida y de sus actos nos ha negado los términos necesarios para resolverlo. Todo en él es misterioso, lúgubre, sangriento. Los juicios más contradictorios se han formado acerca de su carácter y de su sistema de gobierno.

Para unos es el *prudente*, para otros es el *hipócrita*.

Para estos el *salvador de la fe católica*, y para aquellos el *ángel de las tinieblas*.

Aquí le apellidan *la gloria de Europa*, y allí *el tigre del Mediodía*.

Nacido en la ciudad de Valladolid, el 21 de Mayo de 1527, ocupa desde el año 1556, por abdicación de su padre el Emperador Carlos V, los tronos de Nápoles y Sicilia, de los Países Bajos y de España. Vencedor de Francia, por el triunfo alcanzado en la batalla de San Quintín, y por su ajustado casamiento con la hija del rey Enrique II; triunfante, gracias al gran duque de Alba, de los flamencos sublevados; victorioso, merced al genio militar de su hermano bastardo don Juan de Austria, de los moriscos levantados en armas en las Alpujarras, y poco después de los turcos, en la memorable batalla naval de Lepanto; llegó á verse coronado rey de Portugal, cuyo cetro le disputaba el prior de Ocrato, con el auxilio de los invencibles tercios de Castilla, mandados por don Fernando de Toledo.

Durante su reinado, las armas españolas lograron muchos y muy celebrados triunfos.

En su tiempo pudo decirse, con justa razón, que el sol no se ponía en los dominios de Castilla.

Pero ¡ay! que este hombre funesto llevaba la desgracia á cuantos le rodeaban y servían.

El desgraciado príncipe Don Carlos, muere en la flor de su edad, y á pesar de que Felipe ofrece á la nación y á los Consejos decir la causa de la prisión y muerte de su hijo, no cumple su promesa: el proceso depositado en Simancas se pierde, y todo en fin conspira para que se calificara su muerte de verdadero asesinato.

Don Juan de Escobedo, secretario de su hermano, don Juan de Austria, llegado á Madrid con una misión de éste, cae una noche bajo el puñal de cinco asesinos, quienes, por premio de su hazaña, reciben mucho oro y los despachos de alférez, que, previamente tenía en su poder el ministro Antonio Pérez, firmados por Don Felipe.

Antonio Pérez, es preso también por sus relaciones con la querida del monarca,

la hermosa princesa de Eboli, exigiéndole, á cambio de la libertad, la entrega de varios é importantes papeles, entre los cuales se supone que estaba la orden de muerte de Escobedo firmada por el rey.

Organízase en Lisboa, al mando del insigne marino don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, uno de los héroes de Lepanto, aquella poderosa armada apellidada la *Invencible*, que, con un aguerrido ejército, debía acabar con las intrigas y el poder de Isabel de Inglaterra, llegando hasta el mismo Londres. Don Alvaro, de acuerdo con el famoso guerrero Alejandro Farnesio, considera de primera necesidad buscar un puerto de refugio en Flandes, para impedir, lo que desgraciadamente sucedió, que la armada cayera bajo el poder de los elementos. Este acuerdo desagradó tanto al rey que, después de repetidos despachos con *embozadas inculpaciones*, envió á Lisboa al Conde de Fuentes para fiscalizar los actos de un hombre del mérito y servicios de don Alvaro de Bazán! La desconfianza del monarca causó tan profundo dolor al insigne marino y pundonoroso soldado, que no tardó en morir: causando esta muerte el mayor dolor así en el ejército de mar como en el de tierra.

II

Ocupémonos ahora del hermoso cuadro del laureado artista don Luis Alvarez, *La silla de Felipe II*, objeto principal de este trabajo.

El monarca español quiso perpetuar el recuerdo de la victoria de San Quintín, levantando el Monasterio del Escorial, vulgarmente conocido por la *octava maravilla*.

Su carácter tétrico le hizo escojer para emplazamiento un sitio rudo, en la falda de los montes del Guadarrama.

Elegido el terreno en la *dehesa de la Herrería* ó *Herrenía*, por el arquitecto Juan Bautista de Toledo y algunos frailes jerónimos, el monarca dispuso que en adelante se llamara aquel lugar *Real Sitio de San Lorenzo*, en memoria de haber vencido á los franceses en San Quintín el día de San Lorenzo, 10 de Agosto de 1557.

Ansioso de que la obra adelantara y se terminase cuanto antes, acostumbraba á situarse en las cumbres de un cerro, á media legua del Monasterio, inspeccionando el acarreo de los materiales, y llegando hasta el extremo de despachar los negocios del Reino, sentado en una roca de granito que, por su forma, conserva aún el nombre de *la silla de Felipe II*.

La soberbia pintura de don Luis Alvarez presenta al monarca sentado en la roca, escuchando una comunicación que lee su secretario don Juan Idiaquez. A corta distancia, el viejo soldado portador de las nuevas, aguarda respetuoso la contestación,



LA SILLA DE FELIPE II

CUADRO DEL LAUREADO PINTOR LUIS ALVAREZ.

Fot. J. Laurent y C.^{ta}



UN PATIO EN EL BARRIO JUDIO (TOLEDO).

mientras varios criados conversan en voz baja cerca de la silla de mano en que subió el rey, y del perro que siempre le acompañaba.

Pero ni Felipe II es el joven soldado de San Quintín, ni las noticias son de victorias. Hoy es un viejo enfermo, y las nuevas son el desastre de la armada *Invencible*.

Dijérase que aquellos rudos peñascos y aquellas tristes soledades, en que levantó el Escorial, le atraían, y que de aquel inmenso monasterio, quería hacer su sepulcro.

En efecto, atormentado por la gota, víctima de una fiebre hética, que acabando por desarrollar un humor hidrópico le llenaron de llagas, aprovechó una ligera mejoría, el 30 de junio de 1598 y se hizo conducir en brazos de hombres, que iban caminando muy lentamente y se relevaban de continuo, á su querido Escorial, en el que dejó de existir en la mañana del 13 de Septiembre.

¡El cielo pareció querer castigar su crueldad y su soberbia, llenándole de gusanos y de miserias!

Un célebre historiador resume de este modo su vida:

« Felipe II hizo de la fe un resorte político, cuando de la fe no se puede hacer más que una gran virtud de moral.

Dió á la sospecha lo que debía dar á la confianza.

Dió al sigilo lo que debía dar á la publicidad.

Dió al fanatismo lo que debía dar á la religión. »

¡V gracias si, en su hora postrera, el tormento de Antonio Pérez, el cadalso del conde de Egmont,—uno de los héroes de San Quintín y Gravelinas,—el suplicio de Lanuza, y la sombra del Príncipe de Orange,—cuya cabeza puso á precio,—no vi-

nieron á amargar con su tristísimo recuerdo los postreros instantes de su vida! » Terminemos.

Existen en el Escorial las habitaciones llamadas de Felipe II, compuestas de dos salas pintadas de blanco, con zócalo de azulejos y desnudas de todo adorno, á no ser la sencilla poltrona en que se sentaba, los taburetillos en que dejaba descansar su gotosa pierna, ó el sencillo escritorio en donde á su lado despachaban los ministros. La principal de estas salas se conoce por la de *Embajadores* y es fama que en ella, para conservar ante el mundo su austeridad de carácter, recibía un tan gran monarca á los representantes extranjeros.

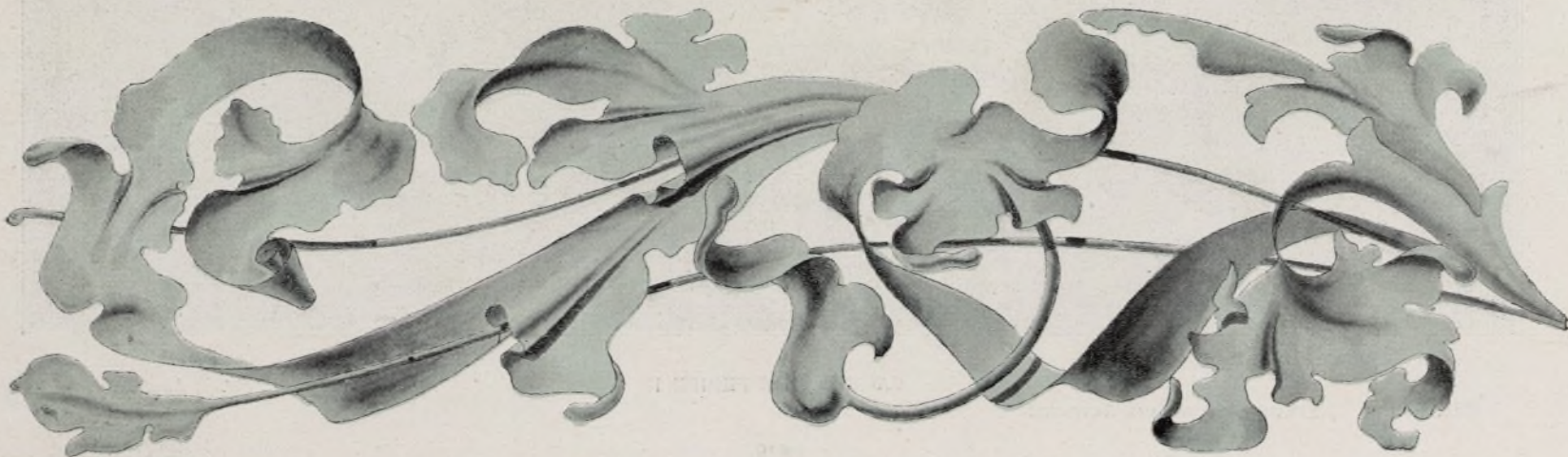
Desde la más interior, que le servía de alcoba, y en la que á su llegada mandó colocar su lecho, se veía el altar mayor; de suerte que desde la cama podía ver y oír la misa que diariamente se decía.

En estas habitaciones se lee todavía los siguientes versos, cuyo autor se desconoce.

« En este estrecho recinto
murió Felipe segundo,
cuando era pequeño el mundo
al hijo de Carlos quinto.

Fué tan alto su vivir
que sólo el alma vivía,
pues ya cuerpo no tenía
cuando dejó de existir. »

E. RODRIGUEZ SOLIS



J. Ribera.

A la Srta. D^a Adelina Bagarri Juvé.

ADELINA

MAZURKA PARA PIANO.

Tempo di Mazurka.

J. ESCURSELL MUNTORI.

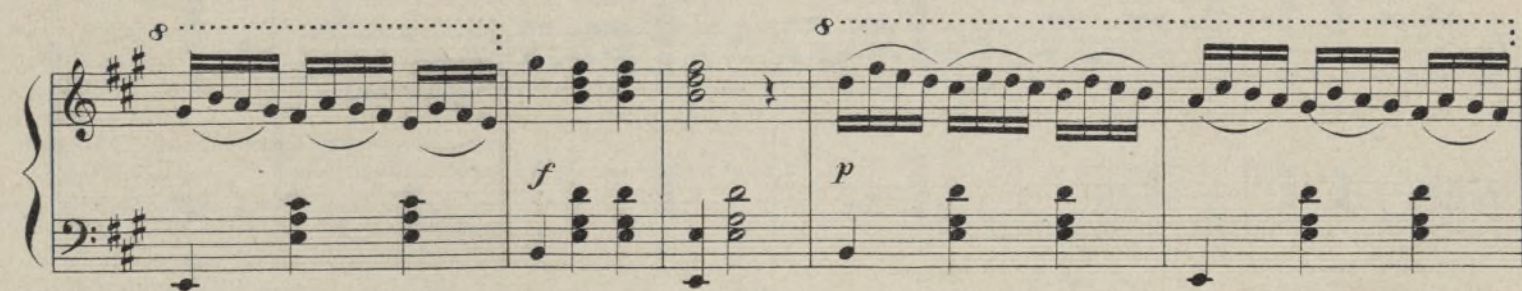
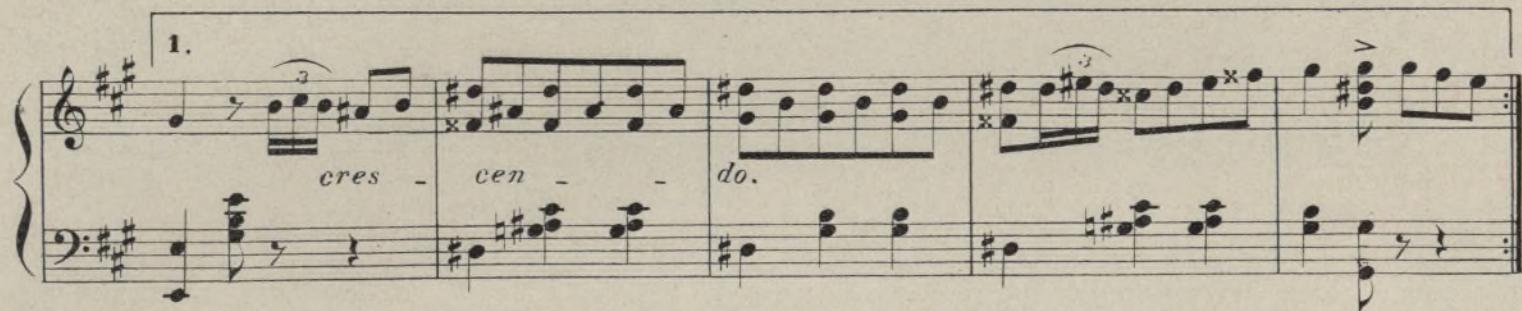
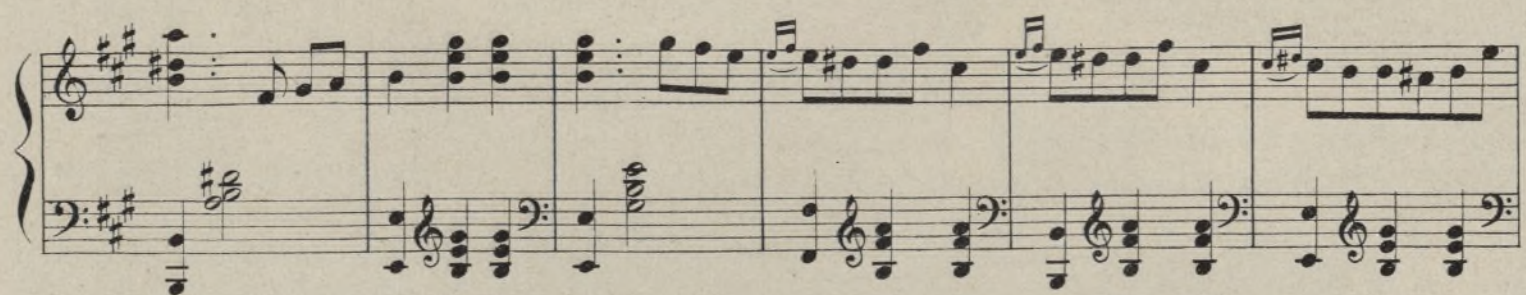
Introd. *ff*

Mazurka. *p* *f* *p*

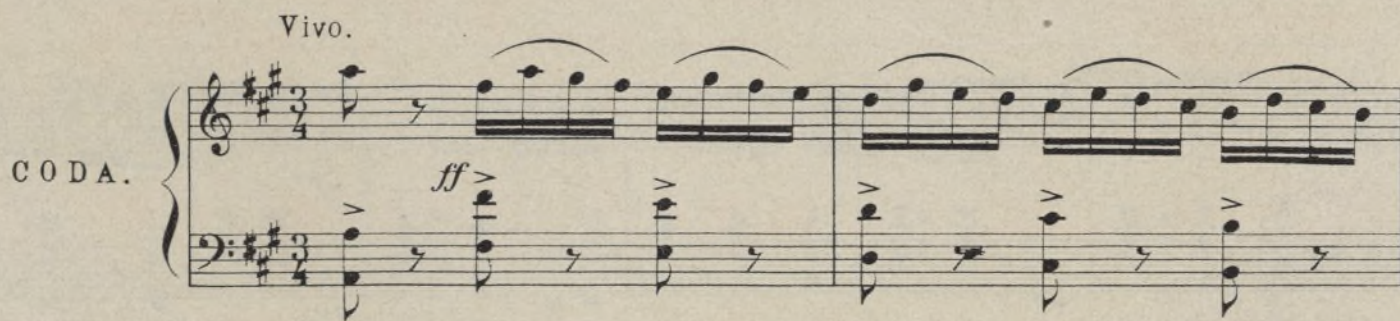
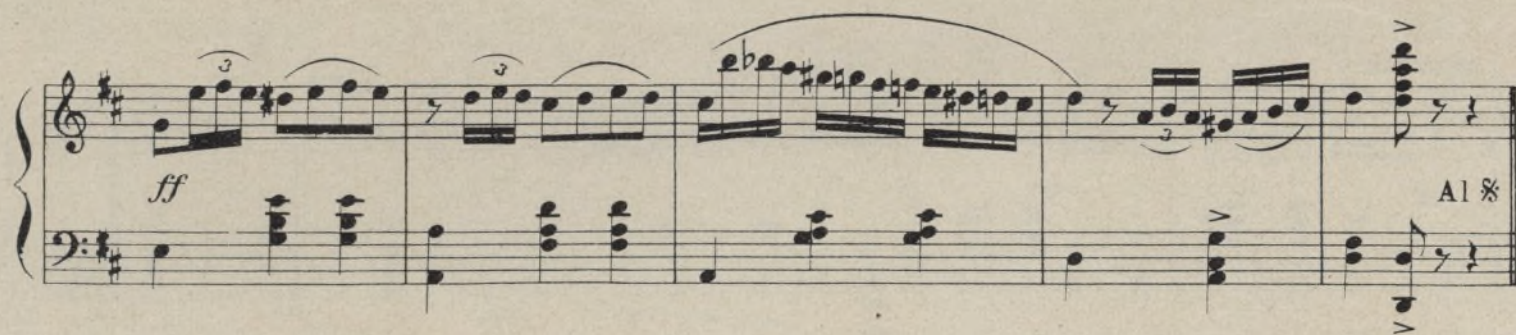
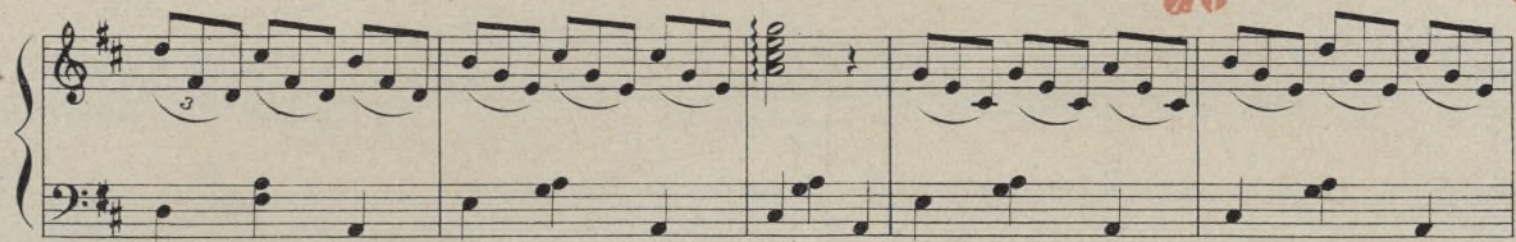
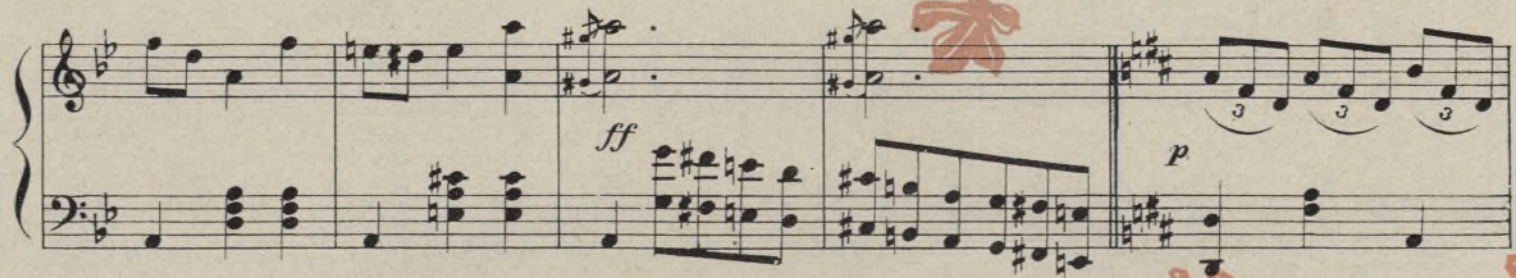
f

1.

2. *ff*



[illegible]



Queda terminantemente prohibido venderla por separado.



Cuadro de ANTONIO TORRES FUSTER.

Ayuntamiento de Madrid

EL TRABAJO ETERNO

¡SURSUM CORDA!

QUEJÁBANSE ante el Sol, sus hijos los Planetas, de la inutilidad de su vida, y del trabajo incesante, abrumador, que les era forzoso cumplir, para no vagar por los desiertos siderales, como cuerpos muertos.

—Después de cientos de siglos de penosa, continua labor,—decía uno,—estoy tan adelantado como el primer día. Miriadas de millones de millones de animálculos, unos por completo invisibles, casi no perceptibles los otros, desgarran mis entrañas, transforman la materia que forma mi cuerpo y que permanecería en reposo si su actividad desatentada y sin objeto no la removiera. Y lo más triste del caso es que, después de ser yo asaetado, y de hacer el papel de víctima insensible, aún se atreven, esas legiones de seres microscópicos, á insultar mi nombre y á decir que yo soy el causante de todas sus desdichas. Atomo vil que forma parte del Cosmos, no hay reposo para mí; siento cómo en vibración perpétua giran los átomos que me componen, cómo sufren la acción de las leyes de afinidad y de repulsión, cómo, por obedecer á esas leyes y por dar rienda suelta á sus desenfrenados instintos, provocan cataclismos que ponen en riesgo mi existencia y en peligro la suya. Y cada vez más, por sus combinaciones y repulsiones, se apartan de la unidad indivisible, de la síntesis perfecta que representa mi cuerpo, así en lo grande como en lo pequeño, en lo profundo como en lo alto, en la nube y en el líquido, en el sólido y en la forma animada. En vano trato yo de dar á conocer á mis parásitos la gran verdad, la eterna fuerza. Ciegos y delirantes, luchan entre sí, discutiendo nombres y no cosas, destruyendo formas que vuelven á renacer por su propia virtualidad; porque hartos sabéis, Señor y Padre, que ni hay materia que se agote, ni forma que se pierda, ni lucha infecunda. Durante cientos de siglos he soportado esa feroz polilla, ese trabajo desmedido y estéril. Vuestra es la culpa, Señor y Padre; con vuestra luz perpetráis la lucha. El cuerpo, cansado, os pide gracia. ¡Abreviad mi suplicio, ó permitidme que, volviendo á vuestros brazos, me confunda de nuevo en vuestra masa!

Y como ese planeta, hablaron todos.

— Si la Fuerza que os ha creado pudiera anularse; si lo que ha sido y es, no debiera ser eternamente; en este momento mismo quedaríais destruídos; pero no exentos de pagar tributo á la actividad y al dolor, las dos formas imperecederas que viven en la eternidad y en el espacio.

¿Lloráis pasajeros tormentos? Contemplad las combustiones gigantescas que varían de continuo mi forma. ¿Os quejáis del trabajo perenne que se cumple á costa de vuestro cuerpo? Sumad los miles de siglos que entre todos habéis vivido, y comparadlo con mi existencia, de duración incalculable; sumad los dolores todos que habéis padecido, las convulsiones todas que agitaron vuestras entrañas, y haced, por un instante, el parangón entre ellos y los que sin tregua ni descanso padezco para asegurar vuestras vidas, para ser una nota más en el universal concierto que sólo vive de armonía!

¿Reputáis de estéril el trabajo que fecunda vuestro seno y lo hace apto para la concepción, origen de la vida?

Oíd lo que dicen los hombres, esa raza superior de animálculos, que es la que con mayor ímpetu y fuerza cumple esa tarea de destrucción que os causa tamaño tormento.

Dijo el Sol, y cogiendo con unas pinzas delicadas un puñado de tierra, en cuya superficie había varios hombres, púsola sobre la platina del microscopio.

Atortolados al principio los hombres, rompieron al cabo en su descosida interminable charla.

— No sé donde estamos, ni que nuevo cataclismo ha ocurrido. Nuestras constantes investigaciones demuestran que, cuanto hasta ahora habíamos aceptado por bueno, en el dominio de la ciencia, era pura imaginación y broma. Dirigiéndonos al Norte, en busca del Polo, hemos podido comprobar que la Tierra no termina donde creíamos. Una llanura inmensa de metal desconocido continúa sus límites. Los que se han dirigido hacia el Sur, afirman haber hecho un descubrimiento semejante. De repente, parece que han cambiado las condiciones de la Vida. Sin embargo, vemos que es preciso trabajar para vivir, que las mujeres paren con dolor, que el suelo se agota á fuerza de dar cosechas, que la lucha entre nosotros persiste tan brutal y encarnizada como siempre. No existe manera de substraernos al destino, y, pues él lo quiere, maldiciéndola continuemos la batalla. Ni por sabio, ni por fuerte, ni por bueno, es posible evitarla.

Aquellos hombres se dirigieron á un templo, y una vez en él, hincando la rodilla, exclamaron:

— ¡Señor, sumo Señor! ¿no es posible revocar la cadena que nos obliga á batallar sin tregua ni descanso?

Una voz les respondió:

— Ved, lo que pasa alrededor vuestro.

Y los hombres aprisionaron un puñado de seres que ellos llamaban bacterias, y puesto que los hubieron en la platina, observaron que aquellos animálculos se revolvían en todos sentidos, agitados por febril actividad. Unos se deslizaban tranquilamente por la superficie del *serum* que les sustentaba, hundíanse otros en su masa. Nacían, se reproducían y morían, y poco á poco, la substancia que los contenía, cambiaba de aspecto.

También ellos se quejaban de la lucha continua á que estaban obligados, maldecían también la actividad que se les imponía, y abominaban, infelices, de la Vida.

En tanto que ocurrían tales escenas, y se formulaban tan tremendas quejas, en un punto del espacio, departían amigablemente varias nebulosas.

— No sé lo que me ocurre, decía una; esos microscópicos soles y planetas que integran mi cuerpo, me fastidian cada vez más. Su eterno movimiento, me produce un cosquilleo insoportable, y tentada estoy de suicidarme, para acabar con un tormento tan molesto.

— Ten juicio, hermana, replicó otra; todas padecemos como tú; pero lo sufrimos con resignación, porque hace poco que se ha probado de un modo indubitable, que sin esas molestias y sin ese rebullir inacabable, no sería posible la vida universal. Sufre el cosquilleo y comezón que el movimiento de los soles te produce. Ellos sufren la lepra de los hombres; estos aguantan la de las bacterias, y á su vez, si éstas mueren ó enferman, se debe á que son mundos como los hombres, como los soles, como nosotras. Todo en el Cosmos es movimiento: todo movimiento es trabajo, todo trabajo nos acerca, por el cansancio y por el dolor, á la gran síntesis, que es la quietud.

Y las nebulosas describieron en el espacio sus desmedidas é inconcebibles órbitas, en tanto que los hombres cumplían su trabajo inacabable: el trabajo que eleva y ennoblece, el trabajo que no acaba, porque la vida no cesa.

A. RIERA



FOT. NAPOLEÓN.

EXCMO. É ILMO. SR. D. ULADISLAO CASTELLANO

ARZOBISPO DE BUENOS AIRES

PROCEDENTES de Roma, donde asistieron al Concilio de Prelados de la América latina, recientemente celebrado, honraron á Barcelona con su visita en el mes de Agosto, varias dignidades eclesiásticas de la República Argentina; entre ellas, el Excmo. é Ilmo. Sr. don Uladislao Castellano, Arzobispo de Buenos Aires, y el Ilmo. y Rdm. Sr. don Mariano Antonio Espinosa, Obispo de la Plata, con cuyos retratos y notas biográficas engalanamos estas páginas, en testimonio de merecida y respetuosa consideración.

Nació el primero, en el departamento de San Javier, provincia de Córdoba, el 23 de noviembre de 1835.

Cursó los primeros estudios al lado de sus abuelos paternos, pasando después á la Universidad de Córdoba, en cuyas aulas distinguióse prontamente, por su privilegiado talento y constante amor al trabajo. Docto-

róse en Ambos Derechos, á la edad de 22 años, recibió las órdenes sacerdotales en 1858, y fué nombrado Rector del Seminario de Córdoba, en 1859; desempeñando ese cargo por espacio de 24 años consecutivos. Durante mucho tiempo, ejerció con cristiano celo y portentosa inteligencia, los de Canónigo, dignidad de Deán de la catedral de Córdoba, Vicario Capitular, Protonotario Apostólico, Vice Rector de la Universidad y Catedrático de Sagrada Teología y de Derecho Canónico. Elevado á la sede de Anciano, por deseo unánime del pueblo, que pregonaba sus virtudes, nombrósele, en 24 de Noviembre de 1895, Arzobispo de Buenos Aires.

Monseñor Castellano es un profundo teólogo y competente economista; considerándosele como uno de los príncipes más sabios y valiosos de la Iglesia.

Reflexivo, habituado al estudio y á la meditación, rigorista para sí,



ILMO. Y RDMO. SR. D. MARIANO ANTONIO ESPINOSA
OBISPO DE LA PLATA.

EL RECUERDO

¡Quién, como alondra matutina, el cielo
cruzar pudiera, ó, cisne en la laguna,
flotara en su cristall! Huella ninguna
dejan su paso y su atrevido vuelo.

Quién pudiera borrar sin desconsuelo,
dulce ó triste, el recuerdo que importuna;
halagos del amor y la fortuna,
fantasmas de la noche y del desvelo.

Sí; que el recuerdo del placer pasado
nunca regocijó: grato el sentido,
nostalgia sentirá de lo gozado,

y... cautivo en su bárbara cadena,
la remembranza del dolor ya ido
será siempre un dolor, siempre una pena.

LA NUBE

Blanca, flotante en el azul palacio,
te dora el rubio sol de la mañana,
y vas pasando, de tu albor ufana,
ora en raudo volar, ora despacio.

Finges puentes de perlas y topacio,
góticas torres de amatista y grana;
que, voluble cual tú, cual tú galana,
la ilusión es la reina del espacio.

Mas, en tu gremio al huracán hospedas;
y presto en sombra trocarás las ledas
visiones de oro y de cambiantes ojos:

guardan cual yo, de bienandanza ajeno,
relámpagos y lágrimas tu seno,
relámpagos y lágrimas mis ojos.

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA

posee el dón de ver y juzgar el mundo á través del prisma de la realidad.

Sin descomponer en lo más mínimo la seriedad de su noble continente, revela en acciones y palabras su bondadoso carácter, granjeándole su trato llano y afable, el respeto y las simpatías de cuantos le rodean ó tienen la satisfacción de llegar hasta su persona.

Nació el segundo en Buenos Aires, el 2 de Julio de 1844, siendo modelo de educandos en aquel Seminario, lo propio que en el Colegio Pío Latino Americano de Roma, donde pasó á completar sus conocimientos. A parte de desempeñar en la Ciudad Eterna varios cargos honoríficos, graduóse en ella de Doctor en Sagrada Teología.

De regreso á su patria, fué nombrado Secretario de la Archidiócesis y Cura Párroco de la Parroquia de Santa Lucía. Después de haber desempeñado los cargos de Provisor y Vicario Archidiocesano, Monseñor Federico Aneiros, le nombró Obispo Auxiliar, y, al ser creada la Diócesis de la Plata, adjudicósele, por el voto unánime de la Santa Sede.

Por su privilegiado talento, afectuoso trato y bondadoso corazón, el hoy obispo de la Plata es de aquellos varones cuya sola presencia atrae y seduce; debiéndose á esas excepcionales cualidades, que sus diocesanos le profesen un verdadero cariño y le dispensen una ilimitada adhesión.

Los citados señores, durante su corta permanencia en España, fueron agasajados por las autoridades, el clero y los particulares de alguna representación, conforme á su alta categoría y méritos personales; particularmente en San Sebastián, residencia temporal de la Corte, y en ésta tan culta como hospitalaria ciudad, donde el personal del Consulado general argentino, siguiendo las previsoras instrucciones de su digno Jefe, el señor don Eduardo Calvari, que se hallaba á la sazón en Italia, con licencia de su gobierno, y por razones de salud, se puso incondicionalmente á sus órdenes; no abandonándoles hasta el momento en que zarpó del puerto el *Nord América*, vapor en que los venerables prelados regresaron á su país.

Fuera de desear que visitas cual la referida se realizaran con más frecuencia, pues serían á no dudar de fecundos resultados para la vida de relación que en la actualidad existe entre nuestra nación y la República Argentina.



APUNTE; por BALDOMERO GALOFRE.

INTUICIÓN

EN un caballete se ve un cuadro comenzado; á un lado, trajes de época antigua, las mesas llenas de objetos artísticos, aquí una acuarela, allí grupos de bocetos, un retrato á medio hacer, cajas de pinturas, paletas y pinceles: todo lo que caracteriza el estudio de un pintor.

Reclinado de codos sobre la mesa, sosteniendo con una mano su cabeza, y en actitud melancólica, está Enrique. En su hermosa frente, irradia el destello del genio; sus expresivos ojos, amortiguados un tanto por el pesar, lanzan al animarse vívidos fulgores que revelan una inteligencia superior, uno de esos seres privilegiados que á veces quedan oscurecidos, porque la carencia de fortuna les impide alzar el vuelo y mostrarse tal cual son, ó se agostan desilusionados, faltos de aliento, á impulso de hondas penas y amargas decepciones; malográndose, antes de nacer, obras que causarían admiración y cubrirían su nombre de gloria.

Enrique es uno de esos seres. Artista de corazón, logró ir á Roma pensionado; pero no es feliz, su alma, su pensamiento, vuelan continuamente hacia España, donde, en un pintoresco pueblecillo de la hermosa Andalucía, quedaron su cariñosa madre y la mujer amada. Solo y triste, en país extranjero, siente la nostalgia de la patria y maldice la distancia que le separa de aquellas dos mujeres que comparten su inmenso cariño.

Se levanta de pronto, abre el cajón de un pequeño mueble, saca un paquete de cartas, elige entre ellas una que, por lo ajada, denota haber sido leída muchas veces, y... ahogando un suspiro, devora con interés creciente su contenido.

La epístola dice así:

« Enrique de mi alma: no te desanimes. ¿Qué importan la distancia y los obstáculos que nos separan, si mi alma es tuya, tuya para siempre?

Anímate, pinta con afán, termina ese cuadro que tienes entre manos y que, según me manifestas, ha de ser una maravilla.

Cuando lo envíes á la Exposición, iré á verlo, y me llenaré de orgullo al oír los elogios del público; quien, haciendo justicia á tu talento, elevará tu nombre á la altura que mereces.

Mi corazón rebosará entonces de placer, al pensar que parte de esa gloria me pertenece, puesto que me amas. Yo quiero ser para ti lo que Laura fué para el Petrarca, lo que Beatriz para el Dante: tu númen, tu inspiración.

Carezco de méritos, pero sé comprender los tuyos; conozco lo que vales y estoy persuadida de que te espera un porvenir brillante, si no te dejas abatir por las pasajeras contrariedades que ambos experimentamos.

¡Cuánto me pesa haber desperdiciado los cortos instantes de nuestras breves entrevistas, hablando de tonterías insubstanciales, ó riñéndote, mortificándote con dudas y con celos!

Ahora que la separación aumenta mi cariño hacia ti y disipa las nebulosidades de mi mente, veo las cosas bajo un aspecto más elevado.

Ya conoces el carácter de mi padre. Encerrado en sus rancias preocupaciones, sólo concede importancia á los blasones y el dinero. Considera á los artistas, por mucho que valgan, como seres inferiores á él; así que jamás consentirá en nuestra unión. Ya sabes mi modo de pensar; no me casaré sin su permiso; soy su orgullo, su alegría, el consuelo de su vejez, y preferiría morirme á ocasionarle un disgusto, que acaso le costara la vida. Esto no impide que mi alma, mi voluntad, mis pensamientos sean tuyos. Y porque lo son, deseo que no me olvides; que mi recuerdo te sirva de estímulo

para el trabajo, de lenitivo en tus aflicciones, de esperanza, no de tristeza.

Me dices que te voy á servir de modelo para un gran cuadro...

¡Mucho tendrá que embellecerme tu fantasía, si la heroína de esa obra en proyecto ha de ofrecer el menor atractivo material. Tu Amelia es desgraciadamente muy fea, y mal puede la pobre llenar tan delicada misión; mas tu talento hará lucir como astro brillante á la humilde luciérnaga. ¡Pues nó! En tus manos de oro, los colores de tu paleta toman tintes brillantes, suaves matices, tonos delicados... ¡Hermoso privilegio del artista!

Logré con un pretexto visitar á tu buena madre. Creo inútil decirte que únicamente de ti hablamos. ¡Y te consideras desgraciado, cuando hay en el mundo dos mujeres que sólo viven para tí!

¡Tu madre! La bondadosa señora me recibe siempre con amabilidad inmensa, con ternura infinita, y yo ¿qué te diré, Enrique mío? veo en ella la imagen de la mía, que ya no existe, y algo que me acerca á ti; de suerte que cuando me abraza, me ruborizo toda... imaginándome, ¡seré local! que eres tú quien me estrecha contra su corazón! ¡Cuánto la quiero, y qué buena es! Me consuelan tanto sus cariñosas palabras, que á hurtadillas corro en su busca cada vez que el desaliento se

apodera de mi alma, segura de que renacerá en mí el valor necesario para soportar tranquila nuestra larga separación.»

A medida que Enrique iba leyendo la carta, se animaba su semblante, y al terminarla, se había disipado su tristeza.

A la anterior postración sucedió oportunamente una energía febril. Tomó la paleta y los pinceles, se puso á trabajar con entusiasmo, rayano en frenesí, y al poco rato surgió del lienzo el rostro, envuelto en flojantes rizos, de un niño encantador, lleno de vida, y sonriente como los ángeles del cielo.

Nunca, con ser improvisada su obra, había pintado Enrique nada tan hermoso y correcto.

Era que al fuego sagrado de la inspiración del artista, se unía el espíritu de aquella adorada mujer que ejercía en él desde lejos su dulce y saludable influjo, haciéndole entrever una felicidad, aunque lejana, realizable.

Cuatro años después, y próximo ya á hundirse en las profundidades de la nada, el anciano aristócrata que en tan poco tenía á los artistas, reconoció su error y bendijo el feliz matrimonio de los dos amantes. ¡No tardó en descender también sobre Amelia y Enrique la bendición del Señor, quien concedióles un hermosísimo hijo. El día en que éste comenzó á sonreír, su padre, loco de alegría, sacó de un armario aquel lienzo pintado en Roma, y presentólo á su esposa, diciéndola: — Nunca me has preguntado por el cuadro en que me serviste de modelo. Helo aquí. ¿Te gusta?

PILAR FONTANILLES DE BÉJAR



A. MAS Y FONTDEVILA



FIESTA DE LA SALUD, EN VENECIA

Ayuntamiento de Madrid

CASTELAR Y EL ARTE

SUMARIO

Propósito de reunir en un estudio como el presente lo principal que Castelar ha dicho sobre todas las Bellas Artes. Demostración de las ventajas que reporta á los pueblos el que sus gobernantes conozcan el Concepto é Historia del Arte; complemento por este medio del estilo del artista de la palabra ó de la pluma: ejemplo en Castelar.

EL ARTE definido por éste; el espíritu humano es artista. Atractivos de la hermosura y sus clases. Cómo crean Dios y el hombre. El Arte copia y supera á la Naturaleza; el ideal en el Arte. El artista; su precocidad en sentir y comprender. Ciencia y Arte; comparación de éste con la religión. Clasificación de las artes por su espiritualismo.

LA ARQUITECTURA. Definición; sus transformaciones históricas. El estilo griego. El templo ojival ó gótico. En San Juan de los Reyes. La catedral en la Edad media. El pueblo y la Casa de Dios. El Arte árabe; la Alhambra. El españolismo de Castelar; frases que lo comprueban. Nuestro territorio y nuestros mares. Reunión de diversos estilos en nuestro suelo.

LA ESCULTURA. Egipto y Grecia. Armonías entre la Naturaleza y el hombre. La escultura clásica; el Renacimiento en el siglo xv. Bramante y Miguel Angel; carácter de las obras escultóricas de éste. El Dante retratado por Suñol.

LA PINTURA. Arte cristiano por excelencia. Pintura del mundo antiguo.—Castelar y Roma; Manterola y Castelar. La capilla Sixtina. Frio religioso; un paso hacia la Fe; á los pies de León XIII. Las *Sibilas*; su símbolo, sus ascendientes y sus descendientes en el mundo artístico moderno. El *Juicio final*; descripción de un trozo. El hombre y el estilo; Buonarroti y Rafael comparados.—En Asís; el Arte místico sincero y el Arte místico contrahecho.—Venecia. Ante *San Marcos*; magnífica descripción del pasado; la palabra de Castelar y el pincel de los artistas célebres.—La Pintura española; nuestra originalidad. Resurgimos de toda decadencia. Sánchez Coello, Velázquez, Murillo, Ribera, Viladomat, Goya, Fortuny. Atención dedicada á otros artistas.

LA MÚSICA. El gran orador, académico de la Sección de Música de la Real de Bellas Artes de San Fernando. — Aquél arte en la antigüedad. — Semblanza de Rossini.—Clavé y su obra.—La música alemana y la música, el canto y el baile popular en España.—El Arte monárquico, el Arte republicano y el triángulo rojo de Schopenhauer.

LA POESÍA. *Corona* de las Artes. Sin Platón aun comprenderíamos la Grecia, no sin Homero. La Poesía futura, según el discurso de recepción en la Academia de la Lengua; la Ciencia ha agrandado los temas del Arte.—Quiere que el poeta sea creyente; apóstrofe á los que no lo son. Jerarquía del poeta; sólo le supera la poetisa.—Byron, Tasso, Lucano, Ovidio, Virgilio, pintados por él; alabanza de las literaturas regionales.—Moción para la pensión de Zorrilla.

Mis conclusiones. El hombre político que así comprende y siente el Arte, lo sabe proteger: ejemplo con la creación de la Academia española de Bellas Artes en Roma, debida á Castelar. ¡Nos falta una creación análoga para el Arte decorativo y las Industrias artísticas!—El Arte no debe ser un aerolito errante, sino un astro integrante de un sistema educativo.—Reciprocidades entre el Arte y quienes le estudian y protegen. ¡Honor al maestro!

EL conocimiento del concepto é historia del Arte por parte de los hombres públicos, puede ser muy provechoso para las naciones ó pueblos por ellos regidos ó gobernados. Ministros, consejeros, senadores, diputados, concejales, legislan ó toman acuerdos sobre el Arte puro ó sobre el Arte aplicado á la Industria, lo mismo sobre su enseñanza que sobre su protección ó premio. Desde la instrucción en general hasta la economía política, pueden, pues, resentirse de la ausencia de los mentados conocimientos en la persona llamada á influir con sus iniciativas ó con su voto en la administración patria. Además, como el Arte no es una cosa ajena á las grandes armonías y conexiones de las ramas del saber humano, sino uno de los rayos (rayo luminoso y á la vez consolador y fecundante) que convergen á formar el foco de ese saber; su estudio puede influir no poco á desarrollar el temperamento y á formar el estilo de los artistas de la palabra y de la pluma. Castelar fué uno de esos artistas, equivalente á un Fidas de la antigüedad, á un Miguel Angel del Renacimiento, y no temo pecar de exagerado asegurando que su marcada afición á los estudios estéticos, sobre todo á los que se evidencian por la línea, la forma y el color emotivos, avivaron extraordinariamente el fuego de su entusiasmo por lo bello y dieron deslumbradores matices á sus oraciones y revistas, á sus libros y discursos, á sus conferencias y polémicas. De las Bellas Artes ópticas y de las Bellas Artes acústicas necesitó Castelar para sentir más hondo, pensar más alto y expresarse más florido y más erudito; y, á su vez, pagó como legislador, catedrático y publicista, su contingente al Arte, fomentando sus Academias, protegiendo sus cultivadores, rodeándoles de superior respeto, difundiendo los títulos de sus grandes predecesores y haciendo participar á sus oyentes ó lectores de ese sano alimento espiritual que aun tiene menguado aprecio (doloroso es decirlo) en muchos que, por su posición ó representación, venían indicados para todo lo contrario. Cuando juzgan las obras, se comprueba esto que digo en sus predilecciones, unas veces por un utilitarismo inhospitalario para el sentimiento y la imaginación, no pocas por los alardes de la riqueza plutónica, y, las más acaso, por pacientes refinamientos de factura, dignos de la inconciencia estética de una madrépora.

¡Honremos, pues, á los pocos que se han exceptuado, como hombres públicos, para encauzar el concepto de una materia tan interesante, y hagámoslo con tanto más motivo cuanto que sus palabras pueden constituir un deleite moral é intelectual, para los lectores de una publicación como ésta!

Me he propuesto reunir algo de lo mejor que Castelar ha dicho sobre las Bellas Artes, aunque las procedencias de las partes que forman el siguiente todo, sean, en general, bien heterogéneas. Poco menos que irrealizable me hubiera sido este propósito, sobre todo dentro del plazo oportuno (tristemente oportuno) que crea la muerte del gran orador y publicista, á no tener yo anotados, casi desde mi infancia, multitud de sus discursos, folletos y libros. He completado lo que antes señalé, con algo que ahora recojo precipitadamente; he prescindido del orden cronológico de producción, y algunas veces también he prescindido del orden integrante de pensamientos no esenciales de una lucubración, para llevarles á componer más clara y definitiva substancia. Cuantos girones luminosos tengo á mano, aquí, sobre estas columnas los yuxtapongo, formando un conjunto didáctico y ameno, aunque mucho les desluzca lo prosaico y trémulo del hilván de mi palabra explicativa. Estas yuxtaposiciones algo arbitrarias, es todo lo malo y la única cosa buena de mi labor, ya que Castelar nunca escribió metódicamente (ni como preceptista ni como historiador) de todas las Bellas Artes, de los principales estilos ó escuelas. Cuanto disgusto puedan causar á los apercibidos esas mutilaciones de sus trabajos enteros, integrados por esos trabajos aislados que copio, bien superados se-

rán—no puedo dudarlo—con el placer consiguiente á toda lectura de un solo tema ordenado y completo.

A mi vez, he de declarar que tampoco soy optimista por todo lo que Castelar ha dicho de las Bellas Artes; algo omito á continuación, y algo que reproduzco debe ser asimismo leído con benevolencia, como fruto que es de rápida improvisación, las más de las veces lanzada desde la tribuna.

Habla Castelar.

EL ARTE. — « El espíritu humano es sensible y vive en la Naturaleza; es inteligente y vive en la patria, en la familia, en el derecho; es racional y vive en la ciencia, en la filosofía; es criatura de Dios y vive en la religión; pero también, señores, también es artista. En todos nosotros, en todos absolutamente, hay un sentido interior, que sólo se despierta al dulce reclamo del Arte; en todos hay deseos de contemplar la hermosura, ora sea en la Naturaleza, ora en la humanidad, ora en el Arte: ¡la hermosura, que es la divina armonía que enlaza nuestros pensamientos, y en la cual descansa tranquilamente nuestra alma!

» Yo definiría el Arte la creación del hombre, así como la Naturaleza es la creación de Dios. Dios, al crear, como tenía en sí la plenitud del ser y la eterna idea de las formas, no hubo menester de la materia; el hombre para crear, como comparte su vida con la Naturaleza, como no puede manifestarse sin la forma, como es conjunto armonioso de alma y cuerpo, —y si por el alma pertenece al cielo, por el cuerpo pertenece á la creación,—el hombre necesita que el mundo exterior le dé moldes para vaciar su inspiración, y por eso el Arte es la representación sensible de la idea.

» ... Como el hombre no es ni puede ser en la tierra espíritu puro, como tiende á lo real, se goza en el Arte, que como su propio ser y su propia ley, es reunión de la idea con la forma, del espíritu con la Naturaleza.

» ... El ideal flota sobre todos los acontecimientos de la vida, sobre los hechos y seres de la Naturaleza, sobre todo nuestro ser y nuestras ideas. Este ideal de justicia, de hermosura, este gran ideal humano, lejos de ser nuestro consuelo, sería nuestro mayor tormento, si el Arte no viniera hasta cierto punto á realizarlo en la tierra. La aspiración á lo infinito, á lo eterno, que se explaza en todas las esferas de la vida, en todas, no encuentra, después de la religión, un centro más verdadero y luminoso que el Arte... ¡V cuánto no hemos de considerar el Arte, si pensamos que por él podemos llegar hasta entrever desde lejos la alba luz de esta eterna vida, alba purísima, que inunda de suave gozo nuestra alma!

Hasta aquí, todo lo copiado pertenece á un elogio de las poetas de Carolina Coronado, y á la famosa serie de conferencias dadas en el Ateneo de Madrid (empezadas el año 1858). Se titulan *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo*, y de ellas tomaremos otros elementos. Un crítico suyo escribe: « Al repasarlas más tarde Castelar, y al ver qué lujo de luz, de colores y de rayos de sol hay en ellas, ha dicho con gracia andaluza: *Hay que leerlas con anteojos verdes.* »

Lo siguiente es de otra conferencia que dió en Barcelona, en el *Círculo Artístico*, el año 1888, con motivo de la Exposición Universal:

» ¿De qué tratamos? Pues tratamos del Arte, del sentimiento por excelencia; y como el Arte es el sentimiento por excelencia, los modernos han llamado á la parte de la filosofía que trata esta materia, la han llamado estética.

» ¿Qué se despierta primero en el hombre? En el hombre se despierta primero el sentimiento, después la voluntad, luego la imaginación, más tarde la inteligencia, y lo último en despertarse es aquello más alto y más sublime, la razón humana; pero no lo más bello; porque lo más bello que

hay en el hombre se halla en el sentimiento y en la fantasía. Así es que el Arte es producto del sentimiento. El hombre es mineral, porque los átomos de la cal del camino se unen á sus fibras; vegetal, porque tiene como los vegetales la respiración aérea y, en parte, como ellos se nutre por los tubos capilares; animal, porque se halla reducido, especialmente en la reproducción, á los mismos efectos y á los mismos instintos que los animales. Allá, en esa especie de esfera que tanto se asemeja á la esfera del sol, empieza á sentir, despliega sus alas, empiezan á escucharse las armonías por las que el hombre mineral, vegetal y animal se transfigura y se asemeja y acerca al Dios eterno, de donde desciende la inspiración y la vida.

» Así, el artista padece todos los dolores de la humanidad, siente afluir en su alma todos los afectos, vive de la vida de todas las especies; antes de que la nube se forme ya pesa sobre su cerebro; antes de que un mal llegue lo ha de adivinar; porque, profeta, su alma se asemeja á estas alondras, las cuales cuando la tierra está dormida, cuando no ha venido aún el nuevo día ni aun sonríe la aurora, baten sus alas, elevan su vuelo, y allá, entre la noche que se va y el día que viene, lanzan sus cantos que llenan los aires de gorgoros y armonías.»

En su discurso de recepción en la Academia española, continuaba:

«... No creo el Arte copia de la Naturaleza, remedo servil de la realidad, sino lo ideal en la esencia... Lo ideal, sentido con profundidad y expresado con belleza, hé ahí el Arte... Para mí el artista penetra de una ojeada con la intuición donde no pueden penetrar los sabios con el raciocinio; esparce inspiraciones que contienen la eterna revelación de la hermosura; crea espontáneamente obras varias á guisa de esas fuerzas naturales que ciñen de nieves las montañas y de lirios los valles; obedece á su interior vocación cual á un mandato divino, y es absolutamente libre; da leyes y no conoce ninguna; reúne á la actividad dirigida por la conciencia otra actividad ciega y sin conciencia, en cuyos misterios se ha creído encontrar ya un genio angelical ó ya un protervo demonio; extrae de todas las cosas su esencia; y siente en sus nervios, agitados como un arpa eólica, la chispa eléctrica, antes que haya estallado por los aires, y en su corazón, abierto á todos los afectos, el choque de los dolores sociales, antes que los haya sufrido la misma humanidad, y en su mente, agitada por la creación continua, pensamientos no nacidos todavía en la mente universal, y en su cráneo el peso de la nube aun no condensada en la atmósfera; consumiéndose en sus propias llamas, destrozándose en el parto de sus criaturas; muriendo de su inmortalidad; henchido de adivinaciones y de presentimientos que lo martirizan, como destinado á levantar el universo moral, muy superior al material...»

«... El ánimo entristecido se espacia y se consuela en el seno del Arte. Parece el Arte un mundo misterioso superior á la estrecha tierra en que vivimos, lleno de las armonías que conciertan las contradicciones

de nuestra limitada naturaleza... Del fondo del Arte se levanta en toda su pureza la esperanza. El Arte nos recuerda que somos inmortales, que las cadenas de nuestra servidumbre se han de quebrar algún día, que este mundo se perderá en la nada, mientras nosotros volveremos al cielo. Es imposible que el hombre que canta más suavemente que el ruiseñor y el aura; que tiene en su cerebro más ideas que estrellas el cielo; que anima las piedras y las tablas con el poder del pensamiento; que levanta un mundo espiritual sobre la naturaleza, se convierta en polvo, mientras viven gloriosa vida sus obras. Así como la creación con sus maravillas atestigua la existencia de Dios, el Arte atestigua la inmortalidad del hombre... La creación es mundo, no del hombre solo, sino de otros muchos seres. El Arte es el mundo exclusivo del hombre. Nadie como el hombre lo comprende. Sólo el poder del hombre lo ha creado.»

«... En las ciencias se necesita la reflexión profunda, el raciocinio laborioso, la comparación sesuda; pero en las artes se necesita la inspiración, que sin dejar de ser reflexiva y de encerrar en sí, como la misma Naturaleza, un raciocinio, ha de centellear prontamente como la palabra creadora... El artista ha de reunir la sensibilidad al pensamiento. Crear no es un trabajo mecánico, sujeto á reglas preestables; no crea el alma sacando de sí misma su virtud... La imaginación da forma sensible á la idea. Así es que la razón da el alma de la obra de Arte, y la imaginación le da el cuerpo; la razón da la idea, la imaginación la imagen.»

Lo anterior procede, si mal no recuerdo, de una descripción de San Juan de los Reyes y de un juicio hecho de las poesías gallegas de Rosalía de Castro.

En otro lugar habla así de la necesidad que tiene el hombre de la religión y del Arte, refugio de las almas en determinados momentos de la existencia:

«El Arte y la religión nacen al propio tiempo en cuanto el hombre aparece. Pero, todavía existe una diferencia: se conocen algunas tribus, se conocen algunas familias humanas sin sentimiento religioso; no se conoce ninguna, pero absolutamente ninguna, sin sentimiento artístico. Por eso puede decirse que el Arte coincide con la humanidad, y le acompañará hasta la consumación de los tiempos; por eso el Arte sigue las mismas, exactamente las mismas series en su desarrollo que ha seguido la humanidad.»

«... ¿Qué serían el mundo y el Arte sin Dios? Un santuario vacío, un templo destrozado. ¿Qué sería sin Dios la conciencia? Como un mar corrompido, sin luz y sin aire. La idea más real, más hermosa, es la idea de Dios. Sobre ella giran, como sobre un eje de diamantes, el espíritu y la Naturaleza. Sin Dios, todo sería mentira.»

FRANCISCO TOMÁS Y ESTRUCH

(Continuará).



LA RIFA DE LA XATA (COSTUMBRES ASTURIANAS).

Fot. Laurent y C.^{ia}

Cuadro de VENTURA ALVÁREZ SALÁ, que figuró en la última Exposición Nacional de Bellas Artes, en 1899.

LOS SOLDADOS DE BALER

No decimos los *héroes*, á cosa hecha. Soldados eran cuando se defendieron como tales; soldados duros, inmovibles ante el empuje del enemigo; soldados en toda la extensión de la palabra; soldados como lo fueron todos los españoles mandados por jefes como don Juan de Austria, Roger de Lauria, Gonzalo de Córdoba, el duque de Alba, Reding, Álvarez, el Empecinado y Mina.

Soldados que creían en la honra nacional, cuando aguantaron asedio estrechísimo, cuando se defendieron, en tanto que los otros capitulaban; soldados de verdad; pues, sin esperar ajeno auxilio, abandonados de todos, menos de la fe que alentaba en sus corazones, supieron demostrar que el indomable espíritu que anima nuestra raza, dormita tal vez unos momentos, pero no se extingue, no muere, no acaba.

Miente ó se engaña quien afirma que el espíritu no doma ni moldea la carne. Hemos visto en Francia, los últimos supervivientes de la famosa carga de Reichschoffen; hemos visto en España, al héroe de las Tunas, á los voluntarios catalanes que combatieron en Tetuán y en Wad-Ras á las órdenes de Prim. Sobre todas aquellas caras bronceadas, fulguraba y fulgura una luz que no ilumina las facciones de los demás soldados. Los cuerpos se yerguen con mayor gallardía, las frentes se levantan con mayor dignidad. Es que todos aquellos hombres han recibido el bautismo de gloria; es que todos han visto la muerte cara á cara. Y así como el fuego deja una marca indeleble sobre cuanto toca, así también la gloria y la muerte imprimen un indeleble sello sobre sus elegidos.

Ved sus rostros morenos, curtidos por la intemperie, atezados por la



flameante hoguera del sol de los trópicos; ved su continente marcial, la firmeza de sus movimientos, la rapidez y energía del gesto, la mirada fija, serena, dura, sostenida; esa mirada que doma á los felinos, que hace retroceder á los otros hombres; ved la inmovilidad de las facciones, petrificadas por el peligro continuo; mirad uno por uno á esos hombres, y, al advertir su continente reposado y decidido á un tiempo, su apostura gallarda, os explicaréis su conducta heroica, diréis: «Esos son los héroes de Baler; esos, esos solamente son los soldados de España.»

Merced á su titánico arrojo, nuestro pabellón ondeaba aún en Filipinas once meses después de haber capitulado Manila.

Sitiados por los tagalos en Baler, pueblecillo en la costa oriental de la Isla de Luzón, resistieron cerca de un año, desde el convento que les

servía de fuerte, las agresiones constantes de sus feroces enemigos; y sólo cuando, faltos de salud, víveres y municiones, se vieron imposibilitados en absoluto de defenderse, aceptaron una capitulación gloriosa, con todos los honores de guerra. Una escolta de honor, formada por sus mismos contrarios, les acompañó hasta las puertas de la capital, en donde fueron recibidos por los *victoriosos* yankees con vítores y palmas.

Cuando todos los muros se cuartejan, cuando todo se hunde, cuando la desolación y la ruina anonadan todo lo fuerte y todo lo inmovible, saludemos con respeto, con religioso respeto, á ese puñado de valientes que quizá algún día se convierta en legión; descubrámonos á su paso, y digamos una vez más, con entusiasmo, con orgullo: «¡Estos son los soldados de España! ¡estos son hombres!»

MADRID ELEGANTE

AL igual que en la precedente crónica, fuerza será buscar el asunto de ésta fuera de la Corte, solitaria y triste, abandonada temporalmente por la sociedad elegante y aristocrática. El pasado mes de Agosto ha sido, como siempre, el en que las diversiones se han sucedido sin descanso en la mayoría de las estaciones veraniegas, salvo Biarritz, cuya temporada ó *season* no comienza hasta el mes de Septiembre.

Así en La Granja, por ejemplo, se han verificado las acostumbradas excursiones que S. A. la Infanta Doña Isabel organiza y preside con sin igual encanto; han abierto sus salones la Duquesa de Ahumada y los señores de Comyn, y la colonia ha correspondido con otros obsequios, á las muestras de deferencia que continuamente recibe de la bondadosa Infanta.

En Zarauz, reunida ya toda la aristocrática colonia, se juega diariamente al tresillo, y la Marquesa de Squilache, el General Martínez Campos, el Duque de la Unión de Cuba y otros *tresillistas*, reanudaron las partidas habituales del palacio de la Plaza de las Cortes, mientras que los aficionados al juego del *poker* se congregaban amenudo en el hotel de los Marqueses de Monteagudo, y la juventud elegante se entretenía en animadas giras ó en brillantes bailes, capitaneada por las encantadoras hijas de los Condes de Aguilar de Inestrillas.

Pasó también en la capital de Guipúzcoa la llamada *gran semana*, en la que las fiestas se suceden sin interrupción; los toros, el tiro de pichón, las funciones teatrales, los cotillones del Casino, hasta las *matinées* régias en el Palacio de Miramar; un verdadero vértigo que se apodera de todos los habitantes de San Sebastián, que ven acercarse el mes de Septiembre como la época de tranquilo reposo, de que no disfrutaban durante los primeros meses del verano.

En San Sebastián la presencia de la Corte, el continuo ir y venir de los personajes políticos, la incesante actividad de los *reporters*, contribuyen á dar una nota más política, y por decirlo así, más *madrileña* á la vida veraniega; lejos de allí, la existencia enteramente campesina de los veraneantes de *El Escorial* y de Cercedilla, y aún de la colonia de San Ildefonso; en la pequeña Corte de verano las señoras cambian de *toilettes* tres ó cuatro veces al día; lucen en el teatro y en el casino joyas suntuosas, y cuando bajan por las mañanas á la playa, adornan con ricos *volenciennes* las batistas de sus vestidos. Una dama conoce el que traza estas líneas, tan célebre por su ingenio como por la riqueza de sus joyas, que preguntada por éste acerca de las que se reservaba para la estación veraniega, en el momento en que depositaba en el Banco de España una bien repleta caja de alhajas, le hizo el siguiente inventario: dos hilos de perlas, dos de brillantes, las pulseras, los pendientes de turquesas, los de esmeraldas, los de záfiro y los de perlas; varios solitarios y otros *dijes* y adornos de cabeza: es decir, lo que no pocas damas se contentarían con tener para las grandes solemnidades del invierno.

Las funciones teatrales de aficionados, son una de las diversiones favoritas de algunas colonias veraniegas, y con frecuencia se revelan en estas improvisadas *compañías* artistas de verdadero mérito; pero las que sobre todo han adquirido ya justa fama en la sociedad aristocrática, son las que se verifican en el teatro de los Duques de la Unión de Cuba en Zarauz, y en el lindo coliseo de La Granja.

Forman parte de la *compañía* del primero, una *triple* tan bella y de tanto mérito como la elegante señora de Vera, y actrices tan distinguidas como la joven Marquesa de Valdefuentes y como las señoritas de Carvajal, Ibargüen y Santos Suarez, mientras que entre los actores figuran jóvenes de tan relevantes condiciones artísticas como el Duque de Luna, don José de Vera, los Marqueses de Somosancho y Valdefuentes y otros varios.

Allí se han representado con gran primor zarzuelas lindísimas, algunas como *De P. P. y W.*, en las que únicamente una dama de tan singular gracejo como la gentil señora de Vera, podía superar la gracia y donosura de la que estrenó dicha obra, y para quien la escribieron los señores Perez y Rubio: la notable Loreto Prado.

Por el escenario de La Granja, han pasado también actores y actrices muy notables; hace ya muchos años que, como digno coronamiento de las fiestas del Real Sitio, celébrase allí una función de aficionados, y á las veces, llegan á tanto las facultades de la escogida *troupe*, que nada menos que zarzuelas de difícil ejecución, y aun comedias en tres actos, se ven allí representadas con perfección increíble.

Este año constituyeron la aristocrática *compañía*, las señoras de Chulvi y de Santana, las señoritas de Coello y de Comyn, y los señores Conde del Cazal, don Basilio Avial, Coello, Marqués de Haro, Drumen, Vázquez y algunas más, y apesar de que la obra escogida ha sido una de tantas dificultades, como la admirable comedia de Bretón de los Herreros *A Madrid me vuelvo*, obra que sirve de texto á los alumnos de la Escuela de Declamación, los distinguidos actores salieron muy airoosamente de su empeño, mereciendo por ello entusiastas ovaciones.

Tal es el principal cuadro del veraneo aristocrático, que toca á su término y que deseo haya sido muy feliz para mis lectores del ALBUM SALÓN.

MONTE-CRISTO

PRIMORES

CÓMO cantaba aquel hombre!
¡Digo! aquel ruiñeñor granadino; aquel Gayarre con acento de allá abajo.

Poseía todos los «estilos», desde las granadinas, malagueñas y sevillanas, hasta lo más selecto del canto jondo.

Era una maravilla europea aquella garganta, que enjugándose, como aquel que dice, con una sílaba, bien fuera diptongo ó letra suelta — todo esto en opinión de críticos del arte, — se pasaba una hora y más, y aun toda una noche se hubiera pasado gargarizando, sin acabar de «soltarle» la copla al auditorio ilustrado.

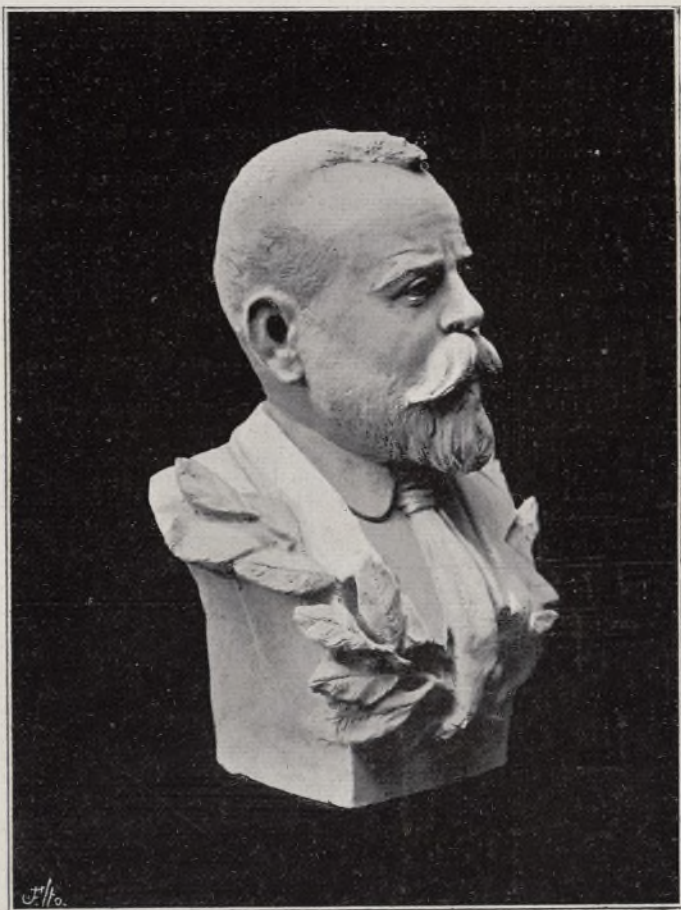
— ¡Ay!... ¡ay!... ¡ea... y!...

Y así, hasta «jartarse» de lamentaciones poéticas, y de palmas y «¡olé!» del público inteligente.

Por *Primores* le conocían, y era muy justo el mote.

No hay para qué decir, que era el mejor ornamento de los salones, lo mismo en Sevilla que en Madrid, y en Granada que en Valencia, y que se veía obsequiado en casas muy principales que gustaban de oír cantar el género «flamenco», español, «jondo» y puro, como salía de aquella garganta, en «trovas naturales».

Y no se contentó *Primores* con lucir en su patria; sino que se arrancó una vez y salió á viajar por «París de Francia y el Extran-



BUSTO DEL FOTÓGRAFO D. ANTONIO ESPLUGAS.

Escultura de José Campeny.



A MUERTE.

Escultura de José Campeny; premiada con 2.ª medalla en la última Exposición Nacional.

jero», y estuvo cantando, según él relataba con mucha formalidad y aún más gracia, en varios círculos del *foibur* y de la *bantier*, y en el *bolevar*, y en varios teatros de los principales.

Y en Londres, también se vió muy aclamado cantando en *Idem-Park*, y en otros sitios «dificultosos para la pronunciación».

En aquella correría ganó algún dinero y, de regreso en España, pensó en establecerse definitivamente.

Consultó con su compadre, que era un tocador de guitarra también magistral, pero que no había sido apreciado por el público en su verdadero valor, y andaba mal hasta de ropa.

Primores, de regreso del extranjero le protegió, facilitándole unos cuantos duros, para que se vistiera «indecorosamente» y «se apañara y apañara su casa».

Claro está, que el compadre *Borrego*, — así le intitulaban las gentes, — aconsejó al capitalista *Primores*, que abriera un establecimiento modelo de *café-conseltz* como los que había visto en París, «sorrente» que á la española.

Pero *Primores* temía aventurar sus «libras» en una empresa que había arruinado á varios «capitalistas», y dudaba.

— Es el negocio más claro en que puedes meter tus intereses, — le aconsejaba el *Borrego*, deseoso de asegurarse un sueldo dignamente.

Por fin, que el ruiñón cantante se decidió á ello y, en pocos días, estableció en Málaga un café con todos los adelantos de París, traducidos á la andaluza.

Un café «tirado por camareras», como decía él mismo algunos años después.

— Como Málaga es buena tierra, y por mor de «la vendeja» acuden muchos ex-

tranjeros ingleses y americanos, á «imescar» la pesca, se puede hacer buen negocio, siquiera en esa temporada — pensó *Primores*.

Y así fué: el establecimiento se vió en extremo concurrido; siendo grande el consumo de vino, licores, pescado frito y ostiones naturales.

Aquello era el centro de la juventud aristocrática y artística.

Primores, aparte de su «popularidad europea» y de su valer, había reunido en su establecimiento las *divas* del género, más notables y celebradas por «la crítica» y por «la opinión».

Y respecto á profesores instrumentales, donde estaba el compadre *Borrego* no había otro.

— Por fin, — como decía el compadre, — que el establecimiento era un Liceo, un Casino, un «Oratorio de beyas antes».

Primores se hartaba de ganar dinero y de «presumir».

Pero cuando menos se lo espera el hombre, se interpone en su camino alguna contrariedad.

Donde menos se sospecha, salta un tunante que abusa del hombre de bien.

Primores era un hombre bueno, en su clase.

Hasta cantaba sin segunda intención; coplas siempre escogidas.

El tunante fué un inglés.

No se supo si solo ó en connivencia con el compadre *Borrego*, que era una mala persona para todo, menos con la guitarra en la mano, que dejaba al *Esopo* tamaño — como decía *Primores*, — porque jazía yorar hasta á los animales, cuando quería.

El inglés, que luego se supo que no era de la Inglaterra, sino español, visitaba



PATIO INTERIOR DE LA VICARÍA (GERONA).

Acuarela de F. BRUNET Y FITA.

el establecimiento á diario y gastaba dinero, convidando á los artistas y aun al mismo *Primores*.

Era, — según él mismo aseguraba, — representante de un banco de economías en Londres; banco que poseía en caja sinnúmero de libras, y más que libras, arrobas esterlinas.

Andando los meses y viendo que el *café-concert* ó *café-conseltz*, como pronunciaba *Primores*, daba dinero y que el dueño se resentía un tanto de la voz, que había sido y era la base de su fortuna, propuso á éste que lo realizara todo y confiase su capital al Banco de economías, por él representado en España.

Primores consultó con su compadre, en vista de las proposiciones del inglés, y conociendo que se le acababa «la voz de tenor de más de cincuenta grados sobre cero», que poseyera en tiempos pasados.

El *Borrego* le aconsejó que aprovechara la compostura.

Y, después de largas meditaciones, porque *Primores* era irresoluto, se decidió el ex-ruiñón á venderlo todo, traspasarlo y entregar, mediante documento, la fortuna que había realizado al representante *englismán*.

Dejóse éste rogar, pretextando que la cantidad era pequeña; que seis mil duros nada representaban para aquella casa de Londres, que él creyó sería mayor el capital, y que, por fin, escribiría á ver...

— Es usted el hombre que ha nazío de pie, — le decía el compadre. — ¡Cuidao con verse capitalista en un banco de Londres mismamente, como se va usted á ver! Cobrando una renta como el *Rochil*...

Ea, que todo se arregló y que el inglés recibió el dinero y entregó una *póliza*, vamos al decir.

Y... ya adivinarán ustedes el resto.

Que *Primores* perdió la voz y se quedó sin una peseta, por confiar su dinero al «Banco de economías» de Londres, con ramificaciones en otros países «más extranjeros», que decía el mismo representante de la casa.

A consecuencia de esto, el compadre desapareció de la provincia.

Primores le buscó inútilmente.

— Quiero dar con el compadre, — repetía el ruiñón cesante, — para degollarlo como á un borrego idéntico, por desleal y por ladrón.

Pero no lo consiguió.

¡Pobre *Primores*!

¡El, que había sido el tenor mimado de la aristocracia *flamenca* y el encanto de los salones y «cafeses», verse obligado á suplicar que le contratasen, siquiera fuese como «jaleador» y para acompañar con las palmas, á los cantantes que no hubieran servido ni para limpiarle la ropa!

Logró, por fin, que le dejaran cantar «á prueba» para contratarle ó nó, en un teatro-café de Jerez.

Y en poco estuvo que no le mataran de un botellazo.

Primores no daba crédito á sus ojos ni á sus oídos.

Hasta llamó *pobre* al público.

Manifestó que quería hablar y en un momento de silencio en la sala, dijo muy afligido:

— Respetable público: ¿es que ya se ha perdido la vergüenza, y no vale la hombría de bien pa el canto?

EDUARDO DE PALACIO



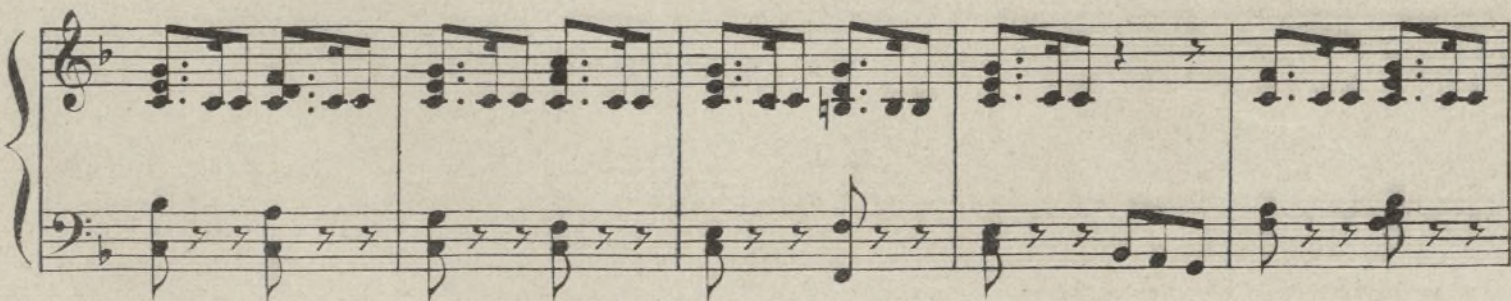
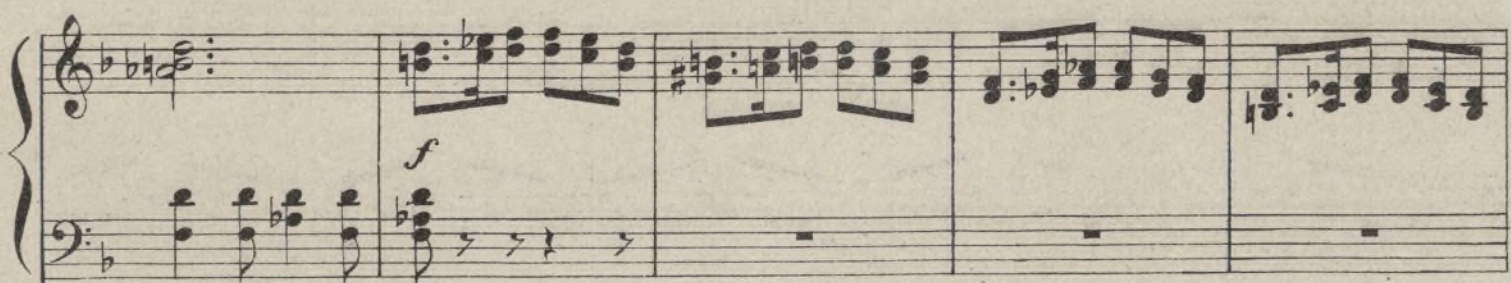
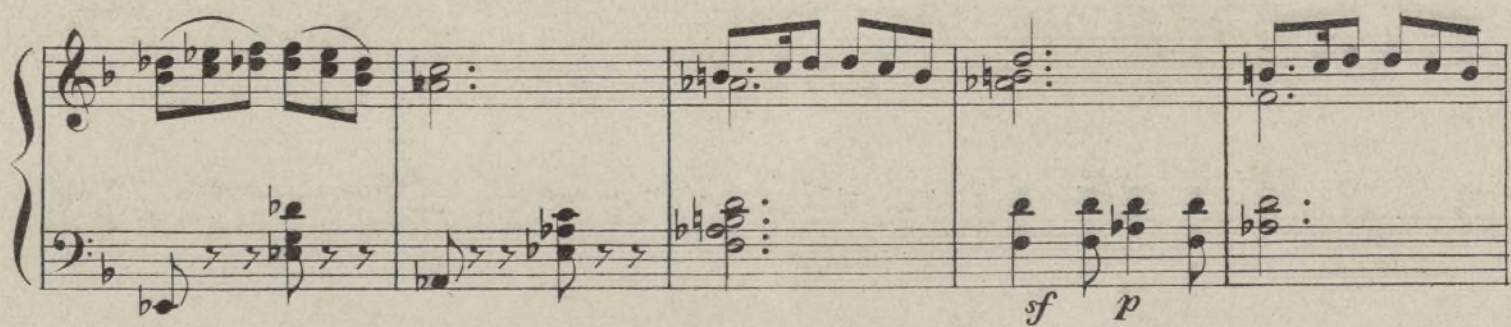
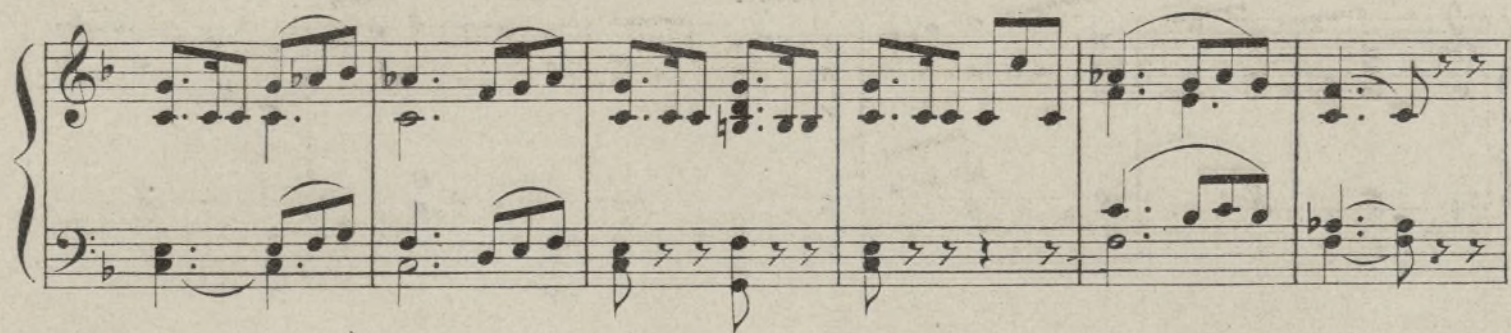
Ayuntamiento de Madrid

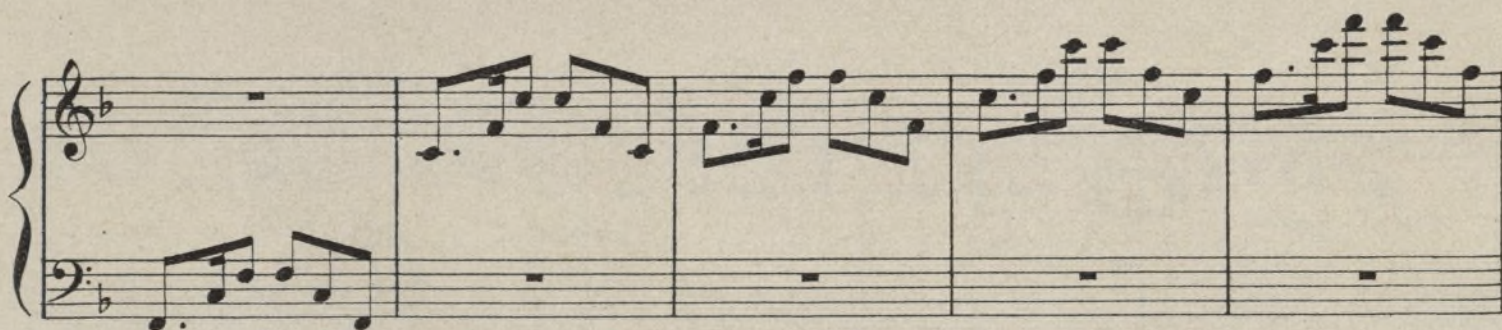
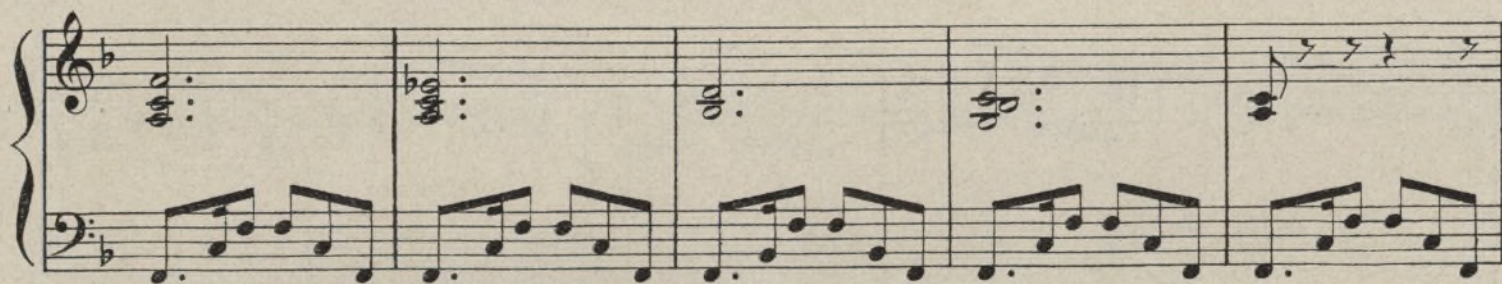
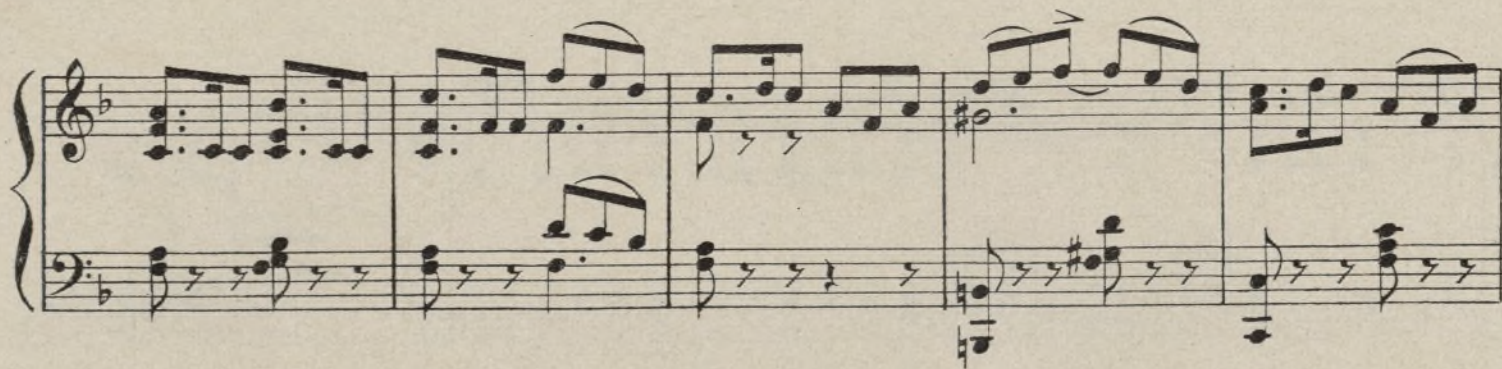
Estudio para Piano

EMILIO SERRANO.

Allegretto.

The musical score is written for piano and consists of four systems of music. The first system is marked *Allegretto.* and *f*. The second system continues the piece. The third system features a trill (*tr*) in the right hand. The fourth system concludes the piece with a trill (*tr*) in the right hand and a forte (*f*) dynamic in the left hand. The score is written for piano with a grand staff (treble and bass clef) and includes various musical notations such as notes, rests, and ornaments.





Queda terminantemente prohibido venderla por separado.



Cuadro de FELIX MESTRES.

Ayuntamiento de Madrid

EL OTOÑO

El verano ha concluido, y con él la época de la alegría y los placeres que disfrutaban los favorecidos de la Fortuna—y muchos que no han recibido favor alguno de tan esquiva diosa—en las risueñas playas del Cantábrico, ó en lo poco frescos puertos de Levante; pues cada uno va, con tal de seguir la reinante moda del veraneo, al punto que más le agrada ó más cómodamente le permite el estado económico de su bolsillo.

Esto no se entiende con los que viajan por cuenta del Estado, ó á costa ajena, que siempre van donde los llevan... ó donde los mandan.

Los personajes de más ó menos valía; los políticos de alto y aun de bajo vuelo; los capitalistas, y hasta algunas cuantas eminencias políticas y literarias, déjanse ya ver en los paseos, en los teatros y demás sitios

de treinta y cinco años,... espacio más que suficiente para levantar por completo una gran ciudad.

Y la prueba de que no es exagerada nuestra aserción, está á la vista de quien quiera observar el aspecto que ofrecen algunos barrios extramuros de Madrid.

El extranjero que por primera vez venga á la corte y haga su entrada por la calle de Segovia, tan próxima al Palacio Real, ó por la calle de la Arganzuela, tan inmediata á la estación de las vías férreas del Mediodía y las Delicias; al ver la Cuesta de Ramón y la de los Ciegos, y las calles del Peñón, Rodas, Ventosa, etc., creará, seguramente, que se encuentra, no en una población de Europa, sino en los sucios arrabales de Tánger ó de Tetuán el africano.

Y nada se diga de los asquerosos suburbios, llamados barrios de las Peñuelas y de las Injurias, que no tienen que envidiar á los aduares de los beduinos.

Hemos afirmado que la estación del otoño es la única en que se puede vivir en Madrid gozando de una agradable temperatura, puesto que la primavera representa sólo una continuación del insoportable invierno, y el estío una reproducción del clima abrasador de Africa.

En otoño, no obstante la temperatura algo baja de las noches y las madrugadas, se disfrutan, por lo regular, hermosos días de moderado y agradable calor. El cielo ostenta un azul límpido y radiante, casi siempre sin una nubecilla, y el sol, esplendoroso, convida á circular por los paseos de Recoletos, la Castellana ó el Retiro, únicos sitios de recreo que tienen para respirar un poco de aire—no del todo puro—los habitantes de esta población, que tanto pagan y tan poco se les atiende.

Mas el aspecto agradable y un tanto risueño de esta corta temporada de respiro no debe engañar ni seducir á los que se apresuran á disfrutar de ella, y muy particularmente á los forasteros que no están acostumbrados á las condiciones climatológicas de Madrid, donde tan frecuentes son los repentinos cambios de temperatura.

No hay que olvidar que el vecino Guadarrama, perpetuo palacio del genio malo de la pulmonía, empieza á enviar, entre sus heladas brisas, los invisibles y envenenados dardos que tan frecuentemente hieren y matan á los confiados y poco precavidos.

Conviene, por lo tanto, el usar ropas de abrigo, no en demasía desde un principio, sino paulatinamente, conforme avanza la estación; y hay que evitar los riesgos de la frescura de las mañanas y de las noches, muy especialmente al salir de los centros de reunión, como teatros, círculos, cafés y hasta reducidas tertulias particulares, donde siempre se respira un aire enrarecido y cargado de miasmas nocivos, que disfrazan, pero que no sanan, los suaves y delicados perfumes.

Dirigimos nuestros humildes y desinteresados consejos, por si quieren aprovecharlos, á las lindas jóvenes que, ávidas de lícitos placeres y de lucir sus encantos, concurren á las brillantes reuniones, vestidas con la ligereza que la caprichosa moda exige, y que tan cara suelen pagar muchas de sus admiradoras.

No hay que confiar en la robustez y la juventud. La estadística mortuoria presenta cifras desconsoladoras de fallecimientos de jóvenes; defunciones originadas por enfermedades contraídas á causa de la imprevisión ó de la excesiva confianza.

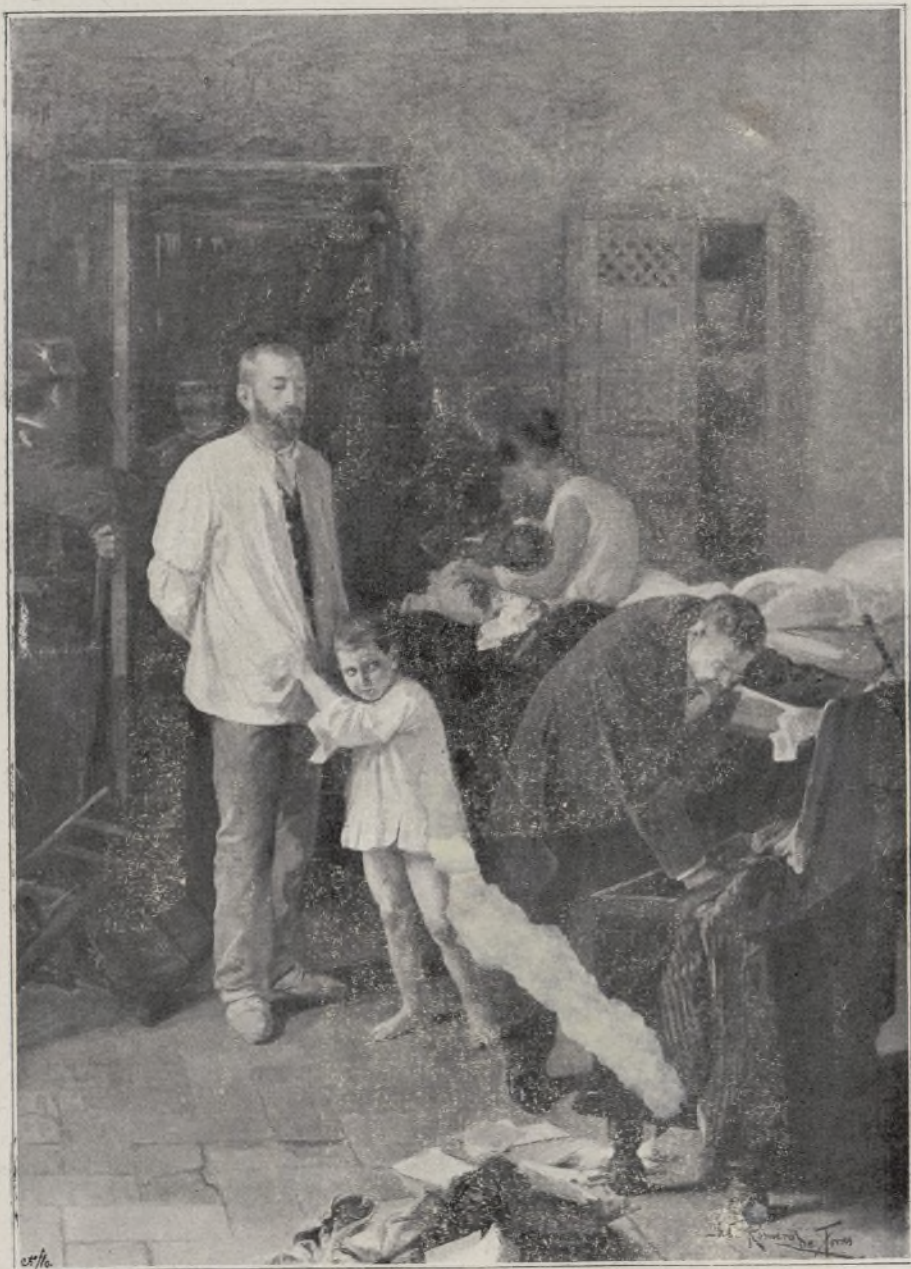
Ya que, por el buen parecer y el temor al ridículo, sea casi obligado el vestir como les place á las modistas y modistos de Paris, principalmente en los trajes de baile; encarecemos á nuestras lindas lectoras que, aun á riesgo de parecer menos bellas, cuiden en extremo, al salir de las *soirées* de mayor ó menor tono, del abrigo de su garganta y boca; puntos débiles por donde ataca el catarro, con sus consiguientes secuelas, á las niñas más cuidadosas de su hermosura que de su salud.

También encarecemos á las madres el cuidado del abrigo de sus pequeños hijos, en la actual estación, sobre todo en la elección de trajes de paseo para las tardes. Que no expongan la salud presente y futura de sus pequeñuelos, particularmente de las niñas, por satisfacer la vanidad de llevarlos vestidos con la rigurosa exactitud del último figurín.

Y si esto no se puede ó no se quiere evitar, retírese al menos á los niños de los paseos, antes de que anochezca y empiece á sentirse el fresco, el relente que acompaña al crepúsculo de la tarde.

Apesar de esas contras, el otoño es, lo repetimos, la estación deliciosa de Madrid. En cambio, tras ella viene la mala, la intolerable, que suele a veces prolongarse por espacio de seis meses; el cruel, el horrible invierno, del cual prometemos ocuparnos, dedicándole algunas líneas en tiempo oportuno.

LUIS VEGA-REY



CONCIENCIA TRANQUILA. — Cuadro de JULIO ROMERO DE TORRES.

públicos de la coronada villa y corte; inmenso horno candente, durante los meses del florido estío—que decían los poetas bucólicos de antaño—y cuyos ardores estivales se han encargado ya de templar las frescas brisas matinales y nocturnas del otoño.

El otoño es, sin género de duda, la bella estación de Madrid, pueblo al que, aun siendo nuestra cuna y habitual residencia, no podemos, á fuer de imparciales, conceder ninguna ventaja topográfica ni climatológica, ni muy recomendables condiciones higiénicas; empeoradas las pocas que tiene, por el descuido y la apatía de las autoridades locales, quienes, con solícito é incesante afán, debían procurar que la corte poseyera condiciones de salubridad dignas de la capital de una monarquía europea y, por ende, civilizada.

Permítasenos que usemos esta frase, pues con rubor confesamos que la célebre *villa del oso* y el *madroño* no es digna del nombre de población culta; pese á los conatos de embellecimiento iniciados hace la friolera

D. PORFIRIO DIAZ

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL

DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS.

LA personalidad más saliente de la América Latina, como militar, estadista y regenerador de su país, es sin duda alguna el general don Porfirio Díaz, actual Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

Hijo de don José Faustino Díaz y de doña Petrona Mori, nació tan ilustre personaje en la ciudad de Oaxaca, á 15 de Septiembre de 1830. Después de sus primeros estudios en el Seminario Conciliar y en el Instituto de dicha ciudad, hubo de interrumpir su carrera de abogado, prestando su eficaz concurso y exponiendo la vida en favor de los conspiradores contra Santa Anna, y comunicándose con los prisioneros don Marcos Pérez, Manuel Ruiz y Mariano Zavala, juzgados militarmente en Oaxaca.

Perseguido por Santa Anna, alistóse en una partida revolucionaria y concurrió á importantes hechos de armas, militando siempre al lado de los defensores del plan de Ayutla y siendo nombrado Jefe Político de Ixtlán.

Ascendido á capitán de la Guardia Nacional por el Gobierno del Estado de Oaxaca, en la acción de Santa María Ixcapa fué gravemente herido; tomando parte en la defensa de la capital de dicho Estado á pesar de no hallarse aun restablecido de sus heridas. También formó parte, al mando de dos compañías, de las fuerzas liberales que persiguieron á Cobos desde Oaxaca hasta Tehuantepec y se halló en Jalapa en el combate de 25 de Febrero de 1858; siendo nombrado después gobernador y comandante militar del departamento de Tehuantepec. En tan difícil puesto y sin recursos y contando solamente con unos 150 hombres, tuvo que defender la plaza de los ataques de las partidas de Cobos; haciendo frecuentes salidas y castigando en varios combates la osadía de aquellas. Por el de 13 de Abril de 1858 contra Conchado, muerto en la acción, ganó el señor Díaz el grado de Mayor.

La derrota del general Mejía dió á Cobos, de nuevo, la posesión de la plaza de Oaxaca, de donde fuerzas muy considerables al mando del general Alarcón fueron destacadas á batir á don Porfirio Díaz. Antes de que Alarcón atacase la plaza la evacuó de noche el señor Díaz, salvando un convoy de 8.000 fusiles y abundantes pertrechos que estaban en Tehuantepec de tránsito para Acapulco.

Puesto en salvo el convoy en los bosques de Juchitan, Díaz emprendió una marcha hacia Santa María Reo en la madrugada del 25 de Noviembre de 1859, y no sólo salvó el convoy que más tarde embarcó en *La Ventosa*, á pesar de tener orden de destruirlo, ante el fundado temor de que cayera en poder del enemigo, sino que atacando al ejército contrario, le hizo numerosas bajas y se apoderó de 700 fusiles, ganando el grado de coronel de la Guardia Nacional.

Sin perder momento, organizó una columna de 500 hombres para reforzar las tropas del Gobierno, refugiado en la Sierra de Ixtlán y marchar con ellas sobre Cobos que estaba en Oaxaca, pero fuerzas muy superiores salieron á su encuentro y fué derrotado en el valle de Mitla (21 Enero). Reunidos al fin los coroneles Díaz y Salinas avanzaron caute-
losamente hacia Oaxaca, desalojando á



D. PORFIRIO DIAZ

viva fuerza el fortín *La Soledad* y estableciendo el asedio hasta que el 11 de Marzo, por orden del general Rosas Landa, se levantó el cerco de la capital en vista de que el general Miramón se acercaba en auxilio de los sitiados. En seguida recibió la orden de ir á contener al general Trejo, que penetraba en la Sierra por Ixtepeji, y al que venció en 15 de Mayo de 1860. Reorganizadas y pertrechadas sus tropas y curados sus heridos, los coroneles Díaz y Salinas, emprendieron la marcha hacia Oaxaca el 3 de Agosto, al frente de 700 hombres y dos piezas de montaña, sin ser hostilizados hasta la hacienda de San Luis, donde Cobos, que les atacó con 2.000 hombres, fué batido y dispersado, dejando en el campo 18 cañones de varios calibres, con cuyo auxilio las tropas liberales atacaron y tomaron Oaxaca, reduciendo á Cobos á los conventos del Carmen y Santo Domingo del cual logró evadirse con todas sus fuerzas, pero perseguido por el coronel don Félix Díaz, hermano de don Porfirio, fué derrotado en *Las Sedas*, camino de Tehuacán.

Las tropas de Salinas y Díaz, fuertes de 1.000 hombres, pasaron desde Tehuacán á incorporarse á la división del general Ampudia, que manióbró por los alrededores de Puebla, México y Pachuca, hasta que al salir de México el general Miramón para oponerse al avance del ejército del Norte que al mando de Gonzalez Ortega y de Zaragoza, aparecía por Querétaro, avanzó Ampudia en auxilio de éstos hasta colocarse á su retaguardia en el momento en que ambos ejércitos entraban en combate. Vencido Miramón y hechos prisioneros gran número de sus soldados (22 Diciembre de 1860), las tropas republicanas ocuparon la capital de la Nación.

Vueltas las fuerzas de la Guardia Nacional á sus respectivos Estados, al llegar Díaz á Oaxaca fué electo diputado al Congreso General, por lo que volvió á México á ocupar su asiento hasta el 21 de Junio de 1861, en que Márquez atacó la capital, pero fué rechazado y en su persecución salió el general Gonzalez Ortega, á cuyas órdenes iba el coronel Díaz. Después de dos meses de infructuosas persecuciones, supo el citado general que Márquez había llegado á Tianguistengo, y entonces destacó el coronel Díaz al frente de una columna de 330 infantes y 200 jinetes para que batiera al jefe reaccionario, como lo hizo, cayendo sobre Márquez en Jalatlaco y batiéndolo desde las diez de la noche del 12 hasta las cuatro de la madrugada del 13 (Agosto de 1861). En este brusco cuanto atrevido ataque nocturno, Márquez huyó á pesar de ser embestido por fuerzas muy inferiores á las suyas, dejando en el campo de batalla gran número de muertos y heridos, toda su artillería é impedimenta y más de 500 prisioneros en poder de Díaz. Entonces fué cuando, á petición de Gonzalez Ortega fué ascendido á general.

Rehecho Márquez de su descalabro, y reforzado con un regimiento del Gobierno, sublevado en San Luis Potosí, amenazó caer otra vez sobre México, pero en la batalla de *La Cruz de los Ciegos*, en la que también se encontraba el ya general Díaz, fué nuevamente derrotado.

Al regresar á México el ejército republicano, tuvo noticia de la alianza tripartita, y poco después aparecían en aguas de Veracruz las flotas española y francesa y el contingente inglés. En vista de ello, el Gobierno organizó un cuerpo de ejército compuesto de dos brigadas, una de las cuales fué confiada al general Díaz.

Invasión del país por los aliados y rotas con ellos las negociaciones, tuvo el general Díaz varios encuentros con el ejército francés, replegándose por órdenes superiores hacia la sierra de Ixtapa, en la que puesto á retaguardia del general Zaragoza, contuvo la dispersión del ejército republicano al ser atacado en sus posiciones por el invasor (Abril de 1862).

Replegado Zaragoza en Puebla, esperó el ataque del general francés Lanrencez, que contuvo gloriosamente y en el que el general Díaz fué uno de los héroes de la jornada (5 de Mayo).

Al empezar Forey sus operaciones sobre Puebla, estuvo el general Díaz de reserva en la plazuela de San Antonio; más tarde relevó la brigada de Escobedo cubriendo la línea de Sud á Norte, donde rechazó un violento ataque de las tropas francesas defendiendo la brecha del mesón de *San Marcos*, á pecho descubierto y llenándose de gloria en un combate que duró desde las seis de la tarde hasta las diez de la noche. Una hora más tarde, y abierta una nueva brecha en el mesón de los *Novales Varones*, los franceses se lanzaron impetuosamente al asalto, llegando hasta el centro de la manzana, de donde los rechazó el general Díaz, durando el combate hasta la madrugada siguiente (2 Abril de 1863).

A las nueve de la mañana abrieron los sitiadores otra brecha en el mesón de San Marcos, pero no llegaron á asaltarla. A las doce embistieron nuevamente, siendo también rechazados por la brigada de Díaz á la que no volvieron á atacar.

Rendida Puebla (17 de Mayo), de donde pudo evadirse Díaz, presentóse en México, y después de estar al mando de una división de las tres armas, pasó á San Luis Potosí, residencia del Gobierno General, donde se le encargó un plan de campaña que fué aprobado, y la organización de un nuevo cuerpo de ejército con el que recorrió los Estados de Michoacán, Guerrero, México y Puebla, tomando á Taxco. Por tantos y tan importantes servicios, fué ascendido en 14 de Octubre del mismo año (1863) á general de división, grado superior en el ejército mexicano.

Llegado á Oaxaca y con asombrosa actividad, organizando nuevos contingentes y fundiendo cañones con el bronce de las campanas de los templos, preparóse á la defensa de la plaza, que no tardó Bazaine en atacar avanzando lentamente y abriéndose caminos á sus trenes rodados. Repetidas veces detúvose el general Díaz en su marcha, en gloriosos combates que costaron al enemigo sensibles pérdidas, hasta que, encerrado en Oaxaca (22 Diciembre de 1864), defendióse tenazmente hasta el 5 de Febrero en que reducido á 800 hombres, sin víveres ni municiones, y no pu-

diendo evitar la desertión en sus tropas, tuvo que rendir la plaza á los sitiadores, siendo conducido prisionero á Puebla, de donde logró fugarse el 20 de Septiembre del mismo año. Secundado por un puñado de hombres, comenzó á desarmar y dispersar pequeños grupos de imperiales; al frente de 200 jinetes derrotó en Tulcingo al coronel Bisoso, y empezó una fatigosa serie de correrías por el Sur de Puebla, perseguido por Bernard y otros, á quienes ahuyentó varias veces con sus estratégicas marchas y contramarchas. Engrosado cada vez más el número de sus tropas, derrotó el 22 de Mayo de 1866 al general guatemalteco Ortega, causándole grandes destrozos y apoderándose de más de 600 fusiles, y avanzando en territorio de Oaxaca batió al español Ceballos (14 Abril), dispersando á 100 hombres que le seguían.

Organizadas sus fuerzas, abrió la campaña en el Sud de Puebla, ocupando Tepeji de la Seda y San Juan Ixcaquixtla. Pasando las montañas de las Mixtecas, amenazó á Oaxaca, derrotando á un destacamento del Conde de Ganz, fuerte de 200 hombres, y venciendo á Oronoz que con 1.300 soldados de todas armas, franceses, austriacos y mexicanos, fué derrotado por Díaz en Miahuatlán, no pudiendo salvarse del desastre más que unos 300 jinetes en muy malas condiciones.

Formalizado el cerco de Oaxaca, cuando el general Díaz se preparaba al asalto, supo que el coronel Hotzer, procedente de Puebla y al mando de una columna de 1.500 hombres, se dirigía á la plaza sitiada. De noche, sin que en Oaxaca se apercibieran de ello, reunió sus fuerzas diseminadas en torno de la ciudad, salió al encuentro del enemigo al que se interpuso en *La Carbonera*, donde se trabó el combate (18 de Octubre de 1866) venciéndole completamente, apoderándose de 800 carabinas austriacas y de una batería de cañones rayados, haciendo prisioneros á 700 soldados austriacos y franceses. Tan señalado hecho de armas, fué premiado al general Díaz con el merecidísimo título de *Héroe de la Carbonera*.

Restablecido el sitio de Oaxaca, tuvo la ciudad que rendirse el 31 del mismo mes, cambiando con ello de una manera radical la situación del Imperio y el aspecto de la guerra.

Seguidamente, venció el general Díaz á los defensores de Tehuantepec en dos encuentros consecutivos y se apoderó por asalto de Puebla (2 Abril de 1867), importantísimo centro de operaciones del ejército invasor. Rendidos sucesivamente los fuertes de Guadalupe y Loreto, último baluarte de los reaccionarios de Puebla, marchó Díaz al encuentro de Márquez, al que persiguió, ahuyentándolo en varios encuentros, hasta su completa dispersión cerca de Texcoco.

Entonces pasó nuestro héroe á poner en práctica el último acto de su plan de campaña, con el asedio y toma de la capital de la República. Comenzado el 12 de Abril el sitio de México, terminó con su incondicional rendición el día 20 de Junio y con la entrada (el 21) en la ciudad, de las tropas republicanas. Gratísima fecha, que recuerda el eterno hundimiento de la tiranía para dar paso á una creciente oleada de civilización y paz regeneradoras.

Vuelto el Gobierno á México, y reorganizado el ejército, pasó el general Díaz á su finca de *«La Noria»*, donde en 1871 expidió el Plan de este nombre.

Triunfante la revolución de Tuxtepec en 24 de Noviembre de 1876, se apoderaron las tropas del general Díaz de la ciudad de México, y convocada la Nación á elecciones de Presidente, fué elegido para el supremo cargo el ilustre ciudadano Porfirio Díaz.

Para apreciar la importancia de la obra, política y administrativamente colosal, de nuestro biografiado, bastarán algunos datos estadísticos, más convincentes que cuanto pudiéramos decir en elogio del Pacificador de México, y que ponen de relieve sus constantes esfuerzos en bien del país que depositó en sus manos el gobierno.

Los caminos de hierro que en 1876 sumaban algunos centenares de kilómetros y llegaban á 1.000 en 1880, superan hoy á la cifra de 12.500, sin contar crecido número de ellos en construcción.

Los productos brutos de las líneas en explotación, no llegaron á 3 millones de pesos en 1875 y en 1898, se elevaron á unos 40 millones.

Llega á 90.000 kilómetros la extensión de las líneas telegráficas y telefónicas.

El movimiento en correos, en 1879-80 no llegó á seis millones de piezas y en 1896-97 ascendió á 140 millones, cifra que da á conocer mejor que nada, el sorprendente desarrollo del comercio y las industrias.

El tráfico exterior, que hasta 1876 fué muy reducido, especialmente el de exportación, pasó de 170 millones de pesos en 1897-98, correspondiendo á las exportaciones el 75 por 100 aproximadamente.

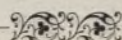
El movimiento marítimo, ha aumentado por manera considerable; la agricultura y la minería han sido extraordinariamente fomentadas, y la producción fabril hará pronto innecesaria la importación de muchos artículos de mayor consumo.

Las rentas públicas hanse elevado desde 25 millones en 1876 á 52 millones en 1899 sin forzar, ni de mucho, la máquina de la tributación.

La administración de justicia, la instrucción pública, la organización del ejército y la naciente marina, están en México á una altura envidiable y en grado de esplendor digno de cualquiera de las naciones que más desuellan en el mundo civilizado.

El general Díaz ha fundido en un solo ideal, el de la paz y prosperidad de la República, las antes opuestas aspiraciones de los distintos partidos políticos. Héroe militar y estadista eminente, de sencillísimas costumbres y privilegiadas dotes, sabe sacrificarse en bien de su nación, que prospera y fructifica abundantemente, bajo la dirección de su experto gobernante.

Barcelona, Octubre de 1899.



ESPOSAS MODELO EN ESPAÑA

DOÑA LEONOR DE CASTILLA

HE aquí el nombre de una mujer sublime cuyo amor conyugal fué la admiración de su siglo, cuya abnegación heroica le conquistó la justa y merecida aureola de la inmortalidad.

Digna hija del santo rey Don Fernando y de Doña Juana, segunda esposa de éste, fué Doña Leonor modelo de virtud y candor, como su augusta madre, quien supo educarla en las severas máximas de la religión católica; formando, por medio de la fe, la esperanza y el amor puro, la verdadera y única vida del corazón, y un alma tan noble y elevada, que de su rica semilla brotaron á raudales todas las inagotables é imperecederas bellezas del espíritu.

Dotada de singular hermosura, tenía en los ojos el principal atractivo; delatando los purísimos destellos de sus brillantes pupilas toda la grandeza de su alma heroica.

Llega el momento de la transfiguración de la joven española. La mariposa ha roto su capullo, y la niña, convertida en hermosa mujer, está llamada á ocupar un lugar importante en la alta sociedad á que pertenece. La fama de su belleza y virtudes llega hasta el trono de la poderosa Inglaterra, y el rey Enrique III la escoge para esposa de su hijo Eduardo. Y ocurre este suceso precisamente en la época en que comenzaban á iniciarse algunas contiendas entre Inglaterra y Castilla, con motivo de la Gascuña; pues Don Alfonso el Sabio, que reinaba á la sazón, por fallecimiento de San Fernando, considerábase con derecho á ella, alegando como prueba indiscutible la concesión hecha por Enrique II y confirmada más tarde por Ricardo y Juan, reyes de Inglaterra.

La unión de Doña Leonor con el príncipe inglés fué el iris de paz que finalizó estas diferencias, con tal satisfacción de Don Alfonso que, al conceder á aquél la mano de su hermana, dióle como dote la Gascuña; cesión solemne, consignada por el espléndido monarca castellano en la carta dotal, que se firmó en 1.º de noviembre de 1254, y la cual llevaba pendiente un magnífico sello de oro de media libra de peso. Al propio tiempo, otorgó Don Alfonso algunos privilegios á los súbditos ingleses que fueran á Santiago en romería; haciendo saber al monarca de Inglaterra que deseaba conocer al príncipe Eduardo y armarle solemnemente caballero.

Grande fué, pues, la pompa y ostentación que con tal motivo desplegaron ambos monarcas. La noble Castilla recibió con la mayor alegría y agasajo al príncipe inglés, celebrando notables é importantes fiestas, que denotaban una vez más el contento de Don Alfonso.

Tan memorables acontecimientos verificáronse en Burgos; quedando el príncipe Eduardo armado caballero por el rey, y celebrándose, al propio tiempo, el tan deseado enlace de Doña Leonor.

El mismo año de su matrimonio abandonaron á Castilla ambos esposos, dirigiéndose á Inglaterra, donde la joven princesa fué recibida con el mayor regocijo por Enrique III; quien agasajóla con tantas valiosas donaciones que llegó á disgustar á sus propios súbditos. Modelo Doña Leonor de esposas, amaba con tal vehemencia al príncipe, que el monarca inglés, regocijado con su elección, prodigóla siempre justo y merecido afecto. No era menor el cariño y entusiasmo del príncipe hacia su joven compañera. Ambos vivían entregados completamente á una ternura sin límites; sintiendo ese amor grande y profundo que identifica dos almas, y convierte la tierra en un paraíso, y labra la única verdadera felicidad de la vida.

En aquellos tiempos, el espíritu religioso impulsaba á los hombres más notables á acudir en defensa de la Cruz, convirtiendo en insignes guerreros á los defensores de tan noble causa. Con tal motivo, el príncipe inglés, animado de estos sublimes sentimientos, parte para la Tierra Santa. Compañera inseparable D.^a Leonor, olvida su estado y los peligros de tan penosa campaña, y, gozosa y feliz al lado de su esposo, le acompaña en su larga y penosa excursión.

Clemente el Todopoderoso, y como queriendo premiar el amor de tan notable mujer; en medio de tantos sinsabores y contratiempos, dió ésta á luz con felicidad una hermosa criatura, que fué fruto de bendición para ambos esposos, y el complemento de su dicha. Juana de Acre pusieron por nombre á la amada niña, en conmemoración al lugar en que vió por vez primera la luz del mundo.

Pero, la felicidad nunca es completa; también sobre aquel nido de amor y ventura desplegó el dolor sus negras alas.

Los cristianos sostenían rudos combates: el príncipe, al calor de la fé que llenaba su pecho defendía desesperadamente la religión del Crucificado. En uno de esos terribles encuentros cae herido mortalmente. Su amante esposa le espera, como siempre, en su tienda, dominada por un tristísimo presentimiento... Las lágrimas surcan sus pálidas mejillas, y su mirada, lánguida y triste, no se aparta del camino por donde debe regresar el amado de su alma. Ignora la causa de su pesar, y sin embargo, la inquietud la domina, y no logra combatir la tristeza que la abruma. Al fin, divisa á su esposo, y lanza un grito horrible de dolor, al reconocerle. Regresa, sí, pero no solo ni por su pie. Casi agonizando, le traen en brazos sus compañeros de combate. Doña Leonor corre hacia él... se le abraza con desesperado frenesí... le dirige las frases más tiernas y cariñosas... ¡Inútil empeño! La sangre que brota de su herida le ha debilitado hasta tal punto que nada ve ni nada oye. Su desolada esposa, abrumada bajo el peso de su inmenso dolor, tiene que alejarse del sér querido y dejar el sitio á los doctores de la ciencia. ¡Horribles instantes son aquellos para la afligida princesa! Cada segundo que transcurre se anuncia por un fuerte latido en su corazón, y le parece un siglo de mortal angustia. La transparencia de su cutis, siempre rosado, tórnase cadavérica, y el llanto á que no dan salida sus ojos, cae como plomo derretido en su corazón. Inquieta

y con el alma hecha pedazos, espera el pronóstico de los sabios doctores. Transcurren, al fin, aquellos momentos tan largos para su terrible ansiedad. Los físicos van á dar su fallo: Doña Leonor les detiene un instante por involuntario ademán. Con ambas manos oprime su pecho... Siente que le falta el aire; que la férrea garra del dolor oprime su corazón, lo lacera, lo estruja, lo magulla, cual si quisiera destrozarlo. Su alma entera se refleja en el límpido cristal de sus ojos. No ya lágrimas, fuego, brota de sus hermosas pupilas. Haciendo un supremo esfuerzo, ordena que hablen. El fallo es mortal, no tanto por la importancia de la herida, cuanto por estar envenenada la saeta que la ha causado. Los doctores quieren salvar la vida del príncipe de Gales; pero existe sólo un medio: y éste, con ser urgentísimo, para que no llegue á envenenarse toda la sangre del ilustre enfermo, es tan terrible, que lo consideran irrealizable. Doña Leonor, ansiosa y anhelante, quiere conocerlo. Los físicos dicen: «Chupar la llaga y extraer la letal ponzoña; no hay otra salvación; pero la persona que aspire esta sangre arriesga su vida, en la casi seguridad de morir igualmente envenenada.» La amante esposa sonríe, al cabo. No duda, no va-



cila... Veloz, cual si tuviera alas, corre al lado de su esposo, y, aplicando ávidamente sus amorosos labios en la llaga, aspira con vehemencia todo el veneno. La vida del príncipe se ha salvado: el amor inmenso de su amante compañera, tan grande y sublime como quizá no haya otro ejemplo, le ha devuelto la existencia;... y el Dios Omnipotente quiere conservar á ella también la vida como premio á su incomparable heroísmo.

El príncipe no encuentra frases bastantes para demostrarle su inmensa gratitud. ¡Qué importa; si una mirada de sin igual ternura, expresa mejor sus sentimientos que el más elocuente lenguaje!

Doña Leonor se siente otra vez feliz esposa, y dominada del mayor regocijo por haber salvado la vida al hombre querido. Ni un instante se separa de la cabecera de su lecho, cuidándole con maternal solicitud. El príncipe la contempla enajenado de gozo y reconocimiento; mirándola con tal veneración, que más que mortal criatura la juzga un sér angelical, extranjero en este mundo de humanas miserias.

La noticia de la heroica acción de la joven princesa circula por todas las naciones, que, llenas de admiración y entusiasmo, prodigan los mayores elogios á la célebre española.

Su nombre se repite con profundo respeto; figurando entre los más notables de nuestra Historia, no sólo como el de una esposa modelo, sino también como el de una princesa y madre dechado de virtudes y compendio de humanas perfecciones.

JOSEFA GUTIERREZ

CESAR DE GRAU



PLAYAS NAPOLITANAS



ISABEL LA CATÓLICA, DICTANDO SU TESTAMENTO

Cuadro de E. ROSALES, existente en el Museo Nacional de Pintura.

CASTELAR Y EL ARTE

(Continuación).

«El Arte, como la Naturaleza, es un gran sistema enlazado y coordinado con leyes reales. Lo que en el mundo material llamamos seres u objetos, en el mundo del Arte se llama ideas o creaciones. El Arte, se desenvuelve por medio de una serie de manifestaciones que van siendo más adecuadas á nuestro espíritu conforme se van separando del mundo sensible y ascendiendo á manera de misteriosa escala al cielo de las eternas armonías. La Poesía, es la cúspide del Arte, su última forma, la expresión más hermosa de lo ideal. La Arquitectura, la Escultura, la Pintura, la Música, componen una serie ascendente en que se ve al espíritu desprenderse de las formas materiales y expresar su pensamiento con una forma invisible, que se asemeja á lo espiritual, el sonido, eco del sentimiento. Pero el arte que resume y compendia todas las artes, sin duda es la Poesía, pues, como la Música, expresa el sentimiento por medio de los sonidos; como la Pintura, refleja y reproduce la Naturaleza; como la Escultura, esculpe en la mente la idea del hombre espiritual, siendo por todos estos títulos la corona del Arte. El pensamiento con todos sus colores, con todas sus bellezas, con todas sus formas, se encarna y manifiesta en la Poesía. El fondo de las obras poéticas es el fondo mismo de las cosas.»

LA ARQUITECTURA. — «El primer arte que el hombre necesitó para su vida, el que está más cerca de su sensibilidad, es la Arquitectura, arte en que entra por más que en ningún otro la materia.»

«... La Arquitectura simbólica ha de pasar á ser clásica, ha de dejar la Naturaleza y ha de escoger por tipo al hombre. ¿Dónde nacerá así? Ya os lo he dicho, en Grecia. La casa y el templo tendrán una misma forma, como Dios y el hombre tienen una misma organización, una misma substancia...»

«La Arquitectura es colosal, desmesurada en el Oriente; armoniosa como una lira en Grecia; crécese en Roma, tomando magnificencias orientales; sube, sube como una oración alada en las grandes iglesias góticas, y luego vuelve á resumir todo lo antiguo en las grandes síntesis contemporáneas de las artes, que se resume hoy en el sentimiento é idea de la humanidad.»

La idea religiosa y cristiana obraba profundamente en Castelar; sus últimos años y sus últimos momentos lo han probado; artista de tal mérito y de tal religiosidad no podía preterir el tema que le ofrecía el templo cristiano y con preferencia el templo de estilo ojival ó gótico. Es cosa asombrosa que en sus discursos más utilitarios, arietes de combate, intercalara bordados artísticos, minuciosos, como este que voy á transcribir, sacándolo... del *Diario de Sesiones* del Congreso. El párrafo de las catedrales, Castelar lo ha repetido (con cortas variantes) lo menos cuatro veces en su vida y en diferentes actos públicos, ¡pero el público nunca se cansó de aplaudirle!

Lo cierto es que, como dijo muy bien el señor Sánchez del Real (1873), nadie ha igualado al orador y escritor en las descripciones de la catedral cristiana, en especial de la gótica. Al solo anuncio de que con este tema iba el gran historiador á publicar un libro instructivo y ameno, como suyo, yo suspendí, por temor á caer en el ridículo, la ampliación de una Conferencia de análogo asunto, que había leído el año 1885 ante una laboriosa Sociedad Económica. Ignoro si su obra ha ido adelante y si se ha publicado; creo que nó; si así fuera, han perdido la Literatura, el Arte y el pueblo, un gran monumento; para éste sobre todo, y más explicado por Castelar, hubiérase sido del todo inteligible el gran libro de piedra de su primera emancipación, no pocas veces para él enigmático, y, lo que es peor, inspirador de ingratas y monstruosas prevenciones.

Pero, si para muestra basta un botón, vaya este botón de oro, rodeado de diamantes:

Una hermosa tarde de verano, el joven (que hoy sólo ha muerto viejo por la experiencia) queda absorto ante San Juan de los Reyes, en Toledo, y ante la idea que los monumentos de tal objeto y filiación estética representan. «Al levantarse de la tierra, como la Naturaleza, se presentan varios, múltiples, abrazando mil minuciosidades, mil pormenores, como otras tantas ideas esparcidas por sus muros; pero, conforme se elevan en los aires, conforme van ascendiendo á los cielos, sus líneas esparcidas se unen, se dirigen á un fin, rematan en un punto, como toda la Religión concluye y remata en la unidad de Dios.»

El 7 de Abril de 1876, aludiendo al señor Fernandez y Jiménez, quien había dicho que las catedrales eran el único símbolo que salía inmaculado en el caos de la Edad Media, pronunciaba estas palabras:

«En efecto; en la Edad Media, la Iglesia era el símbolo de todo, absolutamente de todo; á sus puertas se celebran los pactos; á su nombre se agrupan los hogares; en sus claustros nacen desde el mercado hasta el teatro; al son de su campana se entra en los combates de la vida y se cae en los abismos de la muerte, se apagan las pasiones del corazón y se conjuran las nubes del cielo; por sus pavimentos cubiertos de lápidas, descansan las generaciones pasadas; en sus capillas, henchidas de misterios, se levantan las tumbas de los Reyes; bajo sus bóvedas resuenan desde el canto de la victoria del *Te Deum*, hasta el canto de la desesperación en los trenos de Jeremías, en los lamentos de Job y en los relámpagos del *Dies irae*; en sus altares, cuajados de ex-votos, se ven los bienaventurados, las vírgenes que animan, que alientan, que fortifican; en sus vidrios de colores, en sus lámparas, parecidas á estrellas errantes, van á bañarse co-

mo nubes de mariposas y encenderse las ideas; y por sus cúpulas, que hienden los espacios y van á perderse en lo infinito, suben las almas despojándose de las cenizas de la tierra á espaciarse y á confundirse en el inmenso seno del Eterno.»

Como antes he consignado, repitió varias veces esa descripción; en una muy mejorada dice, poco más ó menos (porque cito de memoria), «que las hojas de laurel, de cardo, de viña, de trébol, de yedra, extendidas por los muros, archivoltas y pilares, representaban la Naturaleza; que los vidrios polícromos al traspasar poéticamente la luz, simbolizaban el misticismo de la esperanza, y que la aguja aguda, calada, desprendiéndose de los suelos y elevándose á las alturas, es la escala por donde el alma, transfigurada en la oración y la penitencia, sube, ávida de luz, sacudiendo el polvo de la tierra, á confundirse en el inmenso seno del Eterno.»

La suspicacia de sus más enconados enemigos, fanáticos ayer de su política, echó mano no pocas veces de esos resúmenes estéticos del templo cristiano, para restar simpatías al artista. ¡Cuántas veces con la palabra y el lápiz le pusieron hábitos sacerdotales y transformaron su cátedra y su tribuna en púlpito! El agredido ayudaba á sus satirizadores, pues una vez que en Avila le enseñaban histórica casulla, Castelar decía con irónica sonrisa, después de celebrarla cumplidamente: «Con esta cantaré misa, si algún día me hago cura.»

¿Qué orador sagrado, el más eminente que se conozca, no se gloriaría de haber hecho la siguiente apología? Figura en un trabajo alusivo á las obras de la citada poetisa gallega, Rosalía de Castro.

«¡Una iglesia! Único ideal del pobre pueblo, á quien el Arte se aparece como forma religiosa; nave mística, poblada de santos que interceden por nosotros y circuida de muertos que esperan su resurrección; faro luminoso, encendido sobre los escollos del mundo y que proyecta su luz en las profundidades del alma; luz solitaria, la cual se nos aparece como estrella misteriosa en el día de los tormentos; arca que flota en el diluvio de nuestras lágrimas; punto de intersección entre los caminos de la eternidad; confluencia de toda aspiración ascendente á lo infinito y de toda inspiración descendente de lo infinito... Una iglesia conmueve siempre, por las lágrimas que se han evaporado en sus aires aguardando consuelo, y por los cadáveres que han caído sobre su pavimento aguardando perdón; por las oraciones que aletean bajo sus bóvedas y los ex-votos que penden de sus paredes; por las lenguas de fuego que manda el espíritu divino á todo lo contingente, y las nubes de incienso que manda el espíritu humano á todo lo absoluto; por el esfuerzo que sus arcos, sus aras, sus altares y sus cúpulas representan para romper el misterio divino que envuelve la inmensidad de los espacios, y que agita y hace estremecer desde el fondo de nuestro corazón hasta la cima de nuestra inteligencia.»

Del *Domus Dei* cristiano, pasemos á la mezquita y al alcázar musulmán; del paralelismo ascendente, á la intersección retazona; de la sombra mística en que se consuela el alma, á la luz copiosa y alegre en que se recrean los sentidos. Estamos en Granada, estamos en la Alhambra. Castelar la contempla y su boca exhala palabras que un día, á costa de montones de oro, transmitirá el cable eléctrico al continente americano, para que casi simultáneamente se lean en Nueva York y en Madrid. Prepara su ya citado discurso de la Academia. Oigámosle:

«En el patio de mármol, junto á las grecas de mirtos y de arrayanes, los surtidores de bullidoras aguas, sombreados por los aleros de alerce y de marfil; en las paredes, los azulejos de metálica porcelana, los alicatados de oro y ópalo y de azul y plata, el alhamí provocando á los sueños de la sensualidad con sus celosías, el ajimez conteniendo los misterios de voluptuoso amor; en las galerías las columnas airoas sustentando los arcos adornados de ligeras alharacas, que parecen mecerse al soplo de las auras embalsamadas de azahar; tras el mirador, los naranjales enlazados con las palmas y los jazmines con las adelfas; en las techumbres, las estalactitas de mil colores, cuyas agujas se idealizan al través de las humaredas de los pebeteros; en el fresco y sombrío baño, las estrellas abiertas por la bóveda y la música exhalada del alto camarín; y en todas partes la luz con que juegan las nieves de los picachos de Muley-Hacem, y las lavas de las crestas de Sierra Elvira, los romances que comunican á los aires del Darro y del Genil las continuas zambras de una ciudad, en que los combates son juegos, las Vegas torneos, la vida placeres, y la muerte misma una sensual é inextinguible alegría.»

Del españolismo de Castelar nadie ha dudado; muchas veces lo probó en su carrera política; no pocas se constata en estos recortes; muchas más lo evidenció en sus protestas de amor á la tierra que le vió nacer, «donde quiso ser enterrado boca abajo, para no dejarla de besar un momento», teniendo por solo epitafio la yerba de los campos y el rocío de los cielos. Para él, «todo aquí en España. sentimientos de la vida, hogar, familia, afectos, oración en los labios, ideas en la mente, desde el alimento que es grato al paladar hasta la obra de Arte que nos abre las puertas de lo infinito, todo esto lleva en sí, como el árbol la savia, el jugo de la tierra española.»

Amante como el que más de la patria *inconsútil*, prefirió, elogió y pintó como ninguno (como Haes, Pradilla, Viniegra, Sorolla y Urgell pudieran hacerlo con el pincel), la belleza natural de todas las regiones españolas, desde Vizcaya (bajo cuyo árbol de Guernica pronunció una de sus más celebradas oraciones), hasta Galicia, la de los espumosos mares, con diadema de robles y de helechos sobre las sierras de los montes, con los lazos celestes de sus rías ceñidas á sus sandalias; y desde allí, hasta la más importante de las ciudades de Cataluña, asentada en el Mediterráneo.

neo, « mar de la lira y de la paleta, del Arte y de la Ciencia, parecido á un espejo del humano espíritu », como en carta de hidalga gratitud le decía á Campoamor el año 1876. Tres años antes, al enumerar las conquistas pacíficas y guerreras de España, gritaba con vigoroso acento: « ¡Quiero teñir mi fantasía en los matices que llevaban disueltos en su paleta Murillo y Velázquez! » No es pues extraño que los aspectos del Arte español, aun los que por su aparente insignificancia hubieran desdenado oradores menos eximios que él, le arrancasen estas rotundas afirmaciones, y otras que no dejaré de copiar más adelante:

« Enseñadme espacio del planeta donde se combinen el bizantino con el sirio, como aquí en España; y entre las ruinas romanas se vean los ajimeces asiáticos; y al través de la ojiva que recuerda á los Califas, y junto á las torres bermejas y sus estancias de estalactitas empapadas en mil colores, se alcen las agujas góticas, exhalando religiosas plegarias; y el Oriente unido con el Occidente produzca nada tan original como los edificios mudéjares; y la ornamentación sobrepuesta á las líneas cuasi helénicas haya dado cosa que se parezca ni de lejos á nuestro plateresco; y desde las iglesias románicas de Asturias, donde los cincelos rudos apenas desbistan las piedras groseras, á los pórticos árabes de Sevilla, donde al través del alicatado y de la alharaca se ve y se oye el surtidor cayendo en la alberca de mármol; donde recorra la imaginación una arquitectura, más varia y más hermosa en sus opuestas manifestaciones, que esta arquitectura española, verdadero ornato de nuestro territorio, esculpido y cincelado por todas las artes á porfía, como uno de aquellos áureos escudos, obras predilectas del deslumbrador Renacimiento. »

LA ESCULTURA. — « Después de la Arquitectura, el arte de la Naturaleza, viene la Escultura, el arte del hombre... Egipto ofrece esculturas que son cuerpos sin alma, formas sin vida, como el feto de este gran arte, que llevaba en sus entrañas una nueva nación. La Escultura es el arte de Grecia... Grecia aparece siempre á los ojos de las generaciones armada de su cincel para esculpir en el mármol la forma humana, para inundarla con la luz del espíritu, mostrando al través de sus líneas la idea, y haciendo latir bajo la fría é inerte piedra la ardorosa vida. ¡La forma humana idealizada, divinizada, sola, sin necesidad de la Pintura y de la Arquitectura, centelleando por todos los poros la inmortalidad, y luciendo sobre su frente de mármol el fuego de la inspiración ideal, de la inspiración artística, verdadera apoteosis del hombre, que reúne en sí la libertad, la ciencia, la hermosura, y después de aplastar bajo sus plantas la Naturaleza, se

levanta al cielo en el altar sagrado del Arte, para pedir el néctar de la inmortalidad á los dioses, maravillados y suspendidos de su grandeza! »

« La Escultura es un arte esencialmente plástico, las armonías entre la Naturaleza y el hombre, la consonancia entre el Estado y los ciudadanos, la tranquilidad olímpica en que los pueblos clásicos se hallaron durante mucho tiempo, dió á la estatua aquella severidad divina que es su carácter capitalísimo y que la distingue de todos los demás productos del Arte, pues parece que el hombre ha recobrado su primitiva inocencia y está exento, en los mármoles de Paros trazados por Fidias, de toda pena y de todo dolor humano. »

« ... La Escultura es el arte más propio de la antigüedad. El gran movimiento de restauración clásica que ocupa toda la Edad Media, crece prodigiosamente al finalizar el siglo décimo quinto. Constantinopla va cayendo en poder de los turcos, y sus hijos dispersos llevan, como Eneas fugitivo, los dioses lares á Italia. Y entre esos dioses lares se encuentran las reliquias del Arte clásico. El mundo moderno se prosterna delante de aquellos recuerdos, y los aloja en sus museos y en sus bibliotecas, y les pide inspiración y luz. Y esta inspiración se refleja en la frente de las estatuas debidas á los artistas de fines de aquel siglo. »

Llegamos á los *Recuerdos de Italia*; en esos dos tomos espigaremos no poco. Aunque la política y la filosofía componen también esas obras, ellas son las únicas en que dedica seria y prolongada atención al Arte. Roma, Pisa, Asís, Venecia, Florencia y Nápoles, merecen apoteosis del ilustre visitante; si bien para la primera se muestra un tanto rencoroso, ver la Roma artística á través del temperamento de Castelar, es cosa que con frecuencia deleita y entusiasma.

Del gran escultor florentino, escribe:

« Bramante, uno de los genios de aquella edad sobrenatural, quiso perder á Miguel Angel. Arquitecto principalmente el uno, escultor principalmente el otro, lejos de excluirse, debían completarse. Las grandiosas estatuas de Miguel Angel parecen hechas para lucir bajo los atrevidos arcos de Bramante. Allí, entre aquellas largas líneas, bajo aquellas curvas prodigiosas, teniendo por decoración uno de esos patios ó uno de esos templos cuyas perspectivas nunca se acaban, podían las estatuas de Miguel Angel desplegar sus trágicas actitudes, sus titánicos miembros, que parecen sacudidos por los rayos de las ideas y violentados por el esfuerzo supremo para subir desde la tierra al cielo. Se aborrecían Bramante y Miguel Angel, pero se completaban. »

FRANCISCO TOMÁS Y ESTRUCH

(Continuad).



¡BUENAS TARDES, MAESTRO! Cuadro de NICOLÁS ALPERIZ.

Fot. de Cauli y Bartrina.

LA VIRGEN DEL PILAR

DESDE el siglo I, en que el cristianismo implantó la doctrina salvadora, hasta nuestra decayente centuria, la devoción á la Madre de Dios, bajo la simbólica advocación del Pilar, ha ido en progresión constante. Pobres y rudos eran los primeros discípulos del Señor destinados á esparcir por el mundo los rayos de la hermosa antorcha del Evangelio de la salud, y sus resultados fueron fuente perenne de mártires y de atletas, cual la humana inteligencia no ha podido concebir. De estos discípulos, Santiago viene á España á llenar su misión santa, en época aciaga, cuando el enemigo—en sentir religioso—es dueño absoluto de nuestra Patria. Á siete sencillos hombres convierte en Cesaraugusta; y unidos todos bajo un mismo pensamiento, forman un solo corazón, que consagran al mayor esplendor y gloria del Rey de las alturas.

Una noche, noche felicísima para la cristiandad, en que hallábanse, como de costumbre, reunidos á orillas del río Ebro Santiago y sus convertidos, elevando sus plegarias al Altísimo, pidiendo á su Madre fuerzas y auxilios para no decaer en la santa empresa que les encomendara, ven con sorpresa cómo una luz diáfana y esplendorosa iba progresivamente iluminando el espacio, y disipando á la vez el ceniciento manto que lo envolvía. Ante la aparición de la nueva aurora, la naturaleza se sonríe, y la Virgen de vírgenes, la santa doncella de Nazaret, el tronco recto y brillante en el cual nunca se halló el nudo del pecado original ni la corteza del pecado actual, María, se presenta radiante de hermosura, con su celeste manto salpicado de estrellas, ligeramente recostada en las nubes, recortada por la luna su dorada cabellera, que por sus armoniosas inflexiones semeja un laberinto de flores, y teniendo á sus pies el sol. Ángeles y primados, arcángeles y serafines dan corte á la Reina de cielos y tierra. Tras breves palabras, suspiros del céfiro, que dirige la Virgen al Apóstol amado, desaparece, dejando, como huella de su visita, el nacimiento del nuevo día y un Pilar, columna santa de la Verdad y de la Fe.

Esta es la tradición; tradición llena de luz y de poesía que ha interesado el Arte, la Liturgia, la Historia y se ha connaturalizado en las costumbres del pueblo aragonés. No he de citar fechas ni he de aducir testimonios en corroboración de mi aserto, porque sobre tener que volver á repetir lo dicho en importante diario de Madrid haría largo y aún quizá pesado mi artículo. Baste consignar, aparte de la buena fe que me guía, exenta de apasionamientos de todo género, que la Arqueología ha confirmado tan piadosa tradición, no ya con la columna que sustentando la imagen del Pilar, artísticamente labrada, se adora en la angélica Capilla de Zaragoza, sino también con la existencia todavía en el siglo XVIII, de un subterráneo,—en la actualidad, parte interceptado y parte convertido en *bodegas ó cañes*—que partía de la *Cruz del Coso* (donde fueron inmolados innumerables cristianos) hasta las catacumbas de Sta. Engracia; punto en que nacía otro que terminaba en la basílica de Santa María la Mayor y del Pilar. La poesía suministra pruebas, con el inmortal himno de Aurelio Prudencio (siglo IV) en el que se describe la celestial Capilla, según el cronista Andrés. Igual confirmación merece de la Liturgia, y de la Historia; pues del misal mozárabe tórnase, en el siglo VII, la Misa propia de la Virgen, en cuyo *Introito, Oración y Ofertorio* se menciona de la gloriosa aparición á Santiago.

Zurita dice que sobre el año 889—dominación de los árabes—el Pilar era el lugar de amparo y consuelo para los perseguidos cristianos, y el templo de santa María era el más venerado de España. Si de esta época se pasa á la de la Reconquista y sucesivas, se verá que Alfonso el Batallador, en acción de gracias, asiste á los maitines del Pilar, que D. Alonso II y D. Sancho de Navarra conceden exenciones de tributos y salvaguardias al Cabildo del Pilar, cuyos bienes y personas toman bajo su tutela D. Jaime I, D. Jaime II, D. Pedro II y D. Martín; que D.^a Blanca reina de Navarra, ferviente devota de la Virgen, por su milagrosa curación, otorga importantes donativos y crea, en 16 de Agosto de 1433, la *orden nacional y patriótica de caballería del Pilar*; que los reyes Católicos visitan el templo Mariano antes de acometer la gloriosa empresa de la Reconquista de Granada que se realizó en 2 de Enero, día de la Venida, y también antes del descubrimiento del Nuevo Mundo en 12 de Octubre, fecha en que se conmemora tan glorioso acontecimiento; que Felipe II, en prueba de su amor al Pilar, regala dos artísticos ángeles macizos de plata; y Felipe IV adora la pierna milagrosamente restituida, por intercesión de la Virgen del Pilar, á Miguel Pelli-cero, vecino de Calanda. El rezo propio y el sinnúmero de prerrogativas concedidas en honor de la patrona excelsa de los aragoneses por los Pontífices Benedicto XIV, Pio VI, VII y IX y León XIII afianzan más y más la veneranda tradición, que bien puede llamarse histórica. Por último, en cuanto á su connaturalización con las costumbres del pueblo de Aragón citaré varios dichos y cantares, que en su rudeza y en su poesía popular, dicen más que cuanto pueda escribir la más inspirada pluma.

—Un forastero que visitaba por vez primera el templo del Pilar de Zaragoza, al no ver á la Virgen en el altar mayor, preguntó por ella á un labrador, quien, admirado de que hubiera en la tierra un sér quien ignorase que se hallaba en la Santa Capilla, le respondió mal humorado: ¿Conque no sabe donde está la Virgen? ¡y habrá armozado hoy!

—Un baturro oyó que otro blasfemaba de la Madre de Dios. Sacando de la faja el cuchillo le interrogó:—¿Es la del Pilar?

—Nó, la otra.

—Eso te vale,—murmuró el baturro, guardándose tranquilamente el arma.

En la patria de Lanuza y la Virgen del Pilar, saben conservar sus hijos religión y libertad.

Es Aragón un gigante que tiene el Ebro por faja y la Virgen del Pilar por escudo y atalaya.

¿Cuándo querrá Dios del cielo y la Virgen del Pilar que tu ropica y la mía vayan juntas á lavar!

Cuando la Virgen del Cielo á Aragón quiso bajar, para no pisar la tierra se posó sobre un Pilar.

PEDRO GASCÓN DE GOTÓR



Cuadro de A. GASCÓN DE GOTÓR.

BAÑISTAS SMART

No sé si en otras costas que en estas del Cantábrico—donde el mar ruga más fiero y reconcentra mayor cantidad de yodo y de salitre,—pueden verse espectáculos como el que acabo de presenciar en el camino de Pontevedra á Marín, y presencio todos los veranos en la Mariña, en el pintoresco pueblecillo de Sada, cuyo largo playazo aventaja en extensión y seguridad á casi todos los de la ría de Puente deume.

Divídese la población de Galicia en ribereña y montañesa; y la división se caracteriza por marcadas diferencias étnicas y psicológicas. Cuanto el ribereño de alegre, animado, despejado, activo, tiene el montañés de callado, tético, avariento y supersticioso. A la gente de la *beiramar* la incita á cierta largueza la fácil ganancia de los lances de pesca de sardina, calamar, merluza y cangrejo. Al montañés, confinado en tierras áridas, lejos de las ciudades, se le impone una sórdida economía; además, el clima es duro en la sierra, y el cuerpo se acostumbra á las privaciones y al mal trato. Y si la vida del montañés en invierno, «en tiempo de lobos» como ellos dicen, es asaz adusta, la de verano, con los baños de mar, tiene dejos de sainete.

No sé si por prescripción facultativa ó porque es tradicional, en la montaña, la reputación de los efectos y virtudes salutíferas del mar—del mar que acaricia las Mariñas, alegres y hermosas,—el caso es que no hay gente tan amiga, como la montañesa, de remojarse en agua salada. Eso sí: no falta quien asegura que es la única época del año en que se remoja. Y parece dar verosimilitud á este aserto, la traza de los montañeses, sus carnes y pellejos color de humo, curadas y amojamadas cual la cecina que cuelgan en los garfios de la chimenea.

Dada su afición á la playa y su afán de conciliarla con la estricta economía á que les obligan de consuno necesidad y costumbre, los montañeses han discurrido, hasta reducir el gasto á la mínima expresión. Primer problema resuelto: el transporte. La jornada empieza en el coche de San Francisco, ó sea á pata galana, desde las respectivas madrigueras hasta el punto de donde arranca el coche ó carromato que han de utilizar. La idea de servirse del ferrocarril ni les cruza por las mentes; pues tendría que salirles caro, aun viniendo en la perrera, como los «de Calatorao», de una zarzuelita popular. Razón sencilla: en el tren paga cada quisque su billete, sitio entero, mientras en el coche precede un ajuste, y según se estrechan y encogen los viajeros, para caber gran número en breve espacio, descende la cuota, hasta llegar á lo inverosímil. No es cuenta del mayoral ó del carretero cómo se arreglan los que van dentro: allá ellos, así se pongan patas arriba y boca abajo.

A no haberlo visto, no se creería el prodigio de acomodarse veinte ó treinta personas donde sólo cogerían, bien apretadas, cuatro ó seis. Aquello no es ya masa, sino cemento, gelatina de gente. Hay quien entra en el amasijo de chapacaña, y quién atravesado como las sardinas en el tonel. Sobre las rodillas de los hombres se colocan, enroscadas, las hembras, y en el regazo ó el hombro de éstas, los chicos menores de quince años. El tufo, se adivina; el calor, asfixia sólo pensado; los incidentes son de un cómico violento y burdo. Felices los que van de pie en el estribo ó agazapados en la imperial, entre sacos, ollas y mantas,—al menos gozan del aire libre.

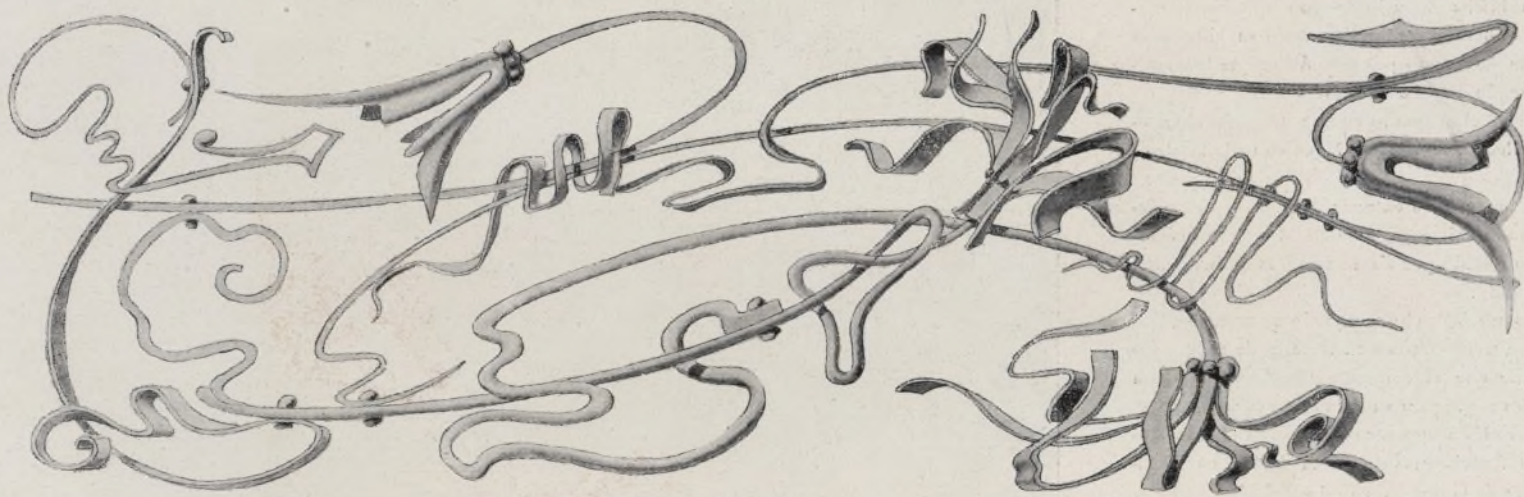
Así, prensados, van los montañeses locos de contento, divirtiéndose interiormente, sin estrépito, con risotadas opacas y observaciones de sagacidad candorosa.

Al *botijo* de los trenes baratos reemplazan pots y trébedes. Llevan además consigo provisiones: el enorme mollete de pan de maíz ó centeno, mohoso, que se come añejo adrede, para no comer tanto; las patatas, las berzas para el *caldíño*; la harina para espesarlo; el unto rancio para darle *gracia*; hasta la sal... El ideal del montañés consiste en no comprar fuera de casa, á ser posible, cosa alguna, y vivir los ocho ó diez días que tarde en tomar sus treinta baños (á razón de tres cada veinticuatro horas) con lo que trajo en el zurrón. Bastante desembolso representa el real ó real y medio diario que ha de aflojar por el rincón del cobertizo ó del rancho fétido donde le extienden unos brazos de paja, para dormir, y por la piedra y el haz de leña que le suministran, para cocer junto... el caldo de doce ó quince montañeses.

Y empieza la faena: jala con un baño glacial, al amanecer, cuando apenas dora el sol naciente la cresta de las aguas; jala con otro á mediodía, y con el último, delicioso, al anochecer, á la hora en que el mar conserva el calor del día entero. Entre baño y baño, el montañés, persuadido de que conviene un régimen riguroso, se abriga como en diciembre, y desde las cuatro de la tarde enarbola colosal paraguas azul ó rojo, para preservarse del «relente» y de «la luna», terrible enemiga de los beneficios que el baño reporta.

Y transcurrida semana y media, habiendo gastado diez y nueve reales en coche, quince ó diez y seis en posada, y hasta setenta y cinco céntimos en extraordinarios é imprevistos de sardina fresca, el bañista montañés otra vez se embute en el carromato, llevando para todo el invierno mucho qué contar al amor de la lumbre, y en la cabeza ese rumor de oleaje que se oye resonar en las grandes conchas venidas de América...

EMILIA PARDO BAZÁN



J. Ribera.

EL TESTAMENTO DE ISABEL LA CATÓLICA

EFEMÉRIDES ILUSTRADAS

EN el oscuro cuadro en que se agitan las tristes figuras del rey Enrique III el *Doliente* y sus regentes malversadores; de Juan II y su orgulloso privado, don Álvaro de Luna; de Enrique IV, el *Impotente* y su favorito, don Beltrán de la Cueva, amante de la reina y padre, según la voz pública, de la infanta doña Juana, apellidada la *Beltraneja*; entre aquellos nobles siempre descontentos y siempre rebeldes, aparece doña Isabel de Castilla, cual luminoso faro, como la estrella que en noche tempestuosa guía al perdido viajero al puerto de salvación.

Conozcámosla según los retratos que de ella nos han dejado los historiadores de la época.

Hija del rey don Juan II, nació en la villa de Madrigal, el año 1451, según unos, y en Madrid, según otros.

De ojos azules, que mostraban á la vez su inteligencia y sensibilidad; de cabello rubio oscuro; de tez blanca y sonrosada; de facciones perfectas, resultaba una de las damas más hermosas de su tiempo.

Ilustrada por el constante estudio; de fácil comprensión; pronta en decidir; entusiasta y prudente á la vez; virtuosa y modesta, era un conjunto de bellezas físicas y de cualidades morales.

Buena y cariñosa hermana; cuando los nobles, que reunidos en Avila habían degradado á Enrique IV y proclamado á su hermano don Alfonso, se presentaron, al morir éste, á ofrecerle la corona de Castilla, negóse á aceptarla, exclamando:—«Deseo á mi hermano el rey una larga vida, y jamás mientras él exista tomaré el título de reina.»

¿Cómo pagó don Enrique tan noble acción? Anulando lo pactado con los nobles, de que, á su muerte, ella ocupara el trono, y dejando por su única heredera á doña Juana la *Beltraneja*, para vengarse del matrimonio que su hermana había celebrado con el príncipe don Fernando de Aragón (19 de Octubre de 1469).

Elevada por los nobles y el pueblo al trono de Castilla, una vez muerto don Enrique (1474), empieza á mostrar su grande talento, no abdicando sus derechos de rei-

na, pero tampoco sobreponiéndose á su marido; adoptando para la gobernación del territorio, que ya podía llamarse España, por la unión de las coronas de Castilla y Aragón, el celebrado lema:

*Tanto monta, monta tanto,
Isabel como Fernando.*

Durante su reinado, muestra doña Isabel todas las virtudes de la mujer y todas las grandezas del hombre; siendo á la vez el buen gobernante, el hábil político y el valeroso guerrero.

Ella dicta y promulga las más notables providencias sociales y económicas; protege la industria y las letras, el comercio, las artes, y las ciencias.

Respetuosa con la iglesia, pero *dando siempre á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César*, se opone á toda intrusión del clero.

Revoca las concesiones hechas á los Grandes por los monarcas anteriores; confía á las ciudades el sostenimiento de los ejércitos, á cambio de ciertas franquicias; otorga á las Cortes el derecho de votar las contribuciones, publicar las leyes y resolver las más áridas cuestiones; crea la milicia de la *Santa Hermandad*, encargada de perseguir á los criminales; y recopila las *Ordenanzas*, mejorándolas.

Decidida á la reconquista del territorio, acompaña á los ejércitos que marchan al cerco y toma de Granada; ganándola para la Santa Cruz.

El cielo, que la destinaba á las más altas empresas, la libra del puñal de un moro fanático, y del horroroso incendio del campamento de Granada.

Como remate de su gloria, empeña todas sus alhajas, para el descubrimiento, por Cristóbal Colón, de un Nuevo Mundo.

Con ella y por ella se engrandece y regenera España.

Tan afortunada como reina es infeliz como madre: en pocos años pierde á su hijo don Juan, el heredero de la corona; después á doña Isabel, esposa del rey de Portugal; y sufre, por último, el inmenso dolor de ver á su hija doña Catalina repudiada por su libertino esposo Enrique VIII, y á la infeliz doña Juana con síntomas de locura. ¡Cómo extrañar que todo su sistema se hallase dominado por una fiebre que la consumía, según dice Pedro Mártir!

Llegó el momento en que no pudo abandonar el lecho, ni separar la cabeza de la almohada.

A pesar de su extrema debilidad, pues recusaba todo alimento, y de la sed que la devoraba, no olvidó por un instante la gobernación del Estado.

Comprendiendo que su fin se acercaba, dispuso su testamento en 12 Octubre de 1504, acto solemne que el eminente y malogrado artista Rosales eligió para su admirable cuadro.

Por él, dispuso ser enterrada en el convento de los franciscanos de Santa Isabel, en la Alhambra de Granada, en un sepulcro humilde y con una sencilla inscripción; ordenando que el dinero que debía gastarse en sus honras fúnebres se dedicase á los pobres.

Dejó una fuerte suma para la redención de cristianos cautivos en Berbería.

Anuló cuantas concesiones injustas hubiese hecho.

Consagró nobles consejos á su hija, la desgraciada doña Juana, y á su yerno, Felipe el Hermoso, respecto á la forma de gobernar, basada en el *consentimiento y consejo de las Cortes*.

Nombró á su esposo don Fernando regente de Castilla, por ausencia ó incapacidad de doña Juana.

Señaló á su marido rentas de grande importancia, *aunque menos de las que ella deseaba y él merecía*, suplicándole aceptase todas sus joyas ó las que quisiera elegir, para que, al verlas, *se acordé del singular amor que le tuve, y de que le espero en otro mundo mejor*.

Recomendó, especialmente, que no se olvidara á ninguno de sus servidores.

España era su idea fija, y los españoles, sus hijos, su delirio.

A los tres días, otorgó un Codicilo, ordenando la codificación de las leyes; dictando disposiciones para evitar cualquier abuso contra los naturales del Nuevo Mundo; y nombrando una comisión que examinara la legitimidad de las alcabalas, y las justas se cobrasen de la manera *menos gravosa al pueblo*.

Al observar el llanto de cuantos la rodeaban, les dijo:

—«No lloréis por mí, ni pidáis por mi restablecimiento; rogad, sólo, por la salvación de mi alma.»

¡A tal punto llevó su recato aquella honestísima reina que no permitió la descubrieran los pies para darla la Extrema-unción!

A las doce de la mañana del miércoles 26 de Noviembre del año 1504, falleció en Madrid doña Isabel de Castilla, aquella reina que por su piedad mereció de los pontífices el nombre de *Católica*; reina *llorada por sus súbditos y admirada por la Europa*. El 18 de Diciembre, con una lluvia torrencial, como si el cielo mismo llorara su muerte, llegaba á Granada el cadáver de aquella nobilísima princesa.



EN EL CLUB DE REGATAS; por PABLO BÉJAR.

Historiadores y filósofos censuran á doña Isabel por el establecimiento de la Inquisición en España: por la expulsión de los judíos y de los árabes; y por las cadenas de Colón; pero es indudable que estas graves faltas tuvieron por disculpa las imperiosas exigencias de la época, y las malas artes de que se valieron contra Colón envidiosos cortesanos y turbulentos aventureros.

Veáse cómo la juzga un publicista extranjero.

«Era magnánima en grado sumo. Hallábase exenta de toda mezquindad y egoísmo. Concebía vastos planes y los realizaba con noble espíritu, sin apelar á medios torcidos ó dudosos. Su política era franca. Su virtud admirable.»

Tres hombres lloraron principalmente su muerte: Cisneros, Colón y Gonzalo de Córdoba.

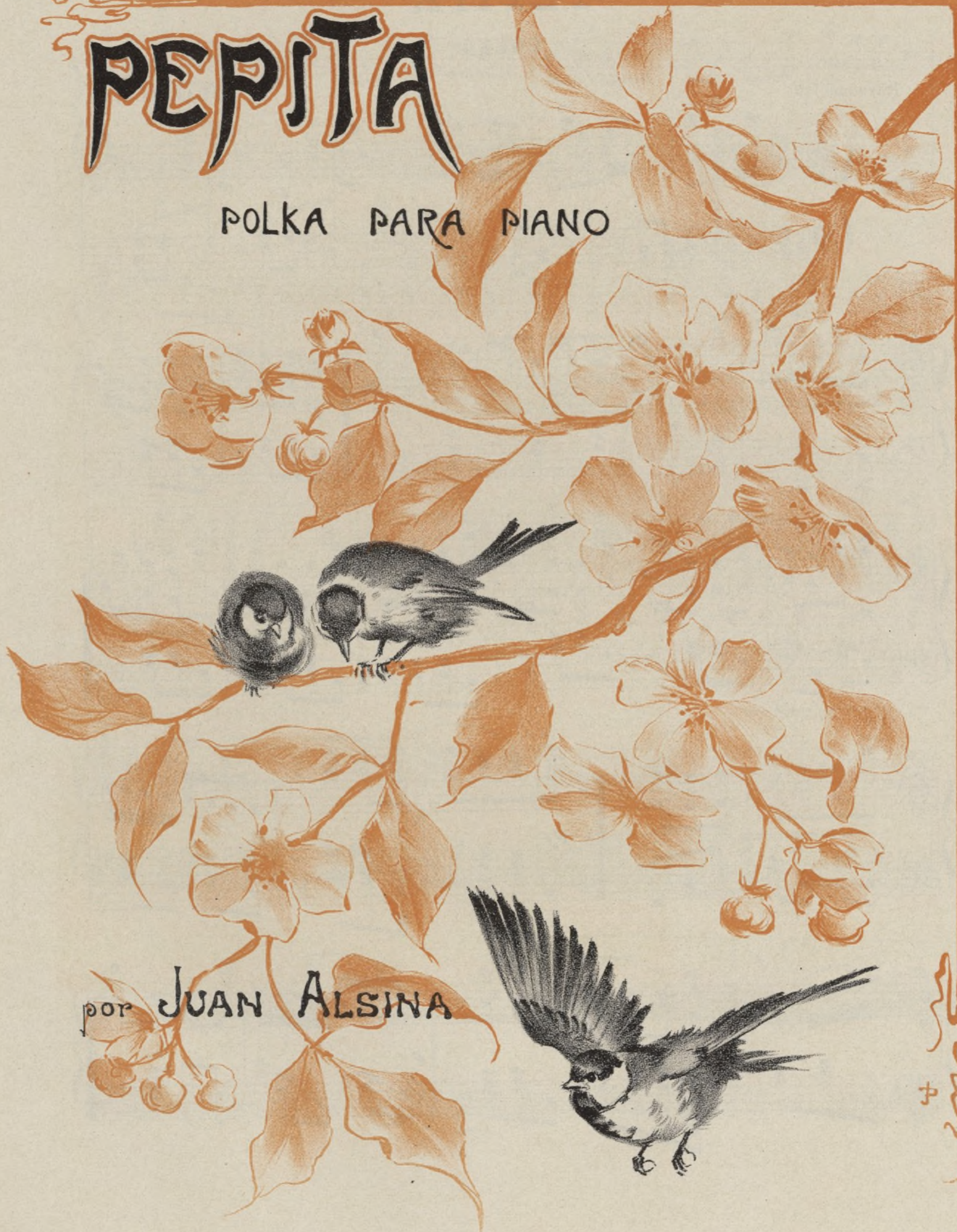
¡Triunvirato grandioso!

Con ellos regeneró á España, la conquistó tierras y reinos, y la dotó de un Nuevo Mundo.

E. RODRIGUEZ-SOLIS

PEPITA

POLKA PARA PIANO



por JUAN ALSINA

PEPITA

POLKA

Introduccion.

JUAN ALSINA

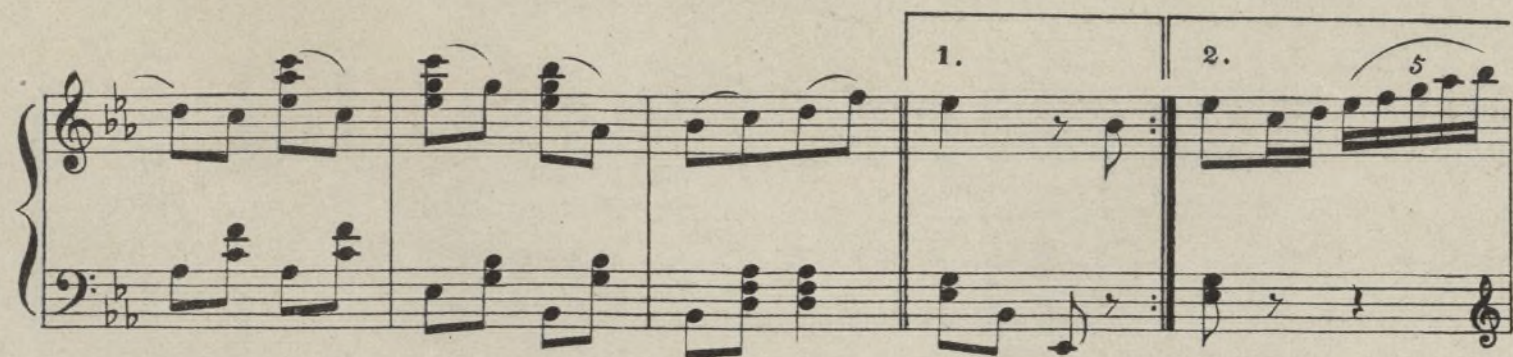
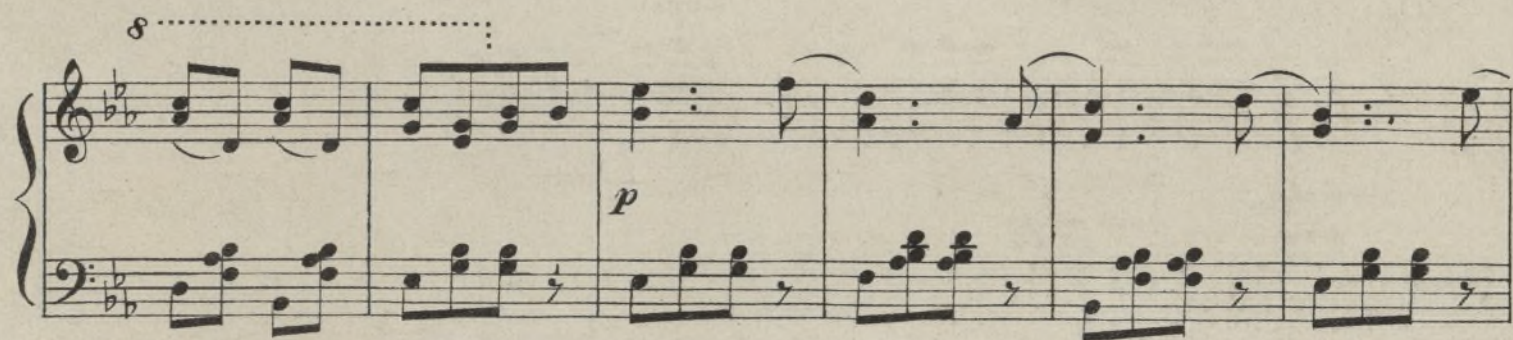
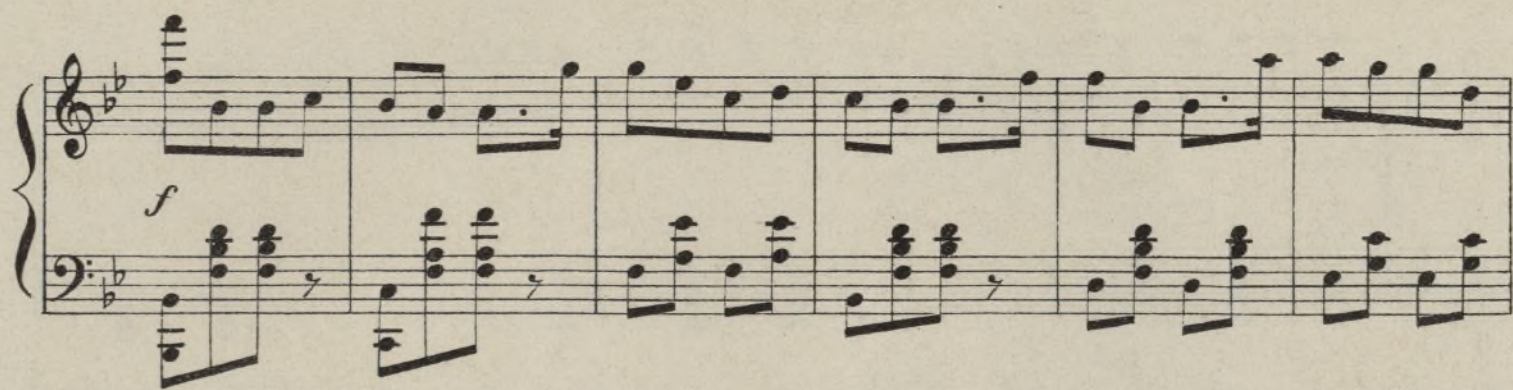
Piano.

Introducción.

JUAN ALSINA

Piano.

The musical score is written for piano and consists of five systems of music. The key signature is one flat (B-flat) and the time signature is 2/4. The score includes various musical notations such as notes, rests, beams, and slurs. Dynamics include *f* (forte), *p* (piano), and *pf* (pianissimo). Articulations like accents (>) and breath marks (v) are used throughout. The piece concludes with a Coda section marked 'Coda.' and a first ending bracket labeled '1.'.



f

p

f

p

p

f

ff

Al $\frac{5}{8}$

1.

2.

CODA.

f

p

p

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.

CECILIO PLA



¡HIJA MIA!

Ayuntamiento de Madrid

LA MUERTE

Un huracán devasta continuamente las regiones donde la vida se expande. Es el soplo que la Muerte deja, al pasar arrebatada. Nadie le ha visto la cara ni el contorno del cuerpo. Envuelta en el torbellino que levantan sus ropajes flotantes, cruza veloz, sin que adviertan su paso más que aquellos que se sienten derribados. No hay obstáculo que la detenga, no hay valla que no salve, no hay muro que no derrumbe. Como el rayo, destroza, y cuando se advierte el estrago que ha causado, ya está distante, tan distante, que casi está cerca. Es la gran niveladora. Cuanto sobresale del común rasero, cuanto se eleva firme y poderoso, cae á su empuje. ¡Ah! ¡Tremenda obrera silenciosa!

Tú trabajas sin descanso, destruyes, para que la Vida pueda construir; y como para las obras de ésta precisan materiales resistentes, con preferencia siegas las existencias más puras, más fuertes y más nobles. Nuevamente moldeadas, adquieren cada vez forma más perfecta, y si por un momento pudieras detener tu carrera vertiginosa, es seguro que te detendrías extasiada alguna vez ante lo que de ti nace porque en ti muere.

No hay quien haya visto tu rostro, que los temerosos juzgan espantable. Jano eterna, en cuanto pasas, entre la vorágine aparece un rostro. Es el de la Vida, que mira hacia atrás. Abrazada á tu hermana, haces la eterna ronda, y apenas á tu contacto se hielan hombres y cosas cuando la Vida los rescita. ¿Cuál de las dos crea y cuál destruye? La obra es tan rápida, la acción tan compleja, que ni el sabio puede decidir ni el ignorante temer. Así como la Vida se sustenta gracias á ti, tú, Muerte, creas la Vida y edificas derribando, como aquella derriba construyendo.

Diosa que pintan pálida y temerosa, alma de la Vida, sostén del mundo, incansable redentora, amiga del miserable, pesadilla del poderoso, no pares, no, tu carrera. Vuélvete en alas del huracán, siega vidas, destruye cosas, aniquila al Tiempo, mata el recuerdo, no pares, no, tu carrera. Destruye sin compasión y sin descanso, destruye los seres aislados y las masas, los organismos individuales y los colectivos, vuélvete sin tregua hasta que los hombres hayan aprendido la religión del amor y abominen la religión del odio, que les lanza por millares á tu paso, como los indostanes se lanzaban bajo las ruedas del carro que sustentaba al monstruoso ídolo.

Entonces, cuando el odio se extinga, cuando el amor reine entre los hombres, detén tu marcha. Y la Tierra, atónita por un momento al sentir tu ausencia, se hundirá en los espacios siderales, como un pedrusco lanzado al abismo, fría, inerte, muerta, porque tú habrás dejado de matar.

MUERTOS QUE ANDAN

Se pone el sol. Un viento fuerte sopla sobre los campos, entre los árboles, levanta torbellinos de polvo en las carreteras. Su empuje mueve y arremolina miles y miles de hojas muertas que caminan, ruedan, se precipitan. ¿Dónde? Todas van en busca de un hueco, de un rincón á propósito para que se cumpla su definitiva y total destrucción. Entretanto, muertas, con el color terroso de los cadáveres, corren sin objeto, se atropellan, se enlazan unas á otras, forman montones que una ráfaga deshace, se dispersan, vuelven á reunirse, y así marchan al azar, yendo hacia donde la fuerza las empuja, sin cansancio, inertes, inconscientes, en busca de equilibrio, en demanda de reposo. Muertos que andan, cadáveres que ruedan, despojos de fuerzas para siempre perdidas, mortajas de existencias que acabaron, movimiento sin objeto... no hay espectáculo más triste para quien debe sentir la tristeza de las cosas. Muertos que andan, el árbol que les dió vida se la quitó en el punto y hora en que estorbaron la suya propia, y las vió morir y las sintió caer sin estremecerse. El viento, que las empuja sin compasión, rugiendo y silbando en su marcha, canta un *De profundis* estridente y formidable á las pobres hojas.

Sobre el sucio empedrado de una callejuela ha caído una pluma que, cuando tenía vida, formó parte del ala de una paloma blanca. No es de esas, recias y de fuertes barbas, que sustentan ó dirigen el vuelo. La pobre-cilla fué siempre modesta. Es chiquita, suave, de elegante forma, de muy fina pelusa rizada, no pesa apenas, y al mirarla con detención, al ver la pureza de las líneas curvas que le dan forma, y la frescura nítida de su color, se adivina que aquella plumita ha sido un sér inofensivo, amable, servicial, bueno por naturaleza, que ha vivido siempre en paz con sus innumerables hermanas, junto con las cuales constituyó el plumaje y el abrigo de aquella paloma que cruza ahora libre y feliz por la región del aire, en tanto que ella, pura como el armiño, ha caído sobre el lodo infecto de una gran urbe, mostrando en el extremo de su tenue cañón un punto sangriento que marca la herida por donde se le escapó la existencia.

Después de la tremenda caída, sintió la pluma que el viento la empujaba, la levantaba. ¡Arriba! Subiendo esperaba poder volver á su prisión de oscura carne, donde sentía las palpitaciones de los poderosos músculos, donde conservaba el calor que del cuerpo palpitante recibía. ¡Vana esperanza! Es verdad que el viento la elevaba á veces, y que sobre su palpable trama quedaba suspendida; pero aquello no duraba más que un

momento. La gravedad la solicitaba, y no teniendo fuerza propia, obedecía á la ajena. Al suelo otra vez. Y á cada nueva caída, el barro manchaba su blanco cuerpo. La suciedad del medio ambiente la penetraba. El pie de un hombre se posó brutalmente sobre ella. Todo había terminado.

¡Guay de los caídos! La pluma que llega al suelo, desprendida de su alvéolo de carne, ya nunca más volará orgullosa; la hoja que es juguete del viento, no volverá á la rama del árbol que le dió vida. Árboles y pájaros se cubrirán de nuevas hojas y plumas; pero las caídas, las muertas, esas esperan en vano una voz que les diga: *¡Surge et ambula!*

MUERTOS QUE HABLAN

Durante la noche del 6 de Ziamdah—que corresponde al 27 de Diciembre,—los antiguos persas acudían á los cementerios de sus pueblos y ciudades. Y al día siguiente, pretendían, los que tuvieron valor para permanecer en la mansión de los muertos, que en aquellas horas oscuras del día que los vivos dedicaban á su recuerdo, los difuntos salían de sus osarios y, con voz medrosa, contaban la historia de su vida y aconsejaban á sus visitantes y predecían lo porvenir.

Para quien entiende su lenguaje, hablan aún los muertos, como en tiempo de Zoroastro y, como los que adoraron en el Sol el poder de Zeus, también recorren el velo que oculta lo porvenir á las miradas de los humanos, zaimph que se desgarran á las lecciones de la experiencia y muestra las formas de la esplendente Iris. El que discurre por las solitarias calles de un cementerio y se para al borde de la fosa común, si concentra su atención, oye la voz de los difuntos.

—Yo olvidé que todos los hombres somos hermanos, dice una voz, y, llevado de mi afán de enriquecerme, no tuve reparo en sumir en la miseria á miles y miles de mis semejantes. Reuní una fortuna enorme, que pasó á mano de mis hijos, y mi castigo consiste en ver cómo se disipó esa fortuna en dos generaciones, y cómo sufren, todos aquellos que llevan mi nombre y sangre de mi sangre, en el seno de la más espantosa pobreza. Como yo espolíé, ellos han sido espoliados. Lo que yo hice, otros lo han hecho á los míos, y mi raza se extinguirá, corroída por todos los vicios y por todas las enfermedades.

—Yo fui un egoísta feroz. Nunca recordé que no vivía solo en el mundo. Jamás sentí compasión por nadie. Ni una vez siquiera pensé en el Mal que afligía á mis hermanos. Y un día, llegaron hasta mí la Enfermedad y la Pobreza, y desde aquel día la soledad más espantosa reinó en torno mío. Yo no cuidé de los otros; los otros se olvidaron de mí. Cuando llegó la Muerte á mi solitario lecho, gemía desesperado, pensando en el bien que pude hacer y que no hice, en las lágrimas que pude enjugar y que dejé que corrieran.

—Yo tuve talento, fortaleza de ánimo, persuasiva palabra, dotes de mando, y empleé tan mal esas nobles facultades, que á la hora de mi muerte todo un pueblo execraba mi nombre.

—Yo fui la encarnación de la Gula, de la Lujuria, de la Pereza. Disipé á los cuatro vientos mi fortuna, y ahora mis hijos y los hijos de mis hijos, pobres, miserables, sienten correr por sus venas la sangre emponzoñada que les transmití, y son víctimas de todas las malas pasiones.

—Yo robé y maté, por envidia y odio hacia mis hermanos, y he muerto... y la humanidad vive.

—He trabajado sin descanso, roturando bosques, labrando campos, plantando cepas, sembrando granos. He sufrido el sol que requema y la nieve que entumece. Las lluvias, el pedrisco y la sequedad han destruido muchas veces mis cosechas. Los agentes del fisco se han apoderado de lo más saneado de mis ganancias, y, sin embargo, morí tranquilo porque dejé una descendencia sana y activa. Yo la veo, cómo poco á poco se eleva, mejorando su estado. Veo que mis hijos adoran la Tierra que les nutre, que estudian las Ciencias y las Artes, y cómo sus inteligencias son poderosas porque son sanas; asisto á sus triunfos y escucho las bendiciones de que les colman aquellos que por sus esfuerzos crecen, trabajan y progresan. Veo cómo mis hijas constituyen nuevos hogares; las veo hacendosas, incansables, siempre atentas al bienestar de sus esposos y de sus hijos; veo cómo inculcan á éstos los hábitos del trabajo y de generosidad, de rectitud y de mansedumbre que mis padres me enseñaron; veo que son el alma de esos hogares, y que sus esposos y sus deudos bendicen la memoria del padre que acertó á crearlas tan buenas.

Todas esas voces hablan así de lo porvenir como de lo pasado. Predicen que alcanzarán toda la dicha compatible con la humana naturaleza, aquellas sociedades y aquellos hombres que con mayor cuidado se apliquen á la práctica de las virtudes, al desprecio de la vanidad y del orgullo. Auguran que, después de tropiezos y trabajos infinitos, llegarán los hombres á estimarse mutuamente, y que la paz y el bienestar reinarán sobre la Tierra, cuando se hayan extinguido para siempre la Envidia, el Odio y la Ignorancia, progenitores del Mal.

A. RIERA





EL DÍA DE DIFUNTOS

AYER Y HOY

TODO contribuye a la sugestión del triste recuerdo; a la obscura y fría noche sucede el brumoso crepúsculo de un día de otoño; a la calma atmosférica, el viento que impulsa y entrechoca con ruido seco las ramas de los árboles, desprendiendo las últimas hojas, ya marchitas, que en remolino de aquelarre son su juguete.

El hervidero de la población cesa por algunas horas; unas cerca y otras lejos, con acento grave y acompasado éstas, con vibración aguda y temblorosa aquéllas, las campanas voltean, lanzando al aire sus notas de metal, que las ráfagas del viento ora entrelazan y confunden entre sí, ora alejan hasta perderse, dando origen a una nueva lluvia de sonidos semejantes al quejido del perpetuo sufrir...

Y como es muy difícil la indiferencia, ante el helado contacto de la atmósfera del dolor, cuando éste viene a buscarnos al fondo del hogar con la fatigosa y lenta vibración de la campana, que parece gemir, relatóndonos sus cuitas al oído, todos recordamos en aquellos ecos la pérdida de seres queridos, porque ellos acompañan su llanto, hijo de la ausencia eterna...

Y el hogar se transforma de alegre en luctuoso; el padre y la madre, el esposo y la esposa, el hermano y la hermana, el hijo y la hija, el amigo y la amiga, dejándose llevar del espíritu de tristeza impregnado en cuanto les rodea, sienten en su corazón los dulces latidos de la caridad, y de sus labios brotan oraciones elevadas al Dios de las alturas, pidiendo perdón para los que sufren; transforman su traje en negro, y silenciosos y pausados, cual fantásticas visiones, se reúnen en el templo, donde el sacerdote ruega al cielo por las almas de los pecadores, privadas de ver la divina luz. Cuando las sombras de la noche envuelven la población, los cristianos, congregados en el retiro de su hogar y en familia, para rezar el Rosario, que lleva el jefe de aquélla, hasta terminar tan benéfica obra, en la que toman parte amos y servidores, con la siguiente súplica, hecha por el mismo:

—Dios haya escuchado nuestro ruego.

—Así sea, responden en coro los reunidos.

E inmediatamente se distribuye una frugal colación, y algún dinero y frutas entre los criados, encargándoles el recuerdo, durante la noche, de los difuntos...

La claridad del día y los rumores que se elevan del seno de la población pueden tan sólo disipar los extraños engendros de la muerte y el lúgubre y pertinaz tañido de las campanas, que, aun al través del sueño, se ha percibido, como en una fatigosa pesadilla.

...

—Hoy, clama alguien en mi oído, hoy hemos progresado, suponiendo que implique progreso olvidar creencias que, por ser añejas, deben desecharse. El modernismo, con sus egoístas apreciaciones, se ha entronizado, de algunos años a esta parte, en nuestra sociedad, trocando las tristezas del corazón en alegrías del estómago, los recuerdos de la muerte en ostentaciones de relumbrón. Las gentes de ayer eran poco prácticas; te-

nían sus pobres mentes atrofiadas por absurdas preocupaciones. ¡Los muertos... los muertos! ¿Qué tenemos que ver nosotros con los muertos? Harto trabajo nos costó sufrirlos en vida. Hicimos por ellos cuanto pudimos, y aún hemos de seguir pagándoles censo eterno, en dolorosos recuerdos? Se ha destinado para ellos un día del año... Perfectamente; acatémolos: pero haciendo lo posible para que por sí mismo se mixtifiquen y se convierta de hecho en otro día más de francachela. Para ello, dejémonos arrastrar por las corrientes modernas, que son las llamadas a conducirnos hasta el fin deseado. No nos precipitemos; finjamos y, variando el modo de sentir, osténtese, en común, el dolor con diferente aspecto, basado constantemente en algo que halague nuestros deseos y aficiones, que constituya un nuevo placer, oculto bajo la capa del sufrir... ¡Adelante! Siempre adelante, para lograr la indiferencia, madre legítima de las terrenales satisfacciones a que el mortal aspira, hasta que lleguemos a brindar en la misma morada de los difuntos. Las lágrimas y las tristezas de este día resultan anticuadas; por eso tienden a suprimirse.

—Eso jamás se logrará. Nó, nunca;—exclamé, interrumpiéndole escandalizado.

—¡Necio! repuso una voz, ¿crees que falta mucho? La semilla arrojada, va germinando, y el indiferentismo abriéndose ancho campo. ¿Quieres ver sus frutos? Sígueme; y, prescindiendo de ese gentío inmenso, bullicioso y alegre que acude a la comedia, para ser actor y espectador a la vez, penetremos en el camposanto, en donde has de quedar convencido y maravillado de lo bien que se finge... Mira; ese grupo abigarrado, cuyos individuos aparentan un dolor que no sienten, han venido aquí, impulsados por la rancia costumbre social los unos, por el acicate de curiosar los otros. El amargo llanto de esa viuda joven y hermosa es hijo del despecho; pues, llevando sólo quince días de viuda, el *qué dirán* la impide casarse hasta cumplir el riguroso luto. Aquel joven que, mustio y dolorido, coloca valiosa corona en un mausoleo, es un buen hijo que viene aquí porque le han hecho recordar al que le dió el ser y le dejó la fortuna. No solloza; pero siente las cien pesetas que el orgullo le obligó a invertir en el recuerdo. Los que forman un grupito junto a aquel nicho, no lloran ni están tristes, ya los ves; han venido con pretexto de visitar a su hermano, recién fallecido; a exhibir los lutos; a ver y ser vistos; a envidiar y a ser envidiados. Esos que van y vienen, que se empujan y atropellan, que ríen y critican con *graciosa* verbosidad los latines de las lápidas, han venido aquí por negocio, por pasatiempo ó por lucirse. Aquellos que rezan junto a aquel sepulcro son...

—¡Basta de calumnia indigna!, exclamé irritado; para tí no hay dolor, es una mentira... ¿Dónde está la verdad?

—¿La verdad? Allá, en aquel rincón la tienes: en el llanto de aquella anciana que ora por el hijo que perdió y al que jamás volverá a ver. El dolor, hijo del recuerdo, que tú crees ver hoy como ayer en todos los rostros, está descontado; sólo la queda el corazón de las madres, baluarte en que se hizo fuerte para resistir los combates de la indiferencia.

R. B. GIRÓN

EL FINAL DE UN VELORIO

CUENTO

NO quiera saber el lector si la palabra *velorio* pertenece al número de las apadrinadas por los Inmortales del Arcópago que *limpia, fija y da esplendor*. A las palabras, dijo muy acertadamente don Mariano de Larra, no debe preguntárseles su procedencia, sino para qué sirven; y como sirven para algo, si ese algo no es confundir y enmarañar las ideas, hay que aceptarlas é incluirlas en el vocabulario, el cual, cuanto más nutrido, tanto más contribuirá a enriquecer la lengua a que pertenece.

Existe en la América del Sur la costumbre, piadosa a su modo, de celebrar velorios.

Veamos en qué consiste.

Supongamos, lector bondadoso, que vive usted en Buenos Aires, la más populosa ciudad de la América latina, como podríamos también fijar su residencia en el más apartado lugar de la extensa y despoblada pampa argentina; y supongamos igualmente que, sujeto al fin y al cabo a las leyes de la materia, se nos muere usted el día menos pensado...

¡Cascarones!

No, señor, no son cascarones; es pura y simplemente una suposición gratuita, que por manera alguna puede alarmarle. Se habla desde el punto de vista hipotético; y, aun cuando no me honro con su trato, ni siquiera le conozco a usted, sabe Dios que el mayor mal que le deseo es que viva largos años, pues se me figura que ha de tener usted su apego a este pícaro mundo, con ser, como es, mansión de no interrumpidas cuitas y zozobras.

Continuemos.

Quedamos en que *se nos fué usted*, y dicho está que sus amigos y parientes quedarían llorándole, con lágrimas no fingidas, conforme a continuación se podrá ver.

Supuesta ya extendida su partida de defunción, la noche que pasara usted de *cuerpo presente* sería noche de jolgorio y recepción en la casa mortuoria.

A ella acudirán sus amigos particulares, y en general, los de la familia enlutada. Es más: los amigos *directos* se harán acompañar de los *indirectos*, quiere decir, de los suyos; porque sabido es que los asuntos de amistad guardan muchas relaciones. Más todavía: habrá quien no le haya visto a usted en vida; pero en ese día se considerará obligado a hacer acto de presencia, y allá se cuele él, pintada en el semblante la contrición que reclaman las circunstancias, y (aquí del busilis) muy bien dispuesto, ante la perspectiva de un *buen velorio*. En fin, aquello será un verdadero maremagnum: la concurrencia enorme; las mujeres, de riguroso luto, los hombres, a su libre albedrío, según lo entiendan y estimen; en una estancia recubierta de fúnebres paños é iluminada por los hachones mortuorios, el féretro, que se *vela* en las estancias inmediatas y en los patios, al aire libre, por un verdadero batallón de deudos, amigos, vecinos, etc., etc. Fórmense grupos: aquí se habla de negocios; de política más allá, en otro, es tema de la conversación la nota mundana, y Cupido mismo halla ocasiones propicias para hacer de las suyas. Para formarse cabal concepto de lo que se viene describiendo, añádase que la gastronomía juega buen papel en estas reuniones, donde se rinde culto a la muerte, regalando a la vida; porque un velorio sin cena opípara, ó cuando menos sin repetidos pisco-labis, no sería completo ni tendría la virtud de dejar bien preparado el ánimo para ir a *velar* en casos sucesivos.

¿Saben ahora los lectores en qué consiste el velorio, en lenguaje criollo? ¡Sí, eh?

Pues, vamos al hecho de autos.

Un día, mejor dicho, una noche, encontrándome accidentalmente en cierto pueblo de la provincia argentina de Santa Fé, asistí a una de esas veladas, motivada por el fallecimiento de un opulento estanciero, nombre conque se conoce allí a los que llamamos ganaderos acá.

Corría el mes de Enero, equivalente, como se sabe, a nuestro canicular Julio. Huelga, pues, decir que, en plena estación de la vida y en medio

de una naturaleza exuberante, aquella noche serena brindaba infinitos encantos á los innumerables contertulios allí reunidos.

Transcurrieron las horas nocturnas, y tras ellas llegó la del alba. Y ésta nos pilló en el mejor de los mundos: en el mundo de las satisfacciones proporcionadas por una buena digestión. En esto hay mucha prosa, demasiado realismo, ciertamente; pero es la verdad monda y lironda. En buen estado de salud, el estómago es el regulador del pensamiento, y aun puede añadirse del mismo sentimiento.

El muerto hubo de haber dispuesto las cosas de manera tal, que su familia nos trató á qué quieres boca. Si su intención fué llevar á cabo un postrero acto de rumbo, pudo acompañarle al otro mundo la seguridad de haberlo realizado plenamente.

Con los primeros atisbos y vislumbres de la luz cenital, la reunión empezó á dispersarse.

Quedamos, sin embargo, un grupo numeroso, esperando hora oportuna para hacer lo que se leerá.

Una viudita, tan guapa como rica, había trabado relación con un

apuesto joven español, forastero y de paso, como yo, en la población. Lo que ambos se dirían, allá ellos. Lo que sí sé y recuerdo, es lo presto que llevaron á cabo sus resoluciones; porque, dignos émulo en semejante ocasión de los expeditos anglo-sajones, en una noche se conocieron, se hablaron, se quisieron y, por fin, resolvieron acabarlo en la Vicaría.

Y en la Vicaría lo acabaron, pocos días después; mas antes hubo de entender en ello el Juez de paz, que fué quien los casó civilmente, previos los trámites efectuados aquella mañana.

Habíase apagado la luna que alumbró el velorio del estanciero y nacía la llamada de miel para los desembarazados futuros desposados.

Salimos de la casa mortuoria y nos dirigimos á la del representante de la ley.

Lo dicho era lo que quería contar. No hay trama alguna; pero su propia sencillez le da cierto tinte interesante.

De todos modos, convéngase en que si aquel velorio tuvo atractivos, el mejor y más imprevisto de éstos fué su epílogo.

ANTONIO ASTORT



Cuadro de MARCELINO SANTA MARÍA.

¿SERÁ DIFTERIA?

Fot. Pauli y Bartrina.

EL ULTIMO BESO

Al morir la luz del día
Murió el hijo de mi amor,
El iris de mi esperanza,
La luz de mi corazón.

Movió sus lívidos labios
Por darme el postrer adiós,
Y, fijando en mí sus ojos,
Para siempre los cerró.

En vano quise animarle
De mis besos al calor...
¡La muerte, sorda á mis ruegos,
Para siempre los cerró!

Traspasado de amargura,
Presa de inmenso dolor,
En su helada frente el beso
Postrero mi amor le dió;

Y aquella nieve, aquel frío
De su rostro encantador,
Heló en mis venas la sangre
Y en mi pecho el corazón.

Pasaron breves los años,
De otros años yendo en pos,
Y, en el tiempo, lenitivo
Encontrando mi aflicción,

Podré olvidar la agonía
Del ídolo de mi amor;
Podré olvidar sus caricias
Y hasta el eco de su voz;

Pero de su frente el frío
Nunca olvidar podré yo,
Pues guardo del postrer beso
La nieve en mi corazón.

CARLOS CANO

BELLEZA SUPREMA

A MARÍA G....

Dios al crear las perlas del rocío,
fundió su nácar y formó tu cuerpo.
Puso en tus ojos lumbres de zafiros
y de ellos mismos tapizó su cielo.
Pensó en el mar, para crear tu alma.
Pensó en la noche, é hizo tus cabellos.
Pensó en matar con muerte de delicias,
y albergó los amores en tu pecho.
¿Quién podrá amarte? El corazón de un hombre
es, para poseerte, tan pequeño
que no cabes en él... ¡Tan sólo un ángel
puede cerrar tu boca con sus besos!

JOSÉ M.^a DE LA TORRE

TÚ Y YO

Si me dieran las Gracias sus encantos,
si me prestara el sol su ardiente luz,
si me diera el armiño su blancura
y me dieran las aves su laúd,
y Dios me diera, con el Orbe entero,
cuanta belleza esconde el cielo azul...
no haría una mujer, para mi gusto,
¡más hermosa que tú!
Si te diera Cupido sus amores,
si te diera su acento el ruiseñor,
si te dieran su fe los querubines,
si te diera una madre su pasión,
y Dios te diera, con su amor divino
todo su aliento inmenso y creador...
no podrías, mi bien, hacer un hombre
¡más amante que yo!

ELOY NORIEGA

MALAGUEÑAS

Si yo llegara á ser rey,
en mi trono te pondría,
y delante de mi corte
te adorara de rodillas.

Eres de una yerba mala,
pues me ves morir de pena;
me pueden salvar tus ojos
y agonizando me dejas.

Cuando el amor hace sumas,
la aritmética se engaña,
pues si dos almas se quieren,
las dos componen un alma.

Cuando paso por la cárcel,
siempre repito á su puerta:
— Aquí pararé algún día
si esa mujer no se enmienda.

Me empené en averiguar
en el libro del amor,
si hay querer como el querer
que nos tenemos los dos.

El vino no me embriaga
y tus ojos me marean;
¡deja, serrana, que viva
en constante borrachera!

Si un casado, como yo,
vé á una mujer, como tú,
se está diciendo diez horas
Por... la... señal... de la Cruz.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

MODESTO URGELL



EL TOQUE DE ORACION

Exposición Robira (Escudillers, 3, 7 y 9.)

ANTONIO COLL



QUÉ PARECIDO ESTÁ!

Ayuntamiento de Madrid

CASTELAR Y EL ARTE

(Continuación).

He ahí un título de la escultura española, alegado por Castelar en Barcelona:

« No conozco personificación alguna, no la conozco, que haya sido jamás, jamás, tantas veces reproducida como la personificación del hombre que en el siglo XIII creó la lengua italiana, la personificación de la Italia antigua: el Dante. La nación italiana le habrá erigido trescientas estatuas, le habrá copiado en todos sus cenobios, en todos sus Camposantos, y sin embargo, el hombre que mejor ha reproducido al Dante es un catalán, es Suñol. Le ha representado sentado, porque la grandeza no le permitía estar de pie; le ha puesto en aquella situación fatigada... su barba puntiaguda descansa sobre la mano, sus ojos están hacia adentro; aquella nariz encorvada parece como el pico de un águila de la poesía épica, y cuando le veis, se os aparece en el mundo con los terrores del año mil; el hombre que huye de la vida y cava el sepulcro para enterrarse, el desquiciamiento de los huesos, la evaporación de la sangre, el rechinar de los dientes, los lagos de sangre, los horrores del infierno, de aquel infierno en que se ven tantas y tantas penas, tantas y tantas angustias; y en él hay una cosa que aterra, el dejar toda esperanza, el último gemido representado y esculpido en mármoles y en bronce por un escultor contemporáneo. »

LA PINTURA. — « La Pintura es primero jeroglífica, pasa por el símbolo, y es más tarde clásica, cristiana luego, y después moderna; y puede decirse que, desde el primero de aquellos animales misteriosos pintados en la tapa del ataúd de las momias, desde el primer animal religioso, desde el ibis pintado en las columnatas memfíticas hasta las Vírgenes de Rafael ó los caballeros de Velázquez, el espíritu humano se ha desarrollado, y una gran parte de este espíritu humano se ha condensado en los grandes cuadros, en las maravillosas creaciones del Arte.

« El arte cristiano por excelencia es la Pintura. Los antiguos tuvieron verdaderas pinturas murales, en que indudablemente brillaron mucho, pero no crearon, no podían crear la gran Pintura que nació con el cristianismo; porque así como la Arquitectura tiene más materia que la Escultura, la Escultura tiene más materia que la Pintura, y se necesitaba una evolución superior del espíritu humano y una espiritualización indudable de la humanidad, para que se produjera el arte pictórico, arte esencialmente cristiano. »

« La pintura en el mundo clásico es una idealización, y nada más que una idealización de la escultura; este arte debía progresar indudablemente bajo la influencia divina, sobrenatural, del cristianismo. Con razón se ha dicho, que la arquitectura es el arte oriental, la escultura el arte pagano y la pintura el arte cristiano. »

En Roma está el Vaticano, y en el Vaticano la capilla Sixtina. En ella es dos veces peregrino el hombre, como católico y como artista. El ilustre canónigo Manterola, dijo un día en las Cortes, que Castelar no había estado en Roma... ¡tanto le extrañaron algunas afirmaciones de éste!

« Sí, he estado en Roma, contestóle su adversario; he visto sus ruinas; he contemplado sus trescientas cúpulas; he mirado las grandes Sibilas de Miguel Angel, que parecen repetir, no ya bendiciones, sino eternas maldiciones sobre aquella ciudad; he visto la puesta de sol tras la Basílica de San Pedro; me he arrobado en el éxtasis que inspiran las artes con su eterna irradiación; he querido encontrar en sus cenizas un átomo de fe religiosa, y sólo he encontrado el desengaño y la duda... »

Después de la Restauración, era ya menos fatalista y menos descreído. Decía, el 9 de Mayo de 1876:

« Yo, señores, aunque perteneciendo á la filosofía, á la democracia, á la libertad, he asistido en los valles de la Umbría como un peregrino al convento de Asís; he creído escuchar de labios de las esculturas erigidas en el crucero de la catedral toledana, el *Te-Deum* de las Navas de Tolosa; he visto sentado en los jardines de Salustia, sobre las piedras de las ruinas, á la sombra de los cipreses, ponerse el sol como una hostia consagrada tras la Basílica de San Pedro; he descendido á las catacumbas, y he tocado en las tinieblas las piedras esculpidas con signos religiosos por las manos de los mártires; y si no soy capaz de compartir, soy capaz de comprender y de admirar y de adivinar vuestra fe. »

Y no tardó en participar de ella; volvió al Vaticano, se prosternó á los pies de S. S. León XIII, y tal vez entonces ya no le pareció que las Sibilas echaran fuego enemigo por la boca... ¿Qué importa todo esto, si supo darnos párrafos como estos que voy á copiar?

« Tú, Pérsica, en la vejez que te agobia, se conoce cómo el mundo en su cuna te ha confiado sus secretos y te ha dicho sus vajidos, y cómo antes de morir te inclinas, abrumada por el trabajo y por los años á escribir un poema cíclico en las hojas de tu libro de bronce.

« Tú, Libia, vienes corriendo como si las arenas del desierto encendido te quemaran los pies, á traernos una idea recogida en el espacio, donde todas las ideas se han transformado como larvas misteriosas.

« Tú, Eritrea, eres joven como Grecia, bella como una de las sirenas de tu archipiélago, cantora como la tierra de los poetas, ondulante como los mares de que nacieron los dioses; y amiga de la luz, atizas la inmortal lámpara que está á tu lado, y á cuyo resplendor vendrá, como una mariposa, la conciencia humana.

« Tú, Delfica, eres virgen como Ifigenia inmolada por los reyes; tú llevas el beso de Apolo en los labios, la sombra del laurel en la frente, la inmortalidad del genio en el pecho, alzado como para entonar un cántico armonioso, que se oirá hasta el fin de los siglos.

« Tú, Sibila de Cumas, dejas tu caverna, y allí donde las montañas se cincelan más escultóricamente, donde los aires se cargan de aroma, donde el mar Tirreno más se embellece, en el golfo de Bayas, mirando la griega Parthenope, hermosísima y ebria como una bacante reclinada sobre su mullido cojín de pámpanos, modulas dulcemente las melodías de la esperanza... »

« ¿Sois de carne, sois mujeres, habéis sentido la voluptuosidad, el amor, ó sois los arquetipos de las cosas, los ideales del Arte, las sombras de esas musas que todos los poetas invocan y que ninguno ha visto sino á través de sueños irrealizables, las formas varias de la eterna Eva, que ya se llama Safo, ya Beatriz, ya Laura, ya Victoria Colonna, ya Eloísa, y que está de pie en la cuna y en el sepulcro de todas las edades, sonriéndonos con la esperanza, despertándonos con el deseo y huyendo de nuestros brazos, como una ilusión que se desvanece en lo infinito? »

« Si buscáis las genealogías de las Sibilas (dice Castelar á sus lectores) encontraréis el Dante, encontraréis Platón, encontraréis Isaías, encontraréis Esquilo; son de esa raza. Si buscáis sus parientes por el mundo moderno, los tendréis en algunos personajes de Shakspeare, en algunos pensamientos de Calderón, en algunas escenas de Corneille. »

Dice que es mejor verlas, para comprender lo sublime, que definir esta cualidad estética.

Pondera el *Juicio final*, atenuando el rigor de duras calificaciones que ha merecido y entusiasmándose en algunos trozos del mismo. Y concluye:

« Pero, donde se muestra el genio de Miguel Angel en toda su grandeza, es en aquella inmensa catarata de condenados, que van heridos por la terrible sentencia, tristes unos como hojas secas, desesperados otros y retorciéndose cual si contra su eterna suerte pudieran rebelarse, ya mordiéndose los puños, ya arrancándose el cabello, ya aterrados á la vista de las llamas que los aguardan, ya presa del delirio; todos en los más atroces dolores físicos y morales; titanes llenos de vida y de carne y de sangre, como para ofrecer abundante pasto á los tormentos; titanes que roncan y maldicen y denuestan y escupen horrores de sus bocas, y luchan con las serpientes enroscadas en sus cuerpos, y buscan en el aire una nube donde reposar, y caen produciendo un escalofrío terrible, como si oyérais el primer contacto de sus carnes con el plomo derretido en las llamas eternas. »

Comparando á Rafael con Miguel Angel:

« El alma de Rafael, ha producido sus figuras, como diz que parió la Virgen, sin dolor. Cada una de ellas parece nacida como Citerea, de las espumas de la mar, en la concha de nácar, con la sonrisa en los labios, los rayos de la aurora en la frente y el cielo en los ojos. Una ola de aquella alma serena, las ha depositado en las áridas riberas de la realidad.

Las figuras de Miguel Angel luchan, padecen, se retuercen, van montadas en las ráfagas del huracán, tienen por luz un incendio, expresan la virilidad y la potencia del dolor, son los hijos gigantes de los estremecimientos desesperados de su genio en delirio, ansioso de marcar la realidad con el sello de lo infinito. Por eso parece que todos llevan en las carnes el hierro candente de la idea de aquel hombre, y gritan desesperadas desde la realidad por otro mundo infinito, como el naufrago por la tierra. »

Comparando los estados del alma de ambos artistas, transparentados luego en su producción, dice:

« Rafael, está siempre sostenido por su amada que le idolatra; por sus discípulos que le obedecen; rodeado de un coro de ángeles. El gran escultor, está solo, separado del mundo, reducido á un coloquio perpétuo con sus ideas, sin amor y sin amistad, aislado como las grandes eminencias del globo, con la tempestad sobre la frente... »

Llégame el turno á Florencia.

« Florencia, que ha vivido durante largos años entre las tempestades de ideas y combates homéricos en su inquieta democracia; y ha puesto el cincel en las manos de Andrés de Pisa y de Ghiberti para que esculpiran las puertas del nuevo paraíso; y ha dado á Lucas de la Robia el dulce crepúsculo de helenismo y del cristianismo para que en él brillaran sus lucientes figuras de porcelana; y ha revelado la anatomía del cuerpo humano y la fecundidad de la Naturaleza á Donatello; y ha llevado en sus entrañas sin estallar al titán de las artes, al sublime Miguel Angel; y ha cincelado el oro recién traído del Nuevo Mundo con el mágico estilete de Benvenuto; y ha inspirado á Brunelleschi, el cual puso montañas sobre montañas, como los antiguos cíclopes, para crear la arquitectura moderna; y ha sido escuela á un tiempo de Cimabué, el último de los bizantinos, y de Giotto, el primero de los pintores, y templo donde Fra Angélico dibujó sus vírgenes y sus ángeles, nacidos de una inspiración sin mancha y dotados de una vida sin pecado, y academia donde tienen altares desde las graciosas figuras del Sarto hasta las colosales de Fra Bartolomeo; y ha prestado al Dante sus terrores, al Boccaccio su risa, al Sansovino su armonía, á Maquiavelo sus cóleras, á Pico de la Mirandola su saber, á Rafael su perfección, á Marsilio Ficino su elocuencia platónica, á Savonarola su inspiración, á León X su culto por las artes, á Galileo su luz; bien puede decirse que es y será eternamente la madre de la civilización moderna, la ciudad por excelencia del Renacimiento. »

En Asís, se le ocurre esta comparación entre lo sincero y lo artificioso: « El Arte místico, que sentido con verdadera ingenuidad, profesado con verdadera fe, brotado naturalmente de un alma tan pura como el alma tierna é inocente de Fra Angélico, en tiempos de suyo místicos, nos parece flor del campo cargada de inmortales esencias, en nuestro tiempo, contrahecho y recalentado por una erudición reaccionaria, nos parece, como los cuadros de Overbek, flor de trapo. »

Ante San Marcos de Venecia, cuyas parciales imperfecciones no pueden avasallar los efectos deslumbrantes del conjunto de la obra, de la parte circundante de otras construcciones y del ambiente histórico y nacional del pueblo, dice:

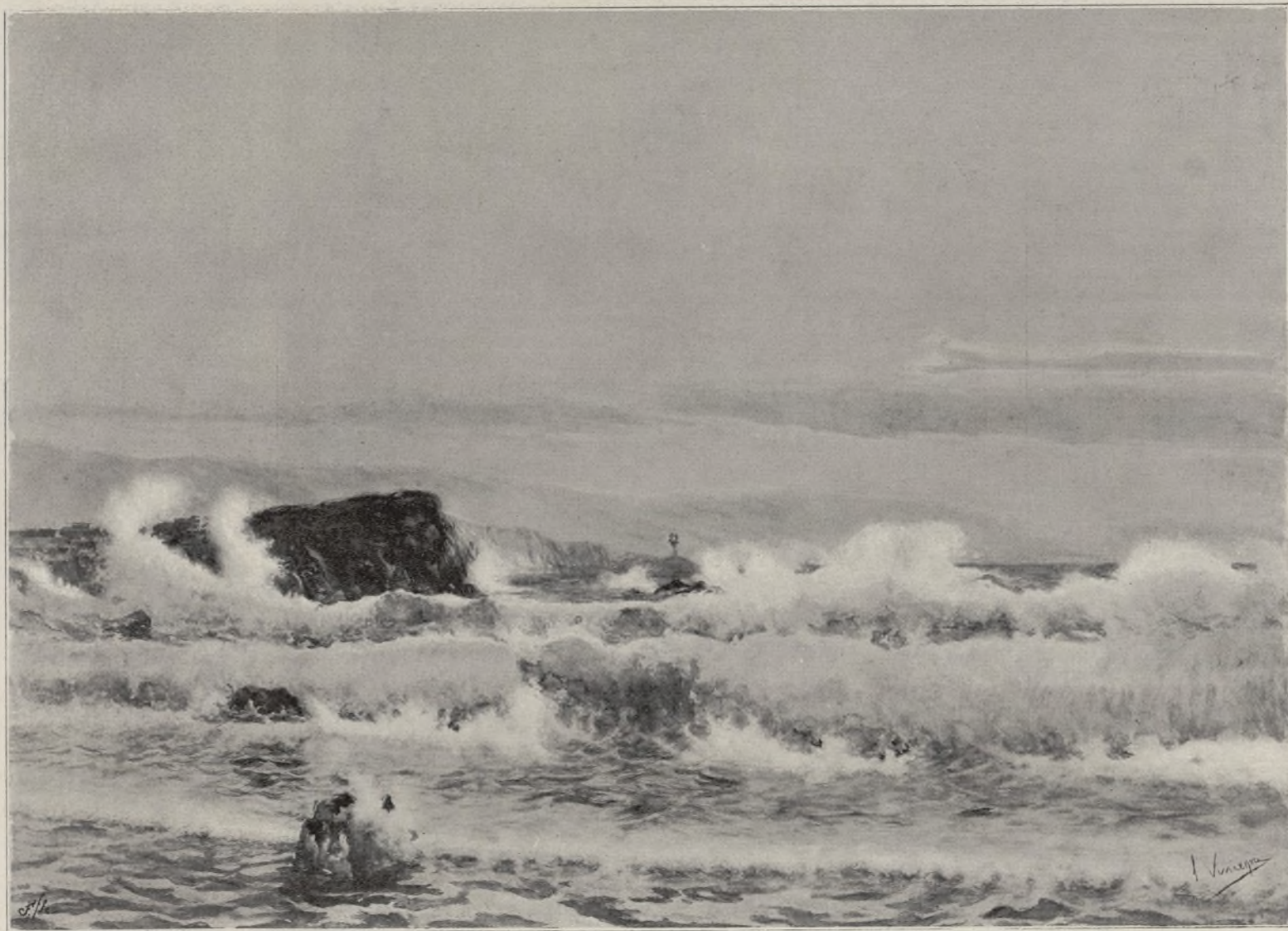
«Este es el teatro verdadero de Venecia y de sus gentes. Cuando sus mosaicos brillan á los ardientes rayos del sol; cuando sus columnas de pórfido y de jaspe mezclan los tonos dulces al metal entre áureo y verdoso de los caballos; cuando los cristales reverberan la luz, y los santos toman á una en los cambiantes y arreboles de los celajes deslumbradoras aureolas; en esta orgía de colores, las figuras que os han dejado el Ticiano y el Veronés y el Tintoreto, los personajes de aquellas épocas, vivos todavía en los cuadros y en los mosaicos, aparecen con toda verdad, realmente, como de relieve; el Dux vestido de tisú, con su manto de púrpura y armiño á la espalda y el gorro frigio en la cabeza; los senadores con sus túnicas negras y rojas formando mágicos contrastes; las damas henchidas de placer, escotadas para mostrar sus turgentes senos y espaldas, con los cabellos sembrados de chispas de brillantes y los ojos encendidos de chispas de amor, arrastrando aquellos trajes de brocados varios que crujen rozagantes sobre el suelo de mármol; los caballeros con sus ropillas de terciopelo y de damasco, sus collares de oro, su plumaje de varios matices cayendo desde las gorras, donde están prendidos con broches de pedrería, sobre los hombros, adornados con lujosas bandas; los ancianos envueltos en aquellas largas túnicas que les dan el aspecto de sacerdotes orientales; los alabarderos con sus uniformes abigarrados; los

pajes con sus dalmáticas dignas del Asia; los esclavos y los bufones llevando en las manos los papagayos de la India y á los pies los monos del Africa; los coros de cantores y las compañías de músicos, uniformados fantásticamente y á capricho como las comparsas de un carnaval perpetuo; los gondoleros, de pie, con su remo en la mano, ostentando trajes de rayas diversas, semejantes á los matices del iris y resaltando sobre el negro betún de las góndolas; las muchedumbres de marineros con sus nervudas formas y sus pintorescas camisas y pantalones celestes, y la multitud de gentes, todas ricas, todas alegres, todas satisfechas, como si en vez de ser aquello una sociedad fuese un continuo teatro.»

Todo esto que él pinta con la palabra tiene su ascendencia en el pincel, y acaso también tenga una descendencia en la obra futura de éste. No menos afortunado estuvo un día en el Congreso intercalando un cuadro vivo, palpitante, seguro de tipos, de actitudes, de indumentaria, de dibujo, de color y de movimiento, relacionado con las costumbres cortesanas del siglo XVIII, y aprovechándolas por cierto (por no faltar á la costumbre), para poner cascabeles burlescos á determinadas ideas. Parecía que allí revivían Watteau, Boucher y sus discípulos, con sus composiciones y retratos, con sus elegancias y gazmoñerías, con sus idilios virginales y con sus picantes descocos. En esto de simbolizar y sintetizar épocas históricas, tan pronto fué un Kaulback, como un Tadema, como un Rochegrosse, como un Gerome, como un Meissonier, como un Mackart.

F. TOMÁS Y ESTRUCH

(Concluirá).



MARINA A LA ACUARELA; de SALVADOR VINIEGRA.

LA PALMA

Es la palma del cielo don divino,
Es atalaya en el espacio erguida,
Es el amor que ni en la ausencia olvida,
Es templo en el desierto al peregrino.

Es lecho en que descansa el beduino,
Es generoso bálsamo en la herida,
Es blanda cera y copa no pulida,
Es techo y ropa y alimento y vino.

En corteza de palma se escribieron
Versos de Antar y del Koran la sura,
Y en la memoria de los suyos fueron;

La sed mitiga en la abrasada zona,
Y, signo fiel de lo que eterno dura,
La palma, en fin, al vencedor corona.

EL HECHICERO

Hábil trasmutador, llegó á la aldea,
Y, brindando á la plebe su tesoro,
Trueca el vidrio en día nante, el cobre en oro;
Do quier su vara mágica pasea.

En donosa beldad cambia la fea,
Y el vulgo aplaude en admirado coro;
Más que Aladino en el alcázar moro,
Lámparas frota y el prodigio crea.

Mas, ¡ay! que el aura popular no dura;
Y decreta la chusma hacerlo trizas,
Y la hoguera sus vísceras depura:

Vano triunfar de fanatismo tanto;
Que, esparciendo á los vientos sus cenizas,
Brota de cada chispa un nuevo encanto.

A ORILLAS DEL MAR

Pláceme, oh, mar, cuando en tu centro frío
Tu tendida grandeza se derrama;
La magestad de tu Hacedor proclama
Y refleja su excelso poderío.

Cuando en tu dorso el rápido navío
Pasea su magnífica oriflama;
Cuando al hombre sediento de oro y fama
Tumba le ofrece tu cristal impío.

Cuando tu trueno fragoroso abruma
La voz de nuestros tímidos hogares,
Montes alzando de irritada espuma,

Y de la luna esperas la salida,
Como aguarda impaciente en los altares
El amante á la hermosa prometida.

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA

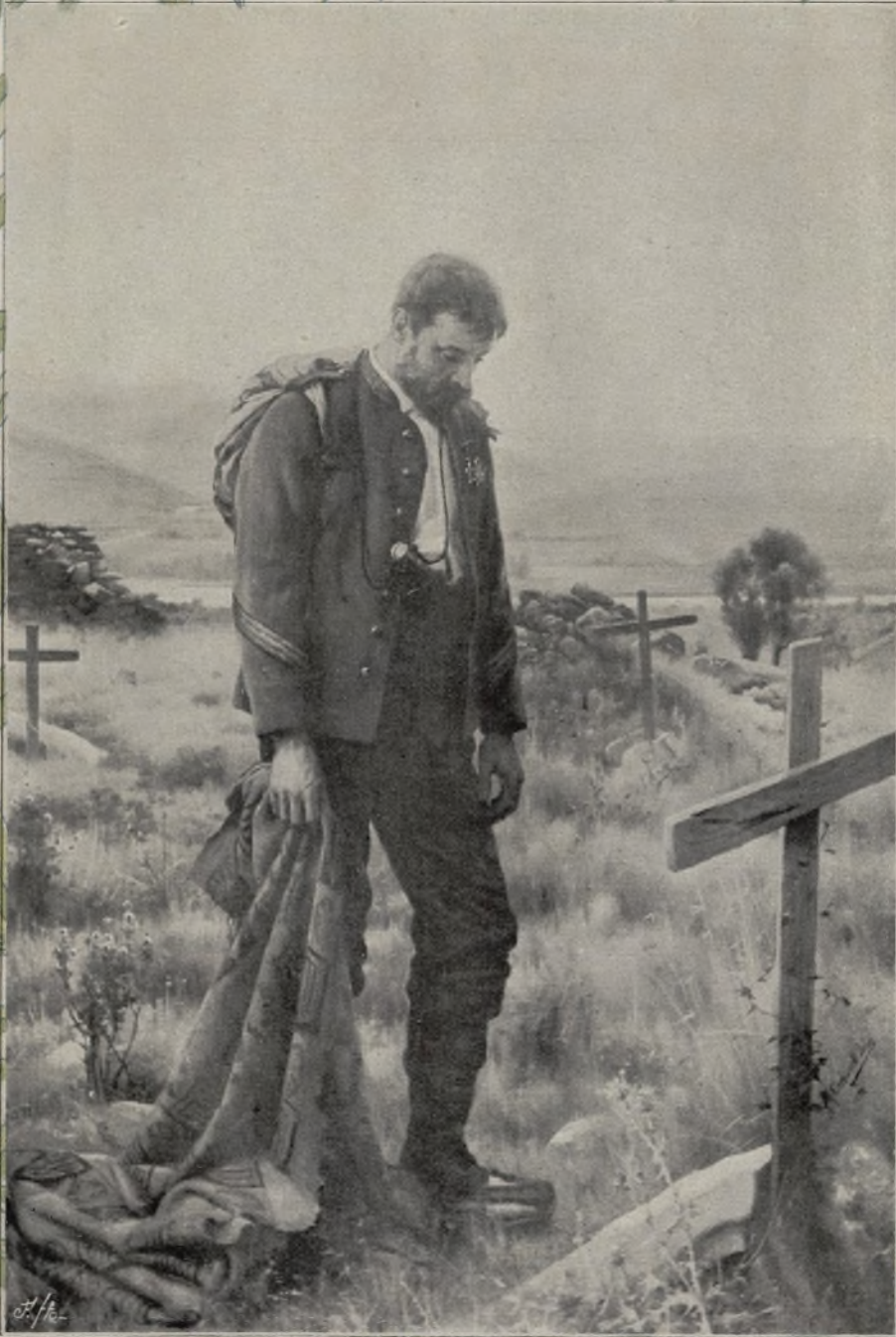
¡UNO DE TANTOS!

IMPROVISACIÓN, ANTE EL CUADRO DE CARBONELL SELVA, REPRODUCIDO EN ESTA PÁGINA.

¡Vedle! El pincel fecundo del artista
supo imprimir en su morena cara,
de aterradora lividez cubierta,
las huellas del dolor que llena su alma.
Es mozo todavía, sangre pura
circula por sus venas, sangre brava,
que agotar no logró el hierro enemigo
aun que en el cuerpo abriole puertas anchas.

Callosas manos y forjados miembros
su vigorosa condición delatan,
como delata su aguerrido porte
de un valor no domado la arrogancia.
Soldado de la Patria, los rigores
del servicio afrontó con la frente alta,
sin que nada atajara su ardimiento
ni hiciera vacilar su firme planta.

Hoy, caída la frente, tembloroso,
jadeante el pecho, torva la mirada,
se rinde ante la muerte que sereno
desafió en los campos de batalla.
¡Como nó, si á traición y por sorpresa,
en tanto que la suya respetaba,
robóle una existencia en que tenía
cifrada su ilusión y su esperanza!



Allí, en aquel rincón del cementerio,
bajo una cruz modesta y solitaria,
yace un sér que dejó lleno de vida,
y á quien la pena de su ausencia amarga
consumió lentamente, cual consume
al recio tronco la continua llama.
¿Será una madre cariñosa y buena
la que la tierra, aun removida, guarda
en cautiverio eterno, tan distante
del hijo que engendraron sus entrañas?
¿Será una tierna hermana que, al empuje
de inhumanas discordias, agostada

cayó del tallo enhiesto en que se erguía,
cuando á abrir su corola comenzaba?
¿Será una casta virgen que, de luto
vestido el corazón, desecha en lágrimas,
esperaba el regreso del ausente,
para ofrecerle de su amor la palma?
¡Sábelo Dios! En realidad horrible,
en injusticias que la suerte fragua,
inspiróse el artista; pintar quiso,
de realismo fatal haciendo gala,
no un hecho aislado, de la mente engendro,
sino un lienzo que el luto reflejara

de aquellos licenciados infelices
que, al volver á su hogar, tras rudas ansias,
hallar suelen, por toda recompensa,
una fosa reciente, y enterradas
en ella sus más dulces ilusiones,
¡las que no tornan, si una vez se marchan!
¡Y á fe que lo logró! Merced al genio
del insigne pintor, cuando la fama
la memoria enaltezca de los héroes
que sucumbieron del deber en aras,
consagrará un recuerdo cariñoso
á tanto mártir como alberga España!

MARIO Y MORPHY

Dos cerebros, dos corazones y dos voluntades poderosas, consagradas al arte, y que el arte llora hoy, perdidas para siempre!

¡Mario!... el actor que rindió culto á la realidad, que huyó del efectismo de mal gusto, que consagró horas y horas al penoso trabajo de matizar una frase, de apropiarse un gesto del personaje ficticio; el director y maestro de los pocos actores aceptables que nos quedan; el cumplido caballero y amparador de la gente joven que á él se acercaba con algo en la cabeza y en el corazón... Este fué Mario... y no es ser poco en esta época de amaneramientos, imitaciones y decadentismos.

¡Morphy!... el compositor musical que amó y admiró, detenido en el límite de su modestia, cuanto notable y genial producían los demás; siendo así que sus propias creaciones hubiesen bastado á cualquiera otro, para no dar importancia á lo ageno, para engreirse, para endiosarse.

¡Morphy! su bondad y su talento, corrían parejas... ¡A cuántos principiantes alen-

tó, haciéndoles llegar á la meta de sus aspiraciones! ¡Cuánta producción selecta dió á conocer, relegando las suyas admirables á último término!... Secretario particular del monarca Alfonso XII — quien le concedió el título de conde, — y luego de nuestra Regente; condecorado con infinidad de insignias, agraciado con multitud de títulos académicos, y dotado por la naturaleza de gran talento artístico, Morphy era mantenedor de cuanto nuevo, grande ó exquisito se producía en el mundo musical.

¡Mario y Morphy! La comedia y la música;... dos temperamentos artísticos con afinidades misteriosas que sólo pueden enlazar y comprender los que, como ellos, consagran su vida al culto sincero del arte, en cualquiera de sus manifestaciones.

ALBUM SALÓN, que se honró, contándoles entre sus buenos amigos, y que publicó de Morphy muchos hermosos trabajos en sus columnas, tendrá siempre para ellos, un recuerdo en el alma y una lágrima en los ojos.

EL TENORIO EN LA ALDEA

(IMPRESIONES TEATRALES)

Navalmorcuende, hoy día de la fecha.

SEÑOR director: Aquí en este pueblo, ordinariamente no ocurre nada anormal. En verano se siega; en otoño se vendimia; en invierno se mata al cerdo, y en primavera hacen acopio de granos... los rostros de los vecinos. Sólo varía lo monótono de la vida de los navalmorcuendenses, cuando hay elecciones; las cuales solemos celebrar hiriendo á varios individuos; cuando hay capeas, fiesta nacional, en la que mueren otros; y en la época presente, en que nos matan á los émulo de Calvo y Vico, desde el 20 de Octubre al 10 de Noviembre.

Porque aquí, señor director, no queremos ser menos que los habitantes de casi todos los pueblos de España, y tenemos Tenorio todos los años y á todo pasto, en cuatro pajares habilitados para coliseos. En las aldeas limítrofes á la nuestra hay también estos días, y en competencia con nosotros, Tenorios, Mejías y Ullóas por docenas, vamos, adocenados.

Y basta de proemio. Paso, no á dar cuenta, en forma de revista, de los crímenes perpetrados por los bravos Juanes en los mentados *teatros* de Navalmorcuende, durante los días en que se ha *desollado* la obra de Zorrilla, sino á narrar algunos de los incidentes ocurridos en ellos.

En el pajar del señor alcalde, — como si dijéramos en el Teatro Principal de esa, — el público distinguido arrojó al escenario las banquetas, y produjo chichones, con variadas hortalizas, al Comendador, porque estaba afónico y es *tartajoso*. El hombre hincóse de rodillas ante el auditorio, y dijo:

— ¡Señores, por Dios, un poco de paciencia. No atenten ustedes contra mí, que soy casado y con siete de familia. Antes de diez minutos me matará don Juan, y quedarán ustedes vengados!

En el pajar del albéitar, que representaba un cementerio, filosofaba Tenorio y al decir, señalando las esculturas:

Mi buen padre empleó en esto — entera la hacienda mía,

levantóse airado Antoñaz, el tratante, que no está en buenas relaciones con la familia del actor, y exclamó, enseñándole los puños:

— ¡Embustero, más que embustero! Si tu padre nunca ha *tuvido* dos pesetas!

Lo más funesto ha sido lo que acaeció en el pajar del escribano. Tenorio postróse de hinojos ante la tumba de don Gonzalo, en lugar de hacerlo ante la de su hija, — exclamando:

Mármol en quien doña Inés — en cuerpo sin alma existe...

Y la estatua yacente del Comendador contestó:

— Mira, don Juan, que te equivocas. Eso se lo cuentas á aquella de allá enfrente.

Armóse una tremenda barahunda, y el escribano, que es hombre de mal genio, quiso meter en la cárcel á toda la compañía.

En el cuarto pajar, hubo tremolina interior; vamos, en el escenario.

Cuando el protagonista iba á salir á escena, presentóse á él un gañán y le preguntó con malos modos:

— ¿Es usted, Manolico Pérez?

— Servidor de usted.

— Pus vengo á *cobrarle* á usted esta factura, de parte de mi dueño.

— Hombre, en este momento soy insolvente. D. Juan Tenorio no paga.



NOTA ARTÍSTICA; por A. COLL.

— ¡Sí! Pues toma.

Y se oyeron dos bofetadas terribles. Unos aplausos frenéticos; ovación tributada al actor... en su propio rostro.

Ya sé, señor director, que nada particular hallará usted en estos datos teatrales, recogidos en los *coliseos* de Navalmorcuende; pero creo que tampoco ocurrirán *cosas mayores* en los teatros de las grandes capitales. Porque don Juan Tenorio, según mis informes, en todas partes se representa y en todas partes se representa mal. Conque, aparte de la chismografía más ó menos variada, en cuanto al *Tenorio* respecta, aquí nos hallamos á la altura de Madrid ó Barcelona; y casi casi, los datos que le remito serán parecidos á las noticias que puedan dar ustedes de las *grandes* compañías que actúan en esa, pues poco nuevo podrán ustedes decir á sus lectores de una obra tan vista y manoseada como *don Juan Tenorio*, de reglamento estos días en la inmensa mayoría de los teatros.

FLORIDOR



RECUERDOS Y ESPERANZAS



Largo.

CANTO.

Largo.

ÓRGANO
ó
PIANO.

p *p* *cres.*

p Sa - bes lo que es ; oh al - ma, en el re - ga - zo

p *p*

fe - liz vi - vir del mis - mo Cri - a - dor. Es mia - li - men - to

su in - mortal a - bra - zo, ri - co man - jar de ce - les - tial sa - bor.

Tu que del Sol di - vi - no e - res

The musical score is written for voice and piano. The key signature is three sharps (F#, C#, G#) and the time signature is common time (C). The score consists of four systems. The first system has a vocal line and a piano accompaniment. The second system continues the vocal line and piano accompaniment. The third system shows the vocal line resting while the piano accompaniment continues. The fourth system resumes the vocal line and piano accompaniment. Dynamics include *p* (piano), *f* (forte), *ff* (fortissimo), and *ten:* (tenuto). The lyrics are in Spanish and describe a happy life and a heavenly feast.

Tu que del Sol di - vi - no e - res

di - vi - no e - res *p* la au - ro - ra

di - vi - no e - res la au - ro - ra.

Andante.
p Tu que del Sol

The musical score is written for a voice and piano. The key signature is G major (one sharp). The tempo is marked 'Andante.' The lyrics are in Spanish. The score includes various musical notations such as 'cres:', 'p', and 'Andante.'.

di - vi - no e - res di - vi - no e - res la au - ro - ra

sa - bes cual es sa - bes cual es oh an - ge - li - ca oh an - ge - li - ca oh an -

- ge - li - ca bel - dad. *p* Del dul - ce pan *pp* del dul - ce pan que a -

- do - roy mee - na - mo - ra *p* la sua - vi - dad la sua - vi - dad.

ff

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.



CUADRO DE JUAN BRULL.

Ayuntamiento de Madrid

LA FUENTE DE LAS TRES GOTAS

Si las perlas se criasen con la abundancia de las rosas, valdría la docena de perlas á diez céntimos; si los diamantes cuajaran con la misma facilidad que el pedernal, un diamante se tendría en el mismo aprecio que el trozo de pedrusco que sirve para encender la yesca; y si la fuente cuyo nombre sirve de título á este cuento, produjese, en vez de tres gotas al año, un millón de gotas por minuto, nadie llevaría su recuerdo fijo en la imaginación, ni irían las personas de los pueblos inmediatos á ella, tres veces al año, á ver caer las tres cuentas líquidas de tan raro y poético manantial. Ser único, es ser inestimable; por eso alcanzan tan alta categoría, la flor del cáptus, Víctor Hugo, las cataratas del Niágara, la perla rosa, el cisne negro, Cristo, y muchas más singularidades de la tierra.

Cuesta sudores de imaginación, si se me permite el atrevimiento de frase, considerar los esfuerzos geológicos de la montaña que, durante doce meses, da á luz las tres gotas de agua: ¿serán semejantes esos esfuerzos, á los del genio que, durante su vida, produce tres obras magistrales? Dicese que las tres gotas de esa fuente (que acaso no exista más que en mi fantasía), son de un agua riquísima, deliciosa; que tienen la virtud de infundir en el alma de quien las bebe, la felicidad. Y como la felicidad escasea en el mundo, más aún que esas tres gotas de agua, tras de poseerla van á la fuente miles y miles de personas, esperando ver asomar, entre las grietas de la roca, una sola cuenta, un solo brillante, una sola perla líquida que traiga consigo la ventura humana. Lo más particular es que, durante los años de existencia de la fuente, no ha habido hombre ni mujer que llegue al pie del manantial en el momento en que caiga una sola de las tres lágrimas cristalinas. Es la persecución del ideal, sin encontrarle; la interminable caminata de la Humanidad hacia la quimera, que dicen que encierra la felicidad. Sísifo asciende á la cumbre de la montaña, bajo el peñasco, y antes de dejarlo arriba, resbala de sus hombros y cae: carga más pesada conduce el que lleva sobre su cabeza la desilusión de que, por mucho que los busque, no ha de conseguir jamás, ni tener un cisne negro, ni poseer una perla rosa, ni oír la palabra de Cristo, ni beber una de las tres gotas de agua que, premiosísimamente, supura en tan largo plazo la fuente de la dicha.

Dicen los viejos de los lugares vecinos á ella, que han encanecido yendo anualmente á ver si lograban, aunque no fuese más que una vez en su vida, humedecer sus labios con una gota; y añaden, que, á pesar de tener perdida la ilusión de conseguirlo, sienten, cuando llega el plazo de cada excursión, encenderles el corazón y el cerebro la esperanza,—esa lámpara colgada del espíritu, que todavía no se ha apagado la primera vez,—y contra su voluntad misma, emprenden el camino de la fuente, ¡Y qué camino! Primero hay que atravesar unos largos campos de zarzas que se enmarañan y revuelven, como montones de garras abiertas; después

hay que pisar, durante horas, sobre espinos rebeldes que hacen trizas los pies; y cuando se va ya sin aliento, desgarradas las carnes y goteante de sangre la piel, se llega al pie de una montaña, de ascensión casi vertical, y por ella hay que subir, si se quiere llegar allá arriba, donde está el seco caño de la fuente.

Llevar, en esas romerías del martirio, con qué alimentarse, unos panecillos que llaman *ilusiones*, peces que se nombran *deseos*, frutas que se designan *aspiraciones*, y otros alimentos capaces de hacer seguir adelante aun al más desquiciado por la fatiga. Empieza la ascensión al monte, y empiezan los horribles suplicios: unas personas clavan sus bastones en el suelo, por la puntiaguda contera, para no caer; otras se agarran á las grietas de las rocas; otras se lfan á las manos las puntas de las matas y se mantienen en peligroso equilibrio. De pronto, se oye el tumbo de un cuerpo que rueda: los demás que ascienden le miran con ojos agrandados por el

terror. Inmediatamente, se oye otro tumbo; es otro cuerpo que baja, vertiginoso, la pendiente; como caen hombres en una batalla, caen, acá y allá, por la falda de la agria sierra, cientos y cientos de personas, que van á morir en la sima.

El agua vulgar que llevan en bien guardados recipientes, se les acaba, y cuando los hombres más decididos llegan á la mitad del monte, sus labios van secos y ásperos, sus ojeras son espantables, su expresión es espeluznante, su mirada trágica, lúgubre. Aún falta la mitad del camino: ¡arriba, arriba! Algunos se sientan y échanse á llorar, desesperados de haber emprendido la ascensión; otros se tiran furiosamente de los cabellos; algunos mascan yerbas encontradas al paso, para refrescar, aunque sólo sea con jugos venenosos, las fauces. ¿Cuántos serán los que lleguen á la cumbre? Muy pocos, algunos, de los cuales parece tirar, desde arriba, un hilo fascinador de colores, un hilo irisado; el hilo de la esperanza. Ya están en lo alto los más valientes, ya tocan la piedra del manantial, ya luchan dramáticamente por aplicar los labios á la roca, á ver si baja una de las tres gotas de agua. ¡Seco el caño, seca la mole, secas las entrañas de la piedra! Entonces caen derribados al suelo y lloran amargamente: lloran, y evocan con la agostada imaginación las grandes masas

de agua del mundo, los lagos de Suiza, el Misisipí, el Amazonas, las estruendosas Cataratas, el mar, en fin, ¡el Océano!

¡Llegar á él! ¡hundirse en sus descomunales ondas! ¡absorberlo de un sorbo gigantesco, infinito!...

Abarrotados sus músculos por el espanto, al ver que donde creían encontrar la felicidad hallan el término de la vida, retuércense en una desesperación última, y quedan en actitudes de eterno asombro, como si los hubiera cincelado la muerte.

¿Que cuál es la montaña donde existe la fuente de las tres gotas? Es la montaña de la humanidad, por la cual subimos en una romería que no se acaba nunca, cuantos anhelamos encontrar en ella la dicha terrenal.

SALVADOR RUEDA



SRTA. MERCEDES DE ARGILA NIQUI

Alumna del Conservatorio del Liceo Barcelonés. Profesora, con nota de sobresaliente, y primeros premios en las clases de Composición y Armonía.

Autora de la pieza de música que acompaña á este número.

LA CANCIÓN DE LA SANGRE

FACETA

Soy blanca y roja; tengo la blancura de la nieve y el rojo del sol. Tengo la alba pureza de todo lo inmaculado y el oscuro color del fuego concentrado hasta lo indecible.

» Soy blanca y roja; pero ya alimento la vida vegetal ó la gran vida de los animales, el movimiento incesante es mi distintivo. Yo asciendo y bajo por las venas de los árboles, de los arbustos, de las plantas; yo corro sin detenerme por venas y arterias. Mi riego engendra la vida; mi presencia produce el calor; mi ausencia ocasiona la muerte. Cuando no llego adonde debo, la muerte aparece; la muerte que va precedida del frío inaguantable, de la gangrena sin cura.

» Soy blanca y roja; por mí alientan plantas y animales; por mí ha logrado el hombre vencer las fuerzas ciegas de la Naturaleza. Tan generosa soy cuando aparezco blanca, como cuando envío oleadas rojas á través de los organismos superiores. Por mí crecen los bosques, se pueblan de arbustos las montañas, estallan en flores los botones, palpitan en el aire embalsamado las policromadas alas de las mariposas, vuelan los pájaros y cantan el himno eterno, sin palabra, y de admirable ritmo; por mí las luciérnagas encienden sus diminutos faros, las abejas liban la miel

del cáliz de las flores, triscan las ovejas, abren sus corolas las rosas y los claveles, y cuanto alienta, inmóvil ó semoviente, crece y vive y goza ó padece.

» Yo soy la que, al ser derramada, fecunda la tierra; yo soy la que alimenta la llama de la inteligencia. Yo doy la vida, que nace entre mis olas; yo produzco la muerte que llega muchas veces envuelta entre mis ondas. Yo produzco la palpitación que es signo de vida; yo soy el alma madre, el principio mismo del movimiento.

» Yo he recorrido en rojas oleadas los campos de batalla; yo he ascendido con fuerza incontestable hacia los cerebros de soberana fuerza, para inspirar las ideas eternas como la inteligencia, claras como la luz, fuertes como la muerte. Yo soy el alma del alma, el espíritu del cerebro. Yo produzco el espasmo que engendra las ideas, que hace surgir la ciencia, que crea lo bueno y lo bello.

» Soy blanca y roja; fría como lo inmóvil, caliente como el impulso vital. Soy blanca para sustentar unas vidas y roja para alimentar otras; pero soy siempre fuerte, siempre soberana, siempre dueña y señora de la Vida! »



FANTASÍA JAPONESA; por JOSÉ PASSOS.

EL RELOJERO DE AGORA

I

La historia de Carlos Benjamín era llana y monotonía como la novela de un niño juicioso. Siendo pequeñín, los extremos de su modestia y lo mollar de su condición, le relegaban a los últimos bancos de la escuela, posponiéndole a otros arrapiezos díscolos y de menguado discurso que le aventajaban en osadía, travesura y don de gentes. Las tardes de invierno, en vez de marcharse con sus condiscípulos a jugar al marro, ó a reñir batalla con la belicosa granjería de los arrabales, se iba solo a zancajear por las calles, entontecido y boquiabierto, mirando los escaparates de las tiendas.

Le gustaban los comercios de bisutería, con sus vistosos tinteros de plata repujada, sus pisapapeles que encerraban en el seno de su cristal convexo un semblante burlesco de Arlequín ó un paisaje suizo, sus figurinas de frágil arcilla, sus candelabros con pie de bronce, y otras mil baratijas en que su sencillo magín hallaba pacífica delectación y solaz: le agradaban también las sombrererías, llenas de gorras, de hongos, de sombreros flexibles y de sombreros de copa alta, que todos juntos simulaban el aspecto de una multitud mirada á vista de pájaro; y las vitrinas de las farmacias, con sus frascos guardadores de caramelos higiénicos y sabrosas pastillas, é iluminadas por un globo de cristal, verde como una esmeralda enorme, ó rojo como un rubí incandescente...

Pero las tiendas que más le cautivaban eran las relojerías: y las azotinas más memorables que su padre le dió, con mano dura y á telón alzado, las mereció por su desmedida afición á los relojes, que le quitaban de la memoria el recuerdo de su casa y de la escuela. Carlos Benjamín, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y las romas naricillas apoyadas sobre el cristal del escaparate, miraba con insaciable embeleso el grave perfil del relojero quien trabajaba junto á una mesita, bañada en la clara luz de un quinqué con pantalla verde. Benjamín le veía coger los relojes y hacerles la disección, arrancándoles aquellas diminutas maqui-

nillas que encierran entre sus engranajes la eternidad del tiempo... Los dedos del artista manipulaban con esa seguridad que inspira una larga práctica, quitando ruedas tan pequeñitas y delgadas, que su levedad sólo podía ser sensible á un tacto muy ejercitado; y manejando palancas ahiladas como hebras metálicas, y disponiéndolo todo ordenadamente sobre un platillo. Aquella quietud y aquel menudo tragín eran cabalmente las dos circunstancias que más cautivaban la pasiva voluntad de Carlos: le parecía que allá dentro, tras aquel mostrador, se estaba bien, con frescura en verano y dulce abrigo en invierno, y que debía de ser altamente divertido el escudriñar aquellos prodigios infinitísimos de la mecánica, á través de un cristal de aumento.

Aquella caprichosa afición infantil prevaleció años después, y Carlos Benjamín entró de aprendiz en una relojería. Más tarde, los vaivenes y descalabros de la vida le arrancaron de su ciudad natal, y, tras no pocas malandanzas, fué á dar con sus huesos y los restos de su fortuna, en el pueblecito de Agora, lindo caserío ribereño, arrullado por las ondas murmurantes del golfo valenciano.

Allí fué donde Carlos Benjamín pudo remediar el pésimo curso de sus negocios y montar una relojería grande y bien abastecida, y en donde años después, el Diablo, que todo lo añasca, le indujo á casarse, echándole así á su historia, con aquel matrimonio, una triste y desabrida segunda parte.

II

Dos cosas amargaban la existencia y molían la cristiana resignación de Carlos Benjamín. En el orden que pudiéramos llamar público, la ruda oposición que le hacía otro relojero llegado á Agora algunos meses antes que él; y en el orden privado ó doméstico, su suegra, encarnación terrible y agresiva del espíritu de contradicción, que denegaba cuanto él decía, y que no perdía coyuntura ni ripio de dar al traste con su autoridad marital.

Aquellos dos enemigos no tardaron en rendir el apocado corazón de Carlos Benjamín, que nunca sirvió para mucho, y en denigrarle al estado de simple máquina viviente, triste y pasiva.

En efecto, ¿de qué le servía ser un marido ejemplar, fiel y económico, y afanar toda suerte de comodidades para la rolliza lugareña que eligió por esposa, y ser padre amantísimo, si luego, todo aquel dulce concierto patriarcal de su casa, lo deshacían los intemperantes desafueros de su suegra, que no se cansaba de esgrimir su lengua de hacha, contrariándole y ridiculizándole á propósito de todo?... Y además, ¿de qué le valía ser el relojero mejor reputado de ocho leguas á la redonda, y contar entre sus parroquianos á todo lo más granadito de Agora, si el reloj principal del pueblo, el reloj de la iglesia, aquel que regía la existencia del vecindario y conforme al cual se arreglaban todos los relojes, estaba encomendado á la vigilancia y custodia del otro relojero, su implacable rival?...

Esta última, era la humillación más grande y la pesadumbre más cruel de Carlos Benjamín; porque, aunque bastaba que él manifestase una opinión para que su madre política votase por la contraria, aquellos eran disturbios íntimos, temporales que corría á cencerros tapados; mientras que su rival de profesión le vencía diariamente y á todas horas, de un modo inapelable y desesperante, y aquellos bofetones sin mano, se los daban sus mejores amigos, sus parroquianos más antiguos.

—¡Hola, Benjamín!... ¿Sabe usted que el reloj que me compuso usted días pasados, no anda bien?...

—¿Qué tiene?

—No sé; pero ayer lo puse con arreglo al reloj de la iglesia, y en menos de doce horas ha adelantado más de cinco minutos...

¡Y siempre igual!... ¿Por qué eran los relojes que él componía los que marchaban mal?... ¿Por qué había de ser infalible el reloj de la iglesia?... Carlos Benjamín acabó casi por convencerse de que no entendía un ardite en achaques de su oficio, y se dedicó al trabajo con redoblado ahínco, ideando engranajes nuevos y realizando tales progresos, que hubiera podido parangonarse, sin empacho, con el mejor relojero de Ginebra. Pero estos esfuerzos resultaron inútiles: su odiado *alter-ego* triunfaba siempre de un modo brutal y absurdo... ¡Sí, absurdo!... Porque Benjamín no sabía quien pudo otorgar aquella infalibilidad indiscutible al reloj de la iglesia; se maravillaba de que en este punto todos los vecinos estuviesen contestes, y hasta llegó á maliciar cierta diabólica relación entre el movimiento del reloj y el del sol; al extremo de que



MI MODELO. — Acuarela de JOSÉ LLOVERA.



BUSCANDO PATRIA. — EMIGRANTES A BORDO

Cuadro de RAFAEL ROMERO DE TORRES.

Existente en el Museo Nacional.

éste se detendría si aquel maldito dejase de andar durante mucho tiempo. El fenómeno continuó repitiéndose. Carlos iba al casino, á tomar café, y si por acaso el reloj de la iglesia marcaba alguna hora, todos los contertulios miraban los suyos; y luego, había aquello de...

—Benjamín, mi reloj adelanta... Benjamín, mi reloj atrasa...

Carlos hizo cuanto pudo por encargarse del cuidado de aquel reloj misterioso; pero el otro relojero era uña y carne del alcalde, y Benjamín no pudo echarle la zancadilla que meditaba: entonces se dió á decir que el reloj de la iglesia era un cascajo que no servía para maldita de Dios la cosa, y quedó admirado de que nadie opinase como él: aquel reloj era magnífico; además, no había otro...

—¿Cómo?—murmuraba Carlos, mesándose el cabello;—¿acaso los relojes que yo fabrico son relojes de juguete?...

¡Qué existencia tan equívoca la suya!... Su suegra le negaba en su hogar, ante su mujer y sus hijos; el otro relojero le anulaba ante el público, puesto que sus relojes no valían, si el reloj de la iglesia no los garantizaba con una especie de *visto bueno*... ¡En verdad que había motivos para suicidarse!...

Pero no se suicidó, porque Carlos Benjamín no era hombre que tomase las adversidades de la tornadiza fortuna muy á pechos, y fueron transcurriendo los meses, hasta que el desdichado relojero tuvo la suerte de vencer en aquella desigual contienda y librarse, ya que no de todos sus enemigos, del que más le degradaba y afligía.

Sucedió, pues, que en la mañana de un domingo, se presentó en la relojería de Benjamín el mismísimo alcalde, acompañado del secretario del Ayuntamiento y de algunos amigos.

—Buenos días, don Carlos,—dijo el alcalde;—vengo á saber si quiere usted encargarse de cuidar el reloj de la iglesia...

—¿Y cómo así?—preguntó Benjamín estupefacto.

—Porque yo creo que el otro relojero, ó no entiende el oficio ó no cumple con sus obligaciones. Hoy, poco ha faltado para que ocurriese en la plaza una desgracia horrible!...

Y seguidamente, y con gran regocijo y pasmo de Benjamín, refirió cómo, en el momento de estar sonando las campanadas de las doce y salir todo el señorío de misa, se rompió la cadena que sujetaba una de las pesas del reloj...

Benjamín lanzó un grito.

—¿Y mató á alguien?—dijo.

—No hirió ni mató á nadie, afortunadamente,—repuso el alcalde;—pero pudo haber matado... y por eso le propongo para relojero del Ayuntamiento, porque este accidente proviene de falta de cuidado. La pesa, al desprenderse, chocó en la cornisa de la torre y cayó á la plaza... ¡Mire usted qué casualidad!... Medio minuto después de haber pasado por allí la suegra de usted...

Escuchando aquello, Carlos Benjamín tuvo la visión neta de su felicidad; ¡ser relojero municipal, no tener suegra!... Un ensueño de ventura, malogrado por no haber caído aquella pesa redentora algunos momentos antes...

Y entonces tuvo una frase, la única tal vez, que pronunció en toda su vida; una frase admirable, admirable... de puro brutal:

—¡No me extraña!—exclamó;—yo siempre había dicho que ese reloj atrasaba!...

EDUARDO ZAMACOIS

ROMÁN RIBERA



EL RECURSO EN CAMPAÑA

SALON ROBIRA: Fernando VII, 59.

Ayuntamiento de Madrid

MADRID ELEGANTE

ESTAMOS en plena *season*; abiertos todos los teatros; ofreciendo el Real el aspecto de sus mejores tiempos; hallándose en sus palcos reunida toda la sociedad aristocrática, es allí á donde el cronista mundano debe ir á buscar el asunto de sus artículos.

Ensayemos, pues, este género de *interviews*, aplicado á las crónicas elegantes.

Acercándonos á una dama de las que suelen hallarse mejor enteradas, preguntámosle por las bodas efectuadas ó concertadas en el verano.

—Verá usted,—nos contesta la dama aludida,—el tema es verdaderamente inagotable. En primer lugar, el hijo tercero del Presidente del Congreso, don Manuel Pidal y Bernaldo de Quirós, que cuenta en la actualidad 25 años de edad, contraerá matrimonio con la preciosa señorita doña María Sánchez Arjona, de ilustre familia extremeña.

—Páreceme que no es esa la primera boda que se celebra entre ambas familias.

—En efecto, un Sánchez - Arjona, primo carnal de la novia, contrajo matrimonio hace apenas dos años con doña Carmen Pidal, hija también del ilustre político asturiano.

—¿.....?

—La bellísima señorita doña Blanca Chao, que siempre que se presenta en los salones, provoca un murmullo de admiración por su espléndida hermosura, se casa con el joven y distinguido artista, don Luis Romea, á cuyo cargo corre la dirección artística del *Blanco y Negro*.

—Siendo como es, artista, estaba obligado á demostrar que tiene buen gusto.

—¿.....?

—Otros dos jóvenes que gozan de grandes simpatías en nuestra sociedad, forman también en esta lista: ella es la señorita de Lascoiti, hija de los Condes de este título y nieta del difunto Marqués de Casa-Jiménez, y él es el primogénito de los Marqueses de Caracena del Valle, don Adolfo Valenzuela.

—De otra boda han hablado los periódicos madrileños, y aunque lo han hecho reservando los nombres, eran las señas tan claras, que no creo indiscreto descorrer el velo del incógnito.

—Se referirá usted á la de la opulenta y encantadora señorita de Zabálburo, con el Conde de Heredia-Spínola y de Tilly, Marqués de Iturbia?

—Efectivamente.

—Pues, creo que es cosa concertada.

Me despedí de la ilustre dama á quien tales confidencias debía, y entrando en otro palco, entablé nueva conversación.

—¿Cree usted que este invierno habrá mucha animación en los salones?—pregunté á una señora de las que nunca faltan á las fiestas aristocráticas.

—Creo,—contestó la interpelada,—que entre nosotros se ha establecido ya una costumbre que será difícil desterrar; me refiero á la época de las fiestas mundanas. De algunos años á esta parte, sólo se celebran algunas en las proximidades del Carnaval, dejando para la primavera la celebración de las grandes fiestas.

—Según eso, ¿opina usted que la animación de la vida de sociedad no se manifestará todavía?

—Opino que no faltarán señoras que *se queden en casa* un día á la semana; la Marquesa de Squilache verbigracia, cuyo salón no se cierra

nunca, y cuyos viernes son verdaderos bailes. Se reanudarán los *five ó cloc*, especialmente entre los diplomáticos, y hasta se bailará en algunos salones, en la Embajada de Alemania por ejemplo; pero las grandes fiestas, caso de verificarse, se quedarán para Carnaval ó para la primavera.

—¿Y es verdad que los Duques de C., pensaban recibir en su antiguo y recién restaurado palacio?

—Así se dijo; mas no lo creo posible, pues, según mis noticias, después de haberse gastado un dineral en alhajar y decorar aquella casa, se encuentra en la actualidad necesitada de nuevas y urgentes reparaciones.

Esta última parte de la conversación, llevábame como de la mano á otro orden de ideas, y como al atravesar el *foyer* tropezara con un conocido agente de negocios, le abordé en los siguientes términos.

—¿Cuántos hoteles y palacios han cambiado de dueño en estos últimos meses?

—Muchos, me respondió; se han vendido dos palacios que llevaban no pocos años sin hallar compradores: el del difunto Duque de Abrantes en la calle de Serrano, adquirido por el señor Chavarri, y el de Guadalcázar, en la calle de San Bernardo, que estuvo para comprar S. A. la Infanta Doña Isabel, y que ha sido adquirido por los señores de Iturbe.

—¿El nuevo ministro de Méjico en España?

—El mismo, cuya esposa es hermana de la Marquesa de Ivanrey. Cuando se termine de amueblar, se celebrarán allí grandes fiestas.

—¿.....?

—El precioso hotel que en la Castellana poseen los Condes de Benahabís, y que durante bastantes años ha servido de residencia á los Marqueses de Vistabella, ha sido adquirido por el Conde de Romanones, que se dispone á habitarlo en breve; el Marqués de Alcañices se traslada á su hotel del paseo de Recoletos, donde vivieron, sucesivamente, los Condes de la Corzana, los señores de Scholz, la Marquesa de Romero de la Tejada y los de Villaviciosa de Asturias; los Vizcondes de Alcira ocupan ya su magnífica casa del paseo de la Castellana, cuyos otros dos pisos son ocupados por los citados Marqueses de Villaviciosa y por los Condes de Asmir; los Marqueses del Riscal se han instalado ya en la plaza de la Villa, en la antigua casa de la Condesa de Oñate; Mme. Le Motheux abandona el piso bajo de la calle del Saúco para trasladarse al lindo hotel de la calle de Zurbano, en que vivió mucho tiempo la Condesa de Verdú; los Condes de Vilana han terminado ya la decoración del suyo que es muy elegante, *et sic de ceteris*.

Me despedí de mi agente, con la cabeza hecha un *maremagnum* de hoteles y palacios, y como la gente abandonaba el regio coliseo, me dispuse á hacer lo mismo, no sin sorprender antes el siguiente diálogo de una enamorada pareja.

—¿A dónde vas mañana?

—A casa del Castillo de Chirel.

—¿Reciben?

—Es el santo de la Baronesa (el Patrocinio de Nuestra Señora), y al igual que todos los años, se celebrará la primera *matinée* del invierno.

—Pues no faltaré.

MONTE-CRISTO

LA APUESTA DEL DIABLO

I

HABÍAN empezado las vacaciones en el Infierno. Satanás, aburrido de la calma chicha que reinaba en sus dominios, y á fuer de sujeto activo y estudioso, se decidió á pasar una temporada entre los hombres. Pero, á fin de no armar un cisco, si éstos le vefan en su traje habitual, plegó cuidadosamente las alas, que desaparecieron por completo bajo una americana de invierno, se rasuró el pelo, á fin de que nadie pudiese tomárselo, se calzó unas botas, cortó las uñas de las manos y empezó su excursión, bajo la figura de un burgués algo agitanado en sus andares y en sus facciones.

Como en aquella época no trabajaba por obligación, no se daba mucha prisa en buscar clientes para sus estados. De cuando en cuando, descansaba unos días; y nadie, al ver su aspecto bonachón, hubiese creído que dentro de la piel de aquel hombre hubiese el mismísimo Diablo, en carne y hueso.

II

En una posada que habitualmente sólo frecuentaban los contrabandistas y los carabineros, cerca de la frontera francesa, un hombre joven

y buen mozo mataba el tiempo requebrando á la maritornes, que era fresca y rolliza y nada esquiva, y sorbiendo vaso á vaso una media jarra del tinto que se había hecho servir después de cenar.

Cuando más enfrascadas estaban aquellas dos personas en su diálogo naturalista, sonó un recio aldabonazo. La moza abrió la puerta, y apareció por ella la estampa de Satanás, en traje de ciudadano. Saludó con desembarazo, sentóse en una mesa cercana á la que ocupaba el único cliente, y después de pedir que le sirvieran una cena substanciosa y el mejor vino que en la posada hubiera, trabó conversación con su vecino.

Es sabido que el Diablo sabe mucho, y que, cuando quiere hacerse agradable lo consigue sin grande esfuerzo. Esa vez no mintió la fama. Al cabo de media hora de charla, un tanto descosida, Satanás y el estudiante — porque lo era el mozo, — se habían convertido en buenos amigos. Como apenas eran las seis de la tarde y ninguno de los dos viajeros tenía sueño, Satanás propuso á su interlocutor echar unas partidas á la brisca. Se aceptó la proposición, y ambos prójimos pusieron toda su atención en el juego. La majestad incógnita estaba aquel día de buen humor y como por otra parte el dinero no le costaba nada, pues era de su fabricación especial, tuvo la idea de jugar sin hacer la más pequeña trampa. Pero al ver la gran suerte que tenía su adversario, empezó á picarse y, buscando el desquite, jugó más fuerte. Cambió, pues, la cuantía de las

apuestas; mas no la suerte verdaderamente extraordinaria del estudiante. Y tan buena maña se dió en aprovecharse de ella, que, al cabo de un par de horas, todo el dinero del Diablo había pasado á su poder.

Claro está que podía éste haber jugado cualquier mala pasada á su contrincante; pero ya he dicho que aquel día estaba de buenas, y no quiso prevalerse de malas artes. Al acabar el dinero jugó las alhajas que llevaba, y una vez perdidas, dijo al estudiante:

—Cuando he entrado aquí estabais hablando con la cocinera, que por cierto es una muchacha muy apetitosa.

—Es verdad,—contestó el otro riendo;—pero bajo las apariencias un tanto descocadas, parece que es una virtud de primer orden.

—¡Bah!

—Como lo oís, Me ha dicho muy seriamente que estaba comprometida con un mulatero, y que por nada del mundo le jugaría una mala treta.

—Os digo que esa moza es de la misma pasta que las demás.

—Y yo os afirmo lo contrario.

—Bueno; no vamos á pelearnos por tan fútil motivo; pero, como he perdido cuanto dinero y alhajas tenía, si queréis, os hago una apuesta.

—¿Cuál?

—Juego la virtud de esa muchacha, contra las alhajas que me habéis ganado. Si os favorece también la suerte, vuestra es la chica; si se decide por mí, me devolvéis esas alhajas.

El estudiante miró con asombro á su interlocutor. Parecía hablar muy formalmente. Pero al mozo se le hacía muy cuesta arriba creer que aquel hombre estuviera en su sano juicio. Para cerciorarse de ello, replicó:

—Me parece que olvidáis una condición esencialísima.

—Decid, amiguito.

—Que esa moza no estará dispuesta á obedeceros.

Satanás se sonrió.

—¿No obedecerme una mujer? ¡Tendría gracia!

El acento, el gesto, la mirada de S. M. I. fueron tan dominadores, tan burlones, expresaban con tanta claridad el poder omnímodo que aquel sujeto creía tener sobre las mujeres, que el estudiante le miró absorto y un tanto atortolado.

—Para que no os quepa ninguna duda,—dijo el infernal personaje,—voy á llamar á la muchacha.

Y en tanto que el mozo se reponía de su extrañeza,

—¡Rosal!—gritó con voz fuerte.

Apareció la fámula, gentil y rehecha.

Entonces Satanás hizo signo de que se le acercara. Obedeció la chica, y entre los dos, en una lengua que el estudiante no entendía, pero que las mujeres y el Diablo hablan correctamente, se cruzó breve diálogo.

—Rosa consiente en ser el precio de la apuesta,—repuso en buen romance el Diablo.—Y por vuestra parte vais á ver un espectáculo que no volveréis á ver en vuestra vida, aunque viviérais la edad de las piedras.

—¿Cuál?

—Ahora no puedo decíroslo. Jugad y observad, y cuando nos despedamos os revelaré el secreto, si es que vuestra penetración natural no os lo ha explicado.

Y diciendo y haciendo, Satanás barajó las cartas, cortó el estudiante y empezó el juego.

El coto era á cinco partidas. Las dos primeras las ganó el estudiante con la misma suerte que hasta entonces. Indecisa se mantuvo la tercera hasta lo último. El estudiante creía ya suyo el triunfo y miraba con ojos

enamorados á la moza, que presenciaba el juego impasible y como si nada fuera con ella. De repente, Satanás acusó las cuarenta, con una sonrisa que producía malísimo efecto, y la partida fué suya.

Un tanto contrariado por aquel primer revés, el aprendiz de humanista barajó con furor y largo rato. ¡Inútil empeño! La suerte había cambiado. Al primer tercio de la partida le llevaba el adversario tal ventaja, que era imposible disputarle la victoria. Los dos enemigos tenían igual número de partidas. La quinta era la decisiva.

Rosa sonreía satisfecha. Al estudiante se le llevaban los demonios, y eso que el otro no hacía gesto alguno, pareciendo, por lo contrario, más tranquilo que nunca, más sereno.

Aquella última partida fué una derrota completa, rápida y decisiva para el estudiante. En menos de diez minutos, y á pesar de que puso toda su perspicacia á servicio de su deseo, fué vencido.

Satanás sonrió nuevamente, con una sonrisa que ponía piel de gallina.

Las alhajas volvieron á poder de su dueño. Quedaba el dinero ganado, en manos del estudiante, el cual, despechado, dijo:

—Van contra la apuesta anterior cuanto os he ganado y cuanto poseo en este momento.

—Acepto.

Tornaron á barajarse las cartas y tornó á ganar el mozo las dos primeras partidas; pero, como la vez anterior, perdió las tres últimas. Rosa, al ver el resultado final, salió de la sala, en tanto que con gran cachaza, decía Satanás al joven.

—¡Ea! Ya estáis sin un cuarto y de mal humor. Pero, como en cambio el mío es excelente, no quiero daros pie para que con el tiempo digáis pestes de mí. Me parece que sois un buen muchacho y no quiero tundiros de vuestros vellones. Tomad cuanto os he ganado.

Y al decir esto, con un ademán que recordaba su antigua naturaleza de arcángel, alargó al admirado mozo todas las piezas de plata que, por medio de su endiablada habilidad, había hecho suyas.

—¡Tomad!—repitió, viendo que su adversario vacilaba—tomad y que la lección os aproveche.

—¿La lección? ¿Sois acaso maestro?—preguntó con retintín el mozo, ya amoscado y dispuesto á armar camorra.

—Si no lo fuera en malas artes, no me abrogaría la calidad de tal,—replicó con grave majestad el Diablo.

Y al tiempo que pronunciaba estas palabras, se levantó. Como en una comedia de magia, perdió la figura que tenía y apareció con la suya ante los ojos atónitos del joven.

Antes de desaparecer, dijo así:

—Puedes alabarte de haber jugado y bebido con Satán en persona. Hubieras ganado siempre, porque, en jugando yo de buena fe, siempre pierdo; San Pedro te puede enterar de ello. Pero has tenido la malaventurada idea de jugar contra la virtud de una mujer, cosa que no debe hacer ningún bien nacido, y el triunfo ha sido mío.

Rosa, que en aquel momento entraba de nuevo... al ver la facha del Enemigo Malo, lanzó un chillido y fué á refugiarse entre los brazos del absorto mozo.

Satanás sonrió de nuevo... y desapareció en la penumbra.

Alguien asegura que, en definitiva y á pesar del olor de azufre que llenaba la habitación, no fué el mozo quien perdió la apuesta. Pero el caso es muy dudoso, y como Satanás es poco comunicativo, nadie puede decidir el caso á ciencia cierta.

A. RIERA



¡PÍCARA LLUVIA!

SALÍ del Congreso sofocada, sudando, y temiendo un desastre en mis rizos, dorados por la mañana muy aprisa, sin tiempo para que el tinte se secase lo bastante. ¡Dios mío! ¿estarían deshechos y desteñidos? ¡Qué atrocidad! No temí que se conociera el tinte; eso no. Las mujeres que adoptamos este color, lo hacemos para que se sepa... ¡Es tan carol!... He observado que los hombres odian el tinte que pretende ocultar canas, y enloquecen ante una cabeza de muñeca, con cabellos pajizos, sueltos, desordenadamente alborotados. ¿Que no es natural el color? ¡bah! en cambio es parisiense;... mundano.

Salí, como digo, del Congreso, y quedé desagradablemente sorprendida, bajo un cielo cubierto de negruzcos nubarrones, que dejaban caer menuda pulverización... ¿Lluvia de cala bobos? Pues, aguacero en puerta... Había que aprovechar los momentos. Abrí el paraguas, recogí mi falda con discreta coquetería y eché a andar en busca del hotel... En mis oídos resonaban aún las enérgicas frases de mi esposo, diputado por Villapagana, dirigidas a uno de sus colegas: «S. S. es un imbécil». La frase era algo dura, pero justa. Por algo se echó a reír la Cámara en peso y el Presidente no invitó a mi señor marido a retirarla. «S. S. es un imbécil». No sé qué extraño eufemismo me hacía encontrar delicioso el insulto... A las mujeres nos gusta mucho lo atrevido, aunque tenga sus ribetes de grosero.

Entré por la calle del Turco y salí a la de Alcalá, en busca de la de Peligros... La lluvia comenzaba a formalizarse... Desde que saliera del Congreso, no cesé de sentir a mis espaldas unos pasos hombrunos que, por su insistencia en seguirme, comenzaron a picar mi curiosidad. Varias veces cambié de acera; pero inútilmente. No había que dudar; alguien me seguía. ¿Quién? Lo presumí. Aunque provinciana, no soy tonta... Debía de ser aquel guapo joven, de la tribuna de la prensa, que siempre me mira con simpática sonrisa en los labios... Esto pensando, y teniendo en cuenta que las letras son un gran apoyo para la oratoria, y que mucho pesa una gacetilla encomiástica inspirada en la gratitud, descubrí bandera parlamentaria, recogiendo un poquito más mi airosa falda... para esquivar el barro. Afortunadamente, llevaba mis botitas nuevas, que ajustan a la perfección estos pies que... vamos, me han valido más de un piropo, desde que me llevan por las calles de la corte.

Yo no sé si por culpa de la lluvia ó de la presión atmosférica, los nervios apoderáronse de mí, y una ligera pena en el pecho hacíame suspirar inconscientemente. Lo que entonces pasaba por mí, no he podido explicármelo todavía... Caminaba presurosa, como huyendo de aquellos pasos firmes que me seguían; mi imaginación se fué exaltando y pensé... pensé que mi constante perseguidor, el simpático joven de la tribuna de la prensa, me detenía, me rogaba que le escuchase, que tuviese compasión de él... Yo me indignaba y al mismo tiempo sonreía. Después... después él... terco a mi lado, diciéndome que mi belleza era superior a la de todas las mujeres de Madrid; afirmación que, la verdad, no me producía mal efecto. Al fin, formulaba una declaración en toda regla, y yo... yo, en vez de enojarme, continuaba sonriendo, como animándole a seguir murmurando cosas tiernas... El mozo tenía una imaginación brillante... Se expresaba con calor, con imágenes bellísimas, dignas de inspirado poeta... ¿Por qué hacerle callar? ¡Era tan de mi gusto aquel coqueteo sin compromiso...! La imaginación de la mujer, si he de juzgar por mí, se parece mucho, muchísimo a una caldera de vapor... Se caldea, la presión crece y crece; pero si se abre a tiempo la válvula, el vapor huye, y todo se normaliza... ¡Cuidado con la presión a que alcanzó mi cerebro aquella tarde! La lluvia, la pícara lluvia que exaltaba mis nervios... Ella era la culpable, ella, porque yo... juro a ustedes que no cruzó por mi mente ni una sola idea pecaminosa... Me gustaba aquel coqueteo mental, ¿a qué negarlo? Por mí, hubiese durado mucho; ¡mucho! ¡Era tan galante aquel picarón!... En mis fantásticas suposiciones, llegué a verme metida en grave compromiso. ¡Una cita! Yo luchaba... luchaba por decir que no; pero al fin... Yo no sé qué tiene este pícaro Madrid, que su ambiente nos vuelve novelescos a los seres impresionables... Allí, en Villapagana, de fijo no hubiese supuesto tantas agradables picardías. Allí no hay ruido que aturda, ni ojos que miren como los del chico de la tribuna de la prensa, ni quien diga cosas tan lindas... Decididamente, en Villapagana, cuando llueve, no se mojan tanto las conciencias...

Bien, pues al llegar a lo de la cita, que yo pugnaba por rechazar... y que indudablemente hubiese rechazado... ¡no faltaba más!... ¡plaf! una ráfaga de aire, indecorosa, a juzgar por la fuerza con que tiraba de mi vestido, volvió del revés mi paraguas, sacándome de mis febriles quimeras... Lancé un grito de espanto, pugué por arreglar el inútil chirimbolo, y Dios sabe cómo me hubiese puesto la lluvia, si en aquel instante no me cubre con su paraguas el alma caritativa que venía siguiéndome. Me volví, resuelta a enmendar mis pasados errores *in menti*, y exclamé, con dignidad tribunicia: «—¡S. S. es un imbécil!»

Quedé fría... No era el chico de la prensa quien me cobijaba bajo su paraguas; era mi esposo, que había tenido la humorada de seguirme, no sé si por capricho... ó por otra causa.

El se echó a reír, con la satisfacción del hombre que está seguro de su dicha, y yo... yo, como no había allí presidente que me obligase a ello, olvidé retirar la frase con que mi esposo apabullara a su colega.

LUIS DE VAL



DOÑA JUANA LA LOCA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

Si grandes fueron las conquistas y el poderío de los Reyes Católicos, mayores fueron sus penas y desventuras como padres amantísimos, ya que en poco tiempo sufrieron los inmensos dolores de ver morir á su primogénito, el príncipe Don Juan; viuda, á su hija Doña Isabel; y gravemente perturbada la razón de su hija Doña Juana, heredera de su trono.

Nació ésta en Toledo, en Noviembre de 1479.

¡Qué vida la suya tan triste, y á la vez tan interesante!

Educada con gran esmero, como todos sus hermanos, por su madre Doña Isabel, distinguióse la princesa Doña Juana por su claro talento y facilidad para aprender, especialmente los idiomas; llegando á hablar el latín cual si fuera su lengua nativa.

En 1496, pasó á Flandes para unirse con el Archiduque Don Felipe de Austria. Este príncipe, aunque de pequeña estatura, era de tan regulares facciones, distinguido porte y fino trato, que mereció el dictado de *Hermoso*. Nada tiene, por tanto, de extraño, que cautivase el impresionable corazón de Doña Juana, la cual sintió por él una de esas violentas pasiones que deciden del porvenir de la criatura. Don Felipe ni correspondió al amor de su esposa, ni siquiera le fué leal. Al casarse con ella, ambicionaba ceñir á sus sienes la corona de España, y no abandonó por un instante su vida de galanteos. Doña Juana acompañó á Bruselas á su marido, en cuya ciudad dió á luz al luego Emperador Carlos V. En 1502 fué llamada por su madre, la reina Isabel, quien la hizo reconocer por su heredera en las Cortes de Aragón y Castilla.

Don Felipe regresó á los Países Bajos, huyendo, dicen algunos cronistas, del ex-

cesivo amor de su esposa; mientras que otros aseguran, que, para continuar lejos de la severa corte de Castilla, su existencia aventurera. Doña Juana corrió tras él, celosa y enamorada, sin que un nuevo alumbramiento, de que nació el príncipe Don Fernando, le atrajese el amor de su marido.

Muerta Doña Isabel (1505), su esposo, el rey Don Fernando, juntó Cortes que prestaron juramento de fidelidad á Doña Juana, como reina de España y á él como regente. La gran reina al morir, temiendo por la razón de su hija, que ya había mostrado ciertas monomanías cuando su marido marchó á los Países Bajos, tuvo la precaución de nombrar regente á Don Fernando, por si su hija Doña Juana *no quisiera ó no pudiese reinar*. Delicada manera de salvar la incapacidad de su hija, perturbada por esa locura sublime que se llama *amor*.

Algunos nobles, á quienes había domado la férrea mano de Doña Isabel y Don Fernando, tratan de ganar el terreno perdido, y, conociendo el carácter ambicioso de Don Felipe, se oponen á la regencia de Don Fernando, que se retira á Aragón, proclamando al Archiduque, al cual, á pretexto de la locura de su esposa, pide á las Cortes, reunidas en Valladolid, que le otorguen el mando; propuesta que rechazan los dignos procuradores castellanos. El, sin embargo, comienza á ordenar como rey, repartiendo los cargos del Estado á los extranjeros que le han acompañado y á los nobles que le ayudan.

Efímero fué su reinado. El 25 de Noviembre de 1506 moría, casi de repente, de una fiebre *contraída por los excesos de un día de festines y placeres*.



Cuadro de FRANCISCO PRADILLA.

Premio de honor en la Exposición de 1876.

Doña Juana no le abandonó un instante. Embalsamado, al uso de Flandes, le hizo vestir un rico traje de brocado forrado de armiños, una gorra con un joyero á la cabeza, una cruz de piedras al pecho, y borcegues y zapatos á la flamenca. ¡El traje mismo con que le vió por la primera vez!

Días y noches pasó la infeliz contemplándole, sin ocuparse de los negocios del Estado. La reina había desaparecido, y sólo quedaba la esposa. Un día, sin embargo, llamó á su secretario Lazarraga y le mandó revocar todos los nombramientos hechos por su marido, devolviendo los cargos á los antiguos servidores de sus padres.

Empeñóse en trasladar á Granada el cadáver de Don Felipe, no sin verle antes. Contemplóle largo rato y no lloró... ¡Había llorado tanto por las infidelidades de su esposo con las damas flamencas que ya no tenía lágrimas!

Colocado el cadáver en un magnífico féretro y sobre un carro fúnebre, tirado por cuatro caballos, emprendió la marcha, seguida de algunos prelados, eclesiásticos y caballeros que no quisieron abandonarla. Doña Juana, cubierta con un largo velo, iba detrás, pareciendo la imagen del dolor. Aquella triste procesión tan sólo caminaba de noche, pues decía la sublime loca: «una mujer honesta, después de haber perdido á su marido, que es su sol, debe huir de la luz del día.»

En todos los pueblos en que descansaba le hacía funerales, prohibiendo la entrada á las mujeres. Acontecióla que marchando de Torquemada á Hornillos, mandó colocar el féretro en un convento de monjas, pensando que era de frailes. Al averiguarlo ordenó sacar el ataúd, y, no habiendo en el pueblo iglesia, le hizo llevar al campo, donde permaneció con la comitiva sufriendo todos los rigores de la estación. Momento interesante, elegido con mucho talento por el insigne artista don Francisco Pradilla para pintar su cuadro, verdadera joya del arte pictórico en nuestros días.

Con frecuencia hacía abrir la caja, tanto para ver si se lo habían robado, como por si resucitaba, según le había ofrecido un fraile cartujo.

Retirada á Arcos, trasladóse por último á Tordesillas, siempre con el féretro, aposentándose en el palacio y colocando el cuerpo del Archiduque en la iglesia de

Santa Clara, unida al mismo, y de tal modo dispuesto el túmulo, que ella pudiera verle desde su cámara.

Muerto su padre, sólo tuvo un momento lúcido, cuando Juan de Padilla, en la época de las comunidades, se presentó en Tordesillas. Al oír de su boca las vejas que los flamencos hacían sufrir á Castilla, les dijo:

—Mientras que yo no pueda remediar eficazmente los males de que os quejais, proseguí haciendo todo lo que convenga al bien público.

Su estado no era, pues, tan grave. ¿Quién sabe si tratada de otro modo, hubiera la infeliz recobrado la razón? Desgraciadamente, olvidada por su hijo Don Carlos, tuvo más por carcelero que por guardián al marqués de Denia, *hombre de carácter acre, contra quien todos hablaban y todos se quejaban*, llegó á quitarla hasta su confesor, el P. Juan de Avila, y á encerrarla en una cámara que no tenía más luz que la de unas velas (Carta al Emperador, de su tía Doña Catalina).

En el mes de Enero de 1555 creció su locura, pasando los días *en un lastimero grito con que aterraba el palacio y entristecía al pueblo; mostrando un gran horror á todas las cosas piadosas*. Afortunadamente, llegó á Tordesillas el antiguo Duque de Gandía, que en su niñez había sido paje de la Infanta Doña Catalina, ya convertido en San Francisco de Borja, y sus atenciones y cariños pudieron lo que no habían logrado las suspicacias y crueldades del Marqués de Denia. Doña Juana se serenó un tanto, confesó con gran fe, recibió la sagrada Extrema-unción, y murió repitiendo las oraciones que su piadoso auxiliante le decía. Sus últimas palabras fueron estas: *Jesucristo crucificado sea conmigo*.

Era el 11 de Abril de 1555.

¡Triste destino el de esta desgraciada criatura: hija, perdió á su madre cuando más la necesitaba; reina, no llegó á gobernar; esposa, vióse olvidada y vendida por su marido; madre, no recibió los cuidados y los cariños que prodigó á sus hijos!

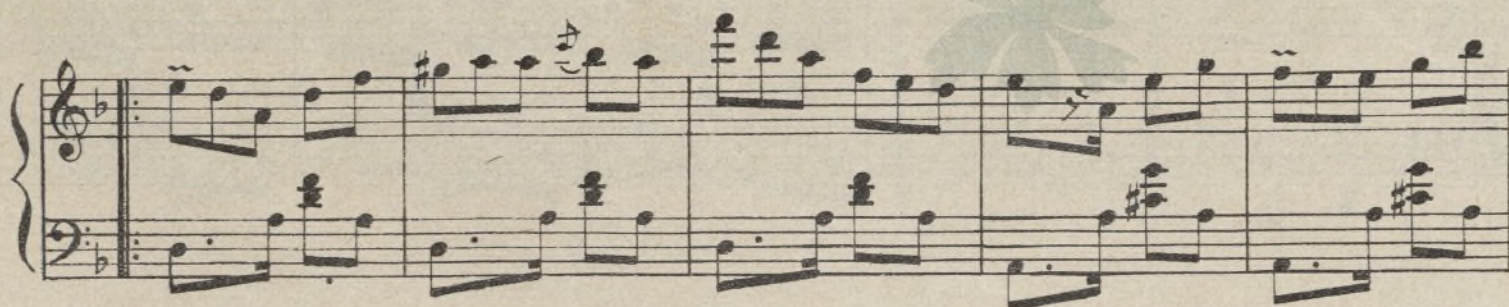
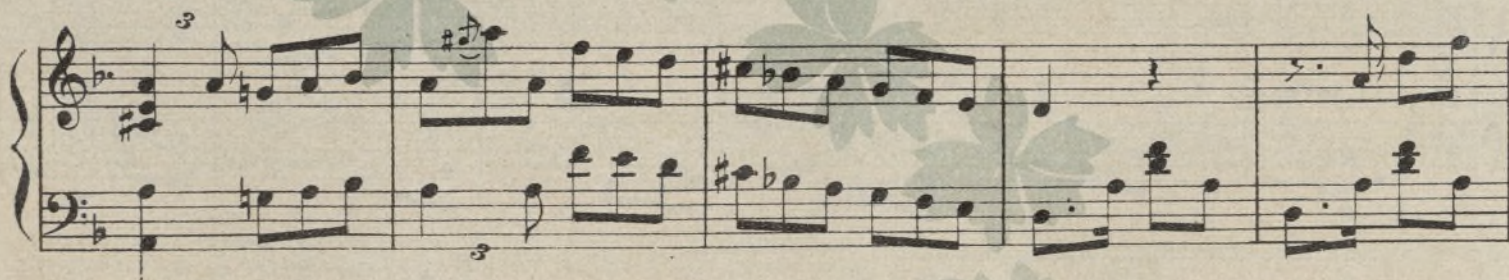
El amor, fuente para otros de dichas, fué para ella torrente de amarguras.

E. RODRIGUEZ-SOLIS



COMPOSICION Y DIBUJO, DE G. CAMPS.

Ayuntamiento de Madrid



The musical score is written for piano and consists of six systems of staves. Each system typically contains a treble and bass staff joined by a brace. The key signature is one sharp (F#), and the time signature is 2/4. The score includes various musical notations such as notes, rests, and dynamic markings. The first system has a key signature change to one sharp. The second system has a key signature change to two sharps (F# and C#). The third system includes a first ending (1.) and a second ending (2.) with a key signature change to two sharps. The fourth system includes a key signature change to two sharps. The fifth system includes a key signature change to two sharps. The sixth system includes a key signature change to two sharps and a first ending (1.) with a key signature change to two sharps. The score also includes dynamic markings such as *rit.* (ritardando) and *a tempo.* (allegretto).

1. 2. *rit.* *a tempo.*

1. 2. 3. *rit.*

The musical score is written for piano and consists of six systems of staves. The key signature is two sharps (F# and C#). The notation includes various musical elements such as notes, rests, and dynamic markings. The first system is marked with a 'C' time signature. The second system is marked with a 'C' time signature. The third system is marked with a 'C' time signature and includes a first ending (1.) and a second ending (2.) with a 'rit.' marking. The fourth system is marked with a 'C' time signature and includes a 'a tempo.' marking. The fifth system is marked with a 'C' time signature. The sixth system is marked with a 'C' time signature and includes a first ending (1.) and a second ending (2.) with a 'rit.' marking. The notation is written in a clear, legible style with standard musical symbols.

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.

ANTONIO COLL



LA MADRINA

Ayuntamiento de Madrid

CASTELAR Y EL ARTE

(Continuación).

Otra vez su acendrado españolismo:

«En el género en que los españoles ostentamos originalidad tal que nadie puede disputárnosla con derecho, es la Pintura. Nuestro natural independiente nos ha preservado de las imitaciones artificiosas, y nuestro sentido de la realidad nos ha impedido caer en lo convencional y amanerado. Nosotros competimos en belleza con Florencia y Roma; en verdad, con Holanda y Alemania; en color, con Florencia y Flandes; en idealismo, con Asís y Pisa, aventajando quizá á todos por la nativa y diversa genialidad de nuestros pintores, tan rebeldes á las tiranías de la escuela como nuestros mismos inmortales dramáticos. ¿Sabéis de alguna decadencia duradera en ese divino arte español? Cuando el saco de Roma dispersó á los artistas de Rafael y la muerte de la República florentina hirió en el corazón á Buonarroti, en aquel comienzo de la noche, la hermosura perfecta renació, no por los palacios de Mantua, donde Julio Romano, desposeído de su númen tutelar, tocaba en lo hiperbólico y en lo extravagante, sino por las iglesias de Valencia, donde surgían de la paleta de Juan de Juanes aquellos Salvadores descendidos del Tabor á sus tablas, despidiendo luz espiritual como la que pudieran soñar los místicos en sus delirios, y encerrados en líneas como las que pudieran trazar los escultores clásicos en los bajo relieves antiguos. Cuando la imitación servil, los procedimientos arbitrarios, la mezcla de escuelas opuestas, la falta de fe en el helenismo y en el cristianismo, en la religión de la hermosura y en la religión de la verdad, creó la sintética escuela de Bolonia, herida por irremediable decadencia, como todos los géneros híbridos, salieron de nuestros talleres un tropel de aquellos apuestos caballeros y lujosas damas de Sánchez Coello, en cuyas frentes resplandecían las señales de la gloria nacional y en cuyos labios sonaban los versos de Lope y de Herrera; aquellos jinetes y sus caballos dando al vienteillo arbolado del Guadarrama crines, plumas y bandas, con tal arte, que las sentís crujir en vuestro oído; aquellos cíclopes presos en sus cavernas, cuyos desnudos han robado á la Naturaleza los secretos de la encarnación y el egoísmo; aquellos bufones, tan grotescos y ridículos, como caballeros y gentiles-hombres los vencedores de Breda, capaces de recoger los trofeos de la victoria sin humillar la dignidad de los vencidos; todas aquellas figuras, reproducciones milagrosas de la realidad misma sobrepujada por el arte, respirando en atmósfera tan verdadera y luminosa, que os entraríais por los cuadros á recoger en vuestra retina los cambiantes de la luz y en vuestros pulmones los soplos del aire. Y sobre este universo de tantas formas y de tantos matices como el cielo estrellado sobre la tierra vívida, en nubes enrojecidas por las reverberaciones del sol sobre las aguas del Guadalquivir, entre coros de arcángeles y serafines que llueven rosas y agitan palmas, calzada por la luna, vestida del immaculado candor y envuelta en el cerúleo manto, á los pies la culebra del mal herida, y en las sienes los resplandores de la luz increada, estáticos los ojos, como embebidos en la gloria, y alzado el pecho como para recoger y respirar la palabra creadora, va la Virgen de Murillo, como divino arquetipo, en cuyo casto seno renace la hermosura sin sombras del paraíso y recobra la mísera humanidad, ya sin pecado, su primitiva é immaculada inocencia. La ecuación establecida en nuestra pintura entre la naturalidad y la idealidad, resulta de tal suerte íntima, que parece toda una estética en acción, superior, bajo mil aspectos, á un género especialísimo y concreto del Arte. Y á la superioridad de esa estética atribuyo que ni la decadencia de las escuelas bolonesas y napolitanas, imperantes en todo el siglo décimo séptimo, ni la decadencia universal del siglo último, hayan podido contagiar á la escuela española. Así, mientras los pintores más eminentes, corrompidos y contagiados de pésimo gusto, á una se malogran por su falso colorido y su servidumbre convencional, aragones egregio, dotado de la gracia y de la naturalidad celtibéricas, al par que de creadora fantasía, esboza en imperecederas aguas-fuertes las ideas de su tiempo, indecisas como las sombras de su lápiz, y traza las figuras que pasan por su retina, abriendo á aquel pueblo que, á primera vista decaído, emprendió la guerra de la Independencia, los cielos del Arte, y los infiernos á la proterva corte que nos manchó con sus liviandades y nos vendió como un hato de ganado, por la codicia vil de un favorito, á la devastadora invasión de un extranjero. No decae la pintura española, como no decae el ingenio nacional, que puede hincharse unas veces, perderse en retruécanos otras, pero jamás extinguirse por completo.»

«Brilla la pintura española cuando todo ha decaído... Cuando el genio ha desaparecido, las dos escuelas que suceden á las escuelas italianas de Florencia y de Roma, de Pisa, de Venecia y de Siena, son las escuelas de Nápoles y de Bolonia. Pues bien: la escuela de Nápoles y la escuela de Bolonia, tienen ambas su carácter ecléctico, en virtud del cual ecléctico serán colocadas entre las decadencias, de las que llevan la hinchazón y el artificio. Pues, en Nápoles hay un pintor de nuestra patria, un pintor valenciano, el cual, por la fuerza y la potencia de su genio creador, se exceptúa de la universal decadencia y deja grabado en la pinacoteca artística los cuadros inmortales que se llaman de Ribera. Y lo que digo de Ribera lo digo de Murillo, de Velázquez.»

«¡Viladomat! ¡qué portento y qué prodigio! No tenía, según me han dicho, no tenía maestro, no tenía escuela; un pobre jesuita privado del Archiduque le dió solamente algunas lecciones. El pobre sacaba las substancias para sus cuadros de las tierras de Barcelona, único elemento de que disponía; y, sin embargo, ¡cómo enlazaba el genio de Murillo con el genio de Goya! Lo que sucede en el siglo xviii con Velázquez, le sucede al siglo xviii con Viladomat y Goya; y por eso lo que pasa con Velázquez pasa con estos dos grandes pintores. ¿Conocéis algo más artificioso, algo

menos artístico, algo más falso que toda aquella escuela académica, griega y romana, en la que todo eran maniqués que no tenían nada de la antigua Grecia? Quedaron aquellos genios de una convención verdaderamente artificiosa, sin realidad y sin inspiración; pues en Viladomat y Goya volvieron á la vida, y aunque á veces pintan cuadros religiosos, observan todo lo que pasa entre los suyos. Verdaderamente devuelven al arte su carácter y su significación, representan que todo pudo caer aquí: que se han destruido nuestros estados en Rocroy; que hemos perdido nuestros descubrimientos y perdido el inmenso territorio; que no hemos recobrado las antiguas libertades de la Edad Media; pero la decadencia no ha llegado á los pinceles, y los pinceles de nuestros pintores han demostrado la eterna inmanencia del género español en esta página del Arte.»

A Fortuny le dedica estas palabras:

«Tiene Cataluña el pintor más inspirado del siglo xix, el mago de la pintura, el hombre que llevaba el iris en su paleta, el iris con todos sus colores, el zumo de todas las flores; era oriental, y dejaba por doquier obras tan preciosas, que su recuerdo esmaltará eternamente la imaginación humana. Mientras los hombres vivan, cuando alguno quiera recrearse en el color y movimiento de las figuras, irá á ver los cuadros de Fortuny, y allí encontrará algo de los de Venecia y de Florencia: el color y la vida en una conjunción verdaderamente maravillosa.»

¿A qué copiar nada de su biografía del pintor Ingres? ¿A qué aludir á su novela histórica de Fra Filippo Lippi, donde hace asomar tanto la vida artística italiana, y en ella el paganismo entre el cristianismo? ¡Eso, que por simpatía hacía elocuente á Castelar, y que por aversión hizo elocuente é iconoclasta á Savonarola, eso, literariamente, tiene su himno, también vibrante, en *Helena considerada como símbolo del Arte clásico*!

LA MÚSICA.—Castelar era académico electo de mi bondadosa amparadora la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando; pero pertenecía á la Sección de Música. No tengo á mano (aunque sí recuerdo la síntesis) de un breve, pero delicado artículo, en que su autor indica la superioridad del Arte en general, y muy especialmente de la música, sobre todo lo que ha producido la Naturaleza. En las primeras transcripciones de estos recortes ya se ha visto algo al respecto. Recuérdese también la jerarquía espiritual que asigna al arte del sonido, pues ha de convenirnos muy pronto para oponerle á un desenfado... político.

Copiemos ahora lo que sigue:

«La Música ha nacido para suplir la palabra, para expresar esos sentimientos vagos, infinitos, que por lo mismo que son como el aire de la vida moral, no revisten bien la forma concreta de la palabra.

«La Música, en la antigüedad ejerció una influencia benéfica. La antigüedad es eminentemente música: sus palabras están sujetas á ritmos, sus períodos á armonías; la lira es uno de sus grandes trofeos, el mito de Apolo uno de sus más verdaderos símbolos. La Música es la educación principal de las almas, como la gimnasia es la educación de los cuerpos; sus leyes se cantan en la plaza pública, sus grandes batallas se cantan en los juegos olímpicos. Los soldados de Grecia antes necesitan la lira que la espada, del poeta que del general; los versos de Tirteo, cantados al fuego del combate pudieron, más que la estrategia de los grandes soldados; la canción de un amante es el primer presente que aguarda la doncella para sentirse inspirada por el amor y ceñir á sus sienes la corona de sésamo; las tragedias griegas no pueden existir sin coros, ni sus ceremonias religiosas sin danzas, en que las vírgenes se mueven al compás de las notas de las cítaras; y en todos tiempos, en primavera como en otoño, en todas las grandes transformaciones de la Naturaleza, los griegos rocían, como los latinos, las flores, los frutos, la salida de la luna entre los montes, el crepúsculo, el otoño, la primavera, la vendimia, la siega, con hermosísimos cantos.»

A Rossini le dedicó una de sus *Semblanzas Contemporáneas*; á la música popular de Cataluña, desarrollada por Clavé, le dedicó también su atención favorable; lo propio hizo con el canto y el baile de otras provincias.

Traslado:

«El entusiasmo patrio, el sentimiento religioso, se exhalan en la Marsellesa y en el Himno de Riego, en el *De profundis* católico y en el Coral de Lutero. Pero, el sentimiento que más necesita de la música, es el amor, el cual se expresa mejor en un suspiro que en un discurso. La serenata poética verdadera es la serenata de amor. Clavé amó y cantó. Comenzó por componer algunas canciones airoas, y concluyó por componer esos coros que hoy son la honra de su nombre y el orgullo de su patria... Hace algunos años (1) Clavé era puramente un trabajador, un tornero. De vez en cuando, sujeto en el taller, levantaba la vista, apercibía el oído, como el ave enjaulada, para escuchar cualquier melodía popular, cualquier eco perdido, que llegaba hasta su alma... Hay un gran revelador para el espíritu, y sobre todo para el espíritu del poeta. A este revelador unos poetas le llaman Cintia, otros Lesbía, otros Beatriz, otros Laura; pero la humanidad entera le llama siempre amor.

FRANCISCO TOMÁS Y ESTRUCH

(Concluirá).

(1) José Anselmo Clavé, nació en 1824; en 1845 puede decirse que empezó su gran obra artística y moralizadora. Murió en 1874.

TRISTÁN É ISOLDA

POEMA MUSICAL EN TRES ACTOS, POR RICARDO WAGNER. — TEATRO REAL DE MUNICH, 10 DE JUNIO DE 1865.

GRAN TEATRO DEL LICEO, DE BARCELONA, 8 DE NOVIEMBRE DE 1899.

El gran Teatro del Liceo acaba de ser estuche de la más soberbia joya que, en el arte dramático-musical, haya logrado cincelar la mente humana.

El gran Wagner puso en ella toda la madurez de su talento, la serenidad de su experiencia, la fuerza de su voluntad de hierro y la vehemencia de su temperamento creador, enriquecida por la audacia que le prestara una pasión humana nacida en Zurich en Abril de 1858, y alimentada, siempre lejos del bien amado, primero en Ginebra, luego en Berna y por fin en la plácida Venecia.

Wagner estuvo dedicado por completo á la composición de su célebre «tetralogía» desde el 1854 al 1857. En Octubre de 1857 comenzó á trabajar en el primer acto del *Tristán*, en Zurich, terminándolo el día 3 de Abril de 1858; el segundo acto, comenzado en la propia ciudad, terminó en Venecia el 9 de Marzo de 1859, y todo el tercer acto fué escrito en la ciudad de San Marcos, en Septiembre de 1858. Elaboró su instrumentación en Lucerna, quedando la obra terminada en 19 de Julio de 1859.

Wagner tomó la acción de su poema de una leyenda de la Edad-Media, sirviéndose de las adaptaciones alemanas hechas por Gottfried de Strasburg, del poema del trovador Thomas y de la versión hecha por Filhatvon Oberg, del poema de Beroul.

Se desarrolla el prodigioso enamoramiento en los alrededores del siglo VI, en tierras de Cornualles, feudatarias de Irlanda, y durante el reinado de Marke.

El príncipe Norld tenía el derecho de exigir un tributo anual de muchas doncellas, escogidas entre las más hermosas de la oprimida Irlanda. Creyendo á sus súbditos abatidos por el peso mismo de su desdicha, preséntase á cobrar aquel brutal impuesto; pero *Tristán*, sobrino del Rey *Marke*, desafía al odiado Norld, venciendo y mandando su ensangrentada cabeza á la princesa *Isolda*, prometida de *Marke*, á la que lleva como muestra de su triunfo para ofrecerla á su tío y señor.

Al levantarse el telón, aparece el soberbio vajel de *Tristán*, que navega hacia Cornualles, llevando á la preciosa cautiva, acompañada de su fiel servidora *Brangania*.

Isolda, ante la perspectiva de su esclavitud é inducida por el deseo de vengar al príncipe Norld, llama á *Tristán*, con intento de darle á beber el «filtro de la muerte»; pero *Brangania* quiere evitar aquel doble suicidio, y vierte en la copa de *Isolda* el «filtro del amor»; bebida mágica que abre en los protagonistas el más perfecto estado de arrobamiento amoroso que se haya presentado en el teatro.

Unidos en fuerte abrazo *Tristán é Isolda*, sienten en sus pechos la fuerza de una pasión sobrenatural que los atrae, hasta llegar á transportarles al más sublime delirio de amor.

Llega el navío hasta las costas de Cornualles y, durante el segundo acto, se desarrolla la escena en el bosque que circunda el palacio del Rey *Marke*.

Isolda la esposa del Rey, logra hallar una ocasión de hablar con su amante el caballero *Tristán*, y, bajo los copudos cuerpos de los árboles seculares del bosque real, la gentil mujer y el gallardo mancebo se abrazan con la fruición de un goce vedado por tanto tiempo, cediendo al creciente influjo de aquella bebida mágica.

El arrobamiento de tan sublime idilio es interrumpido por las advertencias de *Brangania*, cuya previsión no logra evitar que llegue el Rey y su corte, guiados por el falso *Melote*, que se fingía amigo de *Tristán*.

Este encubre á la mujer enamorada con su manto, para sustraerla á las miradas de los recién llegados, é, incitado por *Melote*, acude al desafío, siendo herido mortalmente antes de llegar á cruzar los aceros. *Tristán* cae en brazos del fiel *Kurwenal*, *Isolda* se abraza al inanimado cuerpo del amante, y el Rey *Marke* impide, por su propio brazo, que *Melote* remate su traicionera obra.

La escena del último acto representa el mismo castillo de los parientes de *Tristán*, á la orilla del mar.

El enamorado *Tristán* aguarda la llegada de *Isolda*; pero la herida es tan profunda que, aguardando, agoniza en brazos de *Kurwenal*.

Bajo la sombra de un añoso tilo, *Tristán* siente escapársele la vida, que solo mantiene el deseo de ver á *Isolda*. Tras las angustias de la más patética impaciencia,



Fot. Antonio y Emilio F. (dita Napoleón).

ADA ADINY-MILLIET

EN LA ÓPERA «TRISTÁN É ISOLDA».

llega el vajel que conduce á ésta. *Tristán*, al sentir cerca de sí á su amada, hace un supremo esfuerzo y cae muerto en sus brazos.

Isolda, la amante fiel, sella aquel pacto con su vida y muere abrazada al cadáver de *Tristán*, siendo esta situación acaso la más hermosa de todo el poema.

La música del *Tristán é Isolda* es la condensación de cuanto puede crear un genio, para expresar el delirio de amor.

La orquesta desarrolla todos los motivos del poema con esa unión que tanta grandeza presta al arte wagneriano, y va posesionándose de la atención y de la voluntad del auditorio, haciéndole sentir aquella sugestión estética completa á la que tan pocos han llegado.

No hemos de citar fragmentos, porque el cuerpo del poema forma tan armónico conjunto, que todo él es un dechado de habilidad, de inspiración y de sabiduría.

Aunque así no fuese, solamente la escena del arrobamiento del primer acto, el gran duo del segundo, y la muerte de *Isolda*, después del sublime delirio de *Tristán*, en el final de la obra, son páginas de tal perfección y de tan grande fuerza creadora, que bastan á afianzar para siempre la fama del gran músico.

El estreno en España de esta obra sin par, ha sido un verdadero acontecimiento. La función del Gran Teatro del Liceo, en la noche del 8 de Noviembre, constituye una solemnidad musical de aquellas que son siempre recordadas en la historia artística de una ciudad.

Gran parte del éxito que obtuvo el *Tristán é Isolda*, éxito indiscutible desde el primer momento, fué debido á lo perfecto de la interpretación.

Para desempeñar el papel de *Isolda* llegó de París la gran artista Adiny Milliet, una de las más soberbias figuras del arte lírico actual.

Como mujer, completamente hermosa, de facciones encantadoras y de líneas esculturales, la señora Adiny Milliet es una artista que presta á la escena el doble encanto de su atrayente presencia y de su arte exquisito.

Posee una voz de franco y soberbio timbre, una escuela consumada y sello de personalidad en las modulaciones; cualidades estas que, unidas á su talento de actriz dramática y á su dominio de las tablas, convierten á la señora Adiny en una *Isolda* tal cual la imaginara el autor. Su triunfo fué completo: las filigramas de su expresión se vieron premidas con ovaciones francas y calurosas.

La señora Borlinetto, encargada de la parte de *Brangania*, estuvo muy ajustada, y en ciertos momentos logró efectos dramáticos de verdadero mérito.

Junto á la señora Adiny, el tenor señor Cardinali resultó el héroe de la fiesta. Educado por el mismo Wagner, que le enseñó á cantar el *Rienzi*, Cardinali hizo un *Tristán* perfecto, sabiendo dominar las excepcionales condiciones de su garganta, para cantar toda la ópera con la cariñosa expresión del alma del amante protagonista.

En el duo del primer acto, en la escena de amor del segundo, y en las dramáticas escenas de la agonía, Cardinali mantúvose á la misma altura, demostrando un talento extraordinario y un dominio de sus facultades que pocos artistas logran hasta un grado tan perfecto. Contra nuestros deseos, su retrato en traje de la obra, llegó demasiado tarde á nuestras manos: ofrecemos publicarlo en uno de los próximos números.

Los señores Cromberg, Giraldoni, Zuechi, Rossaro y Giral compusieron muy bien el conjunto, que salió tan primoroso como pocas veces puede lograrse en una obra de tantas dificultades.

La orquesta fué conducida á la perfección, siguiendo las indicaciones del maestro Colonne, que es una de las primeras figuras del arte lírico moderno, y que dejó sus conciertos de París para dirigir la obra en Barcelona.

Terminadas las cuatro primeras representaciones, se ha sentado en el sillón del director el maestro Marty, eminente compositor que ha logrado efectos sorprendentes y un éxito colosal.

Las tres decoraciones de Soler y Roviro, son tres joyas á cual más bellas y ricas, por lo firme de la perspectiva, lo armonizado del color, y la preparación escénica.

La empresa del Liceo está muy de enhorabuena.

TU LIBRO

Con gotas de tu llanto se mancharon
las páginas del libro que leías,
y allí las tristes huellas se grabaron
de la pasión inmensa que sentías.
Mi sonrisa, glacial, indiferente,
fué pago de tu angustia enamorada,
y al alzar hacia mí tu blanca frente,
no tuve para tí ni una mirada,
ni amante frase ni suspiro ardiente.

Han pasado los años,
y, de mis veleidades por testigo,
un caudal de malditos desengaños
mi pobre corazón lleva consigo.
Tu libro tomo; el loco pensamiento
recuerda mi desprecio y tu quebranto,
y llanto de fatal remordimiento
borra las huellas de tu amargo llanto.

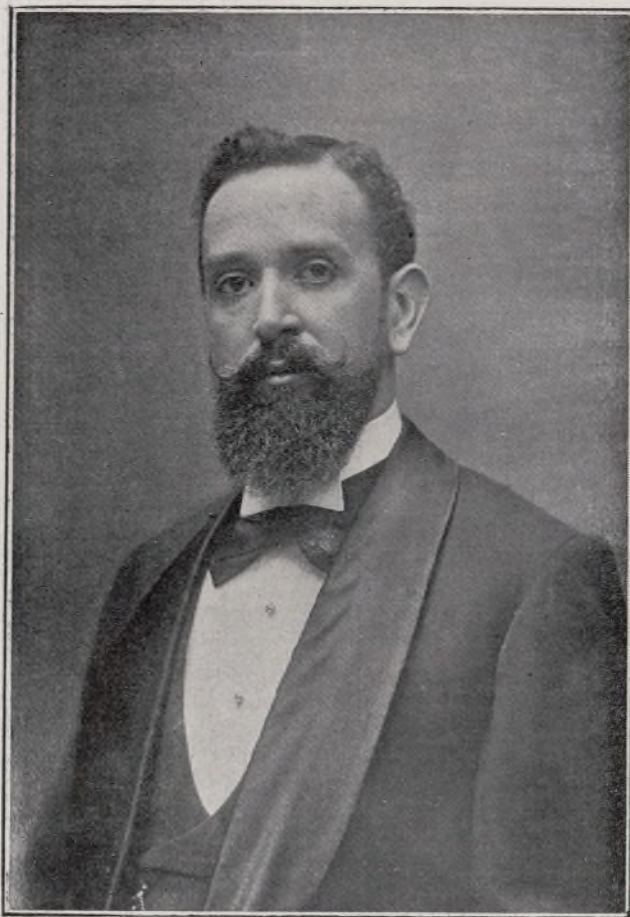
NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

TODO POR ELLA

Todo por ella: mi pensamiento;
cuanto en la mente bullendo está;
dichas y penas, sueños de rosa;
cuanto en la gloria me hace soñar.

Todo por ella: de sus ausencias,
la pesadilla, la soledad;
y la nostalgia, si no la veo,
de todo el mundo que hay en su faz.

P. SAÑUDO AUTRAN



JUAN VILA DEL SOLÉS Y COMES.

Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

MUTUA VENGANZA

I

PERO, querida tía, ¿es tan grave lo que tiene usted que decirme para llamarme con tanta urgencia?

—Sí, hija mía; muy grave. Siéntate. Voy á cerrar la puerta para que nadie se entere de nuestra conversación.

—Me pone usted en cuidado...

—Ya estamos solas. Pues bien, Elena; se trata de tu futuro marido.

—¿De Leopoldo? Entonces no me explico cómo pueda ser grave lo que va usted á contarme, porque de él no debo esperar nada malo, al contrario... Cada día que transcurre estoy más convencida de su inmenso cariño, de su... Y yo también le quiero con delirio, porque es tan amable, tan bueno...

—Tan infame, digo yo.

—¿Tía!...

—Infame, muy infame... Y todavía me quedo corta.

—Pero...

—Escucha: comprendo que mi revelación te hará daño, muchísimo daño, pero es preciso: desde hoy debes renunciar para siempre al cariño de ese hombre.

—¿Cómo!... ¿Renunciar á su cariño?... ¿Olvidarle?

—Justamente.

—¿Después de haberse anunciado en público nuestro próximo enlace?... ¿Después de haber cifrado en su amor toda mi ilusión, mi ventura?...

—O tu desgracia, porque conociendo, como conozco desde ayer la odiosa historia de ese canalla, tu porvenir á su lado sólo podía ofrecerte lágrimas y desdichas.

—¿Qué horror! No es posible que Leopoldo sea tan malo como usted le pinta.

—Desgraciadamente, las pruebas que tengo de su mala conducta no pueden ser más convincentes.

—Entonces ¿por qué no me lo han advertido antes? Papá debió enterarse...

—Tu padre no se ocupa de eso. Preséntale asuntos rentísticos, háblale de política, ofrécele una cartera y lo demás importa poco. Ya lo ves: lo que él no ha hecho por su hija he tenido que hacerlo yo por mi sobrina.



—¡Qué triste decepción, Dios mío! ¿Pero está usted segura de que es tan infame que tenga que olvidarle para siempre? Dígamelo usted todo... No me oculte usted nada. El veneno del desengaño no debe tomarse en pequeñas dosis, porque es una agonía terrible.

—Pues bien, hija mía; de mis averiguaciones resulta que Leopoldo es un vividor, un vicioso que sabe engañar perfectamente á todo el mundo. Seguro ya de casarse contigo, ha visto abogados, ha tratado con cien usureros y, por fin, uno de éstos le ha facilitado dinero á cambio de tu dote; de modo, que todavía no es tu marido y ya trata de dejarte en la miseria.

—¡Qué infamial

—Pues aún hay más. Dos lindas muchachas, víctimas de los impuros amores de ese perdido, lloran lágrimas de sangre al contemplar el desdichado fruto de su deshonor... Y á esas tiernas criaturas, á esos infelices seres, yo los he visto, les he besado, y yo misma he dado dinero á sus pobres madres para que los vistan y no se mueran de frío.

—¡Cruel!

—Dime ahora si ese hombre es digno de tu cariño, de ser tu esposo...

—¡Oh, nunca! Hoy mismo le escribiré para que jamás vuelva á hablarme ¡Canalla!

II

« Queridísima Elena: Acato resignado, por ahora, la prohibición de verte, pero como no puedo cerciorarme de que tu carta sea dictada por ti, te ruego me digas quién te ha obligado á escribirla.

» La historia de los abogados, del usurero, de las muchachas víctimas de mi falso amor, de las tiernas criaturas abandonadas, todo eso me ha entretenido agradablemente, y sólo deseo conocer el nombre del autor ó autora, para felicitarle por el indiscutible mérito de su obra.

» Si, por el contrario, no existe esa persona que yo me imagino, en ese caso te compadezco doblemente, pues será prueba inequívoca de que una vez más te has dejado seducir por el extraño lenguaje de esas flores que tan delicadamente cuidas en tu jardín y á las cuales, según me has contado mil veces, confías tus cuitas amorosas, entablando coloquios con rosas, claveles, pensamientos, etc., etc. Si han sido ellas las que han sembrado la duda en tu corazón, no me sorprende, porque toda mi vida las he detestado, y justo es que ahora se venguen de mi odio.

» Escribeme, ya que me prohibes ir á tu casa, y quiera Dios que tus quejas sólo obedezcan á una alucinación, producida por los raros consejos de mis inanimadas enemigas.—LEOPOLDO.»

III

« Me había propuesto no volver á escribirle á usted, pero lo hago por última vez para decirle que, efectivamente, las flores me han revelado con su extraño lenguaje lo que ignoraba hasta hoy. Hago esta aclaración para que no acuse usted á nadie de indiscreto. — ELENA. »

Leopoldo leyó la carta y después la estrujó con rabia entre sus manos.

Nervioso, agitado, paseaba por su habitación, como fiera enjaulada, renegando de su suerte. El caso no era para menos. Descubiertas sus infamias y malas artes, en pocas horas veía derrumbarse uno á uno los mil castillos que fabricara en el aire. En un momento perdía primero el dote de Elena, después la cuantiosa herencia de su padre, y por último, la posesión de una mujer joven y hermosa. Todo, todo se desvanecía como por encanto. La felicidad le había entreabierto sus puertas y, cuando se disponía á traspasarlas, una mano misteriosa se las cerraba, tal vez para siempre.

Por eso estaba agitado, nervioso, fuera de sí.

En su extrema excitación, llegó á creer como cosa cierta la extraña farsa del lenguaje de las flores, inventado por Elena. Lo que en otra ocasión le había producido francas carcajadas, ahora lo creía como artículo de fe.

—Esas malditas flores quieren vengarse de mí, — decía en su delirio, — ¡pues veremos quien vence en la lucha!... ¡Pepe!... ¡Pepe!...

En seguida se presentó un criado.

—Arrégrame la cama... Aprisa, corriendo...

—¿Va usted á acostarse tan temprano? Si todavía no han dado las diez...

—No importa; necesito descansar... Oye bien lo que voy á decirte. Busca un saco, véte en seguida á casa de Elena, escala la tapia del jardín y tráeme inmediatamente todas las flores que hay en el ángulo izquierdo del fondo, al lado del columpio.

—¿En aquel pedacito que cultiva la señorita Elena?

—Justamente.

Leopoldo se acostó. Tenía fiebre, una fiebre intensa.

Pepe cumplió, no sin algún temor de ser sorprendido, el encargo de su amo, y antes de una hora estaba de vuelta.

—Aquí traigo las flores, señorito.

—¿Traes muchas?

—El saco lleno.



—Pues espércelas por el suelo de esta habitación, pero con cuidado. Así cuando mañana me levante podré cumplir mi deseo. Quiero aplastar, pisotear á mis crueles enemigas.

—¡Vaya un capricho!... ¿Pero no comprende usted que?...

—Cállate y véte. Cierra la puerta, bien cerrada, para que no me molesten los ruidos... ¡Ah, mañana saborearé el placer de la venganza!... Ya tengo en mi poder al enemigo... ¡Es mi prisionero!... Mañana...

Llegó la mañana, pero Leopoldo no despertó de su sueño.

Los médicos certificaron que había muerto envenenado por las flores.

FERNANDO SERRAT Y WEYLER

RAMON ALSINA



PLANÉS — PIRINEOS ORIENTALES.



UN RINCON DE MI PUEBLO

Según Robira (Fernando VII, 59.)

DOS INSTANTÁNEAS

QUERIDO amigo: Mañana, día de mi santo, te espero á cenar; después de la cena habrá, tal vez, alguna sorpresa que me parece resultará agradable. No faltes, pues sin ti la fiesta no sería completa y ocasionarías un disgusto á

Tu buen amigo:
JUAN.

Recibí la carta, el día 23 de Junio de hace dos años, y ni por un momento pensé en rehusar la amable invitación del que, con justicia, se titulaba mi buen amigo. Juan y yo habíamos sido condiscípulos en el



SALIDA DE BAILE. — Cuadro de ROMÁN RIBERA.

Fot. Pauli y Bartrina.

Instituto y en la Universidad; allí comenzó nuestra amistad, jamás desmentida en lo sucesivo, y de la que nos dimos mutuas y patentes pruebas.

A la vez, nos licenciamos en derecho, y poco después, mi amigo, que poseía cuantiosa fortuna, contrajo matrimonio; un enlace de verdadera inclinación, con una joven de honrada familia, hermosa y buena, según afirmaban cuantos la conocían, pero sin dote. Juan era huérfano, mayor de edad, y de consiguiente, había podido seguir sin dificultad alguna los impulsos de su corazón.

Fué feliz durante dos años; las cartas que de vez en cuando me escribía, pues había ido á establecerse á Madrid, no me dejaban abrigar la menor duda acerca de ello. Luego, las cartas fueron menos frecuentes y parecieronme impregnadas de creciente melancolía. No tenía sucesión y su salud se había alterado: he aquí la explicación que dió á mis discretas alusiones al cambio observado en la disposición de su ánimo. Añadía que su hermano Enrique habíase ido á vivir con él, para distraerle y cuidarle en unión de su esposa, y últimamente, me participó que los médicos le habían aconsejado el descanso absoluto en sus tareas y que, en consecuencia, volvía á Barcelona, de paso para Arenys de Mar, en cuyas inme-

diaciones tenía una hermosa quinta, donde pensaba permanecer larga temporada.

El día de su llegada acudí á la estación. Encontré á mi pobre amigo bastante desmejorado: en cambio, su esposa y su hermano, un buen mozo, tres años más joven que aquél, rebosaban salud. Sin embargo, hubiérase dicho que ellos eran los enfermos y Juan el sano, pues éste mostrábase alegre y decididor, mientras sus acompañantes estaban taciturnos y parecieron contrariados por mi presencia. Sólo permanecieron en Barcelona unas cuantas horas, que yo aproveché hablando con mi amigo, renovando los recuerdos de nuestra vida de estudiantes y dándole ánimo, pues no tardé en conocer que su alegría era ficticia, que se hallaba seria y hondamente preocupado, sin duda por el estado de su salud. Ni una palabra, ni la menor indicación me dejó entender que su real abatimiento reconociera otra causa.

Entre los bultos de su equipaje, cuya descarga presencié, venía una voluminosa caja, que llamó mi atención.

—¿A que no adivinas qué encierra eso? — me preguntó Juan, observando la curiosidad con que la examinaba.

—No, á fe mía, — respondí.

—Una soberbia cámara obscura, con todos sus accesorios. Como en estos últimos meses los médicos me recomendaron, á la vez, distracción y reposo, se me ocurrió consagrarme al arte de Daguerre y Niepce y, según parece, he resultado un fotógrafo de primera fuerza. Durante mi forzada reclusión, he tomado las vistas de todos los alrededores de mi casa; he retratado á cuantos amigos pasaron los umbrales de mi domicilio; y tengo una colección completa de fotografías de mi mujer y de mi hermano, en todas las actitudes imaginables, solos y en grupo... Cuando vayas á vernos á Arenys, ó yo vuelva aquí más despacio, te enseñaré mis obras maestras.

Al recibir la carta que encabeza estas líneas, aún no se había presentado ocasión de que mi amigo me mostrase sus trabajos fotográficos, pues ni él volvió á Barcelona, ni yo tuve tiempo de hacerle una visita. Ya no era posible demorar ésta, y el mismo día en que recibí la invitación de Juan, tomé el tren y me trasladé á Arenys de Mar.

La acogida que se me hizo, fué afectuosísima, por parte de Juan; simplemente cortés, por la de Consuelo, su esposa, y Enrique. Faltaba un rato para la hora de la cena, y mi amigo quiso que aprovecháramos el tiempo. Me enseñó todos los aposentos de la quinta, espaciosos y bien amueblados, subimos al terrado, contemplamos el mar; y el poético espectáculo que ofrecían sus aguas, sobre las que caían los últimos rayos del sol poniente, y en cuyo verde fondo se destacaban las blancas velas de las lanchas pescadoras, como lirios desperdigados en inmensa pradera, arrancóme esta vulgar exclamación:

—¡Qué hermoso!

—Cierto, — repuso Juan; — pero ¡qué amargo!

Y añadió, como hablando consigo mismo:

—¿Por qué ha de tener ese dejo la hermosura?

Permaneció algunos momentos ensimismado, y, para sacarle de su abstracción, le recordé la promesa que me había hecho de enseñarme sus trabajos fotográficos.

No pareció agradaarle la idea. Pasó una nube por su frente, y murmuró:

—Bien sí... vamos...

Comenzó á bajar con lento paso, como de mala gana; le seguí y al llegar á las habitaciones, Consuelo nos salió al encuentro, diciendo:

—La cena está dispuesta.

Juan lanzó un suspiro de desahogo.

—A la mesa, — dijo; — dejemos para luego las fotografías.

Inútil es decir que no insistí.

La cena fué triste, pese á los esfuerzos que todos hicimos para animar la conversación. Yo no tenía ningún particular motivo de disgusto; pero la anómala actitud de los otros tres comensales me cohibía y me preocupaba. Allí pasaba algo: ¿qué era ello? Desgraciadamente no tardé en saberlo.

A los postres, Juan pareció galvanizarse; ficticia ó verdadera, manifestó alegría, y, luego que hubimos tomado el café, dijo volviéndose á mí:

—La sorpresa que te he prometido consiste en que voy á retrataros en grupo, con el revólver de magnesio; un curioso mecanismo que me han traído de París la semana pasada. Esperad un poco.

Levantóse y salió, volviendo al cabo de algunos minutos, en compañía de un criado que traía la cámara obscura y el trípode.

En un momento quedó instalada la máquina en uno de los ángulos del comedor. El criado se retiró.

—Hay que apagar la luz, — dijo Juan; — pero no estaréis mucho tiempo á oscuras. Cuando yo os avise, permaneced quietos, pues en seguida arderá el magnesio del revólver y se impresionará la placa.

El comedor quedó en tinieblas; transcurrieron algunos instantes y de pronto brilló la blanca luz del magnesio. Consuelo lanzó un ahogado grito.

—¿Qué es eso? — preguntó su esposo, á la vez que encendía un fósforo, pues la habitación había vuelto á quedar á oscuras.

—Que... como habías dicho que avisarías... — balbuceó la joven con alterado acento.

—Es claro, — contestó en voz serena Juan. — Si os hubiese advertido habríais salido forzados, sin la expresión natural... Voy á revelar el clisé.

Y, antes que ninguno de los tres hubiéramos podido hacerle observación alguna, salió llevándose el bastidor ó *chassis*, como se dice entre los del arte.

Miré á Consuelo y á Enrique, y no pudo menos de sorprenderme la expresión de sobresalto que revelaban sus facciones, sobresalto que se convirtió en mortal ansiedad cuando, al cabo de un rato, Juan se presentó de nuevo en el comedor.

Volví la vista hacia mi amigo y me pareció que estaba pálido; sus ojos despedían un extraño fulgor. Detúvose un instante bajo el dintel de la puerta, contempló el grupo formado por su hermano y Consuelo, siguió adelante y dijo con voz perfectamente tranquila:

—¡Qué desgracia! Hay que repetir la operación; no ha salido nada en el clisé.

Los rostros de Enrique y su cuñada se serenaron como por encanto.

—Después de todo,— continuó Juan,— más vale así, porque observo que no estais bien agrupados. Tú, Eduardo, colócate ahí, junto á mi esposa; tú, aquí, Enrique.

Y puso á su hermano cerca de la máquina, bastante separado de nosotros dos.

—Ahora,— añadió por último,— sería inútil tratar de engañaros nuevamente. Haced el favor de permanecer quietos y naturales, cual si no fuerais á retraros... ¡Ya veréis como al fin sale una obra maestra!

Parecióme advertir cierta ironía en esta observación, tras de la que volvió el comedor á quedarse á oscuras. Un instante después, mi amigo decía con destemplado acento:

—¿Estáis preparados?

—Sí,—repuse yo, en vista de que los demás nada respondían.

—Pues ¡fuego!—gritó Juan.

Y se oyó un nuevo disparo, mas... muy distinto del anterior: un disparo hecho, no con el inofensivo revólver de magnesio, sino con un arma mortífera, con un verdadero revólver. A la detonación siguió el ruido de un cuerpo pesado que cae al suelo, y á la vez que yo, dominando mi asombro y mi espanto, de nuevo encendía la luz, Consuelo lanzaba un grito desgarrador.

Cuando las tinieblas desaparecieron, un espectáculo horrible se ofreció á mis ojos. Consuelo se había desmayado; Juan que en la obscuridad había ido acercándose sigilosamente á su hermano, permanecía inmóvil, caídos los brazos, junto al ensangrentado cadáver de Enrique á quien había destrozado el cráneo; su mano diestra empuñaba aún el arma homicida. Dejola caer apenas brilló la luz y se arrojó en mis brazos sollozando.

He aquí el resumen de la declaración prestada por mi amigo ante el juzgado:

—Al poco tiempo de la entrada de Enrique en mi casa, comenzaron mis sospechas; estas se acrecentaron con motivo de mis ensayos fotográficos; pues, al retratar en grupo á mi esposa y á mi hermano, la expresión de sus miradas los vendía sin que de ello pudieran darse cuenta... Yo, no



¡A ESE! — Cuadro de A. FILLOL GRANELL.

Fot. Pauli y Bartrina.

obstante, trataba de desechar tales ideas: ¡me parecía imposible tamaña infamia!... Pero aquella fatal noche adquirí la prueba evidente, irrecusable, de su crimen... Aprovechando la obscuridad y fiados en que yo les avisaría, los miserables, estrechamente abrazados, estaban besándose en el momento en que hice el primer disparo... La placa está en mi laboratorio, á la disposición del juzgado y para testimonio de mi deshonra.

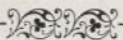
—¿Por qué se vengó usted en su hermano y no en su esposa?—preguntó el juez.

—¿En Consuelo?—repuso Juan.—¡Oh! ¡Imposible!

Y se llevó ambas manos al corazón.

Consuelo desapareció la misma noche de la catástrofe, y fueron inútiles cuantas pesquisas se hicieron para averiguar su paradero. El jurado ha absuelto á mi amigo, pero su felicidad está muerta, y su razón ha sufrido tan rudo golpe, que experimenta accesos de locura, cada vez que pasa por delante de un escaparate de fotografía. ¡Pobre Juan!

EDUARDO BLASCO





Cartares

Al hacer sus negros ojos
dos milagros hizo Dios;
de dos soles de tinieblas
dos rayos de luz sacó.
Federico Balart.

Al Cielo con ser un Cielo,
le ha bastado con un sol,
¿Pues como será tu cara
cuando en ella han puesto dos?
José de Echegaray.

¡DECEPCION!

I



o te has enterado de lo que le pasó á un ofic al de mi escuadrón, cuando estábamos destacados en H.?

—No,—respondí.

—Pues el caso es sabrosísimo y merece que lo sepas...

Y, encendiendo mi interlocutor, el capitán D..., un pitillo, dió principio á su relación de esta manera:

—«Durante la estancia en H... se me incorporó un muchacho joven y elegante, el teniente Lebrija, buen oficial, pun-donoroso en el cumplimiento de su deber, y que, muy en breve se hizo querer de cuantos le rodeabamos. Sólo una cosa nos inquietaba y nos torturó más de cuatro veces la imaginación. ¿Que se hacía por las noches? Durante estas, nunca se juntaba con nosotros. Nadie sabia donde encontrarle... ¿Alguna novia?...

¡Quíál! Si él mismo había dicho y repetido que todas las mujeres de H... le tenían sin cuidado, y esto que no se le había escapado al muy pillín que muchas se lo comían con los ojos!... Su asistente juraba y perjuraba que se acostaba su amo cuando sonreían los primeros alhores del día... ¿Donde iba?... ¿Donde iba?... Esto fué lo que me propuse averiguar, hasta dejar satisfecha mi curiosidad y la de mis compañeros.

Una noche, á la hora de la cena, me fingi estar indispuerto y me quedé en mi habitación. En cuanto conocí que iba á terminar aquella, salí de la casa sin hacer ruido, y de paisano, envolviendome en mi capa, de la cual levanté el embozo hasta los ojos, me aposté en la acera de enfrente, aguardando de esta guisa al oficial, quién á los breves instantes aparecía, de paisano también, abrigando su cuerpo con elegante y bien cortado *pardessus*.

Echamos á andar. yo siempre trás de él, y después de un sinnúmero de vueltas y revueltas por lóbregos callejones, dimos de narices en una especie de café-botillería, *un bar*, como dicen nuestros vecinos traspirenaicos, y allí entró Lebrija, haciendolo yo algunos momentos después, y procurando sentarme en sitio de donde pudiera verle sin ser visto.

¡Señores! ¡Por poco me dá un torisón, como dicen en Andalucía, al divisar, á pesar de la densa humareda producida por cientos de malos cigarros y apesantantes lámparas de petróleo, á mi hombre sentado ante una no muy pulcra mesa, cerca del mostrador, dirigiendo sus miradas, preñadas de amorosa pasión, á una mujer que sentada detrás de aquel se las devolvía con usura!

No era fea, parecía tener sus veinticinco; de buenas carnes, y, á juzgar por lo que dejaba al descubierto el mostrador, no mal conformada.

¿Conqué estas teníamos? ¿Conqué el apuesto tenientecillo andaba en trapicheos?

El, que desdeñaba á tantas y tan bien nacidas señoritas como en la población había, ir á posar sus ojos en una cafetera... ¡Pero qué cafetera!... ¡De un buchinchel!!

Pagué la taza de café—que á todo sabía menos á café—y sumido en un mar de cavilaciones, me fuí para casa, dispuesto á devanarme los sesos hasta descifrar el enigma.

¡Enamorado Lebrija de la dueña de un cafetucho parecido!...

II

Me disponía una mañana para ir al cuartel, pues estaba yo de capitán de día, cuando un: *¿Se puede pasar?* resonó al otro lado de la puerta de mi aposento. Abrí, y me encontré delante del buen Lebrija, quién me habló de este modo:

—Mi capitán: ¿tendría usted la bondad de escucharme por breves instantes?

—¿Quién lo duda? Tome usted asiento,—respondí acercandole una silla.

—Gracias. Pues... el caso es algo formal... Quizás á usted le estrañe... más un día ú otro debía acontecer... ¡Quiero casarme!...

—¿Usted?—le dije, haciéndome el desentendido; pero realmente sobresaltado de veras.

—Sí, yo. Y aquí me tiene usted para pedirle un favor, pues merece usted toda mi confianza.

—Vamos á ver: ¿qué es ello? ¡Eche usted por esta boca!

—Sencillamente, rogarle que sea usted quien vaya á pedir la mano de mi futura.



—No tengo inconveniente alguno, y honrado me veo en ello además. ¿Quién es? ¿Dónde vive?

—Se llama—dijo Lebrija,—Anastasia Carabaña, vive en el callejón X... y es propietaria del café «La alianza de los amigos».

¡¡¡María Santísima!!!

¡¡No se como vivo después de oir aquello!!

¡¡Al fin, caía al abismo, en unión de la cafetera!!!

Titubeé algo; sin duda él conoció lo que pasaba en el interior de mi sér, por cuanto se apresuró á decirme:

—Sí, ya sé que le extrañará á usted semejante enlace, por la diferencia de clases, pero, aunque á usted le parezca extraño, tengo estudiadas á cuantas mujeres casaderas hay en esta población, y ninguna, créalo usted mi capitán, reúne las condiciones de Anastasia. Guapa, bien formada, alma sensible y amorosa, y con un espíritu de trabajo tal, que siempre la he visto sentada detrás del mostrador del café, regentando desde allí, con admirable tacto, su establecimiento. Para ella están demás paseos y todo género de distracciones...

No era yo, ciertamente, el llamado á impedir lo que, en mi fuero interno, consideraba una atrocidad. Lebrija tenía ya los suficientes años para saber lo que le convenía y... nada, que le dije que sí, que iría á pedir la mano de la bella Anastasia.

Dióme el joven un cordial abrazo, junto con no sé cuantos millones de frases de agradecimiento, y, con el semblante rebosando alegría, se marchó á su habitación, en tanto que yo me dirigía al cuartel.

Aquella misma tarde me personé en el café de «La alianza de los amigos».

Tras el mostrador se hallaba ella, y hacia ella me fui derecho; le expuse en pocas palabras la misión que se me había confiado... Su rostro se coloreó un instante... y, al cabo de unos segundos, con voz temblorosa por la emoción, me dió el codiciado sí...

Al manifestar á Lebrija el resultado airoso de mi corto *interwiew* con Anastasia, por poco se vuelve loco de contento.

III

Y pasados algunos días, una mañanita muy temprano, llegamos á la iglesia donde debía Lebrija unirse en indisoluble lazo, éste, otro oficial y yo.

Allí aguardaban ya algunos invitados y parientes por parte de la familia de la novia...

A poco de haber llegado, el ruido que produce el rodar de un carruaje nos anunció la llegada de la que iba á casarse y de su comitiva.

En efecto, en una mala berlina — y digo mala, porque en la localidad aquella no había otras que las ya muy usadas en capitales de provincia, — llegó el tesoro del cual pronto iba á ser dueño el primer teniente de caballería don Armando Lebrija de los Mejillones.

Todos teníamos la vista fija en dirección al vehículo, que conducía á la novia.

De pronto, vimos palidecer densamente el rostro del oficial, y que, con los pelos en desórden y atropellando todo cuanto hallaba por delante, echaba á correr vertiginosamente..., sin dirección fija.

¿Qué había pasado?

Me lo contó confidencialmente aquella misma noche, cuando pude dar con él, ya en la estación del ferrocarril.

«Al dar la mano á mi Anastasia, para ayudarla á descender del coche, vi con espanto que la mi futura esposa solamente estaba bien formada de medio cuerpo para arriba, pues las piernas escasamente tenían dos cuartas...»

Vaya ¡¡que era enana!!!

¡¡Ahora me explico, amigo mío,— me dijo riendo estrepitosamente el Capitán D... — que se pasara la vida detrás del mostrador!!



RICARDO J. FRADERA

F. BRUNET Y FITA



SANTA MARIA LA BLANCA (TOLEDO).

Ayuntamiento de Madrid

GAMPS

NOCTURNO

A mi particular amigo
D Casimiro Bori

VALS PARA PIANO.

JUAN VILA del SOLÉS.

Andante delicado.

INTRODUCCION.

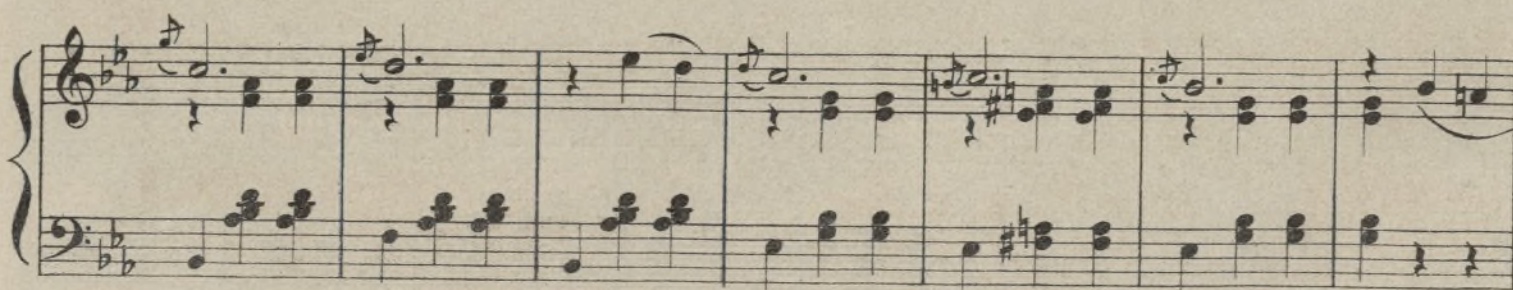
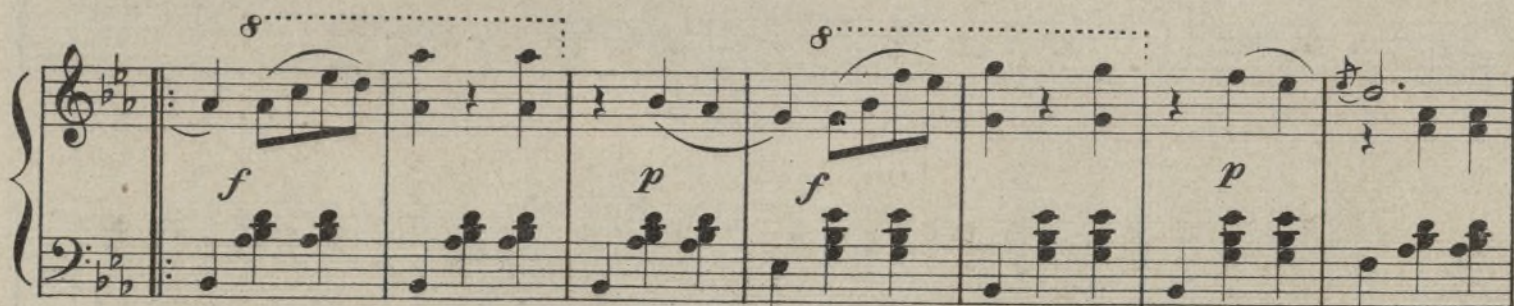
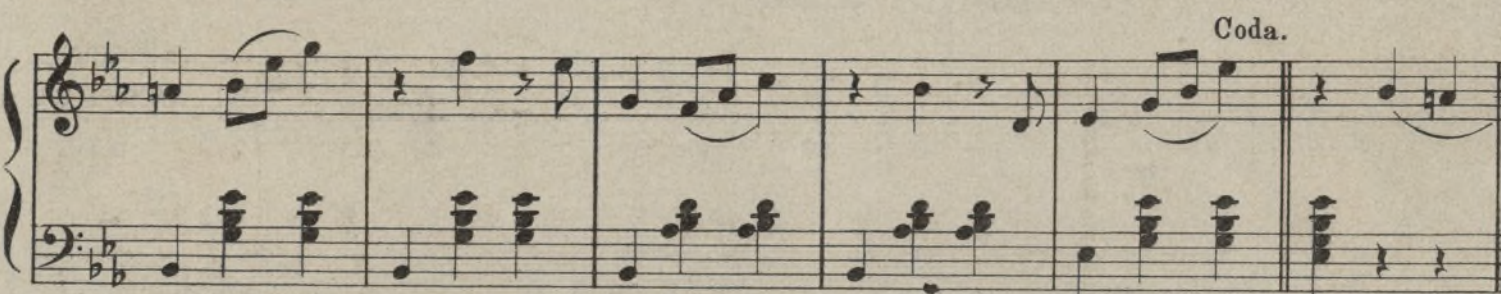
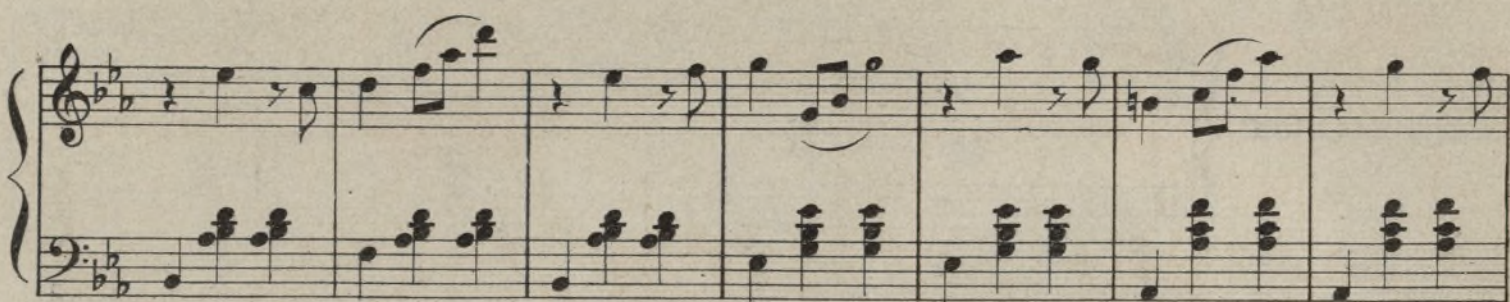
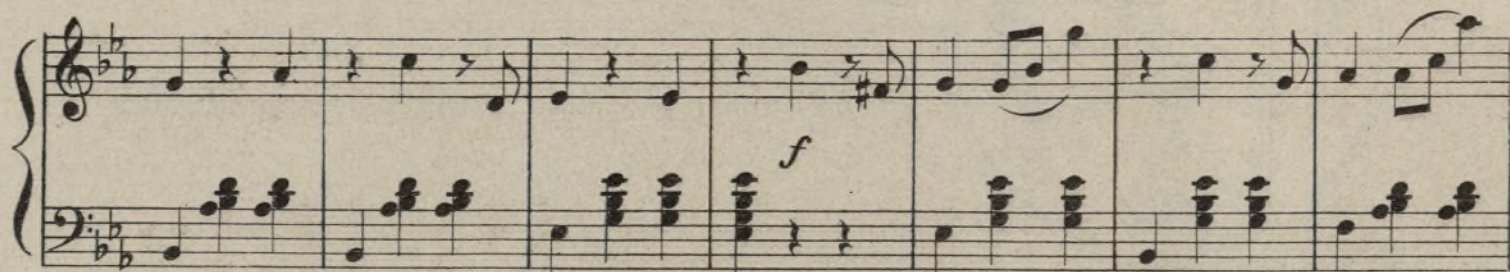
pp

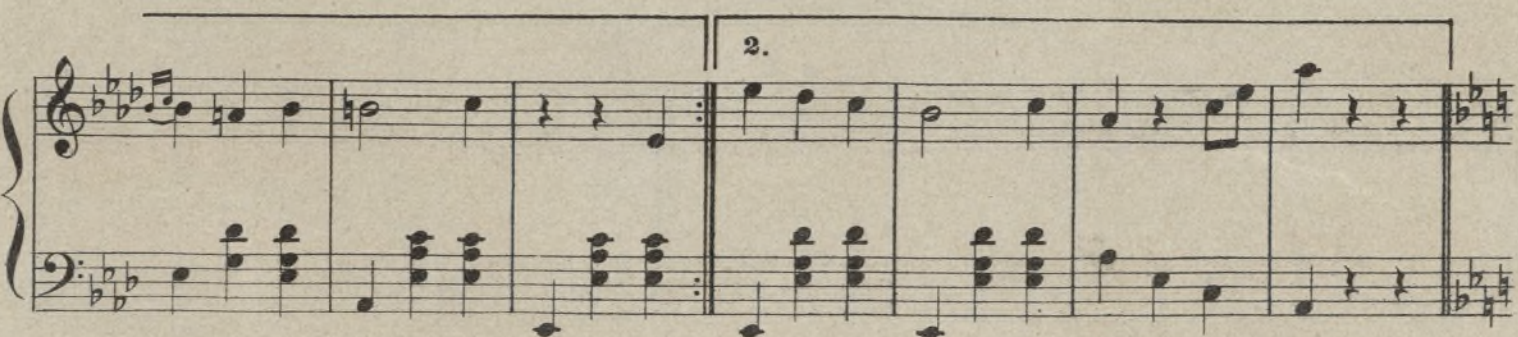
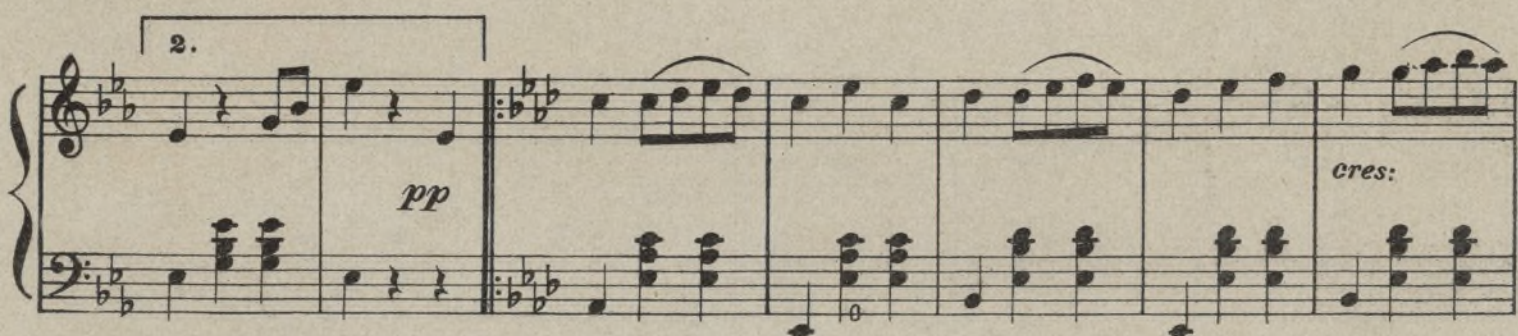
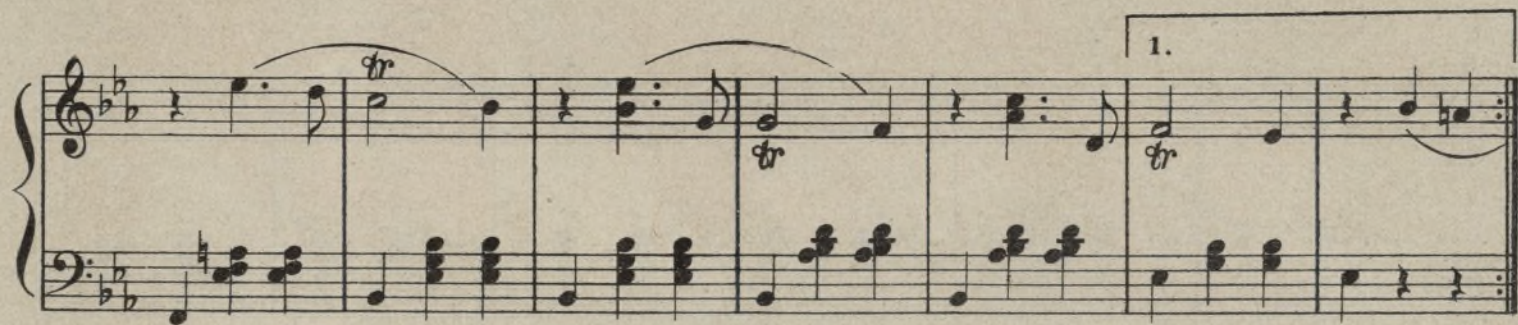
p *ff*

pp *p* *pp* *rit.*

VALS. *p*

cres: *p* *rit.*





First system of musical notation for piano, featuring a treble and bass staff. The treble staff begins with a forte (*ff*) dynamic, followed by a piano (*p*) dynamic. The bass staff provides harmonic support with chords and single notes. The system includes trills, slurs, and triplet markings.

Second system of musical notation for piano, continuing the piece. It features a treble and bass staff with various dynamics and articulations, including trills, slurs, and triplet markings.

Third system of musical notation for piano, including a "D. C. al % hasta Coda." instruction. The system features a treble and bass staff with various dynamics and articulations, including trills, slurs, and triplet markings.

Fourth system of musical notation for piano, marked "Vivo." and "CODA." The system features a treble and bass staff with various dynamics and articulations, including trills, slurs, and triplet markings.

Fifth system of musical notation for piano, concluding the piece. The system features a treble and bass staff with various dynamics and articulations, including trills, slurs, and triplet markings.

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.



CUADRO DE LUIS GRANER.

Ayuntamiento de Madrid



MORÍAN el año y la vieja sociedad romana. La corrupción, engendrada por miles de victorias, acababa con ésta; el frío que reina en los espacios inhabitados terminaba los días de aquél. Las energías del verano se habían agotado. El otoño se encargó de despojar árboles y plantas de sus verdes vestiduras. La savia no ascendía por las ramillas, y apenas si el grueso tronco sentía su palpitación. La actividad de los hombres había decrecido. Las noches eran larguísimas. Parecía haberse entrado en el reino de la muerte. El sol fulguraba entre brumas, y sus rayos, que despedían una luz mortecina, no prestaban calor.

Los hombres del mundo civilizado se afanaban para volver al salvajismo. El arte, llevado a su más alto grado de esplendor por los griegos, moría á chorros; no podía resistir la oleada de la extravagancia. Las curvas se convertían en rectas. La turgencia desaparecía bajo el plano. La vida, hija de las curvas, se agotaba herida por los ángulos. La corrupción administrativa era grande. El Senado entero se vendía por un puñado de sextercios. Los Emperadores, apenas aparecidos, estaban á merced de sus legiones. Las mujeres no querían ser madres. La maternidad las asustaba y repugnaba. Los hombres no querían comercio con mujeres, y á tal extremo llegó el culto del celibato, que hubo que dictar leyes contra él. La pérdida de la fortuna no hacía renacer la fecundidad. Los dioses tenían templos; pero no un santuario en ningún corazón. Las ofrendas abundaban por pura ostentación é hipocresía; los mármoles, los jaspes, el oro, los diamantes y las perlas, fulguraban en las aras; pero hacia los dioses no se elevaban preces. No había quien esperara milagros. La fe no curaba ninguna herida. Los esclavos aborrecían de muerte al patricio; el señor despreciaba á los esclavos. Los mercaderes explotaban á unos y otros. Júpiter no lanzaba rayos; Minerva no aconsejaba á los hombres; Venus había visto pervertir su culto. Se marchaba al azar, porque nadie veía un faro, que indicara el camino que había que seguir.

Los hombres desconfiaban de los hombres. Cordialmente se odiaban explotadores y explotados; vencedores y vencidos. La filosofía agonizaba; la verdad no aparecía por lado alguno. Y á cada año que moría, parecía que se escuchaba el *miserere* entonado por la humanidad á las fuerzas perdidas, á las ilusiones que no nacían de los cerebros secos, al santo dolor de la fraternidad que ya no inflamaba las almas, á las creencias desaparecidas, á la misma vida que se estremecía en lo profundo de las entrañas, como se estremece el mundo sacudido por el terremoto que sepulta ciudades y selvas, hombres y árboles.

Los pobres, los miserables, los ignorantes, los simples de corazón, no hallaban amparo ni apoyo en parte alguna. Los ricos, los afortunados, les

arrojaban de su lado, sin tener en cuenta que aquellos seres eran hermanos suyos, hombres que soportaban el exceso de carga que ellos, egoístas, sacudían de sus hombros.

Por todos lados y á cada punto nacían nuevas religiones. Ninguna se atrevía á abominar de lo existente. No había una voz que osara clamar en favor de la justicia; que se elevara pidiendo la igualdad y el amor que deben reinar entre los hombres.

¿Cúya es esa voz ferviente que devuelve la esperanza á los desesperados, que promete la vida eterna á los infelices, que afirma que los poderosos deben humillarse y levantarse los caídos, y ser entre todos felices aquellos que han padecido persecuciones de la patria?

No solamente renace la esperanza en los corazones, sino que surge el día de las tinieblas de la noche. En Navidad, el sol alumbra ya durante mayor espacio de tiempo los campos cubiertos de nieve; las semillas despiertan en el seno de la Tierra dormida; se acaban las amarguras del año que fenece, y se olvidan á la luz de fe del año que nace. Y con la vida universal ha brotado una nueva Vida. El Hombre-Dios ha hablado, y su voz es bálsamo que cicatriza las heridas, triaca que destruye los efectos del veneno, beleño que presta sueño al espíritu inquieto y acosado por los fantasmas de la vigilia, casi eterna, que emponzoñaba las noches de los hombres. Los miserables saben por primera vez que valen tanto como los poderosos; la igualdad y la fraternidad aparecen por primera vez en el mundo; la voz que viene de lo alto enseña á los mortales la caridad sin precedentes, el perdón de las injurias, la resignación ante el dolor, y afirma á los fuertes que sólo lo son porque los débiles se avienen á obedecerles.

Navidad no es sólo la resurrección de los tiempos; significa más: con Jesucristo no renace una época, sino el mundo entero. En la Navidad suprema, no solamente trabajaron en el seno de la tierra las fuerzas naturales, adormecidas por el invierno, sino que en el fondo de las entrañas de los hombres renacieron las fuerzas nobles y puras que arrancan de las raíces mismas de la vida: amor, bondad, trabajo y justicia.

Cuando la humanidad conmemora el aniversario de la Navidad Santa, es cuando los hombres deben recordar las santas doctrinas de El que nació en tal día. Esperemos que otras Navidades llegarán, prósperas y henchidas de esperanzas. Y entre tanto, fervientes y creyentes, veneremos siempre al que primero dijo: «Soy la Resurrección y la Vida; el que vive en Mí vivirá aunque haya muerto; y el que vive en Mí, está seguro de vivir eternamente.»

A. RIERA



MARÍA BARRIENTOS

LA distinguida artista á quien consagramos esta página, puede vanagloriarse, con legítimo orgullo, de ser acaso la que en más temprana edad ha conquistado el envidiable título de primera tiple de ópera.

Contaba solamente quince años cuando su profesor, en nuestro Conservatorio de música, el malogrado maestro don Francisco Bonet, presentóla al público barcelonés, en la escena de Novedades.

De la ovación que aquella noche se la tributó guardan todavía gratos recuerdos los amantes del divino arte, quienes vieron desde luego en la tierna niña una esperanza, convertida bien pronto en realidad.

La prensa local, que no suele prodigar elogios si no son muy merecidos, se hizo solidaria del triunfo conseguido por la debutante, dedicándole, á medida que se hizo cargo de su valer, sueltos tan encomiásticos como los que á continuación reproducimos, y que una feliz oportunidad ha puesto en nuestras manos:

« Desde el día de su debut, María Barrientos ha ido de éxito en éxito, y así seguirá indudablemente, porque no es una artista que ha aprendido un número de óperas, gracias á los esfuerzos del maestro, sinó que tiene vastos conocimientos musicales que la permiten imponerse de su partichela la primera lectura.

En esta capital cursó y terminó brillantemente los estudios de solfeo, piano, canto y composición, así como los del violín, que, sin embargo, no cultivó luego con la asiduidad que el piano y sobre todo el canto.

Dió á conocer sus grandes cualidades, con entera competencia, penetrada de la clase y el valor de la música que cantaba, así como de todos los recursos para la emisión de la voz, al modo y en la forma que quería. Artista ilustrada, además de inspirada, bien pronto echaron de ver los inteligentes que no sólo poseía una voz hermosísima, extensa y suficientemente voluminosa, atendida su edad, sino una perfecta escuela de canto, excelente tonalidad y elegante portamento, dando á cada nota su propio valor y luciendo su ingenio, al par que su agilidad portentosa, en las difíciles fermatas, que, si permiten al artista libertades de vocalización, exigen, en cambio, homogeneidad entre el corte de las mismas y el carácter de la partitura, de modo que enriquezcan la armonía del conjunto.

No es, pues, de extrañar que á la señorita Barrientos se la proclamara, al aparecer en las tablas, artista de grandes alientos, destinada á un brillante porvenir. Los que la admiraron en el primer día vieron pronto confirmadas sus halagüeñas esperanzas, con el brillante resultado de la campaña que poco después — en el verano último — emprendió la diva en el teatro Lírico, donde cantó *La Sonámbula*, *Lucia*, *Rigoletto*, *Dinorah*, *Il Barbiere*, *I Puritani* y alguna otra ópera, con aplauso general del público y de la crítica, contándose por llenos las representaciones en el vasto coliseo. Extendióse y consolidóse de tal manera su reputación, que la noche dedicada á su beneficio fué noche de gloria para la simpática cantante, no sólo por el inmenso concurso que la aplaudió, sino por la calidad de los espectadores; muchos de los cuales quisieron testimoniarla su admiración ofreciéndola valiosos regalos.

El nombre de María Barrientos es ya uno de los mejores alicientes de un cartel, como lo prueban las frecuentes proposiciones que recibe de empresas españolas y extranjeras.

Se reserva bastante, y en ello muestra ser discreta; pues sobrados años le quedan para entregarse por entero á las fatigas del teatro, no por gloriosas, menos aniquiladoras.

Amantes del esplendor artístico de nuestra tierra, consignamos con satisfacción que María Barrientos es una de sus legítimas glorias.

« Su gran afición al estudio sorprende á cuantos la conocen y tratan en familia; al tomar una obra nueva para estudiarla en su casa, lo hace con verdadero delirio; lo mismo estudia y aprende su parte, que todas las demás de la obra.

La señorita María Barrientos posee una garganta sin igual para las agilidades, fermatas de efecto, picaditos y *floriture*; todas esas condiciones, unidas á un perfecto estilo en la emisión de la voz, fresquísima, dulce y de relativa potencia á su edad ».

Posteriormente, sus campañas artísticas en el Lírico, Liceo y Novedades, de Barcelona, y en el Circo de Apolo de Valencia, han sido brillantes, acreditándola de verdadera notabilidad.

¡Cómo no, si para ella no hay dificultades de vocalización, y las óperas ligeras pruébanle ocasión de trinar como un ruiñón, encantando al auditorio con aquel derroche de afiligranados tonos y aquel dominio tan completo de su privilegiada garganta!

Sus principales triunfos se los ha proporcionado *Sonámbula*, *Rigoletto*, *Lucia de Lammermoor*, *Barbieri*, *Traviata*, *Mignon* y *Lakmé*.

Recientes están todavía y revolotean aún por la sala de Novedades

los entusiastas aplausos con que era agasajada cada noche en la representación de esta última ópera, y dignos de mención especial los que en compañía de la Berlendi, oyó cantando el *Mignon*, uno de los éxitos más grandes que hemos presenciado.

María Barrientos, que en la actualidad frisa en los dieciocho (!), tiene un porvenir hermosísimo: la naturaleza dotóla de cualidades extraordinarias, y la gloria le señala un sitio entre las *divas* más notables.



Fot. Esplugas.

MARÍA BARRIENTOS, EN LA ÓPERA « LAKMÉ ».

Hace pocos días salió para Milán, contratada por la empresa del Teatro Lírico. Allí pasará el invierno, siendo casi seguro que al finalizar la temporada, se embarque para las Repúblicas Americanas, aceptando alguno de los ventajosos ajustes que la fama de su mérito le ha deparado.

No dudamos que en el extranjero la dispensarán la misma favorable acogida que en su patria, pues el oro de ley es apreciado en todas partes; y hacemos fervientes votos porque así sea, cosechando á su paso la honra y provecho que su talento y aplicación merecen!

CASTELAR Y EL ARTE

(Conclusión).

«Una de las más duras condiciones del pueblo es el verse privado del Arte, de ese alivio de nuestra vida. Clavé quiso llevar el Arte hasta su triste obscuridad, y lo ha conseguido...»

«No me habléis de esas sabias combinaciones músicas con que el talento matemático de los artistas del Norte concuerda tantos tonos discordes y combina tan bien instrumentos diversos en sus maravillosas sinfonías; hijo de mi patria y de mi raza, con los oídos organizados como el heleno antiguo y el moderno semita, solamente alcanzo á comprender la melodía, monótona y uniforme si queréis, semejante al sonido del aire en los desiertos, al eco de las ondas en las playas, á los trenos del profeta en Jerusalén y á los acentos de la guzla en la tienda; sí, la melodía llamada malagueña, polo, playera, saeta, que canta las tristezas y los deliquios de un amor inefable, el cual cree corta la vida para su duración, estrecho el Universo á su grandeza, y desea, en el dolor engendrado por el combate entre el sentimiento y su expresión, explayarse allá en los espacios necesarios á su intensidad inmortal, allende la tumba, en lo infinito y en lo eterno. Y no me digáis que se debe bailar casta y noblemente allí donde no baila el pueblo al son de esa jota que enardece la sangre y da el vértigo de los rápidos y contenidos movimientos; al son de esa muñeira y de ese zortico que recoge los ecos de la zampoña en las majadas y en los oteros como ninguna otra égloga; al son de esa guitarra, acompañada por las palmas y las castañuelas, que despierta á la andaluza de su natural soñarrera y la lanza sobre la mesa, en que campean las cañas rebosantes de Manzanilla y Jerez, á bailar, echada hacia atrás la cabeza, alzados los brazos al cielo, estáticos los negros ojos que abrasan, ligeros los breves pies como el aire, á bailar uno de esos jaleos á cuyas cadencias y estremecimientos suspenden allá arriba, de celos y de envidia aquejadas, sus parabólicas eternas danzas las estrellas.»

No obstante lo dicho del divino arte y de su jerarquía entre la familia apolina, Castelar un día le puso á la cola... para hacer un poco de política. Verdad es que el maestro Barbieri le tentó al decir que él era monárquico porque la batuta se le aparecía como un cetro, ya que, merced á ella, se mantiene la armonía en una orquesta, como merced al cetro se mantiene el orden del Estado. «Me ha dado usted la explicación, replicábale Castelar, de por qué es la música *la más inferior de las Bellas Artes*. ¡Necesita de cetro! En cambio ¡ya ve usted!, la más elevada manifestación del Arte, la literatura, no necesita de cetro alguno. Por eso siempre se ha dicho, y se dirá, *la república de las letras*.»

Esto de querer que el Arte lleve corona monárquica ó gorro frigio republicano, me recuerda aquel matemático, hábilmente ideado por Schopenhauer, á quien le causaba natural extrañeza la pregunta de si un triángulo es verde ó rojo.

LA POESÍA. — «Si el Arte es necesario en el hombre considerado como individuo, ¿no ha de ser necesario en la sociedad? ¿Qué es la sociedad? La sociedad es un individuo superior, colectivo, verdadero, real, que tiene su razón propia, su sentimiento, su derecho, su fantasía, su Arte. Y así como el hombre en sus obras de Arte deposita lo más subjetivo, lo más esencial, lo más íntimo y propio de su naturaleza, así también la sociedad en su literatura deja los pensamientos más hondos, más secretos, los tesoros más verdaderos de la vida. Si desapareciera Platón, aún podríamos conocer á Grecia, pero no la podríamos conocer si desapareciera Homero...»

En su memorable discurso de recepción en la Academia Española, habló del gran manantial de poesía contenido en nuestra edad de progreso. Por ejemplo, «los adelantos científicos, lejos de dañar el aspecto poético de nuestro cielo, lo han desmesuradamente engrandecido y abriantado.» Lo propio ocurre con el conocimiento de la Naturaleza; «á medida que la idea de ésta crece en la inteligencia, el sentimiento de la Naturaleza crece en el corazón; y á medida que el sentimiento de la naturaleza crece en el corazón, la poesía de la Naturaleza crece en las imaginaciones.» Como hay una ciencia moderna de la Naturaleza mayor que la antigua ciencia, habrá una poesía mayor que la antigua poesía. Y como tenemos un concepto del trabajo superior al antiguo concepto, tendremos una leyenda ó una epopeya de los trabajadores, superior á las antiguas leyendas y á las antiguas epopeyas de las conquistas y de las guerras.»

Terminó declarando «que como creía superior el concepto de la Naturaleza y del Estado y del Arte en nuestro tiempo, al concepto que tenían los siglos anteriores, creía superior también el concepto de la religión.»

Todo lo dicho no era obstáculo á que quisiera el poeta creyente, ángel del bien, no soldado del mal: «Yo busco siempre en el corazón del poeta un santuario donde guarecerme, para huir de la sociedad y del mundo; le pido palabras para hablar á Dios; le ruego que me levante en sus alas sobre las tempestades y me lleve á mirar frente á frente el sol de la verdad. Para andar por este bajo suelo no le necesito. Yo quiero que el poeta apague la sed de lo infinito que me abrasa. Por eso desde niño he amado al Dante, á Calderón, á Lamartine, á todos los que me hablan de mi patria, que yo, aunque pobre y miserable, conozco ser el cielo. Klopstock será por mí bendecido todos los días; si alguna vez la luz de mi fe temblara, la revivirían sus versos... Los ángeles del Nuevo Testamento han descendido del cielo, invocados por sus poderosos acentos... Pero vosotros, poetas de la duda, vosotros me parecéis siempre aves nocturnas. Encendéis la luz en las cavernas, la luz que vuestras almas habían bebido de Dios. Yo no conozco poder más grande que el poder del poeta; por eso me duele que su voz se pierda en el vacío ó que se consagre al mal.» El poeta que él busca, que él quiere, ya lo ha descrito; «pero hay un sér

superior al poeta, más sensible, más inteligente, más poeta, si cabe hablar así, la poetisa.»

Bien conocida es, para que yo prolongue estos ejemplos, harto numerosos ya, la atención dedicada á Byron, á Tasso, á Virgilio, á Ovidio y á Lucano, así como su simpatía por las literaturas regionales, á las cuales entonó un himno de alabanzas, especialmente á la catalana, en la cátedra del Ateneo de Barcelona.

¿Os acordáis de la iniciativa por él tomada, para que las Cortes españolas acordaran una pensión vitalicia para el poeta Zorrilla? Bien cuadrarán aquí algunos de los conceptos con que apoyaba su proposición, el 14 de Julio de 1883.

«Votemos, señores diputados, votemos unánimes una pensión al inmortal Zorrilla. El Estado no se compone sólo del ejército, del clero, de la marina, de las clases burocráticas, nó; se compone también, y más esencialmente, de aquellos que contribuyen á cultivar el ideal...»

«Débense estas pensiones á glorias incontestadas é incontestables, débense decretar, no ya como recompensa del mérito esclarecido, nó; como un estímulo al mérito que se dibuja en el horizonte del porvenir...»

«Así como en cierto tiempo hubo poetas de la corte, preciso es que haya hoy poetas que se llamen poetas de las naciones.»

«Yo compadezco muy de veras á aquel que no siente resonar en sus oídos las cuartetos de *La Tempestad*, cuando resuena el trueno en los espacios; yo compadezco sentidamente á aquel que llegando á Toledo, no vaya á contemplar el Cristo de la Vega, con la mano todavía bajada para testificar en la cuestión de aquellos legendarios amores; yo compadezco al que no ve en los machones de aquel puente los Baños de la Cava todavía viviente, y no recuerda las grandes estrofas de la rota del Guadalete; yo compadezco al que no ve en Granada, en Sierra Nevada ó en la Alpujarra, cuando el sol se pone tras las montañas de Loja ó tras los alcatados de la Alhambra, el poema de la reconquista nacional, que se dilata de tal suerte que luego descubre nuevos mundos; y si hubiese sido posible, aquellos héroes engrandecidos por Zorrilla, hubieran conquistado hasta las estrellas del cielo.»

Cita la protección dada por los soberanos ó por el Estado á Putschkin, á Lamartine y á Tennyson...

«Y nosotros, ¿qué proponemos? Proponemos para Zorrilla, que tiene un poco desequilibrado su presupuesto doméstico, lo que concedéis á los Ministros que desequilibran el presupuesto nacional... Es indispensable que nosotros demos á Zorrilla que no en vano se vive para las glorias nacionales, cantándolas en tan divinos versos: que cada vez que nuestra memoria los repite, esos versos constituyen algo que se identifica con el espíritu inmortal de nuestra patria... Si Zorrilla fuese un hombre de ahorro, de economía, de previsión, no sería poeta. Sabido es que cuando Dios creó el mundo les entregó á unos hombres campos, á otros ganados, á otros cabañas, á otros fábricas y artefactos, y al pobre poeta le entregó el espacio azul, donde no hay nada qué comer.»

Cuando un hombre público conoce así el Arte, cuando un legislador ó un gobernante así lo siente, la protección del mismo y de sus cultivadores no es dudosa, su enseñanza y su premio tienen fundadas garantías. El Arte, pasa á ser entonces un complemento de la nación, un astro de un sistema educativo, no un aerolito errante, sin porvenir seguro, como no sea el de su probable desfiguración ó ruina. Ese hombre, además, influye con su ejemplo en sus correligionarios y amigos, en sus discípulos si es catedrático, en sus oyentes ó lectores si es orador ó publicista. La sensibilidad estética crece, los goces elevados supeditan á los goces materiales y egoístas, la tacañería del pudiente se rinde á las honestas tentaciones de las bellas líneas, formas, colores, sonidos, ideas, hijos del trabajo inspirado del hombre. Figuráos que no hubiesen existido Julio II, León X y cuantos pontífices, reyes y príncipes conocían la importancia civilizadora del Arte, y decidme cuántas estrellas de menos tendríamos en su historia, cuánta dureza de más habría en el corazón de la humanidad. Figuráos por un momento que Castelar no hubiese existido; ó figuráos que sí, que hubiese existido, pero tan analfabeto para el Arte ó con tanta indiferencia para el mismo, como otros que fueron ó son tan influyentes en política y tan doctores como lo fué Castelar. ¡No hubierais saboreado estos brillantes párrafos! ¡Nuestra patria casi es seguro que no tendría la Academia española de Bellas Artes en Roma! Por allí han pasado, robusteciendo sus conocimientos y desarrollando su habilidad técnica, los más eminentes artistas de nuestra patria; allí serán revelados otros en lo porvenir. ¡Nos falta, nos falta un hombre político que quiera crear una ó más instituciones análogas en el extranjero, en ciudades adecuadas para el caso, y destinadas á los cultivadores españoles del arte útil en conjunción con el bello, de las artes decorativas, de las industrias artísticas!

Y aquí termino, dejando sentado que si Castelar hizo mucho por el Arte, el Arte hizo no poco por Castelar; que si él lo hubiese desconocido ó menospreciado, tampoco el Castelar artista tuviera tan brillante estilo, medios tan adecuados para mover el sentimiento y la voluntad de sus amigos y adversarios. Quizá le debió también no pocos consuelos en su vida.

¡Extiendan los artistas puros y los decoradores; los profesores y los discípulos de la enseñanza del Arte; los jornaleros de su producción, de su estética y de su historia; extendamos estas flores de gratitud sobre la tumba del maestro, del protector y del *compañero*, y hagámosle revivir con frecuencia por las anteriores lecturas!

F. TOMÁS Y ESTRUCH

PLACIDIA

I

¡Tras del día cruel, descansa Roma!
 ¡Sueño de muerte en el sangriento charco!
 ¡Hundidas entre espumas encarnadas
 brillan las joyas que esparció el estrago!
 El hastío del oro y de los besos
 provoca el sueño y adormece el gladio,
 y las huestes brutales de Alarico,
 ébrias de néctar y placer nefasto,
 descansan sobre el seno de la virgen
 que vigilaba junto al fuego sacro!
 ¡Horrible amanecer!... Suelas las bridas
 de su corcel teutón ó escandinavo,
 desnudos y oxidados los aceros,
 nervosas las gargantas y los brazos,
 tapando el casco la melena inculta,
 con los robustos pechos dilatados
 que palpitan detrás de las escamas
 y lanzan el rugido hasta los labios;
 el pueblo de Nerón, hijo de Remo,
 las vió pasar terribles, caminando
 sobre el tirso de rosas imperiales
 que el César arrojó con hondo espanto...
 ¡Les vió escupir sobre el altivo templo
 y hollar el Capitolio soberano!
 ¡Envuelto en llamas el cendal de Vestal!
 ¡Deshonradas sus hijas en el barro!
 ¡Roto el escudo del terrible Marte!
 ¡Llorando Uránia tras el velo casto!
 Ya se columbra el porvenir horrendo
 de la ciudad mujer que afeminaron
 los que envueltos en flores y perfumes
 olvidaban á Lépido y Octavio,...
 trocando en ceñidores de jazmines
 la corona de sierpes de Espartaco!

II

Las altas gradas del palacio inmenso
 que á pétrea columnata dan descanso,
 sustentan los colosos de granito,
 de capitel corintio coronados.
 Los rojos resplandores del incendio,
 de oro y de sangre les envían rayos,
 y se tiende la sombra de los fustes,
 ocultando á los muertos con su manto.
 Gotea el rojo en los peldaños fríos;
 y ante un montón de cuerpos destrozados,
 sangrientos vestes, y rasgados miembros;
 carnaza humana que entregó el esclavo...
 Una mujer... ¡aparición sublime!
 gallarda y noble, con semblante airado,
 estiendo el brazo que venganza impetra,
 cubierto de zafiros y topacios!
 Robusto el seno, de blancura hermosa,
 brindando amor los encendidos labios;
 el pie de rosa en la sandalia breve,
 formas de Venus que acaricia el manto...
 ¡Lanzan sus ojos centellantes luces,
 mirando la ciudad que hierve abajo!
 ¡Mi Roma! —grita,— y á los rizos suaves
 lleva con furia la marmórea mano.
 ¡Cobardes! —ruge,— y, al mirar el fuego,
 sorbe á torrentes el furioso llanto.
 ¿Qué se hicieron las águilas de Augusto?
 ¿Qué se hicieron las glorias de Trajano?
 ¿Adónde están los hombres de las Galias
 que hollaron el Egipto con sus pasos?
 ¡Cobardes! —grita:— Entre placeres toscos
 de impura meretriz y orando á Baco,
 vuestros nervios son sedas que se doblan,
 vuestra sangre son todos congelados!
 ¿Quién pudo, Roma, aniquilar tus dioses?
 ¿Quién te destruye con su aliento bravo?
 —¡Yo! —le contestan, desde el fondo obscuro,
 y avanza un joven de floridos años.

III

Cubren las mallas su robusto pecho,
 bermejo bozo sobre el labio pálido,
 casco brillante, y en los ojos tibios
 azules llamas de fulgor extraño.
 —¿Quién eres, oh mujer?—Pregunta ansioso.
 ¡Quizás Odin, el genio de mis bárbaros,
 te formó con claveles de Circasia,
 para que el vencedor te dé sus brazos!
 ¿Ves la hermosa ciudad? ¡Pues toda es tuya!
 Honorio huyó, temiendo á mis vasallos,
 mi rey ha muerto, al ver el Capitolio,
 y nadie á mi poder estorba el paso.
 Yo te entrego las joyas. ¡Esos templos
 que sintieron el peso de mi gladio,
 y te doy centenares de patricios,
 de pretores y jueces por esclavos!



GRUPO ESCULTÓRICO, DE EUSEBIO ARNAU.

¡Habla mujer! Que digan esos ojos
 una frase de amor, sólo al pensarlo
 siento que puedo devolverte á Roma,
 para que tú la rompas con tu mano.
 —¿Quién eres?—Ataulfo.—Ven y escucha,
 prorrumpo la patricia; y, al mirarlo,
 siente nacer en sus entrañas fieras
 la inmensa admiración y el entusiasmo.
 Le conduce entre lámparas que arrojan
 los perfumes de Siria regalados;
 le asienta entre tapices que tegieron
 con pieles de pantera y de leopardo.
 ¡Quiero tu amor! —le dice.—Casi niño
 has podido llegar á mi palacio,
 convirtiendo en pavesas y ruinas
 la podrida ciudad de nombre Magno.
 ¡Tú mereces mi amor! ¡Eres muy grande!
 Besa, pues, loco mis ardientes labios,
 mientras yo tus cabellos acaricio

que las nieves de Islandia platearon.
 Hunde en mi seno tu grandiosa frente,
 pues merece coronas de alabastro,
 y al gran botín de la vencida Roma,
 une el botín del corazón que guardo!

¡Cayó Placidia, en la tranquila noche,
 del fiero godo en los robustos brazos!
 Y la ciudad dormía con la muerte:
 y las gotas de sangre iban filtrando
 á mojar en las negras catacumbas
 los sepulcros de Papas y de Santos...
 ¡Brilló la aurora! El cristianismo eterno
 mostró la cruz en el azul espacio,
 y el Dios de la verdad alzó su trono
 encima de los túmulos paganos!!

José M.^a DE LA TORRE

This is a reproduction of a painting by the English Romantic painter J.M.W. Turner, titled "Rain, Steam, and Great Railway Bridge" (1844). The scene is set on the deck of a sailing ship, likely the HMS *Rainbow*, which is docked at a quay. In the foreground, a man in a blue coat and red cap sits on a large wooden barrel, while a woman in a white dress sits on the ground nearby. A horse is harnessed to a cart in the center. To the right, a man in a brown coat stands near a woman in a blue dress. In the background, a steamship with a red and white funnel is visible, emitting a large plume of white steam. The overall atmosphere is one of a busy, rainy day at the docks. The painting is signed "J.M.W. Turner" in the bottom left corner.

Propiedad de D. E. Güell y Bacigalupi.

Ayuntamiento de Madrid

LA PRIMER LIMOSNA

Bonus est pretolari cum silentio
salutare Dei.

(Bueno es esperar en silencio el
socorro de Dios.)

Las postreras luces del día acababan de extinguirse. Aterida de frío, y recostada en una de las mesas del mercado de San José, había una mujer de aspecto triste y miserable, la cual sujetaba cariñosamente á su nietecita huérfana.

Un rostro demacrado que descubre las huellas del más profundo pesar, acaba por sumirse en el adormecimiento que producen los achaques de la vejez; y aquella infeliz durmióse en el banco.

La pequeñuela contemplaba con gesto de asombro á su abuelita.

Acertó á pasar en aquel instante un mozalbete de mala catadura y peor instinto. Al fijarse en la pareja acurrucada, se detuvo; y dirigiendo atrevidamente sus pasos hacia allí, empezó á aligerar con suma destreza los bolsillos de la pobre mujer.

La niña presenció sin chistar aquella *maniobra*. Siguió con la vista al ladronzuelo, quien metiéndose algunas monedas de cobre en el bolsillo, fuese refunfuñando.

La huérfana rompió á llorar silenciosamente...

Los pocos transeúntes que cruzaban por el mercado desaparecían con rapidez, impulsados por el frío.

Comenzó á caer nieve en abundancia, convirtiendo el piso en inmensa sábana de resplandeciente blancura...

De vez en cuando el reloj de la catedral lanzaba al aire sus melancólicos sonidos.

—Abuelita... abuelita,—exclamó con dulce voz la niña.

Aquel acento tan querido se infiltró en el ánimo de la anciana, despertándola. Estrechó amorosamente á su nietecita, cubriéndola de besos.

—¡Hija de mi corazón! ¿Qué tienes?

—Tengo frío...



MARGHERITINA. — ESCULTURA DE MIGUEL BLAY.

—¡Pobrecilla! Ahora te voy á comprar con las ocho *perras* grandes que tengo un pañuelito de lana. Con él te abrigaré y no sentirás tanto frío. Ven, hija mía.

—Y usted, ¿qué se compra, abuelita?

—¡Oh! nada necesito.

Y registró sus bolsillos. Echando de menos la cantidad robada, exclamó dolorosamente:

—¡Me han robado, me han robado el dinero!... Ya no podré comprar el pañuelo á mi adorada Regina. ¡Regina de mi alma! ¡Nos han robado los últimos ochenta céntimos!

Aquella desgraciada se echó á llorar, besando á la tierna criatura.

—¡Dios mío! ¿Qué va á ser de nosotras?... Pero ¿por qué te arrodillas?

—Ayer, momentos antes de morir mamá en el hospital, me dijo que en el infortunio rezara un *padre nuestro*, y ya lo he rezado,—contestó con sencillez la niña.

—¡Virgen santa! ¿Oírás las súplicas de este ángel?

Y la pobre sexagenaria se puso á orar también.

Seguía nevando... Del fondo de la calle destacáronse dos sombras. La abuelita llevó á la práctica inmediatamente una idea luminosa. ¿Fracasaría? Confiando en aquel supremo recurso, pronunció esta frase: «¡Dios nos protegerá!»

Y dirigiéndose á los desconocidos, exclamó con angustiado acento:

—¡Una limosna para esta huérfana!

Al oír ésto, ambos personajes se detuvieron. Sacó el hombre una moneda de plata y la puso en la huesosa mano de la anciana, diciendo á su compañera:

—Cúbrete bien, Irene, que hace un frío atroz.

—Y un viento horrible,—añadió la que parecía su esposa.

—Pero ¿no andas?

—Mira, Julián: mira qué hermosa es esta niña.

—Tiene un semblante encantador. Pero... vamos.

—Deja que la bese... ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Regina, para servir á ustedes, y tengo cinco años.

—¡Regina! ¡Pobre criatura!... Dame otro beso. ¿Quieres?

—¡Vaya si quiero! A mamá le daba muchos.

—¿Murió?

—Está en el cielo.

—Quedó sin padre hace dos años, y su madre exhaló ayer el último suspiro en el hospital.

Conmovida Irene, deslizó al oído de Julián estas palabras:

—Querido esposo: tú que eres tan bueno... ¿quieres que prohijemos á esta infeliz?

—Pero... ¡Irene...!

—Te lo suplico. ¿Quieres?

—Bien, cúmplase tu deseo.

—¡Oh! Gracias. ¡Qué bueno eres, querido Julián!

Irene cogió de la mano á Regina y la cubrió con su abrigo, diciendo á la sexagenaria:

—Póngase usted á mi lado, buena mujer. Desde hoy quedan ustedes á nuestro servicio. En casa comerán bien y dormirán mejor. Y en cuanto á la niña, creo que no se opondrá usted á que haga yo las veces de su madre.

—¡Oh! ¡Señora, señora! ¿Es usted un sér humano ó un ángel?

Y la abuelita quiso decir algo más; pero un sentimiento inefable de gratitud entorpeció su palabra, hasta el punto de hacerla prorrumpir en tiernísimos sollozos...

FRANCISCO DE P. COLLADO

PAISAJE

Reteniendo el paso y acallando el habla,
los dos nos pusimos un punto á escucharla,
la canción tranquila de la luna blanca,
de la luna triste sobre las montañas.
Bajo la indecisa claridad opaca,
trazaban los pinos uniformes manchas;
soñaban los ríos entre las cañadas
y hablaban en sueños de cosas extrañas.
De las grandes rocas prendida á la espalda,
la sombra, los hondos rincones llenaba;
y, al paso del aire crugiendo las ramas,
tal vez un quejido siniestro lanzaban.
Corrían, á veces, las estrellas pálidas;
y negra, á lo lejos, y desfigurada
moría la sombra de una humilde casa,
de una casa oculta bajo las montañas.
Sus ventanas negras, su puerta cerrada,
la luz de la luna cubría la casa;
tal vez quien la habita sonríe y descansa,
tal vez un eterno sopor lo amenaza.
Pasamos de largo, sintiendo embargada
el alma de sueños y memorias vagas
y siguió tranquila, sobre las montañas,
rodando hasta el suelo la canción callada
de la luna triste, de la luna blanca.

E. MARQUINA

NOCHE... ¿BUENA?...

ELLO era que don José, á despecho de sus cincuenta años, de su protuberante abdomen, de sus piernas aquilотadas por siete lustros de vida alegre, y de su grasiento cerviguillo, se creía capaz de enloquecer y despepitarse á las mujeres más sesudas, y de ser manzana de discordia entre las amigas mejor avenidas.

Así fué, que aquella noche el veterano don Juan no sabía cómo componérselas, para hurtar donosamente el compromiso en que su juvenil palmito y coquetería le pusieron. Pues, aunque Consuelo era la moza por quien él andaba babeando y bebiendo los vientos, también ella tenía una amiga, Ignacia, que le miraba con dulce y muy significativa afición. Don José comprendía que cometió una verdadera chiquillada invitándolas á

cenar juntas, porque, en lides amorosas conviene separar para vencer, como hizo con los curiáceos el más político de sus rivales; pero, ¡diantre! ¿quién es el descortés que tiene cuajo y redaños para desairar el ruego de una mujer bonita?... El había invitado á Consuelo, pero Ignacia, que no pecaba de prudente, se propuso á decir:

—¡Cómol... ¿Y yo no merezco asistir á la fiesta?... Pues sepa el roñoso anfitrión, que comeré por cuenta mía, y aun tendré gusto en ayudarle á pagar el gasto.

A lo que don José repuso, á fuer de rendido y galán caballero:

—Venga usted con nosotros, Ignacia, y olvide el error en

que incurrió no convidándola, pues obedeció á flaqueza de memoria, que no á ruindad y tacañería.

Y mientras don José acudía al lugar de la cita, con el magín ocupado en estos pensamientos, ellas caminaban hacia el mismo sitio, cogidas del brazo y andando de prisa; con un alarmante roce de enaguas y un intenso olor de ropas limpias y recién perfumadas.

—¿Sabes — decía Ignacia, — que ese vegestorio está loquito por ti, y que para esclavizarle completamente te bastaría con abrir la boca?

—Eso creo yo también... Pero, hija, no le quiero, no me entra por los ojos, ¿entiendes?... Unas veces su figura me mueve á risa, otras me inspira asco, con aquellas trazas de fraile motilón que su madre le dió, y aquella bocaza desdentada, negra y mal oliente, como un ataúd entreabierto... Por ahora procuremos pasar una legítima Nochebuena; después, entre el ruido de la fiesta y los vaporcillos del Jerez, mala será nuestra suerte si no encontramos una ocasión para escurrirnos bonitamente.

—¡Quita!... Es muy difícil que los pollos burlen á los recoveros. Aunque... ¿quién sabe?... Tal podían caer los dados...

La cena se realizaba en un gabinetito reservado del antiguo Café Habanero. Don José, sentando entre las dos amigas, parecía llevar la batuta de aquella orquesta de voces y de alegres carcajadas juveniles. Consuelo estaba á su derecha, apoyada de codos sobre la mesa, luciendo sus antebrazos mórbidos y su busto opulento y amplio de jamona; con su frente bronceada y estrecha de chulona testaruda, sus pálidas mejillas tizianescas y su boca apetitosa y fresca como un chorro de agua... Al otro lado estaba Ignacia, muy jorifa y vistosa también, pero rubia, y con el cimbreante talle arropado entre los pliegues de un mantón filipino, multicolor, abigarrado y deslumbrante como la pesadilla de un colorista andaluz.

La cena fué desarrollándose tan felizmente que don José, á pesar de hallarse muy avezado á tales zaragatas, empezó á sentir los primeros amagos de la embriaguez. La manzanilla corrió en abundancia, acreditándose ambas amigas de ser mozas ocurentes y decidoras.

Al filo de la media noche y después de saboreado el café, don José, satisfechísimo de sí mismo, dijo á Consuelo:

—Dáme esa mano, que quiero adornártela con una sortija...

Y como la interpelada se mostrase propicia á complacerle, Ignacia pareció amostazarse:

—Si empezáis así, — dijo, — yo también reclamo un regalo.

—¡Eso, no! — exclamó su amiga.

—¿Y, por qué?

—Porque no quiero, — repuso Consuelo formalizándose.

Entonces él, reventando de satisfacción y envanecido como un pavo, trató de poner paz entre las reñidoras.

—Vamos, niñas, no amontonarse por regalillo de más ó de menos.

Pero Consuelo parecía cada vez más encrespada y furiosa.

—Eso es lo que tú quisieras, — dijo, — pero las brevas están verdes aún... — Y agregó, encarándose con su amiga: — Pepe ha venido conmigo, ¿sabes?... es mi amigo y no se lo cedo á nadie...

—Si te enfadas, — respondió Ignacia que no sabía cómo concluir aquel fingido melodrama, — me iré...

—Es que si tú te vas, yo me marchó también.

Colocado en este terreno el incidente, fué tomando rumbos de disputa, y todo prometía llegar á un desenlace borrascoso, si don José no hubiese tenido la candorosa ocurrencia de ponerse á sí mismo el dogal, ideando un medio galante de solucionar aquel amoroso conflicto.

—Ea, — exclamó levantándose: — esto ha concluído, porque yo no merezco que dos mocitas tan juncas anden á la greña por mí. Consuelo, como morena, me gusta mucho; pero Ignacia, con sus ojazos azules, también me vuelve tarumba... De modo que la suerte decidirá entre nosotros, y así ninguna podrá darse por agraviada; yo voy á vendarme los ojos, cual si fuésemos á jugar á la gallina ciega, ¿os parece bien?... y á quien primero atrape de las dos, esa será la preferida...

La proposición fué aceptada con gran regocijo y zambra, y mientras Consuelito vendaba el galán con una servilleta, su amiga, haciéndole mil arrumacos y monísimos dengues, se agachaba delante de él, exclamando:

—Oye, Pepe... no vale mirar, ¿eh?... ¡No vale mirarl!...

Y con el busto inclinado hacia adelante y las manos apoyadas sobre las rodillas, le examinaba desde abajo.

Después se apartaron, diciendo: — ¡Val!... — como chicos que jugasen al escondite; y don José empezó á caminar cautelosamente y extendiendo los brazos para no tropezar. En los primeros momentos oyó risas sofocadas y roce de enaguas que iban de un lado á otro; y después la voz de Consuelo, que gritaba: — ¡Aquí, aquí!... — Y los pasos precipitados de una mujer que corría hacia el extremo opuesto de la habitación. Luego, nada... nada...

Don José permaneció perplejo algunos momentos, con los brazos abiertos, procurando sorprender el ruidito de alguna respiración, que le orientase entre aquellas tinieblas...

Entre tanto, las dos amigas se marcharon sigilosamente, después de decirle al camarero que les había servido, y á quien encontraron en la puerta del café: «Súbale usted la cuenta al señor, que está esperando...»

Todo este enredo tardó en desarrollarse algunos minutos. Cuando don José oyó los pasos del mozo que se acercaba, quitóse la venda precipitadamente y se halló á oscuras, porque



sus ladinas burladoras, también tuvieron la precaución de apagar la luz...

Y nunca, como entonces, se encontró tan insignificante, tan ridículo, viéndose delante del camarero que, comprendiendo la burla, sonreía socarronamente, presentándole la cuenta...

EDUARDO ZAMACOIS



COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE G. CAMPS.

EL GENERAL D. JUAN PRIM

EFEMÉRIDES ILUSTRADAS

EL corto espacio de que disponemos no nos permite escribir ni siquiera una reseña histórica del malogrado cuanto ilustre general don Juan Prim.

Procuraremos consignar los principales hechos de su vida, á fin de que nuestros estimados lectores puedan comprender toda la importancia de aquella gran existencia.

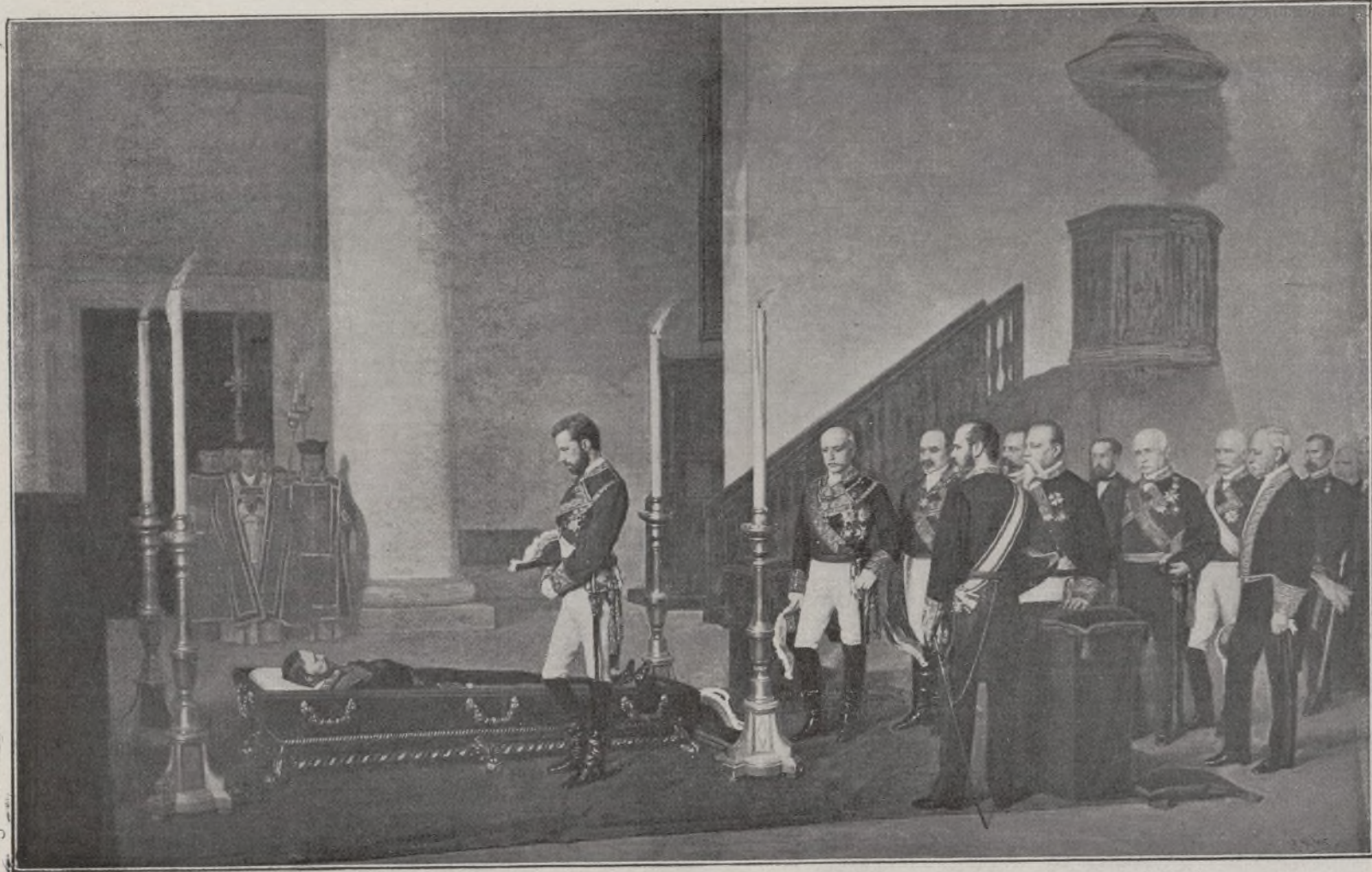
Don Juan Prim y Prats nació el 8 de Diciembre de 1814, en la ciudad de Reus, ingresando en el ejército el 21 de Febrero de 1834, en calidad de voluntario del batallón Franco-tiradores de Isabel II, contra la voluntad de sus padres, que le destinaban á la carrera del foro.

Hallábase entonces nuestra patria en los comienzos de la primera guerra civil, vulgarmente llamada de los *siete años*, en la que se disputaban el trono de España la princesa Isabel, hija del Rey Fernando VII, recientemente fallecido, y el infante Don Carlos, tío de la princesa.

Al terminar esta fratricida lucha con el triunfo de Doña Isabel, Prim, á costa de su generosa sangre, había conquistado el grado de coronel y dos cruces de San Fernando de primera clase.

Regente de España el general Espartero, en nombre de la princesa Isabel, por consecuencia del pronunciamiento de 1840 y la huida á Francia de doña María Cristina; Prim, elegido diputado por la provincia de Tarragona, formó en las filas de la oposición, tomando parte en el movimiento de 1843 contra el Regente, y obteniendo del ministerio López, que se encargó del poder, al salir Espartero de España, el empleo de coronel-brigadier, los títulos de conde de Reus y vizconde del Bruch, y el nombramiento de gobernador militar de Madrid, primero, y luego de Barcelona.

Prim, como otros liberales, engañóse en aquella ocasión; y al ver que á López le sustituía el general Narváez, rechazó cuantos cargos se le ofrecieron, viéndose encausado, preso, y sentenciado á seis meses de prisión en las islas Marianas; cuya



EL REY DON AMADEO DE SABOYA VISITANDO, Á SU ENTRADA EN MADRID, EL CADÁVER DEL GENERAL PRIM.

Cuadro de A. GISBERT.

sentencia pudo eludir alejándose de España, hasta la caída de Narváez y la subida de Pacheco, que le nombró capitán general de Puerto-Rico.

Durante su mando, se sublevaron los esclavos de Santa Cruz, colonia danesa, cuyo gobernador invocó su auxilio, que Prim le prestó, siendo condecorado por el rey de Dinamarca con la gran cruz de *Dannebourg*.

En 1853 fué destinado para estudiar las operaciones de los ejércitos en la famosa guerra de Oriente.

Al ocurrir el alzamiento de 1854, contra el conde de San Luis, fué elegido diputado constituyente por Barcelona; desempeñó la capitania general de Granada; y fué promovido al empleo de teniente general y al cargo de senador.

Sabida es su gloriosa participación en la campaña de Africa, por la que obtuvo el título de marqués de los Castillejos, en justo premio á la victoria que alcanzó en aquella sangrienta batalla.

La llamada cuestión de México elevó su nombre á la mayor altura.

México, por consecuencia de largas y porfiadas luchas, decidió suspender sus pagos, temporalmente. Inglaterra, España y Francia, decidieron ocupar sus puertos é intervenir las aduanas de la República, hasta cobrar sus créditos; pero Napoleón III, influido por los conservadores mexicanos, trató de establecer un rey en México. Prim, que había ido mandando las fuerzas de España, se opuso á tal felonía, retirándose con sus tropas, seguido del general inglés y de las suyas.

La opinión general en Europa y América hizo completa justicia á la previsión de Prim, que adivinó el triste resultado que aguardaba á la monarquía implantada en México por Napoleón.

Vuelto á Madrid tomó parte activa en la política; se retrajo con el partido progresista; protestó contra los sucesos de la triste noche de San Daniel; fué el héroe

del banquete de los Campos Elíseos, del que salió verdadero jefe del partido liberal, preparando la por todos esperada revolución.

El 3 de Enero de 1866, partió Prim de Aranjuez con los regimientos de caballería de Bailén y Calatrava. Por causas no esclarecidas, las muchas tropas conque contaba en Madrid y provincias, no secundaron su alzamiento, y el conde de Reus emprendió una habilísima retirada á Portugal, sin perder un hombre.

La vida de Prim fué, desde aquel día, la del conspirador tenaz. Expulsado de todas las naciones no cesó un instante en sus propósitos.

En Agosto de 1867, organizó un nuevo alzamiento, que no obtuvo resultado, por no secundarle la mayoría de los comprometidos.

Disgustado con la Reina el partido de la Unión liberal, entró en la conjuración de los progresistas y demócratas, y el 16 de Septiembre de 1868, Prim aparecía en la bahía de Cádiz, y desde la fragata «Zaragoza», lanzaba el grito de guerra *¡Viva la Soberanía Nacional!*; grito que repitió en Ceuta, Málaga, Cartagena, Alicante, Barcelona, Lérida y Zaragoza, cuyas tropas y habitantes se pronunciaron al eco de su voz.

El 7 de Octubre, al entrar en Madrid, fué objeto de una entusiasta manifestación.

Ministro de la Guerra en el Gobierno Provisional que presidió el general Serrano, al ocupar éste la Regencia, se encargó Prim de la presidencia del ministerio con la cartera de Guerra.

Desde que triunfó la revolución, el conde de Reus comenzó una serie de negociaciones para buscar en Europa un príncipe á quien ofrecer el trono de España. Al fin, las Cortes Constituyentes, en sesión del 16 de Noviembre de 1870, eligieron por 191 voto á Don Amadeo de Saboya, hijo de Víctor Manuel, rey de Italia. Esta elección produjo gran descontento en republicanos, carlistas, montpensieristas,

isabelinos y esparteristas, todos los cuales creían que el triunfo debía ser suyo.

Al regresar á Cartagena la comisión de diputados que había ido á Italia en busca de Don Amadeo, vió, con la mayor sorpresa, que el general Prim no se hallaba en la ciudad, y que en su lugar se presentaba en la fragata *Numancia* á Don Amadeo, el brigadier Topete manifestándole graves sucesos ocurridos.

En la noche del 27 de Diciembre, al salir del Congreso la berlina en que iba el conde de Reus, con sus ayudantes, encontrése detenida por dos coches que, de intento, se habían cruzado en la angosta y solitaria calle del Turco. Asomóse á la portezuela el ayudante señor Moya, y rápidamente exclamó: — « Bájese usted, mi general, que nos hacen fuego. » Instantáneamente aparecieron algunos hombres armados de carabinas y trabucos que dispararon á quema-ropa, casi dentro del coche. El ayudante Naudín, que puso su mano delante del pecho del general, recibió un terrible metrallazo, dirigido á éste. En los primeros instantes, creyóse que la herida recibida por el marqués de los Castillejos era leve; mas pronto se impuso la triste realidad, y después de dos días de angustia, dominado por una congestión que los médicos no pudieron combatir, sucumbió el héroe de Africa, á las cinco y media de la tarde del día 30. Topete dijo al Rey, que, al saber el suceso, había volado al lecho de Prim; que junto aquel lecho ensangrentado el Regente le confió una comisión de honor, y que venía á buscar al monarca elegido por las Cortes soberanas, respondiendo de su vida con la suya propia.

Quiso Don Amadeo saltar á tierra para visitar el arsenal y la población, y en ella fué recibido por los generales Concha, Ros de Olano, Córdoba, Echagüe, Cotoner, Serrano Bedoya, Cervino y otros varios, al grito de *¡Viva el rey de España!*

No tardó Don Amadeo en subir al tren que le estaba preparado, dirigiéndose á Madrid, en cuya estación le aguardaba el Regente don Francisco Serrano.

Después de descansar breves momentos en la estación, la comitiva se puso en marcha yendo el Rey á caballo, á su derecha el Regente, y detrás los directores de las armas, dirigiéndose á la Basílica de Atocha, á visitar el cadáver del general Prim, ante el cual estuvo orando algunos momentos. Tal es la escena que representa el gran cuadro de Gisbert, que hoy publica ALBUM SALÓN, unánimemente elogiado, y cuyo mayor mérito estriba en que todos los personajes son fidelísimos retratos.

Después de la jura en las Cortes, dirigióse Don Amadeo al Ministerio de la Guerra, donde entró profundamente conmovido, y luego de saludar á la virtuosa duquesa de Prim, abrazó al hijo de aquel ilustre caudillo, y con turbado acento le dijo:— « ¡Qué pérdida para vosotros y para mí! »

La causa formada por dicho asesinato, no arrojó luz alguna sobre quienes pudieran ser los autores. Con la muerte de Prim, perdió su familia un padre y un esposo amantísimo, el ejército uno de sus más bizarros é inteligentes generales, y España uno de sus hijos de mayor valía.

E. RODRIGUEZ-SOLIS



A LA LUZ DEL QUINQUÉ. — Cuadro de LUIS GRANER.

EL MENTIR DE LAS ESTRELLAS (FACETA).

EL HOMBRE. — El fakir de Dahaly, el que hace crecer, por el solo poder de su mirada, la semilla que tardaría semanas en romper la tierra que la aprisiona, el que ha descubierto los arcanos todos de la naturaleza, me ha dicho que únicamente las Estrellas eran capaces de remediar mis desventuras. Por eso os he invocado; por eso me atrevo á preguntaros si os dignaréis calmar mis penas.

LA ESTRELLA. — Primero me has de explicar en qué consisten.

EL HOMBRE. — Los hombres mis hermanos, me han reducido á la última miseria. Cuando vine al mundo, encontréme con que no había ya sitio para mí. Unos se habían apoderado de los bosques, otros de los campos, cuales de los montes y valles; los más listos eran dueños del oro y de la plata; los más sabios se incautaron de la alegría y de la dicha. Vagué mucho tiempo por el mundo sin hallar nada de provecho. Topé un día con una gran caja muy bien cerrada. Creí haber conseguido mi fortu-

na. Dentro de la caja había guardados todos los dolores, todas las penas y miserias, todas las desesperaciones y amarguras que antes andaban sueltas por el mundo y que penetraron en mi espíritu. Desde el día y hora en que hice tan fatal hallazgo, no tengo un momento de calma. ¿No podréis hacer que mi tormento cese?

LA ESTRELLA. — En un punto habrá terminado. ¿Ves aquella montaña? Sube á su cima. Y cuanto tus pies resbalen sobre la nieve eterna, cuando tu cabeza toque las nubes, entonces, por un acto de voluntad, esparces al aire todas las calamidades que en tí han hecho presa. Y la desesperación, el dolor, la pobreza y la miseria negra, caerán sobre el mundo y quedarán repartidas entre todos los hombres.

Y el desdichado siguió el consejo de la Estrella, y las desdichas se mezclaron á las alegrías, y un hombre solo no soportó el peso de todas ellas.



ALBORADA

Letra de
Juan de Alcántara

Música de
J. Pérez Agirre.

A la Distinguida
Sta

Maria Luisa Güell
& Lopez
GAMPS

A la distinguida Sta. Maria Luisa Güell y Lopez.

ALBORADA

Letra de Juan de Alcantara.

Música de J. Perez Aguirre.

Tiempo de barcarola.

CANTO.

PIANO.

O - a O - a la la la la la la

la la la la la la la la la la En el man - to de los cie - los — que re -
Ya la auro - ra con su bri - sa — y su in -

tra ta el mar a zul O - a O - a la ra la la la la
cier - ta ela - ri - dad

la la la la la la la la la la la la en las no - ches de bo - nan - za no hay es -
nos a - nun - cia que ya es ho - ra de lan -

tre - lla co - mo tu en las no - ches de bo - nan - za no hay es -
zar - nos á la mar nos a - nun - cia que ya es ho - ra de lan -

tre - lla co - mo tu Duer - me duer - me hermo sa ni - ña
zar - nos a la mar duer - me en tan - to

que el pes - ea - dor ——— a - rru - llan - do con can - tos tu sue - ño te brin - da sua -

mor te brin - da sua - mor mor 0 - a 0 -

a la ra la la la la la ra la la la la la ra la la la la la 0 - a 0 -

a

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

ARTICULOS LITERARIOS, CIENTIFICOS, BIOGRAFICOS Y FESTIVOS, POESIAS, CUENTOS, NOVELAS, &, &.

<i>Alcántara Fuentes, J. de</i> Historia vulgar. (Ilustrado por Sol Mendoza).	72	<i>Díaz de Escovar, Narciso</i> Cantares. (Poesía).	20	<i>Mérida, José Ramón</i> El arte de Velázquez.	132
<i>Alderete Gonsales, Miguel</i> El último amigo.	37	Percheleros. (Poesía).	49	Revista de la Exposición Nacional de Bellas Artes.	188
Conciencia fin de siglo.	168	Malagueñas. (Poesía).	249	<i>Miquel y Badía, F.</i> La semana santa y la escultura española.	84
<i>Alisal, Manuel del</i> La patria del amor. (Poesía decorada por Xumetra).	170	Tu libro. (Poesía).	272	<i>Mir, Miguel</i> La cruz de Cristo.	78
<i>Alonso, Antonio</i> El beso.	74	<i>Echegaray, José</i> Las dos fuerzas. (Orlado por Passos).	7	<i>Moliné Roca, M.</i> ¡Caridad!	211
<i>Alvarez Guerra, J.</i> Marianito.	93	Cantares. (Poesía ilustrada por Xumetra).	278	<i>Montecristo</i> Madrid elegante. 27, 52, 97, 123, 153, 192, 231, 264	
La cruz del Robledal. (Ilustrado por Cuchy).	216	<i>Escalante Gómez, Manuel</i> Españoles en América.	46	<i>Montenegro, Ramón Q.</i> Dos tipos. (Poesía).	156
<i>Arques, Joaquín</i> Drama egipcio. (Ilustrado por Fradera).	16	La palabra santa. (Poesía).	85	<i>Montesinos, Eduardo</i> La cadena de la vida. (Ilustrado por Seriñá).	51
Los celos del rey de bastos. (Ilustrado por Fradera).	76	Los Marqueses de Campo-Hermoso.	139	<i>Noriega, Eloy</i> El pensamiento. (Poesía).	74
<i>Astort, Antonio</i> Excmo. Sr. D. Manuel Girona.	41	<i>Fontanilles de Béjar, Pilar</i> Las almas partidas. (Ilustrado por Pablo Béjar).	165	Tú y yo. (Poesía).	249
D. José Ferrer-Vidal y Soler.	117	Intuición. (Ilustrado por P. Béjar).	225	<i>Octavio Picón, Jacinto</i> Tentación.	34
El final de un velorio.	248	<i>Floridor</i> Los dos galopines. (Ilustrado por Alvarez Dumont).	26	<i>Olavarria y Huarte, Eugenio de</i> La vuelta de los hermanos. (Ilustrado por Ubaldo Bordanova).	180
<i>Balart, Federico</i> Cantares. (Poesía decorada por Xumetra).	278	El Tenorio en la aldea.	255	<i>Orts Ramos, Tomás</i> Modernistas americanos, Miguel E. Pardo.	19
<i>Baró, Teodoro</i> Huyendo del perejil.	38	<i>Fradera, Ricardo</i> ¡Decepción! (Ilustrado por el mismo).	279	<i>Ossorio y Bernad, M.</i> La moda en lo literario.	181
<i>Barrantes, Vizcondesa de</i> A la fuerza.	2	<i>Franco Fernández, Fernando</i> La caridad. (Poesía).	49	<i>Ossorio y Gallardo, Carlos</i> ¿Quién mató á Meco? (Cuento).	25
<i>Barrantes, Pedro</i> El buen mozo. (Ilustrado por Alvarez Dumont).	105	<i>Garriga y Puig, Pedro</i> Las escuelas de D. Andrés Manjón.	212	Un argumento.	111
<i>Benot, E.</i> Patria y Región.	114	<i>Gascón de Gotór, Pedro</i> La fiesta de mi pueblo. (Ilustrado por Anselmo Gascón de Gotór).	22	<i>Palacio, Eduardo de</i> Primores.	231
<i>Blasco, Eduardo</i> Dos instantáneas.	276	La resurrección ante la ciencia.	80	<i>Palacio, Manuel del</i> Velázquez. (Poesía).	136
<i>Briceno, Antonio S.</i> Neurastenia.	104	La cruz y los atributos de la pasión.	86	<i>Pardo Bazán, Emilia</i> Crisantemos. (Orlado por Passos).	6
Pensamientos.	148	La Eucaristía y el arte.	138	Español y parisién.	47
<i>Campoamor, Ramón de</i> Todo y nada. (Poesía decorada por Xumetra).	10	Toledo.	183	Hermosura secular.	156
<i>Cano, Carlos</i> El último beso. (Poesía).	249	La Virgen del Pilar.	242	El telégrafo soñado.	186
<i>Cardenal, Andrés</i> ¡Regeneración!.. . . .	151	<i>Girón, R. B.</i> El día de difuntos.	248	Bañistas Smart.	243
<i>Carrera, Salvador</i> La mejor corona. (Poesía decorada por Xumetra).	32	<i>González Anaya, Salvador</i> Tiberíades. (Poesía).	3	<i>Pi y Mangall, Francisco</i> El año 1898 en España. (Decorado por Passos).	1
¡Madre! (Poesía decorada por Triadó).	103	Cristo expirante. (Poesía).	85	<i>Redacción</i> Andrea Avelina Carrera.	17
Amor, Patria y Fe. (Poesía decorada por Triadó).	158	<i>Gutiérrez, Josefa</i> Esposas modelo en España, Himilci. (Ilustrado por Sol Mendoza).	102	Baldomero Galofre.	54
<i>Castelar, Emilio</i> Parte política del proceso de Cristo. (Decorado por Triadó).	98	Doña María de Molina. (Ilustrado por Sol Mendoza).	141	La corona. (Facetas).	87
<i>Castro, Salvador V. de</i> El castillo del Diablo. (Ilustrado por E. Alvarez Dumont).	193	Platina Pompeya. (Ilustrado por Sol Mendoza).	195	Diego Velázquez de Silva.	126
<i>Collado, Francisco de P.</i> La primer limosna.	288	Doña Leonor de Castilla. (Ilustrado por Sol Mendoza).	237	¡Llor al genio! (Poesía).	135
<i>Cuellar, José de</i> Capricho.	216	<i>Gutiérrez, Miguel</i> ¡Amor! (Poesía).	85	Dr. D. José María Múnera.	140
<i>Chaves, Angel R.</i> El morabito de Anghera.	69	<i>Jorro, A. B.</i> La Walkyria.	40	Ne quid nimis y La mosca y el guerrero. (Facetas).	160
También eran personas.	174	<i>Landa, Santos</i> Al progreso. (Poesía).	187	D. Juan Lindolfo Cuestas.	163
		<i>Loring, J.</i> Las dos rosas.	50	D. Antonio Saenz de Zumarán.	164
		<i>Luján, J. F.</i> La muñeca. (Ilustrado por M. Obiols Delgado).	176	Alejandro Ribó.	169
		<i>Marquina, E.</i> Labor eterna. (Poesía).	20	Joséfin Huguet.	175
		Paisaje.	288	Montserrat.	198
		<i>Martínez de la Torre, R.</i> La Danaide.	90	Excmo. é Ilmo. Sr. D. Oladislao Castellano.	223
				Los soldados de Baler.	230
				D. Porfirio Díaz.	235
				¡Uno de tantos! (Poesía).	254
				Mario y Morphy.	255
				La canción de la sangre. (Faceta).	259

Tristán é Isolda.	271	<i>Rueda Salvador</i>		D. Francisco Miquel y Badia.	159
María Barrientos.	283	Un abrazo. (Poesía).	20	Castelar y el arte.	228, 240, 252, 270 y 284
Faceta.	292	La paleta. (Poesía).	136	<i>Tomás y Andreu, F.</i>	
<i>Reina, Manuel</i>		La pandereta. (Poesía decorada por Xumetra).	142	Los tres Juanes.	210
Á Velázquez. (Soneto).	135	A Cuba. (Poesía).	218	<i>Torre, José María de la</i>	
<i>Riera, A</i>		La fuente de las tres gotas.	258	Belleza suprema. (Poesía).	249
Los humildes.	18	<i>Salvatella, Manuel</i>		Placidia. (Poesía).	285
La vida. (Decorado por Passos).	29	Andaluces ilustres.	37	<i>Torres Abandero, Leopoldo</i>	
La buena semilla.	79	<i>Sanchez Pesquera, Miguel</i>		Rimas.	166
La mano negra. (Ilustrado por Sol Mendoza).	116	El recuerdo	} Poesías.	<i>Val, Luis de</i>	
Corpus. (Decorado por J. Ribera).	146	La nube		Caridad. (Ilustrado por Alvarez Dumont).	14
Vida breve. (Faceta).	169	La palma	} Poesías.	Bebé. (Novela ilustrada por Cuchy). 91, 108, 120, [144 y 157	
El trabajo eterno.	222	El hechicero		¡Pícara lluvia! (Ilustrado por A. Serriñá).	266
La muerte.	246	A orillas del mar	253	<i>Vega Rey, Luis</i>	
La apuesta del diablo. (Ilustrado por N. Vázquez).	264	<i>Sanmartín y Aguirre, J. F.</i>		El gran cardenal.	30
Navidad.	282	Problema. (Poesía).	218	La bella estación.	150
<i>Rodriguez-Solis, E.</i>		<i>Sañudo Autrán, P.</i>		El otoño.	234
23 de Enero de 1860.	24	Todo por ella. (Poesía).	272	<i>Velilla, Mercedes de</i>	
Prisión de Francisco I en Pavía.	48	<i>Serrat y Weyler, Fernando</i>		La vida. (Poesía).	99
El motín de Aranjuez.	75	Mutua venganza. (Ilustrado por Sala y Tusell).	272	<i>Vidal, Aparicio</i>	
Batalla de Villalar.	99	<i>Soriano, Manuel</i>		Emilio Aceval.	31
Fiesta cívico-religiosa del 2 de Mayo.	123	La modista. (Poesía).	194	<i>Vilaseca, Florencio</i>	
D. Alvaro de Luna.	147	<i>Terán, Luis de</i>		Como en la vida. (Poesía).	166
La rendición de Bailén.	171	El loto azul.	162	<i>Zahonero, José</i>	
Casto Méndez Núñez.	196	<i>Tomás y Estruch, Francisco</i>		San Miguelín. (Ilustrado por Pedrero).	96
La silla de Felipe II.	219	Á tí. (Poesía orlada por Xumetra).	11	<i>Zamacois, Eduardo</i>	
El testamento de Isabel la Católica.	243	Sátiras políticas de 1735 y 1736.	66	El relojero de Agora.	260
Doña Juana la Loca.	267	La siembra.	110	Noche... ¿Buena? (Ilustrado por Navarrete).	289
El general D. Juan Prim.	291				

REPRODUCCIONES, EN COLOR O EN NEGRO, DE CUADROS AL OLEO, ACUARELAS, ESCULTURAS, OBJETOS ARTISTICOS,
DIBUJOS AL PINCEL, AL CARBON Y A LA PLUMA, CARICATURAS, &, &.

<i>Agrasot, Joaquín</i>		<i>Blay, Miguel</i>		<i>Cuchy, J.</i>	
Más firme que una roca.	8	Margheritina. (Escultura).	288	Acuarela.	166
Chalán andaluz.	70	<i>Borrell, Julio</i>		<i>Cust, Manuel</i>	
Un rincón de mi pueblo.	275	Jesús orando en el huerto.	82 y 83	La cubierta del núm. 35.	
<i>Alfonseti, J.</i>		Cabeza de estudio.	113	La última mano.	137
Una gracia del nieto.	160	Visita esperada.	119	<i>Estevan, Enrique</i>	
<i>Alperiz, Nicolás</i>		<i>Brull, Juan</i>		Fiesta cívico-religiosa del 2 de Mayo.	124
¡Buenas tardes, maestro!.	241	Cuadro.	257	<i>Feliu de Lemus, M.</i>	
<i>Alsina, Ramón</i>		<i>Brunet y Fita, F.</i>		Diego Velázquez de Silva.	125
Del natural.	44	La tumba de los Moncadas, en el Monasterio		Esopo. Copia de Velazquez.	136
Galas de Mayo.	106	de Poblet (Cataluña).	172	<i>Fillol y Granell, A.</i>	
Paisaje.	118	La puerta del Sol (Toledo).	184	¡A esel.	277
Campesina de los Pirineos orientales.	210	Un patio en el barrio judío (Toledo).	220	<i>Francés, J.</i>	
Planés.	274	Patio interior de la vicaría (Gerona).	232	Mil ochocientos noventa y ocho.	189
<i>Alvarez Dumont, César</i>		Santa María la Blanca (Toledo).	280	<i>Galofre, Baldomero</i>	
El final de una rondalla.	13	<i>Campeny, José</i>		Cubierta del núm. 37.	
¡Que no me la como, abuelá!.	35	A muerte. (Escultura).	} 231	Dibujos á la pluma y al carbón. 53, 54, 55, 58 y 59	
<i>Alvarez Dumont, Eugenio</i>		Busto de don Antonio Esplugas.		Vaqueros andaluces.	56
El final de Carmen.	43	<i>Camps, G.</i>		Carreta asturiana.	57
La batalla de Villalar.	100	Un acorde difícil.	3	Marinas.	60
Fiesta popular de la Santa Cruz en Madrid	112	Notas artísticas.	99	Elección y contrata de criadas en algunos pue-	
Retrato ecuestre del Conde Duque de Olivares,		Recuerdos y esperanzas.	256	blos de Aragón.	
copia de un cuadro de Velázquez.	127	Cataluña.	268	Carrochero.	61
Doble defensa.	155	Cataluña.	290	Una calle de León.	62
<i>Alvarez, Luis</i>		<i>Cano, E.</i>		Paisaje.	63
La silla de Felipe II.	219	Entierro del Condestable D. Alvaro de Luna.	147	Reunión cotidiana de viejos marinos.	64
<i>Alvarez Sala, Ventura</i>		<i>Carbonell, Selva</i>		Marinas.	211
La rifa de la Xata.	229	¡Uno de tantos!.	254	Apunte.	224
<i>Arnau, Eusebio</i>		<i>Casado del Alisal, S.</i>		<i>García y Rodriguez</i>	
Grupo escultórico.	285	La rendición de Bailén.	171	Paisaje.	178
<i>Baixeras, Dionisio</i>		<i>Casanovas, A.</i>		<i>Gascón de Gotor, A.</i>	
Preparando el cebo.	4	Trascoro de la Catedral de Barcelona.	80	Un baturro.	153
Conato de pesca.	18	<i>Coll, A.</i>		La Virgen del Pilar.	242
La cubierta del núm. 36.		Dilujo á la pluma.	152	<i>Graner, Luis</i>	
Recordando el tiempo viejo.	179	¡Qué parecido está!.	251	Las Hilanderas, copia de un cuadro de Veláz-	
<i>Béjar, Pablo</i>		Nota artística.	255	quez.	130
En el club de regatas.	244	La madrina.	269		

Cuadro.	282	«Numancia».	196	En guardia.	182
A la luz del quinqué.	292	Muñoz Lucena, Tomás		Marina.	218
Grau, César de		Idilio.	215	Serra, Enrique	
Playas napolitanas.	238	Obiols Delgado, M.		Esclavitud dorada.	21
Gil de Palacio, A.		Una feria de ganado en Andalucía.	167	Están verdes.	69
Cuadro.	154	Pahissa, J.		Sol Mendoza	
Gili y Boig, B.		Las cuevas de Montserrat.	208	Una excursión á San Jerónimo.	199
¿Qué le diré.	19	Passos, José		Sorolla, Joaquín	
El carnaval en la calle.	36	Bastidor decorativo.	67	Comiendo en la barca.	188
En la torre.	47	Bastidor decorativo.	74	Tamburini, J. M.	
Por meterse á torero.	143	Pasionarias.	79	El cuento azul.	5
Gisbert, A.		Magdalena.	81	Floreilla del campo.	101
El Rey Amadeo de Saboya visitando á su en-		Cedros del Líbano.	86	Triadó, J.	
trada en Madrid el cadáver del general Prim.	291	Dibujos. 90, 114, 150, 159, 222 y 246		Composición modernista.	103
Huguet, N.		Composición y dibujo.	168	El infante D. Fernando de Austria en traje de	
Carretera real.	190	Fantasia japonesa.	259	caza, copia de un cuadro de Velázquez.	134
Iborra, L. C.		Picolo, M.		Las cuatro estaciones.	151
¡Ahora será ellal.	189	23 de Enero de 1860.	24	Torres Fuster, A.	
Juliá, R.		Prisión de Francisco I en Pavía.	48	De pura sangre.	65
Cuadro.	154	El motín de Aranjuez.	71	Desdenosa.	185
Llovera, José		Plá, Cecilio		Cabeza de estudio.	221
Escenas de taller.	93	A lo cadete.	89	Ubach, María de la Visitación	
Mi modelo.	260	La verbena del Carmen.	161	¡Tarde vienes hoy!.	45
Martí, Ricardo		¡Hija mía!.	245	Cuadro.	173
Labrador catalán.	149	Pradilla, Francisco		Urgell, Modesto	
Martínez Cubells, Enrique		Doña Juana la loca.	267	El toque de oración.	250
Feria de ganado en Asturias.	25	Ribera, J.		Vassallo, E.	
Paisaje asturiano.	49	Composiciones decorativas. 110 y 146		«Escribidme una carta, señor cura».	68
Más y Fontdevila, A.		Dibujo.	243	Velázquez de Silva, Diego	
La primera comunión.	107	Ribera, Román		Retrato de Antonio Alonso Pimentel.	128
Fiesta de la salud en Venecia. 226 y 227		La cubierta del núm. 33.		Retrato de doña Juana Pacheco de Velázquez.	129
Masriera, Francisco		El rincón favorito.	191	La fragua de Vulcano.	129
Ocios crueles.	9	El recurso en campaña. 262 y 263		Retrato del príncipe D. Baltasar Carlos.	132
La cubierta del número 34.		Salida del baile.	276	Fragmento del retrato ecuestre del Rey Don	
Antes de la corrida.	209	Roca, Guillermo		Felipe III.	132
Masriera, José		Los borrachos, copia de un cuadro de Veláz-		Retrato.	133
De mi cartera.	214	quez.	131	Las Meninas.	133
Meifrén, E.		Romero de Torres, Julio		La rendición de Breda.	135
Nota artística.	2	Conciencia tranquila.	234	Verdugo Landi, R.	
Mestres, Félix		Emigrantes á bordo.	261	Obra de caridad.	94
Cuadro al óleo.	233	Rosales, E.		Viniestra, Salvador	
Miralles, Francisco		Isabel la Católica, dictando su testamento.	239	Primavera, abanico pintado, propiedad de S. M.	
Aires libres.	12	Sans Castaño, F.		la Reina Regente.	38
En el muelle de Barcelona. 286 y 287		Obra de iniquidad.	95	Otoño, abanico pintado, propiedad de S. A. la	
Moragas, Tomás		Claveles para el balcón.	111	Infanta Isabel.	39
Nota del Corpus.	148	Limosnas para la Virgen.	111	Marina á la acuarela.	253
Moreno, Luis		Santa María, Marcelino		Xiró y T., José María	
Un golfo.	20	¿Será difteria?.	249	Notas artísticas. Cabeza de estudio.	34
Muñoz Degrain, A.		Seriñá, Arturo		Xumetra, Fernando	
Méndez Núñez herido á bordo de la fragata		El carnaval en los salones.	33	Orlas. 84, 85 y 87	
				La Verónica.	88

RETRATOS

Andrea Avelina Carrera.	17	Excmo. Sr. Marqués de Pidal.		República Oriental del Uruguay.	164
Maestro Antonio Llanos.	28	» » D. Manuel Durán y Bas.		Alejandro Ribó.	169
Emilio Aceval, Presidente de la República del		» » Eduardo Dato Iradier.		Maestro Julio Perez Aguirre.	175
Paraguay.	31	» » Raimundo Fernandez Villaverde		Josefina Huguet.	181
Manuel A. de la Riva.		Encuadrados y ornamentados por J. Ribera.	115	Maestro Arturo Alarcón.	212
Barón de la Vega de Hoz.		José Ferrer Vidal y Soler.	117	Rdo. D. Andrés Manjón.	213
Duque de T. Serclaes.	37	Excmo. Sr. D. José Marina Vega.		Grupo de alumnos y profesores de las escuelas	
L. Dominguez Pascual.		» » Bartolomé Robert.		de D. Andrés Manjón.	213
Anselmo R. de Rivas.		Encuadrados y ornamentados por Ribera.	122	Excmo. é Ilmo. Sr. D. Uladislao Castellano.	223
Maestro Ricardo Wagner.	40	Maestro Melchor Rodríguez de Alcántara.	123	Ilmo. y Rdm. Sr. D. Mariano Antonio Espi-	
Manuel Girona.	41	Emilio Castelar.		nosa.	224
Eloy Noriega y Ruiz.	46	Los marqueses de Campo Hermoso (Encuadra-		Los soldados de Baler.	230
Antonio Basagoiti.		dos por J. Ribera).	139	D. Porfirio Diaz.	235
Baldomero Galofre.	53	Dr. D. José María Múnera.	140	Guillermo Morphi { Encuadrados por G. Camps. 247	
Maestro. Delfín Armengol.	64	Maestro Francisco de P. Sanchez Gavagnac.	156	Emilio Mario	
Maestro José Nicolás Quesada.	75	Francisco Miquel y Badía.	159	Mercedes de Argila Niqui.	258
Maestro Juan Bautista Estradé.	97	D. Juan Lindolfo Cuestas, Presidente constitu-		Ada Adiny-Milliet.	271
Excmo. Sr. D. Francisco Silvela.		cional de la República de Uruguay. (Encua-		Juan Vila de Solés y Comés.	272
» » José Gomez Imaz.		drado por Passos).	163	María Barrientos.	283
» » Camilo Polavieja.		D. Antonio Saenz de Zumarán Consul de la			

VISTAS GENERALES

Nota rara en Barcelona.	50 y 52
Farmacia del Dr. D. José María Múnera.	140
San Juan de los Reyes. (Toledo).	183
Patio de San Juan de los Reyes. (Toledo).	
Sala de Artes Decorativas en la última Exposición de Bellas Artes.	186
Presidencia oficial de la corrida de beneficencia.	187
Presidencia de la corporación organizadora de la corrida de beneficencia.	194
Nuestra Señora de Montserrat.	197
El tren de cremallera saliendo del túnel, próximo á la estación de llegada.	198
Vista general del Monasterio.	
La cruz del milagro.	

Una procesión en Montserrat.	200
Antiguo claustro gótico, habilitado para la venta de objetos piadosos.	
Fuente del portal.	
Plaza, y aposentos de San José.	
Puerta de la Iglesia.	201
Exterior del camarín de la Virgen.	
Camarín de la Virgen.	202 y 203
Interior de la Iglesia.	
Capilla de San Acisclo y Santa Victoria.	204
Capilla de San Miguel.	
Los degotalls.	205
El caball brenat.	
San Jerónimo.	
El algebe. (safreix).	

Primer misterio de gozo en el camino de la cueva.	206
Primer misterio de dolor en el camino de la cueva.	
Segundo misterio de dolor en el camino de la cueva.	207
Cuarto misterio de dolor en el camino de la cueva.	
Quinto misterio de dolor en el camino de la cueva.	
Cueva de la virgen.	
Situación que ocupan las escuelas de D. Andrés Manjón.	213

MUSICA

Alarcón, Arturo: «Marcha triunfal», para piano.
Alcántara, M. Rodríguez de: «Hoja de álbum», para piano.
Alfonso, Federico: «Gavota», para piano.
Alsina, Juan: «Pepita». — Polka para piano.
Argila, Mercedes de: «La mariposa». — Habanera para piano.
Armengol, Delfín: «Flor marchita». — Melodía para canto y piano; letra de Benjamín Romo.
Padre, Atmetller: «Célebre salve Montserratina».
Bayona, B: «El jazmín». — Schotisch para piano.
Candí, Cándido: «¡Ave verum corpus», para piano.

Escursell Muntori, J.: «Adelina». — Mazurca para piano.
Estradé, Juan Bautista: «¡Mercedes!». — Mazurca para piano.
Llanos, Antonio: «Cristobal Colón». — Balada India; letra de Carlos Cuenca.
Martínez Imbert, C. «Himno». — Homenaje á Velázquez, para piano.
Mira Leroy: «Barcarola», para canto y piano; letra de F. Casanovas.
Nicolau, A.: «Un rapto». — Serenata para barítono; letra de C. Colomer.

Plá, Buenaventura: «Melodía religiosa», para mezzo soprano ó barítono, piano ú órgano.
Pérez Aguirre, Julio: «A la criolla». — Recitado; letra de Francisco Camprodón.
 «Alborada», letra de Juan de Alcántara.
Quesada, Nicolás: «Un recuerdo». — Jota para piano.
Rodríguez, María Luisa: «Paquita». — Polka-mazurca para piano.
Sánchez Gavagnac, F. de P.: «Rima XV», de G. A. Becquer, para piano.
Serrano, Emilio: «Estudio para piano».
Vila del Solés, Juan: «Idilio». — Vals para piano.
Wagner, R.: «La Walkyria».

